HELEN SCHEUERER



PROMESAS Y RUINAS

LEYENDAS DE THEZMARR
LIBRO 2

13

LA OSCURIDAD ACECHA.

LA MUERTE SE ACERCA.

EL DESTINO DE LOS MEDIORREINOS ESTÁ EN SUS MANOS.

Contra todo pronóstico, Althea Zoltaire ha superado su iniciación, pero los mediorreinos se enfrentan a un mal que amenaza con devorarlos y ella aún debe prepararse para convertirse en una auténtica guerrera. A su lado, Wilder Hawthorne, la Mano de la Muerte y el espadachín más temido de Thezmarr, no parará hasta prepararla para la batalla, aunque eso quiebre su espíritu.

Convertido en su mentor, Wilder puede sentir la tormenta crecer dentro de ella, y su propia magia responde a ese llamado. La siente en la sangre, grabada en los huesos, y le consume como un fuego salvaje. Pero ese mismo deseo amenaza con destruirles. Y mientras ambos se embarcan en una lucha mortal para evitar que el mundo caiga en la oscuridad, también lo hacen para salvarse el uno al otro.

Continúa el romantasy épico que ha conquistado a los fans de las sagas De sangre y cenizas y Powerless.

Helen Scheuerer

Promesas y ruinas

Leyendas de Thezmarr
2

Título original: *Vows & Ruins*
Helen Scheuerer, 2023
Traducción: Xavier Beltrán, 2025

Revisión: 1.0

 13/12/2025

Para los verdaderos campeones de Thezmarr: mis lectores.


Delmira
Dorinth
Der Sehlleier
N
W
O
S
Thezmarr
Der Wald der Trauernden
Der Blutwald
Die Ketten-Inseln
Hailford
Harenth
Nëtos
Iver
Die Splitter-Inseln
Aveum
Vios
Ciraun
Naarva
Der Sehleier
Los mediorreinos



PROFECÍA
DE LOS MEDIORREINOS

A LA SOMBRA DE UN REINO CAÍDO, EN PLENA TORMENTA,
UNA HIJA DE LA OSCURIDAD EMPUÑARÁ UNA ESPADA
EN UNA MANO Y CON LA OTRA REGIRÁ LA MUERTE.

CUANDO LOS CIELOS SE OSCUREZCAN,
EN EL FIN DE LOS DÍAS, EL VELO CAERÁ.
LA MAREA CAMBIARÁ CUANDO ELLA DESENVAINE LA ESPADA.

UN AMANECER DE SANGRE Y FUEGO.

CAPITULO 1

THEA



A lo largo de las tres últimas semanas, el área de entrenamiento, manchada de sangre, se había convertido en el hogar de Thea, del mismo modo que la rabia que la recorría se había convertido en su himno.

«Chica. Alquimista. Escudera. Mujer. Guardiana. Aprendiz. Asesina de espectros. Heredera».

Cada una de esas descripciones le había provocado un ardor fulgurante y se había terminado evaporando como si de cenizas se tratara mientras se esforzaba por obtener el único título que le importaba: el de espadachina.

La piedra del destino que reposaba sobre su corazón era un duro recordatorio del poco tiempo del que disponía para alcanzar su sueño. Dos años y medio. Un mero parpadeo en toda una vida. Una gota en el océano. Iba a tener que hacer que mereciese la pena.

Thea blandió la espada con la mano surcada de cicatrices,

deleitándose con el peso del acero auténtico y con el modo en el que cortaba el aire a su antojo. Se movió trazando un círculo de depredador alrededor de su oponente e ignoró el dolor que le latía en las costillas y la extraña sensación de hormigueo de dos nudillos magullados e hinchados.

—No te puedes pasar el día entero bailoteando a mi alrededor, Thea —exclamó Torj Elderbrock, el Asesino de Osos, con su propia espada en alto.

Desesperada por deshacerse de la inquietud que sentía en su interior, Thea atacó, girando liviana sobre los pies y lanzando una estocada precisa hacia el costado expuesto de Torj, arrancando un resplandor plateado bajo el sol de la mañana.

El espadachín la bloqueó sin problemas. El impacto de ambas espadas vibró por todo su brazo, un recordatorio de la fuerza que las furias le otorgaban y que Torj mantenía bajo control durante sus sesiones de entrenamiento.

Pero no sabía que no era el único que intentaba contener sus habilidades.

Casi nadie sabía que debajo de la piel de Thea acechaba la magia, y tampoco el caos que era capaz de desatar. El relámpago indómito le cantaba mientras combatía. Como un canto de sirena de las viejas profundidades, la atraía hacia el gran poder que podía invocar con la punta de los dedos. Ni el reconfortante peso del acero en la mano ni el dolor persistente de sus músculos conseguían apaciguar el crepitar de magia que la atravesaba por dentro.

—¡Vamos, Thea! —la animó Kipp con entusiasmo desde el exterior al tiempo que se apartaba el pelo cobrizo de los ojos con una sonrisa.

Cal la alentó con un silbido desde donde estaba, magullado y ensangrentado tras haber peleado también.

—Te cargaste un puto espectro sombrío. Puedes con él.

—En realidad, era un segador —lo corrigió Thea.

Ante los ánimos que le daban Cal y Kipp, la culpa floreció en medio de un mar de ira. Se habían pasado las últimas semanas

intentando hablar con ella, pero Thea no podía decirles gran cosa, pues ni ella misma se entendía del todo.

Thea giró la espada y se recolocó preparándose para volver a atacar, con su tótem de guardiana atado al brazo derecho; el símbolo de las dos espadas cruzadas brillaba a la luz del sol cuando le hizo un corte rápido hacia arriba a su mentor temporal.

Era «temporal» porque su mentor de verdad, Wilder Hawthorne, la Mano de la Muerte y el guerrero más infame de todos los mediorreinos, la había abandonado.

La temporada que pasaron juntos fue una época difusa y acalorada que culminó en el descubrimiento de quién era ella en realidad…

Una heredera desaparecida de Delmira. Una portadora de tormentas.

Y justo entonces él había dejado claros los límites que los separaban.

Después de liberar su magia de tormentas en lo alto de los acantilados y desmayarse, Thea se había despertado en la cama de Hawthorne, donde el espadachín la contemplaba fijamente con expresión indescifrable. Durante apenas unos segundos el tiempo se detuvo entre ambos, como si una pieza de un rompecabezas hubiera encajado en su sitio al fin.

Y, al cabo de unos pocos minutos, Hawthorne desapareció sin mediar palabra.

Thea no había visto al muy sinvergüenza desde entonces.

Ningún entrenamiento, independientemente de lo mucho que se esforzara, conseguía aplacar su ira. Bullía dentro de ella, enmarañándose con su magia y amenazando con derramarse en su vida como una riada de llamas. Thea deseaba ser una espadachina más que nada. Y Wilder había jurado guiarla y ayudarla a prepararse para el Gran Rito.

La había abandonado cuando ella más lo necesitaba.

Por no hablar del otro fuego que también había prendido en su interior. El deseo que sentía por él ardía con la misma intensidad,

incluso entonces. Daba igual lo que hiciera para sofocarlo.

Thea odiaba a Hawthorne por ello.

Tras soltar una exhalación, se defendió y volvió a atacar, esta vez haciendo una finta hacia la derecha y golpeando con una serie de estocadas brutales.

—Bien —concedió Torj mientras le apartaba la espada.

Pero Thea ya había anticipado el gesto. Se extrajo una estrella de acero de la bota y, con un movimiento de muñeca, la lanzó.

La estrella arrojadiza atravesó el aire y clavó la manga de Torj a un árbol cercano.

—Te he dicho que esta vez solo usaríamos espadas —gruñó el guerrero, con los ojos azules más oscuros por el enfado.

—Tengo que aprovechar cualquier ventaja —contraatacó Thea. A lo largo de los años que se pasó entrenando en secreto, había perfeccionado un conjunto único de habilidades, y pensaba utilizar cualquiera de ellas, o todas al mismo tiempo, para conseguir lo que quería.

Torj tensó los músculos para arrancarse la estrella de la manga rota con la misma facilidad con la que se quitaría de encima una pelusa.

—Si quieres que te siga entrenando junto a los demás, debes hacer caso.

Thea sabía que estaba siendo injusta y que el Asesino de Osos había sido más que generoso al interceder y aceptar guiarla junto a Cal, su propio aprendiz, y a Kipp, el amigo inseparable de ambos. Pero Torj no conocía su secreto. No sabía la clase de devastación que Thea era capaz de infligir al reino. No sabía que entrenarla era peligroso.

«¿Dónde demonios se ha metido Hawthorne?».

Torj pareció presentir la causa de su turbación y soltó un sonoro suspiro, sin duda alimentado por el humor de perros de ella y sus interminables preguntas.

—Hizo una promesa. Volverá cuando pueda. Sabe que tu entrenamiento es responsabilidad suya.

—¿Seguro que lo sabe? —masculló Thea.

—Sí.

—Pues lo demuestra de una forma muy curiosa.

—Basta de quejas, Zoltaire —replicó Torj—. Si tienes tiempo para protestar, tienes tiempo para pelear con más de un oponente. —Hizo señas hacia Cal—. Te toca. A ti también, Kipp.

Thea estiró los hombros doloridos y alzó la barbilla en un gesto desafiante. «Estupendo». Ansiaba ese reto; lo necesitaba, incluso. Era lo único que conseguía mantener a raya la tormenta.

Sus amigos pusieron una mueca al acercarse, con las espadas en la mano. Llevaban semanas ya siendo objeto de la obsesión de su amiga por el entrenamiento, y los tres lucían suficientes heridas para demostrarlo. Pero era Thea quien nunca se rendía. Era Thea quien insistía en seguir, aun cuando estaban sangrando y hechos trizas en el suelo.

Si no podía entrenar con Hawthorne ni hablar con Wren, iba a pulir su rabia hasta que se transformase en su propia arma.

El nombre de su hermana resonó en su interior como el tañido de una campana. Thea no había visto venir la traición, y el nudo que se le había formado en el pecho no se había aflojado desde entonces. Tan solo se había tensado más para avivar la tempestad que se gestaba en su interior.

Thea respiró hondo y miró a sus oponentes, decidida a dominar los nuevos golpes que Torj le había enseñado. El guerrero de pelo rubio les dirigió un asentimiento y Thea se abalanzó para atacar. Sus pasos eran precisos, la distribución de su peso resultaba impecable. Desde la iniciación, casi nunca había bajado la espada, y había invertido todos los instantes en los que no entrenaba en prepararse para luchar.

Y se notaba.

Cubierta de sudor y dolorida, giró la espada de nuevo por encima de la cabeza y atacó primero a Cal. Su amigo levantó el escudo a tiempo, justo cuando Kipp giró detrás de ella. Thea ignoró la cara de cansancio de su compañero, que confirmaba que no reconocía a la

guerrera que gruñía delante de él y que no dejaba de avanzar, asestar estocadas y cortes con todas sus fuerzas, y esquivar golpes mientras Cal se situaba al lado de Kipp.

Thea se dijo que era lo correcto, que sus amigos necesitaban que fuera dura y feroz si también pretendían mejorar. Los mediorreinos necesitaban a más guerreros de élite, más que nunca.

En el caso de Kipp, su constitución fibrosa y sus extremidades largas no lo ayudaban. Mientras que Cal era esbelto y musculoso, él no contaba con la fuerza proporcionada por las furias ni con la agilidad de un espadachín. Todavía no.

Y por eso Thea no dudó. Por eso no les puso las cosas fáciles. Arremetió contra los dos y les obligó a cederle cada vez más terreno.

Olvidó el dolor y la fatiga. Su ira, su magia y su ambición se unieron para formar una poderosa fuerza al enfrentarse a los dos. Se sumió en el ritmo del combate hasta que el mundo se desvaneció, hasta que las palabras de advertencia de Torj sonaron distantes, como si se las dirigiera a otra persona.

—Basta, Thea… ¡He dicho que basta!

Pero estaba cautiva en el reto del enfrentamiento.

—Ya es suficiente, Thea…

Ella apenas se fijó en las nubes de tormenta que se congregaban en el cielo.

—¡Zoltaire, es una orden!

Apenas reparó en el sudor que le caía por la cara ni en las expresiones horrorizadas de sus amigos. Siguió luchando lanzando una estocada tras otra, ensuciándose las botas de tierra y con el viento golpeándole la cara.

El sonido del acero le insuflaba vida. Notaba su canto en lo más hondo del alma. Era un bálsamo que calmaba el relámpago que le recorría las venas…

De pronto, otra espada bloqueó la suya.

El impacto le sacudió los huesos y la mandó hacia atrás. Algo había cambiado.

Cegada por la necesidad de ganar, por la desesperación de ser

digna de acometer el Gran Rito, se puso en pie de nuevo, con la visión totalmente roja.

Una vez más, su ataque fue bloqueado con fuerza.

Pero esta vez Thea supo por qué. Su agarre se aflojó y su arma cedió al estamparse con la otra.

«Acero naarviano».

La espada de un guerrero.

El arma bloqueó su estocada sin problemas, inmovilizó la suya y la envió al suelo.

Una segunda hoja presionó su cuello. Un beso frío. La promesa de un derramamiento de sangre.

A lo lejos, en algún punto, un relámpago restalló.

—Te han dado una orden, alquimista —comentó una voz grave e imponente.

Thea la habría reconocido en cualquier lugar. La había alejado del abrazo de la muerte, había susurrado su nombre sobre sus labios, le había roto el corazón de distintas formas…

Unos ojos plateados se clavaron en los suyos, y Thea se quedó sin aliento.

La Mano de la Muerte se cernía sobre ella, con su poderoso cuerpo enfundado en una armadura negra de la que goteaba un líquido rojizo.

En contra de toda razón, a pesar de toda la furia que sentía, esa viva melodía le atravesó los huesos cuando Wilder Hawthorne se inclinó hacia ella y le murmuró:

—¿O ahora debería llamarte «princesa»?

CAPÍTULO 2

WILDER



Ver a Thea lo sacudió hasta lo más hondo de su ser. No solo por la tormenta furibunda en sus ojos verdes grisáceos, sino también por cómo había cambiado. Llevaba la cabellera dorada recogida en la trenza de siempre, pero su rostro bello y fiero estaba demacrado, magullado y golpeado. Wilder vio que se había dislocado dos de los nudillos heridos y, si bien Thea se movía con fluidez, ponía cara de dolor cuando se giraba. Sin duda, se había hecho daño en las costillas.

No había cuidado de sí misma.

El estado en el que se encontraba le recordó al *shock* de verla enfrentarse al segador en el bosque Sangriento, al instante en el que estuvo a punto de morir y él le ordenó que se quedara a su lado.

«No te atrevas a rendirte ahora», le había dicho.

Un relámpago había partido el cielo y había atravesado al segador, pero no había sido suficiente. El puto monstruo le había puesto las zarpas encima y, con toda su maldad, le había desgarrado la piel por encima del corazón, una promesa de un destino peor aún que la muerte.

Wilder no había dudado lo más mínimo en darle su frasco de aguandal de Aveum. Si buscaba una buena razón para usarla, ahí la tenía, y no se arrepentía de nada.

Esperaba que las tres semanas que se había mantenido alejado de ella sofocaran el incendio que ardía en su interior, pero no había tenido tanta suerte. El fuego se prendió de nuevo, más feroz que nunca, como un golpe en el pecho, en cuanto posó los ojos en ella.

Y, de pronto, se puso furioso con Thea.

—¿Se puede saber qué demonios te has hecho? —exigió saber. Le traía sin cuidado que Torj y los otros dos guardianes pudieran oírlo. Era lo único que podía hacer para no lanzarse a estrecharla entre los brazos.

—He estado entrenando. —Thea entornó los ojos, con los nudillos pálidos al sujetar más fuerte la empuñadura de la espada.

—¿Entrenando? —Wilder soltó una oscura carcajada, cuya dureza convenció a Torj, Cal y Kipp para que se alejaran de la zona de entrenamiento y dejaran que el mentor y la aprendiz aguantaran solos la tormenta que se avecinaba.

Wilder volvió a fijarse en el estado de Thea, y la rabia se desató en sus entrañas.

—Hay una forma correcta de entrenar, y no es terminar de esta guisa.

—¿Y de quién es la culpa? —le escupió Thea.

—Tuya. Teniendo en cuenta todo lo que has hecho para llegar hasta aquí, pensaba que te lo tomarías un poco más en serio. Pensaba que te darías cuenta de que debías fortalecerte, no destrozarte.

—No estoy en absoluto destrozada. —Thea levantó la barbilla, desafiante.

—Tus nudillos dislocados y tus costillas rotas sugieren lo contrario —repuso Wilder con frialdad—. Creía que habías aprendido la lección cuando eras una escudera. Hay días para descansar y días para pelear.

—Hay que pelear todos los días cuando la muerte está cerca de

ti. —Thea dio un paso hacia él con los ojos en llamas.

—La muerte está cerca de todos, princesa. De una manera o de otra. No servirás a nadie si te desplomas porque una costilla rota te ha perforado un pulmón. ¿Y esos nudillos? Como no se curen, podrías terminar haciéndote daño permanente en la mano.

Wilder vio cómo Thea cogía aire y cómo se debatía entre su temperamento y la verdad que contenían sus palabras.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste un plato decente? —prosiguió. Todavía no había acabado con ella—. Me refiero a una ración entera.

—Ya como.

—No lo suficiente. Y no me hagas hablar de tus movimientos. ¿Qué es lo que estabas haciendo? —insistió señalando hacia la zona de entrenamiento—. ¿Así es como peleas?

—Estaba ganando.

—Estabas siendo un desastre. Sin disciplina. Y lo peor de todo es que estás lejísimos de donde deberías estar. Yo me entrenaba en otro nivel totalmente distinto…

—Seguramente porque tu mentor se dignó de verdad a formarte y no salió huyendo por ahí.

De pronto la tenía tan cerca que Wilder sintió el calor que irradiaba su cuerpo. Pudo oler la tormenta sobre su piel, un mar violento con matices de bergamota. No pudo evitar recorrerle las curvas con la mirada, curvas que no había venerado lo suficiente durante el poco tiempo que habían pasado juntos.

Por todos los dioses, no estaba preparado para librar esa batalla.

—¿A dónde te fuiste? —le preguntó Thea—. ¿Qué era tan importante como para que tuvieras que largarte sin despedirte después de todo lo que vivimos y lo que descubrimos?

Wilder apretó la mandíbula. No había querido alejarse de su lado. Sin embargo, debía comprobar que no había más segadores concentrándose ni sedientos del poder de ella, y que no se había corrido la voz de que había una mujer con rayos en la sangre. Por eso la había dejado en su cabaña y había viajado hasta el desgarro

del Velo más cercano en busca de monstruos y de secretos.

Los encontró a montones.

—Mi paradero no es asunto tuyo —le respondió finalmente.

Thea cogió aire y apretó los dientes mientras negaba con la cabeza. Era un gesto que parecía denotar una lúgubre satisfacción, como si Wilder acabase de darle la razón.

—Conque así es como quieres que sea lo nuestro, ¿no? Que seamos maestro y aprendiz y ya está. ¿Como si no hubiera pasado nada?

Que las furias se apiadaran de él. Su mente regresó al momento en el que la recostó en el árbol del bosque Sangriento y le metió la polla mientras ella gritaba su nombre, cada embestida más excitante que la anterior.

—Sí —respondió entre dientes.

—Pues deja de mirarme así —soltó Thea.

—¿Así, cómo?

—Como si me hubieras visto desnuda.

Wilder no pudo contener el rubor que le tiñó las mejillas, pero se armó de valor y desenfundó la espada.

—Si has entrenado tantísimo y tus heridas son tan insignificantes —dijo con la voz peligrosamente grave—, veamos de qué eres capaz.

La mirada de Thea habría podido intimidar a un hombre más débil, y Wilder no la culpó. De hecho, se alegraba de que estuviese enfadada. Quizá así le arañaría la cara en lugar de la espalda…

Thea se colocó en la postura de inicio, con los pies separados y las rodillas flexionadas.

Wilder no esperó. Y atacó. Conteniendo la fuerza bruta que le habían entregado las furias, soltó un golpe tras otro, con la esperanza de demostrarle lo mucho que debía mejorar aún, lo mucho que todavía debía aprender siendo guardiana, y que había límites en lo que podía conseguir en tan poco tiempo. Tuvo cuidado con sus nudillos hinchados y con el dolor que sentía en el costado. Cuando no fuese tan testadura, él le enseñaría la importancia de

cuidar de uno mismo, pero sabía que a esas alturas ninguna palabra lograría penetrar la dura coraza.

Thea bloqueó todos sus golpes. Wilder sintió cómo a ella le temblaban los músculos con el esfuerzo de pararlos, pero era rápida y ágil, incluso al avanzar él y obligarla a recorrer todo lo ancho de la zona de entrenamiento.

Cuando Thea se movió, Wilder presenció cómo su piedra del destino se liberaba de la prisión de la camisola.

—Te vi lanzarla por el acantilado —murmuró con el ceño fruncido.

—La piedra encontró la manera de volver hasta mí. —Thea embistió con la espada.

—¿Cómo? —Wilder la bloqueó y le lanzó un veloz contraataque.

—Estaba encima de la mesa después de que te marcharas —dijo con los dientes apretados.

—¿Cómo es posible? —Esquivó una nueva estocada.

—El destino.

—¿Y optaste por ponértela? ¿Sin saber…?

—No eres quién para juzgar mis decisiones.

Wilder sentía la furia que manaba de ella en oleadas. Esa rabia avivó su ira y su deseo. Los sentimientos enfrentados se enmarañaron como una droga insaciable a medida que combatían, formando una imagen plateada borrosa y arrancando chispas a sus aceros.

Por encima de ellos, las nubes espesas que se habían acumulado ante el sol de la mañana estallaron.

El cielo se desató y comenzó a llover.

Ninguno de los dos cedió.

Wilder se movía por pura memoria muscular, con los pensamientos consumidos por ella. Cada golpe, cada estocada de la espada alimentaba la tensión que latía entre ambos. El agua salía despedida de sus armas y extremidades al combatir bajo el chaparrón.

Wilder bloqueó un espadazo violento, no apartó su arma de la de ella y la obligó a retroceder. Los talones de las botas de Thea se

hundieron en el barro que se había formado.

—Dime una cosa, «mentor». —Thea siseó la última palabra como si fuera un insulto—. ¿Qué motivo tienes tú para estar tan cabreado?

El acero producía sonoros chasquidos entre ellos, que retumbaban en las montañas que los rodeaban.

Wilder se dio la vuelta, con el rugido de la sangre en los oídos mientras giraba la espada, y lanzó una estocada horizontal desde su costado más fuerte al más débil de ella hasta hacerla trastabillar.

—¿Que qué motivo tengo yo para estar tan cabreado?

Thea se le abalanzó torpemente. Él esquivó el golpe y se adelantó para bloquear el siguiente e inmovilizar la espada de ella con la suya.

—¿Te refieres a más allá de esta situación en la que nunca quise encontrarme? —Las palabras brotaron sin cesar—. ¿Te refieres a más allá de que Osiris me obligase y se aprovechase de que te defendí para usarlo en mi contra?

Thea estaba jadeando, pero él no se detuvo. Un puño de furia se cerró a su alrededor.

—¿O te refieres al hecho de que tenías tan mala opinión de mí que imaginaste que te había rechazado al conocer la verdad sobre tu piedra del destino y sobre tu linaje? Y ahora que vuelvo te encuentro…

Thea se abalanzó de nuevo, pillándolo por sorpresa y obligándolo a retroceder.

—Pero es que es justamente lo que hiciste, bastardo. Te fuiste. Y me abandonaste, joder.

Esas palabras le perforaron el corazón y le dejaron un arrepentimiento amargo en la lengua. Pero Wilder no pensaba disculparse ni correr el riesgo de reducir la distancia que había puesto entre ambos. Esa distancia era positiva. Esa distancia era segura.

Se sumieron en una nueva acalorada ronda de golpes y estocadas, levantando barro con las botas por la rapidez de los pasos.

Wilder bloqueó un espadazo brutal y adelantó un pie para ponerle la zancadilla.

Thea cayó de espaldas en un charco.

Sin embargo, la sensación triunfal de Wilder fue efímera, ya que Thea era rápida, más de lo que recordaba. En un abrir y cerrar de ojos, sacudió las piernas y le lanzó una patada sorprendentemente poderosa que lo golpeó detrás de las rodillas.

Wilder cayó.

%Antes de que se diera cuenta, Thea se le arrojó encima y lo apresó bajo su cuerpo. Se sentó a horcajadas sobre su cintura y le colocó la punta afilada de la espada en el cuello antes de inclinarse hacia delante, con sus pechos agitándose encima del suyo.

—Eres un desgraciado.

—Lo supiste desde el principio —gruñó él. La tensa espiral de deseo se desenredó al concentrarse en todos los puntos donde se tocaban, en la fricción entre sus cuerpos y en el calor de ella, que lo envolvía.

Wilder notaba el frío roce del acero sobre la piel. Tragó saliva mientras contemplaba a Thea, deleitándose con sus caricias, a pesar de la violencia. Se le puso la polla dura como una roca; no había manera de negarlo.

Ella lo fulminó con la mirada. Estaba muy cerca, tanto que a él le entraron ganas de arriesgarse a hacerse un corte en el cuello con la espada de Thea para levantar la cabeza y…

Thea bajó la vista hasta su boca y se mordió el labio inferior con la respiración claramente entrecortada. Se le entrelazaban la rabia y la excitación.

En ese preciso instante, a Wilder le dieron igual las promesas que se había hecho. Le dio igual que fuera su mentor y que ella no solo fuera su aprendiz, sino una princesa perdida de los mediorreinos. Quería posar los labios sobre los suyos, quería…

Thea lanzó a un lado la espada y lo besó.

Que las furias se apiadaran de él. Ese era el motivo por el que llevaba semanas sin dormir. Eso era con lo que había fantaseando

día tras día desde que se separaron.

Se le escapó un grave gemido gutural al abrir la boca. Ambas lenguas se rozaron y le sujetó el labio inferior con los dientes. Wilder la besó con fervor, desatado, desinhibido, conteniendo el instinto ensordecedor que le pedía desnudarla y follársela en el barro.

Se impulsó contra su cuerpo y maldijo las capas de ropa que había entre ambos, en busca del calor húmedo que desprendía Thea. Le apretó la espalda y la estampó contra su erección. Un gimoteo brotó de la garganta de ella antes de que arrimara los pechos a su torso. Estaban hambrientos, desesperados por devorarse el uno al otro. Aquellas tres semanas habían sido las más largas de su vida.

Wilder se incorporó, la sentó en su regazo e interrumpió el beso solo para bajarle por el cuello con los dientes, saborear el sudor y la lluvia, y regocijarse con el gemido de placer que profirió Thea. El deseo lo inundó y la necesidad de tomarla en aquel exacto instante creció hasta consumirlo por completo. Le puso una mano en un seno sobre la camisa y sintió el pezón duro sobre la palma; ella jadeó.

—Wilder…

Por todos los dioses, le encantaba que pronunciara su nombre. Le provocaba una vibración en el pecho, una tormenta incluso…

Thea se levantó de encima de él. El frío lo envolvió cuando ella recogió la espada del suelo, la enfundó y se alejó de él como si le quemase.

—No podemos —dijo con la respiración agitada—. Lo dejaste clarísimo en el armario escobero. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas de lo que me dijiste?

«Si insistes en aceptar ese estúpido nombramiento, que así sea. Seremos mentor y aprendiz, nada más. Lo que ocurrió en el bosque Sangriento fue un error. No volverá a suceder, alquimista».

Wilder se puso en pie al instante. Se alisó la ropa y se recolocó la polla.

—Me acuerdo —murmuró. Parpadeó bajo la lluvia y se maldijo a sí mismo y su falta de control. Era un espadachín de Thezmarr, joder,

y se había desmoronado. Nada más volver, a pesar de todas sus promesas y sus buenas intenciones, se había desmoronado. Y en medio del área encharcada de entrenamiento, nada menos. Cualquiera podría haberlos visto.

Pero no pudo evitarlo… Cuando se trataba de Thea, no podía evitarlo.

—Tienes razón. No tendría que haber pasado. —Se obligó a decir esas palabras y apartó la vista para no mirarla y ver el rubor de sus mejillas y cómo le subía y le bajaba el pecho—. Ha sido un error.

—Supongo que lo puedes añadir a tu lista —repuso Thea con amargura—. Cada día que pasa es más larga.

Wilder se pasó los dedos por el pelo. Él jamás la incluiría en ninguna lista de errores, pero quizá fuese mejor que no lo dijera. Respiró hondo para serenarse y se recompuso antes de hurgar en el bolsillo y tenderle un trozo de pergamino manchado de sangre.

—¿Qué es esto?

—Ejercicios para entrenar con pesas y meditaciones que debes hacer.

—Eres increíble —masculló.

Wilder no pudo evitar responderle con algo que ya le había dicho en el pasado.

—No tienes ni idea de cuánto.

Mientras intentaba recobrar el aliento, Thea examinó las instrucciones con el ceño fruncido.

—Algunas de estas posturas se parecen más a un baile que a una práctica de combate.

—Yo no bailo. Yo mato. Y tú también lo harás. —La miró a los ojos sin pestañear—. Vas a entrenar duro. Y bien.

—Ya he estado entrenando duro.

—Conmigo no. —Se aseguró de que quedaba claro lo que insinuaba: lo que había experimentado Thea hasta el momento no era nada. El entrenamiento a manos de los maestros del gremio tan solo había sido el principio. Su rabia volvió a aflorar al pensar en lo descuidada que había sido y en que no se hubiera preocupado de los

nudillos dislocados. Él mismo se los pondría en su sitio si soportase la idea de hacerle daño—. Necesitas ir a ver a un sanador enseguida. Si vamos a vivir juntos…

—¿Qué? —Thea palideció.

—Esta noche, después de cenar, te vas a mudar a la cabaña.

—No haré tal cosa.

—Los aprendices comparten aposentos con los maestros.

—Cal sigue viviendo en la fortaleza —argumentó Thea.

—Porque Torj también vive ahí —gruñó Hawthorne—. Yo no vivo en la fortaleza ni me apetece. Por lo tanto, te mudarás a la cabaña. Y, si vamos a vivir juntos en mi casa, obedecerás mis normas.

Wilder sintió el estallido de un relámpago en ella. Vio su mirada incrédula con un brillo desafiante.

—Eres tú la que tanto ansiaba ser una aprendiz. Pues esto es lo que hay, princesa.

CAPÍTULO 3

THEA



Gracias a las furias que Wilder se había marchado. Si Thea se hubiera quedado junto a él bajo la lluvia, no sabía si discutiría con él, si se lo follaría o si haría las dos cosas. El corazón le martilleaba en el pecho, acompasado con el ardiente latido que le palpitaba entre las piernas.

Wilder Hawthorne tenía el mismo aspecto fiero que siempre, con la mandíbula afilada cubierta de barba oscura y la piel morena llena de suciedad por el viaje. Era tal cual había sido cuando se enfrentaron juntos al segador: temible, mortal… Suyo.

Thea expulsó esa idea de su cabeza. El espadachín nunca había sido verdaderamente suyo. Al tenerlo debajo, sin embargo, apuntándole al cuello con la espada y encima de tantos músculos duros, ni un solo pensamiento se había quedado en su mente.

De repente, rememoró las horas previas a la prueba de iniciación, cuando agarró la flecha al tiempo que Hawthorne la

follaba contra el árbol, con su cuerpo hermoso y tatuado desnudo bajo la luz de la luna. El placer, y algo más profundo, la atravesó cuando Wilder se movió dentro de ella y gimió su nombre sobre sus labios.

«Una vez no ha sido suficiente, Thea… —le había gruñido después de provocarle un orgasmo desgarrador que la había dejado temblando—. Ni de lejos, vamos».

Mientras recogía sus cosas, le hervía la sangre. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a dejarla tirada y regresar al cabo de tres semanas con tantas órdenes? ¿Y pretendía que vivieran juntos? Por el amor de los mediorreinos, ¿a qué jugaba?

Puso una mueca al enfundar la espada con más vigor del que pretendía y se contempló los nudillos hinchados. Hawthorne había dicho que estaban dislocados.

La verdad fuera dicha, Thea ni siquiera recordaba durante qué sesión de combate ocurrió. Las últimas semanas se emborronaban formando una larga sucesión de ejercicios con la espada y con el arco, reuniones de estrategia y entrenamiento de resistencia, durante la cual procuró olvidar todo lo demás. Había asumido el papel oficial de guardiana de Thezmarr como le correspondía: se entregó al entrenamiento, a los ejercicios y al aprendizaje del arte de la guerra. Era la primera mujer que ocupaba el cargo de guerrera del gremio en casi dos décadas, y no pensaba desperdiciar la oportunidad. Formar parte de Thezmarr era mucho más que un estilo de vida; era una cultura, una religión.

Thea flexionó los dedos con indecisión al comenzar el camino de vuelta a la fortaleza y soltó un gruñido de dolor al darse cuenta de la restricción de movimiento y del moratón azul y verde. Cuando la lluvia amainó y el sol de mediodía alcanzó el cénit, el instinto le pedía que fuese a buscar a Cal y a Kipp para sumarse a los ejercicios que estuvieran intentando dominar, pero… Por todos los dioses, odiaba que Hawthorne tuviera razón. Si la hinchazón de los nudillos seguía creciendo, o si la punzada de dolor de las costillas empeoraba, no sería útil para nadie, y menos aún para sí misma.

Por lo general, acudiría a Wren para asuntos como ese. Farissa, la maestra alquimista, le había enseñado a su hermana todos los trucos de sanación habidos y por haber, y las furias sabían que Wren se había ocupado de curarle un buen montón de rasguños a lo largo de los años. Pero esos días quedaron atrás. Cuando llegó a la fortaleza, Thea se dirigió hacia la biblioteca.

Malik, el antiguo espadachín y hermano de Hawthorne, estaba como de costumbre sentado en su butaca delante del fuego.

—Hola, Rompeescudos —lo saludó Thea. El gigante levantó la vista del cinturón de piel que estaba trenzando y le sonrió de oreja a oreja.

Dax, el perro de Malik, sacudió la cola desde el lugar que ocupaba a los pies de su dueño.

Thea se desplomó en una silla enfrente de ambos y levantó la mano herida.

—Supongo que no puedes hacer nada al respecto, ¿no? —le preguntó.

Malik se la quedó mirando con ojos distantes al principio antes de coger la manita de ella en la suya, que era enorme, y negar lentamente con la cabeza.

—Tenía que intentarlo. —Suspiró Thea—. Supongo que tendré que ir a la enfermer…

Se oyó un sonoro crujido, seguido por un dolor cegador.

—¡Joder! —exclamó Thea echándose hacia atrás—. Que las putas furias se apiaden…

Se oyó otro crujido, y se le escapó un grito gutural cuando un nuevo calvario se adueñó de su mano.

Pero al poco sintió alivio.

Sentía un hormigueo, pero el dolor inicial ya se había esfumado.

Movió los dedos con cuidado. Seguían un tanto agarrotados y doloridos, pero el rango de movimiento ya no era tan restringido.

Malik le apretó suavemente la mano para impedir que los siguiera flexionando.

—Nada de moverlos durante un tiempo, ¿eh? —infirió ella.

Malik volvió a negar con la cabeza mientras se ponía de pie y rebuscó en el cesto de fajina y leña que había junto a la chimenea.

Thea se dio cuenta de que una gota de sudor le bajaba entre las escápulas al recostarse en la silla.

—Me podrías haber avisado —masculló.

Su amigo la ignoró, regresó a su butaca y le tendió una mano.

A regañadientes, Thea alargó el brazo y vio que el gigante le colocaba un palo recto contra uno de los dedos heridos y se lo ataba con la piel que había usado para trenzar el cinturón. Repitió el proceso con el segundo dedo herido.

Cuando terminó, Thea alzó la mano y examinó aquel ridículo entablillado.

—¿Qué diantres voy a poder hacer con esto así?

Malik sonrió.

—Deberías esforzarte un poco más con tu sentido del humor, amigo mío —resopló Thea, pero le dio un apretón en el brazo a modo de agradecimiento—. Supongo que me obligará a entrenar con la mano más débil.

Después de que Hawthorne se marchara, después de que le hubiese prometido que lo afrontarían todo juntos y de que la abandonara cuando ella más lo necesitaba, fue a Malik a quien recurrió Thea. El gigante había sido su pilar desde que se ganó el tótem de guardiana, incluso después de darse cuenta de que él había sabido quién era ella en todo momento.

«Un día me dijiste: "Ten cuidado con la furia de alguien de Delmira". Ahora sé que soy delmiriana —le había comentado Thea—, pero no sé qué significaba lo otro, Mal. ¿A la furia de quién te referías?».

Malik había extendido el brazo hacia la daga, su daga, que ella llevaba en la cadera, y le dio un par de golpecitos en la empuñadura.

Por alguna razón, el gesto la había consolado en medio de un mar de cólera. Igual que las palabras desconocidas que estaban talladas en el filo del arma: «Muerte gloriosa, leyenda inmortal». En ese momento y lugar había prometido que, con los pocos años que

le quedaban de vida, era el sueño por el que lucharía.

Malik el Rompeescudos la observaba desde la butaca con un velo de cariño en los ojos. Su expresión era muy distinta, muy reveladora comparada con la de su hermano.

Thea enarcó una ceja con los dedos palpitándole levemente.

—Por si hace días que no te lo digo… Que sepas que tu hermano es un completo imbécil.

Malik esbozó una radiante sonrisa.



El regreso de Hawthorne había traído consigo un fervor casi insaciable por ganar, por demostrarle que se equivocaba, por vencerlo. Y por eso Thea deambuló por los pasillos que sabía que frecuentaba Wren. Su hermana llevaba semanas intentando quedar con ella e insistiéndole para que aprendieran a controlar su magia, pero Thea estaba demasiado enfadada como para verla. Y, si bien Wren era la última persona a quien se lo confesaría, estaba realmente desesperada por hacer buen uso de su poder. Por la noche, con la piedra del destino como única compañía, cerraba los ojos e imaginaba la potente magia de portadora de tormentas que lanzaría contra sus adversarios, contra cualquier obstáculo que la aguardase en el Gran Rito. Ya le había ayudado a derrotar a un segador rheguld; ¿qué más sería capaz de hacer con aquella habilidad en la punta de los dedos?

Con una esperanza provisional floreciéndole en el pecho, Thea llegó a los aposentos de su hermana. Llamó a la puerta, que se abrió casi de inmediato, y se encontró delante de un par de ojos de color verde grisáceo que le resultaban muy familiares.

—¡Thea! —Su hermana se echó hacia delante para cogerle los brazos y tirar de ella hacia el interior de la habitación.

En un acto reflejo, Thea se zafó de Wren y observó la expresión dolida de su hermana.

—Pensaba… —comenzó a decir Wren—, pensaba que esto significaba que me habías perdonado…

—Paso a paso. —Tensa, Thea se aclaró la garganta.

—Muy bien —repuso Wren antes de impostar un matiz de alegría en sus palabras—. ¿En qué te puedo ayudar?

—Quiero… quiero saber más cosas sobre mi…, nuestra, magia. —Se humedeció los labios—. Quiero aprender a controlarla, a utilizarla.

—¡Llevo esperando este día muchísimo tiempo! —Wren estaba muy contenta y fue a coger su capa, que colgaba de un gancho junto a la puerta.

Thea se mordió la lengua y se abstuvo de señalar que ese día habría llegado mucho antes si Wren no la hubiera engañado a conciencia.

—¿A dónde vamos?

—A ver a Audra.

—¿Ahora?

—Pues claro.

Por la confianza de la que hacía gala Wren, Thea supuso que su hermana y la bibliotecaria lo habían hablado muchas veces, pero contuvo el enfado. No importaba siempre y cuando Audra supiera cómo ayudarla. Con sus consejos, Thea sería la primera espadachina portadora de tormentas en recorrerlos mediorreinos.

Wren ya tiraba de ella con impaciencia por el pasillo. Se detuvo delante de otra puerta y golpeó la madera con los nudillos.

—¿Qué pasa? —preguntó Audra al abrir la puerta antes de pasar los ojos hasta las dos hermanas—. Ah. Sois vosotras.

—Estamos preparadas, Audra —le anunció Wren con entusiasmo —. Thea quiere aprender…

—Bueno, pues no os quedéis ahí como un pasmarote. Entrad, rápido. —Audra las hizo pasar a la habitación. El vestido gris le ondeaba sobre los tobillos, y llevaba las dagas ceremoniales atadas a la cintura, como siempre. Se giró hacia Thea—. Ya era hora.

Thea se cruzó de brazos, a la defensiva.

—¡Conque tú también lo has sabido siempre!

—Tan solo lo sospechaba —respondió Audra con calma, como si el tono acusatorio de ella no la hubiera afectado lo más mínimo.

—¿No se te ocurrió que a lo mejor merecía la pena que me contaras tus sospechas?

—Cuanto más tiempo pasaras sin saberlo, más tiempo estabas protegida. Delmira no fue un reino demasiado bien visto en su etapa final. Y, cuando Wren descubrió la verdad, pensé que era ella quien debía contártelo, no yo.

Wren se revolvió incómoda antes de volver a tender un brazo hacia su hermana.

—Thea, tienes que perdonarme. Lo hice por ti.

—Si te ayuda a dormir por las noches, me alegro por ti —bufó.

Audra se aclaró la garganta.

—Sería mucho más fácil si trabajarais juntas.

—Pues habérselo dicho a ella antes de que me mintiera, antes de que usara alquimia conmigo durante años y años. Y, en todo ese tiempo, Wren, me dijiste que no pensara en quién era nuestra familia, que era una gente horrible por habernos abandonado. Y tú sabías quiénes éramos.

—A ver, es que al parecer era una gente horrible. Y, además, ahora que lo sabes, ¿qué has hecho con esa información? —contraatacó Wren—. ¿Acaso has investigado o algo? ¿Te sientes mejor ahora siendo huérfana thezmarrense?

—Estoy aquí, ¿no? Estoy preparada para aprender, preparada para controlar mi magia.

—Ahora que sirve para tu objetivo —le reprochó Wren.

Thea dio un paso hacia ella con los puños apretados. La Iliria que sentía era una bestia que vivía en su interior, que se revolvía por su cuerpo exigiendo librarse de sus cadenas. Y lo peor de todo era que no estaba enfadada solo con Wren, sino también consigo misma. ¿Qué había hecho con esa información? Había estado demasiado asustada como para investigar su historia familiar, había sido demasiado cobarde como para descubrir siquiera cuál era su verdadero nombre por temor a que se separase de la versión de sí

misma que tanto esfuerzo le había costado forjar.

En la cabaña de Hawthorne vio un libro: *Un estudio sobre los linajes reales de los mediorreinos*… Wilder lo había dejado abierto, prácticamente enseñándole la página en cuestión. Sin embargo, Thea lo cerró y lo alejó de sí, incapaz de reunir el valor necesario para leerlo. Desde entonces, vivía a la sombra de ese volumen.

—Ya basta —terció Audra con suficiente rotundidad para que las dos jóvenes le prestaran atención a ella—. No estoy aquí para resolver riñas entre hermanas. Estoy aquí porque las dos necesitáis ayuda. ¿O vais a negarlo?

La magia de Thea respondió comenzando a hervir bajo la superficie y detrás de los ojos le nació cierto dolor. Ya casi no dormía, acechada por las pesadillas en las que aparecía el segador del bosque Sangriento y por la visión que la cercanía de la muerte le había mostrado. Esa misma visión regresaba a ella en aquel preciso instante…

El patio chamuscado olía a sangre y a brezos.

En los adoquines yacían cuerpos inertes. Un líquido carmesí se filtraba en la tierra mientras las ruedas de un carruaje volcado seguían girando, de cuyos barriles destrozados salía hidromiel a borbotones.

La oscuridad había caído sobre Thezmarr, y en el centro había una niña de pelo cobrizo, que no tendría más de seis años, que seguía agarrándose a un collar de flores secas y a una pequeña daga de acero naarviano que le apuntaba al desbocado pecho.

«Anya».

La niña pequeña cuyo nombre propio tañía como una campana familiar y espeluznante en los confines de su mente. Era rarísimo lo que el monstruo le había enseñado. Thea se estremeció al recordarlo y se obligó a visualizar otra cosa: imágenes de sí misma esgrimiendo un relámpago en el Gran Rito, más fuerte de lo que había sido nunca.

Finalmente, miró a Audra a los ojos.

—No lo negaré.

La bibliotecaria se subió los anteojos por la nariz y asintió con la

cabeza.

—Estupendo. ¿Y tú, Elwren?

Wren también asintió.

—Necesito ayuda —repuso con voz rota.

Thea tuvo que reprimir la necesidad de ir con ella. Siempre habían estado las dos solas, juntas contra el mundo. Odiaba la idea de que su hermana padeciera, sufriendo sin tener a Thea a su lado. Pero Wren había roto algo entre ambas, y Thea había estado en la más absoluta inopia, así que se quedó donde estaba, aunque a su hermana le cayera una lágrima por la mejilla.

—Muy bien —siguió diciendo Audra—. Hoy aprenderemos la historia de los portadores de tormentas, de vuestra familia. En nuestra próxima sesión iremos a algún lugar seguro donde podamos permitirnos llevar a cabo una lección más práctica…

—¿No podemos empezar hoy con la lección práctica? —la interrumpió Thea al pensar en cómo podría usar esas habilidades en sus sesiones de entrenamiento privado.

—No.

—¿Qué vas a saber tú de la magia de las tormentas? —saltó Thea, irritada.

—Soy bibliotecaria —repuso Audra con sequedad—. Lo sé todo.

—No es por eso —se aventuró Thea—. Hay algo más.

—Veo que no conoces el significado de mi nombre. —Divertida, Audra soltó un resoplido.

—¿Por qué iba a conocerlo? —Thea frunció el ceño.

—El nombre de Audra ha pasado de generación en generación por todas las mujeres de mi familia. Significa «tormenta».

—¿Y eso? —A Thea se le erizó la piel—. ¿Por qué te pusieron un nombre con ese significado?

Wren contemplaba a Audra atónita. Thea experimentó una ligera satisfacción al verlo. Por fin había algo que su hermana desconocía.

—Soy descendiente de las tutoras que enseñaban a la estirpe delmiriana. —La mujer las observó con ojo crítico, como si estuviera valorando si eran dignas—. Soy la nieta de la tutora que enseñó la

magia de las tormentas a vuestros padres.

—¿Qué? —se sorprendió Thea—. Pero eres…

—¿Una bibliotecaria? —terminó Audra la frase con frialdad.

—Una guerrera —la corrigió—. ¿Cómo…?

—Los detalles son irrelevantes. Lo que importa es que soy la única persona con alguna noción de conocimiento acerca de cómo podéis invocar y controlar vuestro poder. —Hizo señas hacia el rincón más alejado de la estancia, donde había acumulado decenas de libros en montañas inestables sobre una mesa enorme—. Para nuestras clases de historia y teoría, estaremos aquí.

Por primera vez desde que llegó, Thea miró alrededor y se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde se encontraban.

—¿Dónde estamos exactamente?

Audra soltó un sentido suspiro.

—En mis aposentos privados. Seguro que no hará falta que te diga que estas sesiones son confidenciales. ¿Comenzamos?

Sin esperar a que le contestaran, deslizó un libro de aspecto familiar hacia las hermanas. Era el tomo que vio en la cabaña de Hawthorne, con una estrella garabateada junto a una lista de miembros de familias reales. Sin embargo, la lista terminaba sin ramificarse con los hijos de la pareja reinante. La estirpe había muerto, o así era como se había documentado.

—Procedéis de una larga estirpe de poderosos portadores de tormentas. Vuestros padres, el rey Soren y la reina Brigh, de la familia Embervale…

A Thea se le revolvió el estómago. No era una Zoltaire. Ni siquiera sabía de dónde salía ese apellido, nunca lo había preguntado.

Era una Embervale.

Igual que Wren.

Elwren Embervale. Althea Embervale… No sonaba bien. No sonaba a ella.

—… poseían una de las magias más potentes que han aparecido jamás en los mediorreinos —prosiguió Audra—. Se comentaba que

su magia se sentía por los reinos y provocaba tempestades espantosas en tierras muy lejanas.

Thea recordó el estallido de un rayo en la punta de sus dedos, cómo lo invocó para golpear al segador en el bosque Sangriento, y de nuevo cuando casi partió el cielo por la mitad en lo alto de los acantilados situados junto a las montañas negras.

¿Su magia también se había sentido en otros lares?

—Cuando hace treinta años el reino de Delmira quedó reducido a ruinas, la culpa recayó en el rey Soren y en la reina Brigh. Eran unos tiranos que pretendían controlar y someter al resto de los reinos. Como consecuencia, su propio reino sucumbió a las fuerzas oscuras del otro lado del Velo unos años antes de que nacierais, pero no antes de que los reyes Embervale envenenaran la mente del rey y la reina de Naarva. Estos siguieron los pasos de vuestros padres y adoptaron la misma sed de poder que ellos, que acabó provocando su caída también.

Thea notaba un regusto agrio en la boca. Durante años se había preguntado de dónde procedía, se había preguntado si provenía de una familia de combatientes. Se había imaginado a un padre guerrero, a una madre blandiendo una espada… Pero jamás había sopesado una posibilidad tan lúgubre. Era la hija de unos tiranos, una verdad que se oponía a su sueño eterno de convertirse en una defensora de los mediorreinos.

Audra se detuvo para que asimilaran sus palabras antes de seguir hablando.

—Hay cosas que debéis conocer, como leyes, protocolos y demás, antes de tomar una decisión en relación con vuestro futuro.

—Yo he investigado un poco —comentó Wren con impaciencia, recorriendo con las manos el árbol genealógico de los Embervale que aparecía en el libro que tenía justo delante—. Sé que, si un heredero de un reino caído se da a conocer, el resto de los reinos están obligados a ayudar en la reconstrucción hasta sentarlo en el trono en pos del equilibrio de los mediorreinos.

—¿Qué? —A Thea se le heló la sangre.

Wren continuó, sin dejar de pasar los dedos por el linaje escrito.

—Pero antes de que cayera Delmira no se anunció el nacimiento de ningún heredero real ni ninguna línea de sucesión oficial.

—Con un reino derruido o no, sois portadoras de tormentas —dijo Audra—. Es innegable que sois las auténticas herederas de la familia Embervale.

Wren pasó la mirada de su tutora a Thea, con gesto nervioso.

—¿Eso significa que podemos recuperar el reino? ¿Que Thea puede reclamar el trono de Delmira?

Thea estaba convencida de que lo había entendido mal. Era imposible que su hermana, la amante de la alquimia, estuviera valorando una idea tan ridícula, ¿verdad? Wren era demasiado lista.

Para su sorpresa, Audra mostró más paciencia de la habitual.

—Aunque esa ley exige a los reinos que ayuden a los herederos en la reconstrucción, no es tan sencillo. El reino de Delmira es famoso por ser la oveja negra de la historia de los mediorreinos… Y los hijos de los adversarios no suelen ser aclamados.

A Thea le zumbaban los oídos.

—Pensadlo. —Audra no había terminado—. ¿Qué reyes actuales querrán invertir su dinero y sus recursos limitados en la reconstrucción de un reino que puede que vuelva a intentar derrocar el suyo?

—Me parece que intentas convencernos para que mantengamos nuestra identidad en secreto… —Wren profirió un gruñido de frustración— y para que nos ocultemos.

—Eso es cosa de las herederas de Delmira y demás. Solo intento convenceros para que seáis inteligentes —les advirtió Audra.

Wren se giró hacia Thea con los ojos brillantes, como si no hubiera oído ninguna de las advertencias de Audra.

—Piensa en lo que puede significar, Thea. Imagina lo que podrías cambiar… Podrías conseguir que las mujeres guerreras regresaran a Thezmarr. O iniciar un gremio de guerreras por tu menta. Reclamar tu trono, nuestro reino, y luego…

—¿Qué trono? ¿Qué reino? —Thea negó con la cabeza, incrédula,

con un tenso nudo en el pecho—. No me interesa ser la heredera de un reino caído. No deseo gobernar tierras que se pudren y albergan a enjambres de espectros sombríos. El único motivo por el que he venido hasta aquí es para dominar mi magia y así poder ser una espadachina más fuerte, para mejorar como protectora de los mediorreinos.

Se hizo entre ellas el silencio.

Transcurrieron varios segundos que amplificaron la quietud antinatural que las rodeaba.

En el estómago de Thea se desplegó un manto de temor.

—¿Qué pasa?

—Althea… —dijo Audra con amabilidad.

La amabilidad no formaba parte de la naturaleza de Audra. Aquel tono precavido bastó para que se sobresaltara y se mordiera con fuerza el interior de las mejillas.

Audra deslizó una mano por la mesa hacia ella.

—No puedes ser una portadora de tormentas y una espadachina al mismo tiempo.

Thea se echó hacia atrás y observó boquiabierta a la bibliotecaria.

—¿Cómo?

—Las leyes de los mediorreinos están blindadas. Una persona que haya nacido siendo portadora de tormentas no puede emprender el Gran Rito. Es una ley que lleva siglos en vigor. Un espadachín no puede mostrar ninguna preferencia hacia un reino en concreto.

Thea parpadeó lentamente, sintiendo náuseas.

—Pero eso es… —Fue incapaz de terminar la Frase.

—Vas a tener que elegir, Thea —le dijo Audra. Cualquier matiz efímero de empatía se había esfumado. La voz afilada de la mujer estaba revestida de autoridad y de orden.

Thea seguía negando con la cabeza. Le temblaban las manos y los pies amenazaban con fallarle.

—No puedo.

—Es tu deber.

—Thea, la magia forma parte de ti. —Wren alargó un brazo hacia ella—. No puedes negar quién eres. Eres una heredera…

La familiar tormenta de furia creció en su interior. Thea retiró la silla y se encaminó hacia la puerta.

—Ya os lo he dicho. No me interesa gobernar un reino en ruinas.

Y se marchó. No pensaba ceder.

CAPÍTULO 4

WILDER



Wilder estaba encorvado sobre una mesa en la biblioteca, justo delante de Malik, con un mar de libros abiertos entre ambos. Su hermano observaba con suma atención una página con diagramas de juegos de pies, trenzando cuero con los dedos de forma distraída, con su perro Dax acurrucado a sus pies.

Wilder se quedó mirándolos durante unos instantes con una punzada de arrepentimiento. Malik había sido la primera persona que tuvo que soportar su ira cuando se enteró de la verdad sobre Thea.

«Tú lo sabías… Lo sabías cuando le diste la puta daga hace seis años —le había chillado—. Por todos los dioses, incluso se lo dijiste, ¿verdad? ¿Qué fue lo que le dijiste cuando Enovius te tenía entre sus garras? ¿"Ten cuidado con la furia de alguien de Delmira"? Y luego me diste a mí el maldito libro. ¡Por el amor de Dios, Mal!».

Malik se había pasado todo el rato sonriéndole, y Wilder no tuvo más remedio que dejarlo correr. Jamás sabría cómo Malik había averiguado esa información con respecto a las hermanas Zoltaire. Tan solo le quedaba confiar en que, como él, Mal siempre buscaba lo

mejor para Thea.

Al presentir la atención de Wilder, su hermano levantó la vista, y un destello de reconocimiento le cruzó el rostro. Como si acabase de tomar una decisión, el amable gigante se metió una mano en el bolsillo y extrajo un pergamino arrugado.

Wilder se recostó en la silla y suspiró.

—¿Ahora también me abres el correo?

Malik no parecía molesto en absoluto.

Wilder cogió el pergamino y lo desenrolló para leer el contenido; se dio cuenta de que seguramente lo mejor era que Malik hubiese recibido ese mensaje, en lugar de cualquier otra persona del gremio. La misiva procedía de su contacto en Naarva —Dratos el Despierto, como él mismo se llamaba—, que le informaba de encontronazos con monstruos por el reino caído. «Mantenlos alejados de la isla del sur», le decía.

—¿Lo has leído? —Wilder agitó el pergamino delante de Malik.

Mal no respondió, pero inclinó un poco la cabeza, así que Wilder supo que sí.

—Dratos sobreestima mi influencia.

Malik emitió un gruñido a modo de asentimiento antes de dar golpecitos a uno de los libros que estaban delante de su hermano.

—Ya lo sé, ya lo sé —repuso este al tiempo que hacía una pelota con el papel y lo lanzaba sobre las ascuas resplandecientes de la chimenea, viendo cómo ardía.

Examinó la abrumadora cantidad de libros que ocupaban la mesa. Habían estado urdiendo un plan de entrenamiento para Thea. Hasta el momento, habían combinado lo mejor del currículo oficial de los guardianes y sus propias lecciones de aprendizaje y habían elaborado un programa agotador, pero que le daría a Thea la mejor oportunidad si se celebraba un Gran Rito que pudiera desafiarla.

Era ya bastante tarde. Wilder recogió los pergaminos en los que habían trabajado y dejó a su hermano y a Dax junto al fuego, temiendo la reunión del consejo que iba a empezar en breve. Siempre las había odiado y por lo general inventaba alguna excusa

de que debía ir a alguna parte cuando le pedían que asistiera a una. La misiva que entregaron en su cabaña, sin embargo, había afirmado que aquella reunión era de asistencia obligada.

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos sobre el informe que en teoría debía presentar que chocó con alguien al doblar una esquina.

Era Thea.

—¿Qué haces? —le preguntó mientras se guardaba los papeles en el jubón. Pero, al mirarla a los ojos, supo que ocurría algo. Si bien Thea siempre erguía la barbilla y lo observaba con aire desafiante, en esa ocasión apartó la vista.

Wilder se concentró en las tablillas que le envolvían los dedos. ¿Por eso estaba tan molesta? ¿Un sanador le había dicho que no podría luchar hasta que se curara?

—¿También te han visto las costillas?

—Sí.

Era mentira. Wilder se percató al instante y se cruzó de brazos.

—Te lo voy a volver a preguntar. ¿Te han visto las costillas?

Prácticamente la oyó apretar los dientes.

—No.

Wilder la cogió del brazo y tiró de ella hacia la habitación más cercana. Un taller que nadie utilizaba. Tras cerrar la puerta, se giró.

—Enséñamelas.

—No puedes hablar en serio.

—¿Alguna vez me has visto bromear sobre tu bienestar?

Tras fulminarlo con la mirada durante unos segundos, Thea soltó un grito ahogado de frustración, se levantó la camisa con las manos y se arrancó la tela que le rodeaba la cintura para mostrarle el costado.

—Mira. ¿Contento?

Wilder ladeó la cabeza e inspeccionó los moratones con una mueca. Se inclinó hacia delante, se mordió el labio inferior y le rozó la piel con suma suavidad.

Thea respiró temblorosamente por su caricia.

Con cuidado, le aplicó presión sobre las costillas y la miró para analizar su reacción.

—Estoy bien —masculló ella.

—No eres quién para juzgarlo. —Prosiguió el examen. No había hinchazón, pero le escrutó el rostro en busca de indicios de sibilancia o de dolor—. Ni tampoco eres famosa por tu sinceridad.

Thea se sonrojó, y lo hizo más cuando Wilder ascendió con la mano para retirar la cinta que le ceñía el torso y explorar las costillas que estaban más cerca del pecho.

La sangre le rugía en los oídos, pero procuró hablar con tono desapasionado.

—¿Tienes tos? ¿Te cuesta coger aire?

—No —contestó ella, a pesar de que los dos eran conscientes de que parecía estar sin aliento.

—Tienes que cuidarte. Tienes que mantenerte sana para que, cuando te entrene, no te destroce.

—Nada me puede destrozar, espadachín. —Se le dilataron las pupilas—. Y mucho menos tú.

—¿Eso crees? —Notaba la piel de Thea caliente bajo los dedos, con piel de gallina en el costado.

—¿Has terminado ya de sobarme? —le soltó.

Hawthorne bajó las manos y dio un paso atrás; se negó a sonrojarse y esperó que Thea no se diera cuenta del efecto que tenía en él.

—¿Has terminado ya de mentirme?

Ella no contestó.

Wilder suspiró y le señaló las costillas.

—Están magulladas, pero no rotas.

—¿Ves? Estoy bien.

Wilder no lo pudo evitar. Le sujetó la barbilla con el pulgar y el índice para obligarla a mirarlo a los ojos.

—No estás bien, alquimista. No estás para nada bien.

—No me digas cómo estoy.

—Pues no me mientas.

Se quedaron contemplándose. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. Al final, fue Thea quien apartó la vista, se recolocó la cinta del pecho y se metió la camisa dentro de los pantalones.

Pero Wilder no aguantó más.

—Dime qué pasa. Además de…

—¿Además de todo lo que tiene que ver contigo? —Thea enarcó una ceja.

—Sí —repuso, resignado—. Hay algo más. Lo noto.

Thea parecía debatirse entre echar a correr y discutir con él, pero al final levantó las manos a modo de derrota.

—No tengo tiempo para discutir ni para fingir que nada de esto me importa —le soltó—. Dos años y medio, eso es todo lo que tengo. Y ahora debo elegir.

Wilder frunció el ceño e ignoró la referencia a la piedra del destino que sabía que descansaba entre sus pechos.

—¿Elegir?

Thea empezó a caminar de un lado a otro en la habitación.

—Audra dice que no puedo ser una portadora de tormentas y una espadachina a la vez. Que tengo que elegir. Dice que las leyes están blindadas…

—¿Desde cuándo te importan a ti una mierda las leyes? —le dijo Wilder.

—Desde que descubrí que soy la puta heredera de un reino —contraatacó Titea sin dejar de caminar—. Desde que me nombraron la aprendiz de un espadachín que se niega a entrenarme. Desde que me enteré de que, otra vez, las leyes de los hombres determinan quién y qué soy en el tiempo limitado que me queda en estos reinos. —Las palabras brotaban de ella, y solo entonces lo miró a los ojos de nuevo y Wilder vio la verdad que se escondía detrás del arrebato de ira: miedo e impotencia.

No acudió a su lado. No la tocó. Se limitó a meter una mano en su jubón y extraer el programa de entrenamiento que había creado para tendérselo.

—Nunca has dejado que las leyes te reprimieran —murmuró—. Si consigues dominar tu magia de tormentas además de tu entrenamiento de guerrera, ¿quién demonios va a detenerte?

Le puso las páginas en la mano y Thea se quedó atónita.

—Ve a por tus cosas —le dijo—. Y estate preparada. Mañana tenemos trabajo que hacer.



Para alejarse de Thea, tuvo que hacer acopio de más fuerza de voluntad de la que admitiría, pero Wilder ya llegaba tarde a la reunión del consejo. Irrumpió en la estancia apenas iluminada y observó a las personas sentadas en sillas de respaldo alto alrededor de la mesa de caoba. Osiris, el maestro del gremio, ocupaba la mesa principal, como de costumbre; Vernich estaba a su derecha y, para sorpresa de Wilder, Audra, la bibliotecaria, a su izquierda.

Tras saludarlos con un asentimiento, Wilder desenfundó las espadas que llevaba a la espalda y ocupó su lugar enfrente del Asesino de Osos, hacia el final de la mesa. Torj le dedicó una sonrisa traviesa que le provocó ganas de estrangularlo. Le había pedido a su amigo —aunque por aquel entonces usaba ese término con cierta ligereza— que cuidase de Thea en su ausencia, algo que por lo visto había divertido sobremanera a su compañero. Para su alivio, no hubo tiempo de insinuaciones ni riñas, pues Osiris dio comienzo a la reunión.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar —anunció con rostro serio—. Todos estamos al corriente de las palabras que cambiaron el curso de la historia de Thezmarr hace unos veinte años… —El maestro del gremio esperó unos instantes antes de declamar—: «Una hija de la oscuridad empuñará una espada en una mano y con la otra regirá la muerte…».

Expectante, miró a todos los presentes.

—Conocemos la maldita profecía —contestó Wilder crujiéndose

los nudillos sobre la mesa.

—Pues dime cómo termina, Hawthorne —lo retó Osiris.

Wilder tuvo que contener el mal genio.

—«Un amanecer de sangre y fuego» —respondió.

Osiris le lanzó una mirada amenazadora antes de dirigirse nuevamente a todos los allí reunidos.

—El amanecer ha llegado. Es oficial. Como presagiaba la profecía, la Hija de la Oscuridad se ha alzado —afirmó—. Nuestros espías me han comunicado que busca venganza por lo que se le hizo en Thezmarr y que está reuniendo un ejército.

Wilder permaneció callado en su silla. Había oído murmullos a lo largo del Velo, pero ninguno tan siniestro como las palabras que emergían de la boca del maestro del gremio, ninguno que lo llevara de vuelta a los momentos vividos que ansiaba olvidar: justo antes de la guerra, justo en medio de la pelea. Aquellas batallas casi habían puesto fin a la vida de los dos guerreros que más le importaban.

—¿Y qué se le hizo exactamente, Osiris? —preguntó Audra con la voz desprovista de emoción.

—Sabes perfectamente lo que ocurrió aquí, Audra. —El maestro del gremio entornó los ojos.

—Sí, pero no después de que… —La bibliotecaria se detuvo—. No después de que la echaras de aquí a bordo de un maldito bote de remos con un viejo espadachín.

—Recibió órdenes para dejarla en las Islas Rotas.

—Para dejarla morir.

—Era la Hija de la Oscuridad, Audra. ¿Qué se suponía que debía hacer yo?

Audra se limitó a negar con la cabeza, asqueada.

La tensión comenzaba a ser insoportable.

—¿Dónde? —intervino Torj intentando mantener la calma, como siempre—. ¿Dónde está reuniendo un supuesto ejército?

—En Naarva —contestó Osiris apartando la vista de Audra—. ¿Dónde si no? Está lo bastante lejos de los reinos que quedan como para que pueda hacerlo con relativo secretismo y sin interferencias.

El reino caído está envuelto en sombras y niebla.

—¿Y las fuerzas? —insistió Torj—. ¿Quién forma sus filas?

—Hombres que simpatizan con su causa, de todos los mediorreinos y de más allá. Algunos están malditos, otros tan solo son imbéciles… o vulnerables y esclavizados —dijo el maestro del gremio con claro desdén—. Gente que preferiría ver a los mediorreinos sumidos en el caos. Y semiespectros, o eso es lo que me aseguran mis fuentes.

—¿Sabemos de qué cantidad estamos hablando? —Wilder se obligó a participar en la conversación.

—Todavía no. Lo mantiene todo bien oculto —les informó Osiris.

Wilder miró a Audra, que se puso rígida al oír de nuevo al maestro del gremio.

—También se rumorea que ésta supuesta Hija de la Oscuridad está reuniendo otra fuerza que se opone a los mediorreinos… —dijo lentamente.

Audra profirió un gruñido gutural.

—Ahora entiendo por qué me habéis hecho llegar una invitación a esta reunión.

Wilder se revolvió en su asiento al pasar la vista de la mujer de rostro serio al maestro del gremio, inmersos los dos en un duelo de miradas fulminantes.

—¿Alguien podría contárnoslo a los demás?

Audra entornó los ojos antes de girarse hacia Wilder.

—Lo que Osiris está insinuando es que esta presunta Hija de la Oscuridad está atrayendo a las antiguas guerreras de Thezmarr a su causa.

—¿Qué? —Torj soltó una carcajada.

—Nuestro querido maestro del gremio también insinúa que yo sé algo al respecto, que por supuesto es mentira. Yo corté lazos con todas las mujeres expulsadas de Thezmarr hace veinte años. No me quedó otra.

—Por favor, Audra —le espetó Osiris—. ¿De verdad me vas a decir que no tienes ni idea de adonde se fueron?

—No, ni idea —repuso ella con rotundidad mirándolo a los ojos.

—Me cuesta creerlo.

—Y a mí me cuesta creer que antiguos miembros de este gremio fuesen a colaborar con una malvada opresora —contraatacó Audra —. Por muy mal que las hubieran tratado aquí.

—Audra…

Pero fue Yernich quien los interrumpió poniéndose en pie con un gruñido de frustración.

—No son las antiguas guerreras de la fortaleza las que deberían preocuparte, maestro del gremio. La Hija de la Oscuridad busca aliados mucho más poderosos que ellas.

Audra se aclaró la garganta para poner de manifiesto lo que opinaba acerca de aquella ambigua defensa de las viejas guerreras.

—Continúa… —Osiris entrecerró los ojos.

La hija de la Oscuridad busca fuerza y poder… Busca una magia que no se parezca a nada que el mundo haya visto en muchísimos años. Busca a los herederos perdidos de los mediorreinos.

Wilder sintió un nudo en el estómago. Solo las décadas que llevaba entrenando le permitieron aparentar compostura.

A pesar de fingir tranquilidad, Audra palideció.

Osiris contestó con una siniestra risotada antes de apoyar la cabeza en las manos.

—No lo dices en serio, ¿no?

Sin embargo, Vernich tenía una expresión lúgubre.

—¿Quiénes serían mejores aliados que los magos descendientes de estirpes que en un momento dado también quisieron extender su propia oscuridad?

—No existe ningún heredero —afirmó Osiris—. Delmira cayó antes de que el rey Soren y la reina Brigh tuvieran descendencia. Y los miembros de la familia real de Naarva huyeron y se toparon con un enjambre de espectros. Están todos muertos.

—Pues parece que no es así. —Vernich se encogió de hombros—. De lo contrario, no habría revelado sus intenciones así como así. Varias de mis fuentes me han comunicado que quiere ir a por los

herederos. Tanto es así que ha corrido la voz de que perdonará al reino que se los entregue, sea el que sea. —Tomó asiento de nuevo y empezó a arrancarse la suciedad de debajo de las uñas con su daga.

—Por todos los dioses… —masculló Osiris al tiempo que se apretaba el puente de la nariz.

—Los reinos tienen un deber hacia cualquier heredero —les recordó Audra.

—Según las leyes, sí —respondió el maestro del gremio. Pareció meditar el asunto antes de volver a girarse hacia los guerreros—. ¿Tenéis alguna idea de cuándo se celebrará el Gran Rito? ¿Vuestros aprendices estarán preparados?

—Venga ya, Osiris —replicó Torj—. Solo han pasado tres semanas. Es demasiado pronto para saberlo.

—El Gran Rito se celebra espontáneamente —añadió Wilder con la piel de gallina—. Es imposible saber cuándo será el siguiente.

Osiris se pasó una mano por la cabeza rapada y exhaló un sonoro suspiro.

—Necesitamos a más espadachines.

Audra había presenciado la conversación sin que ningún atisbo de emoción aflorara en su rostro. En ese preciso instante, no obstante, juntó las manos sobre la mesa.

—Lo que necesitáis son más guerreros —dijo—. Lo que necesitáis es más acero naarviano. Llevo dos malditas décadas diciéndolo.

—¿De qué sirve tener más acero naarviano si no hay espadachines que lo empuñen? —vociferó Vernich.

—Creo que ya hemos demostrado que no solo un espadachín es capaz de…

—Que las furias se apiaden de nosotros. Otra vez no.

Wilder vio cómo a Audra le temblaba un músculo de la mandíbula, pero la mujer se quedó en silencio. Él frunció el ceño. Era muy impropio de la bibliotecaria…

Fue Torj quien tomó la palabra a continuación.

—¿Qué órdenes nos das, Osiris?

El maestro del gremio se levantó, apoyó los nudillos encima de la mesa y miró a cada espadachín por turnos.

—Si hay algún heredero que encontrar, quiero que seáis vosotros quienes deis con ellos. Utilizad todos los recursos que tengáis en vuestro haber. Barred los mediorreinos para buscarlos. Descubrid quiénes son. Y, cuando lo sepáis…, traédmelos.

Dicho esto, la reunión llegó a su fin. Wilder sintió las manos entumecidas al recoger las espadas y dirigirse hacia la puerta. El mundo había empezado a escurrírsele bajo los pies…

—Sigue caminando, espadachín —le dijo Audra desde detrás.

Wilder obedeció poniendo un pie delante del otro hasta que la sala del consejo quedó tras ellos y se encaminó hacia el gran salón, con la bibliotecaria a su lado.

—Has estado muy callada… —murmuró.

—He aprendido a tragarme las palabras hasta que sean lo más efectivas posibles —respondió la mujer mirándolo con ojos divertidos —. Así se forman las armas más afiladas.

Wilder observó el pasillo vacío que los rodeaba.

—No podemos decírselo a ella. A ellas.

Audra enarcó una ceja y recostó las manos sobre sus dagas ceremoniales.

—¿Qué parte exactamente? ¿La de que hay una heredera tiránica que va a por ellas o la de que el deber que juraste te obliga a entregarla?

—Las dos. Nada. —Wilder se frotó la nuca y se detuvo. Era algo que siempre hacía Talemir cuando estaba bajo presión—. Suficientes problemas tiene ya. Debe lidiar con la piedra del destino. Algo así podría llevarla al límite.

—A lo mejor hay que llevarla al límite.

—Aún no —contestó Wilder—. Tenemos que mantenerla a salvo.

—Donde más a salvo está es aquí mismo. Justo delante de sus narices. Tanto ella como Elwren —susurró Audra—. No deben salir de aquí. Bajo ningún concepto.

—Estoy de acuerdo.

—Tienes que prepararla para los horrores que se avecinan —le advirtió la bibliotecaria.

—¿Qué crees que he estado haciendo, Audra?

La mujer lo miró con complicidad, como si pudiera leerle el pensamiento.

—Debes entrenarla con ahínco. Aunque eso signifique convertirte en su enemigo. Aunque eso signifique que no vuelva a mirarte de la misma manera.

Wilder reprimió las ganas de frotarse el pecho para apaciguar el dolor que sentía.

—Ya lo sé —musitó.

—¿Seguro? —lo desafió Audra con cierta aspereza—. Es tu deber… Hacia ella y hacia los mediorreinos. Althea tiene el poder de cambiar el destino de todos nosotros.

CAPÍTULO 5

THEA



Thea entró en el gran salón con la cabeza en alto, deleitándose con la quietud que envolvía como un manto las mesas que estaban ante ella. La primera vez que había ocurrido se había detenido en seco, con las mejillas sonrojadas ante los susurros que se oían y los ojos muy abiertos que la observaban. Pero ese día les permitió contemplarla: era la mujer a la que habían despreciado, a la que de pronto temían. Con o sin magia, no era una guardiana de los mediorreinos normal y corriente, y todos lo sabían.

En la otra punta de la sala sintió la mirada ardiente de Hawthorne clavada en ella, pero no estaba dispuesta a vacilar después de haberse pasado semanas alimentando la reputación que había comenzado a forjarse. Después de apoyar la mano buena en la empuñadura de la daga de Malik y mirar su tótem de guardiana para asegurarse de que estaba recto, se dirigió al asiento que solía ocupar.

A unos cuantos metros, vio a Evander, su antiguo amante, que intentaba llamar su atención al dejar espacio en el banco, a su lado. Llevaba un tiempo intentando hablar con ella, pero Thea no tenía ningún interés en nada que pudiera decirle. Lo ignoró y reprimió un escalofrío. No comprendía cómo en el pasado había llegado a considerarlo atractivo.

Varios compañeros guardianes se movieron para asegurarse de que Thea tenía suficiente espacio en su mesa. Hubo más movimiento cuando Cal y Kipp se situaron a ambos lados.

—¿Qué tal ha ido la reunión con Hawthorne? —le preguntó Kipp ignorando las miradas de quienes los rodeaban y alargando un brazo para coger un cesto de pan.

—Estupendamente. —Thea meneó los dedos entablillados.

—¿En serio?

—No.

A su lado, Cal terminó de recogerse el pelo castaño en una coleta corta y se rio.

—Si sigue de una pieza, creo que ha ido lo bastante bien…

—¿Qué se supone que significa eso? —Thea se negó a mirar la mesa principal. Se limitó a quitarle a Cal la taza de té de menta y a dar un largo trago.

—Significa, querida Thea —contestó Kipp con la boca llena de comida—, que, cuando te hemos dejado en el área de entrenamiento, parecías dispuesta a lanzar a tu querido mentor por un acantilado.

—A lo mejor debería haberlo hecho.

—Seguro que estaríamos de acuerdo contigo si nos contaras lo que ha pasado… —se arriesgó a decir Cal.

Thea no les había contado lo suyo con Hawthorne. Al principio fue porque había querido guardar el secreto, como si fuese algo valioso que no estaba preparada para compartir con el mundo. Pero, después de que se marchara, se había convertido en un asunto vergonzoso, así que no había dicho nada al respecto.

Suspiró y se sirvió unos cuantos trozos de cordero, y los cubrió

con tanta salsa que hasta el mismísimo Kipp se quedó sorprendido.

—Contároslo no cambiará nada —respondió—. Pero tengo que irme a vivir a su cabaña.

—¿Qué? —Kipp abrió los ojos como platos.

—Es lo que me ha dicho.

—Es lógico. —Cal se encogió de hombros—. A fin de cuentas, eres su aprendiz. Básicamente vas a ser su sombra en el próximo año más o menos.

—Cuesta ser la sombra de alguien que no está aquí —masculló ella. Los ojos la traicionaron y se desplazaron hacia la mesa principal. Hawthorne estaba sentado al lado de Osiris; no había tocado la comida y sostenía una jarra de metal con una de sus manazas. El guerrero la miró, como si hubiera presentido que Thea lo contemplaba. Por todos los dioses, todavía era capaz de sentir sus caricias sobre las costillas.

Thea apartó la vista. Además de la furia, tenía otra sensación: dolor. Hasta en ese momento le resultaba muy surrealista. Durante unos breves instantes habían estado juntos, habían sido un equipo imparable y fiero, pero su conexión se había evaporado de repente. A veces se preguntaba si lo había soñado. Con todo, la energía que latía entre ambos le confirmaba lo contrario, así como el beso que se habían dado durante el combate. Todas las fibras de su ser estaban resentidas con él, pero era un odio que se mezclaba con otra cosa, con algo más profundo y oscuro.

—¿Qué tal ha ido vuestro entrenamiento? —preguntó a sus compañeros en un intento por distraerse.

—Ha sido bastante interesante. Esyllt, por mucho que sea un capullo cascarrabias, está siendo muy generoso con su tutelaje —contestó Kipp con una sonrisa.

Después de que Thea se recuperara de la prueba de iniciación, se llevó una alegría al enterarse de que el maestro armero en persona había aceptado a Kipp como aprendiz extraoficial de estrategia. Su amigo se sentía como pez en el agua en ese papel, si bien lamentaba tener que llevar a cabo un poco de entrenamiento

físico también.

—Y hace un rato he visto a la encantadora Elwren —añadió—. ¿Me pasas el hidromiel?

Después de la supuesta lección con Audra, oír el nombre de su hermana en voz alta fue como si le clavaran un cuchillo en el corazón. Wren quería que reclamaran el maldito trono. ¿Para qué? Con una mano temblorosa, alcanzó la jarra y se la dio a Kipp…

Algo crepitó en la punta de sus dedos.

Kipp dio un brinco y apartó la mano como si se hubiera quemado.

—¡Au!

Thea se lo quedó mirando, de pronto inquieta.

—¿Qué pasa?

—¿No lo has sentido? —Kipp seguía frunciendo el ceño mientras se examinaba los dedos—. Una especie de electricidad estática muy rara…

Thea negó con la cabeza.

Cal asintió con empatía.

—Odio que ocurra.

Sin dejar de estar un tanto desconcertado, Kipp al final soltó una risa avergonzada y se encogió de hombros.

—¿Qué tiene que ver con Wren tu trabajo con Esyllt? —le preguntó Thea, como si no hubiera sucedido nada e ignorando que tenía el estómago revuelto.

Kipp soltó un gruñido de frustración.

—¿Por qué no hacéis las paces de una vez?

—No.

—¿Por qué no nos dices por lo menos lo que ha hecho?

—No.

Su amigo negó con la cabeza y se sirvió más comida en el plato. A todos les extrañaba que estuviera tan delgado.

Kipp les hizo señas a Thea y a Cal para que se acercaran y tomó la palabra de nuevo en voz muy baja.

—Las alquimistas trabajan en un tipo especial de gas… Creen

que podrían usarlo para arreglar los desgarros del Velo.

—¿De verdad? —Thea se quedó boquiabierta.

Kipp señaló con la barbilla hacia la mesa donde siempre se sentaba Wren.

—A lo mejor deberías hablarlo con ella.

—A lo mejor deberías contármelo y ya.

—No puedo decir nada más. —Esta vez, Kipp se negó a ceder—. Las reuniones de estrategia son muy confidenciales.

—No podrías guardar un secreto aunque te fuese la vida en ello. —Cal puso los ojos en blanco.

—Bobadas. Hasta hace unos meses ni siquiera sabíais cómo me llamo en realidad, idiotas.

Thea se quedó en silencio. Ya guardaba suficientes secretos que la preocupaban. Y que su amigo hablase de nombres reales le provocó una punzada de ansiedad que la atravesó. Sus compañeros no sabían que Althea Zoltaire era un nombre provisional. Embervale. En realidad se llamaba Althea Embervale.

Un criado se aproximó para dejar un bol enorme lleno de verduras delante de ella.

—Para vos, guardiana Zoltaire.

—¿Y eso? —Thea observó la montaña de hojas verdes.

—Me han pedido que os lo trajera a vos específicamente —respondió el muchacho, cada vez más incómodo.

Thea sintió un hormigueo en la nuca. Levantó la vista hacia la mesa principal, donde los ojos de Hawthorne volvieron a clavarse en los suyos.

A su lado, Cal y Kipp se reían.

—Más te vale que te comas las verduras si quieres ser grande y fuerte, Thea —la pinchó Kipp.

Brócoli, espinacas, judías, guisantes y un montón de hojas que no le sonaban en absoluto. Thea apretó los dientes.

—Hay suficientes verduras para diez hombres.

El criado se encogió de hombros.

—Pues todas las noches se os servirá una ración como esta —le

anunció—. Me han dejado… muy claro que era de vital importancia.

Thea no se atrevió a volver a mirar hacia Hawthorne, con las mejillas encendidas.

—¿Nos veremos mañana? —le preguntó Cal ya sin una sonrisa en el rostro.

—Depende. ¿Vais a dar vueltas corriendo antes del alba?

—De ninguna manera —resopló Kipp.

—Lo intentaré —se ofreció Cal.

Thea se encogió de hombros, consciente de que su compañero no se levantaría de la cama un segundo antes de lo indispensable.

—Pues supongo que iré a…

Dejó la frase a medias cuando algo, o alguien, le llamó la atención en el otro extremo de la sala.

Era Sebastos Barlowe. Estaba observando fijamente al Carnicero, sentado a la mesa principal, que le estaba haciendo señas. Después de ver unos cuantos gestos sutiles, Seb se levantó sin terminar de cenar y se escabulló por una de las puertas laterales. Al cabo de unos instantes, Vernich se excusó y también salió del salón.

Las viejas costumbres se apoderaron de Thea. Ignorando los ojos que la observaban, sobre todo las miradas procedentes de la mesa de Wren, abandonó la sala. Tiempo atrás había sido su misión espiar las idas y venidas de Thezmarr. Sería capaz de volver a hacerse invisible. Avanzando con pies livianos de bailarina, cruzó el pasillo vacío y vio la capa de Vernich, que desaparecía detrás de una esquina.

Se apresuró a seguir a los dos guerreros y llegó hasta el piso de arriba, en el lado opuesto de la sala del trofeo, que albergaba los récords de campeón de Talemir Starling. Por el pasillo le llegaban voces bajas, y corrió para ocultarse debajo de la escalera más cercana.

—¿Qué ha pasado en la reunión? —preguntó Seb con ansia.

Hubo una larga pausa. Thea se llevó una mano a la cicatriz descolorida que le surcaba la piel debajo de la camisa.

—¿Te acuerdas de la profecía? —sonó la voz grave de Vernich.

—Pues claro —respondió Seb.

—Al parecer, la Hija de la Oscuridad a la que se refiere se ha alzado…

La cena de Thea amenazó con reaparecer. Se arrimó más todavía contra la pared.

—¿Qué? —balbuceó Seb.

El espadachín emitió un gruñido de frustración.

—Se ha alzado. Ha obtenido poder. Ata cabos —le dijo—. Está buscando algo. Algo que podría cambiar el curso del destino. Y yo voy a ir a encontrarlo.

A Thea le martilleaba el corazón. ¿Qué estaba presenciando exactamente? ¿Acaso Vernich colaboraba con la supuesta Hija de la Oscuridad? Con el cuerpo en tensión, agudizó el oído para captar la respuesta.

—… no consigue aguantar —mascullaba—. Es una solución temporal.

—¿Dónde está el desgarro del Velo más cercano? ¿No tendríamos que ir a verlo con nuestros propios ojos? —repuso Sebastos a toda prisa—. Si nos marchamos ahora, nadie se dará cuenta de nuestra ausencia.

La voz de Seb bastaba para ponerle a Thea la piel de gallina. Seb había intentado una y otra vez engañarlos a ella y a sus amigos para destruirlos. El hecho de que luciera un tótem de guardián, y que hubiese obtenido una plaza de aprendiz, era simplemente inmoral. Si en Thezmarr había una maldición, estaba personificada en Sebastos Barlowe. Y encima se ponía a las órdenes de alguien todavía peor que él.

—La oscuridad debería proporcionarnos una adecuada protección —dijo Vernich.

Thea se clavó las uñas en las palmas.

—Ensilla a los caballos. Saldremos dentro de quince minutos. Que nadie te vea.

—Claro que no, señor.

Thea oyó cómo los pasos pesados de Vernich se alejaban en

dirección opuesta y soltó un suspiro de alivio antes de salir al pasillo, donde Seb la sobresaltó.

—¿Qué estás haciendo aquí, descarriada? —le interrogó arrugando la nariz por el asco que le daba verla.

Una nueva oleada de odio la inundó al observar a Seb, el malnacido que no le había dado más que problemas siendo escudero, pero cuya vida había salvado en reiteradas ocasiones. En ese momento deseó haberlo dejado sucumbir ante los segadores en las ruinas de Delmira o haber permitido que Cal le disparase una flecha en el corazón y no en el hombro. Se lo merecía.

—Vete a la mierda, Seb —masculló intentando alejarse de él.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —la provocó—. ¿Vas a comerle la polla a algún espadachín para obtener otro tótem?

—¿Así es como conseguiste tú el tuyo? —Thea soltó una oscura risotada—. Los dos sabemos que no oíste la llamada. En tu cuerpo no hay ni un solo hueso digno.

Seb ya no llevaba una venda en el hombro, pero ella sabía el lugar exacto donde se le había hundido la flecha y sabía que le dolería si lo agarraba por ahí. Era una idea tentadora. Sabía que le haría gritar y se deleitaría con ese sonido.

—Ten cuidado, descarriada. —Seb entrecerró los ojos—. Aquí no hay nadie que pueda ver cómo te caes.

Thea se sujetó las manos detrás de la espalda para no estrangularlo. En su mente se repetían las palabras que había oído a hurtadillas. Por suerte, Seb no parecía sospechar de su presencia.

—¿Qué quieres? —le soltó.

—Quiero que te largues. —Barlowe curvó los labios—. Pero por lo visto no consigo librarme de ti. Eres como una enfermedad venérea…

—¿Tienes mucha experiencia con esas? —Lanzó una mirada elocuente a su entrepierna.

Los ojos de él se iluminaron por la rabia, y dio un paso amenazador hacia ella.

—Pero me conformaré librándome de tu hermana —exclamó bien

fuerte.

A Thea se le enrojeció la visión. Se abalanzó…

Pero alguien le sujetó la camisa para impedírselo.

—Nos vemos, descarriada. —Seb esbozó una sonrisa de satisfacción.

A Thea le rugía la sangre en los oídos mientras forcejeaba con quienquiera que la estuviera reteniendo, desesperada por infligirle a Seb el mayor dolor posible.

—Basta —le gruñó una voz familiar.

—Ya lo tenía —le espetó Thea, liberando la camisa del agarre de Hawthorne.

—¿Ah, sí?

—Pues sí.

—A mí me ha parecido que ibas a pelearte en el pasillo como si fueras un matón de taberna cualquiera y que ibas a hacerte más daño en los nudillos si cabe.

Thea respiró hondo y se obligó a contener la rabia y el poder tanto como pudo.

—Esa impulsividad tuya no te llevará a ninguna parte. —La miró sin pestañear.

—¿No? —Extrajo la piedra del destino que llevaba debajo de la camisa—. Pues quizá tendré que poner a prueba el destino…

Estaba en el pasillo y, de repente, se vio estampada contra la fría pared de piedra. La mano de Hawthorne envolvía la suya y los ojos plateados del guerrero brillaban con furia.

—¿Qué te he dicho de decir esas cosas?

El cuerpo poderoso del guerrero se arrimaba al suyo. Thea tenía un muslo robusto entre las piernas y el rostro de Hawthorne tan cerca que su aliento le hacía cosquillas en la piel. El olor dolorosamente familiar a cuero y palisandro la envolvió.

—¿Ahora quién es el impulsivo? —lo desafió. Maldito fuera… Thea bajó la vista a la suave curva de sus labios mientras el calor de él le calaba la ropa. Sintió cómo se revolvía al ser consciente de cada centímetro en los que se tocaban. Recorrió con los ojos la fuerte

columna de su cuello y vio cómo se movía al tragar saliva, como si fuera incapaz de hablar con serenidad.

Seguía rodeándole una mano con la suya. Thea sintió el aleteo de su pulso en la muñeca. Estaba desbocado, como el suyo, con un ritmo veloz y ansioso. El ligero avance de una pierna hizo que la erección se le clavara en el vientre, y ella respiró hondo, pues no anhelaba nada más que desabrocharle el cinturón y guiarlo hasta su interior.

Por todos los dioses, jamás había ansiado tanto estar con nadie. Hacía tiempo que el deseo había anulado su ira, y a duras penas consiguió no acercar la boca de él a la suya en aquel mismo pasillo.

Hawthorne cogió aire y soltó un suspiro medido antes de dar un paso atrás y pestañear para que desapareciera el halo de lujuria de sus ojos.

—Hablaba en serio cuando dijo que mañana tenemos trabajo. Por la mañana vas a pagar por haberte comportado así con Barlowe —remató al fin con voz grave—. Ve a por tus cosas. Te espero en la cabaña dentro de una hora.

Thea vio cómo se alejaba con los hombros rígidos y los puños apretados a los lados. Solo entonces exhaló, y el aire silbó entre sus dientes mientras él desaparecía en el otro extremo del pasadizo.

Le martilleaba el corazón, y no era por haber estado a punto de pegarse con Seb ni por lo que había oído decir a Vernich.

¿En qué estaba pensando Hawthorne? ¿Por qué los obligaba a compartir su cabaña? ¿Tantas ganas tenía de destruir su carácter o, peor aún, su autocontrol? Thea ya había cometido un desliz. El beso que se habían dado en la zona de entrenamiento estaba grabado a fuego en su piel como un hierro al rojo vivo. Apenas había conseguido contenerse, y todavía notaba el roce de sus labios.

Se llevó una mano a la boca y visualizó la cabaña de Hawthorne con su pequeño salón y, más allá, la cama enorme… Se lo imaginó tumbado, con las sábanas tapándolo hasta la cintura. ¿Dormía desnudo?

Por los dioses, aquello no iba a ayudarla. Irradiaba calor solo con

pensarlo.

Maldiciendo en voz baja, fue a recoger sus cosas.



Con una mochila con unas cuantas pertenencias suyas en el hombro, Thea llegó hasta la cabaña situada a los pies de las montañas. Estaba intentando decidir cómo abordar el asunto de Seb y Vernich con Hawthorne cuando se detuvo en seco ante la puerta cerrada. Si iba a vivir ahí, llamar le parecía ridículo.

—A la mierda —masculló mientras subía los escalones del porche y la abría sin más.

La cabaña era tal cual la recordaba, totalmente opuesta a su morador: agradable y acogedora. En la chimenea ardía un luego, con dos butacas raídas justo enfrente. Contra la pared, debajo de una de las ventanas, se recostaba una mesa con unas sillas, y por toda la estancia había un puñado de plantas en macetas.

No había ni rastro del espadachín ni del collar de flores que ella le había trenzado en el primer viaje que hicieron juntos y que él había guardado. Sin embargo, vio algo desconocido olvidado en la mesita lateral… Era una joya azul que resplandecía bajo la luz titilante del fuego, y Thea se sintió atraída por la gema. Dejó la mochila en el suelo y la cogió para darle la vuelta entre los dedos.

Era un zafiro. Thea había visto esa piedra preciosa acariciando el cuello elegante de nobles de Harenth cuando asistió al banquete del rey Artos.

Hawthorne tenía el collar de otra mujer. A Thea se le formó un nudo en el estómago al caer en la cuenta, y sintió un regusto amargo en la lengua. Hawthorne tenía el collar de otra mujer, y estaba ahí, en su cabaña. Donde él no permitía entrar a nadie.

¿De verdad había sido tan tonta como para pensar que…?

Thea soltó la joya como si le hubiera quemado la piel. Se negó a que su mente divagara por esos derroteros, se negó a ceder a los

celos que despertaban en su interior. Hawthorne era su mentor; solo era suyo en ese sentido. Era libre de hacer lo que quisiera y de acostarse con quien quisiese.

Después de recomponerse, recogió la mochila del suelo y entró en la habitación apenas iluminada.

En el dormitorio vio un estrecho catre apoyado en la pared del fondo.

La resignación extinguió su rabia. «La cama de Dax es mejor que esa», pensó.

Agradecida por el hecho de que al menos Hawthorne no estuviera allí, se quitó las botas y fue hacia el cuarto de baño con la esperanza de lavarse y tumbarse en su cama sin tener que ver al guerrero en ningún momento.

Al abrir la puerta del baño, sin embargo, la luz la recibió.

Ante ella estaba Wilder Hawthorne, desnudo a excepción de una toalla con la que se tapaba la entrepierna, y con sus ojos plateados en llamas.

Las furias sabían que Thea no había olvidado el aspecto de ese cuerpo esculpido y tatuado, pero verlo desnudo y brillando era algo totalmente distinto.

«Santos dioses…».

A Thea le subieron los colores al verlo. Entre sus piernas floreció cierto calor al reparar en el pelo despeinado y mojado de él, la anchura de sus hombros y la firme planicie de su abdomen…

—¿Qué estás haciendo? —gruñó el guerrero sin soltar la toalla con la que se tapaba.

Con el aliento atrapado en el pecho, Thea bajó los ojos hacia la parte en forma de «V» que surcaba la piel dorada debajo del vientre de Hawthorne, donde descendía un caminito de vello oscuro que señalaba como una flecha hacia su…

—Es que…

—Utiliza palabras, princesa.

Thea esperó a que la furia y el relámpago hicieran acto de presencia, pero no era la magia lo que la recorría entera.

Era el deseo derretido.

—Necesitamos una cerradura en la puerta —consiguió musitar obligándose a levantar la vista.

Wilder pasó a su lado; el olor embriagador a palisandro y cuero lo siguió.

—No lo necesitamos —masculló—. La próxima vez, llama a la puerta.

Thea se estrujó el cerebro en busca de una réplica ingeniosa, pero todos los pensamientos abandonaron su mente cuando sus cuerpos calientes se rozaron.

Trazó con los ojos el tatuaje que le bajaba por la espalda. Como todo él, era oscuro y hermoso, escrito en un idioma que no comprendía.

Wilder le contó un día lo que significaba: «Muerte gloriosa, leyenda inmortal». Eran las mismas palabras que estaban talladas en el filo de su propia daga.

—Nos levantaremos al alba y nos dirigiremos a los establos con la primera luz de la mañana. —Se lo anunció con voz ronca mientras se movía por la habitación, tensando los poderosos músculos con cada paso que daba.

No se había molestado en taparse la espalda fornida.

A Thea se le secó la boca al contemplarlo. Lo observó y lo observó bajo la luz de las velas que procedía del cuarto de baño y que iluminaba la habitación.

Cuando el guerrero soltó la toalla y se metió entre las sábanas, Thea supo sin temor a equivocarse que, en efecto, dormía desnudo.

CAPÍTULO 6

WILDER



Cuando a la mañana siguiente Wilder se despertó, adormilado y aturdido, Thea había desaparecido. Había hecho la cama, y en la habitación persistía un débil matiz de su olor a sal marina y bergamota, pero no había ningún otro rastro de ella. ¿Cómo se había escabullido sin despertarlo? Por lo general, Wilder tenía el sueño tan ligero que hasta el menor de los ruidos lo ponía en pie, con un arma en la mano.

Después de ponerse los pantalones, se dirigió hacia el salón, donde, justo debajo del collar de zafiro que la noche anterior había querido guardar en su cajón, encontró un trozo de pergamino:

«Nos vemos en los establos».

Thea no lo había firmado, sino que tan solo había garabateado un rayo debajo de las palabras.

Al verlo, a Wilder casi le entraron ganas de reírse.

Casi.

Sin embargo, se puso a juguetear con la joya y lamentó haber sentido la necesidad de hurgar entre sus viejas pertenencias para encontrarla. El sueño intermitente no había hecho más que

empeorar las cosas, no había hecho más que complicarle la labor de reforzar la armadura mental que lo aislaba del resto del mundo. No sacaría nada bueno de obsesionarse con el pasado; a esas alturas, lo sabía mejor que nadie. Pero algo le impidió meter el collar en el cajón lleno. Se limitó a volver a lanzarlo sobre la mesa mientras mascullaba una maldición.

El primer beso del alba teñía ya el cielo cuando Wilder llegó a los establos de la fortaleza. Se preguntó si Thea se sentía tan vacía como él. Había querido despertar con ella entre sus brazos. Se había imaginado sosteniéndola contra el pecho y meciéndose en su interior, lenta y profundamente, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo.

Era un sueño. Nada más.

En el pasado había permitido que las emociones lo gobernasen, y no había sacado nada positivo de ello. Iba a ser su perdición.

Aunque todavía debía convertirla en una espadachina.

Resignándose a comenzar otra mañana complicada, respiró hondo el aire fresco antes de entrar en los establos.

Al oír voces procedentes de la zona de los arreos, se detuvo.

—… fui un idiota, Thea. No sabía lo que decía.

—Ahora ya apenas importa, Van —repuso Thea con voz cansada.

«¿Van? ¿Quién cojones es Van?».

—Claro que importa. Me equivoqué al decirte esas cosas, al llamarte…

—Déjalo estar.

—No puedo.

—¿Por qué no? —le gritó Thea—. Llevas unos seis años dejándolo estar, joder. ¿Qué más da seguir unos cuantos más?

Wilder se tensó junto a la puerta del establo. ¿Con quién estaba hablando Thea? ¿Por qué se trataban con tanta familiaridad? Y lo más importante de todo: ¿qué le había dicho ese necio para tener que disculparse de esa manera? A Wilder le crujieron los nudillos al apretar los puños.

—Porque todavía me importas —insistió el tal Van—. He visto a la

mujer, a la guerrera en la que te has convertido… Y no me siento amenazado, ya no. Me siento orgulloso. Quiero estar contigo.

A Wilder se le heló la sangre cuando en el pecho le nació un sentimiento horrible e inesperado. Al imaginarse a quienquiera que fuese ese capullo con Thea, tocándola, besándola, fue como si una víbora se estuviera desenrollando para salir de su nido…

De repente, Wilder llegó hasta la puerta del compartimento de los arreos. Reconoció a Evander, el aprendiz del maestro establero, que extendía los brazos hacia Thea.

Ella enseguida se apartó y dirigió su mirada a Wilder, como si no estuviera en absoluto sorprendida de verlo allí.

Evander, en cambio, dio media vuelta y palideció al ver a quién pertenecía la sombra que oscurecía la entrada.

—Hawthorne —tartamudeó al tiempo que se alejaba un paso de Thea y, con manos temblorosas, cogía una rienda suelta de una mesa.

Wilder no se dignó ni a mirar a aquel imbécil.

—Lárgate.

No se lo tuvo que repetir. Evander echó a correr y pasó junto a él al salir de los establos.

La mirada fulminante que Thea le lanzó a Wilder habría intimidado al más duro de los guerreros.

—¿Te sientes ya como todo un hombre?

—No necesito a un mozo de establos bobalicón para eso.

Thea se rio por la nariz.

—Casi me engañas.

Wilder no movió ni un solo músculo. «Estupendo. Es mejor que me odie. La situación será más fácil si siente eso por mí…».

La mirada fiera que tan bien conocía lo atravesó por completo, podía sentir la ira que surgía de su magia, que la alimentaba. Como espadachín, Wilder era sensible a cualquier magia, pero no sabía si era que las habilidades proporcionadas por las furias habían intensificado su conciencia de Thea y del poder de esta o si… si era algo que tenía más que ver con lo que había pasado entre ambos.

Fuese cual fuese la razón, al mirarla a los ojos y negarse a apartar la vista, presintió la tormenta inquebrantable que se gestaba en el interior de la chica.

Y eso lo incomodaba.

Aparentando indiferencia, se recostó en el marco de la puerta.

—¿Vamos a hablar del tema de una vez?

—¿De qué tema?

—De tu magia, princesa.

Vio cómo se le aceleraba el pulso en el cuello antes de que se cruzara de brazos y resoplase.

—No eres mi amigo. No eres mi… nada, aparte de mi mentor. Y hasta eso es cuestionable. No tengo por qué hablar de eso contigo. Estoy aquí para entrenar, para aprender, y punto. Es lo único que quiero de ti.

Wilder se alegró de estar apoyado en la pared, pues sintió cómo todo el aire le abandonaba los pulmones. «Supongo que me lo merezco», pensó. Aunque ocultó bien el efecto de las palabras y se irguió.

—¿Has acabado ya de perder el tiempo?

—Si tú has acabado de medirte la polla.

Las palabras soeces que pronunció Thea lo dejaron descolocado durante un segundo, pero se obligó a moverse.

—Por aquí.

Con la mandíbula apretada, la guio hacia el puesto que le interesaba.

—Ese es el semental del Carnicero —dijo Thea con el ceño fruncido al ver al gigante caballo.

—¿Y? —le pregunto.

—Pensaba que anoche… se había ido a algún lugar.

—Se llevaría otro caballo. —Wilder se encogió de hombros—. Ayer le pedí si esta mañana podíamos coger prestado a Brutus.

—¿Brutus?

Wilder no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Es el típico nombre que se le ocurriría a Vernich, ¿verdad?

—¿Cómo se llama el tuyo?

Ni borracho iba a contarle esa historia. Se aclaró la garganta e ignoró la pregunta.

—Vas a sacar a Brutus al corral. Tiene que entrar en calor y salir a dar una vuelta.

—¿Y ya está? —se extrañó Thea.

—Y ya está. —Wilder la señaló para que entrara en el establo—. Ten cuidado con las costillas.

Lo que no le había dicho era que el semental de Vernich era sumamente difícil y agresivo; era un animal que apenas había sido domado aun después de tantos años. Pero, si Thea quería ser una espadachina, debía ser capaz de amansar a un semental tverrense.

Después de coger el ronzal del caballo, Thea se detuvo.

—¿Te vas a pasar el día ahí como un pasmarote?

—Qué va. —Wilder le sostuvo abierta la puerta del establo—. Me voy a calentar los pies junto al fuego y a desayunar —le dijo con frialdad—. Pásalo bien.

La mirada que le lanzó como respuesta bastó para ponerlo en movimiento, pero no antes de fijarse en cuánto tensaba Thea los brazos al intentar sacar al rebelde animal del compartimento. Impaciente, Brutus aporreó el suelo cubierto de paja.

Cuando Wilder alcanzó el patio de la fortaleza, se giró para echar un vistazo. Vio que Thea había conseguido sacar al caballo al corral y que la bestia la mordía. Wilder puso una mueca al ver cómo el animal le clavaba unos dientes repugnantes en el brazo, pero tenía que aprender la lección.

Para su sorpresa, Thea no perdió los nervios. Tan solo se encaminó hacia los cercanos arbustos y recogió unas cuantas hojas. Se apresuró a mascar unas cuantas y a ponérselas sobre la herida antes de retomar la pelea con el semental para someterlo.

Quizá todavía había algo de esperanza.

Wilder observó a Thea desde lejos durante casi toda la mañana. Si era capaz de arreglárselas con Brutus, llegado el momento no tendría problema en capturar a su propio semental tverrense.

Hacia el mediodía, Wilder estaba paseando por entre la maleza del bosque Sangriento, disfrutando de su aura misteriosa; el dosel de los árboles bloqueaba el sol y el aire húmedo y frío le acariciaba la piel acalorada. Le había dicho a Thea que se reuniera con él en la zona de entrenamiento, pero la conocía muy bien. Durante años, había ido al mismo escondrijo: el claro situado entre el denso bosque de árboles sangrientos, de savia pegajosa y rojiza, supuestamente la sangre de ancestros guerreros fallecidos hacía mucho tiempo.

Y, cómo no, fue allí donde la encontró.

Entre los árboles, vio a Thea buscar la flecha que él le había disparado unos meses antes y que se había clavado en el árbol. Pero no estaba allí. Wilder la había arrancado unas semanas atrás. Se encontraba guardada en su cabaña. Quedársela había sido una idea absurda.

Pero no por ello dejó de contemplar a Thea, que pasaba lentamente los dedos por la pequeña marca del tronco con expresión tranquila.

A Wilder se le encogió el estómago. Intentó decirse que había sitio lo mejor.

En el claro, Thea dio una palmada al árbol herido con un resoplido de frustración antes de hurgar en los bolsillos en busca del pergamino que él le había dado. Tras leer la letra impecable de Wilder, se irguió y empezó a llevar a cabo la primera serie de ejercicios de la lista.

Wilder la contempló en silencio y se dio cuenta de lo rápido que había mejorado, lo naturales que le salían los movimientos… Estaba muy concentrada, muy decidida, y con cada ejercicio parecía derrotar una oscuridad personal tras otra.

—Es de mala educación espiar a la gente. —Su voz resonó por el claro, aunque ni siquiera se había girado hacia donde estaba él.

—Que te lo digan a ti, ¿no? —le contestó mientras se le acercaba. ¿Cuánto rato hacía que Thea era consciente de su presencia?—. Se suponía que nos encontraríamos en la zona de entrenamiento —añadió.

—Entonces, ¿cómo me has encontrado? —le preguntó Thea sin dejar de practicar otra serie de ejercicios.

—Ha sido muy fácil. —Wilder se encogió de hombros—. Nunca haces lo que se te pide. He supuesto que estarías aquí.

—¿Has venido a castigarme por mi desobediencia, entonces?

—Debería, pero no. —Contuvo una risilla.

—¿Para qué has venido?

—Para comprobar tu estado, para monitorizar tu progreso…

—¿Has llegado a alguna conclusión? —Thea arqueó una ceja.

—Todavía no.

—¿Seguro? ¿Nada que criticar? ¿Ninguna píldora de sabiduría?

—Sí que hay una cosa… —se arriesgó a decir lentamente.

—Para sorpresa de nadie.

Wilder no pudo reprimir la sonrisa que le curvó la comisura de la boca.

—La próxima vez, cómete las malditas verduras.

—¿Qué? —Thea frunció el ceño.

—Las verduras. La cena. Cómetelas.

—Pero…

—Tómatelo como parte de tu entrenamiento, aprendiz.

Thea puso los ojos en blanco. Wilder sabía que estaba conteniendo una carcajada; aquella idea lo animó más de lo que había estado en semanas, aunque la sensación no duró demasiado. Sabía que Thea esperaba que le dijera algo más, que criticara los ejercicios que había hecho, pero se quedó callado y se limitó a seguir observándola.

—¿Cuándo me vas a hablar del Gran Rito? —le preguntó ella al cabo de un rato mientras se secaba el sudor de la frente. Ya se había interesado en otras ocasiones, cuando su relación había sido igual de volátil al dirigirse a Harenth. Por aquel entonces, él había

sido menos directo; de hecho, si no recordaba mal, sus palabras exactas fueron estas: «No te lo contaría ni aunque el propio Enovius me apuntase al corazón con una daga».

Por la cara que ponía Thea, se había resignado a obtener una respuesta parecida.

Sin embargo, Wilder estaba de humor para sorprenderla, así que se frotó la nuca y la contempló.

—Es difícil de explicar —comenzó a responder mientras le hacía señas para que retomara el ejercicio que estaba haciendo. Thea obedeció—. El Gran Rito no se limita a una sola ubicación. Tampoco se adhiere a las estaciones, ni siquiera al tiempo…

Thea no dejó de moverse, no lo interrogó, pero su juego de pies se redujo ligeramente, y Wilder sabía que lo estaba escuchando con el alma en vilo.

—Conozco varios puntos de los mediorreinos donde se lleva a cabo —prosiguió, conteniendo las ganas de expulsar los recuerdos de su cabeza—, pero no son fácilmente accesibles. Un guerrero debe esperar hasta que acepten a un contendiente, hasta que sienta la llamada. No se puede predecir cuándo se celebrará un Gran Rito. No existe ningún patrón. Ocurre cada tanto…

—¿Cuándo fue la última vez que se celebró uno? —Thea se detuvo.

—Cuando yo obtuve mi tótem de espadachín. —Wilder la miró a los ojos.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unos siete años.

Un leve grito le brotó de los labios y le fallaron las rodillas.

—No dispongo de siete años.

—Ya lo sé. —Esas tres palabras flotaban siniestras entre ambos.

—¿Cuándo pensabas contármelo?

—Cuando estuviera seguro de que no ibas a cometer ninguna estupidez.

—¿Y ahora estás seguro de eso? —dijo desafiante.

Wilder soltó un gruñido de incredulidad, pero siguió hablando:

—Tienes que aprovechar cuando se celebre, en cuanto sientas la llamada.

—¿Y si no ocurre antes de que…?

«Veintisiete». Era la edad tallada en la maldita piedra del destino. Faltaban tan solo dos años y medio.

—Ocurrirá —exclamó.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le insistió Thea, con un relámpago brillándole en los dedos, que seguían aferrando su espada.

Wilder la observó con desconfianza, pero no se inmutó.

—Lo estoy.

Thea hundió los hombros, y el arma cayó a su lado.

—¿Qué pasó durante tu Gran Rito?

—Esa es una historia que todavía no te has ganado.

—Vale. —Suspiró.

—Vaya. —Wilder echó atrás la cabeza, sorprendido—. ¿No vas a discutir?

—Ahora no —respondió Thea.

De pronto, el ambiente se volvió tenso entre ambos, con una vehemencia casi insoportable, y Thea apartó la vista, se pasó la trenza por encima del hombro y retomó los ejercicios.

Wilder se aclaró la garganta e inició el camino de vuelta a la fortaleza.

—Se te espera en la última sesión de entrenamiento en grupo de hoy. No faltes.



La última vez que Wilder visitó la zona de entrenamiento del norte, la mayoría de los thezmarrenses que la abarrotaban habían sido escuderos. En el lugar privilegiado desde el que observaba el área, vio cuánto había cambiado la situación. El número de guerreros había menguado, tanto por la batalla contra los segadores en las

ruinas de Delmira como por las pérdidas y los fracasos de la prueba de iniciación. Pero el grupo al que examinaba era más fuerte, estaba más unido. Y era innegable qué persona ocupaba el centro: Thea.

Por todos los dioses, qué hermosa era. Una visión de feroz determinación.

La guerrera que se había apoderado del corazón de un segador.

«Y del de un espadachín», pensó Wilder con amargura.

Incluso desde lejos vio cómo sus compañeros la observaban. Thea lucía una expresión férrea; no era la primera vez que experimentaba aquello. Él mismo había presenciado cómo la trataban. Pero lo que observó Wilder al verla calentar poco a poco, con movimientos fluidos y seguros, y con la daga de Malik en la cintura, fue que el silencio no se debía a que la rechazaran ni a que les indignara su presencia, sino a que la veneraban.

En cierto modo, entre su inusual entrada al gremio y asesinar al segador, Thea había sido la responsable de unirlos a todos. Thea y sus extraños amigos.

Vestía una camisa lisa y pantalones oscuros y se había recogido la trenza en un lado, como hacían los guerreros de reinos lejanos. Wilder la contempló al comenzar a caminar por la ladera hacia la zona de entrenamiento, con orgullo en el pecho al verla coger dos espadas. Empuñar dos espadas era algo innato en ella, como le ocurría a él, y también a Talemir… Thea se movía con una velocidad sorprendente, y sus reflejos eran rápidos como un rayo, como si hubiera entrenado desde que era bebé. Wilder se preguntó de dónde había sacado esas habilidades.

Los grupos de guerreros se abrieron ante él cuando se encaminó hacia el centro sin pensarlo.

Pero allí ya había otro espadachín.

El cuerpo enorme de Torj engullía el de Thea al estar justo detrás de ella, separándole los pies con los suyos, con el pecho arrimado a su espalda para ensanchar su postura. Los brazos del Asesino de Osos cerraron los de Thea al recolocarle las manos sobre las espadas…

—Así no es —gruñó Wilder antes incluso de darse cuenta de que estaba junto a ambos.

Torj levantó la vista, primero sorprendido y luego divertido, y enseguida se apartó de Thea.

La expresión de ella no revelaba nada.

—No sabía que estabas aquí, Hawthorne —lo saludó Torj con los ojos brillantes—. Está claro que eres el mejor hombre para la tarea. Me marcharé.

Wilder no respondió cuando Torj le dirigió un asentimiento de cabeza y regresó junto a su propio aprendiz.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó Thea con una ceja arqueada.

—¿Quién prefieres que te entrene: un hombre que empuña un martillo o el espadachín formado por Talemir Starling, el campeón que blandía dos espadas?

Por las furias, era la segunda vez que los celos asomaban su fea cabeza. Necesitaba recuperar el autocontrol. Era la Mano de la Muerte, joder.

—Muy bien. —Thea torció los labios—. Enséñame tus trucos, espadachín.

A Wilder se le aceleró el corazón al verle los ojos resplandecientes, y ocupó su posición tras ella. El eco del acero por toda la zona de entrenamiento se esfumó.

—Separa los pies. Adelanta el izquierdo. —Hablaba con voz ronca, y no se le escapó que Thea cogió un poco de aire al obedecer sus instrucciones—. Levanta los brazos. Ponte en guardia. —Le rodeó todo el cuerpo con el suyo, con las manos ásperas sobre la piel desnuda de sus antebrazos, caliente bajo el sol de media tarde —. Si quieres ser capaz de empuñar dos armas con eficacia, deberían pesar lo mismo. ¿Cómo te sientes con estas?

—Bien —murmuró—. Me siento bien.

Wilder estuvo a punto de ceder y aspirar su aroma. Por todos los dioses, la había deseado, había deseado esa cercanía, durante lo que se le antojaba una eternidad.

—Distribuye el peso del cuerpo en partes iguales para que te resulte más fácil girarte en el último segundo —le indicó procurando adoptar una voz serena.

Thea movió los pies.

Wilder soltó un murmullo de aprobación.

—Recuerda que deberías utilizar una inesperada combinación del filo de la espada y de la punta. —Movió las dos armas que empuñaba para que brillaran bajo el sol, cuya luz se reflejó primero en los filos y luego en los extremos—. Empieza con un golpe invertido hacia abajo. Llévate la espada por encima de la cabeza para cargar mejor la estocada. Y luego abalánzate para atacar y mueve la espada izquierda para cubrirte el costado expuesto.

Wilder sintió cómo se le tensaba el cuerpo y lo decidida que estaba. Thea le permitió que le dirigiera los brazos para el ejercicio, que encajara el cuerpo con el suyo y que la guiase durante la rotación.

El espadachín sintió los ojos de los compañeros guerreros clavados en ambos. Observaban dónde se tocaban y cómo se movían al unísono. Wilder presintió la fascinación y la comprensión que experimentaban.

«Que miren», pensó Wilder de forma irracional. «Que vean que su lugar está a mi lado».

—Acuérdate de cambiar la pierna de delante. Acuérdate de seguir moviendo los pies con ligereza —le indicó con suavidad—. Cuentas con la ventaja de que no se te han grabado todas las normas durante décadas. Tus movimientos serán impredecibles, nuevos, poco convencionales… Aprende los más básicos y luego utilízalos para sorprender a tu rival.

Thea flexionó los dedos debajo de los suyos en las empuñaduras, y Wilder siguió guiándola con cada movimiento, cada estocada, cada tajo, dispuestos a poner fin a cualquier enemigo.

Recordó las palabras que un día le dijo Talemir. «Debes perfeccionar un túnel de concentración a tu alrededor cuando blandes una espada, pero sobre todo cuando blandes dos. Solo

estáis tú y las espadas, que son una extensión de tu ser, de tu fuerza y poder. Cualquier hombre o cualquier monstruo que atraviese el túnel… se enfrentará a la muerte».

El resto del área de entrenamiento desapareció. Solo existían ellos dos, moviéndose como una sola persona, compartiendo el mismo aliento, con las espadas surcando el aire.

Con el corazón desbocado, Wilder se apartó de ella.

—Enséñame cómo lo haces.

Al parecer, Thea estaba igual de afectada, pero cuadró los hombros y separó de nuevo los pies, tal como él le había mostrado.

A continuación, se abalanzó sobre su oponente imaginario.

Era buena. Muy buena. Las espadas surcaban el aire, se hundían en el cuello de un enemigo que él no veía, le asestaban tajos en las costillas y en los tendones vulnerables.

—Debes aprender a interpretar a un hombre —le aconsejó.

—O a una mujer —añadió ella entre dientes.

—O a una mujer —concedió, expulsando de su cabeza a la Hija de la Oscuridad—. Puedes anticipar las intenciones de un oponente en sus ojos, en sus dudas y en su juego de pies.

—Ya lo he visto —dijo Thea sin moverse en ningún momento—. La gente es fácil de interpretar. Pero ¿qué me dices de las intenciones de un monstruo?

—Ya has visto las intenciones de un monstruo de cerca, que es más de lo que algunos guardianes podrán llegar a decir. —La siguió por el área—. Cuidado con el juego de pies. Dos pasos adelante son más que suficiente.

—Ese fue solo un tipo de monstruo. —Thea propinó un tajo doble brutal—. Hay más monstruos que espectros sombríos y segadores.

—Pues sí. —Wilder asintió—. ¿De qué criaturas has oído hablar?

Thea siguió embistiendo y atacando por toda la zona de entrenamiento. Sus compañeros guardianes se apartaban de ella.

—De las cirenas, las terapanteras, los aracnes, los dragones marinos y de las montañas, las serpientes marinas, los habitantes del arrecife… He leído la historia de una reina cirena que tiene a su

disposición a una hueste de dragones… Pero ¿qué convierte a un monstruo en monstruo? ¿Cómo diferencias a un monstruo de una bestia que tan solo hace caso a su propio instinto?

Hacía mucho tiempo que Thea no le dirigía tantas frases seguidas.

Wilder no apartó la vista al tiempo que la guerrera atravesaba a sus rivales imaginarios.

—Talemir siempre decía que las bestias matan por instinto. Los monstruos, y los seres humanos, matan por crueldad, por avaricia, por egoísmo, por fines oscuros…

—Te enseñó muchas cosas.

—Sí.

Thea se detuvo al fin, jadeando ligeramente, con unos cuantos mechones de pelo pegados en la piel húmeda de la nuca.

—¿Y qué pasa con los espadachines?

—¿Qué les pasa?

—¿Alguno de ellos se ha vuelto… vil?

Wilder se quedó paralizado.

—¿Alguno de ellos se ha convertido… en un monstruo? —insistió Thea.

Aquella palabra reverberó dentro de Wilder como una campana de advertencia, pero se recompuso.

—A lo largo de la historia, ha habido unos cuantos ejemplos en los que las furias dieron poderes a un guerrero incapaz de soportarlos.

—¿Es lo que le ocurrió a Talemir?

Una docena de imágenes cruzó la mente de Wilder. Sombras y pesadillas, dolor y sufrimiento.

—No —contestó—. Talemir no era así. No es ningún espadachín caído.

Se percató de que Thea estaba prestando atención a otra cosa. A Vernich y a su aprendiz, que estaban terminando el entrenamiento a varios metros de ellos.

«Ah». Sus preguntas cobraron sentido. Tanto el Carnicero como

su perrito faldero le habían hecho daño, muchísimo daño. El propio Wilder le había quitado de encima más de una vez al capullo de Barlowe.

—Un espadachín caído es un guerrero al que ha corrompido el poder de su interior. No es un guerrero que es simplemente un gilipollas.

Pero Thea negó con la cabeza.

—La otra noche los oí… —murmuró—. Vernich busca algo. Para la Hija de la Oscuridad. Me pareció que…

—No importa lo que te pareciera —le soltó Wilder con aspereza —. Puede que sea un desgraciado, pero Vernich preferiría morir antes que traicionar a Thezmarr.

Thea lo miró a los ojos.

—¿Alguna vez has…?

—Basta de cháchara.

—¿Vamos a…? —le empezó a preguntar ella con los ojos brillantes.

Al darse cuenta de que el resto de la zona de entrenamiento se había vaciado hacía rato, Wilder desenfundó las espadas y avanzó. Llevar a cabo una serie de ejercicios era una cosa, pero sentir el acero que le vibraba en el brazo era otra totalmente distinta. Su aprendiz iba a saber la diferencia.

—Vamos a combatir, princesa —ordenó en voz baja.

Thea esbozó una sonrisa frenética.

—Pensaba que no me lo pedirías nunca.

Y no vaciló. La aprendiz de Wilder se entregó a una sucesión de ataques. Sus dos espadas idénticas brillaban bajo el sol del atardecer.

El guerrero bloqueó cada golpe antes de que pudiera ejecutarlo del todo. Pero eso no la perturbó ni rompió su determinación.

—Debes ser más rápida —le advirtió al dar una larga zancada hacia el exterior del círculo que formaban con el pie de delante. Giró las caderas y añadió impulso a las dos espadas al bajarlas para contener sus arremetidas.

Wilder sintió en los huesos la energía que surgió entre ambos.

—Debes ser más fuerte. —Embistió y, con una pierna, le puso la zancadilla para derribarla.

Thea se puso en pie enseguida y lanzó un golpe hacia arriba con una espada, mientras balanceaba la otra por encima de la cabeza…

Wilder la golpeó en las costillas con el lado romo de la espalda izquierda.

—Te has dejado este costado vulnerable.

Thea soltó una maldición.

—Vivimos porque hacemos sangrar a otros —le dijo sin dejar de bloquear otro golpe de ella—. Verás apagarse la luz en los ojos de un hombre y de un monstruo tantas veces que perderás la cuenta antes de que tu tiempo termine en estos reinos.

Sus propias palabras, así como la cruda verdad que contenían, lo golpearon a sí mismo con suficiente fuerza como para hacerlo vacilar. Porque el tiempo que le quedaba a Thea en el mundo era limitado, fugaz, y ese hecho pendía entre ambos como un fantasma.

Pero aquello no la desanimó. Utilizó las dudas del guerrero y se zafó para iniciar una ráfaga de tajos y golpes despiadados.

Wilder dio un paso atrás, y otro, para permitirle avanzar, para que Thea pensara que tenía ventaja. Dejó que lo arrimase a la pared más alejada de la zona de entrenamiento.

Pero no estaba dispuesto a dejarla ganar.

Thea debía aprender la lección, y la aprendería por las malas.

Wilder atacó liberando toda su fuerza en una lluvia de estocadas, ya que ningún enemigo, hombre ni monstruo tendría piedad con ella.

Fue una sucesión de destellos plateados.

Seguidos por intensos rayos de luz.

De repente, Wilder se vio impulsado hacia atrás. Un montón de estrellas arrojadizas le atravesaron la ropa y le inmovilizaron contra la pared.

Thea repitió las palabras que él mismo le había dicho en Harenth:

—Vas a tener que esforzarte muchísimo más para pegarme.

Parpadeó al ver las piezas de metal que lo sujetaban. Dos en las mangas, otra en cada lado de las costillas y una entre las piernas, peligrosamente cerca de sus huevos. Pero no fue la precisión de los lanzamientos lo que lo asombró, sino que las estrellas irradiaban magia de tormentas.

En la punta de las espadas titilaban sendos relámpagos.

Thea caminó hacia él con los ojos brillantes y desafiantes. Más fiera y más guapa de lo que nunca la había visto, con las mejillas sonrojadas por el cansancio, se detuvo delante de Wilder y examinó satisfecha la respiración acelerada del espadachín y la conmoción escrita en su rostro.

¿Cómo era posible que él nunca hubiera sentido un poder como ese? La magia brotó de cada una de las estrellas cuando su aprendiz, una desaparecida princesa de Delmira, la mujer a la que amaba, las arrancó una a una de la pared y lo liberó.

Thea lo contemplaba como si esperase presenciar un arrebato de rabia, como si creyese que se había equivocado.

Wilder habría mentido si hubiera dicho que no sentía miedo por ella. Se estaba llevando una persecución por los reinos en busca de Thea y de su magia. Sin embargo, se negaba a ser el que le enseñara a temer a su propio poder.

—Dime, ¿quién va a detenerte? —murmuró el legendario guerrero.

Y, para su sorpresa, Thea le sonrió.

CAPÍTULO 7

THEA



Al día siguiente Thea no comió en el gran salón, sino que cogió 11 na rebanada de pan y queso en la cocina y comió sola, por temor a que el pobre criado se viese obligado a llevarle otra gigantesca ración de verdura. Cuando pasó por delante del salón, vio a Wren dentro. Tenía el aspecto que tenía a menudo la propia Thea cuantío era sincera consigo misma: triste y frágil, con ojeras oscuras. Su hermana estaba sentada a la mesa, pero no comía. Se limitaba a dar la vuelta a una tetera en las manos, con el ceño fruncido.

No era una tetera cualquiera. Era la tetera del almuerzo de las damas, el arma asesina que había diseñado la propia Wren.

A pesar de la rabia que sentía, Thea no podía más que admirar a su hermana. No era la primera vez que su ingenio la había llevado a construir algo parecido, y Thea no dudaba de que a lo largo de las últimas semanas la había perfeccionado.

—¡Thea! —exclamó Samra mientras le daba una palmada en el

hombro—. ¿Por fin vienes a unirte con nosotras?

Thea puso una mueca.

—Uy, no, Sam, lo siento —contestó retrocediendo e ignorando la punzada de culpabilidad. No solo se había alejado de su hermana, sino también de sus otras amigas.

—Venga ya, Althea la de las Nueve Vidas. —Ida apareció al lado de Sam—. Sea lo que sea, no puede ser tan malo.

—¿No os lo ha contado? —se arriesgó a preguntarles Thea al tiempo que echaba otro vistazo a Wren desde la puerta.

—No, no nos ha dicho nada. —Sam frunció el ceño—. Pero tienes que hablar con ella. Apenas duerme, dice que tiene pesadillas, pero no nos cuenta qué sueña… Además, casi no come. De hecho, tú tampoco tienes muy buen aspecto.

Thea exhaló una carcajada.

—Gracias.

—Siempre que os peleáis lo termináis arreglando —repuso Ida con amabilidad.

—Esta vez es diferente. —Thea suspiró, con un nudo en el pecho.

—Sigue siendo tu hermana.

Thea lanzó otra mirada hacia Wren. «Puede que lleven razón», pensó.

—Me alegro de que por fin aparezcas en nuestras lecciones prácticas —exclamó Audra mirándola con frialdad cuando Thea se acercó a ella y a Wren en el confín de las Llanuras de Orax, con las Islas Encadenadas surcando el horizonte—. Te has quedado rezagada en el aprendizaje de Elwren…

—No me importa —la interrumpió Wren—. Podemos volver a empezar.

Thea se contuvo para no soltarle que no necesitaba su caridad. Por primera vez desde que se enteró de su supuesto dilema, no se

sentía perdida. Había esgrimido su magia contra Hawthorne y había ganado. Quizá la situación no era tan mala como creía.

Miró a Audra, quien no hizo nada para ocultar la impaciencia.

—No tengo por costumbre repetir las cosas. —La bibliotecaria apoyó las manos en la empuñadura de sus dagas enjoyadas y caminó varios pasos—. Por lo tanto, escucha con atención. No voy a volver a decirlo.

Thea se tensó al no saber qué esperar de la mujer de rostro adusto.

Audra la miró a los ojos y comenzó a hablar.

—Lo que sé, lo inferí de mis padres cuando era joven, y también de mi intensa investigación. En estas lecciones mi primera y principal prioridad es vuestra seguridad y la seguridad de los demás. Espero obediencia y respeto. La magia de las tormentas está plagada de riesgos. Es una de las magias conocidas en los mediorreinos más inestables, una de las más impredecibles.

—Pues qué bien —murmuró Thea.

Audra le lanzó una mirada de advertencia.

—El peligro es alto. Como portadoras, corréis el riesgo de que os controle la tormenta, de caer presas de su atracción. Corréis el riesgo de permitiros liberar vuestro propio poder y ser incapaces de contenerlo. Corréis el riesgo de ser vulnerables a quemaros con vuestras reservas y terminar convertidas en un cascarón…

—Si hay tantos riesgos, ¿de qué sirve? —se oyó preguntar Thea —. Lo digo sobre todo porque has dejado muy claro que anunciarle al mundo quiénes somos no se recibirá con alegría en los demás reinos.

—La cuestión es, Althea…, que podríais llegar a dominarlo todo.

En su interior, a modo de respuesta, la magia de Thea crepitó. ¿Y si conseguía dominarlo todo? Su vida como guardiana de Thezmarr se terminaría. Cambiaría el curso de los pocos años que le quedaban.

Si Audra se fijó en su reacción, no comentó nada al respecto. Se limitó a proseguir:

—Vuestra magia es una con la tormenta. Podéis contestar a la llamada de una tormenta y manipularla, o bien conjurar una de la nada.

Tenía sentido. Aunque la piedra del destino modificada le silenciaba los poderes, notaba la energía de la tormenta como si fuera una parte inamovible de sí misma, pero hasta el momento siempre había estado a su merced, no al contrario.

—¿Cómo la controlamos? —murmuró.

—Debéis encontrar vuestro centro —le dijo Audra—. Debéis encontrar el remanso de calma de vuestro interior y sumergiros dentro de vosotras; buscad el susurro del viento, el sabor de la lluvia en el aire, el latido más allá de las nubes. Para ser las dueñas de las tormentas, primero debéis ser dueñas de vosotras mismas.

Thea estuvo a punto de gruñir. En esos instantes, no era dueña casi de nada.

—Debéis buscar el núcleo de poder en vuestro interior, el fragmento más allá de la magia pura que amenaza con superar vuestros sentidos. Ese núcleo es clave para el resto. ¿Lo habéis entendido?

«Ni pizca», pensó Thea, conteniendo las ganas de mirar a Wren antes de asentir con la cabeza.

—Muy bien —exclamó Audra—. Ahora pongámonos a buscar vuestra calma.

Thea oyó a Wren ahogar una carcajada.

Audra les indicó que se sentaran en la hierba que crecía en el confín de las Llanuras de Orax, justo enfrente de las Islas Encadenadas. Thea las contempló con melancolía. La atracción que sentía por los dos caminos que se extendían ante ella era casi física. Heredera o espadachina. Magia o espadas. Poder inimaginable o la posibilidad de burlar la piedra del destino… Se había enfrentado a muchísimas cosas para obtener su tótem de guardiana; iba a tener que enfrentarse a muchas más aún para conseguir el símbolo de espadachina. ¿Por qué debía elegir entre el sueño por el que tanto se había esforzado y su supuesta identidad?

La voz de Wilder le resonó en los oídos. «¿Quién va a detenerte?».

—Debes concentrarte, Althea —la reprendió Audra. Era evidente que el entrenamiento mágico no le iba tan bien como el entrenamiento de guerrera.

—Lo siento —masculló girándose hacia la bibliotecaria.

Audra las guio a través de una meditación aburridísima durante la cual Thea intentó, sin éxito, localizar un supuesto remanso de calma en su interior. Al quitarse la piedra del destino, no obstante, el poder la recorrió a toda velocidad, y ella lo apresó, permitiendo que en la punta de los dedos le brillara un relámpago.

—Audra —murmuró viendo luz blanca que le brotaba de las manos—. Lo he hecho.

—¿Has encontrado la calma que te decía? —le preguntó sin más la bibliotecaria.

—Pues…

—No, no la has encontrado. Has ido a lo tuyo, como siempre. Por lo tanto, no la has encontrado. Has tomado un atajo. Si ahora te diera por utilizar ese poder en un nivel intensificado, acabarías destrozándote.

El rayo se apagó.

Sentada con las piernas cruzadas a su lado, Wren asintió con la cabeza, gesto alentador que no hizo sino enfurecerla más todavía.

Thea dio la espalda a su hermana y lo intentó otra vez. Y otra vez. Y otra.

Nada.

O peor que nada: un destello de una silueta que ya le resultaba familiar.

«Anya».

Con un parche en el ojo y desnutrida, a veces con sangre en las manos.

—Althea. Concéntrate —le espetó Audra de nuevo.

—Me estoy concentrando —contestó con los dientes apretados. Imitó la postura de Wren cuando se levantó un frío helado que le

revolvió el pelo y le provocó escozor en las mejillas.

—Está claro que no lo suficiente —la riñó Audra.

La mano de Wren la cogió del brazo.

—Thea, piensa en el bien que podrías hacer con tu magia…

Thea negó con la cabeza y cerró los ojos. Intentó expulsar a Wren de su cabeza y aprovechar el flujo que constantemente la atravesaba de la cabeza a los pies.

Su hermana no la soltó.

—Solo te pido que lo pienses, Thea. Como reina, podrías…

Wren ahogó un grito.

Thea abrió los ojos a tiempo de ver a su hermana impulsándose hacia atrás. Un relámpago azul las rodeaba.

Wren aterrizó en la hierba a varios metros, con los ojos como platos y la boca abierta.

—¡Wren! —chilló Thea, abalanzándose enseguida hacia ella.

Pero su hermana levantó una mano para detenerla.

—Estoy bien.

Thea se la quedó mirando con el corazón acelerado. Vio que los ojos de Wren se habían llenado de lágrimas y que se llevaba una mano sobre el corazón.

—Te he hecho daño… —murmuró Thea, palabras que le dejaron un regusto amargo en la lengua.

—No. —Wren negó con la cabeza—. No pasa nada.

—Sí que pasa —protestó Thea—. He…

—Y esto es lo que ocurre cuando no escuchas, Althea —le espetó Audra, corriendo hacia Wren para ayudarla a levantarse.

Desanimada y vacía, Thea observó a su hermana y vio que ponía una mueca al moverse.

—Lo siento mucho, Wren —se disculpó con voz cansada—. No era mi intención…

Audra se aclaró la garganta y les pidió que se giraran hacia el camino que las llevaría de vuelta a la fortaleza.

—Con esto concluye la sesión de hoy.

Wren se volvió para mirar a Thea.

—¿Vienes a cenar conmigo, con Samra e Ida? Como en los viejos tiempos. Samra lleva semanas acumulando una enorme cantidad de vino debajo de la cama…

Una punzada de culpa golpeó a Thea en las entrañas. ¿Le había hecho daño y, aun así, su hermana la invitaba a cenar? Fue incapaz de aceptar.

—No estoy preparada —le dijo, sin furia en la voz, tan solo tristeza.

Wren se recompuso y contuvo las lágrimas antes de asentir.

—Cuando estés preparada, aquí estaré.

—Ya lo sé —replicó Thea, y se apartó.

CAPÍTULO 8

THEA



Esa noche, sintiéndose tan maltrecha por dentro como estaba por fuera, Thea se encontró con Cal y con Kipp en la armería, discutiendo los méritos de la caballería en comparación con los de los arqueros. Thea se quedó en el umbral de la puerta para presenciar el acalorado debate, con una sonrisa tirándole de las comisuras de los labios y una conocida calidez embargándole el pecho.

—¡Pues depende! —Kipp agitaba las manos con fervor—. ¿Es un asalto? ¿Una batalla en campo abierto? ¿Hay torres de vigilancia? ¿Y qué me dices de arqueros montados a caballo? En serio, Callahan, empiezo a poner en tela de juicio la opinión regular que tengo de ti…

—Solo he dicho que los arqueros…

—Es como preguntarme qué es mejor: una mujer guapa desnuda tumbada de espaldas o de rodillas.

A pesar del día que había tenido, Thea se rio.

—¿Qué es mejor, Kristopher?

Kipp dio un brinco y se llevó una mano al corazón.

—Que las furias me salven, Thea. He estado a punto de cagarme encima.

—En ese caso, espero que las furias nos salvaran antes a Cal y a mí.

Cal negó con la cabeza y dio un empujón a su amigo para pasarle un brazo por los hombros a Thea y estrecharla.

—¿Dónde te metes? Últimamente te vemos muy poco.

—Ya lo sé. Y lo siento. ¿Tenéis tiempo esta noche para tomar algo? —Levantó la jarra de cerámica que se había traído de la cabaña—. ¿Quizá un poco de hidromiel de El Zorro Feliz, cortesía de Wilder Hawthorne?

La había encontrado oculta en el fondo de la alacena. Ojalá el muy capullo no se diera cuenta de que había desaparecido, por lo menos en una buena temporada. Thea supuso que sus amigos merecían algo extra por haber soportado sus recientes cambios de ánimo.

—No me tomarías el pelo, ¿verdad? —A Kipp se le iluminaron los ojos.

—Con el hidromiel no —contestó Thea con una sonrisa—. No me gustaría que en la próxima batalla me pusieran en una unidad de mierda.

Kipp le arrebató la jarra y la meció como si fuera un bebé.

—Me alegro de que alguien vea el valor de mi apreciado papel.

—Uy, claro. «Aprendiz extraoficial» de Esyllt era un puesto muy deseado —resopló Cal.

—Pues te aseguro que hubo un buen jaleo para decidir quién se quedaba con el puesto —afirmó Kipp.

—No me cabe ninguna duda —dijo Thea ocultando una sonrisa.

—Pero ya basta de hablar de mí…, por ahora. Hay cuestiones más importantes. —Kipp enlazó un brazo con el de Thea—. ¿Dónde vamos a beber?

—¿En una de vuestras habitaciones? —propuso ella.

Sus dos amigos intercambiaron una mirada de desconcierto antes de romper a reír por la incredulidad.

—¿Habitaciones? —dijo Cal—. ¿Crees que a los humildes aprendices se nos asigna una habitación propia?

Thea se quedó de piedra.

—Cuando vosotros os marchasteis de los dormitorios, supuse que…

—Nos han dado unas camas que parecen la de un perro —se rio Kipp—. De hecho, creo que, por cómo olía, la mía era la cama de un perro.

—Ah —musitó Thea—. Pensaba que eso solo me había pasado a mí.

—Siento decírtelo… —Kipp le dio un codazo en un punto especialmente delicado—, pero no eres tan especial.

Así que… Hawthorne la había estado tratando como los demás maestros a sus aprendices. Expulsó ese pensamiento de su mente.

—¿Vamos al bosque Sangriento?

—Te queremos, Thea, pero no voy a permitir que se me congelen las pelotas en la oscuridad por ti. —Kipp la miró horrorizado.

—¿Porque con luz sería mucho mejor? —se rio ella—. ¿A dónde vamos, entonces?

Kipp se dio golpecitos en la barbilla, pensativo.

—Conozco el lugar perfecto —anunció mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Cómo no. —Cal soltó un sufrido suspiro.

Sin saber qué esperar, pero más animada de lo que había estado en semanas, Thea siguió a sus amigos más allá de los establos hasta llegar a un patio abandonado, que Kipp comenzó a recorrer revolviendo la tierra con las botas.

—Está por aquí —murmuró, más para sí mismo que para los demás.

—¿Qué estás buscando?

Kipp guardó silencio, sin dejar de caminar ni de patear el suelo.

—¡Aquí! —exclamó triunfal al agacharse y tirar del pomo de una trampilla de hierro.

—¿Qué es eso? —le preguntó Cal, con la voz teñida de escepticismo.

—Cierra el pico y échame una mano, ¿quieres? —replicó Kipp señalando la pesada puerta de la trampilla.

Thea se quedó observándolos, fascinada. Nunca se había fijado en esa trampilla, pero ¿cómo iba a verla? Aquel pequeño patio no se usaba nada más que para preparar a los caballos y descargar provisiones.

Con una serie de gruñidos, sus amigos abrieron la puerta y dejaron a la vista una escalera que bajaba a una bodega. Al reconocerla, a Thea se le puso la piel de gallina. No fue hasta que bajó la escalera y Kipp encendió una antorcha cuando comprendió a la perfección de qué se trataba.

Aunque estaba abarrotada hasta los topes con barriles de todo tipo, no cabía ninguna duda de que era la misma habitación donde ella y los demás niños se habían escondido dos décadas antes durante el ataque a Thezmarr. Al recorrer el perímetro, incluso vio la rejilla desde la que espió cómo las mujeres entregaban las armas en el patio principal, por donde le llegó el olor a pelo quemado y a brezos.

—¿Thea? —la estaba llamando Kipp—. ¿Y el hidromiel?

Ella asintió y se lo dio.

—¿Qué es este lugar? ¿Cómo sabes de su existencia?

Kipp miró alrededor como si quisiera cerciorarse de que nadie más lo oía al tiempo que Cal cerraba la puerta y bajaba la escalera antes de desplomarse a su lado.

—Es la bodega de los maestros. La descubrí hace mucho tiempo —les explicó señalando hacia una puerta cerrada con llave—. Por ahí se accede a la despensa principal de la fortaleza.

Cal se quedó observando una puerta que se alzaba justo enfrente.

—¿Y esa de ahí?

—¿Esa? Ah… No es nada.

—¿Nada? Contigo nunca es nada.

Kipp esbozó una sonrisa conspiratoria al oírlo y se extrajo un pañuelo del bolsillo, que lucía la cola de un zorro bordada en una esquina. Lo agitó delante de ambos.

—El Hijo del Zorro tiene algunos secretos, amigos míos. Es un tipo misterioso.

Thea puso los ojos en blanco.

—¿Te vas a pasar toda la noche meciendo el hidromiel, hombre misterioso, o nos lo vamos a beber?

Kipp se rio y bebió un trago de la jarra antes de pasársela. A continuación, se dispuso a examinar las provisiones de la bodega como si hacer inventario fuera a resultar de utilidad más adelante. Era estratega a tiempo completo.

Thea bebió de la jarra. Al sentir el agrio hidromiel en la lengua y su sabor fuerte, estuvo a punto de gemir. Hacía mucho que no se daba el capricho, porque el entrenamiento era brutal y todas las mañanas se levantaba antes del alba. Tras ponerse cómoda encima de uno de los barriles, le pasó la jarra a Cal.

Su amigo saltó encima del barril que estaba al lado del suyo y la aceptó agradecido para beber un buen trago.

—¿Es una recompensa por todos los ejercicios implacables que has estado haciendo?

El hidromiel estuvo a punto de salirle a Thea por la nariz.

—¿Recompensa? Qué va.

—¿No? —Cal frunció el ceño.

Kipp regresó junto a ambos con los bolsillos a reventar, perola observó con rostro serio y posó los ojos en sus dedos entablillados y en sus moratones.

—Has entrenado una barbaridad…

—Es mi trabajo —respondió Thea, un tanto a la defensiva.

—Tienes que estar de una pieza para el Gran Rito —comentó Cal con cuidado mientras le pasaba la jarra a Kipp.

—Ya lo sé.

—¿Seguro? —insistió Kipp—. Estamos preocupados…

—No lo estéis.

—Ah, conque es así de sencillo, ¿no? —La voz de Cal desprendía sarcasmo.

—Hablemos de otra cosa. —Thea suspiró.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo… —Se aclaró la garganta—. ¿Alguna vez habéis oído hablar de espadachines caídos?

—No… —repuso Cal lentamente—. O, en cualquier caso, no de ninguno en particular. Pero sé que es posible. El poder puede ser demasiado potente para un guerrero…

—¿No pensáis que a alguien como…, a alguien como Vernich…, le podría pasar?

Kipp arrugó la nariz al oír el nombre del Carnicero.

—Sabes que, después de lo que hizo, yo sería el primero en pensarlo.

La imagen de la cara de Kipp siendo el blanco de los puñetazos del mayor de los espadachines se encendió en la mente de Thea. Era uno de sus peores recuerdos de Thezmarr. Cal también se estremeció.

—Pero no creo que sea nada más que un bastardo cruel —terminó Kipp—. ¿Por qué lo preguntas?

Thea intentó encogerse de hombros como si tal cosa.

—La otra noche los seguí a Seb y a él.

—¿Y?

—Y los oí hablar de la Hija de la Oscuridad de la profecía… Dijo que se había alzado. Y que está buscando algo. Una especie de arma, parece ser.

Tanto Cal como Kipp se quedaron mirándola fijamente.

—Vernich dijo que iría a buscarla…

Sus amigos se miraron con escepticismo.

—Deberías preguntárselo a Hawthorne —le sugirió Cal.

—Sería como hablar con una pared.

Cal se encogió de hombros.

—No sé nada de lo que comentas sobre Vernich…, pero Hawthorne ya lo ha hecho antes. Capturar a un espadachín caído, quiero decir. Debe de conocer los síntomas. Se cuentan historias que se remontan a hace unos cuantos años.

Pues claro que Hawthorne lo sabía. Aunque eso a ella no la ayudaba en absoluto. Suspiró.

—Olvidadlo. No me apetece pensar en eso. Me apetece hablar y pasarlo bien.

—Nos has echado de menos, ¿eh? —terció Kipp guiñándole un ojo.

—Yo no diría tanto.

—Los cojones. Te duele estar sin nosotros. —Alzó la jarra a modo de saludo—. Bueno, pues no temas, asesina de espectros. No nos vamos a ir a ninguna parte.

—Habla por ti —dijo Cal olfateando el ambiente—. A mí se me ocurren mejores sitios en los que estar que en esta húmeda pocilga.

—¡Siempre tendremos un reservado en El Zorro Feliz!

—Estupendo. —Cal levantó los brazos—. Pues renuncio al aprendizaje que tanto esfuerzo me ha costado y me voy directo a Hailford, ¿no?

Thea sintió que una sonrisa le curvaba los labios al escuchar a sus amigos. Por tontos que fueran, eran beneficiosos para su alma. Le atenuaban el dolor de pecho, la soledad que la había engullido desde lo de Wren, desde lo de Hawthorne…

Debió de notarse en su cara, ya que Kipp la miró a los ojos.

—Sabes que puedes hablar con nosotros de cualquier cosa, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—¿Seguro? Porque desde la prueba de iniciación apenas nos has dirigido la palabra —se arriesgó a decirle Kipp—. Creía que, después de todo lo que habíamos vivido, nos llevábamos muy bien.

Thea detectó el deje dolido de su voz. Joder, la había fastidiado con todo el mundo, ¿verdad?

Cal le dio un golpecito con la rodilla.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

La exhalación que soltó Thea fue temblorosa.

—Pues que…

—¿Os acostasteis? —Kipp terminó la frase por ella sin más.

Thea puso una mueca y sintió cómo le comenzaban a arder las orejas antes de conseguir recomponerse. Sus amigos llevaban una buena temporada guardándose las preguntas y sospechas, muy conscientes de que las cosas no eran nada sencillas entre ella y su mentor. En realidad, había sido cuestión de tiempo que terminasen enterándose.

—Yo no lo describiría así exactamente.

—¿Cómo lo describirías tú? —le preguntó Kipp.

—Pues que follamos contra un árbol como un par de animales…

A Cal le salió el hidromiel por la nariz a modo de explosión, y se echó a toser y a farfullar, con los ojos desorbitados.

Decepcionado, Kipp se quedó mirándolo.

—Es imposible que te pille por sorpresa, Callahan.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Cómo iba a saber que…?

Thea no pudo evitar echarse a reír al ver cómo a su amigo le seguía cayendo licor por la nariz.

—Pobre Callahan. —Kipp lo rodeó con un brazo—. Es tan inocente que no sabe cómo funciona el mundo…

—Vete a la mierda.

Pero Kipp no había acabado.

—¿Acaso no has visto al pobre hombre? Se comporta como un animal enjaulado cuando nuestra querida Thea está cerca, como si intentara liberarse.

—Ay, por favor —resopló ella—. Ahora ya no quiere tener nada que ver conmigo.

—Pensaba que eras más lista, asesina de espectros —se burló Kipp—. Está desquiciado por ti.

—Lo de desquiciado es cierto.

—¿Puede contarme alguien de qué demonios estáis hablando? ¿Cómo ha pasado? —exclamó Cal.

—Verás, Callahan: cuando un hombre y una mujer…

—¡Vete a la mierda, Kipp! Ya sabéis a qué me refiero. —Se giró hacia Thea con ojos suplicantes.

—Entre nosotros nunca ha sido fácil. Pero… no sé. —Se encogió de hombros—. Íbamos a estar juntos, pero de repente se convirtió en mi mentor y yo en su aprendiz. No era lo que él quería. No quería estar conmigo.

—No me lo trago. —Kipp le puso la jarra en las manos—. Pero me da que tú necesitas creértelo más que yo.

—¿Cómo es posible que no me enterase de nada? —Cal seguía desconcertado.

—Porque en estos últimos meses, amigo mío, has estado tan inmerso en ti mismo que es un milagro que te hayas dado cuenta de algo —declaró Kipp con alegría.

—¿Has visto lo que tengo que aguantar cuando no estás con nosotros? —Cal le lanzó a Thea una mirada de reojo.

Ella se rio y echó un buen trago de la jarra.

—Intentaré echarte una mano a partir de ahora.

—Te lo agradecería muchísimo. —Cal esperó unos instantes, con una expresión de curiosidad que a Thea le recordó a la que ponía Samra justo antes de hacer una pregunta absolutamente inapropiada—. Oye… La destreza y la bravura de un espadachín… ¿se traducen en…?

—Ni se te ocurra preguntarlo. —Thea lo miró a los ojos.

Su amigo se puso rojo. Kipp se acercó a un estante cercano y cogió una botella con aire inocente.

—¿Por eso entrenas tanto? ¿Con la esperanza de que el pequeño Cal algún día se convierta en el gran Cal?

Cal puso los ojos en blanco e ignoró el último comentario.

—Pues, si a mí me está costando el entrenamiento, no hay esperanza contigo.

—Ni la más mínima —convino Kipp de corazón mientras descorchaba la botella con los dientes y se ponía a olería con entusiasmo—. Pero no necesito ayuda para conseguir a una chica.

¿Os habéis olvidado ya del bellezón de pelo negro de la taberna? Sí, hombre, la mujer que se llama Milla y que está desesperadamente enamorada de mí y que es incapaz de dejar de meterme mano. Además, a mí no me interesa ser espadachín. No me ha interesado nunca.

Thea rompió a reír. Primero soltó una breve risotada que pronto se transformó en una verdadera carcajada. Mientras se desternillaba, el miedo y la furia que se habían enroscado con tanta fuerza en su interior se aflojaron, se suavizaron y se disiparon.

—Me alegra que te resultemos tan divertidos, asesina de espectros. —Kipp le sonrió.

—No sé qué pensar de ese nuevo apodo, Kristopher.

—Si tienes éxito en lo de ser aprendiz, al final tendrás muchos más apodos —le dijo Cal.

—¿Ah, sí? ¿Ya has escogido uno para ti? —le preguntó—. ¿Tienes un apodo de espadachín?

—Puede. —Cal se encogió de hombros.

—¿Puede? —A Kipp se le iluminó el rostro—. Tienes que decírnoslo.

—De ninguna manera.

Kipp se abalanzó hacia delante y le dio varios codazos en las costillas.

—Thea nos ha contado su secreto más oscuro, ahora te toca a ti.

—Vale, vale. —Cal puso una mueca.

—Se te daría fatal soportar una tortura —le soltó Thea.

—¡El apodo! —exigió saber Kipp.

Cal los observó con seriedad y respiró hondo.

—Callahan, la Flecha Llameante.

Transcurrieron unos instantes, luego unos cuantos más.

Al final, Thea se atrevió a mirar a Kipp, quien, al verle los ojos, rompió a reír.

Thea enseguida lo imitó, con lágrimas en los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas pensando en ese apodo?

Cal chasqueó con la lengua y frunció el ceño.

—Olvidadlo.

Thea y Kipp no hicieron sino reírse más aún.

Cuando terminaron de secarse las lágrimas, Kipp se recolocó con orgullo el tótem que llevaba atado al brazo y se volvió hacia Thea.

—Mañana emprenderemos nuestra primera misión a solas como guardianes, por si te quieres apuntar.

—¿En serio?

—No te sorprendas tanto. —Kipp le sonrió—. Tarde o temprano nos iban a dejar salir.

—¿A dónde vais a ir? ¿A Harenth?

—Ojalá —respondió Kipp—. No, nos dirigiremos hacia la costa para echar un vistazo a un altercado del que se ha informado.

—¿Qué clase de altercado?

—Todavía no lo sabemos. Esa es la tarea: reunir más información y luego contárselo todo al maestro del gremio. ¿Te apetece una aventura, Althea Zoltaire?

Thea se retorció las manos.

—Tendré que preguntárselo a Hawthorne…

—Deberías —intervino Cal—. Torj dice que ya va siendo tiempo de que hagamos algo útil como guardianes y que vivamos una experiencia en el mundo real, ¿sabes?

—Yo he vivido un montón de experiencias en el mundo real —repuso Kipp guiñándoles un ojo—. Pero alguien tiene que guiar a Callahan.

—Eres un dolor de cabeza constante —masculló Cal.

—Pues deberías mirártelo.

Cal respiró hondo, sumamente frustrado, y Thea no pudo evitar reírse de nuevo. La tensión del día se había disipado. Eso sí, no tenía ni idea de cómo era posible que sus amigos no se hubieran matado en su ausencia.

Kipp le dio un suave empujón.

—Saldremos antes del alba por la puerta norte.



Cuando Thea regresó a la cabaña de Hawthorne, le dolían las mejillas; no se había sentido tan ella misma en semanas. La esperanza le revoloteaba en el pecho. Quizá no estuviera todo tan mal como le había parecido al principio. A pesar del accidente ocurrido en las llanuras, Wren la había invitado a cenar… Con Cal y Kipp las cosas estaban bien. Quizá su mentor y ella conseguían llegar a un acuerdo y hablar como dos adultos civilizados. Quizá incluso podían solucionar lo que había entre ambos.

Con esas palabras en los labios, abrió la puerta y entró. En el interior la cabaña estaba bañada por el débil resplandor del fuego casi apagado.

«Hawthorne ya debe de haberse acostado…». Thea miró alrededor buscando algo que le indicara la hora que era, pero no vio ningún reloj. Tras suspirar ante la perspectiva de pasar otra noche en la estrecha cama con Hawthorne a apenas unos metros, se quitó las botas y las dejó junto a la puerta.

Despierta todavía gracias a la bebida y al júbilo, merodeó por la estancia y se fijó en los pequeños detalles: en las macetas con plantas que había logrado mantener con vida a pesar de que apenas pasara tiempo en la cabaña, en las butacas raídas cuyos numerosos desgarrones alguien había cosido con precisión. Y luego, en la mesita lateral, vio de nuevo la maldita joya. La cogió y le dio la vuelta con los dedos, maravillándose ante la intensidad del color azul y preguntándose de quién era.

De repente, el olor a palisandro y a cuero la envolvió.

—¿Qué estás haciendo? —rugió la voz grave de Hawthorne.

CAPITULO 9

THEA



El espadachín se encontraba en el umbral de la puerta del dormitorio. Llevaba unos pantalones holgados que le caían peligrosamente por las caderas y la camisa desabrochada, dejando a la vista una franja de piel desnuda y morena. El ceño fruncido le adornaba el bello rostro.

Thea se contuvo para no pegar un brinco y dejó el zafiro encima de la mesa.

—Nada.

Hawthorne clavó la vista en la joya con una expresión un tanto indescifrable.

—No es lo que crees que es —murmuró.

—¿Cómo vas a saber lo que creo? —replicó Thea mientras intentaba apartar la mirada de su vientre plano y musculado.

—Lo llevas escrito en esa cara tan bonita.

—Vaya, conque ¿ahora soy bonita? —A Thea le dio un vuelco el

corazón.

Hawthorne profirió un ruido gutural.

—Siempre has sido bonita —afirmó con tono ronco, pero también con una clara franqueza. La miraba con ojos entornados y hambrientos.

Thea se ruborizó; de repente era muy consciente de cómo el corazón le martilleaba las costillas.

—Hawthorne… —murmuró. Era tanto una pregunta como una súplica. ¿Qué había entre ellos? ¿Cómo se había complicado tanto la cosa?

—Odio que me llames así —susurró él con una mueca dando un paso hacia ella.

—Yo odio muchas de las cosas que me llamas… —se atrevió a responder. Respiró hondo cuando él redujo el espacio que los separaba.

—¿Ah, sí, princesa? —exclamó. El timbre grave de su voz hizo que Thea flexionara los dedos de los pies.

—Pues sí —dijo con los dientes apretados. «Maldito sea este hombre. Ojalá se lo llevase Enovius», despotricó para sus adentros —. Deja de jugar conmigo.

—No estoy jugando a nada.

—¿No? Lo dejaste clarísimo cuando me nombraron tu aprendiz. No quieres estar conmigo. No quieres…

—¿Que no quiero estar contigo? —la interrumpió con dureza—. ¿Cómo puedes pensar eso después de todo lo que ha sucedido? ¿Es que no lo sientes? ¿No ves lo que nos une?

Thea se quedó mirándolo. Los ojos plateados del guerrero irradiaban intensidad cuando le sujetó la camisa con el puño.

—No tienes ni idea de las ganas que tengo de estar contigo. Del deseo ardiente que siento por ti. Has prendido un incendio en mi interior que se niega a apagarse. No puedo evitar…

Thea lo besó estampando los labios contra los suyos y enredó los dedos en su pelo.

Notaba las palabras de él en lo más hondo de su pecho, en los

huesos. La rabia no había hecho más que intensificar el deseo que sentían por el otro, así como la furia que dirigían al resto del mundo y a lo que se exigía de ambos.

Hawthorne se quedó paralizado unos instantes, como si estuviera librando una guerra interna, como si no se atreviera a respirar.

—No puedo seguir conteniéndome —gimió sobre los labios de ella—. Esta noche no.

La rodeó con los brazos y la arrimó a cada parte de su cuerpo a la vez que le devolvía el ferviente beso con labios ardientes y exuberantes y rudos. Le rozó la lengua y le provocó una punzada de excitación que se le clavó en las entrañas.

—Yo tampoco —susurró Thea. Le quitó la camisa de los hombros, desesperada por sentir su piel caliente con las manos, desesperada por desnudarlo. La prenda cayó al suelo y Thea le recorrió el torso con los dedos, jugueteó con la cintura de los pantalones y se fijó en el bulto que se marcaba en la tela. Al verlo, le comenzó a hervir la sangre.

Wilder le arrancó la camisa con un gruñido. Los botones salieron volando cuando se apoderó nuevamente de su boca y le quitó la cinta del torso para liberarle los pechos.

En cuanto sintió las manos ásperas sobre sus curvas y cómo le pellizcaba los pezones con los dedos, Thea gimió y se arqueó ante sus caricias. «Más, más». Su cuerpo y su corazón exigían más.

Wilder obedeció a su petición silenciosa, le desabrochó los pantalones y se los bajó.

Ella le acarició sobre los suyos, y él gimió, un sonido que la hizo tambalearse.

El mismo frenesí oscuro que recordaba del bosque Sangriento se adueñó de ambos. Thea se retorcía cada vez más, con un calor incesante latiéndole entre las piernas. Intentó quitarle los pantalones, pero Wilder le dio un manotazo y se concentró por completo en los de ella; se puso de rodillas antes de arrancárselos del todo.

Luego fue el turno de la ropa interior, y de pronto Thea estaba

desnuda, totalmente expuesta.

Wilder le besó un pecho, le rodeó el pezón con la lengua antes de pasar al otro, acariciándola con los dientes y haciendo que se arqueara al ponerle las manos en la espalda.

—En esta vida me arrepiento de muchas cosas —murmuró él sobre su piel antes de trazarle un camino de besos hasta el ombligo —. Pero no saborearte esa noche en el bosque es una de las que más me arrepiento. Necesito enmendarlo ahora mismo. Deja que te demuestre lo poco que quiero estar contigo, Thea.

De pronto, la levantó en brazos y la llevó no a la cama, sino a una de las butacas que había frente al fuego. La sentó con cuidado y Thea se hundió en los cojines, con la piel sonrojada cuando él le separó las piernas. La lujuria empañaba los ojos de él al observarla, al espiar la humedad que se acumulaba entre sus muslos.

Wilder levantó la vista y separó los labios.

—Quiero saborearte —insistió con voz ronca.

Thea tragó saliva y asintió una sola vez.

Fue el permiso que necesitaba obtener. Le pasó las piernas por encima de los reposabrazos de la butaca y posó los labios sobre ella.

Thea vio las estrellas.

El guerrero la recorrió de arriba abajo con un lametón largo y libidinoso antes de comenzar a hacer círculos con la lengua. Ella le pasó los dedos por el pelo mientras él besaba la parte más íntima de su cuerpo y la abría más y más para devorarla.

Thea ahogó un grito cuando Wilder le succionó el clítoris, le arrancó oleadas de placer y la subió cada vez más hacia la cumbre del éxtasis.

Al agarrarle los pechos y pellizcarle los pezones, ella gimió.

—Por todos los dioses…

—Los dioses no pintan nada aquí —le dijo Wilder antes de introducirle un dedo.

Dos dedos.

El deleite se incrementó y la hizo retorcerse bajo las caricias de él.

—Eres perfecta —murmuró. Dicho esto, la sumió en un furioso frenesí de deseo.

Thea no experimentó ninguna inhibición, vergüenza ni vulnerabilidad. Solo a él, así como el placer que le estaba proporcionando. No pudo hacer más que dejarse llevar por la ola, que la dejaba tan impotente como un trozo de madera a la deriva en plena tormenta.

—Quiero hacerte estallar, Thea… —murmuró Wilder.

Le metió la lengua y los dedos. Ella cerró los muslos alrededor de su cabeza y se perdió en él para obedecer sus instrucciones con precisión.

Era un acto de libertad, dedujo distraída al alcanzar el punto de no retorno. Soltarse era un acto de libertad.

Y fue lo que hizo.

Gritó, a punto de romper a llorar en pleno orgasmo, y Wilder le exprimió hasta la última gota de placer del cuerpo tembloroso.

CAPÍTULO 10

WILDER



Wilder no olvidaría nunca su sabor. No olvidaría nunca su postura, con la cabeza hacia atrás por el placer, totalmente desnuda delante de él, con la piel roja y húmeda. Era tal cual había soñado que sería y más incluso.

Si lo había hecho bien, Thea tampoco lo olvidaría nunca más.

Por todos los dioses, no tenía ni idea de lo perfecta que era. Él se lo había dicho, pero sus palabras no hacían apenas justicia a lo que había visto y a lo que había sentido.

Con el corazón acelerado, Wilder le dio un leve beso en cada una de las rodillas, todavía absorto con la imagen de Thea relajada y saciada.

En ese momento, con mirada lujuriosa, se acercó a él, cuyo deseo era evidente con solo mirar sus pantalones.

Wilder le cogió las manos.

—No tienes por qué…

Thea se puso de pie, se zafó de sus manos y tiró de él para que se levantara y así llegar a la hebilla del cinturón.

—Me apetece. No te haces una idea de cuánto me apetece —

murmuró con la mirada fija en el lugar exacto en el que sus dedos desabrochaban los botones del pantalón.

Wilder la tenía dura como una roca y respiraba de forma superficial. ¿Cuántas veces se habría desahogado imaginándose una situación parecida, imaginando sentirla…?

Un placer inmenso se desató cuando Thea liberó su erección y se la rodeó con su mano cálida acariciándole de arriba a abajo. Wilder soltó un fuerte gemido. Que las furias se apiadaran de él, las caricias de Thea lo encendían y jamás dejaría de arder por ella.

Thea se humedeció los labios al ver el tamaño del miembro en su mano, subiendo y bajando el pecho con cada respiración, con los pezones duros y tentadores. Verla así hizo que a Wilder lo embargara un deseo intenso, y se inclinó hacia delante para meterse uno de sus pezones en la boca, pero Thea lo empujó con la otra mano e incrementó la presión en su agarre.

El espadachín emitió un grave gruñido cuando ella siguió masturbándolo. Por el amor de las furias, Thea no tenía ni idea de la gran fuerza de voluntad que suponía no levantarla y ponerla contra la pared.

—Thea… —dijo, entre la súplica y la advertencia, con el cuerpo tenso por lo que se avecinaba.

Pero ella no se detuvo, aunque tampoco era lo que él deseaba. Le dio un beso áspero y fuerte y le bajó los pantalones por las caderas hasta dejárselos alrededor de las rodillas. Las suaves caricias sobre su polla eran embriagadoras y despertaban a la bestia que aguardaba en su interior llevando todo su deseo hasta la superficie. El ansia y la necesidad que sentía por ella rugieron por todo su cuerpo, y la besó con ímpetu salvaje, explorándole la boca con la lengua, rozándola con la suya y revolviéndole el pelo con las manos, con una corriente de calor por debajo de la piel.

Thea se apartó demasiado pronto.

—Quiero saborearte —le dijo mientras bajaba la vista entre ambos viendo lo excitado que estaba.

Wilder echó la cabeza hacia atrás y se pasó una mano por el

pelo, a punto de correrse al oír las palabras que salían de esa boca traviesa. Sabía que debería oponerse, sabía que eso no haría sino enturbiar más aún las aguas entre ellos. Su culpabilidad y su sentido del deber luchaban contra su deseo y lo hacían titubear.

«No debería…».

Dio un paso atrás, ya que necesitaba aferrarse a algo, anclarse a algún lado. Encontró la repisa de la chimenea con las manos y clavó los dedos en la piedra.

Acto seguido, Thea se puso de rodillas.

Se le secó la boca al verla desnuda y esperándolo.

Iba a ocurrir. Thea iba a tomarle entre sus labios, y la sola idea avivó el instinto más primario que vivía en su interior. Todos los centímetros de su cuerpo estaban ardiendo, pidiendo a gritos las caricias de ella, pero tuvo que despejarse momentáneamente. Si iban a hacer eso…, iban a hacerlo bien. Extendió un brazo hacia la cesta que había junto al fuego, cogió una manta que sobraba y la dejó en el suelo, delante de ella.

El calor le tiñó las mejillas cuando una sonrisa de timidez curvó los labios de Thea al apoyar las rodillas en la suave tela.

No apartó los ojos de los de él al agarrar de nuevo su erección y recorrerla entera con la punta de la lengua.

—Joder… —gruñó él al sentir la breve y provocadora sensación, una promesa sensual de lo que estaba por llegar.

Thea trazó círculos con la lengua sobre la punta, y Wilder echó atrás la cabeza de nuevo, con su nombre en los labios y apretando la repisa con los dedos hasta desmenuzar la piedra.

Ella lo provocó estimulando el glande hasta que a él le fallaron las rodillas y arqueó las caderas hacia delante.

Thea le pasó las uñas por los muslos en una tácita petición y Wilder bajó la vista; hundió los ojos en los suyos al verla rodear con los labios su polla palpitante. A continuación, se la fue metiendo en la boca hasta que sintió el fondo de su garganta.

—Joder, Thea —rugió envuelto por un halo de lujuria.

Con la otra mano le acariciaba los huevos, y todo su cuerpo dio

un respingo ante la intensidad de esa sensación, que se sumaba a las otras.

Incapaz de reprimirse más, sus gemidos llenaron la cabaña al tiempo que le aferraba la cabeza con una mano para guiarla a lo largo de su erección, sumiéndose en las primeras ondas del creciente clímax.

Juntos encontraron el ritmo adecuado en el que Wilder se mecía sobre los talones para acompañar el movimiento de su boca. Todo desapareció a excepción de Thea y de la húmeda calidez de sus labios, de las caricias de su lengua, que iban incrementando más y más el fuego que ardía en su interior.

Thea gimió sobre su polla, y la vibración le provocó un rayo de puro placer que le bajó directo a los testículos.

Wilder sintió cómo se le tensaban y le suplicaban vaciarse dentro de ella.

Thea se la metió más hondo todavía.

Al espadachín se le nubló la visión, y la piedra de la repisa que sujetaba se desmoronó cuando libró una batalla con el último ápice de control que le quedaba. Pero es que el túnel ardiente y prieto de la garganta de Thea no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. El cuerpo del guerrero respondía a cada orden del de ella, inundado de la cabeza a los pies por un deseo incandescente.

De pronto, Thea retorció la lengua alrededor de su miembro y rozó la parte sensible situada justo debajo de la punta, lo que lo catapultó al clímax.

—Thea… —Fue la única advertencia que pudo darle antes de llegar. El orgasmo lo golpeó como una avalancha, se adueñó de él y lo dejó sin aliento. Totalmente desinhibido, se estremeció al correrse en la boca de ella con un gemido profundo y carnal.

Thea lo lamió, aceptó todo lo que le daba y se lo tragó.

Una gota de sudor le caía a Wilder por el pecho mientras jadeaba, sin saber cómo era posible que siguiese en pie. El mundo regresó lentamente a él, y se dio cuenta de que en un puño

apretaba un montón de piedras rotas de la repisa de la chimenea.

—Ha sido… —Pero Wilder no encontró las palabras que podían describirlo. Ni un solo pensamiento coherente le llenaba la mente, tan solo la necesidad de enterrar la polla en el interior de Thea. Necesitaba más de ella.

Thea se la sacó de la boca y besó la piel sensible justo debajo de la cadera con una ligera sonrisa antes de atraerlo hasta la manta que cubría el suelo. Seguía desnuda, con el cuerpo húmedo por el sudor y la excitación. Wilder cogió los cojines y una manta de su propia butaca para que estuvieran más cómodos. Acto seguido, se quitó los pantalones y se unió a ella, con el corazón hinchado ante la silenciosa intimidad que estaban compartiendo.

Delante de ellos, el fuego crepitaba sigiloso, y Wilder no dudó en estrechar a Thea entre los brazos y besarla profundamente; no le importaba que supiera a él, y se deleitó al sentir piel con piel.

Recorrió las líneas de sus curvas y memorizó la sensación. Podía sentir como se endurecía de nuevo por ella.

—Eres… —La emoción le quebró la voz, y en ese instante supo que todavía era incapaz de hablar.

Thea se limitó a recostarse encima de él y a posar los labios sobre los suyos.

Por los dioses, podría quedarse en esa postura para siempre.

Se besaron como si dispusieran de todo el tiempo del mundo. Se exploraron el uno al otro con lentitud, recorriéndose el cuerpo con las manos y aprendiendo cada valle y surco.

Wilder no sabía cuánto tiempo se habían pasado así, pero el fuego ya apenas ardía y, cuando no quedaron más que unas ascuas anaranjadas, en la sala empezó a hacer frío.

—¿Vamos a la cama? —murmuró Thea sobre su pecho acariciándole un pezón.

«La cama…». Los dos juntos, compartiendo su cama.

Un acto tan normal y tan íntimo.

Una intimidad de la que no podrían retractarse.

Thea entrelazó los dedos con los de él y se dispuso a levantarse,

con escalofríos en los brazos.

Wilder, sin embargo, dudó.

El dolor se reflejó en la cara de Thea y se tapó con una de las mantas.

Con un repentino nudo en el pecho, Wilder se levantó. Como necesitaba mirar hacia algo que no fuera ella, se puso los pantalones y se guardó la polla aún erecta. El dolor que sentía Thea en esos instantes no era nada. Él lo sabía por experiencia. A su alrededor, la gente había sufrido mucho.

Compartir una cama con él y ser suyo de una forma permanente no haría más que provocarle más sufrimiento.

Wilder ya le estaba ocultando secretos para mantenerla a salvo, para protegerla, y pensaba seguir haciéndolo a cualquier precio. Era su deber.

Sabía que se le estaba dando fatal. No podía controlar su deseo, su rabia, nada que tuviera que ver con ella.

Debía ponerle fin. De inmediato.

Había jurado convertirla en una guerrera, y darse placer el uno al otro delante del fuego no formaba parte de aquella promesa. Unas semanas atrás, un segador la sorprendió sola, con su poder en bruto y desentrenado, un faro que atraía a las sombras.

Y había estado a punto de llevársela. Había estado a punto de destrozarle el corazón con las garras.

Y había que sumarle que una hija de la oscuridad estaba buscando a herederos perdidos. Es decir, la estaba buscando a ella.

Thea lo observaba con una expresión de indiferencia en la cara.

—¿No ha cambiado nada? ¿Seguimos como antes? —le preguntó, con el tono desprovisto de toda emoción y la manta arrebujada en torno a su cuerpo desnudo.

Wilder permitió que se hiciera un brevísimo silencio.

—¿Sigues queriendo ser espadachina?

La tormenta indómita regresó a los ojos de ella.

—Sí.

—Pues seguimos como antes.



Por mucho que lo intentara, Wilder no podía dormir teniendo tan cerca a Thea y su aroma embriagador sobre la piel. A duras penas conseguía contenerse para no cogerla en brazos y meterla en su cama. Thea había aceptado su decisión, si es que podía considerarse así. Era una decisión inteligente, ya que no podían seguir por ese camino de abrazos a medianoche y polvos lentos y tiernos hasta las primeras horas de la mañana. Porque estaba decidida a superar el Gran Rito. Uno de ellos debía pensar con cabeza, y esta vez le tocaba a él.

Desde donde estaba, tumbado en la cama quieto como la muerte, la oía murmurar en sueños. Primero fueron ruegos bajos, luego gimoteos aterrados y gritos altos. A Wilder se le cerró la garganta al oírla retorcerse entre las sábanas de su cama, y vio el contorno de las extremidades que se agitaban para combatir contra un enemigo que él no veía.

Aquella imagen lo destrozó. Todas las palabras de angustia que brotaban de los labios de Thea lo dejaron rígido, lleno de culpa y desesperado por ayudarla.

Pero no hizo nada. Tenía que dejar que se enfrentara sola a sus demonios. Era exactamente lo que le exigiría el Gran Rito.

Y estaba decidido a prepararla para la prueba, sin importar cuánto le destrozara el corazón.

Wilder aceptó que iba a pasarse la noche en vela, presenciando cómo Thea luchaba contra los horrores de su propia mente y de sus propios recuerdos.



Cuando se despertó, Thea había desaparecido de nuevo. No le gustó nada, una vez más, no haberse enterado cuando ella se había preparado para el día y no haber oído el agua del cuarto de baño ni

la puerta cerrándose tras de sí.

Se estaba volviendo demasiado sigilosa para su propio bien.

Wilder saltó de la cama y se puso unos pantalones holgados. En el salón no había ninguna nota esperándolo. El silencio era ensordecedor. ¿Qué esperaba? La había dejado desnuda y vulnerable, y luego la había rechazado.

Después de pasarse una mano por el pelo, barrió la cabaña con la mirada. No había rastro alguno de que Thea hubiera comido o bebido algo antes de salir; no había ninguna taza en la mesita, ningún plato ni cuenco. La conocía tan bien que sabía que Thea no malgastaría valiosas horas de entrenamiento volviendo a la fortaleza para incordiar al cocinero antes del alba.

Thea seguía sin cuidar de sí misma. No comía ni bebía lo suficiente, no dormía las suficientes horas. Tendría que corregirle eso. Con un profundo suspiro, abrió los armarios y buscó los frascos que había reunido a lo largo de los años hasta que encontró el que buscaba. Le quitó la tapa y olió el contenido.

Té de menta, el favorito de Thea. Sabía que lo guardaba por alguna parte. Lo dejó en la mesita lateral y encontró una taza gigantesca de su colección desparejada, que colocó al lado del té.

No podía abrazarla, no podía sujetarle la mano durante la prueba necesaria para convertirse en espadachina, pero eso… era un gesto pequeño. Eso sí podía hacerlo.

Wilder cogió la nota que ella le había dejado el día anterior y le dio la vuelta. En el anverso dibujó un rayo dentado y la dejó junto al frasco. Con un poco de suerte, Thea la vería al regresar.

Supo que iba a tener que esforzarse poco a poco con una visión más amplia: debía perfeccionar la disciplina no solo para que lo diera todo, sino también para que supiera cuándo parar y cuándo descansar. Era tan duro como los ejercicios y, sin duda alguna, algo que le estaba costando bastante.

Wilder hizo mentalmente una lista con todo lo que debía enseñarle. Por un lado, las cosas tangibles que necesitaría: una armadura, seguramente botas nuevas, unos arreos decentes para su

caballo…

Tras soltar otro suspiro fue a vestirse, pero se detuvo de nuevo antes de entrar en el dormitorio. La esquina de la habitación que ocupaba Thea estaba ordenada, a excepción de la ropa que le había desgarrado la noche anterior. Una punzada de culpa le perforó las entrañas, y no dudó en recogerla del suelo. Fuera todavía era de noche, y se pasó la siguiente hora delante del fuego, remendándole la camisa y los pantalones con hilo y aguja.

Mientras cosía, intentó mantener a raya los recuerdos de Thea.

Fracasó estrepitosamente.

CAPITULO 11

THEA



Por suerte, era tan temprano que ni siquiera Evander estaba limpiando los compartimentos de los establos ni puliendo los arreos cuando Thea llegó para ensillar a su caballo. Ni siquiera los primeros rayos del alba iluminaban los árboles, tan solo brillaba la luna creciente en medio de la oscuridad total, lo que hacía resaltar la silueta escarpada de las montañas.

Después de asegurar las cinchas, Thea expulsó cualquier sentimiento de culpa por no haber hablado con Hawthorne sobre ese día. El espadachín se enteraría enseguida. Y, si le aterraba desconocer su paradero, se lo tenía merecido. Quizá ahora le tocaba a ella marearle. Tras lo ocurrido la noche anterior, Thea no sabía en qué situación estaban. Las palabras del guerrero decían una cosa, pero sus acciones… Sus acciones la habían hecho añicos cargados de placer.

«Seguimos como antes», le había dicho. Pero lo que había entre

ellos no estaba nada claro.

Thea sintió aleteos en el estómago al recordar su boca sobre ella, su lengua… Nadie le había dado tanto placer. Nadie le había…

Negó con la cabeza. No era el momento ni el lugar para rememorar lo que era capaz de hacer la lengua de Wilder entre sus piernas. Sobre todo porque se había portado como un necio poco después. No, estaba decidida a concentrarse en la tarea, en la primera misión a solas que les habían encargado a sus amigos y a ella como guardianes de los mediorreinos.

Sacó a su yegua del compartimento y se quitó las tablillas de los dedos antes de flexionar la mano. «Arreglado», decidió, satisfecha. Por suerte, también tenía mucho mejor las costillas; montó con solo una ligera punzada de dolor.

Con la cabeza en alto, Thea cabalgó hacia la puerta norte, donde la esperaban Cal y Kipp.

Kipp sonrió de oreja a oreja al verla y extendió una mano hacia Cal.

—Me debes tres monedas de oro, amigo mío.

—Ya te dije que no pensaba aceptar la apuesta. —Cal chasqueó con la lengua, frustrado.

—Tonterías. Me las aposté yo.

—No estoy diciendo que no las apostaras, estoy diciendo que no acepté la apuesta —respondió Cal.

—Luego me las das. —Kipp agitó una mano y, montado sobre su caballo, abrió los brazos en un dramático saludo—. ¡Bienvenida, Thea!

—Sabías que vendría. —Thea se rio por la nariz.

—Pues claro que lo sabía —exclamó Kipp—. Callahan lo dudaba, pero yo…

—Por los dioses, Kipp —le espetó Cal—. ¿Nos ponemos en marcha o qué?

Kipp tuvo el descaro de hacerse el ofendido. Hizo señas hacia Thea y su yegua.

—Te seguimos, asesina de espectros.

Thea no pudo evitar una sonrisa al espolear a su caballo.

—Gracias a las furias que has venido —le masculló Cal cuando pasó por su lado.

Thea no sabía por qué le resultaba tan natural ocupar la avanzadilla, pese a que en realidad era la misión de Cal y de Kipp, pero no pareció molestarlos lo más mínimo. Sintió una oleada de calor en el pecho. Había pasado por muchas cosas desde sus primeros días como escudera de Thezmarr, igual que los demás.

La llenó de orgullo ver los tótems de guardianes que llevaban en el brazo: eran los tótems por los que habían luchado con uñas y dientes en la prueba de iniciación, dos espadas entrecruzadas que suponían su alistamiento oficial en el gremio de guerreros.

Dejaron atrás las murallas de la fortaleza antes de que los primeros rayos del alba surcaran la oscuridad. Para cuando el cielo se iluminó con tonos dorados y naranjas, ya estaban recorriendo el camino costero hacia el norte. Los tres galopaban cerca para poder charlar por encima del retumbo de los cascos sobre el sucio sendero.

—Vernich intentó pedir que Barlowe se nos uniera —le confesó Cal a Thea.

—Venga ya. —Ella se giró en la silla de montar con las cejas arqueadas.

Pero Cal asentía con la cabeza.

—Argumentó que, si nosotros íbamos, su aprendiz también debía ir.

—¿Cómo salisteis airosos? —le preguntó.

—Gracias a Torj —terció Kipp—. Por lo visto, se puso firme. Dijo que entre nosotros había malos rollos que podían poner en peligro la misión.

—Se lo estaba contando yo —masculló Cal—. Tú ni siquiera estabas presente.

—Pues nada, sigue tú —dijo Kipp con un brazo tendido para darle una palmada en el hombro a su amigo.

Cal negó con la cabeza con incredulidad antes de volver a dirigirse a Thea.

—Nunca había visto a Torj así. Parecía dispuesto a lanzar al Carnicero a la otra punta de la sala. O a machacarlo con el martillo de guerra.

—¿Con tanto fervor te defendió? —se extrañó Thea.

—Hawthorne haría lo mismo por ti —repuso Cal.

La imagen del rostro hinchado y ensangrentado de Vernich se encendió en la mente de Thea: fue la justicia que Hawthorne había infligido sobre su compañero espadachín después de enterarse del papel que había desempeñado el Carnicero en las heridas casi mortales de ella y de Kipp.

—Ya lo sé —musitó.

—Torj me dijo que a lo mejor conseguía que pueda ir a visitar a mi familia en primavera. —Cal se revolvió en la silla de montar.

Thea abrió muchísimo los ojos. Durante los primeros días de amistad, Cal le había contado que había llegado a Thezmarr siendo adolescente y dejando a tres hermanas en casa.

—¿En serio? Es fantástico, Cal. ¿Cuánto hace que no vuelves a casa?

—Años… Será raro volver a verlos. Si llega a pasar.

—Seguro que sí —le aseguró Thea—. Torj es buen tío. Si dice que intentará conseguirlo, lo conseguirá. Me alegro por ti.

—Gracias. —Se quedó callado unos instantes—. ¿Te han entrado ganas de arreglar las cosas con Wren?

—Todavía no. —Thea ahogó una risotada—. Pero buen intento.

A unos metros detrás de ambos, Kipp se aclaró la garganta.

—¿Quién me ha metido esto en el bolsillo? —preguntó en alto mientras sacaba una petaca del interior de la capa.

—Apenas ha amanecido… —Thea intercambió una mirada divertida con Cal.

—Exacto. Prácticamente es todavía de noche. —Bebió un trago y se inclinó para ofrecérsela a Thea.

—Supongo que nos ayudará a entrar en calor —se rio ella antes de beber.

—Kipp… —protestó Cal, claramente indeciso—. Es una misión

muy seria.

—Nadie te está obligando, Callahan. Tú a lo tuyo. La compartiremos Thea y yo.

—No he dicho que no quiera…

—Qué curioso, porque es lo que me ha parecido que decías —lo pinchó Kipp.

Thea se apiadó de Cal y le pasó la petaca.

—Por cierto, ¿qué sabéis de esta supuesta misión?

Cal puso una mueca al sentir el sabor del alcohol y se la devolvió a Kipp antes de tomar la palabra.

—Solo que en la costa del norte se ha informado de un altercado. Hay un barco muy cerca del Velo. Tenemos que encontrarlo y observarlo.

—¿Y ya está? —Thea parpadeó.

—Y ya está. Torj y Esyllt fueron muy claros con las órdenes. No debemos actuar ni interferir bajo ninguna circunstancia.

—Anoche me lo pintasteis como una aventura mucho más emocionante. —Thea puso los ojos en blanco. No se había dado cuenta de lo mucho que ansiaba algo de acción, la oportunidad de blandir la espada y derrotar a algunos enemigos. El encuentro con Hawthorne la había dejado más inquieta de lo que estaba antes…

—Thea, con nosotros cada día es una aventura emocionante —la tranquilizó Kipp guiñándole un ojo.

Aunque en el horizonte se hacía de día, los rayos prometedores del sol se habían debilitado, dando paso a una mañana gris y sombría. A medida que iban hacia el norte, el mar a la izquierda del camino del acantilado se volvía más oscuro, y a lo lejos las olas ascendían hasta alcanzar las nubes.

Un ladrido sonó detrás de ellos, y Thea dio un brinco al divisar al enorme perro negro que trotaba pisándoles los talones.

—¡Dax! —Sonrió.

—¿Es el mismo animal que te cuidaba en el dormitorio? —Cal observó al chucho con cierto recelo.

—Pues sí —contestó Thea al ver a Dax adelantarlos y correr por

las rocas que había delante de ellos—. Es el perro de Malik.

—¿De Malik?

—El hermano de Hawthorne. Es el antiguo espadachín que vive en la fortaleza.

—No sabía que Hawthorne tuviera un hermano —repuso Kipp con el ceño fruncido.

—Yo tampoco me enteré hasta que volvimos de Harenth. Pero hace siglos que soy amiga de Malik.

—¿No es el gigante que no habla? —le preguntó Cal.

—No necesita hablar. —Thea se encogió de hombros.

—Vale, vale. —Cal asintió.

Un estruendo atronador procedente del mar llamó la atención de Thea. Al otro lado de la extensión de agua oscura se alzaba el Velo, más alto que nunca, un muro de niebla turbia que caía del cielo, donde se gestaba una tormenta.

—Deberíamos ponernos en marcha —advirtió Thea intentando ignorar su magia. Se llevó una mano a la piedra del destino para comprobar que siguiera en su sitio. Durante mucho tiempo había estado resentida con la existencia de la gema, pero de pronto buscaba consuelo en ella con la esperanza de que siguiese reprimiendo la magia que amenazaba con brotar de su ser.

Continuó el camino, siguiendo los latigazos de la cola de Dax al doblar cada curva del camino, inclinada hacia delante en la silla para facilitarle las cosas a su yegua cuando se incrementó la pendiente. Sin embargo, era imposible ignorar la tormenta que arreciaba en el mar. Los truenos y los relámpagos surcaban el aire, y Thea solo pudo cerrar los ojos y prepararse para resistir el embate contra sus sentidos y el hecho de que la tempestad llamase al crepitar de la magia que le bullía en las venas.

Se obligó a respirar hondo por la nariz y a exhalar por la boca. Era la misma técnica que aparecía en la lista de ejercicios de Hawthorne para calmar la mente justo antes de una batalla. Pero no sirvió de nada…

La tormenta la absorbió.



Una chica, que no debía de tener más de doce años, se encontraba en el borde de un acantilado, contemplando el mar revuelto. Llevaba un parche sobre el ojo derecho, y el pelo cobrizo enmarañado le azotaba el rostro por el viento.

«Anya».

Estaba de cara hacia el lúgubre horizonte, como si allí hubiera algo que buscaba desesperadamente y la estuviese aguardando. La ropa de la chica no era más que unos trapos raídos que le cubrían el cuerpo enclenque, y estaba descalza. Se acercó al límite del rocoso precipicio.

A Thea le dio un vuelco el corazón. «Va a saltar».

Pero la chica no dio ningún otro paso. No flexionó las rodillas preparándose para el último salto.

Se limitó a quedarse en el borde, como si ese fuera su lugar, como si hubiese vivido toda la vida en la antesala de la muerte.

Un trueno resonó a lo lejos, y la chica ni siquiera se inmutó.

Su mirada se dirigió hacia el lugar donde estaba Thea.

Como si durante unos segundos, bajo el resplandor de los relámpagos, la hubiera visto.



Se oyó un sonoro ladrido que penetró en la visión. Thea se sobresaltó en la silla de montar y agarró las riendas jadeando.

Cal y Kipp galopaban tan cerca que los caballos protestaban con relinchos, pero los dos jóvenes miraban con preocupación a su amiga. Por delante de ellos Dax volvió a ladrar, como si hubiera sentido que Thea había vuelto en sí.

—¿Qué cojones ha sido eso? —quiso saber Cal al tiempo que examinaba la expresión de Thea y esta se recomponía.

—¿El qué? —consiguió preguntar ella. Le daba la impresión de que tenía la garganta hinchada y al rojo vivo.

—No sabíamos si estabas teniendo un ataque o si te habías desmayado —balbució Kipp con el cuerpo en tensión como si hubiera pensado que debía cogerla—. Y ni siquiera has bebido tanto extracto de fuego, Thea…

—Estoy bien —masculló con voz áspera. Su magia, su conexión con las tormentas, empezaba a descontrolarse. Primero le había hecho daño a Wren y ahora esto. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que estallase y revelara a los reinos quién era en realidad?

—No colará por mucho que lo repitas —la avisó Kipp con rostro serio.

—Debo de haberme quedado dormida. Es que… últimamente no duermo bien —les dijo.

—¿Tienes pesadillas? —le preguntó Cal.

—Más o menos.

Pero Kipp entornó los ojos sin darle más espacio a la yegua de ella.

—¿Por qué me da la sensación de que no nos lo estás contando todo?

—La asesina de espectros tiene algunos secretos, Kipp. —Thea se obligó a sonreír—. No vas a ser el único misterioso.

Kipp cedió al fin, aunque no parecía demasiado satisfecho.

—Si crees que te vas a desmayar, dilo. No podemos devolverte a Hawthorne en trozos. Nos despellejaría vivos. Y seguro que al pobre de Torj también.

—Qué va…

Kipp la mandó callar con una mirada desafiante, y Thea levantó una mano a modo de rendición.

—Si hacéis el favor de cerrar el pico… —murmuró Cal, que se había detenido junto a Dax en una cresta del sendero, unos metros más adelante.

Thea seguía aturdida por la extraña visión que le había enseñado la tormenta, y su magia seguía vibrándole en los huesos, pero espoleó a su yegua para colocarse junto a sus compañeros, desde donde observaron el precipicio.

—Esconded a los caballos —exclamó Kipp de repente con voz autoritaria—. Y agachaos.

Thea y Cal decidieron obedecer. Desmontaron a toda prisa y ataron a los caballos para ocultarlos.

—Tumbaos boca abajo en el suelo —añadió Kipp, que ya comenzaba a avanzar arrastrándose con los codos hasta el punto más alto del camino.

A Thea se le aceleró el corazón. Lo que se encontraba al otro lado de la cresta no era una buena noticia, estaba más claro que el agua. Cuando se situó al lado de Kipp y miró hacia abajo, se le cerró la garganta. En la orilla había varias barcas y un pequeño grupo de hombres apiñados. No vestían ningún color que Thea reconociera de Harenth, Tver o Aveum, y tampoco parecía probable que nadie de los tres reinos quisiera atracar allí. Había mejores puertos para acceder a Thezmarr… si esa era su intención.

—Mirad… —susurró Cal señalando hacia el mar. Anclado más allá de los bajíos había un barco mucho más grande, pero Thea tampoco vio banderas o estandartes conocidos.

—¿Quiénes son? —murmuró.

—No lo sé —respondió Cal.

Thea se giró hacia Kipp, pero su amigo observaba el destacamento de la playa y movía los labios al contarlos.

—Deberíamos acercarnos más —propuso ella avanzando un poco más.

—No. —Kipp le agarró el brazo con una fuerza que le sorprendió.

—Pero quieres poder informar de lo que ocurre, ¿no? Debemos ir a…

—No, Thea —insistió Kipp, con una voz desprovista de ligereza y de diversión.

—Tiene razón, Thea —intervino Cal—. No debemos actuar, esas eran las órdenes…

—Acercarnos un poco más no es actuar.

—Sí lo es. Ahora somos guardianes, Thea. Debemos obedecer las órdenes que nos han dado —le dijo Kipp.

—En ese caso, ¿por qué han enviado a guardianes y no a exploradores? —le espetó.

—Osiris y Esyllt me han enviado a mí por algo. Yo comprendo mejor que cualquier explorador cómo funcionan los ejércitos. —Kipp

hablaba sin su tono fanfarrón habitual y tan solo explicaba la situación. Thea jamás lo había visto tan serio.

Su amigo esperó.

—Muy bien. —Thea respiró hondo.

Kipp se lo agradeció con un asentimiento de cabeza y retomó el conteo de fuerzas.



Thea no supo cuánto tiempo permanecieron agazapados, pero poco a poco el cielo comenzó a oscurecerse.

—¿No deberíamos volver a la fortaleza? —preguntó.

—He cambiado de opinión. —Kipp negó con la cabeza.

—¿Sobre qué? —saltó Cal con aspereza.

—Sobre lo de actuar.

—¿Cómo? —Thea enarcó una ceja.

—Esas fuerzas de ahí son invasoras —les anunció Kipp antes de morderse el labio—. No pienso dejarlos campar a sus anchas para que puedan atacar Thezmarr o Harenth.

—¿Cuál es el plan? —Una punzada de emoción recorrió a Thea.

—Primero debemos distraerlos. —Se quedó mirando de forma significativa el arco y el carcaj de Cal—. Quizá sea hora de que la Flecha Llameante se gane el apodo…

—Dime cuál es el objetivo. —Cal esbozó una sonrisa lobuna.

Haciendo alarde de eficiencia, Kipp les explicó su brillante estrategia. Los tres no podían enfrentarse a las fuerzas enemigas por su cuenta, pero eso no quería decir que no pudiesen hacer nada, y la oscuridad de la noche les proporcionaba una buena protección para infligir daños.

—Esperaremos hasta que hayan terminado de comer y de beber. Nos quedaremos más o menos una hora a los pies de esta cumbre —anunció Kipp—. Nada de hacer fuego. Os coméis vuestras raciones y descansáis un poco. Yo haré la primera guardia.

Thea aceptó un pedazo de pan de Cal mientras Kipp regresaba a su puesto.

—Nunca lo había visto así —comentó mientras acariciaba a Dax, que estaba tumbado a su lado.

—Siempre está así después de reunirse con Esyllt. Los dos se pasan el día susurrando en el despacho del maestro… Son uña y carne.

—¿No le preguntas de qué hablan?

—Uy, y tanto —dijo Cal—. Pero nunca me contesta. A pesar de su carácter despreocupado, Kipp se toma muy en serio su papel.

—Ya lo veo.

Cal se quedó mirándola durante unos segundos y separó los labios como si quisiera añadir algo más, pero guardó silencio. Y suspiró.

—Descansa un poco —le dijo—. Todavía tienes mala cara.

—Gracias, hombre.

—No hay de qué.

Thea se tumbó de costado cuando la noche los envolvió. A lo lejos retumbó otro trueno, y la magia siempre presente en su interior cobró vida de nuevo. Ni siquiera la presencia de Dax a sus pies consiguió apaciguar la tormenta de su interior.

Se ciñó la capa debajo de la barbilla. Con la intención de buscar el poco consuelo que hallaría entre el poder que no comprendía, visualizó el rostro de Wilder Hawthorne.



Thea se despertó con un sobresalto cuando Cal le sacudió el hombro con suavidad.

—Ha llegado la hora —murmuró su compañero. Señaló con la barbilla hacia Kipp, que esperaba en lo alto de la cresta, con una mochilita atada a la espalda.

Thea no sabía cómo había conseguido dormir, pero, con sus

amigos animándola a pasar a la acción, se espabiló en cuestión de segundos.

—¿De verdad vamos a desafiar las órdenes?

—Por supuesto —afirmó Kipp sin apartar los ojos del campamento de la playa—. A estas alturas ya estarán todos borrachos —le dijo cuando estaba a su lado.

—Voy a necesitar quince minutos para bajar hasta la orilla y encontrar una buena posición —dijo Cal al tiempo que se colocaba el carcaj de flechas en el hombro y tiraba de la cuerda del arco.

—Puedes hacerlo en diez —lo retó Kipp.

Frustrado, Cal chasqueó con la lengua y negó con la cabeza antes de llegar a lo alto de la cresta y desaparecer en la noche.

Kipp esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Y ahora esperamos.

No tuvieron que esperar demasiado.

Al cabo de diez minutos, un fuego comenzó a arder en la zona al noreste del campamento. Primero fue una chispa titilante y al poco se convirtió en una llamarada salvaje.

—Gracias, Cal —murmuró Kipp, que ya había comenzado a bajar la cuesta. Thea lo siguió.

El campo enemigo se sumió en el caos más absoluto cuando los hombres se dirigieron hacia el fuego con cubos de agua en las manos. Cal había prendido uno de los arcones con provisiones y, a juzgar por el tamaño de las llamas, debía de ser el que albergaba el alcohol.

Thea ahogó una carcajada.

Mientras las fuerzas estaban distraídas, fue a la zaga de Kipp y atravesaron la playa. Cobijados por la oscuridad, fueron de barca en barca para hacer agujeros en los cascos con las dagas. La madera se astilló sin problemas, pero los enemigos no se enterarían de que había algún problema hasta que salieran al agua.

Thea había ido a por la cuarta cuando oyó el ruido de una ballesta al cargarse.

—¡Kipp! —gritó mientras se precipitaba contra el costado de la

barca.

Su amigo se movió justo a tiempo, y Thea se abalanzó contra el atacante. Otra flecha voló hasta ella y silbó en el aire, pero se agachó y, con tres zancadas, lo alcanzó. Al cabo de un segundo, desarmó a su oponente y, sin dudar, le rebanó el pescuezo con la daga.

La sangre caliente cayó sobre la arena, y el enemigo soltó un sonido ahogado.

—Por todos los dioses, Thea… —musitó Kipp, atónito y paralizado.

Pero Thea no pensó en lo rápido que había reaccionado ni en lo fácil que le había resultado matar a alguien ni siquiera cuando la sangre del muerto formó un charco junto a sus botas. Vio algo en la capa del enemigo.

—Kipp —murmuró—. Mira…

Tiró de la prenda empapada y acarició con los dedos el sello que encontró en la tela.

Un par de alas.

Durante unos instantes, Kipp tan solo observó los dedos ensangrentados de su amiga, pero enseguida regresó del trance en el que se había sumido.

—Llévatelo —dijo con expresión seria.

Thea asintió, arrancó la insignia de la capa y se la metió en el bolsillo. Dejó el cadáver a merced de la marea creciente.

—Ya casi han apagado el fuego —advirtió al echar un vistazo a las columnas de humo que se elevaban en la otra punta del campamento.

Por si acaso, Kipp vertió bidones de aceite en sus sacos de harina y grano.

—Larguémonos de aquí.

Como sombras en la noche, se escabulleron de la playa.

CAPITULO 12

WILDER



Hacia media tarde, Wilder no sabía nada de Thea. ¿Solo había pasado una noche desde que había enterrado la cara entre sus muslos y ella le había dado placer con la boca? Se dijo que su aprendiz estaba guardando las distancias debido a sus duras palabras… y que debía respetarlo.

Sin embargo, al anochecer, en la fortaleza nadie sabía nada del paradero de Thea. Cuando Wilder regresó a su cabaña, la encontró tan silenciosa como la había dejado. El té de menta que le había preparado estaba intacto, y su nota con el rayo seguía junto a la taza. Había observado suficientes veces a Thea durante las comidas en el gran salón como para saber que jamás dejaría una taza de té sin beber y que era muy capaz de coger la de Cal y beber mientras la suya estaba lista. Si hubiera estado en casa, Wilder lo habría sabido.

La preocupación le carcomió. No le había dicho explícitamente que no tenía permiso para abandonar Thezmarr, pero porque no lo había considerado necesario. Otro error por su parte. Thea era imprudente y tenía tendencia a buscar problemas, o a que los

problemas la buscaran a ella. Sobre todo en lo que respectaba al idiota del aprendiz de Vernich. Pero ¿a dónde podría haber ido? Seguro que no estaba dispuesta a permitir que la complicada situación entre ambos interfiriese en su entrenamiento.

Wilder intentó recordar si había visto a sus amigos o a su hermana durante el día. Llegó a la conclusión de que no.

Con la mandíbula apretada, cogió la capa de nuevo y se encaminó de regreso a la fortaleza.

Una vez allí, llamó a la puerta de los aposentos de Torj.

—Ya va, ya va —oyó mascullar dentro a su compañero. Cuando Torj abrió la puerta, frunció el ceño—. Joder, Hawthorne. ¿Qué se está incendiando?

—¿Has visto a mi aprendiz? —gruñó mientras entraba sin esperar una invitación.

—Hace tiempo que no —dijo Torj—. Supongo que es porque se ha ido con el mío hacia la costa del norte.

—¿Qué? —A Wilder se le heló la sangre.

Torj cerró la puerta y se cruzó de brazos con una ceja arqueada, como diciendo «No traigas tu humor de perros a mi habitación». Pero a Wilder se la sudaba completamente lo que llevase a la habitación de Torj. Si su compañero sabía dónde estaba Thea, se lo iba a contar todo.

—Thea se ha ido con Cal y Kipp a observar el altercado del norte —cedió tras suspirar.

—Nadie me ha avisado —farfulló Wilder entre dientes. Su mente se llenó de imágenes de segadores y espectros sombríos atacando a Thea. La vio capturada y transportada hacia la Hija de la Oscuridad, una recompensa que torturar y utilizar. Por todos los dioses, le iba a dar algo.

—Suponía que te lo diría tu aprendiz. Pero, claro, hoy por hoy no parece que sea tu fan número uno.

—No lo entiendes… —Wilder se interrumpió. La desesperación le atenazaba las entrañas. No podía contárselo a Torj, no podía confesárselo—. No deberías haber…

—Vuestros problemas son vuestros, Hawthorne. —Torj negó con la cabeza—. A mí no me metáis.

—¿Ah, sí? —Wilder se crujió los nudillos, y el miedo que sentía por Thea se convirtió en algo mucho más violento.

—¿Buscas pelea? —lo retó Torj con los ojos azules brillantes—. Que yo recuerde, así es como antes te enfrentabas a las cosas.

—Puede.

—Pues no te cortes. Te haré papilla en la zona de entrenamiento, pero deja mis muebles tranquilos.

»—Tus muebles son una mierda.

—Ya lo sé. —Torj se rio por la nariz—. Pero me gustan tal como son.

Wilder respiró hondo e intentó controlar la rabia y el terror. El arrepentimiento le dejaba un regusto agrio en la lengua. Thea no estaba al corriente de los peligros que la perseguirían fuera de la fortaleza. Ni de lo que podría sucederle. Se había puesto en peligro sin saberlo, y era su culpa. Había estado demasiado ensimismado en todo lo demás…

—En lugar de usar los puños, podrías usar palabras para variar. —Torj lo vio ir de un lado para otro.

—Estás tú para hablar.

—A veces una conversación es la mejor opción.

—¿Cuándo deberían regresar? —Wilder apretó los dientes.

—Ya deberían haber regresado.

—¿Y no hay ni rastro de ellos? —A Wilder le dio un vuelco el estómago.

—Todavía no. Pero Kipp, el aspirante a aprendiz de Esyllt, es meticuloso. Le han pedido que volviera con información valiosa. Es probable que hayan acampado por ahí para comprobar la situación por la mañana.

—¿Y no van a hacer nada más que explorar y vigilar?

—Esas eran las órdenes.

Wilder resopló. Thea no era famosa por seguir las reglas. Le daba vueltas la cabeza con los peores escenarios posibles, cada uno

más espeluznante que el anterior. No era que no la considerase capaz. No era que no la hubiera preparado. Si le ocurría algo a Thea, sería culpa de él. Y era una culpa que ya había acarreado antes. Tal, Malik… No había podido salvarlos.

Wilder dejó de dar vueltas para hurgar entre las botellas del armarito de Torj en busca de provisiones de extracto de fuego.

—¿Y el alcohol?

—Lo estoy dejando —respondió Torj, impasible.

Wilder le dirigió una mirada pétrea y esperó.

Torj señaló la parte inferior del armario.

—Abajo a la izquierda. Si no lo escondo, Kipp tiende a servirse por su cuenta.

Wilder soltó una carcajada. No le sorprendía, ya que el muchacho había crecido en El Zorro Feliz. Al alcanzar la botella, sin embargo, vio un frasco de aspecto familiar y se detuvo. Con cuidado, lo cogió.

—¿Todavía lo tienes? —le preguntó observando el aguandal azul de Aveum. La mayoría de los espadachines usaban su frasco durante los primeros años de servicio.

—Hace tiempo alguien me dijo que no lo usara conmigo, que sería más poderoso si lo usaba con alguien que me importara, con alguien a quien quisiera. Creo que, si he sobrevivido hasta ahora, será mejor que me lo guarde para cuando necesite un milagro —contestó Torj—. Entiendo que tú has gastado el tuyo.

—Sí. —Era absurdo negarlo.

—¿Lo usaste con Malik en Islaton?

Rígido, Wilder negó con la cabeza; intentó no abandonarse al recuerdo sangriento de cuando un monstruo de oscuridad estampó a su hermano contra las piedras blancas. Ya lo perseguía bastantes veces en las pesadillas. Durante el día necesitaba la mente intacta.

—Cuando llegué junto a Malik, los guardianes habían usado el frasco de mi hermano con él. Y también alguno de los suyos —repuso—. A mí me impidieron darle el mío. El sanador dijo que ya estaba demasiado ido y que, si cuatro frascos no le habían salvado la mente, un, quinto no serviría de nada.

—Lo siento. —Torj puso una mueca y se metió las manos en los bolsillos al recostarse contra la pared—. No me puedo imaginar lo duro que debió de ser para ti.

—Es lo que hay. Con lo enorme que es, seguro que el bastardo habría necesitado cincuenta frascos.

—¿Cuándo usaste el tuyo, entonces? —La expresión de Torj se suavizó.

Wilder se tensó y dejó con cuidado el valioso frasco donde lo había encontrado.

—Hace tres semanas.

—¿Durante el ataque del segador? —El Asesino de Osos frunció el ceño—. No sabía que te había herido.

—A mí no.

—Entiendo. —Poco a poco, Torj puso cara de comprenderlo.

Wilder por fin encontró el extracto de fuego y bebió un buen trago del licor ardiente directamente de la botella.

—No hay nada que entender.

—Algún día de estos, Hawthorne… —empezó a decir Torj cruzando la habitación para avivar el fuego casi apagado de la chimenea.

—¿Algún día de estos qué?

—Pues que vas a tener que dejar de darte tantos aires, aceptar ayuda y todo eso.

—Que te jodan.

Wilder se dirigió hacia la puerta. Por todos los dioses, Torj Elderbrock era un buen espadachín, pero era aún un mejor hombre. Cómo lo odiaba.



Las afirmaciones de Torj no consiguieron aplacar los temores de Wilder, sobre todo al recorrer los pasillos de la fortaleza y recordar las tormentas que muy a menudo azotaban la costa del norte. Ese

debería haber sido su primer pensamiento. Estaba perdiendo la puta cabeza. Si la noche anterior se hubiera comportado como un ser humano decente, quizá Thea habría hablado con él antes de marcharse. O no se habría marchado. Una vez más, sin embargo, su incapacidad de controlarse había puesto en peligro a Thea.

Tras soltar una maldición entre dientes, salió a la fría noche.

Todavía había muchas cosas que no le había enseñado, que no le había mostrado; cosas que Thea debería saber no solo para sobrevivir, sino para salir victoriosa del Gran Rito. Wilder se dio cuenta de que en esos momentos no podía ayudar a Thea. Debía confiar en que su aprendiz sabía cuidar de sí misma. Pero lo que sí podía hacer cuando regresara era asegurarse de prepararla para las batallas que se avecinaban y de que tuviera todo lo que necesitaba.

De ahí que Wilder decidiese no regresar a la cabaña. Se encaminó hacia la biblioteca, donde sabía que encontraría a Audra.

Al dar con ella entre los libros, la guerrera reconvertida en bibliotecaria se quedó mirándolo con una ceja arqueada.

—Mucho has tardado —murmuró.

—Ya lo sé —contestó Wilder—. Tienes algo que necesito.

CAPÍTULO 13

THEA



A la mañana siguiente, el trayecto de regreso a la fortaleza fue horrible. La lluvia caía a cántaros, calando a Thea, a Cal y a Kipp a medida que avanzaban por el camino. Incluso Dax, que por lo general adoraba la lluvia, se les adelantó, ansioso por alcanzar el calor de la habitación de su amo. El rugido del viento también les impedía hablar, pero, de todas formas, ninguno de ellos estaba de humor para conversar.

A pesar de lo que habían hecho, a Thea las barcas llegadas a la costa thezmarrense y el barco desconocido anclado en medio del mar le dejaron un pozo de miedo en las tripas.

Vieron cómo dos tripulaciones intentaban subir a bordo de las barcas y que estas se hundían; a los hombres les costó regresar a nado hasta tierra. Kipp había contado dos y tres veces las fuerzas antes de marcharse, y al final Thea y Cal se lo llevaron a rastras insistiendo en que los enemigos no tardarían en enviar a una unidad

a investigar los alrededores. Además, la visibilidad se había vuelto tan escasa que de nada serviría que permanecieran en lo alto de la cresta.

Caía la tarde cuando se acercaron a la fortaleza. El sol estaba cubierto por unas nubes espesas y oscuras que volvían más siniestra la fría silueta de Thezmarr. Por fin vieron ante sí las murallas. No había nada que Thea deseara más que regresar ala cabaña de Hawthorne y sumergirse en la bañera profunda de su mentor.

Sin embargo, no iba a tener tanta suerte. Dax se alejó de ellos nada más alcanzar las puertas y Kipp les informó de que debían dirigirse directamente a la sala del consejo. Mandó a un escudero de ojos desorbitados para avisar a Esyllt, a Osiris y a los espadachines a fin de que todos estuvieran presentes.

Los tres dejaron a los caballos con un mozo del establo, y Thea maldijo por el camino que no tuvieran tiempo de secarse ni de cambiarse. Con pintas de una rata ahogada, se escurrió la capa en el patio tanto como le fue posible antes de seguir a sus compañeros hacia dentro.

La sala del consejo se le antojaba más pequeña, aunque estaba idéntica que en su última visita. Un puñado de antorchas flanqueaban las paredes e iluminaban la mesa de caoba del centro de la estancia, rodeada por seis sillas de respaldo alto. Las mismas cortinas tupidas de color carmesí cubrían la ventana, pero Thea dudaba de que descorrerlas fuera a marcar una diferencia con la tenue iluminación de la sala.

Miró hacia una de las sillas del extremo de la mesa y se visualizó ocupándola a merced de los espadachines y del maestro del gremio. Cuánto miedo había experimentado por aquel entonces… Estuvo a punto de ser expulsada para siempre de Thezmarr; Hawthorne la había arrastrado hasta allí desde el bosque Sangriento como castigo por haber violado las leyes.

Thea se quedó en pie junto a Cal y a Kipp mientras esperaban la llegada de sus superiores. Esyllt fue el primero en aparecer en la sala, más apresurado que de costumbre. Thea esperaba que el

maestro comenzase a vociferar órdenes o a plantear exigencias, pero el hombre se limitó a dirigir un breve asentimiento de cabeza hacia Kipp y a sentarse en la cabecera de la mesa.

Vernich entró detrás de él seguido por Seb, con el rostro contraído en una expresión agria.

Thea sintió cómo sus amigos se tensaban a su lado. Ellos tenían más motivos que nadie para odiar al aprendiz del Carnicero. Le subió la bilis por la garganta al recordar cuando los vio colgando inconscientes y medio ahogados en las montañas; el propio Seb, junto a sus secuaces, los había llevado hasta allí por celos y resentimiento.

—Deberías haberme dejado que lo matase —masculló Cal.

Kipp emitió un gruñido para mostrarse de acuerdo.

Al parecer, Seb presintió la hostilidad y se quedó junto a la puerta, fulminando a Thea con la mirada, mientras Vernich se sentaba al lado del maestro armero.

Torj y Osiris entraron sumidos en una conversación. Los dos vestían armadura, y el Asesino de Osos portaba su famoso martillo de guerra. El espadachín era más alto que el maestro del gremio, con rasgos más duros, el azul de los ojos más intenso y el pelo rubio recogido en un moño en la coronilla.

Pero Thea desplazó la atención en cuanto Hawthorne entró en último lugar y abrió la puerta con tanta fuerza que se la estampó a Seb en la cara.

El aprendiz soltó un grito de dolor y se apretó la nariz.

—No te había visto —dijo Hawthorne con voz ronca mientras retiraba una silla y ocupaba su lugar. Sus ojos plateados no mostraban nada, pero el gesto tenso con el que apretaba la mandíbula sugería la rabia que se acumulaba bajo la superficie.

Thea puso una mueca para sus adentros y se movió nerviosa sobre sus pies, consciente de que debería pagar un precio por sus acciones.

Nadie, ni siquiera Vernich, prestó atención a Seb, que seguía ante la puerta, maldiciendo entre dientes y sujetándose la nariz

ensangrentada. Todos los ojos estaban clavados en ellos tres y, más concretamente, en Kipp.

—¿Y bien? —comenzó Esyllt, cruzándose de brazos, expectante.

Kipp apenas cogió aire antes de lanzarse a revelar la información.

—Una unidad desconocida de hombres, de por lo menos doscientos hombres fuertes, quizá más. Hay seis barcas en nuestra costa, con un barco más grande anclado hacia el Velo.

—¿Armados? —le preguntó Esyllt.

—No contaban con caballería, pero está claro que sí tenían una unidad de arqueros, y todos los hombres llevaban por lo menos un sable.

—¿No habéis visto ninguna insignia que los identificara, ningún estandarte? —terció Osiris.

Kipp asintió hacia Thea, y ella se sacó del bolsillo el trozo de tela arrancado. Seguía empapado de sangre, con puntos rojizos que salpicaban la superficie de madera; lo dejó sobre la mesa para que todos lo vieran.

Y no le pasó por alto que sus superiores cogieron aire al unísono. El par de alas de espectro bordado en la tela era inconfundible.

—Joder… —masculló Torj observando la mesa.

Nadie se interesó por la sangre.

«La Hija de la Oscuridad se ha alzado». Thea no había querido creerlo, no se había permitido considerar esa posibilidad, hasta ese preciso instante.

Sintió escalofríos. Notaba los ojos de Hawthorne clavados en ella y la furia que irradiaba su mentor. Se había ido con sus amigos sin decirle nada para fastidiarle, pero lamentaba no haberle dejado una nota y temía la confrontación con él.

Por lo visto, nadie se percató. Todos seguían mirando a Kipp.

—¿No habéis visto ningún indicio del lugar del que proceden? —insistió Esyllt.

—Ninguno, señor. Cuando hemos llegado, ya llevaban tiempo ahí. Aunque lo cerca que estaban del Velo era preocupante.

—¿Crees que lo han atravesado?

Kipp vaciló.

—Si tuviera que hacer una suposición…

—Hazla.

—Entonces, sí, diría que han atravesado el Velo. Hemos enviado a vigías y exploradores por toda la costa norte y sur de Thezmarr, señor. Si procedieran de algún lugar de los mediorreinos, los habríamos visto venir.

—¿Y habéis obedecido las órdenes de permanecer escondidos? —preguntó Esyllt.

—Estrictamente hablando…, sí, señor. Nadie nos ha visto.

—¿Y no estrictamente hablando? —insistió el maestro armero con los ojos entornados.

—Hemos saboteado todas las barcas. —Kipp cuadró los hombros —. Dos se han hundido ante nuestros ojos; el resto están varadas en la orilla, totalmente inservibles. También hemos conseguido destruir sus provisiones. No podrán llegar al barco, que está anclado cerca del Velo, y tampoco les quedan raciones…

—Es decir, que habéis desobedecido órdenes directas, ¿no?

Thea sintió pánico al ver a Kipp tragar saliva, sorprendido. Su amigo bajó la cabeza, avergonzado.

—Sí, señor.

Thea tuvo que meterse las manos en los bolsillos para no retorcérselas, pero Esyllt parecía incapaz de apartar la vista de Kipp, con un extraño brillo en los ojos.

—Un trabajo excelente —afirmó.

—¿Cómo dice? —Kipp parpadeó.

—¿Algo más de lo que debáis informar? —le preguntó el maestro armero ignorando el asombro del joven estratega.

—Sugiero que mandéis una unidad para que se encargue de ellos, señor —se arriesgó a proponer Kipp, que obviamente todavía no se había recuperado del todo.

—Estoy de acuerdo. —Esyllt asintió y se giró hacia Osiris—. Ya sabes lo que significa…

—La caza ha comenzado. —Un músculo le temblaba al maestro

del gremio en la mandíbula—. La Hija de la Oscuridad viene hacia aquí —anunció sin rodeos—. Se avecina una guerra.

Un escalofrío le bajó a Thea por la columna. Hacía tiempo que lo sabían: los días cada vez más oscuros, los monstruos que surgían del Velo, los ataques de segadores y espectros… Pero, al mismo tiempo, esa palabra contenía un peso diferente, y era imposible negar las consecuencias que tendría.

«Guerra».

La guerra se acercaba a los mediorreinos.

El silencio que se instaló en la sala del consejo era ensordecedor.

Osiris se puso en pie de nuevo, se aclaró la garganta y se dirigió a los espadachines.

—Ya sabéis qué hacer. Debéis informar a los comandantes de la situación. Poneos en contacto con vuestras fuentes, a ver si averiguáis si han aparecido más fuerzas en alguno de los reinos. Mandad cuervos a Harenth, Tver y Aveum, y también a nuestros guardianes apostados en cualquier punto de los mediorreinos. Aseguraos de que saben que no solo nos enfrentamos a monstruos, sino también a hombres. Y que son más de los que anticipábamos. —Miró con asco el retazo de tela de la mesa—. Llevan su insignia. Deben ser destruidos cueste lo que cueste.

Se oyeron unos cuantos murmullos de asentimiento. Antes de que Thea se diera cuenta, todo el mundo se había marchado.

Hawthorne permaneció en la estancia. Tenía en la cara un gesto frío.

Cal y Kipp le lanzaron sendas miradas de lástima por encima del hombro antes de seguir a sus mentores y cerrar la puerta tras de sí.

—Te has marchado —dijo Hawthorne con voz grave.

—Había trabajo que hacer. —Thea irguió la barbilla.

—Te has puesto en peligro.

—Era inevitable, espadachín.

—¿De quién es la sangre de la insignia? —le preguntó con cierta aspereza. La tonalidad carmesí seguía manchando la mesa.

—Mía no.

Por lo visto, libraba una guerra consigo mismo para decidir qué batalla quería iniciar a continuación.

Thea aguardó.

—¿Le ocurre algo a tu magia? —le preguntó Hawthorne.

—No.

—En ese caso, ¿por qué siento una tormenta viniendo de ti?

—Pues será porque nos ha llovido a mares en el trayecto devuelta. —Thea se señaló la ropa calada.

—Ya sabes a qué me refiero. —El guerrero apretó los dientes—. ¿Ha ocurrido algo?

La visión de Anya se encendió en la mente de Thea, pero no contestó.

—Al no dominarla, te estás poniendo en posición vulnerable —la avisó Hawthorne.

—Soy la mejor luchadora de toda la unidad —le soltó.

—Aun así, no deberías haberte marchado.

—No debería haber hecho muchas cosas —le contestó.

El espadachín que estaba delante de ella se encogió al oírla.

Thea exhaló un suspiro y se apartó el pelo mojado de la cara.

—¿Qué te parece si nos peleamos por otra cosa?

—Ah, seguro que tenemos dónde escoger —repuso Hawthorne con frialdad, recuperando su cara de enfado—. Pero quiero enseñarte una cosa.

—Creía que tenías que mandar cuervos.

—Por todos los dioses, ¿por qué no haces lo que te pido una sola vez? —Toda la rabia había desaparecido de su expresión, y la esperaba junto a la puerta.

Incapaz de controlar la curiosidad que sentía, Thea lo miró a los ojos y asintió con la cabeza.

Hawthorne la condujo por varios pasillos hasta llegar a una salita de la misma planta. Por el aspecto que tenía, debía de ser una especie de almacén.

—¿Qué hacemos…?

Thea se interrumpió y se quedó mirando la estancia.

En uno de los rincones, expuesta sobre un maniquí, había una armadura.

Era de cuero negro. Y lucía la silueta de una mujer, con busto y todo.

Thea suspiró y dio un paso adelante sin dejar de contemplar los retazos de cuero hervido que parecían demasiado perfectos para ser ciertos. La camisola se ajustaba al cuerpo y estaba ligeramente estampada con adornos. La parte superior estaba cubierta de planchas metálicas, mientras que la inferior estaba formada por grebas y pantalones.

—¿Es para mí? —se atrevió a preguntar en apenas un susurro.

—Es para ti —contestó Hawthorne desde detrás de ella—. La semana que viene tomarán las medidas a todos los nuevos guardianes, pero el herrero actual no forja armaduras para mujeres, así que hemos tenido que improvisar.

Thea no podía quitarle los ojos de encima. Era una auténtica obra de arte.

—¿Has pedido que la hicieran para mí?

—Que la alteraran —la corrigió Hawthorne con tono áspero—. He pedido que la alteraran para ti. Audra sabe dónde se escondieron algunas armaduras de mujeres antes de que cambiaran las leyes… Le he sugerido que había llegado el momento de que recuperásemos algunas. —Se aclaró la garganta—. Sé perfectamente lo que es llevar una armadura que no encaja bien… —Distraído, se llevó una mano al hombro que Thea sabía que le molestaba—. Se me ha ocurrido que, si la arreglábamos, tendrías una cosa menos de la que quejarte —añadió como si tal cosa.

—¿Cómo has sabido mi talla? —Thea al fin se giró hacia él.

—Estoy algo familiarizado con tu cuerpo, Thea… —repuso con voz ronca.

Ruborizada, enseguida se vio desnuda en la butaca de la cabaña, con las manos del guerrero por su cuerpo, así como los labios y la lengua…

Hawthorne se aclaró la garganta de nuevo.

—Tenía una idea aproximada, pero le he pedido a Farissa que le cogiera las medidas a tu hermana. Tenéis una talla parecida.

Thea se tragó el nudo que se le había formado en la garganta y volvió a observar la armadura.

—¿Puedo…? —Le trajo sin cuidado si sonaba ridícula o si su entusiasmo parecía pueril.

—Pruébatela —murmuró Hawthorne—. Me iré…

—No te vayas —se apresuró a exclamar Thea, y se puso nuevamente roja al mirarlo a los ojos—. No sé…, no sé cómo ponérmela.

Hawthorne se quedó unos instantes paralizado antes de que un poco de color le tiñera las mejillas y se irguió.

—De acuerdo.

Thea ignoró las mariposas que le aleteaban en el estómago y levantó las mangas empapadas.

—¿Cómo…?

Vaciló un segundo antes de ponerse en acción.

—Déjate puesta la ropa interior. Quítate los pantalones.

Thea se mordió el labio, pero obedeció. Se descalzó y se bajó la tela calada por las piernas.

—Toma. —Hawthorne le dio las prendas y esquivó sus ojos, como si unas horas antes no hubiera enterrado la cara entre sus piernas. Recordarlo hizo que Thea sonriera.

Como tenía la piel mojada, le costó ponerse los nuevos pantalones, y enseguida comenzó a sudar por el esfuerzo.

—¿Ya estás? —le preguntó Hawthorne, que estaba girado hacia la pared.

—Dame un minuto.

Le dio la impresión de que soltó una risilla.

Finalmente, consiguió ponerse los pantalones de cuero.

—Ya está. ¿Y ahora?

Hawthorne dio media vuelta y se quedó observando sus piernas durante unos instantes.

—Las grebas —replicó mientras se las tendía sin más—. Te

protegerán las pantorrillas. Hay dos hebillas en la parte de atrás.

Thea se colocó las prendas de cuero sobre las pantorrillas y se inclinó para llegar a los gemelos.

—Déjame a mí —le dijo Hawthorne al tiempo que clavaba una rodilla en el suelo.

Al verlo en esa postura, el deseo embargó a Thea. La última vez que se había arrodillado delante de ella…

Pero el espadachín le levantó la pierna, se situó el pie de ella en la rodilla y cogió las hebillas para atárselas.

—No me apetece pasarme la noche entera aquí, aprendiz.

Con dedos diestros, las abrochó y luego le puso de nuevo el pie en el suelo antes de encargarse de la segunda greba. Thea pensó que debía decir algo, pero se le agolpaban las palabras en la punta de la lengua y lo único que hizo fue mirar al guerrero, que tenía el ceño fruncido al terminar de asegurar la última hebilla y dejarle el pie con cuidado en el suelo.

Se quedó sin aliento cuando Hawthorne se levantó y se cernió sobre ella, como de costumbre, antes de girarse hacia el maniquí y retirar la camisola.

—Levanta los brazos —le indicó.

Thea alzó las manos, y él le pasó la prenda de cuero por encima de la cabeza hasta bajársela por el torso. Era negra, adornada con tachones y relieve por encima del pecho, y mucho más ligera de lo que ella había pensado al verla.

Se revolvió para mirar a Hawthorne, pero la inmovilizó.

—Estate quieta —la regañó con un deje de carcajada en el tono —. Se ata por el lado, aquí. —Tiró de un cordón para enseñárselo.

—Como si fuera un corsé —balbució.

—Los corsés se abrochan en la espalda, princesa —murmuró él.

Durante un breve segundo, Thea se preguntó cuántos corsés habrían desabrochado sus hábiles dedos, y el zafiro de la cabaña enseguida le inundó la mente. Se tragó los ridículos celos que sentía.

A medida que Hawthorne fue atando los lazos, Thea sintió cómo la camisola se le ceñía al cuerpo, de forma firme pero no restrictiva.

Pasó las manos por la parte delantera y se deleitó con el diseño elegante y práctico.

—Cuando la hayas llevado unas cuantas semanas, será como una segunda piel —le aseguró Hawthorne mientras terminaba de atar los cordones y pasaba a las hebillas de los hombros, por encima de su pecho. Con el ceño fruncido de nuevo, las abrochó una a una rozándola con los nudillos por encima de la fina tela de la camisa.

Thea intentó acordarse de respirar. Lo tenía muy pero que muy cerca, y el aroma embriagador que desprendía le provocó ganas de inclinarse hacia delante y arrimar el cuerpo al suyo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él.

Thea parpadeó.

Hawthorne le dio un tirón a uno de los cordeles.

—Con la camisa, digo.

—Bien —se apresuró a contestar—. Me siento bien.

Hawthorne asintió para sí y le tendió las hombreras.

—Hay que pasar los brazos por dentro y ponerlas en los hombros.

Thea se quitó el tótem de guardiana del brazo y se armó de valor. Los dedos del guerrero le acariciaron la piel al ayudarla a colocarse las hombreras. ¿La estaba torturando a propósito?

—Voy a tener que enseñarte a engrasar la armadura correctamente. Si quieres que te dure, debes cuidarla —le dijo.

Cuando terminó con las hombreras y le puso las protecciones en los antebrazos, se apartó con una expresión indescifrable en el rostro.

—¿Y bien? —exclamó ella, un tanto cohibida ante la intensidad de su mirada.

—Dímelo tú —repuso Hawthorne encogiéndose de hombros sin más—. Es tu armadura.

Thea se mordió el labio inferior y luego se movió. Aunque el espacio era limitado, se dispuso a hacer un juego de pies básico para poner a prueba su agilidad.

—¿Y bien? —repitió Hawthorne.

—Me siento… increíble. —Levantó la vista, totalmente anonadada —. Fuerte.

Hawthorne esbozó una sonrisa afable y sincera.

—Es lo que ocurre con las armaduras decentes.

A Thea le entraron ganas de extender los brazos y tocarlo, de rodearlo con los brazos para expresar el calor que le nacía en el pecho y el agradecimiento que sentía por lo que había hecho el espadachín. Sin embargo, se contuvo.

—Gracias —dijo poniendo espacio entre ambos—. Gracias por la armadura.

—Todos los guardianes reciben una. —Hawthorne se encogió de hombros.

—Pero tú… Me la has conseguido tú.

El guerrero dudó durante una fracción de segundo antes de encaminarse hacia la puerta.

—No puedo permitir que vayas en busca de peligros sin armadura, princesa.

CAPÍTULO 14

WILDER



Desde lo alto de los acantilados escarpados que se alzaban ante el fin del mundo, con las montañas negras cerniéndose por encima, Wilder contempló lo que su aprendiz y él habían descubierto.

Esa misma mañana se había despertado con un mal presentimiento. Por la noche había ocurrido un cambio imperceptible en el aire, y a lo largo de los últimos días, en la fortaleza, había oído media docena de quejas sobre el olor nauseabundo que procedía de las rocas en la frontera del territorio. Esa información bastó para que Wilder fuese a investigar, habida cuenta del estado en el que se encontraban los mediorreinos. No había tardado demasiado en convencer a Thea para que lo acompañara.

Bajo los primeros rayos de sol de la mañana, vieron un montón de enredaderas nudosas que habían brotado alrededor de la roca. El tallo tenía el color de las algas oscuras, y las plantas parecían emerger de la mismísima ladera del acantilado. Un hedor pútrido a descomposición llenaba el ambiente.

—¿Qué es eso? —murmuró Thea, situada a su lado.

—Una enredadera plaga —respondió Wilder mientras

inspeccionaba la masa de hebras verdes que se retorcían. Por todos los dioses, habían capturado algo…

—¿Es un monstruo?

—Sí. —Wilder asintió—. Me han informado de que en Naarva apareció uno. Sabía que era cuestión de tiempo que alguno encontrase la forma de llegar hasta aquí. Mientras tú estabas con Audra, oí a algunos guardias quejándose del olor que provenía de aquí…

—Es asqueroso.

—La peste es lo de menos. —Wilder recorrió la zona alrededor de la planta, sin atreverse a tocarla, pero intentando comprender qué había convertido exactamente en su víctima—. Por lo que me han contado las alquimistas, empiezan siendo poco más que una semilla que atraviesa un desgarro del Velo… A partir de ahí, buscan un huésped y se alimentan de él hasta hacerse lo bastante fuertes. Luego crecen por su propia cuenta y devoran todo lo que encuentran en su camino.

—Pero esta de aquí sale del acantilado… —Thea frunció el ceño.

—¿Seguro? —le preguntó Wilder sin apartar la vista de aquella monstruosidad. Se le heló la sangre al caer en la cuenta de qué había atrapado en su trampa.

Thea ahogó un grito a su lado al verlo también.

El agarre mortal de las enredaderas estrujaba unas alas membranosas rojinegras. Entre los matojos trepadores se veía lo que parecían retazos de piel humana surcada de venas negras.

—¿Esa criatura está viva? —murmuró Thea.

Wilder se obligó a tragarse la bilis que le había subido por la garganta. Conocía bien aquella especie, mucho mejor de lo que quería admitir delante de su aprendiz. No pudo evitar corregirla:

—Está vivo. Es un hombre.

—¿Cómo? Si tiene alas. La… planta… se está zampando a otro monstruo —repuso Thea.

Como si hubiera advertido su presencia, la enredadera constriñó más a su presa, y la criatura a la que ahogaba emitió un gemido de

dolor.

—¿Crees que forma parte de su bando? —preguntó Thea—. ¿Crees que la Hija de la Oscuridad la ha enviado hasta aquí?

—Puede… —comentó Wilder.

Thea dio un paso adelante, pero Wilder alargó un brazo para detenerla.

—Esas plantas son venenosas. Un simple roce sobre tu piel te provocará un dolor enorme. Y también puede afectarte al cerebro; si consigue penetrarlo, es capaz de convertirte en un mero cascarón.

—¿Cómo la matamos? —Su aprendiz se estremeció.

—Primero hay que liberar de la agonía a la criatura a la que ha atrapado. —Wilder se armó de valor.

—¿Al otro monstruo? ¿Qué es?

—Algo que es mitad espectro sombrío. —Sabía que sus palabras la sorprenderían, teniendo en cuenta todo lo que habían visto juntos.

Como esperaba, Thea abrió muchísimo los ojos.

—En ese caso, ¿no deberíamos dejar que la enredadera se lo cargue?

—No.

—No sabía que un monstruo podía ser mitad humano… —murmuró Thea arrugando la nariz.

—Ahora ya lo sabes. ¿Conoces las diferencias entre los espectros y los segadores?

—Los segadores son los señores de los espectros, los líderes de su especie, más o menos —recitó Thea—. Son más grandes. Tienen cuernos y más poder.

Wilder asintió y reprimió un escalofrío.

—Los segadores no solo son los señores de los espectros completos, sino también de estas criaturas híbridas. En el bosque Sangriento, cuando el segador se acercó a tu pecho… intentaba convertirte en algo parecido o peor que esto. —Asintió hacia la pobre criatura atrapada en las garras de la planta.

—Por todos los dioses… —murmuró Thea, horrorizada.

Wilder puso fin a su explicación. No estaba dispuesto a contarle todas sus experiencias con los semiespectros o, como algunos preferían llamarlos, los tocados por las sombras.

Thea titubeó.

—Si es mitad espectro, ¿eso significa que tengo que arrancarle el corazón? Me parece que no puedo llegar…

—No. —Wilder negó con la cabeza—. Una puñalada en el corazón debería bastar. No es un espectro completo. —Asintió hacia la daga de acero naarviano que llevaba ella en el cinturón. No quería que lo hiciera ella, no quería que se arriesgase a rozar la enredadera, pero, si iba a ser espadachina, debía aprender.

Con semblante pálido, Thea desenfundó la daga.

Wilder se mordió la lengua para no advertirla y se obligó a contener el instinto que le pedía que le arrebatase el arma y se encargara él mismo.

Thea examinó las hebras de la planta.

—Creo que no voy a poder acceder bien al corazón —musitó.

Wilder odió las palabras que tenía que contestarle.

—Pues mutila a la criatura para arrancarla de las garras de la enredadera.

—¿La mutilo y luego la mato? —le preguntó enarcando una ceja.

—Sí.

Con el ceño fruncido, Thea se puso a ello cortando los tallos que rodeaban al semiespectro. La enredadera profirió agudos gimoteos en el proceso.

Wilder se encogió al oír el ruido y observó cómo su aprendiz seguía mutilando al primer monstruo para acceder al segundo, con cuidado para no tocar la planta y usando las espadas para arrancársela de encima al semiespectro.

De repente, advirtieron movimiento alrededor. Thea soltó un grito de sorpresa cuando un latigazo de sombras brotó de la roca y el espectro se liberó del agarre de la planta monstruosa.

Con el corazón desbocado, Wilder se abalanzó sobre ella, pues el hilo de sombras le estaba rodeando el cuello.

Las espadas de Thea cayeron al suelo y se llevó las manos al lugar donde el poder de obsidiana amenazaba con destrozarle la tráquea.

Wilder se situó a su lado en un santiamén, pero más espirales de oscuridad salieron despedidas del semiespectro, que gimoteaba en el suelo sonando más humano que monstruo.

Thea jadeó al verse elevada por los aires ante él.

Wilder chilló.

Había visto cómo le había sucedido lo mismo a Malik. Casi había visto cómo le había sucedido lo mismo a Talemir. Y tan solo habían transcurrido tres semanas desde que otra criatura de la oscuridad había amenazado con arrebatarle a Thea.

Enfurecido, cortó los hilos de magia sombría, amputándolos como si fueran miembros de un cuerpo. Las hebras oscuras surgían del monstruo al que Thea había liberado como si no conocieran señor alguno, como si buscaran infligir el mayor dolor y caos posible en los reinos antes de abandonarlos.

Wilder cercenó y cortó, mientras de reojo veía a Thea pateando en el aire.

No… No iba a permitir que otra persona a la que quería terminase herida delante de él. No estaba dispuesto a permitirlo. Porque de lo contrario no sobreviviría.

Tras zafarse de los latigazos de poder, Wilder se tambaleó hacia el semiespectro y hundió la espada en aquel pecho parecido al de un ser humano.

Con todas sus fuerzas.

Thea se desplomó en el suelo al instante, con los ojos anegados en lágrimas y una marca rojiza alrededor del cuello. Se puso a cuatro patas y, con arcadas, comenzó a toser y a escupir.

Wilder se arrodilló a su lado y le puso una mano en la espalda.

—¿Estás bien? Por los dioses, Thea, dime algo.

El corazón iba a salírsele del pecho. Pasaron por delante de él todos los momentos en los que había perdido aquella misma batalla, le cerraron el corazón en un puño despiadado. Demasiada gente

había acabado herida a su lado. Si Thea estaba…

Sin embargo, su aprendiz se sentó en el suelo al fin, se secó la boca con el dorso de la mano y parpadeó para contener más lágrimas.

—Estoy bien —resolló—. Estoy bien. —Parecía que intentara convencerse a sí misma.

Wilder estuvo a punto de desmayarse por el alivio. Le costó contenerse para no abrazarla y estrecharla contra sí. Si lo hacía, no la soltaría jamás.

La sangre manaba del cadáver del semiespectro y se derramaba sobre el acantilado, formando riachuelos entre las botas de ambos.

Thea se levantó y observó con curiosidad y con el ceño fruncido la sangre que caía de la espada de Wilder.

—¿Cómo es que no es negra?

Por todos los dioses, Wilder iba a tener que informar a Dratos. La presa de la enredadera había sido uno de los suyos, sin duda. Pero había sido imposible salvar al semiespectro. Estaba demasiado afectado, con la mente ya infectada.

—¿Hawthorne? —insistió.

A él se le formó un nudo en el estómago al oír su apellido. Había echado de menos las pocas ocasiones en las que ella había murmurado su nombre y lo había pronunciado con una sonrisa…

—Ahora no. —Wilder negó con la cabeza. No estaba preparado para explorar los matices de los espectros y de los tocados por las sombras, y no sabía si Thea estaba preparada para enterarse. Tan solo habían pasado unas cuantas semanas desde que se enfrentó al segador, desde que aquel poder oscuro estuvo a punto de tocarle el corazón—. ¿Seguro que estás bien? —le preguntó intentando apartar toda emoción de su voz.

Thea asintió, aunque la marca que le rodeaba el cuello estaba al rojo vivo. Recuperó la daga del suelo y se la enfundó en la cintura.

—Todavía nos tenemos que encargar de la enredadera. —Wilder cuadró los hombros.

—¿Le prendemos fuego?

—No. —Negó con la cabeza—. Sería una forma de ayudarla a propagarse. Su polen sería arrastrado sin problemas con las cenizas y encontraría nuevos huéspedes por ahí.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos?

—Con un relámpago.

—No puedes hablar en serio. —Thea lo miraba boquiabierta.

Wilder se cruzó de brazos, le clavó la fría mirada y se encogió de hombros…

—Audra dice que deberías probarlo, que necesitas una válvula de escape. Aquí la tienes. Haz todo lo que puedas.

—No es tan fácil.

—¿No? Con el segador te las arreglaste bastante bien. —No añadió que en los últimos minutos Thea no había invocado su magia para defenderse.

—Eso fue diferente.

La enredadera se retorció y un nuevo tallo avanzó hacia la sangre reciente del suelo.

—¿Por qué?

—Porque… —Thea esquivó sus ojos y apretó las manos.

—¿Porque qué? —insistió él—. ¿Por qué fue diferente?

—Porque estabas en peligro. Porque yo… —Las palabras brotaron muy deprisa y flotaron entre ambos. Por cómo se estaba sonrojando Thea, era una verdad que no quería admitir.

Wilder hizo lo correcto y fingió que no la había oído.

—¿Y después de eso, en el acantilado?

—No lo sé —dijo—. No sé cómo funciona. Es evidente.

—Tú inténtalo.

—¿Y si te lanzo a ti un relámpago por error?

—Pensaba que esa posibilidad te parecería interesante.

—Y cada minuto que pasa me atrae más —masculló Thea.

Cada parte de Wilder ansiaba estrecharla, asegurarle que era capaz de dominar su magia, que era ella quien controlaba y blandía las tormentas. Pero ese no era el papel que había aceptado. No, él había aceptado el papel de mentor y maestro, de profesor duro.

—No tengo todo el día —le dijo con aspereza.

Thea le lanzó una mirada colérica, y Wilder procuró no encogerse al ver la tormenta que se gestaba en sus ojos. Con la mandíbula apretada, su aprendiz le dio la espalda y echó la cabeza atrás para contemplar el cielo.

Con el cuerpo en tensión, Wilder no se atrevió a hablar ni a moverse al ver que Thea flexionaba los dedos a ambos lados y respiraba hondo.

Esperó presenciar el estallido de un trueno y la aparición de un rayo en sus manos.

Pero no ocurrió nada.

Esperó unos instantes más.

—¡Joder! —Thea dio media vuelta—. No puedo.

—Dudo que una pataleta vaya a ayudarte.

—Que te jodan —le soltó.

Wilder arqueó una ceja cada vez más enfadado.

—Los aprendices no les hablan así a sus maestros.

—Yo no tengo ningún maestro.

—Y tanto que sí —afirmó alzando la voz—. Y bien que te aseguraste de conseguirlo.

—Eres mi mentor.

Wilder olió la tormenta que se avecinaba, olió el olor intenso a tierra que se mezclaba con la brisa marina salada y que se llevaba el hedor de la enredadera.

—Es una diferencia insignificante.

Thea entrecerró los ojos antes de bajar la vista hasta las manos, sorprendida.

Y vio que unas cuantas chispas habían comenzado a manar en la punta de sus dedos.

—Inténtalo otra vez —le ordenó Wilder en voz baja.

Su aprendiz echó atrás los hombros y cogió aire, con las manos tensas al volver a levantar la cara hacia el cielo.

Audra le había pedido a Wilder que le explicase el proceso, que le dijera que respirara y se concentrara, que se abandonara al revuelo

interior. Pero él supo en ese preciso instante que una nueva palabra suya llevaría a Thea más allá de la destrucción y que solo serviría para que se apartase de su poder cuando más lo necesitaba. Por eso se quedó callado.

Y no ocurrió nada.

—Joder —masculló Thea al poco mientras se volvía hacia él con un brillo acusador en los ojos—. Seguro que hay otra manera de matar a esta cosa. No he visto a ningún supuesto portador de tormentas asesinando a monstruos por los mediorreinos.

Wilder se sacó un frasco del bolsillo, le quitó el tapón con los dientes y vertió varias gotas del líquido sobre la enredadera.

—Cortesía de nuestras amigas alquimistas.

Al contacto con la planta, empezó a emanar vapor, y el monstruo se encogió mientras profería un silbido inquietante. Un ligero olor a quemado se adueñó del aire. Wilder no apartó la vista hasta que toda la planta se transformó en piedra y en una mutilada adición a la ladera del acantilado.

Sintió la mirada incrédula de Thea taladrándolo.

—¿Hay algún problema, princesa?

—¿Por qué no lo has usado desde un principio? —Lo fulminó con los ojos, aferrando la empuñadura de la daga con los nudillos blancos.

—¿Crees que puedes conmigo? —le preguntó como si tal cosa.

Thea respiró hondo observándolo, con la mandíbula apretada.

—Hoy no… —murmuró—, pero algún día sí.

—Si lo intentaras, morirías.

El pecho de ella subió y bajó, y la piedra del destino con él.

—No, no moriría.

Wilder redujo de golpe la distancia que los separaba y la desarmó quitándole la daga del cinturón. Acto seguido, dio vueltas al arma de su hermano con gesto amenazador.

—El modo en el que has vivido hasta ahora no basta —le soltó con frialdad—. No puedes ser una necia irresponsable porque creas que no vas a morir. Hay destinos peores que la muerte. Y un

espadachín puede y debe enfrentarse a todos ellos. Tu imprudencia es un lastre, y no estoy dispuesto a entrenar a alguien que se precipita al peligro sin miramientos. Es una pérdida de tiempo.

Thea abrió y cerró la boca. A pesar de las duras palabras que le había dirigido, Wilder se inclinó hacia delante, desesperado por recorrer la curva de esos labios con la lengua, deseoso de respirar el aroma embriagador de ella. Pero no se permitió inmutarse.

—¿Ha quedado claro?

Al parecer, su aprendiz se debatía consigo misma, y él juró haber sentido que irradiaba un destello de magia de tormenta de nuevo.

—Te he preguntado si ha quedado claro.

Thea por fin lo miró a los ojos.

—Transparente.

Dicho lo cual, le agarró de la camisa y estampó la boca de Wilder contra la suya.

CAPITULO 15

THEA



Cuando Wilder Hawthorne le devolvió el beso con brutal fervor, a Thea le fallaron las rodillas. Abrió la boca y sus lenguas se rozaron, lo que hizo que le diera un vuelco el estómago de la emoción. A esas alturas, era bien consciente de lo que esa lengua era capaz de hacer entre sus piernas, y casi se derritió al recordarlo.

Thea lo besó casi delirando por lo mucho que lo necesitaba. Emitió un débil gritito. El viento los golpeaba en lo alto del acantilado.

—Sabía que serías mi perdición —murmuró Wilder sobre sus labios con voz teñida de deseo al envolverla con sus poderosos brazos.

Thea le tiró del dobladillo de la camisa hasta sacársela de los pantalones, desesperada por sentir el calor de su piel bajo las manos. Cuando le recorrió con los dedos los surcos del abdomen, el espadachín profundizó el beso con un gemido y se le arrimó más

aún.

Thea se deleitó al experimentar cómo respondía el cuerpo del guerrero al suyo. Notaba la erección que se le clavaba y que tensaba la tela de los pantalones. Pasó la mano por el duro bulto y la sensación le provocó un escalofrío de placer que le llegó hasta lo más hondo de su ser.

—Quiero que entres dentro de mí —dijo con voz ronca.

Wilder la besó hambriento y le mordió el labio inferior, sin aliento.

—Sí —musitó—, pero aquí no.

Thea soltó un grito de frustración y se frotó contra sus pantalones.

—El sitio me da igual.

Wilder le sujetó las muñecas y la miró fijamente mientras le dedicaba su sonrisa oscura y deliciosa.

—A mí no. —Dicho esto, se puso en marcha y tiró de ella para que lo siguiera.

La condujo por un estrecho y sinuoso camino en dirección a la entrada de una cueva. Una vez allí, se le acercó de nuevo, se recostó sobre su espalda y le giró la cabeza para apoderarse de su boca, calentándola con besos largos y lujuriosos a la vez que le desabrochaba los botones de la camisa.

La prenda se abrió sobre su vientre; ella le pasó los brazos alrededor del cuello y él tiró de la cinta que le ceñía el torso. El aire frío de la cueva le acarició la piel desnuda, los pechos ansiaban el contacto, las caricias. Cuando Wilder le puso una mano en cada uno, se le endurecieron los pezones, y Thea separó las piernas de forma involuntaria.

Hawthorne le pellizcó los pezones y ella se arqueó hacia atrás, apoyando el culo sobre la erección dura como una roca. Wilder jugueteó con ella, aunque la mantuvo ahí, sin dejar de acariciarle los pechos, apretándolos desde detrás.

—Dioses… —murmuró sobre su cuello mientras la besaba y descendía con los dedos hacia la cintura de sus pantalones antes de bajárselos.

Un deseo abrasador inundó a Thea, que se apartó de su polla y bajó los brazos para poder quitarle los pantalones. Necesitaba sentirlo, necesitaba…

Por lo visto, Wilder le leyó la mente. Al cabo de unos segundos, sus pantalones habían desaparecido y su torso desnudo y ardiente se apretaba contra ella. La presión del deseo del espadachín le desbocó el corazón y la volvió sumamente consciente del ansia que palpitaba entre sus muslos.

Sin dejar de estar detrás de ella, le echó la cabeza hacia atrás y le puso con suavidad una mano en el cuello, teniendo cuidado con las marcas rojizas que los azotes del espectro le habían dejado sobre la piel. Se adueñó de su boca con otro beso brutal.

—Separa las piernas, princesa.

Thea odió el calor que se le acumuló al oír el apodo y la orden. Cada vez que respiraba se incrementaba la necesidad de tenerlo dentro. Ya estaba abierta para él, pero obedeció y separó más las piernas, restregándose contra su cuerpo en el proceso.

Wilder acarició con suavidad su centro y ascendió hasta el clítoris para extender la humedad de su sexo.

Thea gimió, y el ruido retumbó en las paredes de la cueva. Él amortiguó el sonido con la boca, y ella gimoteó cuando el guerrero introdujo un dedo en su interior sin dejar de besarla.

Las piernas le temblaron mientras él la satisfacía lentamente con las manos. Al poco añadió un segundo dedo y le provocó apacibles oleadas de placer.

No bastaba. No bastaba en absoluto.

—Wilder… —jadeó cuando le pellizcó un pezón y el clítoris al mismo tiempo. El placer y el dolor se mezclaron de una forma tan bella que estuvo a punto de acabar ahí mismo.

—Dime. —La voz ronca de él reverberaba en su cuerpo y le prendía fuego—. Dime lo que quieres, Thea.

—A ti —resopló—. Quiero sentirte a ti. Todo tú. Ya.

—Pues me vas a sentir. —Era lo mismo que le había dicho en el bosque, y Thea llevaba una eternidad soñando con lo que ocurriría

después de esa declaración.

Wilder la recostó sobre una roca e introdujo la punta en su húmedo centro.

—Wilder. —Esa vez fue una orden. Estaba harta de juegos.

El también, así que la penetró hasta el fondo en una gloriosa y poderosa embestida.

Thea gritó cuando Wilder la llenó, un centímetro tras otro y otro… Se la sacó lentamente para volver a metérsela de golpe y estampar su cuerpo con el de ella.

—Joder —gimió él—. Eres…

Pero Thea no consiguió oír lo que era, ya que arqueó la espalda para darle un mayor acceso y permitirle llegar más hondo, y Wilder maldijo de nuevo.

La folló lenta y profundamente desde detrás; le agarró el pelo con el puño y la recostó en su cuerpo, le agarró los pechos y jugueteó con su clítoris. Sus manos estaban por todas partes. El placer que le proporcionaba estaba por todas partes y le nublaba los sentidos.

No hubo más propósito entre ambos, no hubo más contención. El deseo que sentían era tan imparable como una tormenta inminente. Sus gemidos y gritos hacían eco en la cueva, tan desinhibidos y despreocupados como la sensación que inundaba el pecho de Thea.

Una ardiente oleada la recorrió, y gimió otra vez, acercándose al punto de no retorno.

Pero Wilder la atrajo hacia sí.

—Todavía no, princesa. Quiero verte la cara cuando te corras.

Acto seguido, se la sacó y la giró para verla de frente.

Por todos los dioses, era una maravilla. Thea se inclinó hacia delante y le lamió el pecho esculpido, mojado por el sudor y salpicado de desdibujadas cicatrices, y luego le pasó las uñas por los valles del vientre. Cada centímetro de piel dorada estaba surcado de músculos, incluida la marca en forma de V que apuntaba directamente hacia su miembro perfecto.

Estuvo a punto de estallar al verlo, pues las furias sabían que

ningún otro hombre podría compararse a esa imagen ni a él.

Alargó un brazo y con la mano le rodeó la erección, mojada por el deseo de los dos. Wilder echó la cabeza hacia atrás cuando ella comenzó a masturbarlo y dejó que con la otra mano le masajeara los testículos.

—Joder… —murmuró hacia las estalactitas del techo.

Pero entonces la contención del guerrero se esfumó de nuevo y la empujó contra la pared de la cueva. Le levantó una de las piernas y le colocó el pie sobre un saliente para que estuviera totalmente abierta para él.

Negó con la cabeza al verla, como si no pudiera creer que estuviera allí.

—Eres la mujer más hermosa que he visto nunca. Después de estar contigo ya no podré volver atrás, no podré poner fin a este deseo…

Thea sintió aleteos en el interior. No era solo el clímax, que la aproximaba al punto de no retorno. Era su corazón.

Wilder le cogió una mano y la guio hasta su sexo, la ayudó a trazar círculos alrededor de su clítoris y la estimuló con frenesí mientras jugaba con su entrada, provocándola.

—He soñado con esto todas las noches, Thea… —jadeó—. Todas las putas noches. Es imposible contar de cuántas maneras te deseo.

La besó y entró.

Thea arqueó las caderas hacia delante para acoger cada feroz embestida, con la presión incrementándose cada vez más.

Los ojos plateados de Wilder se clavaron en los suyos, nublados por la lujuria.

—Córrete para mí, Thea.

Ella no apartó la vista cuando comenzó a moverse con él, con la frente perlada de sudor apoyada en la de Wilder.

—Sin ti no —murmuró sobre sus labios.

Wilder le acarició el clítoris con el pulgar, y con esta sensación añadida Thea estalló con un grito. El placer la invadió, una oleada que rompía y otra que se formaba y la dejaba casi sollozando.

Su espadachín gritó y se estremeció en su interior, eyaculando también al sentir cómo ella apretaba los músculos alrededor de su miembro.

—Sabía que tú también serías mi perdición —susurró Thea.

CAPÍTULO 16

WILDER



Althea Zoltaire lo había destruido. Y ese era el mayor de los privilegios de su vida.

El corazón amenazaba con abandonarle el pecho, latiendo acelerado, mientras él intentaba asimilar todo lo que sentía. Con los ojos cerrados, Wilder apoyó la frente en la de ella y se permitió unos instantes para saborearla, un breve lapso de tiempo entre lo que habían compartido y el momento en el que la realidad los alcanzaría como una ola helada.

No se creía capaz de hablar porque le daba miedo lo que pudiera salir de su boca. Cada encuentro con Thea era más poderoso y absorbente que el anterior, y no había modo de saber de qué forma lo podría devastar una y otra vez. Lo único que sabía era que ya jamás podría librarse de eso y que tampoco quería hacerlo.

Thea también guardaba silencio, como si supiera que cualquier palabra que pronunciase a continuación rompería el hechizo del momento.

Wilder la besó lenta y concienzudamente, como la besaría si le hubieran dado tiempo para cortejarla como ella merecía.

Estaba tan jodido, tan sobrepasado por lo ocurrido…

Al final fue ella la que se apartó, sin aliento todavía y con los ojos desorbitados.

—Wilder… —murmuró con expresión incómoda al recoger su ropa —. ¿Qué significa esto para nosotros?

Wilder sintió un nudo de tensión en el pecho al seguirla y al ponerse los pantalones y la camisa, sintiendo aún las caricias de ella sobre la piel.

—No lo sé —contestó, sincero, con voz descarnada—. Lo único que sé es que por lo visto soy incapaz de alejarme de ti.

Thea lo miró con un brillo de comprensión en los ojos.

—Hace unas cuantas semanas me dijiste que…

—Ya sé lo que te dije. —Lo pronunció con más dureza de la que pretendía—. Es que… estaba intentando hacer lo correcto. Para ti y para los mediorreinos.

Thea terminó de vestirse y pareció recobrar la compostura.

—Pues más vale que lo averigüemos pronto. No podemos seguir así. No es bueno para ninguno de los dos.

Sus palabras eran una lanza ardiente que le perforaba las entrañas.

—¿Qué propones?

Thea se recolocó la ropa y cuadró los hombros antes de dirigirse a la entrada de la cueva y contemplar el mar.

—Deberíamos tomarnos algo de tiempo para pensar y luego necesitamos tener una conversación. Esta vez, una conversación sincera.

Wilder se colocó a su lado, sumamente incómodo. Luchó contra el instinto, que le gritaba que extendiera los brazos y la tocara, que entrelazara los dedos con los suyos y la reconfortase.

—Muy bien —terminó diciendo, en cambio.

—No está progresando —le dijo Audra esa noche en la sala del consejo—. No con la rapidez suficiente.

—A ver, la magia es cosa tuya, Audra —respondió Wildercon los codos apoyados en el respaldo de una silla—. Y fuiste tú la que le dijo que no puede ser una heredera maga y una espadachina.

La bibliotecaria lo fulminó con la mirada, pero prosiguió como si él no hubiera hablado.

—Se avecinan problemas, Hawthorne. Y Thea debe estar preparada.

—¿Qué quieres que haga yo? Estoy cumpliendo con el acuerdo de las narices. A pesar de mis protestas, soy su mentor, para lo bueno y para lo malo. La estoy entrenando.

La culpa le constreñía las tripas. ¿Era verdad acaso? Desde que había vuelto, su relación con Thea había sido un desastre.

Audra se subió los anteojos hasta el puente de la nariz y suspiró.

—La Hija de la Oscuridad ha enviado mensajes directamente a los gobernantes. No solo los ha puesto al corriente de lo que anda buscando, sino también de que perdonará a aquellos que le hagan el trabajo sucio.

—Joder. —Wilder se apoyó la cabeza en las manos—. ¿Los reinos han aceptado defender a los herederos?

—Qué va. —Audra soltó una oscura carcajada—. Han puesto precio a sus cabezas. Cualquiera que muestre indicios de magia deberá ser entregado para pasar un interrogatorio. Hay que informar de cualquier rumor a las autoridades de cada reino.

—Por todos los dioses, así todo hijo de vecino se va a poner a buscar a los herederos.

—Exacto. Me apuesto lo que quieras a que hay mucha gente dispuesta a traicionar a su propia madre. Se ofrecen recompensas por información, pero el trasfondo es obvio: información, sus cabezas… Aceptarán cualquier cosa.

—Que las furias se apiaden de nosotros.

—Y hay más.

—Cómo no —masculló Wilder. No era suficiente que estuvieran

protegiendo a dos fugitivas, no solo de sus compañeros espadachines, sino de los mismísimos gobernantes de los mediorreinos.

—Se están propagando avistamientos en los mares —le contó Audra mirando hacia la puerta cerrada—. Tormentas salvajes que se presienten en los reinos que están más allá de este. Monstruos que no se parecen a nada que hayamos visto y que atraviesan el Velo desgarrándolo con la ayuda de los rayos y los truenos…

Tan solo las décadas que llevaba entrenando ayudaron a Wilder a no encogerse. Tormentas… Esa simple palabra le daba escalofríos. La magia de Thea y la de su hermana…

Cuando habló de nuevo, lo hizo con voz ronca.

—Magia de tormentas y oscuridad… Como salga a la luz que están vivas, culparán a las herederas de Delmira de lo que está sucediendo.

—Pues sí —repuso la bibliotecaria sin más.

—¿Sigues pensando que es buena idea tenerlas en Thezmarr? —le preguntó a la vez que se frotaba las doloridas sienes.

—Ven a presenciar su próxima lección —le propuso Audra—. A lo mejor ayuda…

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? Eres el único que ha visto el poder de Thea en acción. Más de una vez, permíteme añadir. Quizá tu presencia haga que brote su magia.

—Por lo general, mi presencia suele provocarle una rabia infinita. —Entre otras cosas.

—Genial. Así es como debería ser entre maestro y aprendiz.

—¿Ah, sí? En mi caso no fue así.

—Pues a mí me has engañado con la rabia que sientes hacia Talemir.

—No tiene nada que ver con haber sido su aprendiz. —Wilder se puso rígido.

—¿Con qué tiene que ver, entonces?

—No es asunto tuyo, Audra.

—Tienes razón. —La mujer puso los ojos en blanco y se alisó las mangas—. Las riñas absurdas entre hombres no son asunto mío. En cambio, sí es asunto mío el par de princesas delmirianas que están entre nosotros, y una en particular que es incapaz de controlar su magia. Es peligroso, Hawthorne. Y ahora más que nunca. Ven a las llanuras. Presencia su lección —le insistió Audra—. Quiero ver qué ocurre cuando estás ahí.

—Nada bueno —le aseguró Wilder.

—Eso ya lo veremos.



—¿Qué hace aquí? —preguntó Thea cuando Wilder llegó al escondrijo situado en el extremo al sureste de las Llanuras de Orax.

Wilder había pasado la noche en los aposentos de Torj y no había visto a Thea desde que follaron en la cueva, desde que ella le dijo que debían aclarar lo suyo. No se trataba de un primer encuentro demasiado ideal después de aquello, pero Audra no se inmutó, como de costumbre.

—Ha venido para observar.

—No soy el número de ningún circo —protestó Thea.

—¿No? Pues menudo espectáculo estás dando ahora mismo —le soltó Audra.

Thea gruñó a la bibliotecaria, mientras que los ojos entrecerrados de su hermana Wren dirigían todo su odio directo hacia Wilder. Aunque él no creía que Thea les hubiera confesado a su hermana y a sus amigas los entresijos de su relación, no eran tontas. Sabían que había ocurrido algo malo entre maestro y aprendiz, y, por ende, él era el blanco de su desprecio.

«Muy bien», pensó al apoyarse en una roca junto a un matorral de zarzas. Desvió la vista hacia los mares oscuros que lamían los pies de los acantilados y dejó que el aire salado le besara el rostro. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido en paz?

¿Cuándo había sido la última vez que había respirado sin pensar en los millones de cosas que lo agobiaban?

Las dos hermanas lo observaban con recelo.

—Como si no estuviera —les dijo—. Vosotras a lo vuestro…

—Chicas, concentraos —intervino Audra—. ¿Algún avance, Thea?

—No lo sé, Audra. —La aludida soltó un suspiro—. Es que no lo entiendo. La magia aparece cuando peor estoy, pero, cuando estoy más estable, se esfuma. ¿Qué dice eso de mí?

—Dice que tienes miedo —advirtió Wilder.

—Pensaba que habías venido a observar. —Thea se giró para mirarlo.

—Por ahora no hay gran cosa que observar —contestó.

Thea respiró hondo, pero se volvió hacia Audra y Wren.

—¿Qué hacemos?

—Lo volvemos a intentar —respondió Wren.

Wilder pensó que Thea iba a decirle algo a su hermana, pero no dijo nada y les dio la espalda a todos, situada enfrente del mar que albergaba las Islas Encadenadas. Irguió los hombros y los bajó al coger mucho aire.

A Wilder se le erizó la piel. Había visto cómo su rayo atravesaba el cielo y a un segador rheguld… Sabía que era algo digno de contemplar y digno de temer.

Pero, cuando Thea flexionó los dedos a los lados y echó atrás la cabeza, no ocurrió nada.

A su lado, el poder crepitaba en las yemas de los dedos de Wren, y oyó a Thea chasquear con la lengua, frustrada.

—Fanfarrona —masculló.

—Puedes hacerlo, Thea. todos lo sabemos —la animó Wren.

Thea solamente se puso rígida ante la bondad de su hermana.

—Busca tu centro, Thea —le indicó Audra—. El remanso de calma interior…

Wilder estuvo a punto de echarse a reír. Thea no tenía el más mínimo remanso de calma en todo el cuerpo; era la personificación de una tormenta de caos.

Para su sorpresa, sin embargo, Thea la escuchó. Aunque seguía dándole la espalda, el espadachín vio el cambio de su respiración y vio cómo se quedaba muy quieta al intentar hacer lo que le había instruido su tutora.

Transcurrió un minuto, dos.

—Joder —exclamó Thea con frustración. Giró sobre los talones para mirar a Wren—. ¿Cómo lo consigues tú? No lo entiendo.

—Llevo mucho más que tú. —Wren puso una mueca de empatía —. Tardarás un tiempo.

—No tengo tiempo —le espetó Thea—. Si me hubieras contado la maldita verdad…

—No estabas preparada —murmuró Wren.

—No eras quién para decidirlo.

Wren la ignoró.

—Vuelve a intentarlo.

Era mucho menos espectacular de lo que se había imaginado Wilder. Las dos jóvenes y Audra se pasaban el rato gritándose en las llanuras, con algún que otro estallido de relámpagos en Wren que no hizo sino avivar la irritación de Thea.

Pero enseguida fue evidente que Audra tenía razón. Thea tenía problemas. Y a él le dolía verla sufrir. Ojalá pudiese hacer algo para ayudarla, aunque no fuera más que escuchar sus miedos. Porque veía en ella un miedo claro como el agua… Era el forcejeo entre la persona que había nacido y la persona que quería ser. Pero Wilder no Había creado un entorno seguro para que Thea le expresara esos pensamientos. Había pasado de ella, la había dejado sola con todo. Era algo que iba a tener que cambiar.

Una ráfaga de viento le revolvió el pelo, y Wilder miró a la derecha, donde vio al halcón Terrence posándose en la roca, a su lado.

Estuvo a punto de no coger el pergamino que llevaba el pájaro atado a la pata. Últimamente no recibía buenas noticias, y sabía que ese mensaje no sería distinto. Sabía que era la respuesta de Dratos desde Naarva acerca del semiespectro que Thea y él encontraron

apresado entre las garras de la enredadera.

—¿De quién es el águila? —le preguntó Thea en voz baja. Pasando de la lección de magia, se le acercó y contempló a Terrence con curiosidad.

—Es un halcón, no un águila —replicó Wilder mientras desataba el pergamino.

—¿De quién es el halcón?

Terrence erizó las plumas y soltó un graznido de impaciencia.

—Retoma tu entrenamiento, Thea —le dijo al meterse el pergamino en el bolsillo.

Audra no fue tan paciente con ella.

—¡Thea! —gritó—. Vuelve a intentarlo. Tienes que pulir la rabia a la que te aferras. Cuando lo hayas conseguido, podrás…

Wilder supo que algo se rompía en Thea.

—¿Cuánto tiempo crees que voy a tardar? —insistió girándose hacia la bibliotecaria y quitándose la piedra del destino de debajo de la camisa. Wilder estuvo a punto de estremecerse al verla, pero una tormenta seguía gestándose detrás de los ojos de la aprendiz, y percibió el estallido de su magia. Tras advertir la discordia, Terrence batió las alas y echó a volar.

—Cálmate —le ordenó Wilder con suavidad.

Pero Thea seguía con los ojos fijos en Audra, que estaba a su lado, retándola.

—Eres un peligro para ti y para los demás —la presionó la mujer —. Lo demostraste el otro día con Wren…

Wilder se puso tenso. «¿De qué está hablando?».

—Audra, no fue nada… —Wren hizo una mueca.

—No te inventes excusas por ella. Tuviste suerte, supongo que porque compartís la misma magia —le soltó Audra sin dejar de dar vueltas alrededor de Thea—. ¿Y si hubieras hecho lo mismo en una sesión de entrenamiento con tus amigos?

Varios rayos de luz titilaron en la punta de los dedos de Thea. Eran blancos y brillantes, llenos de desafío y de poder.

—Ya estuvieron a punto de morir una vez por tu culpa, ¿verdad?

—Las palabras de Audra pretendían infligirle mucho daño. No se quedó ahí—. Y casi no te esfuerzas en controlarlo. Te niegas a dominar tu magia, ¿y por qué?

Thea abrió la boca.

—Yo no…

—¿Vas a lanzar una tormenta como pataleta siempre que no obtengas lo que quieres? Porque la vida estará llena de decepciones, Althea.

—Para ya —musitó.

—Podrías haberles hecho daño como le hiciste daño a Wren —insistió Audra acercándose a su protegida con ademán de depredador—. Podrías haberlos matado incluso.

Tanto Wilder como Wren vieron la magia que crepitaba en las manos temblorosas de Thea y las nubes espesas que de pronto se acumulaban en el cielo. Al espadachín le nació cierto temor en la boca del estómago.

—Audra… —la avisó.

Pero la bibliotecaria no hizo caso de su advertencia, sino que se limitó a mirar con desdén a su aprendiz.

—Y si no te preocupan tu hermana ni tus amigos… ¿Qué me dices de él? —Señaló a Wilder con un dedo—. ¿Y si uno de esos rayos se hubiera dirigido hacia su corazón?

Thea soltó una maldición y movió las manos hacia el mar. Dos relámpagos emergieron y golpearon las aguas oscuras del horizonte, y un trueno resonó sobre ellos sacudiendo la tierra.

Audra negó con la cabeza, asqueada, y curvó los labios.

—¿Unas cuantas palabras de nada y pierdes los estribos como una niña pequeña? ¿Y si hubieras golpeado…?

La tormenta amenazadora crepitaba en el cielo. Thea se sacudía con la rabia, con la promesa de violencia… ¿o era de terror? Wilder dio un paso hacia ella.

Audra no se amilanó.

—Imagínate si fueras incapaz de controlarte delante del maestro del gremio. O delante de los gobernantes de los reinos restantes.

Sabrían… sabrían qué sois tu hermana y tú. Os culparían por las tormentas que azotan la oscuridad y por los monstruos que atraviesan el Velo. «Igual que el resto de vuestra familia», os dirían. Y quién sabe qué nuevo caos acabaría arrasando los mediorreinos…

En un visto y no visto, Wilder se colocó entre la mujer y Thea.

—Ya basta —terció—. Ya has dicho suficiente, Audra.

La bibliotecaria se quedó paralizada antes de fulminarlo con la mirada.

—Olvidas una cosa, espadachín. Por lo visto, estoy haciendo tu trabajo.

Más relámpagos crepitaron a lo lejos.

—Así lo único que haces es ponerla en peligro —rebatió. ¿Acaso no veía lo dolida y frágil que estaba Thea en ese preciso instante? ¿No veía que había metido el dedo en la llaga de los peores miedos de Thea? Él no podía quedarse ahí quieto y ver cómo…

—Está fuera de tu alcance, Hawthorne —le soltó Audra mirándolo con frialdad.

—Eso hace tiempo que lo sé. —Las palabras le salieron de la boca sin pensarlo—. Sea lo que sea lo que estás haciendo, no funciona.

La mujer se cruzó de brazos.

—Sí, tú eres un experto en lo que no funciona. —Pasó la vista de Thea a él y volvió a negar con la cabeza—. Es culpa tuya, espadachín.

Dicho esto, se marchó tirando de Wren, que tenía los ojos muy abiertos.

Aprendiz y maestro se quedaron solos, con las nubes cerniéndose sobre ambos.

—¿A ti no te da miedo? —le preguntó Thea en voz baja contemplando el cielo oscuro—. ¿No te da miedo que pueda partir el mundo por la mitad?

Wilder se le acercó e igualó la intensidad de su mirada.

—En ti no hay nada que me dé miedo.

Un rayo de luz apareció y, en el mar, las olas se sacudieron con

violencia.

—No me lo creo en absoluto.

Eran palabras malintencionadas, que le golpearon el pecho como si de una flecha se tratara. Los dioses sabían las ganas que tenía de tocarla, de abrazarla, de rodearle con las manos los dedos con relámpagos en la punta y…

—Con esto he aprendido una cosa —se arriesgó a anunciar Thea. Observó a Wilder antes de contemplar de nuevo la tormenta, que comenzaba a recular.

—Dime.

—Que, si tú y yo estamos… juntos…, nunca llegaré a ser espadachina.

A Wilder le dio un vuelco el estómago.

—Ahora mismo acabas de interferir —prosiguió Thea—. Y solo era Audra, solo eran palabras…

—Y estabas perdiendo los nervios.

—Los perderé muchísimas veces entre hoy y el día en el que me muera, Wilder. No me convertiré en la mejor ni seré digna de emprender el Gran Rito sin sufrir antes, sin soportar dolor, tenga la forma que tenga. Pero tú no me lo permitirás. No me permitirás enfrentarme a esas cosas si… si estamos juntos.

—Es que…

—Te importo —continuó diciendo—. A pesar de que lo nuestro es un caos… Lo veo sobre todo en los pequeños detalles. Me dejas tazas de té en la cabaña, me remiendas la ropa raída… —Las chispas de los dedos de Thea se apagaron, y se sentó en el borde del acantilado, con las piernas colgando sin cuidado por la ladera, y observó las Islas Encadenadas, que se alzaban ante ellos—. Es más pronto de lo que quería, pero tenemos que mantener esta conversación.

—Ya lo sé. —Wilder tomó asiento a su lado y contuvo las ganas de sujetarle la mano.

—Que tú seas el maestro frío e impertérrito no funciona. ¿Estás de acuerdo? —le preguntó Thea girándose hacia él.

—Sí.

—Tampoco funciona que seas el amante y el mentor, tal como la situación con Audra acaba de demostrar. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo. —Wilder soltó un tembloroso suspiro.

—Por lo tanto, tenemos que encontrar algún punto intermedio.

—Supongo que tienes una sugerencia. —Wilder notaba el calor que irradiaba y la magia que desprendía, que le calaba el costado.

Thea asintió.

—Seamos amigos. Mostrémonos respeto mutuo. Y sinceridad.

—Amigos… —Wilder saboreó esa palabra.

—Sí. Pero tenemos que hacer un pacto. Debemos prometernos… que no repetiremos lo de ayer ni lo de las otras veces en las que hemos… estado juntos.

—¿Nada de sexo? —aclaró Wilder.

El rubor que tiñó las mejillas de Thea llenó de nuevo de dolor el corazón de Wilder.

—Sí. —Su aprendiz se recompuso—. Nada de sexo, de ningún tipo. Nada de ese tipo de intimidad. Solo amistad. Y confianza. Para que funcione, Wilder… Para que tengamos alguna esperanza de que esta dinámica funcione, debemos ser totalmente sinceros con el otro.

—Nada de mentiras.

—Nada de mentiras —repitió Thea—. Nada de omisiones. Que todo salga a la luz.

—Son palabras mayores, alquimista —dijo Wilder apartándose el pelo de la cara e intentando aplacar los latidos de su corazón.

—Es la única manera.

Wilder se permitió unos instantes para observar a la joven de la que se había enamorado, la joven capaz de asesinar monstruos y controlar tormentas, la aprendiz que libraba una guerra contra el mismísimo destino. ¿Cómo podía negárselo?

Le tendió la mano callosa.

—Que así sea.

Thea le observó la palma.

—¿No hay nada que quieras decirme? ¿Ninguna verdad que quieras revelarme?

Wilder no apartó la vista, no flaqueó, por más que todo lo que no le había contado afloró en la superficie de su mente. La persecución de los herederos perdidos, la verdad sobre los semiespectros, lo que sentía en realidad… No, se lo guardó todo, pero cedió en algo.

—Puestos a ser sinceros, se me ocurre una cosa —dijo. Había llegado a esa conclusión durante la desastrosa lección de Audra. Había querido proteger a Thea, pero lo cierto era que a esas alturas ya no estaría a salvo en ningún lado.

—¿Solo una?

Wilder le dio un suave codazo.

—No creo que vayas a encontrar en Thezmarr la clave para alcanzar todo tu potencial.

—¿No? —Thea arqueó las cejas.

—No. —Negó con la cabeza—. Por no hablar de que Audra tiene sus propias intenciones secretas.

—¿Cuáles?

—No estoy seguro…

—Pues haz una suposición —lo presionó ella.

Wilder meditó con cuidado las palabras que iba a añadir a continuación.

—En ese caso… Me parece que tiene la intención de convertirte en una figura para las mujeres guerreras. Para atraerlas a todas, para que dejen de esconderse y se unan bajo el mando de la primera espadachina en siglos.

Thea esperó unos segundos, pero su expresión no denotaba nada.

—¿Qué problema hay con eso?

Wilder bajó la vista y recorrió los tatuajes de los dedos.

—Ninguno. Siempre y cuando en el proceso no seas un daño colateral.

—Audra nunca desearía que me hiciera daño.

—Quizá no —convino—, pero ya lleva unos veinte años

esperando… —Se aclaró la garganta—. Sea como sea, para dominar tanto tus habilidades como guerrera como tu magia, aquí no encontrarás lo que estás buscando.

—¿Dónde, entonces?

—Donde todos los espadachines encuentran su poder: viajando.

—¿Viajando a dónde? —Thea lo miró sin pestañear y poco a poco se fue dando cuenta de lo que insinuaba su mentor—. Quieres ir a Delmira…

—Sí. —Wilder le tendió la mano de nuevo—. ¿Trato hecho, aprendiz?

Durante unos segundos observó los pensamientos que cruzaban el rostro bello de Thea, observó la batalla que libraba consigo misma antes de tomar una decisión.

Al final, Thea le estrechó la mano con fuerza, y un rayo de poder brotó entre ambos.

—Trato hecho, espadachín —dijo.

CAPÍTULO 17

THEA



Tan pronto como el espadachín y su aprendiz tomaron la decisión juntos, hacer los preparativos para el viaje les ocupó muy poco tiempo. Al día siguiente, Thea encontró a Cal y a Kipp en el gran salón, inmersos en la primera comida.

—¿A dónde vas? —le preguntó Kipp al fijarse en su mochila y en sus botas de montar.

—No os lo puedo decir —contestó Thea antes de beber un sorbo de la taza de té de Cal. «Té de menta, gracias a los dioses»—. Solo quería avisaros de que estaré una temporada fuera de la fortaleza. —No supo si explicarles o no por qué había ido a buscarlos.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —quiso saber Kipp.

Thea vaciló. Wilder y ella no habían concretado los detalles; tan solo habían llegado a un acuerdo y luego cada cual había ido por su lado para prepararse como consideraba oportuno.

—El tiempo necesario —repuso al final.

—Estás de un críptico que resulta de lo más frustrante —resopló Kipp.

—Dijo el rey críptico con sus reuniones y secretos de estrategia. —Thea tuvo que echarse a reír.

—No puedo evitar ser muy importante para la protección de Thezmarr. —Su amigo se puso una mano en el pecho con gesto dramático—. Además, me gusta la idea de ser el rey de algo.

Thea le dio un ligero empujón y Cal soltó un sufrido suspiro.

—La verdad es que no sé durante cuánto tiempo estaremos fuera —les informó.

Kipp asintió.

—O sea, que has venido a decirnos lo mucho que nos echarás de menos al irte de viaje con tu enorme y hosco compañero, ¿no?

—Más o menos. —Thea se mordió el labio y siguió hablando antes de qué pudiera convencerse de lo contrario—. De hecho, quería pediros un favor.

Ninguno de sus dos amigos ocultó la sorpresa. Enarcaron una ceja e intercambiaron una mirada de perplejidad.

—¿Lo he oído bien? —intervino Cal—. ¿La asesina de espectros de Thezmarr está pidiendo ayuda? ¿Y nos la pide a nosotros?

—Me parece que sí, Callaban. Yo también he oído algo muy similar —terció Kipp.

—Qué graciosos —masculló Thea ya medio arrepentida.

Sin embargo, Cal y Kipp dejaron los cubiertos en la mesa y sus expresiones se volvieron serias de repente.

—¿Qué necesitas, Thea? —le preguntó Cal.

Thea se contuvo para no retorcerse las manos ni mirar hacia la mesa donde se sentaban las alquimistas. Decidió seguir observando fijamente a sus amigos.

—Tenía la esperanza de que pudierais estar pendientes de Wren en mi ausencia —les pidió en voz baja.

—¿Ya habéis hecho las paces? —El semblante de Kipp se iluminó.

—No.

—Pero ¿quieres que le echemos un ojo?

—Sí.

—Vale —respondió Kipp—. Cuenta con ello.

—¿Y ya está? —Thea arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres? —Las palabras sonaron confusas; Kipp acababa de meterse un pastel en la boca.

—¿No hay más preguntas? Lleváis semanas dándome la tabarra con ella.

Cal se limitó a encogerse de hombros y se sirvió más té.

—Es tu hermana.

Fue entonces cuando Thea miró hacia la otra punta de la sala, donde Wren estaba sentada al lado de Sam y de Ida, un tanto aturdida.

—Sí que lo es.



Antes de que se diera cuenta siquiera, estaba sentada a horcajadas sobre su yegua con la mochila atada a la espalda y Wilder cabalgando a su lado. Enseguida dejaron atrás Thezmarr y, cuando el Sendero del Doliente desapareció tras ellos y el aire frío de la mañana le llenó los pulmones, sintió cómo se le quitaba un peso de los hombros. Por fin podía respirar… La presión que se había ido incrementando cada vez más en su interior desde que superó la prueba de iniciación se aflojó. Algo se había enderezado en el mundo.

Observó a Wilder y, cuando la miró a los ojos y le dedicó una tímida sonrisa, en la que apareció levemente el hoyuelo que tanto le gustaba, ver su expresión hizo que le diera un vuelco el estómago. Se adentraban en un territorio nuevo para ambos. Le devolvió la sonrisa, con el pecho lleno de esperanza. Quizá consiguieran que lo suyo funcionase. Quizá, cuando todo hubiese terminado, podrían encontrar la forma de volver a estar juntos.

Wilder fue el primero en apartar la vista y alargar un brazo para

acariciar el cuello de su semental; fue un gesto amable, lleno de cariño. Se detuvieron delante del camino de Wesford, que se bifurcaba delante de ellos.

—Al final no me dijiste cómo se llama tu caballo —se arriesgó a comentar Thea, incapaz de alejar los ojos del espadachín.

Wilder se ruborizó un poco y puso una mueca.

—¿Qué pasa? —insistió ella—. No debe de ser peor que Brutus, ¿no?

—Dímelo tú… —Wilder resopló y le dio otra palmada cariñosa al caballo—. Se llama Bollito.

—¿Bollito? —Thea se quedó boquiabierta.

Era evidente que a Wilder le estaba costando mantener la compostura.

—Así se las gastaban Malik y Talemir —admitió—. Los muy bastardos estaban ahí cuando me apoderé del animal e intervinieron cuando llegó el momento de ponerle nombre. Y así se quedó.

—Bollito. —A Thea se le escapó una carcajada—. Tu caballo de guerra, el regalo que recibiste por ser uno de los guerreros más famosos de los mediorreinos…, se llama Bollito. —Negó con la cabeza con alegre incredulidad—. Dioses, cuánto adoro a Malik.

Wilder seguía con las mejillas un tanto coloradas, y algo le cruzó la expresión antes de recuperarse.

—Sí, bueno…

Thea lo contempló y se preguntó qué le estaba pasando por la cabeza. Tuvo que contener las ganas de alargar un brazo hacia él y darle un apretón en la mano.

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo—. Hoy tenemos que cubrir muchísimo terreno.

A Thea se le hicieron varios nudos en el estómago. Quería hablar con él, conocerlo, comprenderlo. Sin embargo, decidió que era demasiado pronto para presionarlo en aquella nueva fase de su relación, su «amistad», así que ignoró la sensación y tan solo asintió.

—Te sigo, espadachín.



Se pasaron la mañana cabalgando envueltos en un radiante día de primavera. Las primeras flores silvestres de la temporada comenzaban a florecer en el borde del camino, y los pájaros trinaban en los bosques de los alrededores. Allí, en el corazón de los mediorreinos, la naturaleza parecía ajena a la plaga que dañaba la tierra en los confines.

Thea aprovechó la oportunidad para admirar las vistas. La última vez que cabalgó hacia Delmira, cuando las fuerzas thezmarrenses lucharon contra los segadores en las ruinas, era de noche. No había podido explorar la zona ni admirar qué aspecto tenía el camino que conducía a su tierra natal. Aunque por aquel entonces no sabía qué la unía a Delmira. Visto en retrospectiva, apenas recordaba nada del camino más allá del terror que sintió durante el trayecto.

Tuvo que controlarse. No habría ningún hogar acogedor esperándola al final del viaje, tan solo ruinas; era un eco de lo que tal vez habría podido conocer si la oscuridad no hubiera asaltado el reino.

Wilder la condujo por un estrecho paso entre las montañas que daban al norte, y Thea se maravilló ante la luz que se filtraba desde arriba y hacía resplandecer las paredes de la fisura. Todavía había muchas partes de los mediorreinos que no había visitado.

Su piedra del destino le golpeaba el esternón, un constante recordatorio de que jamás visitaría todo lo que hubiese que ver en esas tierras.

Thea miró a Wilder, que cabalgaba delante de ella, con las espadas de acero naarviano atadas a la espalda. El guerrero había visto mucho mundo, y los retazos que Thea había admirado eran migas que él le había mostrado. ¿Qué significaría para los dos que se convirtiese en espadachina? Por lo que tenía entendido, los espadachines casi nunca trabajaban en equipo.

Se regañó a sí misma. ¿Qué esperaba? ¿Que después del Gran

Rito pudieran viajar juntos por los mediorreinos y luchar contra los monstruos en pareja durante el poco tiempo del que disponía?

Thea dejó a un lado ese pensamiento y volvió a concentrarse en la piedra del destino y en el problema que le había generado desde siempre.

—¿Sabes si a algún espadachín le han concedido la inmortalidad durante el Gran Rito? —le interrogó a Wilder. Llevaba mucho tiempo queriendo preguntarlo; esa idea siempre se reproducía en los límites imprecisos de su mente. Nunca le había parecido un buen momento para sacar a colación una leyenda secreta. Sin embargo, como la propia piedra del destino le recordaba, no siempre podría permitirse esperar a que llegase el momento adecuado.

—¿Qué? —Wilder dio un respingo en la silla de montar.

—Ya me has oído. —Thea vio cómo alzaba y bajaba los hombros, como si estuviera respirando hondo para no perder los estribos.

—Dime que no es la razón por la que estás haciendo esto. —No la miró al hablarle—. Dime que no es la razón por la que quieres ser espadachina. ¿Pretendes vivir eternamente?

Las palabras de su mentor fueron una puñalada en las entrañas, teñidas de decepción y de desdén.

Thea respiró hondo para serenarse.

—Quiero vivir más de dos años y medio.

El silencio que se instaló entre ambos fue devastador. Thea casi pudo oír la mente de Wilder dando vueltas con mayor estruendo que la suya incluso.

El espadachín siguió sin mirarla a la cara.

—Si la inmortalidad es el motivo por el que has emprendido este camino, no estás de suerte.

—¿Es un mito? —A Thea se le estrujó el corazón.

—No es un mito, no. Pero pasa pocas veces, poquísimas veces, en realidad.

—¿Conoces a alguno que…?

—No.

La rabia que tanto le había costado dejar a un lado para

embarcarse en aquel nuevo viaje con él afloró de nuevo.

—Me estás mintiendo. Un día me dijiste que todos los espadachines os conocíais.

—Olvídalo —masculló.

—¿Qué lo olvide? ¿Qué olvide que hay una posibilidad de que consiga derrotar el destino tallado en esta maldita piedra? —El poder titiló en la punta de sus dedos cuando la furia se apoderó de ella.

Wilder detuvo a su semental.

—Huelo la tormenta que procede de ti —murmuró, girándose al fin en la silla de montar para que Thea pudiera atisbarle el hermoso rostro—. Invocar un relámpago y un trueno sobre nosotros ahora sería un error, princesa.

—No me llames así.

—Pues no te comportes como una mocosa consentida.

—Me lo prometiste —le dijo de pronto—. Me prometiste que seríamos sinceros el uno con el otro.

—Vamos a hacer una cosa… —Wilder suavizó la expresión—. Si controlas tu magia, haré algo mejor que hablarte de espadachines inmortales.

—¿Así que sí que conoces a uno? —Thea abrió los ojos como platos—. ¿Y sigue vivo?

—¿Eso es un sí?

—¿Me estás chantajeando?

—Tómatelo como un incentivo. —Una sonrisa se dibujó en las comisuras de los labios.

Thea sopesó sus opciones y prioridades, y, al cabo de unos segundos, asintió.

—Vale.

—Es muy agradable que seas cordial, para variar —comentó Wilder mientras se volvía hacia el camino y espoleaba a su caballo.

—No esperes que lo sea mucho tiempo —masculló Thea.

—Ni en mis mejores sueños, princesa.

Thea lo maldijo entre dientes.

—Cordialidad —le advirtió por encima del hombro—. O, cuando

te conviertas en espadachina, me aseguraré de estar presente para llamar Tortita a tu semental de Tver, o algo peor.

Thea no pudo evitar reírse a carcajadas.



A última hora de la tarde, habían cruzado las montañas y estaban ya en campo abierto, con un terreno inclinado ante ellos. La tierra no estaba formada por las cuestas y crestas verdes del sur de Harenth, sino por una sucesión de llanuras amarillentas, cuyos páramos bordeaban el amplio territorio de Delmira.

—¿Visitaste el reino antes de que cayera? —le preguntó Thea a Wilder al contemplar la yerma vastedad.

—No —contestó—. No soy tan viejo como crees.

—Mis disculpas. Aunque deberías saber que tu carácter poco alegre lleva a engaño.

—Te agradezco la sinceridad. —Wilder resopló, divertido.

—Hicimos una promesa. —Thea se encogió de hombros—. Me limito a cumplirla.

—Muy noble por tu parte.

—Si hay algo que soy es noble.

El espadachín negó con la cabeza, incrédulo, y luego señaló hacia debajo de las colinas.

—Acamparemos ahí para pasar la noche.

A medida que recorrían a caballo el último tramo del trayecto del día, Thea divisó varias flores que le resultaban familiares, pero no supo identificarlas. Tenía un recuerdo surrealista y un tanto vago de haber trenzado collares de flores con Wren, pero… Thea jamás había trenzado flores en Thezmarr, por lo que Wren habría sido demasiado pequeña como para llevar a cabo una tarea que requería una buena motricidad. Con el ceño fruncido, se acordó de que había experimentado aquella misma extraña sensación la vez anterior que había viajado con Wilder. En aquel trayecto, le había trenzado un

collar de flores. Pero ¿cuándo lo había hecho antes de ese momento?

Durante unos segundos, se permitió pensar en su madre, la reina Brigh. ¿Había sido con ella? Le costaba imaginarse a una persona descrita como tirana haciendo algo tan singular.

Un escalofrío le bajó por la espalda cuando tres palabras se reprodujeron en su mente…

«Acuérdate de mí».

Eran las palabras que la vidente le había dicho al ponerle la piedra del destino en la mano.

Thea no se percató de que había proferido una maldición de frustración en voz alta hasta que vio los ojos preocupados de Wilder.

—¿Estás bien? —le preguntó él con amabilidad.

Ella abrió la boca para restarle importancia, pero el espadachín arqueó una ceja.

—Nada de mentiras, ¿recuerdas?

Thea maldijo a la Thea del pasado por haber insistido en que hubiera sinceridad total entre ambos. Respiró hondo y suspiró.

—He vuelto a quedarme atrapada en el pasado —le dijo.

—Si quieres hablar de ello…, aquí estoy. —Wilder asintió.

—Gracias. —La calidez le inundó el pecho.

—Un día tú me ofreciste lo mismo.

—Parece que haya transcurrido una eternidad —confesó Thea cuando algunas escenas de su primer viaje juntos pasaron ante sus ojos: cuando le tomó el pelo al despertarse rodeada por sus brazos, con su erección clavándosele en la espalda; cuando él le enseñó a disparar, envolviéndola con su gran figura; cuando se contaron historias ante el fuego…

—Fue en otra vida —asintió Wilder, distraído, como si él también estuviera nadando en un río de recuerdos.

En ese instante, otra cosa le carcomió la mente, y Thea se permitió distraerse de los pensamientos protagonizados por Wilder: Seb y Vernich, y la conversación que había oído a hurtadillas. Las sospechas la atormentaban al pensar en la oscuridad que invadía el

reino y en las tierras malditas de su alrededor. Sabía que sus amigos a lo mejor tenían razón: que el Carnicero y su aprendiz fueran crueles y unos bastardos no significaba que fuesen malvados… Aun así, había algo que no encajaba. Cuando Wilder y ella se dirigieron hacia el campamento, Thea no pudo evitar sacarlo a colación.

—¿Cómo se da caza a un espadachín caído? —preguntó avanzando a su lado.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Cal me dijo que lo sabrías.

—Tu amigo es un bocazas.

—¿Y bien?

—¿Se trata otra vez de Vernich? No es más que un capullo, un capullo sumamente horrible, pero no es ningún espadachín caído.

—Dame el gusto, anda —insistió sin molestarse en contarle lo que había oído. No parecía importante.

Wilder suspiró.

—Un espadachín caído está corrompido por dentro. Es incapaz de controlar los poderes que las furias le proporcionaron. Es… parecido a la locura, supongo. Esa corrupción los lleva por todos los mediorreinos.

—¿A dónde? ¿Por qué?

—Hacia los lugares donde el Velo es más débil. Para así poder traspasar a la oscuridad que se encuentra al otro lado.

—¿Dónde es más débil?

—Al norte de Delmira. Al sur de Naarva. Al este de todo. Aunque, con lo que está pasando últimamente, cada vez hay más desgarros. En las alforjas llevo un mapa en el que están marcadas.

—Quiero verlo.

—Y yo quiero un masaje con piedras calientes y una botella de vino de Valia —repuso Wilder—. Por desgracia, no siempre conseguimos lo que queremos.

Thea sonrió y procuró no imaginarse a Wilder desnudo rodeado de vapor y a sí misma masajeándole los músculos doloridos.

—Seguro que algún pobre escudero estaría encantado de echarte

una mano.

—Muy graciosa —repuso Wilder sin más.

—Entonces, ¿has ido alguna vez a buscar a algún espadachín caído? —lo intentó Thea de nuevo.

—Una vez. —Wilder se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Y no fue Talemir?

—Ya te he dicho que no. Tal no era así.

—Entonces, ¿qu…?

—Los espadachines sabemos cómo ser invisibles y ocultarnos cuando nos da la gana.

—Pero tú lo encontraste… y lo llevaste ante la justicia. ¿Verdad?

Wilder soltó una áspera e impaciente exhalación.

—Porque pienso como uno.

—Pues enséñame. Enséñame a pensar como uno. —Tomó nota mentalmente para encontrar el mapa que le había mentado.

Llegaron al lugar que Wilder había señalado, y se detuvo para girarse en la silla de montar y mirarla a la cara.

—¿Qué diantres crees que he estado haciendo hasta ahora?

—Eso está por ver aún. —Thea se rio.

Wilder bajó del caballo sin esfuerzo y cogió el arco. Se lo tendió.

—En ese caso, te toca a ti cazar. Veamos si te he enseñado bien, aprendiz.



Cuando Thea regresó con un faisán muerto, estuvo a punto de lanzarlo al suelo. Wilder le daba la espalda, en la ribera del riachuelo, totalmente desnudo.

A ella se le secó la boca.

Por todos los dioses, era glorioso. Exhibía todos los centímetros de músculo bronceado, con agua cayéndole por el cuerpo fornido mientras se lavaba, ajeno a su presencia.

Con o sin pacto, a Thea la inundó el deseo al verlo. Recordó la

primera vez que atisbo su piel desnuda, en una situación parecida de camino a Harenth. Se había quedado igual, sin aliento y atónita, aunque ahora que le había tocado el cuerpo y sabía lo que era capaz de hacerle…

Pero Wilder no se sobresaltó. Sabía que estaba allí.

—Estamos en territorio peligroso, aprendiz —dijo en voz baja.

La grave resonancia de su tono reverberó en la parte baja del vientre de Thea y apretó los muslos.

—No es nada que no haya visto antes —se obligó a contestar—. Además, ¿dónde está tu decencia?

Wilder se giró tapándose la entrepierna con las manos, pero con el resto del cuerpo al desnudo, mojado y resplandeciente iluminado por los últimos rayos de sol del día.

—Por lo visto, no existe —replicó con un brillo de diversión en los ojos al verla boquiabierta y con la respiración acelerada—. Si te digo la verdad, pensaba que tardarías más.

Thea se humedeció los labios e intentó ignorar el pulso incesante de deseo que le latía entre las piernas.

—Pues resulta que tengo muy buena puntería.

—Veo que te he enseñado bien, entonces.

—Eso parece.

Thea giró sobre los talones y se marchó antes de cometer alguna estupidez.



Más tarde, cuando cayó la noche y el faisán se estaba asando sobre el fuego, Wilder la miró a los ojos por encima de las llamas. La energía que había entre ambos seguía cargada, seguía rebosante de deseo no resuelto y de palabras no pronunciadas.

—¿Cansada? —le preguntó como si tal cosa.

—Nunca.

—Pues levántate y coge la espada. Tengo un ejercicio para ti. —

Extrajo un pequeño frasco del bolsillo.

—¿Qué es eso?

No le pasó por alto que el guerrero curvó una ligera sonrisa ni que el hoyuelo apareció en su media sonrisa al destapar el frasquito y ponerse un extraño palo metálico sobre los labios.

Wilder sopló.

Una decena de burbujas bailotearon en el aire entre ellos.

Con el ceño fruncido, Thea explotó unas cuantas con el dedo índice.

—¿Para qué sirven?

—Para entrenar —le informó.

Thea lo comprendió de inmediato. Desenfundó la espada con entusiasmo y…

Wilder se rio. Se rio a carcajadas al verla.

—Te sorprenderá lo difícil que es —le aseguró, más divertido todavía al verla arrugar la nariz y mirarlo—. Pero, aunque sea un ejercicio muy simple, puede aumentar tu precisión una barbaridad.

Thea comenzó a moverse y arrojó la espada hacia las pompas brillantes que flotaban alrededor del campamento.

—¿Tú lo hiciste durante tu entrenamiento? —le preguntó.

—Muchas veces. A Talemir le resultaba especialmente divertido. Ahora entiendo por qué.

Thea sacudió los hombros para relajar los músculos y lo intentó de nuevo cuando Wilder sopló más burbujas.

—Te ayuda a pulir la habilidad de bloquear detalles que te distraerán o que te harán perder la concentración —añadió pensativo mientras la observaba moverse con ojo crítico—. Debes tener mayor control sobre tus pulmones. Un mayor control significa que te recuperas más rápido y que puedes volver a golpear antes.

Thea lo escuchó y guardó la información en los recovecos de su mente. Pensaba atesorar cualquier píldora de sabiduría que le regalase y tratarla con respeto, puesto que cada fragmento desempeñaba un papel en su plan de convertirse en espadachina de los mediorreinos. Al fin Wilder estaba haciendo lo que le había

prometido.

La estaba entrenando.



Unas horas más tarde, Wilder le ordenó poner fin al ejercicio. Thea quiso protestar y decirle que podía seguir, pero él la acalló con una mirada. Y, cuando clavó los ojos en los de su mentor, el agotamiento la golpeó hasta en los huesos. Wilder la conocía mejor de lo que se conocía a sí misma, al parecer, y resultó que esa realidad no la molestaba ni la mitad de lo que la había molestado en el pasado.

Todo su cuerpo se debilitó cuando Hawthorne fue a echar un vistazo a los caballos y dándole privacidad para que se preparara para pasar la noche. Thea por fin se tumbó en su saco de dormir y casi al instante se durmió profundamente.



Vio un rostro conocido.

Era Anya.

Esta vez la chica era mayor, quizá tenía dieciséis años o así. Se encontraba en una tienda de lona, delante de un espejo, separándose el pelo con los dedos hasta dejar a la vista un fragmento de cuero cabelludo ensangrentado.

Alguien le había arrancado un mechón de pelo cobrizo.

Anya arrugó el gesto al ver su reflejo y se recolocó el parche del ojo derecho antes de desenfundar una daga del cinturón. Se agarró un puñado de cabellos y se los cortó; los mechones rebeldes fueron cayendo al suelo.

Thea contempló cómo aquella extraña muchacha se cortaba el pelo, cuya longitud irregular ondeaba junto a su mandíbula.

Anya parecía sumida en el proceso, observando con el ojo izquierdo, que brillaba con determinación.

Cuando terminó, los mechones cobrizos le cubrían las botas, pero los pisoteó sin miramientos y se quitó cualquier pelo restante de los hombros con frialdad.

Salió de la tienda… y Thea ahogó un grito, horrorizada.

Al otro lado de la lona se alzaba un campamento temporal, situado en un prado cubierto de descomposición.

Y los gritos perforaban el aire.

Thea estuvo a punto de vomitar. En el extremo opuesto de la hilera de tiendas, varias criaturas estaban atadas con una cuerda muy gruesa. Eran cuerpos humanos desfigurados, con alas y garras, que chillaban envueltos por la oscuridad.

Anya se dirigió hacia ellos con autoridad, algo increíble para lo joven que era y para la situación en la que se encontraba. Había una docena de personas siendo torturadas delante de ella, pero seguía luciendo una expresión fría e impertérrita.

Los ojos desorbitados y los gritos pidiendo piedad no la afectaron lo más mínimo.

Por lo visto, nada la afectaba.

A Thea le martilleaba el corazón en el pecho, pero no podía apartar la vista. Alguien debía presenciar ese sufrimiento, alguien debía verlos.

Unos hombres sin rostro rodearon a Anya, pero ella siguió contemplando, admirando el dolor.

—¿Deberíamos…? —comenzó a decir alguien.

—No. —La joven alzó una mano—. Necesitan sentirlo.

Y los gritos siguieron.

CAPÍTULO 18

WILDER



Wilder se despertó con un sobresalto, cubierto de sudor, y vio que el fuego seguía crepitando y que Thea se retorcía en el saco de dormir, con breves rayos de luz manando de su cuerpo inquieto.

El pánico lo atenazó al ver que estaba angustiada. Por todos los dioses, no podía abandonarla. Esa vez no.

Se puso a su lado en cuestión de un segundo.

—Thea —murmuró con suavidad—. Thea, despierta.

No hizo más que seguir retorciéndose, pateando la manta, con relámpagos de magia bajándole por las piernas.

Wilder intentó controlar su angustia y alzó más la voz.

—¿Thea?

La camisa que llevaba su aprendiz estaba empapada de sudor. Se le había desenredado el pelo de la trenza y se le pegaba al cuello. No dejaba de retorcerse, con un breve grito de dolor en los labios.

Wilder no pensó. Extendió los brazos y puso las manos cálidas sobre su piel húmeda y helada.

—Thea, soy yo. Tienes que despertarte, tienes que…

Thea alargó una mano y le sujetó el brazo con una fuerza

sorprendente.

De repente, el cielo nocturno se inclinó y Wilder terminó tumbado de espaldas.

«¿Cómo es posible?».

Thea estaba sentada a horcajadas encima de él, con los ojos rebosantes de violencia, y le presionaba el cuello con una daga, con los labios curvados en una mueca. Estaba jadeando, con el pelo totalmente suelto ya y revuelto alrededor de la cara. Lo miraba fijamente sin reconocerlo.

Durante un segundo, Wilder valoró desarmarla, pero, cuando el arma le cortó la primera capa de piel, se preguntó si sería capaz de hacerlo. El relámpago de Thea no le había hecho daño cuando la había tocado, pero ser el blanco de un rayo concentrado sería algo totalmente distinto. Notaba el flujo de electricidad que le recorría la piel y que amenazaba con convertirse en algo más devastador, en algo que ni siquiera la fuerza que le habían otorgado las furias podría contrarrestar.

—Thea —musitó en voz baja, dejando que todo lo que sentía por ella acompañara su nombre, con la esperanza de que ella oyera esos matices.

Su aprendiz parpadeó. Una vez, dos veces.

—Thea…

—Wilder… —Respiró hondo y regresó al presente. Se levantó y se apartó espantada al ver el fino reguero de sangre que él notaba cayéndole por el cuello.

—No pasa nada —la tranquilizó—. Estoy bien. No me has hecho daño.

—No era… —jadeó, temblando—. No era mi intención…

Wilder llegó hasta su lado y la rodeó con los brazos sin vacilar.

—Estás a salvo.

Cuando lo miró a los ojos, sin embargo, los de ella seguían llenos de terror.

—Yo también estoy a salvo —le aseguró.

En el saco de dormir había parecido pequeña y vulnerable.

El pecho le subía y le bajaba con rapidez. Por todos los dioses, verla así lo destrozaba. Detestaba ser la fuente de su angustia.

Con suavidad, la tumbó nuevamente y la tapó con la manta, apartando la vista para no fijarse en la fina tela de su camisón.

—Descansa un poco.

La respiración de Thea tardó un buen rato en serenarse. Wilder no se fue de su lado en ningún momento y le acarició el dorso de la mano trazando círculos reconfortantes con el pulgar.

«Amigos». Eran amigos. Y los amigos estaban ahí cuando los necesitaban. Los amigos se consolaban unos a otros. No obstante, el latido desbocado de su pecho y las ganas de aspirar el aroma de ella lo traicionaron.

Le trajo sin cuidado. Rodeó el cuerpo tembloroso de Thea con los brazos, con la esperanza de que su calor fuese a calmarla. Ya se encargaría por la mañana de las consecuencias de esa «amistad», pero por el momento…, por el momento tan solo quería estar ahí con ella.

Y así fue cómo Wilder se pasó toda la noche abrazando a su aprendiz.



Cuando se despertó ante los rayos débiles del alba y la ligera niebla que empañaba las llanuras, Thea no estaba a su lado. No había ido lejos, se encontraba a unos pocos metros, haciendo los ejercicios matutinos que él le había indicado.

Concentrada, fruncía el ceño, con un brillo de determinación en los ojos al llevar a cabo cada ejercicio con una refinada precisión que Wilder jamás había visto en ningún guardián. Thea nunca se encogía, nunca vacilaba, nunca se rendía, y él no pudo evitar sentir un gran orgullo. Se fijó en el halo de inquietud y en las ojeras que lucía su aprendiz. Los horrores que la noche anterior la habían asaltado en forma de pesadillas seguían acompañándola. Wilder

deseó poder hacer algo para ayudarla.

Por suerte, podía hacer algo.

Esa mañana entrenó con ella, le corrigió la postura y le enseñó la mejor manera de proteger los flancos más vulnerables del cuerpo de golpes que pudieran pillarla desprevenida. Por una vez, Thea no le hizo preguntas ni intentó sacarlo de quicio. Se limitó a escuchar y a implementar lo que le indicaba su mentor.

Era desconcertante.

También estuvo callada durante el desayuno, dando vueltas a las gachas de su cuenco sin comerlas en realidad. Distraída, se levantó, como si quisiera recoger sus cosas.

Ni hablar. Wilder no pensaba ceder.

—Iba en serio lo que te dije al regresar a Thezmarr.

Thea alzó la vista, como si la sorprendiera encontrarlo ahí.

—¿El qué?

—Que debías empezar a cuidarte. A mantenerte sana.

—Lo estoy…

—No comes lo suficiente. —Wilder extendió un brazo hacia el cazo caliente sobre las ascuas y le sirvió otra cucharada de gachas en el cuenco que ella había dejado en el suelo—. No te irás de aquí hasta que te lo comas todo.

—Debes de estar de broma.

—Nada más lejos de la realidad.

Thea se quedó mirándolo un rato.

—Eres insufrible.

Wilder le devolvió la mirada y endureció el semblante.

—No te haces una idea. Come. No quiero pasarme el día aquí.

Contuvo un suspiro de alivio cuando Thea se sentó con un resoplido y comenzó a comer.



A medida que pasaban los días, Wilder se dio cuenta de que la

mujer que cabalgaba a su lado no era la misma escudera que lo había acompañado en su viaje de ida y vuelta a Harenth, la que le lanzaba miraditas y estudiaba cómo se movía. Por aquel entonces había puesto a prueba su paciencia hasta el límite con sus interminables preguntas y su entusiasmo.

Pero terminó agotándolo y, al final, había encontrado un punto débil en su coraza. Lo había visto a él, a su verdadero yo.

Y lo que había visto no la había asustado. De hecho, Thea le había dado un regalo… Había compartido su ser con él. Había encontrado un lugar bajo su piel y en su corazón, y ahí permanecía, a pesar de las promesas que se habían hecho.

La Thea que estaba a su lado en esos instantes era diferente, distante de un modo que no había sido antes con él. Que lo apartara le dolía. Sin duda, seguía luchando contra lo que había visto en sueños, pero, cuando el sol se alzó en el cielo y pusieron rumbo hacia Delmira, Wilder ya no pudo seguir soportando el silencio.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó suavemente—. ¿Quieres hablar de las pesadillas que te preocupan?

Thea lo miró a los ojos, con un velo de tristeza aún en los suyos.

—No son las pesadillas lo que me preocupa.

—Entonces, ¿qué es?

Su temblorosa respiración le hizo darse cuenta de lo cerca que estaba su aprendiz de echarse a llorar. Nunca la había visto así… ¿Cómo era posible, después de todo lo que habían visto juntos?

—Podría haberte hecho daño… —murmuró Thea—. Tal como dijo Audra. Mi magia estaba fuera de control. Te sobrepasé en poder. Te puse una daga en el…

—No me hiciste daño.

Thea lanzó una mirada al corte que le había hecho en el cuello con el filo.

—¿Cómo que no?

Wilder no podía soportar la vulnerabilidad en sus ojos, no podía soportar saberse el culpable de su dolor. Hizo lo único que se le ocurrió. Le guiñó un ojo y se rio mientras se tocaba el pequeño

arañazo con una mano.

—¿Esto? Son prácticamente preliminares.

—Estás enfermo. —Thea lo miró parpadeando poco a poco.

—Si tú supieras… —Le dedicó una relajada sonrisa.

Con incredulidad, Thea negó con la cabeza, pero Wilder habría puesto la mano en el fuego por que las sombras que habitaban tras sus ojos se habían retirado un poco, y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Sintió cómo se le quitaba un peso de encima del corazón y se alegró al saber que tenía el poder de ahuyentar sus monstruos, que era quien le había provocado una sonrisa. Acto seguido, sus pensamientos tomaron otros derroteros. Esa boca… Por todos los dioses, quería que esa boca le hiciera de todo.

«Somos amigos», se recordó.

—Los caminos son una zona de entrenamiento mucho mejor para un espadachín que la fortaleza —le dijo.

Thea no contestó, pero Wilder vio que se tensaba, interesada en sus palabras.

—Me pasé buena parte de mi aprendizaje viajando con Talemir —le contó, consciente de que la curiosidad que sentía ella por su mentor era casi irreprimible—. Me enseñó todo lo que sé. Bueno, casi todo.

Estaba divagando… ¿Por qué?

—¿Y tú me enseñarás todo lo que sabes? —Thea lo miró a los ojos con un resplandor de desafío en los suyos.

Wiltler soltó todo el aire. «Has vuelto, princesa».

—Sí.

—Pues no te cortes, espadachín. Si vamos a ver todas tus lecciones en los próximos dos años y medio, más te vale que empieces ya…

Sus palabras fueron como si le hiciera un corte profundo en las entrañas, y Wilder maldijo para sus adentros la piedra del destino que llevaba Thea al cuello y a la zorra de la vidente que se la había dado.

Pero no permitió que ella lo viera flaquear, no permitió que

advirtiera su dolor.

—Espero que por una vez me hagas caso, aprendiz —le dijo.



Cuando la mañana floreció ante ellos, no se detuvieron para descansar. Wilder se embarcó en una serie de lecciones que había aprendido tanto de Talemir como de Malik durante sus primeros años de aprendiz. Ya le había enseñado a Thea cómo disparar con arco y flecha, pero, mientras cabalgaban por las llanuras y las crestas, le explicó los fundamentos de todos modos, antes de pasar a cazar y a rastrear distintos terrenos con armas diferentes. Eran las mismas reglas que podían usarse para cazar monstruos.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír como un idiota cuando repasaron los detalles de sus lecciones. Más allá de todo lo que sabía de Thea —su belleza, su lengua afilada, su determinación —, disfrutaba enormemente de su compañía. Lo hacía reír, le hacía querer participar en el mundo que lo rodeaba, no solo arrancar corazones de espectros a oscuras. Incluso el silencio que se instalaba entre ambos era fácil y cómodo; la compañía del otro bastaba, y no siempre eran necesarias las palabras.

Tan pronto como el sol de mediodía se alzó implacable en el cielo, se detuvieron para poner en práctica las lecciones mientras los caballos descansaban un poco. Wilder se aseguró de que no hubiera miradas ni caricias entre ellos al enseñarle a limpiar y destripar un jabalí, a estirar la piel para curtirla y poder usarla más tarde. Sin embargo, a pesar de la sangrienta labor que tenían entre manos, terminaron riéndose. Thea le contó cuánta cantidad de carne asada se había zampado su amigo Kipp durante su visita a El Zorro Feliz.

Durante unos segundos, Wilder se entretuvo pensando que algún día podría llevarla a la taberna, donde se reirían tomando vino y jugando al billar.

Retiró ese escenario de su cerebro y volvió a concentrarse en el

presente. Por lo general, no se preocupaba tanto con disfrutar de comidas copiosas al ir por ahí; se conformaba con sus raciones, pero estaba decidido a asegurarse de que Thea estaba lo más nutrida y fuerte posible para lo que fuese a avecinarse.

A su lado, Thea absorbió la información como si estuviera sedienta. Las preguntas acertadas en voz baja de ella interrumpían las enseñanzas de él. Hablaron de monstruos y de política, de historia y de sus hogares. Las palabras fluían sin problemas entre ambos, como si se hubieran pasado toda la vida sumidos en ese tipo de conversaciones.

Wilder compartió con ella sus conocimientos, pero cuánto la echaba de menos, por el amor de las furias. Comenzaba a formarse una nueva cercanía, que le reveló en qué se había convertido Thea para él en los meses previos a la prueba de iniciación. Su instinto no paraba de decirle que se lo confesara, que se lo contara todo sin tapujos.

Thea lo miró como si hubiera percibido sus pensamientos.

—No me has dicho de dónde eras… antes de ser de Thezmarr.

Wilder titubeó. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que habló de su tierra natal.

—De un pueblecito costero que está entre Tver y Aveum. Está muy lejos de aquí. Se llama Kilgrave. —Casi podía saborear el olor salado sobre los labios al pronunciar el nombre.

—¿Cómo es?

—Frío.

Thea enarcó una ceja y esperó.

Wilder tuvo que contener una carcajada. Le gustaba que lo presionara, que no se conformase con sus ademanes malhumorados.

—¿Qué pasa? Es un sitio muy frío. En invierno los vientos helados de Aveum llegan desde las montañas. Incluso en verano son fríos porque está muy cerca del lago helado. Pero las vistas… Las vistas son insuperables.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste allí?

—Ya hace mucho —contestó mientras se levantaba para dejar preparados de nuevo a los caballos. No estaba acostumbrado a hablar de sí mismo ni a que nadie le hiciera preguntas personales.

Thea pareció darse cuenta de que le costaba y cambió de estrategia.

—¿Me vas a decir de quién era el halcón que voló hasta Thezmarr?

—De una fuente de Naarva. —Wilder la miró a los ojos—. De un amigo, supongo.

—No sabía que tenías amigos… Sin contarme a mí, claro.

—Qué graciosa.

Thea se encogió de hombros y esperó a que le diera una explicación más detallada.

Wilder soltó un suspiro.

—O toda la verdad o ninguna —exclamó, harta.

—¿Y si te dijera que ninguna?

—Pues te llamaría necio y pasaría página.

Wilder tuvo que reprimir una sonrisa.

—Vale, vale.

—¿Y bien?

—A ver… El halcón se llama Terrence.

—¿Terrence? —se extrañó Thea—. ¿Qué clase de nombre…?

—No preguntes. —Sujetó las riendas y comprobó la posición del sol—. Se ha convertido en una especie de correo extraoficial entre algunas de mis fuentes. A menudo me trae mensajes de un explorador de Naarva llamado Dratos. Me cuenta cómo está el Velo al sur, cuántos monstruos lo cruzan…

—¿Cómo?

—¿Cómo? —Wilder arqueó una ceja—. Ya te dije que estuve ahí hace seis años, cuando cayó. Y volví para el enfrentamiento final. Hay unos cuantos supervivientes esparcidos por el reino.

—Pero pensaba que estaba cubierto de sombras… ¿Me estás diciendo que ahí sigue viviendo gente?

—Muy poca. Y lo sabe menos gente aún. —Lo añadió con un

deje de advertencia.

—Gente que te importa —consideró Thea.

—Gente sin más.

Su aprendiz le lanzó una mirada que le decía que no se lo creía. A continuación, miró hacia el norte, donde aguardaba Delmira, fuera de su alcance aún.

—Pensaba que Naarva se había perdido. —Y así fue.

—Y, aun así, hay gente por allí… ¿Crees que en Delmira queda alguien?

—Ya has estado en Delmira. No hay más que ruinas. —Wilder se encogió de hombros—. Supongo que no lo sé a ciencia cierta.

—Supongo que pronto lo descubriremos —comentó Thea mientras cogía la comida—. ¿Qué te contaba tu amigo Dratos?

Wilder casi se encogió al oír la palabra «amigo». En realidad, no había hablado demasiado con Dratos durante la época que pasó en Naarva. Tan solo habían permanecido en contacto los años siguientes. Al principio había sospechado que fue porque al explorador le dieron órdenes para que se asegurara de que Wilder no contaba secretos del reino caído, de que no le explicaba a nadie los planes que se estaban desarrollando allí. Con el tiempo, sin embargo, surgió una especie de amistad a través de las cartas e informes. Dratos era una de las pocas personas a las que conocía que era fiel a sí mismo en todo momento, sin ningún tipo de complejo. Por eso lo admiraba, aun a su pesar.

De vuelta al presente, contestó la pregunta de Thea.

—Que en el sur la situación está empeorando. Que recientemente ha perdido a algunos de los… suyos. Me dijo que esperase la aparición de más monstruos: espectros, segadores y criaturas parecidas a la enredadera que vimos en el acantilado.

—Estupendo.

—Bienvenida a la vida de los espadachines.

Aquellas palabras de advertencia surtieron el efecto contrario al que había pretendido. De hecho, arrancaron la sonrisa más sincera que había visto esbozar a Thea en mucho tiempo.



El alivio de Wilder duró poco. Se quedó paralizado ante el extremo de la masa de agua donde se habían detenido para que los caballos descansaran, con el cuerpo tenso de pronto.

—¿Qué pasa? —le preguntó Thea con una mano en la empuñadura de su espada.

Wilder ya estaba caminando entre los juncos y aferró con el puño la extremidad que flotaba en la superficie.

Se le formó un nudo en el pecho al arrastrar el cadáver hasta tierra firme, donde lo tumbó con cuidado y dio un paso atrás. No hacía mucho que esa persona había muerto.

Thea se colocó enseguida a su lado, con un grito ahogado en los labios.

—¿Es…?

Wilder observó al joven. Unas oscuras alas membranosas le salían de la espalda, y tenía garras en los dedos.

—Otro semiespectro —terminó la frase por Thea mientras asentía.

Ella se agachó junto a la cabeza de la criatura y examinó lo que Wilder ya había visto: la especie de red de venas negras que surcaba la piel humana que le quedaba, así como las cicatrices del pecho, desde donde lo habían transformado. Wilder estaba familiarizado con todo eso. Era imposible saber de dónde procedía la criatura ni de parte de quién estaba… Y, de no haber sido por los claros rasgos de espectro, tal vez habría sido un hombre normal y corriente, quizá de la edad de Wilder. Aquella posibilidad no le gustó en absoluto.

—¿Estos monstruos son muy comunes? —le preguntó Thea observando las alas del semiespectro, alas que estaban inertes y torcidas en ángulos extraños.

—Es difícil de saber. —Wilder se pasó una mano por el pelo—. Pero es raro que hayamos encontrado dos en territorios distintos.

—No parece una casualidad, desde luego.

El espadachín vio cómo Thea recorría con la punta de un dedo la estructura casi ósea del ala de la criatura, con una oscura expresión nublándole la cara. No podía hablarle de esos seres, todavía no. Si estaba equivocado con los semiespectros, la pondría en peligro y, si no estaba equivocado… Joder, si no estaba equivocado, no sabía qué significaría para ella y para los mediorreinos.

Pero, por una vez, su aprendiz no acudió a él en busca de explicaciones o respuestas. Estaba absorta en el semiespectro y en sus alas.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

Thea no apartó la vista de la criatura.

—He visto…

—¿Qué has visto?

—Algo parecido a esto —respondió lentamente, sin mirarlo a los ojos.

—Sí. —Wilder asintió con una espiral de temor en las entrañas—. En lo alto de los acantilados, con la enredadera.

—No. —Thea negó con la cabeza—. En mis sueños, Wilder. En el de anoche…

Con el corazón desbocado, Wilder se agachó a su lado y le sujetó la barbilla para girarle la cara y que dejase de observar a la criatura y lo mirase a él a los ojos.

—¿Viste a este semiespectro en concreto? ¿Cómo una premonición?

—No —susurró Thea mientras le temblaban las manos—. A este no. Era una mujer… Estaba vigilando a prisioneros como él. Semiespectros, como los llamas tú. Los estaban torturando. —Se estremeció—. ¿Crees… crees que fue una especie de visión? ¿Crees que vi el futuro?

—No lo sé… —repuso Wilder.

—A lo mejor me estoy volviendo loca.

Le resultó de lo más natural acercarse a ella. La abrazó contra su pecho, apoyando la barbilla en su cabeza.

—Jamás permitiré que ocurra eso.

Sintió cómo le desaparecía la tensión de los hombros a medida que Thea se relajaba contra su cuerpo.

—¿Cómo lo impedirías? —Thea sorbió con la nariz.

—Soy un espadachín, princesa. —Wilder le dio un apretón en la mano, tanto para calmarla a ella como a sí mismo—. Puedo impedir lo que me dé la gana.

—Me da a mí que son ilusiones tuyas. —Thea soltó un amago de carcajada al oírlo.

—Por lo visto, soy todo un iluso. —Wilder la ayudó a levantarse y, al instante, echó de menos la ausencia de su calor—. ¿Nos largamos de aquí?

—Pensaba que no me lo pedirías nunca. —Su aprendiz se estremeció.

Al retomar el camino a caballo, Wilder se preguntó si debería haberles preguntado a Torj y a Esyllt si los amigos de Thea podían acompañarlos. Sin duda, habrían relajado la situación; siempre sé reían y se comportaban como bobos. A Thea y a él les habría venido bien un poco de esa energía en ese momento.

—¿Qué esperamos que ocurra cuando lleguemos a Delmira? —le preguntó Thea de pronto.

—No sé si es muy probable, pero… —Wilder mantuvo la vista fija en el camino—. Espero que a lo mejor te devuelva algunos recuerdos o desbloquee una parte de ti que quedó enterrada hace tiempo.

—¿No debería haberme sucedido cuando nos enfrentamos a los segadores en las ruinas?

—No necesariamente. —Se encogió de hombros—. Por aquel entonces, no sabías quién eras.

—Sigo sin saberlo —murmuró ella, con palabras teñidas de una vulnerabilidad que Wilder supo que pretendía ocultar.

—Lo sabrás.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Tardé veinticuatro años en averiguar una mera fracción de la verdad.

—Ya lo descubrirás.

—¿Cómo?

Por el amor de las furias, se moría por decirle que confiara en él y que sentía en los huesos que Thea sería capaz de hacer algo grande, algo que los mediorreinos no habían visto nunca. Pero no eran palabras propias de un mentor. Eran palabras propias de un amante, y ya no lo era, si es que había llegado a serlo alguna vez.

—Tengo una corazonada, princesa —acabó diciéndole.

De pronto, las pesadillas y los semiespectros quedaron relegados al olvido, ya que la mirada que le lanzó al oír el apodo cariñoso fue abrasadora.

—Eso no me ayuda en nada.

—¿Qué te crees que he estado haciendo todo este tiempo? —Wilder puso los ojos en blanco—. ¿Trenzándote el pelo?

—Ya me gustaría verte intentarlo con esos dedos enormes que tienes —se burló Thea.

—Pues no me pareció que te molestara que fueran grandes cuando… —Se interrumpió, horrorizado de inmediato. Se había dejado llevar. Las palabras habían brotado por su cuenta.

Thea lo fulminó con los ojos, con la boca ligeramente entreabierta.

El calor enrojeció las mejillas del espadachín, que comenzó a tartamudear.

—No era mi… mi intención…

Sin embargo, Thea se limitó a observarlo antes de echar la cabeza hacia atrás y romper a reír. Fue una carcajada exuberante y profunda. Incluso llegó a sujetarse la tripa.

—Y yo que pensaba que habías olvidado lo que me habían hecho esos dedos… —le dijo al fin con una sonrisa.

—Es imposible que olvide nada que tenga que ver contigo. —Wilder sintió cómo una sonrisa le curvaba a él también los labios.

En ese instante, como no soportaba seguir a su lado sin tocarla, sin darle un beso, la miró con aire desafiante.

—¿Echamos una carrera hasta la cima?

Sin esperar a que le contestase, espoleó a su caballo para que se

pusiera a galopar, rezando por que aquella poca distancia pudiese aplacar el rugido que vibraba en su interior.

Estaba jodido. Completamente jodido.

Porque ardía de una forma por ella… Ninguna promesa, ningún deber ni nada podría ponerle freno.

CAPÍTULO 19

THEA



Thea ganó la carrera por los pelos. Pero daba igual, puesto que al otro lado de la colina se encontraba el reino de Delmira.

Oyó a Wilder coger aire.

—Bienvenida a casa.

Thea soltó una temblorosa exhalación cuando recorrieron las praderas y los brezos para reducir la distancia que los separaba no solo de las ruinas de Delmira, sino del armazón en lo alto de unos acantilados que tiempo atrás había sido Dorinth, la capital del reino.

Las colinas de ligera pendiente descendían hasta adentrarse en territorio delmiriano, dejando a la vista el enorme lago azul zafiro que había más allá. Thea tenía el nombre del lago en la punta de la lengua, pero la palabra se negaba a formarse del todo. La tierra que la rodeaba estaba pintada con vibrantes colores: la hierba era de un amarillo apagado y los pocos árboles que quedaban, grises, con la corteza descascarillándose.

—¿De verdad está maldito? —murmuró Thea inspeccionando la falta de vida. No había ni un pájaro en el cielo.

—No sé si es una maldición mágica, pero la tierra recuerda lo que sucedió aquí.

—¿Qué sucedió aquí? —Un escalofrío la cruzó de la cabeza a los pies.

—Esperaba que tú pudieras contárnoslo —dijo Wilder en voz baja.

El lugar le resultaba familiar, pero no la asaltó ningún recuerdo, ninguna visión de su casa ni reminiscencia de una madre o un padre.

—Audra dice que mi familia era una tirana…

—No es tu familia. Son personas con las que estás emparentada, nada más.

—¿Eh?

—Wren, Cal y Kipp son tu verdadera familia. La familia que has elegido.

Thea luchó contra el escozor que se le acumulaba detrás de los ojos. «¿Y tú no?», quería preguntarle, pero las palabras no le salían.

—Entonces, ¿no te preocupa que me convierta en una tirana sedienta de poder? —intentó bromear.

—¿Y a ti? —Wilder enarcó una oscura ceja.

—De todas las cosas que me preocupan de mí misma, esa está al final de la lista.

Siguieron avanzando alrededor del lago resplandeciente antes de poner rumbo más al norte. No tardaron demasiado en pasar por las ruinas exteriores donde solo unos meses antes se habían enfrentado a los segadores rheguld, donde habían perdido a Lachin y a otros cinco guerreros del gremio a manos de los monstruos. Mientras se movían entre los escombros, un escalofrío le bajó a Thea por la columna. Recordó cómo el segador se había concentrado en ella y cómo había olfateado el aire a su alrededor, como si hubiera percibido el poder que se gestaba bajo la superficie. Por aquel entonces ella no conocía su propio secreto, pero el monstruo sí. La

había reconocido y había ido a Thezmarr a por más…

—Fue un mal día —comentó Wilder a su lado—. Perdimos a gente buena.

Thea asintió. Hacia tiempo que la sangre de Lachin se había esfumado; cualquier indicio de la batalla que había tenido lugar había desaparecido, como si no hubiera ocurrido. Las ruinas eran una reliquia vacía que aseguraba una mentira: «Aquí no pasó nada». Sin embargo, el nombre de Lachin estaba tallado en las espadas de piedra de las furias del gran salón. Así era cómo todo el mundo iba a recordarlo.

«¿Y a ti cómo te van a recordar?», se preguntó Thea. «¿Tallarán tu nombre después de que hayas espirado el último aliento?».

Apretó la mandíbula y se reprendió por haber permitido la irrupción de esos pensamientos. Allí no le servían de nada. Debía concentrarse en su futuro, no en su muerte, aunque eran dos caminos intrincadamente entrelazados.

—¿Estamos en las afueras? —le preguntó a Wilder intentando retomar la tarea que querían llevar a cabo.

—Sí. —El espadachín señaló hacia las columnas en ruinas y las montañas de piedras rotas—. Aquí antes estaba la muralla exterior de la ciudad y las torres de vigilancia. Y las casetas de los centinelas también… La muralla se alargaba hasta el borde del acantilado. Tiempo atrás, había servido como lugar táctico y ventajoso para defender el reino.

—A Kipp le gustaría —murmuró—. Pero no fue suficiente para defenderlos…

—No. Las murallas y las torres de piedra no sirven de gran cosa para impedir la entrada de la oscuridad. —Wilder la observó y le hizo señas para que siguieran avanzando—. Entremos en la capital. A fin de cuentas, tus padres y tus antepasados eran de Dorinth.

El sendero, que formaba parte del camino de Wesford, apenas se distinguía entre las malas hierbas y los matojos que se habían apropiado del lugar. Thea guardó silencio, con la piel de gallina al seguir el camino hacia los pilares derruidos de lo que en otra vida

debían de haber sido las puertas oficiales de la ciudad. La entrada de Dorinth era una sombra de su antigua gloria y, sin que pudiera saber la razón, esa imagen le dolía en el corazón. Nunca vivió entre esas murallas. La ciudad había caído antes de que naciera. Entonces, ¿por qué le importaba? ¿Por qué sentía esa extraña pena por algo que jamás había tenido?

Thea miró a Wilder y dio gracias por contar con su presencia robusta y estoica. Pese a todo lo que había ocurrido entre ellos, una cosa estaba clara: cuando estaba a su lado, siempre le cubría las espaldas. Y, si bien lo echaba de menos, si bien deseaba aspirar su olor y recostarse entre sus brazos, tenerlo al lado de alguna forma la volvía más fuerte. Y ese fue el pensamiento que, más que cualquier otra cosa, la reconfortó.

Detrás de las murallas derruidas se alzaba el esqueleto de una ciudad. Una calle estrecha tras otra de casas abandonadas que formaban un vivo retrato de lo que debía de haber sido Delmira, tanto en su ajetreado apogeo como en su sobrecogedora caída. Cada una de esas casas había sido un hogar, el hogar de una familia, y ya no había más que vacío. Thea casi podía oír el eco de los gritos de terror de cuando los monstruos asaltaron el reino y la oscuridad los engulló a todos.

—¿Así es Naarva? —le preguntó a Wilder al bajar del caballo y asomar la cabeza en alguna que otra ventana.

—No. —Wilder negó con la cabeza—. En el tiempo posterior a su caída, Naarva se convirtió en una jungla descuidada. Esto, en cambio…

—Parece una ciudad fantasma.

—Sí —convino Wilder al desmontar.

—¿Dónde estabas cuando cayó el reino? —Thea inspeccionó la callejuela llena de tierra y los edificios en mal estado.

—Era pequeño y vivía en mi pueblo. Malik seguramente recordaría que nos avisaron de lo ocurrido si no tuviera la memoria a largo plazo tan dañada. Es difícil de saber.

—¿Qué recuerdas tú? —le preguntó ella.

—Solo recuerdo los cambios que hubo en los mediorreinos después de lo sucedido. El miedo que caló hasta en nuestro pequeño pueblo. La gente no dejaba salir a los niños después de cenar, hubo gente que se marchó hacia el sur. En el ambiente se respiraba que se avecinaba algo horrible.

—No se equivocaban.

—No. En absoluto.

Thea le sostuvo la mirada durante unos segundos. Los dos sabían que lo que acababa de describir él era el mismo mal presentimiento que se cernía ya sobre los mediorreinos. La historia estaba a punto de repetirse por tercera vez.

Después de respirar hondo, echó a caminar por la calle abandonada, seguida de cerca por Wilder. Llegaron a la plaza mayor vacía y se dirigieron hacia el enorme campanario del centro. Los brezos habían brotado entre las piedras de la base. A Thea se le revolvieron las tripas al verlo. Sin pensarlo, acarició las flores con los dedos, arrancó unas cuantas y les dio vueltas.

—¿Qué pasa? —le preguntó Wilder arrugando la nariz.

—Es que… —Antes de decirle nada, sin embargo, Thea se dio cuenta de que no le había contado al espadachín lo que había visto cuando el segador se le metió en el pecho. No le había hablado de Anya, la niña de la guadaña, ni de los oscuros hilos de magia… Tampoco del caos que se desarrolló en el patio de Thezmarr, que había olido a sangre… y a brezos.

El olor a musgo y a madera le resultaba familiar, procedente de una visión de hacía mucho tiempo.

—¿Thea?

No recordaba la última vez que Wilder la había llamado por su nombre. Sintió una punzada de anhelo en el solitario corazón.

—Todavía no lo se —respondió—. Siento decepcionarte, espadachín.

Algo titiló en la expresión del guerrero. Separó los labios como si fuese a protestar, pero cerró la boca con fuerza y optó por mirarla con intensidad. Thea deseó que no hubiera ningún muro entre ellos,

que fueran los dos contra el mundo. Pero quizá ya era demasiado tarde para eso. Habían decidido recorrer un camino distinto.

Tras soltar las flores y meterse las manos en los bolsillos para ocultar los temblores, Thea siguió el perímetro de la plaza en busca de algo que le proporcionase un recuerdo o una sensación. Entre tanto, Wilder la vigilaba como un halcón.

En el adoquinado de las calles serpenteantes habían crecido malas hierbas. El gris de los edificios emulaba el color de las nubes siniestras del cielo. Thea sintió cómo se agolpaban, casi oyó la llamada de la lluvia cuando se situaron encima de la ciudad.

Piedras blancas y madera podrida soportaban los restos de varias residencias y tiendas. El imponente campanario de la plaza parecía la única pieza de arquitectura robusta en pie del todo. El trazado de Dorinth se asemejaba a lo que Thea había visto en Hailford, la capital de Harenth: las calles se extendían formando círculos, más densas cerca del centro, donde se alzaban las ruinas del viejo castillo.

Costaba imaginarse la antigua gloria a partir de los escombros. Thea visualizó torres y muros gruesos de piedra, almenas con lugares para arqueros, un majestuoso puente levadizo y puertas impresionantes flanqueadas por guardias uniformados. Pero la capital del reino lucía un estado irreparable de ruinas, igual que el resto del territorio.

—Yo no llegué a vivir aquí —le recordó Thea a Wilder mientras paseaba entre los escombros y entraba en lo que suponía que habría sido un gran vestíbulo—. Delmira cayó hace treinta años. Ni siquiera había nacido.

—No, pero tus padres, tus abuelos y toda tu estirpe recorrieron estos pasillos y ocuparon los tronos de la sala del trono.

—¿Qué pasillos? ¿Qué sala del trono? —Thea señaló alrededor—. No queda nada.

—No es cierto. —Wilder apuntó hacia más brezos que crecían entre las ruinas—. Aquí sigue habiendo vida. Y lo que es más importante: sigues viva. Y Wren también. Y con eso basta.

El nombre de su hermana le provocó una punzada.

—Ojalá estuviera aquí para verlo —murmuró—. Pero sigo muy enfadada. —Le parecía surrealista admitir en voz alta la rabia que había acarreado desde la iniciación, desde que descubrió quién y qué era. Un puñado de lecciones con su hermana no habían enmendado el daño que había entre ambas.

—Wren intentaba protegerte —dijo Wilder en voz baja.

—Me mintió —contestó Thea, con obvio dolor en la voz.

—Y ya lo has dejado más que claro. —El espadachín inspeccionó el castillo derruido—. ¿Sabes lo que daría yo por poder discutir otra vez con Malik, por tener una nueva conversación en la que fuese él mismo, sin ningún tipo de dolor, el hombre al que conocía? —Wilder vaciló—. La vida es demasiado corta, sobre todo la tuya, como para guardarle rencor a la gente que te quiere.

Thea se encogió como si la última parte le hubiera cercenado un nervio. Era la primera vez que alguien se refería sin ambages a su muerte y la usaba como argumento en su contra, como si fuera un simple dato que argüir. Y no lo había esperado, no viniendo de él.

—Qué gracioso que lo digas precisamente tú. —Las palabras le salieron volando de la boca antes de que pudiera detenerlas.

—¿Qué has dicho? —le preguntó él en voz grave.

En los ojos plateados del guerrero brillaba la furia, pero Thea sintió la tormenta que anidaba en su propio corazón y, por una vez, la serenó.

—Ya me has oído —le soltó, atrevida—. Hablas de perdón, pero ¿y tú qué? ¿Qué pasa con Talemir? ¿Cuánto tiempo llevas cargando con la rabia? ¿Seis años?

—No sabes de lo que hablas.

—Entonces, ¿qué pasa conmigo?

Wilder se puso delante de ella con una sola zancada.

—¿Qué pasa contigo? —repitió con tono lúgubre.

—No me has perdonado por haberte mentido sobre mi piedra del destino y por habernos metido a los dos en este lío. —Thea detestó que le temblara la voz con un matiz de vulnerabilidad.

—Está olvidado.

—Pero no perdonado. Lo acarreas sobre esos hombros tuyos tan fuertes. —No se había dado cuenta de lo cerca que estaba de él hasta que lo tuvo delante de la cara y su aliento le hacía cosquillas en la piel.

—Esa no es la carga que acarreo.

—¿Ah, no? —insistió—. ¿Y cuál es si no?

Wilder se la quedó mirando. Observó sus facciones como si quisiera grabárselas a fuego en la memoria, y en todo momento con el semblante triste.

—Dijimos que nada de mentiras.

—Sí.

—Sin mentirte, y sin enturbiar las aguas de nuestro pacto, no te lo puedo contar. Es demasiado duro. Déjalo correr, Thea.

Thea se tragó el deseo ardiente por presionarlo hasta que le contase lo que le atormentaba y dio un paso atrás.

—Muy bien —repuso al fin—. Lo respeto.

—Gracias —respondió con voz ronca—. No es porque no me…

Pero Thea no oyó el resto. Algo entre los escombros llamó si atención y fue en esa dirección.

Habría sido fácil no verlo, debajo de montañas de piedra; y maderas rotas, pero, nada más divisarlo, supo reconocer sin problemas de qué se trataba.

Los restos de un trono.

Era el respaldo del asiento, con elaborados tallados de coronas y rayos por todo el arco. Thea apartó con los pies alguno; escombros para retirar tierra y restos.

El trono estaba en ruinas, hecho añicos, y casi era imposible reconocerlo. Sin embargo, Thea supo en lo más hondo de su ser qué era. Su padre o su madre lo habían ocupado hacía tiempo y desde allí habían ordenado la caída de los demás reinos, hasta que al final la oscuridad los barrió y acabó con el suyo.

—¿Thea? —La voz de Wilder la sacó del trance en el que se había sumido.

Extendió una mano y le sujetó el musculoso antebrazo.

—Mira… —jadeó señalando con la otra mano el segundo trono que estaba volcado entre los escombros.

Alrededor de las patas se retorcía una enredadera.

—Mierda. —Wilder enseguida se llevó las manos a las espadas.

Pero Thea se quedó observándola. Se parecía a la que habían encontrado en Thezmarr: hebras oscuras que reptaban sobre las piedras rotas y se curvaban sobre cualquier cosa a la que pudiesen aferrarse.

Entre las garras de la planta, Thea atisbo los restos de un esqueleto animal… Pero seguro que no era suficiente para alimentar al monstruo, ¿no?

—¿Puedes saber cuál fue el huésped original? —pregunte al guerrero al tiempo que desenfundaba su propia espada y se acercaba con tiento a los hilos exteriores de la criatura.

—Desde una distancia segura no —murmuró Wilder sin apartar los ojos de aquel ser mientras extraía del bolsillo el mismo frasco de cristal que había usado en los acantilados. Se lo tendió a Thea—. Solo hace falta verter unas cuantas gotas.

Thea rodeó el frasco con los dedos y ocultó la sorpresa que la embargaba.

—Acércate tanto como puedas al cuerpo principal, pero recuerda…

—No debo dejar que me toque, ya lo sé. —Thea terminó la frase por él y se dirigió hacia el monstruo.

Al advertir su presencia, varias extremidades se desplegaron a modo de brazos, dispuestas a rodearla e infligirle el daño inimaginable que Wilder le había descrito. Pero Thea no estaba asustada; se sentía liberada. Su mentor no había dudado en darle la oportunidad. En algún punto del camino, Wilder había comprendido que Thea necesitaba aprender por sí misma y, para conseguirlo, debía ponerse en peligro y dirigirse directa a él para volverse más fuerte.

Con sumo cuidado, destapó el frasco con los dientes, empuñando

la espada con la otra mano. Se movió con paso ligero para evitar las hebras de la enredadera y alcanzó un claro de escombros situado junto al cuerpo principal del monstruo.

Después de respirar hondo, vertió varias gotas del líquido sobre la criatura.

De las enredaderas empezó a emanar vapor, y la criatura profirió un silbido inquietante. El aire se llenó de un punzante olor a quemado…

Thea esperó sentir alivio, pero le hormigueó la nariz al percibir algo más allá del monstruo que se estaba convirtiendo en piedra a su lado. Dio media vuelta, lanzó el frasco y desenfundó la daga.

«Pelo quemado». Era el hedor que le llegaba, y generalmente solo significaba una cosa.

Wilder estaba cerca, también dispuesto a atacar: tenía las poderosas espadas preparadas, el cuerpo a punto de ponerse en acción en cualquier momento y los ojos brillantes y alerta.

Thea barrió las ruinas con la mirada. No había rastro de nada inapropiado, pero la sensación que se arrastraba por su piel y el olor agrio del entorno le aseguraban que estaban ahí… Espectros. Segadores.

—¿Sabes cuántos hay? —murmuró a Wilder.

—Por el olor no. —Giró una espada con un músculo temblándole en la mandíbula—. La enredadera era un puto cebo.

A Thea se le heló la sangre.

—Seguro que…

Un grito ensordecedor atravesó sus palabras y el aire que los rodeaba.

La oscuridad se apropió de las ruinas, seguida por una ráfaga de viento provocado por un par de alas membranosas.

Un espectro sombrío.

Aterrizó delante del espadachín y de la aprendiz, y extendió las alas con gesto amenazante mientras les mostraba las garras y emanaba unos hilos de obsidiana desde su cuerpo vigoroso y extraño. Con un gruñido, el monstruo dio un paso hacia ellos. Su piel

curtida resplandecía bajo los débiles rayos de sol que se filtraban entre su poder.

Thea clavó los talones en el suelo, con el miedo oprimiéndole el corazón.

«Es un espectro, no un segador. Te has enfrentado a cosas peores», se dijo. Esperó a que Wilder se abalanzara sobre la criatura. El espadachín no se movió. Durante un segundo Thea pensó que estaba cautivado por la oscuridad y por todos los horrores que ese ser era capaz de introducir en la mente de cualquiera, pero Wilder estaba completamente lúcido, simplemente se había quedado quieto.

El guerrero miró a Thea y enarcó una sola ceja, como si quisiera decirle: «Es tu oportunidad, aprendiz».

Acto seguido, esbozó una lenta sonrisa. Fue la señal que necesitó Thea para precipitarse hacia el espectro. Sus espadas formaron un borrón plateado cuando se agachó para esquivar las garras del monstruo y le lanzó cortes en las piernas por detrás.

Se puso frente a la criatura al instante, avanzando con cuidado entre los escombros e intentando anticipar el siguiente movimiento. El espectro atacó nuevamente, esta vez con un fuerte latigazo de poder de ónice. Thea lo cercenó y el monstruo chilló, sacudiéndose como si los hilos fueran una extensión de su cuerpo. Enfurecido, la golpeó con las garras irregulares.

Thea fue rápida, pero no lo suficiente.

Un dolor agudo le atravesó el brazo izquierdo y le arrebató todo el aire de los pulmones. Silbó entre dientes al soltar un siseo.

Pero no se detuvo.

Del espectro emergían látigos de magia que no solo se dirigían hacia ella, sino también hacia Wilder, que seguía quieto en el perímetro de la pelea, observando con las espadas en las manos. No se movió para defenderse, tampoco se movió para interferir cuando los bucles de oscuridad se lanzaron hacia ambos.

Thea no estaba dispuesta a permitirlo. Empuñó la espada y la daga para contrarrestar cada violento ataque y tan solo se detuvo

para sujetar la daga entre los dientes y lanzar las estrellas arrojadizas que llevaba en la bota hacia el corazón del monstruo.

Las pequeñas espadas no eran lo bastante grandes como para hacer daños graves, pero crearon una ventana de oportunidad, de distracción, así que Thea pudo agacharse, evitarlas espirales de oscuridad y saltar sobre el espectro con todas sus fuerzas.

Durante unos breves instantes, tras golpearlo, se preguntó abstraída cómo sería contar con la potencia proporcionada por las furias de un espadachín. Pero no tenía lo primero ni era lo segundo, por lo menos todavía.

Thea dirigió la espada hacia la carne sensible entre el hombro y la clavícula de la criatura. El ímpetu de su arremetida bastó para que el monstruo se tambalease hacia atrás con un aullido. El ruido le puso los pelos de punta, pero no había terminado, ni de cerca.

El espectro cayó de espaldas sobre las ruinas y Thea lo inmovilizó en el suelo. Arrancó la espada de la piel curtida del monstruo, de la que comenzó a manar sangre negra. A continuación, le clavó el filo en las alas. La criatura siseó e intentó golpearla, pero ella siguió haciéndole cortes por todas partes y, tras pisarle el cuello con una bota, empuñó la daga.

No dudó al perforarle el pecho con el filo de acero naarviano. Piel, músculo, tejidos y huesos cedieron ante la punta afilada del arma.

Mientras tanto, el espectro aulló, un ruido que resonó por todas las ruinas de Delmira.

Parecía apropiado destriparlo allí, en el cementerio de lo que tiempo atrás había sido la tierra de sus semejantes. ¿Cuántos gritos habían arrancado los de su índole a su gente? La pregunta llegó hasta ella desde lejos, como si estuviera dirigida a otra persona y a otra época.

Cuando el pecho del espectro sombrío se abrió ante ella, Thea no titubeó. Hurgó con la espada en el resto de las entrañas del monstruo y le rebanó el corazón.

Con un chillido de triunfo, arrancó la masa ardiente de la cavidad

pectoral. La sangre caliente y espesa le caía por el brazo cuando se giró hacia Wilder, con una imparable sonrisa en el rostro.

Sin embargo, la atención de Wilder no estaba en ella ni en el corazón del espectro que llevaba en las manos.

Estaba en la cornisa de un muro de piedra cercano.

Y en el segador rheguld que los observaba.

CAPÍTULO 20

WILDER



Wilder había estado tan concentrado en Thea que casi había pasado por alto el cosquilleo que sintió en la nuca y los hilos silenciosos de oscuridad que examinaban el aire que lo rodeaba.

Nada más verlo, y sin pensar, con el corazón preso de terror hacia su aprendiz, arrojó una de sus espadas hacia el segador rheguld que los vigilaba desde la pared.

Con sus propias sombras, el segador se limitó a apartar el arma voladora, como si no fuera más que un leve fastidio, como si la espada no hubiera sido impulsada por la fuerza de un espadachín proporcionada por las furias y como si el acero no estuviera imbuido de magia naarviana.

El monstruo se quedó mirando a Wilder, retándolo.

Y ni siquiera se movió.

Lo observaba desde lo alto del muro, vigilando con los nublados ojos azules cómo Thea se enfrentaba al espectro y olfateando el aire ensangrentado cuando ella le arrancó el oscuro corazón, Wilder no apartó la vista del segador, intentando adelantarse a su siguiente movimiento. Supo cuándo Thea se giró y cuándo vio lo mismo que

veía él.

Y entonces oyó el golpe seco que hizo el corazón del espectro al golpear el suelo, ya que Thea retrocedió entre los escombros para situarse a su lado.

—¿Qué está haciendo? —murmuró.

—Espiando. —Wilder flexionó los dedos alrededor de la espada que le quedaba.

El segador parpadeó al mirarlos, lo que fue más inquietante que un zarpazo o un latigazo. Wilder nunca había visto parpadear a una de esas criaturas. Era casi reptiliano, un párpado resbaladizo deslizándose lentamente sobre el ojo.

La mirada siniestra no estaba clavada en él, sino en Thea, sumamente voraz, como si pudiera paladearla desde el lugar que ocupaba sobre el muro. Wilder no tomó la decisión consciente de colocarse delante de ella, pero lo hizo de todos modos en un intento por bloquear el camino de la criatura.

No obstante, Thea le dio un empujón y se enfrentó al segador cuadrando los hombros.

—¿Qué quieres? —le dijo con voz fría y áspera.

El monstruo ladeó la cabeza, interesado, y emitió un extraño ruido. Al principio Wilder pensó que se trataba de un fiero siseo, el mismo sonido que profería su especie pestilente, pero no fue uno solo, sino muchos… Era un idioma que no comprendió.

Desafiante, Thea irguió la cabeza, cubierta aún por la sangre del espectro.

El segador pronunció de nuevo palabras desconocidas para todas las razas o reinos de los mediorreinos. Era un lenguaje antiguo que procedía del otro lado del Velo, con cadencia grave y lleno de malicia.

De repente, se desató la oscuridad.

Wilder pasó de ver a la criatura con claridad en las ruinas a no ver más que un manto negro a su alrededor.

En lo primero en lo que pensó fue en Thea.

Por los dioses, ¿dónde estaba? Si el monstruo volvía a clavarle las

garras, a Wilder ya no le quedaba aguandal de Aveum para salvarla. A ciegas, extendió los brazos hacia ella, pero tan solo encontró aire, aire que se movió al paso del poder que se desataba a su alrededor.

Un grito se le atascó en la garganta al desplomarse en la oscuridad.

Aterrizó en Islaton, junto al monumento de las furias en Naarva, y presenció horrorizado cómo su pasado, el de Malik y el de Talemir se reproducía ante sus ojos…

El mismo Wilder estaba luchando contra un espectro en el perímetro del círculo de piedras. La maldita criatura contrarrestaba sus golpes con ataques de poder de ónice y estuvo a punto de mandarlo hacia atrás. Wilder ignoró el pánico que le tensaba el pecho, ignoró el grito interno que necesitaba proferir para reunirse con los suyos. Si pudiese matar al puto monstruo, y quizá arrancarle las alas por si acaso, habría uno menos al que los demás debieran enfrentarse en la refriega. Cerca de él, Malik y Talemir luchaban codo con codo, la pareja más formidable del mundo: el Rompeescudos y el Príncipe de los Corazones.

«Muerte gloriosa, leyenda inmortal», le había dicho Malik a Wilder antes de precipitarse hacia el caos con una sonrisa frenética. Eran las mismas palabras que estaban talladas en la daga de su hermano y tatuadas en la espalda de Wilder: era una promesa y un lema del que ambos se habían apropiado tiempo atrás.

El chasquido del acero reverberó en el círculo de piedras blancas, igual que los gritos de sus compañeros guerreros. El hedor agrio a pelo quemado se mezclaba con el olor metálico de la sangre. Alrededor de sus fuerzas, los espectros gritaron y atacaron a los hermanos guardián y espadachín hasta separarlos con las garras y las sombras.

Wilder bloqueó con la espada una cuchillada de una garra ya ensangrentada y lanzó un tajo al abdomen del espectro. El monstruo gritó y batió las alas, encolerizado.

—¡Mierda! —Wilder experimentó un agudo dolor en el cuello y en el hombro. La criatura había conseguido golpearlo.

Tras ignorar la sangre caliente que le empapaba la camisola y la triste armadura, Wilder empujó al espectro…

Y oyó a alguien chillar cerca de él.

No era una persona cualquiera.

Era Malik.

Wilder se giró, a punto de abalanzarse hacia el ruido, y vio que su hermano se elevaba por los aires. Una criatura gigantesca, quizá de unos tres metros de altura, levantó a Malik como si fuera una muñeca de trapo, no un hombre fornido hecho y derecho.

—Mal…

Pero el nombre de su hermano murió en sus labios cuando Wilder presenció lo que ocurría, aterrorizado. Seguía golpeando el suelo con las botas al correr, pero el mal presentimiento que le envolvía el pecho le aseguró que no llegaría a tiempo. Sabía que no llegaría a tiempo…

Los segundos se alargaron cuando la criatura curtida empequeñeció el cuerpo gigante de Malik, lo levantó sin miramientos hasta muy arriba y lo estampó contra las rocas.

De cabeza.

El impacto provocó un chasquido espeluznante.

Que se repitió una y otra vez.

A Wilder se le escapó un grito ahogado. Todavía había mucha distancia separándolo de Mal.

El cuerpo de su hermano se quedó inerte en las garras del monstruo.

Su rostro era una masa sanguinolenta irreconocible.

A Wilder le fallaron las rodillas cuando otra voz familiar se alzó en la confusión. Jadeando en busca de aire, paralizado y aterrado, se giró hacia el ruido.

Era Talemir.

Wilder no podía respirar al ver las piernas de Talemir pateando y sacudiéndose bajo el agarre mortal de un espectro; no, no era un espectro como los demás.

Era una criatura diferente. Tenía cuernos en la grotesca cabeza y

era más grande…

El grito de Wilder retumbó por el círculo de piedra cuando se abalanzó hacia Talemir y el monstruo inmovilizó a su mentor contra las rocas y le clavó las garras en el pecho.

Varias sombras bailotearon alrededor de ellos cuando el segador rheguld alargó una mano hacia el corazón de Talemir…

Un relámpago atravesó Islaton.

Y ya no vio nada más.



Cuando abrió los ojos, Wilder vio una tormenta arreciando sobre las ruinas de Delmira. Y a Thea, que estaba esgrimiendo relámpagos contra el segador, expulsándolo de los escombros, alejándolo de él.

Wilder estaba arrodillado en el suelo.

Y la heredera de Delmira lo defendía contra la oscuridad.

Unas nubes espesas y enormes engullían el cielo y un viento gélido azotaba las ruinas, erizándole el vello de los brazos. Sin apartar la vista de Thea, Wilder se puso en pie entre tambaleos y vio cómo el segador se rendía ante el embate de la magia de su aprendiz.

Thea era una fuente de poder. Los truenos resonaban, y de la punta de los dedos le salían rayos de cegadora luz blanca que se dirigían al cielo y golpeaban al segador.

Las sombras del monstruo se retiraban. El monstruo se retiraba…

Thea partió el cielo por la mitad.

El lienzo de nubes se desgarró, como si fuese a mostrar otro mundo más allá de ese.

Aparecieron jirones de oscuridad, que se esfumaron enseguida.

Thea hundió los hombros; la magia de sus dedos se fue apagando rayo a rayo y la tormenta comenzó a amainar. Corrió hasta Wilder con expresión intensa y descarnada.

—¿Estás bien? —jadeó al tiempo que lo inspeccionaba y le

recorría el cuerpo con las manos en busca de alguna herida.

La preocupación de Thea estuvo a punto de romper a Wilder. Todavía le costaba respirar.

—Te ha provocado… —resolló, recostado contra una columna derruida.

Thea pasó la vista de la enredadera convertida en piedra en un rincón al corazón del espectro que había lanzado entre los escombros.

—El segador sabía que debía presentarse aquí… —murmuró.

—Sí —musitó Wilder. Lo que no dijo fue que la enredadera había sido una trampa perfecta para atraer a una heredera, una trampa que él debería haber visto venir. Durante unos segundos, quiso contarle todo lo que sabía, quiso confesárselo todo para que pudieran hacerle frente juntos. Pero las dudas se alzaron en su interior, como si de una marea alta se tratara. ¿Y si era demasiada información y demasiado pronto?

Thea observó cómo los últimos restos de sombras se desvanecían en el cielo.

—Ahora sabe quién soy. Sabe qué soy.

—Es probable que haya ido a informar a la Hija de la Oscuridad… Me parece que quieren saber de qué eres capaz —admitió Wilder.

—Estupendo. —Su mirada era de acero inquebrantable—. Ahora saben que deben tenerme miedo.

CAPÍTULO 21

THEA



Thea todavía sentía la tormenta en los huesos y en el corazón. Todavía sentía la tempestad rugiendo en su interior al ayudar a Wilder a ponerse en pie. El espadachín lucía una preocupante palidez. Ella nunca había experimentado tanto terror, nunca había experimentado un horror tan hondo al verlo desplomarse y que la oscuridad le azotase la mente y el cuerpo.

La negrura había hecho daño al guerrero. Y eso había desatado algo dentro de Thea y la había vuelto incapaz de albergar un solo pensamiento consciente. Se había movido por instinto y había convertido el temor hacia Wilder en algo más poderoso y más mortífero: en rabia.

En esa rabia encontró su magia. En esa rabia invocó las tormentas y las lanzó sobre el enemigo. No había habido estrategia ni precaución, tan solo acción.

Tan solo un relámpago en sus venas y un trueno en su corazón.

Y había desatado la furia sobre el reino. La había utilizado sin ritmo ni razón a fin de proteger lo único en el mundo sin lo cual no podía vivir.

Thea observó a Wilder, aún con un miedo intenso y frágil en el pecho. Estaba claramente alterado, el gigantesco guerrero estaba sin habla después de lo que había presenciado, después de lo que ella había hecho.

Nunca lo había visto flaquear, nunca se había preguntado si Wilder seguiría luchando o no. Hasta ese preciso instante.

Cautiva de la magia de las tormentas, había atisbado retazos de las pesadillas que el segador había infligido en el espadachín. Se dio cuenta de que no era una pesadilla, sino un recuerdo. Era el día en el que Malik terminó herido, y también Talemir, por lo que le había parecido. La impotencia y la pena de Wilder habían impregnado cada destello del recuerdo que había presenciado, tan conmovedor que estuvo a punto de superarla.

—¿Lo has visto? —le preguntó Wilder con la voz ronca por la vergüenza. La miró a la cara y Thea se maldijo por no poder ocultar sus emociones. Wren le Había dicho que a estas alturas debería dársele mejor.

—Solo unos fragmentos —contestó mientras reprimía las ganas de tocarlo y consolarlo. Tan solo quería decirle que no pasaba nada, que su dolor era también el suyo y que…

—Has visto cómo les fallé —gruñó.

—No. —Thea negó con la cabeza—. Te he visto luchar. Te he visto luchar hasta que no pudiste más.

Wilder soltó una oscura y quebrada risotada.

—Llámalo por su nombre: fracaso. Y, por mi culpa, las dos personas a las que más quería cambiaron para siempre.

Thea no discutió. Sabía que sus palabras no servirían de nada mientras él siguiese en el espacio entre el dolor recién desenterrado y el presente. Se dirigió a las mochilas y le acercó una cantimplora con agua.

—Bebe —le ordenó.

—En teoría soy yo quien debe velar por ti… —murmuró Wilder.

—La amistad no funciona así.

—¿Ah, no?

—La nuestra no. —Se cruzó de brazos—. Bebe.

Para su sorpresa, la obedeció.

Thea dejó a Wilder a la sombra de las ruinas para ir a buscar a los caballos. Sabía que su mentor debía procesar lo que había ocurrido y que debía procesarlo a solas. Le dolía dejarlo ahí, y se opuso a todos los instintos protectores que le chillaban que lo abrazase fuerte. Pero es que quería hacer lo que fuese mejor para él, y en ese momento sabía que Wilder necesitaba desmoronarse y reconstruir su armadura en privado. En ese aspecto, se parecían mucho.

Además, ella también necesitaba moverse para que la conmoción de lo que había hecho no la golpease y la volviese inútil… Y sabía que esa conmoción se avecinaba.

La combinación del miedo que había sentido por la vida de Wilder y el vínculo indefinido con su tierra natal ancestral habían prendido fuego y dado vida a la magia de su interior… Y le preocupaba que no pudiese volver a encerrarla en la botella.

El segador le había mostrado a Wilder sus peores recuerdos, un bucle de dolor y sufrimiento y culpa diseñado para propinarle un corte tras otro, hasta matarlo con mil cuchilladas. Pero Thea no solo había visto el recuerdo de Wilder, sino también el suyo propio, o lo que suponía que era el suyo.

Un campo de flores. Dos pares de manos pequeñas que las trenzaban para formar un collar.

El olor a brezos.

La oscuridad de estar oculta en un carruaje, traqueteando sobre un terreno irregular, con un cuerpecito a cada lado.

«Acuérdate de mí». Esas palabras se repetían una y otra vez, una melodía escalofriante del pasado que era incapaz de llevar a un primer plano de su mente, a excepción de los retazos que el segador le había mostrado.

Su cerebro se fustigaba y exigía que se formaran las imágenes, que recordase lo ocurrido. Sin embargo, Thea era muy pequeña y estaba muy asustada.

Tan solo cuando se aproximó a los caballos se recobró por completo. Comprobó el estado de los animales y, cuando se aseguró de que estaban bien, los ató a un poste cercano, y entonces vio algo de reojo que le llamó la atención.

Un cartel se había caído del marco metálico y estaba en el suelo polvoriento, junto a una puerta destrozada.

«Armería de Dorinth», rezaba. Era el lugar que tiempo atrás había albergado todos los secretos de la brillantez de una armadura de espadachín. Salvo la de Wilder… Él había superado el Gran Rito después de la caída de Delmira y no había podido recibir como regalo la misma armadura que sus predecesores.

Sin ser consciente, Thea echó a caminar hacia la armería. Era poco más que un escaparate deteriorado, con las ventanas rotas y solo algunos trozos de la puerta en los goznes. Sin embargo, aquello no le impidió asomar la cabeza al interior ni cruzar el%umbral de la entrada.

Hacía tiempo que unos animales salvajes habían destrozado o saqueado el local. Una espesa capa de polvo cubría todas las superficies y no había gran cosa, más allá de unos cuantos muebles destartalados y extrañas herramientas esparcidas por el suelo. Las botas de Thea crujían sobre los cristales rotos mientras caminaba por el establecimiento y se imaginó el aspecto que debía de haber tenido en su apogeo. Quizá había un probador en un rincón o un pedestal donde el flamante nuevo espadachín se colocaba mientras le tomaban las medidas para cada una de las piezas de su armadura…

Thea sintió una mayor conexión y un mayor vínculo histórico con esa tienda destruida que con las ruinas del castillo de su familia.

«Qué curioso», pensó al pasar las manos por su propia armadura y examinar los estantes que estaban detrás del mostrador.

Allí encontró un montón de pergaminos amarillentos atados

dentro de una funda protectora de piel. Con el ceño fruncido, sopló el polvo y extendió las páginas en la mesa.

Eran esbozos. Docenas de esbozos de distintos tipos de armaduras. Identificó la especie de jubón acolchado de lino o lana de cuerpo entero conocido como gambesón. Esyllt se ponía uno todos los inviernos y luego en verano maldecía el aislamiento térmico de la prenda.

Al pasar página, encontró el diseño de una armadura hecha de cuero hervido; era la que llevaban la mayoría de los guardianes de Thezmarr, pues era la más barata de elaborar y se podía obtener sin problemas en Harenth. A partir de una de esas habían fabricado la suya. Aunque Thea sabía que se desgastaba enseguida, sobre todo si el guerrero no se acordaba de untarle aceite a menudo, algo que casi todos hacían, claro. Wilder todavía debía enseñarle a cuidar de su armadura.

Un ruido de goteo la distrajo y, al bajar la vista, vio que estaba sangrando. Tenía un feo corte en el brazo izquierdo. Apenas recordaba que el espectro la hubiese golpeado en plena batalla, pero en esos instantes no sentía nada.

Thea siguió hojeando los esbozos —cotas de malla, planchas de acero, brigantinas y combinaciones de todo a la vez— hasta que llegó a la última página. En el margen superior aparecía un símbolo que conocía bien: dos espadas en forma de cruz con una tercera atravesándolas por el centro, el emblema de los espadachines. Y debajo de la insignia había más esbozos de armaduras.

Cogió el pergamino por los extremos con cuidado para no emborronar los diseños ni mancharlos con los dedos ensangrentados. Sintió un repentino nudo en el pecho al pensar en el espadachín que nunca había obtenido esa armadura, a quien no le habían ofrecido lo mismo que a los que lo precedieron, a pesar de haber superado los peligros del Gran Rito. Se le rompió un poco el corazón y, acto seguido, plegó con cuidado el último boceto y se lo guardó en el zurrón.

Cuando salió de la armería, le sorprendió ver que por encima de

las ruinas todavía había nubes oscuras. Saboreaba la tormenta en la lengua y, una vez más, sintió el destello de magia en las venas, que le picaba en la punta de los dedos.

Esa inquietud y presión que siempre había experimentado habían comenzado a reconstruirse.

Sabía que Wilder tenía razón, que el segador rheguld había llevado a cabo una misión de exploración y que se había enterado de los poderes de Thea para contárselos a su señora. La informaría de que una heredera de Delmira estaba viva y de que su magia podía invocar relámpagos de la nada. Ese secreto ya no le pertenecía solamente a ella.

Pero no fue lo único que había deducido de la escaramuza.

Se habían enterado no solo de su fuerza…

Sino también de su debilidad.

Wilder Hawthorne.

CAPITULO 22

WILDER



Wilder tardó más de lo que estaba dispuesto a admitir en recuperarse del ataque del segador. Por más que estuviera familiarizado con las pesadillas, verse transportado de golpe a la batalla de Islaton fue una experiencia totalmente distinta. Todavía podía saborear el dolor y la desesperación, cuyo peso seguía acarreando en el pecho.

«Malik. Talemir».

A los dos los hirieron delante de él sin posibilidad de recuperación.

Cuando dejaron de temblarle las manos, fue a buscar a Thea. Detestaba que, después de haberse enfrentado a tres monstruos distintos, hubiese tenido que ir sola a merodear por las ruinas de la ciudad. Detestaba más todavía haberse visto demasiado superado por la situación como para acompañarla. Se percató de que ella lo había hecho por él; había visto la parte rota de Wilder, cuyo trauma debía sanar por su cuenta.

Armándose de valor luchó contra todo lo que sentía en su interior, y la encontró sentada en el borde de una fuente seca, con la

mochila abierta a sus pies. Estaba encorvada hacia delante y no llevaba camisa, tan solo la cinta que le cubría los pechos. Tenía el brazo izquierdo manchado de sangre y una aguja e hilo en la temblorosa mano contraria.

La oyó maldecir en voz baja y la vio extender un brazo hacia un frasco que estaba en el suelo. «Extracto de fuego». Wilder lo olió en el viento. Por lo visto, Thea había encontrado el alijo que llevaba en su bolsa.

Wilder la observó en silencio mientras ella vertía el licor y se concentraba de nuevo en la herida supurante del bíceps; sin duda, intentaba hacer acopio de valor para coser el primer punto. Esa era siempre la peor parte.

El instinto le rugía que fuese con ella, que la cuidase y consolase, que le quitase el sufrimiento. Le dolía verla así, pero así era cómo se forjaba un espadachín.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó al acercársele.

Thea ni siquiera levantó la vista. Ya había reparado en su presencia.

—Un error estúpido por mi parte con el espectro —respondió con los dientes apretados.

—Error que no volverás a cometer, ¿verdad? —le dijo con voz áspera al inspeccionar la herida.

—Espero que no. —Thea siseó al arrimarse la aguja a la piel.

Wilder ocultó una mueca de dolor.

—Creía que Farissa te había enseñado curas en el campo de batalla.

—Sí. Es que es un poco distinto cuando te curas a ti mismo, espadachín. No todos nos emborrachamos con alcohol y luego dormimos la mona. —Seguía sin mirarlo, pero él vio las gotas de sudor que le perlaban la frente.

—Dame —se ofreció con una mano extendida hacia la aguja.

—Puedo hacerlo yo.

—Ya lo sé, pero te enseñaré cómo para que no hagas un destrozo y te cosas el brazo al cuerpo o algo.

—Sería algo propio de Kipp. —Se le escapó un amago de carcajada.

Wilder tan solo gruñó y aceptó la aguja que le tendía.

—Supongo que ya habrás limpiado la herida y las herramientas.

—Pues claro. Pero a ti no te he visto lavarte las manos…

Wilder dio un paso atrás. Tenía razón. Por los dioses, estaba tan metida en su cabeza que hasta las labores más básicas le resultaban complicadas.

Después de haberse lavado las manos lo mejor posible con una de las cantimploras, regresó a su lado.

—Debes alinear los extremos de la herida —le dijo moviéndole una mano para que se sujetara la carne—. Y luego tienes que clavar la aguja en la piel en un ángulo de noventa grados para no clavarla en la grasa.

Thea soltó una maldición cuando le perforó la piel con la aguja.

—Duele más que el puto corte.

—Ya te acostumbrarás.

—Ah, estupendo.

—Giras la mano y la hundes más. —Se lo mostró—. Así la aguja saldrá por el otro lado de la herida. Lo mejor es que esté justo enfrente del primer punto.

Supuso que Thea apartaría la vista, pero su aprendiz estaba analizando cómo los dedos manipulaban la aguja en su piel, como si se hubiera disociado del dolor y estuviera memorizando la lección.

—Inténtalo tú. —Wilder le pasó la aguja—. Llegará el momento en el que debas hacerlo sola.

Con el ceño fruncido, Thea obedeció y se clavó la aguja, maldiciendo en voz baja durante el proceso.

—Lo ideal es que los extremos de la herida se toquen, pero sin estar demasiado tensos. El nudo debería quedar plano. —Wilder cogió el frasco a los pies de ella y bebió un trago del extracto de fuego. Se deleitó con el ardor que le provocó el alcohol en la garganta.

—Era para uso medicinal —masculló Thea antes de morderse el

labio y alcanzar el final de la herida.

Wilder se limitó a beber otro trago.

—¿Sabes cómo hacer el nudo?

—En teoría. Es diferente cuando es tu propia herida. No puedo usar este brazo…

—No quedará perfecto, pero dará el pego. —Le enseñó cómo rodear la aguja con el hilo para crear el inicio de un nudo antes de ofrecerle la daga para que cortase el hilo restante.

Cuando Thea lo hizo, se hundió en la repisa de la fuente con un gemido.

—Ha sido sumamente desagradable.

—Tienes que limpiar la herida otra vez y luego vendarla.

—Dame un minuto, espadachín. Déjame recobrar el aliento.

El pelo le caía sobre los ojos y no había nada que Wilder deseara más que alargar el brazo y pasárselo detrás de la oreja. Pero se contuvo.

—En plena batalla, o viajando sin provisiones, no tendrás tiempo de recobrar el aliento.

—¿Cómo aprendiste tú?

—Viajando sin provisiones.

—Me lo imaginaba. —Thea cogió la camisa manchada de sangre, arrancó un pedazo del dobladillo con la mano sana y con los dientes antes de rociarlo con extracto de fuego y aplicarlo sobre la herida recién cosida con una miríada de originales maldiciones.

—Pensaba que no limpiabas las heridas así —le soltó él al recordar la reprimenda de Thea cuando terminó herido en la anterior batalla contra los segadores.

—Por lo visto, he aprendido del mejor.

Wilder no supo qué contestar. Se pasó una mano por la cara, demasiado afectado por el revuelo mental del segador, por haber visto a Thea sufriendo y por no haber sido capaz de cuidarla como quería.

—No dejes que se te infecte —masculló.

—Eres muy mandón —resopló Thea mientras probaba a mover el

brazo con una mueca.

—Gajes del oficio.

—¿No se debe simplemente a tu encantadora personalidad?

—También.

Thea no se rio. Se limitó a observar el cielo lúgubre.

—¿Crees que volverán?

—En el futuro inmediato, no… —respondió lentamente él tras meditarlo.

—Pero ¿deberíamos irnos de aquí de todas formas?

—En circunstancias normales te diría que sí, pero, entre tu herida y que yo no estoy al cien por cien, creo que hay que descansar.

—Yo puedo seguir.

—Vale, tú puedes seguir sin problemas —admitió Wilder—. Pero, como hemos aceptado una política de sinceridad total… Yo no sé si puedo seguir. El segador me ha dejado fatal. —Le costó pronunciar esas palabras. Jamás había confesado nada parecido en ninguna batalla ni refriega. Pero estaba trémulo y frágil, y lo ponía nervioso retomar el viaje en esas condiciones y no poder ofrecerle a Thea una protección absoluta. Aunque al parecer ella no la necesitaba.

Wilder levantó la vista y vio que Thea lo estaba observando. La cara que ponía le dejó claro que había visto más partes de sus recuerdos de lo que le había contado. Wilder sintió que le ardía la cara y que la vergüenza afloraba a la superficie.

—¿Ya te había pasado? —le preguntó Thea en voz baja.

—Hasta este extremo no… —Se tragó el nudo de la garganta—. Las furias me hicieron fuerte. Por lo general, consigo mantener a raya las visiones de los espectros. Hoy… hoy he estado más susceptible.

—¿Por qué?

Wilder puso una mueca.

—¿Por qué? —insistió Thea.

La miró a los ojos y le permitió ver el dolor que hacía lo imposible por ocultar.

—Porque estabas tú aquí. Porque tenía miedo por ti. Me he

desconcentrado.

—Y eso te ha vuelto…

—Vulnerable.

—Lo siento —musitó ella.

Al oírla, Wilder se rio.

—No lo sientas. Me da a mí que el miedo que sentía por ti era totalmente infundado.

—Pues la próxima vez a lo mejor deberías recordarlo. —Thea le dio un codazo con el brazo sano.

—Tomaré nota, no te preocupes.

—Quizá podrías tatuártelo en la frente.

—Ni hablar, princesa. No me gustaría marcar esta cara tan bonita que tengo.

—«Bonita» no es la palabra que usaría yo para describirla. —Thea se rio por la nariz.

—¿No? ¿Cuál usarías tú?

Thea lo observó y le lanzó una mirada dolida y arrepentida antes de negar con la cabeza y ponerse en pie.

—Territorio peligroso, amigo mío.

—¿Acaso no lo es siempre? —replicó Wilder. Para él sí. La promesa de amistad que habían hecho no cambiaba lo que sentía por ella. Nada lo cambiaría. Pero, antes de que Thea pudiese contestar, antes de que recorrieran un camino en el que no podrían retroceder, decidió peinar las ruinas con la vista—. Esta noche acamparemos aquí. Nos ofrece un cobijo decente del viento, y disponemos de suficientes raciones y de agua.

Thea lo miró con gratitud y Wilder supo que había tomado la decisión correcta. Ella jamás sería un lastre para los dos, pero necesitaba descansar tanto como él.

—¿Quieres que vaya a cazar algo? —le propuso—. Creo que te iría bien una buena comida.

—Por aquí no hay nada que cazar —contestó Wilder.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Supongo que podríamos hablar, aprendiz. —Enarcó una ceja.

—¿Hablar?

—¿No te suena ese verbo? Es cuando dos personas intercambian palabras…

—Muy gracioso. —Thea puso los ojos en blanco—. Perdona que me sorprenda. No eres precisamente famoso por mantener animadas conversaciones.

—Eso me ha dolido. —Wilder echó a caminar hacia las ruinas del castillo, con Thea pisándole los talones.

Se encargaron de los caballos, los desensillaron y se aseguraron de que los animales tenían hierba donde pastar. Después de llevarse las bolsas y los arreos hasta las ruinas, mientras el sol descendía en el horizonte, instalaron un campamento básico, con un muro tras ellos y una pequeña fogata crepitando entre los escombros.

Con la luz que quedaba, Wilder optó por sacar el kit de costura. La manta de montura de Bollito necesitaba un remiendo, igual que su par de pantalones extra. Supo que Thea lo observaba con curiosidad cuando hilvanó la aguja y comenzó a coser la manta.

—¿Quién te enseñó? —le preguntó.

—Mi madre. —Wilder no levantó la vista de la costura—. Siempre decía que era una buena habilidad. A Mal y a mí nos dijo que, si algún día encontrábamos a una mujer dispuesta a aguantarnos, no tenía por qué zurcirnos los calcetines.

—Me cae bien. —Thea emitió un ruido de aprobación.

—Era una mujer muy especial —le dijo Wilder—. Murió hace mucho tiempo.

—Lo siento.

Wilder se lo agradeció con un asentimiento y siguió cosiendo la manta. Hiciera mucho tiempo o no, siempre que sacaba aguja e hilo se acordaba de su madre. Ese kit de costura le había pertenecido a ella.

—¿A Malik le enseñó a trenzar cuero? —le preguntó Thea.

—En realidad, eso fue mi padre. Cuando éramos pequeños, fue curtidor.

—¿Qué clase de cosas hacía?

—De todo, supongo. Era el único que trabajaba cuero en varios kilómetros a la redonda. La gente le llevaba pieles de animal de todas partes. Pero a él le encantaba hacer cinturones con los materiales restantes. De ahí sacó Malik su costumbre de trenzar cuero. Antes de que lo hirieran, solía grabar los cinturones de todos los espadachines.

Se inclinó para enseñarle el diseño intrincado que su hermano había tallado en el cuero de su propio cinturón.

—¿Ahora ya no puede hacerlo? —le preguntó Thea mientras lo observaba.

—No, porque le tiemblan las manos. Se limita a trenzar. —Ató el nudo de hilo y dejó a un lado la manta, mirando a Thea por encima del fuego—. ¿Algo más que quieras saber?

—Quiero saberlo todo. —Un rubor rosado le coloreaba las mejillas.

Wilder sonrió y alargó una mano hacia sus provisiones. Le tendió la cantimplora de agua.

—Bebe.

—Ya he bebido…

—No te lo estaba pidiendo. No bebes suficiente agua.

Frustrada, Thea chasqueó la lengua, pero le hizo caso. Cuando él le tendió un cuenco rebosante de comida, lo aceptó sin protestar.

—Hay cosas que a mí también me gustaría saber —le dijo Wilder —. ¿Y si jugamos a algo para ganarnos las respuestas?

—¿A qué? —le preguntó Thea con la boca llena de pan.

—¿Al noddy? —dijo sacando una baraja de cartas de la bolsa.

—No sé qué es eso.

—Pues añádelo a la lista de las cosas que te voy a enseñar. —Wilder no tuvo la intención de guiñarle un ojo. Es que… olvidó momentáneamente el pacto que habían hecho.

Pero una sonrisa curvó los labios de Thea.

—Menuda lista llevamos ya, espadachín. —Terminó de comer y se limpió las manos en los muslos—. De acuerdo. ¿Cómo se juega?

Wilder se apresuró a explicarle las reglas y se dio cuenta de que

hacía años que no jugaba… No desde que Talemir y él viajaban juntos y Tal convenció a un grupo de mujeres para jugar a desnudarse en lugar de a hacer preguntas y contestarlas.

Expulsó con violencia aquel recuerdo. No debía pensar en Thea sin ropa.

Cuando terminó de dividir las cartas por palo y dejó una boca arriba entre ambos, la miró bajo el resplandor del fuego. La desalmada trenza le enmarcaba la cara y tenía los ojos brillantes. Por todos los dioses, qué guapa era.

—¿Preparada, aprendiz?

—Nací ya preparada, espadachín.

CAPITULO 23

THEA



A Thea se le formó un nudo en el pecho mientras intentaba no mirar fijamente a Wilder ante el titileo de las llamas. Los rasgos del guerrero, que por lo general irradiaban fiereza, estaban suavizados, y lucía una amable sonrisa en los labios.

Wilder giró la primera carta. Thea apartó la vista de él y la clavó en sus cartas, pero fue consciente de que el espadachín seguía observándola.

Tras estudiar la mano en busca de la carta más alta, la puso en el centro. Wilder la imitó.

Tiraron cartas en silencio durante un rato, a la espera de que apareciera una sota o el comodín. La partida duró eternamente, y Thea aprovechó el tiempo para decidir qué iba a preguntarle y qué secretos podría arrancarle.

Pero fue Wilder quien ganó la primera ronda, por lo que cogió las dos cartas y la miró con una sonrisa arrogante.

—Me parece que puedo hacerte una pregunta, aprendiz.

—Muy bien, dispara —dijo con los dientes apretados. Odiaba perder. Debería haberlo retado a una partida de alquimistas bailarinas.

—¿Cómo te hiciste amiga de Callaban y de Kristopher?

De todas las cosas que esperó que pudiera preguntarle, aquello no entraba en las posibilidades. Por no hablar de que los nombres de pila de sus amigos sonaban extrañamente formales, tanto que se rio y todo.

—¿Eso es lo que quieres saber?

—Eso es lo que quiero saber.

—Vale, vale… —Thea se encogió de hombros—. El día que me llevaste ante Esyllt para comenzar el entrenamiento como escudera, nos asignaron limpiar la armería. Según nuestro querido maestro armero, los tres éramos igual de inútiles. Soy amiga suya desde entonces.

—¿Y ya está?

—Más o menos. Cuesta quitárselos de encima.

—Ya me había dado cuenta.

—¿Estás celoso porque no tienes amigos? —lo provocó.

—Dice mi autoproclamada amiga… —Wilder se rio.

—¿Me estás diciendo que no soy tu amiga, espadachín?

A Wilder se le escapó una sonora carcajada.

—Te estoy diciendo que es probable que seas mi mejor amiga, aprendiz.

—Qué deprimente —exclamó, pero sintió cierto calor en el pecho.

—A mí no me importa. —Le dedicó una sonrisa torcida.

Thea se sonrojó y señaló las cartas.

—Otra ronda.

Jugaron de nuevo y, esta vez, Thea ganó con la carta más alta. Celebró la victoria con un grito.

—Veo que eres modesta, ¿eh? —le dijo Wilder, divertido.

—Cuesta ser modesta cuando eres la mejor —repuso.

Él se rio, y Thea pensó que no había ningún sonido en el mundo

que le gustase más. Se echó hacia atrás y se apoyó en las palmas mientras pensaba en lo que quería preguntar. De todas las cosas que desconocía sobre el espadachín que la acompañaba, el zafiro de la cabaña permanecía en su mente.

El calor le subió de nuevo a las mejillas, y se maldijo por ser tan idiota.

—¿Has tenido…?

—¿He tenido qué?

—¿Has tenido muchas amantes? —Se moría de la vergüenza.

—¿Eso es lo que me quieres preguntar? —Wilder enarcó las dos cejas.

—Es que…

—Pregúntame lo que quieras saber de verdad, Thea.

Al oír su nombre en los labios del guerrero, flexionó los dedos de los pies en las botas, pero el zafiro seguía resplandeciendo en su cabeza.

—¿Con quién estuviste antes de mí? —Le costó tragar saliva, pues no sabía si quería la siguiente respuesta—. O después de mi…

A Wilder se le oscurecieron los ojos al colocar las cartas boca abajo en el suelo.

—No he estado con nadie desde que te conocí. Con nadie en las tres semanas que pasaron tras lo del bosque Sangriento —le contestó con sumo respeto—. Ni he querido.

Thea soltó una temblorosa exhalación y se dio cuenta de lo rápido que le latía el corazón.

—¿Y antes?

—De eso hace mucho tiempo. —Wilder suspiró.

Thea esperó y lo vio apartarse el pelo de la cara y mirarla a los ojos otra vez.

—Se llamaba Adrienne. Me… me importaba mucho. Era muy buena conmigo.

—Te lo mereces —dijo Thea con el corazón desbocado—. Te mereces que alguien sea bueno contigo.

—¿Seguro? —Le lanzó una sonrisa triste.

Las cartas quedaron olvidadas entre ambos.

—No te lo diría si no fuera en serio —le aseguró—. ¿Cuándo lo dejasteis?

Wilder titubeó. Por lo visto, no sabía si contárselo o no.

¿Era tan reciente que todavía le dolía? ¿Le dolería a ella saberlo?

—Hemos dicho que seríamos sinceros —le recordó.

El guerrero suspiró.

—Hace seis años. Más o menos.

—¿Seis años? —balbuceó, parpadeando—. ¿No has… con nadie… en seis años?

—Me tomaré tu sorpresa como un cumplido, aprendiz —le soltó con frialdad.

—Pero…

—Ya te he contestado a tu pregunta. A varias, de hecho. Y, si vamos a dejar la excusa del juego de cartas, te preguntaré lo mismo a ti.

La miraba con unos ojos plateados muy intensos, que centelleaban con el reflejo de las llamas del fuego.

Thea respiró hondo.

—No he estado con nadie desde… —respondió poco a poco. En las tres semanas que habían transcurrido desde su primer polvo, tan solo pudo pensar en él. Enfadada y dolida, de acuerdo, pero solo en él.

—¿Y antes? —se interesó.

—Con nadie importante. Con nadie que significara algo. —Sonaba dura, pero era la verdad.

—¿Qué me dices del aprendiz del maestro establero?

Thea frunció el ceño, confundida, antes de recordar el breve encuentro en los establos y que Evander casi había huido a toda prisa al ver al guerrero en el umbral.

—Mi primera vez fue con él.

—¿Y no fue especial para ti?

Thea cogió el frasco de extracto de luego, que estaba apoyado en la bolsa del espadachín, y bebió un trago. Puso una mueca

cuando el ardor le bajó por la garganta.

—Fue lo que necesitaba que fuera en el momento… Hasta que dejó de serlo.

—¿A qué te refieres? —La voz de Wilder se había vuelto grave, similar a un gruñido.

—Él pensaba que era ridículo que me pusiera ropa de chico e intentara ser guerrera. —Thea se limitó a encogerse de hombros—. No quiso saber nada más de mí cuando se enteró de mi objetivo. Creo que le avergonzaba.

Wilder se revolvió.

—¿Quieres que me encargue de él por ti? —le preguntó con tono totalmente serio.

—No creo que sea necesario… —Thea rompió a reír.

—No me gusta su aspecto. —Wilder cogió aire.

—¿Y esa es razón suficiente para matar a un hombre? —Sin dejar de reírse, se secó las lágrimas de los ojos.

—He matado a hombres por razones menores.

—Tienes que estar de broma. —Thea lo miró a los ojos.

—¿Tú crees?

Thea no supo decirlo, ni siquiera cuando él le dedicó otra de esas traviesas sonrisas suyas. El gesto le aceleró el corazón y se quedó sin aliento.

—¿Crees que todos los amantes de guerreros están condenados desde el principio? —Le brotaron las palabras antes de que pudiese contenerlas. Sabía que, una vez más, se trataba de terreno peligroso, pero no pudo evitarlo.

Wilder avivó el fuego con un palo y acercó las llamas a los leños que ya estaban prendidos.

—Ese debate sigue abierto —contestó al fin.

Thea no estaba segura de qué esperaba oír, pero le dio la sensación de que había pasado el momento de hablar de esos temas. Optó por mirarlo con aire desafiante.

—¿Me vas a hablar ya del Gran Rito?

Wilder gruñó.

—No puedes decir que todavía no me lo he ganado. ¿Cuánta gente te ha salvado con relámpagos? Y dos veces, además.

Resignado, alzó los ojos hasta los de ella.

—Te contaré lo que pueda —dijo— si te comes otra ración de cena.

—¿Otro chantaje?

—Otro incentivo —la corrigió.

—Vale. —Thea cogió el cuenco.

Wilder respiró hondo.

—Hay normas que rigen lo que puedo contarte y lo que no.

—¿Normas de quién?

—¿De las furias? ¿Del Rito? No están escritas, pero un espadachín las siente. Las palabras no se forman si es algo que las furias desean que sea secreto. ¿Lo comprendes?

—Sí. —Thea asintió—. Pero ¿me vas a contar lo que puedas?

—Sí.

Thea le tendió el frasco de extracto de fuego sin apartar la vista del guerrero. Él lo aceptó, agradecido, y le dio un buen trago.

—¿Recuerdas lo que te conté del Gran Rito cuando estábamos en el Sangriento?

Thea asintió con la cabeza. Le parecía que había transcurrido una eternidad, pero se acordaba perfectamente de esas palabras.

—«El Gran Rito no se limita a una sola ubicación. Tampoco se adhiere a las estaciones, ni siquiera al tiempo…» —recitó.

—Exacto. —Wilder bebió un poco más—. Hace unos siete años me encontraba en Aveum con Talemir, intentando conducir a un gigante de hielo de regreso a las montañas…

—¿Un qué? —Thea no pudo evitar interrumpirlo.

—Ya me has oído. —Wilder arqueó una ceja.

—¿Qué es un gigante de hielo? —preguntó, incapaz de reprimir el entusiasmo.

—Pues más o menos tal como suena. Un gigante…

—¿Cómo de gigante?

—Unas seis o siete veces el tamaño de Malik. —Wilder se encogió

de hombros—. Los hay que son incluso más grandes. Producen escarcha y hielo… Son la razón por la que Aveum es un reino invernal. Son los gigantes de hielo quienes lo mantienen así.

—Pero ¿tuviste que matar a uno?

—No, me limité a llevarlo de vuelta a su hábitat.

—¿Cómo?

Wilder se rio.

—A ver, ¿qué crees que es lo que más odia un gigante de hielo? El fuego. Usamos fuego. —Se aclaró la garganta—. Pensaba que querías que te hablara del Gran Rito.

Thea estaba dividida. Quería oír todas las historias, todas las aventuras que había vivido el espadachín. Pero llevaba la vida entera esperando esa historia en particular. El gigante de hielo debía esperar. Escucharía con gran expectación todo lo relativo al Gran Rito.

Wilder no pareció darse cuenta de lo tensa que estaba. Adoptó una expresión distante, como si ya no estuviera sentado a su lado ante una fogata en Delmira, sino sumido en el antiguo ritual.

—Sentí la llamada en las riberas heladas del gran lago de Aveum —le relató—. Recuerdo el crujido y el gemido del hielo que nos rodeaba. Recuerdo que Tal me dijo algo sobre el gigante, pero… todo lo demás se esfumó. Fue como una canción sin palabras, un susurro en el viento que murmuraba mi nombre.

Thea a duras penas respiraba.

—El Gran Rito me daba la bienvenida como contendiente. Iba a celebrarse a menos de tres días a caballo del lugar en el que estaba. Y me fui hacia allí. Tal me acompañó, pero apenas recuerdo el trayecto, tan solo la llamada. Cuando llegué a los pies de una gran montaña, Talemir no pudo seguirme. Más tarde me dijo que desaparecí ante sus ojos, pero a mí…, a mí me pareció que tan solo me adentraba en un bosque de pinos, y comencé a escalar una montaña. No miré atrás hacia él ni una sola vez.

Thea se encargó de avivar el fuego. Necesitaba hacer algo con las manos para no interrumpirlo. Era la historia de Wilder y la

contaría a su ritmo.

—No había nada que indicase que el Rito había empezado. No había ninguna señal. Lo único que supe era que estaba escalando una montaña muy pero que muy escarpada y peligrosa. Y que me pasé semanas escalando.

—¿Semanas? —Thea ahogó un grito. El espadachín asintió.

—No fue un ascenso sencillo. Cada vez que llegaba a un saliente, me enfrentaba a algún que otro desafío. Son cosas que no puedo contarte, salvo el hecho de que eran horrorosas, más horrorosas que cualquier otra cosa que haya presenciado, incluso hoy en día. Vi cosas que desearía dejar de ver, hice cosas que desearía poder deshacer…

Thea vio que una gota de sudor le caía al guerrero por la sien. Wilder se sujetaba las manos como si quisiera ocultar que le temblaban. Ella reprimió las ganas de tocarlo.

—Cuando salí, me encontré donde había empezado. —Respiró de forma irregular—. Tenía un tótem en las manos. Talemir me esperaba allí, donde llevaba tres días.

Thea frunció el ceño con una pregunta lista en los labios, pero Wilder se le adelantó.

—En el Gran Rito, el tiempo transcurre de forma distinta. Igual que la realidad. Todas las nuevas heridas que me había hecho se evaporaron. No quedó ni rastro del Rito en mí, a excepción de la fuerza proporcionada por las furias, la magia que sentía en la punta de los dedos y el recuerdo de lo ocurrido, tan claro como la nieve que me rodeaba. —La miró a los ojos—. Es lo único que puedo contarte, aprendiz.

Thea soltó todo el aire y sintió un escalofrío que le bajaba por la espalda.

—Gracias —le dijo—. Gracias por contármelo.

—Cómete el resto de la comida —le indicó tras asentir brevemente.

Cubiertos por el manto de estrellas infinitas del cielo, hablaron en voz baja durante parte de la noche, aunque procuraron sacar temas

más intrascendentes.

Thea no dejó de lanzarle miradas por encima del fuego. Empezaba a conocer mejor al estoico guerrero. Advertía una mezcla de deseo y arrepentimiento al saborear esos instantes con él, al darse cuenta con una pena lacerante de que jamás llegaría a conocerlo tan profundamente como quería.

Se llevó una mano a la piedra del destino.

Cuantas más cosas sabía de Wilder Hawthorne, más se enamoraba de él. Y nunca sabría las cosas suficientes del espadachín, nunca dispondría de suficientes momentos en su compañía.

A Thea no le quedaba tiempo suficiente.

CAPÍTULO 24

WILDER



El alba llegó demasiado pronto para el gusto de Wilder. Cuando se incorporó, vio a Thea removiendo algo en el fuego, jugueteando distraídamente con la piedra del destino con la otra mano. Cuánto odiaba él ese pedrusco, por los dioses. Y odiaba más aún saber que su aprendiz no había pegado ojo. Iban a tener que hacer algo al respecto.

Parecía sumida en sus pensamientos, así que Wilder se alejó para hacer sus necesidades y comprobar cómo estaban los caballos. Cuando regresó, Thea estaba mirando el horizonte.

—Ese no es el halcón de tu amigo… —murmuró un tanto recelosa señalando con el brazo sano.

Wilder observó el cielo.

—No —musitó al ver las alas que batían en lo alto—. Es un cuervo.

El pájaro bajó en picado hacia ellos y aterrizó junto a Thea, en el

borde de la fuente, con un graznido y un pergamino atado a la pata.

—Es de Artos —dijo Wilder al extraer el mensaje y reconocer el anillo de metal que rodeaba la otra pata del cuervo. Con el ceño fruncido, desenrolló el mensaje y leyó las palabras garabateadas por la mano del escriba real.

Espadachín Hawthorne:

Por la presente se te convoca en Hailford.

Se precisa de tu presencia de inmediato para gestionar una amenaza al reino.

Date prisa.

Su majestad, el rey de Harenth

Artos Fairrmoore

Thea asomó la cabeza al lado de su brazo, así que Wilder le entregó la misiva. Su aprendiz la cogió con ansias y leyó el contenido de la nota.

—¿Una amenaza a Harenth? —murmuró juntando las cejas.

—Parece que nuestra estancia en Delmira ha llegado a su fin. —Wilder asintió—. Nos tenemos que ir.

—¿Cómo ha sabido el rey que estábamos aquí? —se extrañó Thea.

—Alguien de Thezmarr debe de haberle contado nuestros planes.

Thea seguía contemplando el mensaje.

—¿Crees que habrá pedido la ayuda de los otros también?

—Sé lo mismo que tú. Vístete, anda. Salimos dentro de cinco minutos.

Inmediatamente partieron hacia el sur con sus caballos, y en el camino Wilder aprovechó para pensar. No sabía cómo interpretar el mensaje de Artos. En su opinión, Harenth era el menos probable de los tres reinos restantes en recibir los ataques de fuerzas del otro lado del Velo. Era el que estaba más protegido al encontrarse en tierra y alejado de la amenaza, y también porque lindaba con Thezmarr. Los jinetes podían llegar en cuestión de tres días, a diferencia de los trayectos más largos hasta Tver o Aveum. Pero, claro, no había forma de predecir los caprichos de los monstruos.

Miró a Thea, que cabalgaba a su lado, con la mirada decidida y dirigida al frente. Su camisa raída y manchada de sangre ondeaba al viento y su trenza bailaba a su paso. Las preguntas constantes que él había imaginado que le haría por el camino no llegaron, y Thea tampoco registró cada uno de sus movimientos como la había sorprendido haciendo en el pasado. Estaba distante, apagada.

A Wilder no le hacía ninguna gracia.

Pero quizá su aprendiz necesitaba espacio para asimilarlo todo.

Así que cabalgaron en silencio.



Fueron seis días de duro viaje hasta Harenth, y cada uno de ellos pasó volando. Durante el día recorrían todo el terreno posible y, durante las últimas horas de la tarde y las primeras de la mañana, Wilder entrenaba a Thea. Su aprendiz ocultaba el agotamiento detrás de la armadura férrea de su determinación, y él no la insultó intentando insistir en que descansara una noche. Le enseñó todo lo que sabía: cómo destripar a un hombre con una daga y una espada, cómo poner fin a una vida con las manos. Le enseñó a fintar y atacar con la mayor de las precisiones. Le enseñó a cuidar del acero naarviano y a secar botas caladas. Respondía a todas sus preguntas con el conocimiento absoluto e impávido de un espadachín.

Algo había cambiado, sin embargo. Thea se había encerrado en

sí misma. No intentaba sacarlo de quicio ni mordía sus anzuelos. Por muchas veces que Wilder la llamó «princesa», no entró en la provocación. Se limitaba a mirar al horizonte, como si supiera que allí había algo esperándola.

A pesar de esa actitud silenciosa que le resultaba perturbadora, Wilder se negaba a poner en peligro el bienestar de su aprendiz. Prácticamente la obligaba a comer una segunda ración de todo y le metía tazas humeantes de té de menta en las frías manos. También se aseguraba de comprobar sus puntos varias veces al día. No había nada como el sudor y la suciedad de un largo trayecto para lograr que una herida se infectase.

Thea aceptaba sus preocupaciones sin decir nada, lo que no hacía sino inquietarlo más. Llegado el último tramo del trayecto, Wilder no pudo soportarlo más.

—Thea… —le dijo alargando una mano para cogerle las riendas y detener a su yegua en medio de un campo.

Pareció casi sorprendida de verlo a su lado.

—¿Qué pasa? —le preguntó él con suavidad—. Te comportas… diferente desde que salimos de Delmira.

Vio cómo ella subía la guardia al instante.

—Nada —repuso.

—No te puedo entrenar si no sé lo que ocurre aquí dentro —insistió dándose golpecitos en la sien.

Thea respiró hondo y apartó la vista.

—Mi problema no está en la cabeza.

Pero, antes de que Wilder pudiese contestar, Thea recuperó las riendas y siguió galopando.



Wilder detestaba el mal presentimiento que tenía en el pecho, que le aseguraba que Thea se estaba alejando de él, que la estaba perdiendo. La veía cabalgar como si huyese de algo, de él, y ese

comportamiento le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Fue Thea quien marcó el ritmo endiablado durante el último trecho del camino y fue Thea quien se negó a detenerse para descansar.

—Los monstruos no esperan a nadie —exclamó.

Cuando al fin vieron brillar en la distancia el palacio, el Corazón de Harenth, Wilder no sabía qué esperar, pero no vio espectros sombríos rodeando las agujas ni sombras de oscuridad cerniéndose sobre el reino…

El simple vistazo que le echó a Thea bastó para saber que ella estaba buscando lo mismo con la mirada. Lo miró a los ojos al advertir su atención. Se limitó a enarcar una ceja, como diciendo: «¿Y bien?».

Siguieron avanzando hasta Hailford.

La capital de Harenth estaba situada en lo alto de una gran colina, con vistas a la extensa región. No había ninguna duda de que el reino de Artos era el más próspero de los tres restantes. En cuanto entraron por las puertas majestuosas, todos los guardias saludaron a Wilder con reverencia, llevándose tres dedos al hombro en señal de respeto. Él les dio las gracias con un asentimiento y siguió avanzando, dejando atrás la elaborada fuente de agua que lucía la escultura de un dragón de las montañas en lo alto. Varios plebeyos la rodeaban y lanzaban monedas en busca de suerte, ofrendas a Lamaka, la diosa del agua, y a sus dos hijas, Dresmis y Thera. Wilder ya había visto antes oraciones públicas de aquellos que estaban desesperados por conseguir mares amables y lluvias suaves.

Una vez más, miró a Thea y se preguntó si ella sabía que era capaz de controlar esas cosas. Sin embargo, Thea tan solo tenía ojos para el palacio ubicado en la cima de la colina y apoyó la mano en la empuñadura de la espada nada más comenzar el ascenso hacia la residencia del rey.

Espadachín y aprendiz bajaron de sus caballos cuando llegaron ante las puertas y los dejaron en manos de los mozos de establos

que esperaban. Thea se dispuso a encaminarse hacia las escaleras del palacio, pero Wilder la agarró del brazo sano y la arrastró hasta un hueco junto a la caseta del guardia. No podía aguantarlo más, y no sería capaz de luchar con tanta preocupación royéndole las entrañas.

—¿A qué estás jugando? —le dijo Thea—. Tenemos que ir al encuentro del rey…

—Me vas a decir lo que te pasa —exigió—. Ahora.

—Ya te he dicho…

—Como me vuelvas a decir que no te pasa nada, te juro que…

—¿Qué vas a hacer, Hawthorne? —lo desafió, con un brillo de rabia en los ojos.

—Necesito saberlo —añadió en voz baja, esta vez con mayor suavidad—. No puedo permitir que te pongas en peligro si no tienes la cabeza en su sitio. Es una forma segura de conseguir que…

—¿Que me maten? —Profirió una oscura carcajada.

A Wilder se le cerró la garganta y le costó tragar saliva.

—Thea —le suplicó—. Cuéntamelo. No te guardes nada, conmigo no…

Estaba desquiciado, lejos del guerrero intrépido en el que se había convertido, tan alejado de la Mano de la Muerte que a duras penas se reconocía. Wilder Hawthorne jamás había rogado nada, pero por ella…, por ella rogaría. Necesitaba que Thea no se ensimismara. La necesitaba.

Con la espalda recostada en la pared, Thea se tensó, tanto que le tembló el cuerpo. Aunque algo en su mirada desafiante se suavizó al sostenérsela a él.

Poco a poco, Wilder extendió un brazo y le pasó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Oyó su respiración acelerada, vio cómo le subía el pecho ante su caricia y cómo se le dilataban las pupilas.

—Tú y yo… —jadeó, pasando la vista hasta la suave curva de sus labios y trazándole con la mano la dura línea de la mandíbula—. Ahora somos un equipo. Lo que te hace daño a ti me hace daño a

mí. Y lo abordaremos juntos. ¿Queda claro?

—Wilder… —Se le quebró la voz al alzar una mano para agarrar la suya.

—Dime que te queda claro, Thea —la apremió. Le sujetó la barbilla con cuidado y le ladeó la cabeza. Aprendiz, amiga, amante… Los títulos no importaban. Solo importaba el vínculo que los unía y que los atraía irremediablemente.

—Me… —Soltó un tembloroso suspiro—. Me queda claro —susurró. Le cogió la camisa con el puño y lo atrajo hacia ella.

A Wilder le cedió todo el cuerpo cuando le rozó los labios con los suyos y una oleada de deseo se estampó contra su ser. Por todos los dioses, esa mujer… era embriagadora. El simple hecho de respirar su aroma era insuficiente. En esos instantes la oscuridad que se cernía más adelante no importaba nada y, cuando los alcanzara, sabía que Thea encendería el cielo con sus tormentas.

Estaba tan ensimismado en ella, en su sabor, en el alivio que sentía al notar el calor de su cuerpo y las partes en las que se tocaban, que no oyó los pasos de botas sobre la piedra; no oyó el silbido del dardo por los aires hasta que le perforó la suave piel del cuello.

Se echó atrás justo cuando otro dardo lo golpeó.

Con una mano ya en la espada, oyó a Thea desplomarse en el suelo y el arma de su aprendiz traquetear sobre los adoquines.

Cuando desenvainó el acero naarviano, su espada cantó, pero le vino una oleada de náuseas y se le nubló la vista.

Wilder dio un paso tambaleante, luego otro.

Se estampó contra la pared y se deslizó hasta el suelo, con las extremidades dormidas.

El cuerpo inconsciente de Thea fue lo último que vio antes de que todo se volviera negro.

CAPÍTULO 25

THEA



A Thea la boca le sabía a serrín, y sentía un incesante dolor palpitándole en las sienes. Cuando consiguió abrir los ojos, mareada y desorientada, se sobresaltó.

Se encontraba fuertemente atada a una silla de metal, con cuerdas clavándosele en la piel y tirándole de los puntos del brazo izquierdo.

¿Qué mierda había pasado? Estaba envuelta en el sabor de Wilder y, de pronto, se desplomó… Los habían atacado cerca de la caseta del guardia del palacio, ni más ni menos. ¿Cómo era posible?

Intentar tragar con la garganta seca era complicado, así que Thea escupió el sabor amargo que tenía en la lengua. Recordó el agudo escozor del dardo que le había perforado el brazo, empapado en alguna especie de droga, sin duda. Evaluó su estado: el sabor a serrín, el hormigueo en las extremidades, el dolor de cabeza. Se estrujó el cerebro intentando elaborar una lista de los venenos que

había llegado a conocer como alquimista.

Pero, sin ver la planta ni él extracto, con nada más que el aroma del que fiarse, podría haberse tratado de casi cualquier cosa. Si se lo hubiera descrito a Wren, sabía que su hermana le habría preguntado si no se trataba de una resaca sin más.

Thea expulsó los pensamientos de Wren de su cabeza. Necesitaba salir de la neblina en la que se había sumido. Necesitaba concentrarse. Miró alrededor y supuso que se encontraba en una especie de almacén. Por todas partes había enormes baúles de madera, y la estancia era casi tan amplia como el gran salón de Thezmarr. Las ventanas estaban tapiadas y tan solo unos cuantos leves rayos de luz se colaban entre las grietas, los suficientes como para ver las motas de polvo que volaban en el aire y las cadenas que colgaban de las vigas.

Oyó un gruñido a su lado.

Al alargar el cuello, vio a Wilder inmovilizado por gruesas cadenas del tobillo al pecho, con dos dardos sobresaliéndole del pecho. Todavía no había recuperado la consciencia del todo, y lo poco que veía de su cara estaba ensangrentado. Thea se preguntó durante cuánto tiempo había logrado mantenerse erguido, propinando puñetazos, después de que le lanzaran los dardos, o si le habían pegado mientras estaba inconsciente. Aquella posibilidad le hirvió la sangre, y el poder despertó de la duermevela en sus venas. Pero no podía usarlo, allí no. Si alguien veía su magia e informaba a las autoridades… Las cosas se le pondrían más feas aún. Iba a tener que salir de aquel embrollo a la antigua usanza.

Cuando comenzó a retorcerse, para poner a prueba sus ataduras por si estaban flojas, se escuchó una carcajada.

—No vas a ir a ninguna parte, muchacha —exclamó una voz grave. Un hombre de mediana edad vestido con una capa y una túnica anodinas se le acercó, cruzado de brazos.

—¿Qué quieres? —siseó Thea sin dejar de tirar de las cuerdas. Le habían arrebatado la espada y también la daga… Cómo no.

—Uy, hoy en día quiero demasiadas cosas —contestó el

desconocido.

Thea entornó los ojos al divisar a varios hombres en las sombras, tras él.

—¿Amigos tuyos?

El hombre les hizo señas para que se aproximaran.

—Conocidos —la corrigió—. A todos nos une el mismo objetivo.

—Fascinante. —Thea flexionó los dedos de los pies en las botas. Por lo menos no se las habían quitado—. ¿Y cuál es vuestro objetivo?

El líder se adelantó y pegó una patada a la silla de Wilder, provocando que el metal rechinase y Wilder se revolviese.

—Han puesto precio a la cabeza del espadachín. Y a la tuya también. —Le dedicó una sonrisa fiera.

—No sabía que habría alguien lo bastante imbécil como para promulgar la orden de matar a un espadachín —comentó Thea, pensativa—. Aunque supongo que, si hay personas lo bastante imbéciles como para dar la orden, tarde o temprano alguien lo intentará.

—No fue tan difícil de capturar —se burló el hombre—. Solo había que esperar a que se le pusiera la polla dura, y entonces era como cualquier otro hombre.

Aquel cabrón le recordaba a Seb Barlowe y al tipo en el que tal vez se convirtiera al cabo de veinte o treinta años. Siempre sería igual de abusón, pero con suficiente poder e influencia acabaría siendo un problema mayor, como el desconocido que tenía justo delante.

Thea los observó a él y a los hombres que esperaban unos pasos más atrás. No tenían nada distinguible: ningún emblema en la ropa, ningún acento claro, ningún tatuaje ni arma elegante. ¿Quiénes eran? ¿Eran una unidad organizada? ¿O simples mercenarios a sueldo? En ese caso, ¿quién los había contratado? Thea contó siete, pero suponía que habría más en las inmediaciones del almacén. No les habría resultado fácil llevarlos a Wilder y a ella inconscientes desde el palacio sin que nadie los viera.

—¿Ves algo que te guste, chica? —se mofó el hombre.

Thea arrugó la nariz con repulsión. Y tanto que le recordaba a Seb… Como si necesitase otra razón para odiar a aquel imbécil sin carácter.

—Pues la verdad es que no —respondió mientras movía ligeramente el tobillo buscando el roce del metal sobre la piel.

—Para ser una chica en tu posición, hablas mucho.

—¿De qué posición hablamos? —Relajó el pie en la bota.

—Estás atada y no puedes ir a ninguna parte, rodeada por una docena de hombres que hace meses que no ven un par de tetas decentes.

«Una docena. Interesante». La bota cedió un poco más.

—¿No habían puesto precio a mi cabeza?

—Seguro que primero podemos divertirnos un poco contigo.

Se oyó el traqueteo de las cadenas.

—Como le pongáis una sola mano encima, moriréis lenta y dolorosamente. —La voz profunda de Wilder retumbó en el espacio, rebosante de violencia.

—Para estar encadenado, estás bastante seguro de ti mismo, espadachín —repuso su captor—. Pero creo que ahora mismo no debemos preocuparnos por alguien como tú.

Para sorpresa de Thea, Wilder se echó a reír.

—Yo no he dicho que debáis preocuparos por mí.

Era la distracción que Thea había estado esperando.

Se quitó la bota y la lanzó hacia arriba para que sus estrellas arrojadizas salieran volando. Comenzaron a girar formando un borrón de movimiento plateado.

Los hombres la miraron fijamente. El tiempo pareció ralentizarse mientras los fragmentos metálicos daban vueltas en el aire.

Thea sonrió. Cogió un par de estrellas con las manos atadas y, en un gesto de lo más sencillo, cortó las cuerdas que la ataban.

Se puso en pie al instante y arrojó las estrellas, que se clavaron en la mano de su captor y lo inmovilizaron en el baúl que tenía detrás; su lamento sonó por todo el almacén. Thea no dejó de

moverse, rápida como una sombra, y más estrellas atravesaron el aire y dieron en el blanco, arrancando gritos de dolor por doquier.

No la habían visto venir.

Thea era así de buena y así de veloz, un susurro mortal en la noche.

Le arrebató una espada y una daga a un tipo que gemía a su lado y las blandió con destreza.

—¿Quién quiere cobrar el precio que han puesto sobre mi cabeza? —los provocó—. Venid a buscarlo.

Tres hombres se abalanzaron sobre ella y Thea sonrió.

Derribó al primer oponente con dos cortes detrás de las rodillas y una violenta cuchillada en el cuello.

El tipo se ahogó con su propia sangre.

El segundo retrocedió al ver la muerte brutal de su compañero, dándole a Thea una ventaja a la que no se pudo resistir. Giró sobre los talones, se defendió esquivando el triste ataque de su rival y le hundió la espada entre las costillas, deleitándose con la sorpresa que le brillaba en los ojos. Arrancó el arma y la sangre salpicó por todas partes antes de cortarle la cabeza.

El tercero levantó las manos en gesto de rendición. Thea lo miró con la cabeza inclinada antes de girar la espada y asestarle un poderoso corte a dos manos en el cuello.

No había margen para mostrarse misericorde.

Se movía con la gracia de una bailarina y con la velocidad de un depredador. Ondeaba la espada tan rápido que apenas se veía mientras se precipitaba y fintaba, acuchillando a los oponentes como si fueran sacos de grano. Su magia zumbaba en su interior, le crepitaba en la punta de los dedos, pero la contuvo.

Aprovechó los rincones oscuros y las sombras del almacén a su favor, pilló desprevenidos a sus rivales e hizo gala de las habilidades que había aprendido como alquimista bailarina y como escudera de Thezmarr.

Los hombres gritaban sin parar.

Y era una canción con cuyas notas ella se deleitaba.

Thea dejó un reguero de sangre y cadáveres al ir de un lado a otro por el almacén. Entre tanto, los mercenarios seguían abalanzándose sobre ella. No sabía si era por orgullo o por desesperación, y le traía sin cuidado. Se limitó a derribarlos uno a uno, de dos en dos, sin apenas sudar y sin apenas hacer ruido.

Ni uno de ellos era un digno oponente para ella, y Thea disfrutó del nuevo poder que notaba en los dedos: el poder de la violencia, no de la magia.

—¡Por favor! —gritó alguien desde un rincón a oscuras—. ¡Déjanos vivir!

Pero Thea se había abandonado a la llamada de la muerte y empuñaba la espada como si fuera una extensión de su cuerpo. Atrás quedaban las expresiones lascivas y las sonrisas arrogantes. Habían sido sustituidas por un terror puro y absoluto.

Le tenían miedo.

Y así era como debía ser. Era un arma en sí misma, y lograría que llamasen llorando a sus mamás antes de que acabase con ellos…

—¡Para! —exclamó alguien.

Thea se giró y vio al líder de los mercenarios detrás de Wilder, clavándole en la mejilla la punta de la daga de acero naarviano de Malik.

Wilder seguía en la misma posición, atado y encadenado a una silla.

—He dicho que pares, muchacha, o le rebano la cara a este desgraciado.

Wilder no se inmutó. Tenía el rostro tranquilo, impasible. Hasta que le guiñó un ojo.

El desconocido ni siquiera se dio cuenta de que Thea movía una mano antes de que la daga que blandía saliera disparada de sus dedos y surcara el aire.

Se clavó en el punto blando entre el cuello y el hombro del tipo.

El hombre aulló. El acero naarviano que sujetaba cayó al suelo con un traqueteo y se alejó de Wilder tambaleándose, agitando los brazos pero sin atreverse a arrancarse la daga.

—¿No te apetecía echarme una mano? —le preguntó Thea a Wilder mientras se le acercaba.

—Lo tenías todo controlado —contestó con un amago de sonrisa. Acto seguido, tensó las cadenas sobre el cuerpo y las partió sobre el pecho. No eran rival para la fuerza que le habían otorgado las furias.

—¿No podrías haberlo hecho antes?

Las cadenas cayeron del cuerpo poderoso de Wilder, que le sonreía de oreja a oreja.

—Como he dicho, lo tenías todo controlado.

Thea se debatió momentáneamente entre el orgullo y el fastidio, pero Wilder ya se dirigía hacia el líder de los mercenarios, que no paraba de lloriquear. El espadachín le sujetó la camisa con una mano y lo levantó en el aire, mientras el tipo agitaba las piernas sin parar.

—Si te la arranco —gruñó Wilder tocando la daga que seguía clavada en el hombro del tipo—, te desangrarás y morirás en cuestión de segundos. ¿Queda claro?

El hombre emitió un gemido lastimero.

—Estupendo. —Wilder lo miraba asqueado—. Dime para quién trabajas.

—Yo no…

—No finjamos que vas a soportar cualquier dolor por mera lealtad. ¿Para quién trabajas?

Thea se acercó y observó al líder con frío desinterés. Aquel hombre los había atacado, los había amenazado con matarlos y con cosas peores… Le encantaría verlo sufrir, decidió. Lo que no terminaba de saber era si quería ser ella quien le infligiera los daños.

—No me matéis, por favor. —Seguía agitando las piernas, pues Wilder lo mantenía en el aire sin esfuerzo. Y pensar que habían imaginado que podrían retener al espadachín con unas cuantas cadenas… Thea estuvo a punto de echarse a reír.

—Pues dinos lo que queremos saber —terció ella dando un paso adelante y viendo lo rojo que se ponía.

—No sé quién nos contrató —farfulló—. Alguien ofreció un botín anónimo diciendo que la Mano de la Muerte había metido las narices

donde no debía.

—¿Cómo os pusisteis en contacto? —quiso saber Wilder.

—Vi un recorte en la ventana de una taberna. Y nos reunimos allí. Por favor…

—¿Con quién te reuniste?

—Con un hombre con la cara cubierta. Era enorme.

—¿Y qué me dices del resto de tu banda? —Thea se cruzó de brazos—. ¿Obedecían tus órdenes o las de otra persona?

—Las mías. Yo vi el recorte. Yo lo organicé todo. Solo han venido a cumplir con su parte. Les gustaba la idea de derrotar a un espadachín.

—No me digas. —Wilder soltó una oscura carcajada.

—No sé nada más, lo juro. —Desesperado, el hombre emitió un ruido gutural.

—¿Estás seguro? —le preguntó Wilder con tono inquietante, como si estuviera preguntándole a un niño si había cenado suficiente.

—Te lo juro. —El alivio inundó los ojos desorbitados del tipo—. No sé nada más.

Wilder asintió al comprenderlo y dejó lentamente al mercenario en el suelo.

—¿Recuerdas que te he dicho que morirías desangrado si te quitaba la daga? —le dijo casi con amabilidad.

El hombre asintió, confundido.

Wilder alzó una mano hasta la empuñadura del arma y, con un gesto limpio, la arrancó.

La sangre manó como una fuente, golpeándolo en el pecho, pero, por la cara que puso, apenas reparó en ello al lanzar al mercenario al suelo sin miramientos.

El hombre murió en cuestión de segundos.

Thea observó a Wilder con atención.

—¿Estás herido?

—Unos cuantos rasguños, nada más —respondió mirando alrededor—. ¿Y tú?

Thea negó con la cabeza mientras se inspeccionaba el cuerpo, buscando cualquier indicio de daño.

—Se me han saltado los puntos, eso es todo.

—Me parece que esto es tuyo. —Wilder le devolvió la daga de Malik.

La sangre centelleaba en las palabras talladas en el arma. «Muerte gloriosa, leyenda inmortal».

Thea la cogió y se agachó para limpiarla con la túnica del mercenario muerto antes de enfundársela en el cinturón. Se quedó contemplando el cadáver durante unos segundos y se arrepintió de no haber dejado a nadie con vida para interrogarlo. Alguien quería acabar con Wilder y con ella.

—¿Te preocupa que lo haya matado de esta forma? —le preguntó él en voz baja sin dejar de observarla.

—Yo he matado a once más que tú. —Thea frunció el ceño.

—Yo he matado a sangre fría y lo he disfrutado —añadió Wilder con mirada salvaje.

Thea lo contempló y vio la oscuridad que se desataba tras sus ojos al luchar contra lo que fuese que se revolvía en su interior.

—¿Debería decirte que no he disfrutado matándolo? —le preguntó el guerrero—. Porque no pienso hacerlo. Merecía morir, y siempre me deleitaré con clavar o arrancar una espada si le da su merecido a alguien.

Thea se dirigió al rincón del almacén y recuperó las espadas naarvianas de Wilder. Lo esperó junto a la puerta. Cuando el espadachín la alcanzó, se las tendió.

—Yo también —le aseguró.

Wilder la miró durante unos segundos y aceptó las armas aturdido, como si nunca la hubiera visto.

Quizá le habían dado demasiados golpes en la cabeza.

—Venga. —Thea le propinó un codazo—. Vayamos a buscar al rey y a enterarnos de qué demonios quería al hacerte llamar.

CAPÍTULO 26

WILDER



Wilder y Thea estaban esperando delante de los tronos situados sobre una tarima con la ropa manchada de sangre y sucia del viaje.

—Que las furias se apiaden de nosotros, ¿qué ha pasado? —exclamó el rey Artos cuando entró en la sala del trono y reparó en lo desaliñados que estaban. Sin embargo, sus ojos verdes se iluminaron al ver a Thea. Wilder había oído decir que el rey de Harenth se interesaba especialmente en su aprendiz desde el incidente del lanzamiento de cuchillo, cuando Thea defendió su caso para convertirse en escudera.

Y él no sabía qué sentir al respecto.

Se aclaró la garganta.

—Nos han atacado al acercarnos al palacio, majestad. —No consiguió restar de su voz un deje de tensión.

—¿A mi palacio? —se sorprendió Artos—. ¿En mi reino?

—Sí, excelencia. —Wilder cogió aire por la nariz e intentó mantener a raya la impaciencia—. Pero ya lo hablaremos luego. Hemos respondido a vuestra llamada para ocuparnos de la amenaza al reino.

—Pero ¿y los responsables del ataque? —insistió el rey.

—Doce de ellos están eliminados, majestad. —Señaló a Thea—. Mi aprendiz se ha ocupado.

La actitud de Artos cambió por completo hasta adoptar un verdadero asombro.

—¿Es cierto, Althea? ¿Has derrotado a doce atacantes?

—Con alguna ayuda, majestad —repuso ella con las mejillas sonrojadas por el placer. Al poco se recompuso—. Excelencia, ¿qué amenaza al reino? ¿Cómo podemos ayudar?

Su pregunta tan solo consiguió alegrar más a Artos.

—Ya hablaremos más tarde de lo ocurrido. Seguidme. —No esperó; se puso en pie y comenzó a caminar.

Wilder no sabía qué esperar, pero aquello no. Siguieron al rey Artos y a su guardia por los pisos inferiores del palacio, en dirección a la mazmorra. El propio espadachín la había visitado en varias ocasiones para encargarse de traidores a los mediorreinos antes de que fuesen transportados a la Torre Escarlata, ubicada al sur de Naarva, pero… jamás había visto las celdas tan abarrotadas.

Thea, que él suponía que nunca había pisado una mazmorra, estaba ocultando bien sus emociones.

No era un lugar agradable. Para terminar encerrado en la mazmorra real, había que cometer un delito grave, y, en lo que respectaba a delitos graves, el rey Artos era famoso por impartir castigos igual de graves.

Las paredes de madera estaban llenas de antorchas, que lo iluminaban todo, desde la sala de los guardias hasta las celdas singulares, pasando por la cámara de tortura, que por suerte estaba vacía. Cuanto más se adentraban en la mazmorra, peores eran los olores. El rey Artos se sacó un pañuelo del bolsillo del pecho y se tapó la boca y la nariz.

Si debían avanzar hasta las profundidades de aquel maldito lugar, a saber lo que iban a ver Wilder deseó ponerse delante de Thea, pero no le cabía duda de que ella no lo permitiría.

—Los hemos encontrado en las afueras de la ciudad —anunció el

rey Artos al detenerse enfrente de la última celda de la hilera.

Wilder tuvo que echar mano de toda su disciplina para no encogerse ante aquella escena.

Un par de semiespectros estaban inertes en el suelo de piedra, al otro lado de los barrotes de hierro. Los dos lucían claros indicios de tortura. Tenían quemaduras en el cuerpo y en las alas, desprendían un agrio hedor a carne chamuscada y les manaba sangre de las heridas abiertas.

Uno de ellos era más espectro que hombre, y la mayor parte de la piel humana había adquirido la misma textura curtida que recubría a los numerosos espectros sombríos con los que Wilder había luchado en sus tiempos. Sus ojos eran dos orbes negros y unas garras sobresalían de los dedos rotos; No tardaría demasiado en convertirse en un espectro completo, sin recuerdo alguno de su vida humana ni pruebas de que un día fue un hombre. Wilder había presenciado en directo el cambio, había visto cómo hombres y mujeres se rendían a la oscuridad. Pero la otra silueta de la celda… era un joven, con alas rotas emergiéndole de la espalda y pequeñas garras en los dedos… No estaba perdido. Todavía no.

—¿Habías visto algo parecido antes? —El rey Artos se giró hacia él y señaló a las pobres criaturas.

—Una o dos veces —logró contestar Wilder sin apartar la vista de los semiespectros.

—¿Por qué no se me ha informado de que podía suceder algo así? —exigió el rey—. ¿Y cómo es posible que se hayan infiltrado en mi reino?

Wilder sintió los ojos de Thea clavados en él, pero siguió observando al rey y escogió con cuidado sus próximas palabras.

—Solo he visto algún que otro caso, los otros espadachines, no. Que nosotros sepamos, es una anomalía que ocurre poquísimas veces, y nunca tan cerca de los reinos restantes. Los segadores suelen convertir por completo a sus víctimas. ¿Qué habéis descubierto durante el interrogatorio?

El rey mudó el gesto como si quisiera negar haber llevado a cabo

tal cosa, pero debió de darse cuenta de lo inútil que era dadas las pruebas que tenían ante sí.

—Que son los criados de alguien a quien llaman el Príncipe de las Sombras…

—Ya veo. —A Wilder le dio un vuelco el estómago.

Uno de los inquisidores del rey dio un paso adelante. Su aspecto —no, sus joyas— distrajo momentáneamente a Wilder. El guerrero nunca había visto a un hombre en ese puesto con una piedra preciosa en la nariz ni con una docena de brazaletes de bronce en cada muñeca.

—¿Habéis oído hablar de esa persona, espadachín?

—Supongo que se refiere a uno de los segadores. —Wilder apartó la vista de las joyas resplandecientes—. ¿Han dicho algo más? ¿Los dos han hablado?

—Solo ese de ahí. —El inquisidor señaló al más humano de los dos, y las pulseras tintinearon con el gesto—. Y solo para alabar al Príncipe de las Sombras y a la Hija de la Oscuridad. Por lo visto, esta última está buscando algo.

—¿El qué? —dijo Wilder.

—Se desmayó antes de que pudiera sonsacárselo. —El inquisidor se encogió de hombros—. Eso saldrá en nuestra próxima sesión. —Propinó una amenazadora patada a un barrote de la celda, y la pobre criatura del interior se acobardó.

—Ya me encargo yo a partir de ahora. —Wilder se irguió cuan alto era.

—Deberíamos matarlos —murmuró Thea a su lado sin quitarles los ojos de encima a los espectros—. ¿Y si pueden esparcir su maldición igual que los segadores?

Wilder no contestó, sino que se limitó a girarse hacia el rey.

—Majestad, creo que de este caso debería encargarse alguien más experto. ¿Me dais permiso para interrogar yo mismo a los prisioneros?

El rey Artos pasó la mirada de los monstruos a Wilder y asintió.

—Sí. Alguien con más experiencia quizá consiga mejores

resultados. La cámara de tortura está a tu entera disposición.

—Os lo agradezco, excelencia, pero no necesito recurrir a esos artilugios. —Tiñó sus próximas palabras de malicia—. Creo que los monstruos verán que conmigo basta y sobra para aflojar la lengua.

—Muy bien. —El rey Artos se volvió hacia su séquito—. Vaciad esta planta. El espadachín Hawthorne tiene monstruos a los que destrozar.

—Majestad. —Wilder agachó la cabeza.

—Ardo en deseos de que me cuentes cosas. —El rey asintió—. Dale las llaves al espadachín —le ordenó al enjoyado inquisidor, que obedeció al monarca.

Al cabo de unos instantes, el piso inferior de la mazmorra quedó vacío a excepción de Wilder, Thea y los dos semiespectros. Sin embargo, Wilder se giró hacia ella y le habló con voz firme y resuelta, la voz de un mentor y maestro, no la de un amigo.

—No puedes estar aquí presente.

—No pienso irme a ninguna parte. Si quiero ser espadachina, tengo que poder soportar…

—¿Acaso no he cumplido con mi promesa? —la interrumpió—. ¿Acaso no te he enseñado todo lo que sé? ¿No he contestado a tus preguntas? ¿No te he permitido enfrentarte a peligros tú sola?

—Sí, pero…

—Pues vete, Thea. No puedo ser quien debo ser si estás tú aquí.

—Wilder…

—No te lo estoy pidiendo —insistió.

Thea lo contempló fijamente y vio que una tormenta se formaba una vez más detrás de los ojos del guerrero. Wilder esperaba que lo discutiera, que se aferrase a la rabia como había hecho tantas veces antes, pero Thea no lo hizo. Tan solo observó suspicaz a las criaturas antes de mirarlo a él de nuevo a la cara.

—Ten cuidado —murmuró antes de marcharse.

Wilder desenvainó la daga y metió la llave en la cerradura.

—Muy bien —exclamó lentamente—. Decidme lo que sabéis del Príncipe de las Sombras.



Cuando terminó el interrogatorio, Wilder encontró a Thea esperándolo en la entrada de la mazmorra, vistiendo aún ropas sucias. O la hospitalidad del rey Artos era muy exagerada o Thea se había negado a irse. Wilder estaba dispuesto a apostar por lo segundo. Se dio cuenta de que el corte del brazo izquierdo de su aprendiz seguía sangrando porque se le habían saltado los puntos, pero al mirarla a la cara supo que Thea no se había percatado siquiera.

—¿Qué te han dicho? —le preguntó ella alejándose de la pared.

Wilder se apartó el pelo de la cara y puso una mueca por lo sucio que se sentía, no solo por el trayecto y por lo ocurrido en el almacén, sino también por lo que había presenciado en la celda.

—Que la isla al sur de Naarva está totalmente cubierta de una oscuridad impenetrable. Que ahora ya nadie puede ni entrar donde el reino fue hace tiempo una jungla atestada de espectros. Cortesía del Príncipe de la Sombras, que gobierna la zona.

—¿Y está aliado con la Hija de la Oscuridad?

—Eso parece.

—¿Por qué me da la impresión de que no me lo estás contando todo? —rezongó Thea al tiempo que lo miraba sin pestañear.

«Porque es la verdad y eres demasiado lista», pensó Wilder, pero optó por suspirar.

—Te cuento lo que puedo contarte —le aseguró—, pero sigues siendo una aprendiz y yo sigo siendo un espadachín.

—También soy una guardiana de los mediorreinos. También se me ha asignado la misión de defenderlos del mal —argumentó Thea —. ¿Qué es lo que no entiendo de esos semiespectros, Wilder? ¿Qué es lo que se avecina y escapa a mi comprensión?

Wilder soltó una cansada exhalación y miró a los guardias, que procuraban ocultar su interés.

—Aquí no.

Thea puso cara de querer seguir con la discusión, pero debió de advertir lo agotado que estaba, ya que suspiró.

—Vale. El rey nos ha invitado a cenar con él. Se va a celebrar una reunión íntima de nobles.

Wilder no escondió la mueca de desagrado. Por los dioses, lo último que le apetecía hacer era soportar las miradas desorbitadas y las cuestiones estúpidas de la flor y nata de Harenth.

—Seas o no un espadachín, creo que sería un error no asistir —se arriesgó a decir Thea, que por lo visto le había leído la mente.

—Ya lo sé —repuso Wilder—. Debemos adecentarnos y…

—El rey Artos nos ha ofrecido habitaciones —le anunció Thea, esperanzada.

—No me digas.

Wilder nunca se alojaba en ninguna residencia real si podía evitarlo. Aunque técnicamente no servía para ganarse el favor de los espadachines, no dejaba de quitarse de encima la sensación de que con algunos de los reyes y reinas había ciertas expectativas que cumplir. Talemir siempre le había advertido al respecto; quedarse una noche en un palacio real quizá acababa volviendo a su vida en forma de un favor inocente que no era tan inocente. Pero Wilder supo que, después de lo que habían sufrido, no podía negarle a Thea una noche de lujos. El trayecto desde Delmira había sido bastante duro, incluso para lo que estaba acostumbrado.

—En ese caso, te sigo, princesa. —Atisbo un destello de fastidio en los ojos de Thea, pero ella le tiró de la manga. Wilder la siguió, ansioso por alejarse de la mazmorra tanto como fuera posible.

Cuando alcanzaron nuevamente la parte principal del recibidor del palacio, vieron que un criado los esperaba con sus bolsas a los pies. Wilder se alegró. Significaba que se habían ocupado de sus caballos, a pesar de lo que había ocurrido cerca de la caseta del guardia. La serie de acontecimientos le dio vueltas en la cabeza, igual que la lista de problemas que lo perseguía, pero recogió el zurrón del suelo de mármol y le hizo señas al criado para que los llevara a sus habitaciones.

Habitaciones no. Habitación.

En singular.

El criado abrió las puertas de una *suite* espectacular, con un diseño muy evidente.

Tan solo había una cama.

O Artos defendía la tradición de Thezmarr, según la cual los maestros y los aprendices dormían juntos, o sospechaba que había algo más entre Wilder y Thea. Y a este no le hizo ninguna gracia aquella idea.

Thea había matado a los mercenarios del almacén y Wilderse había encargado del líder, pero ¿habría más? ¿Alguno otro los había visto en el hueco segundos antes de que los drogaran y se los llevasen a rastras? Era plausible, y era igual de plausible que alguien hubiera informado al rey Artos…

Al parecer, Thea no se había fijado en esas cuestiones. Se limitó a dejar la mochila en el centro de la habitación y dio media vuelta, con los ojos desorbitados, al reparar en las sedas que cubrían la cama con dosel, la chimenea innecesariamente grande y las ventanas del suelo al techo que ofrecían vistas a todo Harenth, cuya capital centelleaba a los pies de la colina.

Thea soltó un silbido.

—¿Habías visto algo parecido?

Wilder tuvo que contener una carcajada por la ironía de la situación. Si Thea hubiera crecido en su propio reino, se habría acostumbrado a tanta riqueza y opulencia. Los aposentos de los invitados de un palacio quizá no serían nada para ella si el palacio entero era todo suyo…

El criado se aclaró la garganta junto a la puerta.

—Hemos traído agua caliente para el cuarto de baño, espadachín Hawthorne. Nuestro mejor sastre ha seleccionado prendas de alta calidad, que encontraréis en los armarios. —El joven señaló hacia los colosales armarios de caoba situados en la punta opuesta de la estancia—. Aquí hay una campanita. No dudéis en hacerla sonar si necesitáis alguna cosa. Sois invitados del rey. Vuestra comodidad es

fundamental. Su majestad, el rey Artos, ha solicitado vuestra presencia en la cena, dentro de una hora. ¿Debo enviar a alguien para que os acompañe hasta el salón?

—Ya encontraremos el camino —respondió Wilder con aspereza. Vio que Thea se daba cuenta de que había una terraza junto a los ventanales y corrió hacia allí con un grito alegre.

El criado se llevó tres dedos al hombro izquierdo e inclinó la cabeza antes de marcharse, cerrando las puertas tras de sí con suavidad.

Afuera, Thea estaba apoyada en la barandilla, deleitándose con la ciudad que se extendía más abajo. Wilder quiso ir a su lado y terminar lo que habían iniciado en el hueco, pero fue incapaz. La vergüenza lo embargaba. Después de que se hubieran jurado sinceridad el uno al otro, había tantas cosas que le estaba ocultando…

La princesa perdida de Delmira no tenía ni idea de que la Hija de la Oscuridad, los espadachines de Thezmarr y los gobernantes de los mediorreinos las buscaban a su hermana y a ella. No tenía ni idea de lo frágil que era todo en esos instantes, y era culpa de él. Pero ¿de qué serviría que se lo contara? Thea ya era muy volátil, con ese poder que bullía en su interior y el fragmento de jade alrededor del cuello que gobernaba su destino.

No, no podía añadir un nuevo elemento a esa lista de cargas.

De ahí que se dirigiera al cuarto de baño, con la esperanza de frotarse la piel hasta arrancarse la suciedad y la culpa.

La estancia era casi tan grande como el dormitorio, cubierta totalmente por inmaculados azulejos de mármol. En el centro se alzaba una elaborada bañera con patas de animal, acompañada de un tocador de tamaño absurdo, y en una de las paredes se recostaban varios espejos enmarcados con filigranas doradas. El agua caliente humeaba en unas cuantas cubetas junto a la bañera, y cerca de allí habían dejado un carrito con todo un surtido de artículos de aseo personal. El olor a lavanda se adueñaba del aire; Wilder vio un pequeño cuenco de aceite ardiendo sobre una vela en

el rincón más alejado. En uno de los lados de la sala había ganchos dorados de los que colgaban toallas y albornoces mullidos, y debajo había otro carro lleno de licores de primera calidad. Wilder incluso divisó una botella de su vino preferido de la bodega de Marise, y se le hizo la boca agua.

No habían reparado en gastos.

Y Wilder se preguntó a quién pretendía impresionar más el rey, si a él o a Thea.

Lentamente comenzó a quitarse la ropa, manchada de sangre y raída por el viaje, y puso una mueca al constatar la rigidez que le agarrotaba los hombros. Los putos mercenarios le habían dado varios golpes mientras estaba inconsciente, los muy cobardes.

—¿Wilder? —La voz de Thea atravesó la puerta.

—¿Qué pasa?

La puerta se abrió ligeramente y ella asomó la cabeza. Enseguida le ardieron los ojos al verle el torso desnudo.

—Es que… Mmm… ¿Hay algún botiquín médico por aquí?

Sin mediar palabra, Wilder abrió la puerta del todo y la hizo pasar. La sentó en el borde de la bañera y con suavidad le arremangó la camisa para sujetarle el brazo herido y examinárselo.

No pintaba bien. Los puntos habían saltado por completo y el contorno de la herida era desigual y estaba cubierto de sangre y de suciedad.

—Deberías habértela curado de inmediato.

—He estado un tanto ocupada —bufó Thea.

Wilder la ignoró y cogió un cubo de agua caliente y un paño limpio. Se arrodilló a su lado, pasando por alto cómo se le dilataban las pupilas a Thea al verlo en esa postura, y se dispuso a limpiar la herida. Fue con tanto cuidado como pudo, deslizando el trapo húmedo por encima de la piel antes de limpiarlo y repetir el proceso hasta retirarle todas las capas de mugre.

Parecía estar aguantando la respiración.

—Pensaba que debería hacérmelo yo misma —musitó.

Wilder hurgó en uno de los cajones en busca de aguja e hilo.

Tras encontrar un pequeño botiquín médico, regresó a su lado.

—Esta vez no —contestó al tiempo que hilvanaba la aguja—. Y esta vez te va a doler más…

Thea apretó la mandíbula, pero asintió en su dirección.

Wilder se apresuró a cerrar la herida, consciente de lo delicada que estaba la zona y consciente de que el pinchazo y el avance de la aguja eran mucho peores después de que los puntos hubiesen saltado.

Thea no emitió ningún ruido. Se limitó a quedarse sentada en la bañera, aceptando la ayuda con los dientes apretados. Wilder detestaba hacerle daño y detestaba que hubiese tan pocas cosas que pudiera hacer para anestesiar el dolor.

Cuando por fin ató el extremo del hilo, Thea bajó la vista hasta la línea de puntos.

—Esperemos que a la segunda vaya la vencida… —murmuró.

Wilder no sabía si lo estaba analizando todo de más, pero las palabras de ella parecían cargadas con otro significado. Se aclaró la garganta.

—Deberías darte un baño, y luego vendaremos bien la herida.

Sin esperar a que le respondiera, empezó a verter cubos de agua caliente en la bañera. Comprobó la temperatura a medida que subía el nivel del agua.

—¿Y tú? —le preguntó Thea observándolo con indecisión.

—Hay agua suficiente para dos baños.

—Pero se enfriará.

—Seguirá estando más caliente que un río. —Wilder se encogió de hombros—. No pasa nada.

Thea abrió la boca para protestar, pero Wilder tan solo enarcó una ceja.

—Gracias —suspiró su aprendiz.

El espadachín quiso marcharse y darle intimidad.

—Wilder —llamó, sentada todavía en el borde de la bañera—. Creo que necesito tu ayuda… —Se señaló la ropa—. No es nada que no hayas visto antes.

A Wilder se le aceleró el corazón. De todas las maneras en las que se había imaginado desnudando de nuevo a Althea Zoltaire, aquella no había figurado en los primeros puestos de la lista. Pero lo necesitaba.

—De acuerdo.

Wilder se le acercó y comenzó a bajarle la manga, cubriéndole con cuidado la herida para que la prenda le volviese a cubrir todo, el brazo. Le quitó el tótem de guardiana y lo dejó a un lado. A continuación, le desabrochó la camisa e intentó moverse y respirar con normalidad, mientras se preguntaba si Thea oiría el latido martilleante de su corazón.

Con suma amabilidad, le quitó la tela de los hombros, que cayó sobre los azulejos del suelo. Estaba igual de sucia que él. La sangre, tanto la suya como la de los mercenarios, le cubría la piel de trazos color óxido y se sumaba a la espesa capa de polvo del camino.

Wilder la miró en busca de permiso para retirarle la próxima prenda, pero Thea había cerrado los ojos con una expresión que era una mezcla de dolor y extenuación, y echó la cabeza hacia atrás.

El espadachín le desabrochó los pantalones, la puso en pie y se apoyó las manos de ella en los hombros al bajárselos. Thea se los quitó y se quedó delante de él en ropa interior…

—Ya sigo yo —susurró.

Una vez más, Wilder se dispuso a marcharse y, una vez más, ella se lo impidió.

—Mientras me lavo, podrías ocuparte de tus propias heridas —le ofreció haciendo señas hacia el tocador y el botiquín que él había dejado en el lavamanos.

Wilder profirió un gruñido gutural para mostrarse de acuerdo, sobre todo porque quería estar cerca de ella en caso de que volviese a necesitarlo.

Se giró hacia el tocador y se examinó las heridas intentando ignorar el chapoteo de agua que sonaba tras él e intentando no imaginarse a Thea desnuda. Se limpió varios cortes que no se había visto en el torso, ninguno lo bastante profundo como para necesitar

puntos. Utilizó otro paño para limpiarse los regueros de sangre seca de la cara y se sirvió una bebida del carrito; todas esas acciones eran una forma de distraerse conscientemente de la mujer que se bañaba a apenas unos metros.

Cuando el chapoteo se detuvo y ningún otro sonido provino de la bañera, Wilder no dudó en dar media vuelta. Vio a Thea tumbada, con los ojos cerrados y sumergida en el agua. Había apoyado la cabeza en el borde de la bañera y tenía la mitad del pelo cubierto de espuma.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja, ya que no quería asustarla.

—Es que necesitaba descansar unos segundos —contestó sin abrir los ojos.

Wilder pasó la vista de la espuma al brazo herido, elevado en el borde de la bañera. Le iba a doler lavarse el pelo, claro.

—Déjame a mí —se ofreció.

Se arrodilló delante de la bañera y hundió los dedos en el pelo enjabonado de Thea para masajearle el cuero cabelludo.

Thea gimió, un sonido que a él le mandó un rayo de deseo directo hasta la polla.

Pero Wilder ignoró la excitación. Optó por lavarle el pelo a Thea, arrastrando el jabón hasta las puntas e intentando eliminarle la tensión del cuello con caricias circulares de los dedos.

Con mucho cuidado, la hizo descender por la bañera, sujetándola por la nuca para aclararle el pelo, manteniéndole la cabeza hacia atrás, meticuloso para no meterle espuma en los ojos. Mantuvo la mirada alejada del cuerpo, que sabía que en esos instantes flotaba por encima del agua.

Finalmente, la ayudó a sentarse, y Thea parpadeó, aturdida.

A Wilder se le hizo un nudo en la garganta. Fue a coger una de las toallas de los ganchos dorados y se la tendió, con la cabeza apartada.

Oyó el agua que le caía del cuerpo a su aprendiz cuando esta se levantó y aceptó la toalla.

—Ya puedes mirar —murmuró Thea.

Wilder no sabía si estaba preparado, pero clavó los ojos en los de ella y reparó en el ligero rubor que le teñía las mejillas y en las gotas de agua que le salpicaban los hombros desnudos, así como en la toalla que sujetaba con los brazos y con la que se cubría el pecho.

—Gracias —dijo—. Sé que esto no forma parte de tus deberes oficiales como mentor.

Wilder se obligó a encogerse de hombros sin más, la ayudó a salir de la bañera y la acompañó hasta el tocador.

—Asegúrate de secarte bien la herida y de ponerte un poco de ungüento antes de que la vendemos.

Cometió el error de mirarla en el espejo. Thea estaba delante de su cuerpo enorme, muy pequeña comparada con él, muy vulnerable con tan solo una toalla, el pelo mojado y los labios separados al observar también el reflejo del espadachín.

Se miraron a los ojos. Ella estaba limpia; él, sucio como cualquier pecado. Sin embargo, la tensión entre ambos se incrementó a medida que se sostenían la mirada.

—Wilder… —musitó Thea como maldición y súplica.

Y soltó la toalla, que cayó al suelo.

Wilder casi abrió la boca al verla desnuda salvo por la piedra del destino. Cada valle, cada curva de su cuerpo perfecto lo llamaba, y se empalmó.

—Thea… —jadeó. Se echó hacia delante y le rozó el cuello con los labios para aspirar el nuevo olor a jabón de lavanda—. Dijimos que no debíamos…

No podía apartar los ojos de su reflejo, de cómo le subía y bajaba el pecho con cada respiración, de lo duros que tenía los pezones, de sus muslos ligeramente separados y de cómo arrimaba el culo a su cuerpo.

—Es imposible huir de esto —dijo ella buscándole las manos—. Da igual lo que digamos. Y estoy harta de negarlo. Te deseo, Wilder.

Tras cogerle las manos, se las puso encima de los pechos.

Wilder gimió cuando apoyó las duras palmas en la piel suave de

ella. La sensación le provocó una corriente que lo atravesó, se acumuló en sus testículos e hizo que le palpitara la polla.

Thea echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en su torso mientras dejaba que la explorase con las manos. Wilder le trazó un círculo alrededor de los pechos con la más leve de las caricias y le pellizcó los pezones hasta oírla gemir; entre tanto, se observaban en el espejo, como si su reflejo estuviera desconectado de ellos. No eran las mismas personas, no tenían las mismas preocupaciones. Sus reflejos eran libres de hacer cuanto quisieran.

Y por eso Wilder se permitió bajar con los dedos, recorrerle el ombligo y situarse entre sus piernas. Thea se arqueó hacia atrás apretándole la durísima erección con el culo y creando tanta fricción entre ambos que el guerrero se preguntó durante unos segundos si iba a correrse en los pantalones como si fuera un adolescente.

Pero aquello no iba de él.

Bajó con los dedos hasta su sexo, donde la halló mojada y deseosa.

Thea gimió cuando le rodeó el clítoris, con las piernas temblorosas. Wilder le colocó una mano debajo del muslo y le levantó una pierna para situarle un pie sobre el tocador y abrirla ante sí, para verla, para contemplarla entera.

Su pulso pareció ralentizarse. Por los dioses, nunca había visto nada tan perfecto.

—Wilder… —gimió.

Su nombre pronunciado por ella era una especie de droga.

Thea soltó un grito cuando Wilder le introdujo un dedo. Que las furias se apiadaran de él, qué mojada estaba, qué tersa al apretarse a su alrededor.

Ella quiso tocarlo, pero el espadachín se apartó lo justo y necesario.

—Déjame darte esto —murmuró sobre su piel.

Su aprendiz se derritió a su lado, moviéndose al son de su dedo. Wilder introdujo un segundo para provocarle un mayor placer.

En Althea Zoltaire todo era embriagador: lo que sentía, cómo se

sacudía sobre sus dedos y gimoteaba su nombre al sentir sus caricias sobre el clítoris, cómo le ardía la piel contra el pecho desnudo de él.

Todo su cuerpo se encendió con un deseo abrasador, con una erección que le tensaba los pantalones hasta casi hacerle daño, y que le suplicaba que la liberase y que regresara a su casa, el húmedo calor de ella. Quería besarla, pero al mismo tiempo no quería perderse ni un instante del placer de Thea, así que optó por besarle el cuello y observar cómo se retorcía. Le encantaba cómo su cuerpo respondía al suyo, roja por el placer, con los dedos empapados por su excitación.

Thea se arqueó y cerró los ojos, en éxtasis, mientras él le apretaba un pecho y jugueteaba con su pezón.

—Mírame —le ordenó Wilder con un hilo de voz. Le rodeó con cuidado el cuello y le levantó la cabeza para que lo observase en el espejo—. Quiero que me mires cuando te corras.

Y, al oír esas palabras, fue lo que sucedió.

Casi sintió la oleada de placer que la embargó. Su propio deseo respondió a su vez, y le tembló la polla contra el culo de ella.

El cuerpo de Thea se estremeció y emitió un fuerte grito, con los ojos bien abiertos y las piernas temblando.

—Por todos los dioses… —Se retorció entre sus brazos y le apresó los labios con los suyos para besarlo con fervor durante el resto de su orgasmo. Wilder le sujetó las manos antes de que pudiera cogerle la erección.

—No tenemos tiempo para eso —le dijo. Fue incapaz de contenerse y se la arrimó para profundizar brevemente el beso.

Desnuda y colorada, Thea jadeó cuando él se apartó e intentó reprimir una sonrisa.

—Vístete, princesa… En el armario hay ropa limpia.

Thea hizo un ruido de decepción contra su pecho, pero al final cedió y dejó que se diera un baño.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Wilder tuvo que servirse una copa para recuperarse y calmar su corazón desbocado.

La verdad de sus propias palabras lo golpeó.

Princesa.

Thea era una princesa de Delmira.

Y él estaba tan absolutamente enamorado de ella que ese amor podría consumirlo.

Tras apurar el vaso sin apenas saborear el líquido, Wilder se apresuró a lavarse. Decidió vaciar la bañera y limitarse a verterse encima los cubos de agua mientras se frotaba.

Al entrar en la habitación principal se detuvo en seco.

El vestido que el rey Artos le había facilitado a Thea era inteligente, ya que homenajeaba el sueño que siempre había tenido su aprendiz. El negro y el plateado se entrecruzaban, y la tela se le ceñía a la cintura y a las curvas cayendo elegantemente al suelo. El corpiño estaba adornado con finas líneas de acero.

Era algo más que un vestido precioso.

Se parecía a una armadura.

Wilder tragó el nudo que se le formó en la garganta cuando el verde intenso de los ojos de ella se clavó en los suyos.

Estaba equivocado. Thea no era una princesa.

Era una reina.

CAPÍTULO 27

THEA



Nadie había mirado nunca a Thea como la miró Wilder. Los rasgos duros del bello rostro del espadachín se suavizaron al fijarse en su vestido y en el kohl con el que se había maquillado los ojos.

Se aclaró la garganta.

—Estás…

Thea sintió un estallido de calor en el pecho al ver que a su mentor le costaba encontrar las palabras adecuadas. Había elegido ese vestido por varias razones, y todas quedaron confirmadas en cuanto se vio en el espejo. No era un vestido para ocultarse ni para negar quién era. La prenda no hacía sino amplificar su fiereza, su determinación. Le gustaba cómo la hacía sentirse, casi tan poderosa como cuando empuñaba una espada.

La forma en la que Wilder la observaba hizo que se sintiese más poderosa todavía.

—Estás espectacular. Hermosa se quedaría corto… —murmuró

negando con la cabeza y con algunos puntos de color en las mejillas.

—Tú también —contestó Thea atándose la daga de Malik al cinturón enjoyado que llevaba en la cintura.

El espadachín frunció el ceño y se contempló el cuerpo tatuado, cubierto únicamente por una toalla alrededor de las caderas.

Thea tan solo sonrió.

—Date prisa o llegaremos tarde. —Cuando pronunció esas palabras, casi se sobresaltó. Era algo tan natural, tan familiar… Pero, claro, supuso que habían alcanzado el nivel máximo de intimidad entre dos personas.

Wilder pareció seguir sus movimientos por la estancia antes de soltar la toalla y dirigirse hacia el armario, totalmente desnudo.

A Thea se le secó la boca al verle la espalda musculosa y los muslos corpulentos. También divisó su erección, dura y gruesa, que se bamboleaba al moverse.

Por todos los dioses, era un espectáculo. Un guerrero tallado por las mismísimas furias, cada centímetro era espectacular. Thea tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no abalanzarse sobre él. Lo que le había dicho iba en serio: era espectacular. Y no solo por la tez morena, la piel surcada de cicatrices o los músculos poderosos que se movían con cada movimiento; no solo por la línea afilada de su mandíbula ni por el brillo de sus ojos plateados… Era por algo mucho más profundo.

Lo contempló vestirse en silencio y se preguntó cómo era posible que alguien resultara igual de erótico vistiéndose que desnudándose. Pero Wilder se lo demostró al enfundarse cada capa con eficiencia militar, atando los botones y los nudos con los hábiles dedos, dedos que…

Thea expulsó aquel pensamiento de su cabeza y flexionó los dedos de los pies en los zapatos mientras tragaba saliva con dificultad. Como pensase en aquello, no habría fuerza de voluntad posible que la salvara.

Cuando Wilder terminó, estaba vestido totalmente de negro, como de costumbre, pero esa vez sin armadura ni cuero. Sus

pantalones y su túnica eran de una tela elegante, ligeramente adornada con hilos plateados en las costuras, que no hacían más que resaltar el tono acerado de sus ojos.

—Deberíamos irnos —exclamó al fin.

Le tocó a Thea balbucear mientras él le abría la puerta.



—Bienvenidos, bienvenidos, invitados de honor de Thezmarr —exclamó el rey Artos cuando entraron en el gran salón—. Althea, estás espléndida. —El rey le sonrió de oreja a oreja y les hizo señas para que se reunieran con él. Bajó la voz antes de volver a dirigirse a ella, situado junto a su asiento—. Mis espías han encontrado a más traidores involucrados en el intento de acabar con vuestra vida.

—Qué rapidez, majestad. —Thea no ocultó la sorpresa.

—Me tomo lo ocurrido como un insulto personal, querida Althea. Los responsables se dirigen ya hacia la Torre Escarlata.

Un escalofrío le bajó a Thea por la columna al recordar la última conversación que mantuvo acerca de la temible prisión.

«¿Qué sabes de la Torre Escarlata?», le había preguntado a Wilder tiempo atrás después de presenciar cómo un hombre prefería la ejecución al exilio a semejante lugar.

«Lo suficiente. Sé lo suficiente de ese lugar como para decir que yo también habría elegido la muerte».

El rey prosiguió como si aquello no fuera más que una mera inconveniencia.

—Mis guardias se han ocupado del almacén. Me han comentado que jamás habían visto tal carnicería… ni tal destreza.

Thea vaciló, ante esas palabras.

Sin embargo, el rey tomó la palabra de nuevo, aún en voz baja.

—No te preocupes. Han jurado guardar el secreto. Nadie se enterará.

Un noble precisó la atención del rey con una pregunta, y Wilder

se sentó a su lado.

—Todos los mediorreinos conocerán tus travesuras antes del alba —murmuró.

—¿Qué? Me ha dicho que han jurado guardar…

—Se pelearán para contarle a cualquiera que esté dispuesto a escuchar que han presenciado los destrozos que les has hecho a esos malnacidos. Solo hay una cosa en los mediorreinos capaz de arrancar secretos a los expertos soldados del rey, una cosa más potente que la tortura…

—¿El qué? —A Thea se le aceleró el corazón.

—Dos jarras de cerveza de El Zorro Feliz —le respondió Wilder.

Thea se habría echado a reír si no hubiese reparado en la multitud reunida. Había casi tantos nobles sentados a las largas mesas como cuando Harenth celebró el fin del luto del rey.

La magia que Thea presentía en la estancia no era tan intensa como cuando estuvo en presencia de todos los gobernantes, pero la seguía percibiendo latiendo a su alrededor, sin ninguna duda. El rey Artos era uno de los empáticos más poderosos de la historia de Harenth, y, sin la presencia de otros reyes y reinas, Thea era capaz de distinguir su magia sin problemas: era un agradable calor que envolvía a los presentes y exploraba entre los numerosos cuerpos.

A Wilder y a ella les habían reservado dos asientos cerca del rey, y nuevamente Thea se sentó al lado de la princesa Jasira. Wilder estaba incómodo junto a un hombre vestido con especial pomposidad.

Thea se inclinó hacia delante para hablar con la princesa.

—Es un placer volver a veros, alteza.

—Lo mismo digo, Althea. —La princesa Jasira se giró hacia ella—. Aunque recuerdo pedirte que me llamaras Jasi y que me tutearas.

—Perdona, Jasi. —Thea agachó la cabeza.

Pero la princesa le restó importancia con un gesto.

—Es evidente que tu situación ha cambiado mucho desde que nos vimos por última vez. No solo eres una guardiana de Thezmarr, como deseabas, sino la aprendiz de la Mano de la Muerte, ni más ni

menos…

Como si la hubiera oído, Wilder desplazó la vista por encima de la mesa hacia la princesa, pero no dijo nada, sino que optó por mirar a otro lado y darles una especie de intimidad.

—Han sido unos meses bastante complicados —admitió Thea. Cuando miró a los ojos a la princesa, no obstante, un escalofrío le recorrió la columna y una extraña sensación le reptó por la piel. ¿Se trataba de magia? No estaba segura. La última vez que había visto a la princesa, Jasira le había dicho que su magia aún no se había manifestado. Era extraño pensar que, en otra vida, Thea tal vez hubiera crecido gozando del mismo estatus que la princesa, quien quizá habría sido su amiga y aliada… Desechó ese pensamiento e ignoró el hormigueo que le cubría la piel—. ¿A ti qué tal te ha ido, Jasi?

La atención de la princesa Jasira estaba clavada en su padre, pero enseguida se volvió hacia Thea.

—Bastante bien —confesó—. Aunque me temo que la vida de una princesa es bastante más aburrida que la de una guerrera…

A Thea casi le dio un vuelco el estómago al oír esa comparación.

—¿Ni siquiera con magia? —preguntó casi sin querer.

—Es verdad —dijo Jasira lentamente—. Olvidaba que la última vez que estuviste aquí pudiste sentirla. ¿Ahora también?

Algo se le atascó a Thea en la garganta y tosió. Se obligó a beber agua para ganar algo de tiempo. Sí que se lo había comentado a la princesa durante su última visita, sin ser consciente de qué la acechaba bajo su propia piel ni de quién era… Supo que debía mentir.

—Uy, no —se apresuró a contestar con un forzado matiz liviano en la voz—. La otra vez debió de ser alguna extraña anomalía. A lo mejor me lo imaginé.

La magia pareció presentir la mentira y espesó el aire que la rodeaba. Al otro lado de la mesa, vio a Wilder ponerse rígido y clavar los ojos en ella.

Thea se quedó paralizada. ¿Era su magia la que estaba haciendo

aquello? ¿O la del rey Artos? ¿O acaso Jasira sí que había desarrollado poderes al final? Tan solo después de un largo silencio se dio cuenta de que la princesa en realidad no había respondido a su pregunta.

Pero, antes de que pudiese añadir nada más, sirvieron la comida.

Una docena de criados llevó una bandeja tras otra de platos increíbles, cada uno más copioso que el anterior. Sirvieron vino, y, cuando Thea se acercó el cáliz a los labios, se fijó en que el rey Artos usaba los servicios de dos coperos.

La princesa y ella comieron en un cómodo silencio y observaron el desenfreno que se apoderaba de los nobles allí presentes. Thea no pudo evitar lanzarle algunas miradas a Wilder, que hacía lo imposible por no participar en ninguna de las conversaciones de su alrededor. Ocultaba bien su incomodidad, sobre todo gracias a la ayuda del vino, pero Thea sabía que su mentor preferiría estar en cualquier otro lugar. Había comenzado a identificar las pistas que lo delataban. Wilder sintió su atención y la miró a los ojos antes de señalarle el plato que ella no había tocado.

Thea contuvo una sonrisa. Desde que el espadachín regresó a Thezmarr, su insistencia en que comiese más casi la había vuelto loca. Pero también había cierta ternura en su interés, así que se dispuso a pinchar varias verduras con el tenedor y se obligó a tragarlas.

Aunque Wilder no le sonrió, apareció un amago de hoyuelo en su mejilla antes de que apartara la vista.

El salón se llenó de ruidos de jolgorio: nobles que conversaban, copas que tintineaban con numerosos brindis y un par de violinistas que tocaban en un estrado cercano. Thea les echó un par de vistazos y los recordó del rato que estuvo en la taberna El Zorro Feliz con Cal y Kipp. Ver a los músicos le provocó una punzada de pena. Echaba de menos a sus amigos.

Thea se dejó ensimismar por la melodía durante unos segundos. Los dos violines incrementaron el ritmo hasta adoptar un fuerte *crescendo*.

—¿Te gusta su música? —le preguntó la princesa señalando hacia los violinistas—. Son bastante conocidos en los reinos.

Thea los contempló y se dio cuenta de que se estaba meciendo al son de la música. Se quedó quieta, ruborizada.

—Sí… Es una música preciosa. ¿Cómo se llaman?

—No me acuerdo… —Jasira se encogió de hombros—. Mi padre tiene a gente que se encarga de esas cosas, como comprenderás. Pero creo que son hermanos.

Los hombres se parecían, sin duda.

—¿De dónde son? ¿Lo sabes?

La princesa miró hacia la nada unos instantes.

—De lejos de aquí.

Thea se preguntó si era un deje de anhelo lo que había detectado en la voz de Jasira, pero enseguida desvió su atención hacia la mesa, donde el rey hablaba con Wilder.

—¿Has obtenido nueva información de nuestros prisioneros, espadachín Hawthorne? —se interesó el rey Altos antes de beber un sorbo de vino.

—Nada que vuestros hombres no les sonsacaran antes, señor —respondió Wilder sin más—. Me temo que los monstruos no han sobrevivido a mi interrogatorio.

A Thea se le heló la sangre. De repente, fue muy consciente de que las manos que le habían proporcionado tanto placer habían infligido un grandísimo dolor en otros unas horas antes.

—Estupendo —repuso el rey—. Dos criaturas malvadas menos en estos reinos.

—Estoy de acuerdo con vos, majestad.

El rey Artos alzó la copa hacia el espadachín y bebió a gusto. Cuando terminó, se limpió la comisura de la boca con una servilleta de lino y apartó la vista para retomar una conversación sobre lo último en la sociedad, como si no acabase de aprobar una muerte por tortura.

A su alrededor, los nobles se iban emborrachando. Se retiraron los platos y los cubiertos, y Thea se sintió atraída de nuevo por la

melodía que volaba hasta ellos. Parecía llamar a su magia y también a la del rey Artos. El aire se espesó, y Thea sintió su propio poder acumulándosele en la punta de los dedos.

A su lado, Jasira se revolvió. Quizá también estaba haciendo efecto en la princesa.

Entre canciones, un heraldo anunció que el salón de baile estaba abierto, y la muchedumbre de nobles atravesó unas enormes puertas dobles abiertas en un lado del gran salón.

—Ahora sería el momento de huir si tanto te interesa —musitó la princesa Jasira mientras se recogía las faldas y miraba hacia otra salida.

Sin embargo, la música que provenía de la otra estancia fascinó a Thea, quien al final dio un paso hacia las puertas que el heraldo había señalado.

—Nunca he asistido a un baile —le dijo a la princesa. «Y dudo que vuelva a tener la oportunidad», añadió mentalmente.

La princesa se rio.

—No es un baile, pero mi padre se alegraría si supiera que estás impresionada. Se esfuerza mucho con estas cosas. —La propia Jasira sonaba de todo menos impresionada—. En ese caso, te deseo buenas noches, Thea. Disfruta de la velada.

Antes de que le pudiese contestar, la princesa se escabulló.

En el ajetreo de idas y venidas, Thea también había perdido de vista a Wilder, así que se encaminó sola hacia el salón de baile, dejándose llevar por la multitud de joyas, vestidos de seda y túnicas elegantes. En la otra estancia, a los violinistas se habían sumado otros músicos hasta formar una banda de siete artistas que ocupaban un escenario en la parte delantera.

Mientras se movía entre los nobles, Thea se dio cuenta de que muchos la observaban y otros tantos la evitaban. Al principio miró extrañada a los que la contemplaban, pero, después de que varios hombres inclinaran la cabeza con reverencia al verla, cayó en la cuenta: sabían quién era. No una heredera desaparecida de Delmira, no una portadora de tormentas, sino…

—La asesina de espectros —murmuró alguien.

—La próxima espadachina de Thezmarr —susurró otro.

—La Sombra de la Muerte…

Thea casi bufó al oírlo, pero, al intentar identificar los rostros que la rodeaban, alguien le bloqueó el paso.

El rey Artos en persona.

—Majestad. —Le hizo una reverencia—. Gracias por vuestra generosidad esta noche. Por la habitación, por el vestido, por todo…

—Bobadas. —El monarca agitó una mano para acallarla—. Ahora eres una defensora de los mediorreinos, Althea. Por no hablar de que te debo la vida. Lo menos que puedo hacer es tratarte como a una invitada de honor en mi propio hogar.

—Señor, yo no…

—Nada de objeciones, Althea. He venido a pedirte que bailes conmigo. —Le tendió una mano y le sonrió con amabilidad.

Thea se quedó paralizada, contemplando la mano extendida.

No podía decirle que no a un rey, pero… no sabía bailar, no en entornos regios.

El rey Artos esperó.

—Majestad —musitó, sumamente consciente de que todos los ojos se clavaban de pronto en ella y en el rey de Harenth—. Es que… no sé bailar bien. —No añadió que la única experiencia que tenía bailando incluía a sus amigas y a ella, lanzándose cuchillos unas a otras a los pies.

—Es fácil. —Le cogió la mano—. Ayudé a Jasira en sus clases. A ti también te puedo enseñar.

Thea tragó saliva. Ya no había vuelta atrás. El rey le sujetaba la mano con firmeza y la conducía hacia el centro de la pista de baile, por más roja que se hubiese puesto.

Comenzó una nueva canción. El rey Artos le levantó la mano y le colocó la otra en la cintura.

—Es un vals sencillo. Es cuestión de contar los pasos, así… Un, dos, tres y un, dos, tres… —Se desplazó con ella avanzando confiado por el suelo.

«Un, dos, tres; un, dos, tres», contó Thea mentalmente. No era demasiado distinto de un juego de pies que Wilder le había enseñado en el trayecto hacia Delmira.

La música incrementó el ritmo, y el rey Artos la condujo por el salón, donde los nobles les dejaron espacio y los observaron con curiosidad. Thea no podía preocuparse por las consecuencias que tendría bailar con el rey. Estaba concentrada en seguir sus pasos y en no pisarle los pies.

—Tienes un don natural —la elogió con amabilidad. Su voz exuberante emulaba el calorcito que había comenzado a florecerle a ella en el pecho. Se sonrojó de la alegría.

Cuando estuvo convencida de que no estaba haciendo el ridículo o, peor aún, dejando en ridículo al rey, se permitió relajarse con la melodía y con el patrón de los movimientos. El rey Artos la hizo girar sin esfuerzo y, durante unos segundos, Thea se preguntó si sus padres les habrían enseñado a bailar el vals a Wren y a ella, o si habrían contratado a tutores reales.

Esos pensamientos se esfumaron de su cabeza tan pronto como aparecieron, y la maravillosa melodía le inundó todos los sentidos; su cuerpo se perdió en el ritmo, que pudo seguir sin problemas con los pies.

Ojalá Wren, Sam e Ida estuvieran allí para verla y para dar vueltas en el salón de baile. Había sido Ida quien las había obligado a incluir un componente de danza en el juego de las alquimistas bailarinas para prepararlas por si algún día debían asistir a un baile o a una boda. Thea siempre había dudado de que fuese a presenciar algo parecido, y ahí estaba.

La música se intensificó Cada vez más, y el rey la hizo girar y girar. Le salió una carcajada de los labios…

—¿Me permitís, majestad? —intervino una voz grave y estruendosa.

Y las vueltas se detuvieron. La extraña calidez que notaba Thea en el pecho se evaporó.

Wilder Hawthorne acababa de interrumpir al rey, y algo se disipó

a su alrededor, como si una burbuja hubiese explotado.

Pero el rey Artos no se inmutó.

—Por supuesto. —Y entregó a Thea al espadachín. Wilder la sujetó con una firmeza que curiosamente la devolvía al presente.

Thea supo que la sonrisa que Wilder le dedicó al rey era falsa.

—Gracias —dijo, y se la llevó.

—¿Acabas de irrumpir al mismísimo rey? —le preguntó, incrédula.

—Pues sí —contestó Wilder como si tal cosa.

De pronto, a Thea le iba a dar algo.

Wilder pareció percibir el cambio en ella, ya que la sujetó cuando le fallaron las rodillas.

—Mírame, Thea… —murmuró.

Thea obedeció y ahogó un grito ante el panorama. Los ojos plateados del guerrero fulguraban por la rabia.

—¿Qué pasa? —le preguntó recostándose en él.

—Creo que el rey acaba de utilizar sus habilidades de empático contigo —le informó al tiempo que se ponía una mano suya en el hombro y le arrimaba la cintura.

—¿Cómo? —Se quedó boquiabierta.

—Baila conmigo, Thea… No podemos hablarlo aquí.

Thea hizo lo imposible por recuperarse, se enderezó y observó al hombre que estaba ante ella, enfundado en ropas elegantes negras y dispuesto a bailar.

—Creía que no bailabas —masculló.

—Y no bailo. O, por lo menos, hace mucho que no —respondió—. Pero contigo sí. —No esperó, sino que la llevó por un vals brillante, cuya música los envolvía y los guiaba con su propia forma de magia.

Thea cobró vida allá donde Wilder la tocaba. El calor que sentía en sus brazos era distinto. En lugar de ser un manto que le cubría los sentidos, procedía de dentro y era intenso y dorado, una sinfonía de sensaciones. Se deleitó con la fuerza y el ritmo del guerrero, con el hecho de que para él era la excepción. La música, el espadachín, la magia…; todo aquello la embelesó como nunca antes, y sintió su

propio poder gestándose y alzándose en su interior.

—Ten cuidado, princesa… —susurró Wilder—. Si yo lo puedo percibir, es bastante probable que los miembros de la familia real también.

Pero era como una droga, como el canto de una cirena, y Thea cayó presa del encanto.

Wilder masculló entre dientes y prácticamente se la llevó a rastras del salón de baile hacia un pasillo abandonado.

«Si antes no corrían rumores sobre nosotros, ahora seguro que sí», pensó Thea, distraída, al zambullirse en la mirada plateada de Wilder.

—Tienes que ir a algún sitio para desahogarte —le anunció en voz baja mirando alrededor para comprobar que nadie los hubiera seguido.

A Thea enseguida le hirvió la sangre y le ardieron las mejillas al recordar lo que Wilder le había hecho delante del espejo.

—Qué mente más calenturienta tienes, aprendiz… —le dijo Wilder observándole los labios separados con los ojos más oscuros.

Thea estaba demasiado afectada como para reírse.

Wilder tomó la palabra de nuevo con voz ronca.

—Larguémonos de aquí.

—¿A dónde vamos? —le preguntó, sintiéndose totalmente desconectada de sí misma.

—A donde solíamos ir todos los espadachines cuando necesitábamos una noche para nosotros. Ven conmigo…

CAPÍTULO 28

THEA



Cuando salieron al frío aire nocturno, Thea volvió en sí poco a poco y sintió la garganta seca y temblores en las manos. Apenas vio hacia dónde la llevaba Wilder hasta que se encontraron delante de un cartel que le resultaba familiar, ondeando al viento.

El Zorro Feliz.

—Me parece que me debes una jarra de hidromiel agrio, princesa —dijo antes de abrir la puerta de la taberna.

Por suerte, la tenue luz del local ocultó el rubor de Thea. Wilder sabía que le había robado alcohol. Lo había hecho presa de la rabia, pero por lo visto al guerrero le hacía bastante gracia.

Le resultó extraño entrar vestida con tanta formalidad, pero enseguida olvidó su incomodidad. La taberna se quedó unos instantes en silencio cuando entraron. Algunos clientes le dedicaron a Wilder el saludo de tres dedos en el hombro, mientras que otros se quedaron contemplándolos atónitos.

—Espadachín Hawthorne —lo saludó el propietario tendiéndole la mano.

—Bertie. —Wilder se la estrechó—. Me alegro de verte.

—Hace tiempo que no venías —dijo Albert antes de posar la mirada en Thea—. Y tú… Señorita Zoltaire. Te estás ganando una buena reputación, ¿eh? Primero salvas a nuestro rey, luego matas a un espectro y ahora libras a los mediorreinos de asquerosos mercenarios…

«Las noticias vuelan», pensó Thea. Se movió sobre sus pies al darse cuenta de que los ojos de los clientes no solo se dirigían a Wilder, sino también a ella. Se le erizó la piel ante tanta atención. Si era el trato que iba a recibir, no podía ni imaginarse qué pasaría si la gente supiera que los rayos le recorrían las venas.

—Llámame Thea —le pidió al tabernero, que asintió con la cabeza.

Wilder barrió las mesas con la mirada y reparó en la fingida falta de interés de la multitud hacia ellos.

—Un reservado en el fondo, si es posible, Bertie.

—Ahora mismo —contestó el hombre moviéndose ya hacia el fondo del local. Los acompañó hasta un reservado situado en un oscuro rincón de la taberna y esperó a que se sentaran en los bancos acolchados antes de volver a dirigirse al espadachín—. Marise se ha enterado de que estás en la ciudad. Nos ha traído una botella del vino que te gusta, aunque me pide que te diga que está ofendida por que no hayas visitado su tienda.

Una sonrisa sincera le iluminó la cara. Verla derritió algo en el interior de Thea.

—Me conoce bien —contestó Wilder asintiendo.

Y al poco Albert los dejó a solas. Un criado les llevó una botella y dos copas al cabo de unos segundos.

Thea observó cómo Wilder servía generosamente y le deslizaba una copa por la mesa.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, con la voz grave teñida de preocupación.

—N-no… —Thea tartamudeó. En realidad, no había tenido tiempo de procesarlo—. No lo entiendo, la verdad.

Wilder dio vueltas a la copa y bebió un sorbo de vino, con los ojos cerrados por el gozo.

—Yo tampoco.

—¿Tiene permitido usar su magia así? —quiso saber Thea al recordar lo absorta en la música que se había sentido. Tras reflexionar un poco al respecto, se percató de que la calidez que había experimentado en el pecho era antinatural, totalmente distinta de la sensación que la embargaba al ver la sonrisa de Wilder o al oír su carcajada.

—Es un rey. —Wilder resopló—. Tiene permitido hacer lo que le dé la gana.

—Pero a mí no me haría daño. —Aquellas palabras sonaron estúpidas e ingenuas al salir de su boca, pero ella se las creía—. Siempre ha sido bueno y amable conmigo… Soy una guardiana gracias a él.

—Eres una guardiana gracias a ti misma, Thea. —Wilder dejó la copa en la mesa con demasiada fuerza.

Thea asimiló sus palabras antes de hablar de nuevo.

—¿Crees que es un tipo peligroso?

—Todos los hombres con poderes como el suyo son peligrosos —contestó Wilder antes de beber otro sorbo—. Nunca estés en deuda con un gobernante. —Se rio ligeramente por la nariz al oírse—. Lo olvidaba, princesa. A fin de cuentas, eres una de ellos.

—Pero qué… ¿qué quería? —Thea reprimió un estremecimiento.

—¿Qué es lo que quiere cualquier hombre poderoso? —le preguntó Wilder—. Más poder. Ya sea en forma de ejércitos y riquezas, de mujeres o de influencia. Está interesado en ti. Lo está desde que le lanzaste la puta daga a su cáliz.

Thea cogió su copa y le dio un sorbo para probar. Abrió muchísimo los ojos. Ese vino era muchísimo mejor que el que bebían en la fortaleza.

—No te acostumbres —se rio Wilder. Aun así, los ojos

traicionaron su actitud relajada. Le brillaban alerta y en todo momento miraban alrededor.

—¿Tienes alguna idea de quién contrató a los mercenarios? —dijo Thea. Sus propias sospechas se revolvían veloces en su mente.

—Varias. La Hija de la Oscuridad, por ejemplo.

—¿Vernich no? —le soltó.

Wilder emitió un gruñido gutural de frustración y negó, con la cabeza, incrédulo.

—¿Por qué estás tan obsesionada con él?

—Bueno… En parte estuve a punto de morir desangrada en un armario escobero por su culpa.

—Ya lo pagó con creces. —A Wilder se le ensombrecieron los ojos.

Thea agitó una mano.

—¿Por qué estás tan seguro de que no es un espadachín caído? Fue él quien dejó que el segador huyese en las ruinas. Te dije que los oí a Seb y a él hablar sobre ir a buscar algo que quería el enemigo, sobre el Velo y sobre que la estrategia de las alquimistas no funcionará. Y…

Wilder le cubrió la mano con la enorme suya para detener sus gestos frenéticos.

—Frena un poco.

—Quiero ver el mapa —exclamó Thea.

—¿Qué mapa? —Wilder frunció el ceño.

—El mapa en el que has marcado los puntos débiles del Velo.

Thea pensó que él se negaría, que seguiría restando importancia a sus preocupaciones por los dos capullos de Thezmarr. Sin embargo, sin dejar de arrugar la nariz, Wilder hurgó en sus bolsillos y extrajo un pergamino doblado y arrugado.

—Quédatelo si hace que te sientas mejor.

A Thea la sorprendía que lo llevase encima teniendo en cuenta cómo iba vestido, pero no dijo nada. Desdobló el pergamino, cuyo tacto era suave, y examinó las tierras marcadas con tinta.

—¿No lo necesitas?

—Me lo sé de memoria.

—¿Dónde está la zona más débil? —Recorrió las líneas onduladas del Velo.

—¿El punto más cercano a la tierra? —Wilder ni siquiera hizo amago de mirar al mapa—. Hacia el este. Más allá de la guarnición de Ironhelm.

Thea respiró hondo. No sabía si eran las secuelas de la intervención de Artos como empático o de todo lo que había ocurrido, pero de repente sintió un nudo de tensión en el pecho, y la inquietud que la había inundado durante toda su vida resucitó con ímpetu. La magia le crepitaba en la punta de los dedos y el corazón se le desbocó, aterrado. Allí no. No podía suceder allí. Debía moverse, debía…

—¿Sabes jugar a los dardos? —le preguntó Wilder señalando hacia una diana de la pared, como si hubiera advertido que su aprendiz necesitaba distraerse.

—Sé jugar a todo. —Thea soltó el aire poco a poco.

Wilder la recompensó con otra de aquellas sonrisas arrolladoras.

—¿Ves todas esas marcas en la pared alrededor de la diana?

Thea asintió. La inquietud de su interior pasó de hervir a tan solo fermentar.

—Las hizo Talemir —le contó Wilder—. Se le daba de puta pena.

—¿Venías muchas veces aquí con él? —se atrevió a preguntarle, consciente de que el antiguo mentor del espadachín a menudo era un tema delicado.

—Con él y con Malik, sí… Demasiadas veces.

—Pues seguro que el negocio iba viento en popa gracias a vosotros —repuso Thea. Lanzó una mirada hacia una mesa ocupada por mujeres llenas de deseo. Procuraban con todas sus fuerzas no mirar al guerrero, pero resultaban muy poco convincentes.

Wilder resopló divertido, y el hormigueo familiar se extendió en el pecho de Thea al oírlo.

—Puede.

Thea enarcó una ceja y recordó el collar de zafiro que había

encontrado en la cabaña de él. ¿Era de Adrienne, la mujer de la que le había hablado en Delmira? Seguro que pertenecía a una mujer de su pasado, pero no era el momento de preguntárselo, ya que en esos instantes Wilder parecía estar… contento.

Su mentor le sonrió y levantó las manos en fingido gesto de rendición.

—Tal era el peor de los tres, te lo prometo.

—Y, aun así, ha sentado la cabeza con una mujer por ahí.

—Eso tengo entendido. —El espadachín contempló su copa brevemente—. ¿Conoces algún brindis? —le preguntó para cambiar de tema.

—Solo uno. —Thea se aclaró la garganta antes de levantar el vino y sostenerle la mirada—. Que camines por los jardines del más allá durante media hora antes de que Enovius te lea la lista de tus hazañas.

Rozó la copa de Wilder con la suya ante la mirada asombrada de él.

Acto seguido, el espadachín se puso una mano en la barriga, echó atrás la cabeza y se rio a carcajadas. Era un sonido exuberante y melódico y grave, que le provocó algo por dentro al brotar del guerrero. ¿Alguna vez lo había oído reírse así?

Cuando la risotada se apagó, Wilder siguió negando con la cabeza.

—¿Quién te lo enseñó?

—Kipp —contestó con una sonrisa.

—Debería haberlo imaginado. —Wilder se rio por la nariz.

—¿Por?

—Torj me comentó que creció aquí. Supongo que escuchó muchas cosas a hurtadillas. No me cabe ninguna duda de que sabe más de los mediorreinos de lo que aparenta.

—¿Por qué lo dices?

Wilder se recostó en el reservado con los hombros bajos y las piernas extendidas debajo de la mesa, que rozaban las suyas. Parecía… relajado.

—Porque El Zorro Feliz forma parte de la enorme red de tabernas hermanadas en todos los reinos.

—¿Ah, sí?

—El Zorro Feliz, El Oso Sonrojado de Tver y La Liebre Cantora de Aveum…

—¿Y en los reinos caídos?

—En Naarva estaba El Tejón Bailarín… —musitó Wilder—. Y creo que en Delmira estaba El Ciervo Volador. Marise todavía se queja de que el Ciervo era su mejor cliente de todos. Ningún otro reino ha igualado sus pedidos desde entonces.

Thea lo observó pensativa y perpleja por el contraste que había entre lo que sentía por él y lo poco que sabía de la vida del espadachín antes de que la conociera. Casi era un desconocido en ese sentido. Volvió la vista hacia la diana.

—¿A ti se te da bien?

Wilder siguió su mirada.

—A mí me gustaba más el billar —replicó asintiendo hacia la mesa que se hallaba en la otra punta de la taberna.

—A eso no he jugado nunca —comentó Thea. Había muchas cosas que no había hecho y muchas que jamás haría. Sin pensarlo, posó una mano en la piedra del destino por debajo del vestido.

Por lo visto, Wilder advirtió lo que no había verbalizado.

—¿Jugamos?

—Si tú te apuntas, yo también. —Thea sonrió.

—Uy, princesa, yo siempre me apunto.

Esta vez no le molestó el apodo. De hecho, al oírlo el estómago le dio un vuelco agradable, así como al reparar en el brillo desafiante de los ojos del espadachín. Thea se limitó a coger las dos copas y a esperar a que él la condujera hacia la mesa de billar.

Ya había dos hombres jugando, pero, al ver a Wilder y a Thea, insistieron en cederles la mesa y reordenaron las bolas de inmediato.

Thea se rio y le miró.

—Menuda impresión causas, ¿eh?

—No se trata de mí —replicó él lentamente viendo cómo se iban

los hombres—. A estas alturas, todo el mundo ha oído hablar ya de la guapa guardiana de Thezmarr que ha acabado con una docena de mercenarios en un almacén.

La forma en la que Wilder lo dijo la hizo sonrojarse, pero era tal cual había sucedido.

Wilder le tendió un taco.

—Las damas primero.

Thea se inclinó sobre la mesa y extendió el taco.

—Así no —se rio Wilder.

—No te rías y enséñame cómo.

—¿Que te lo enseñe? Esa no es la estrategia propia de un ganador.

—Pues sé un caballero. —Thea puso los ojos en blanco.

De repente, el cuerpo de Wilder la envolvía por detrás. La rodeó con los brazos y guio sus manos sobre el taco.

—Los dos sabemos que de caballero no tengo nada.

Thea se tensó al sentir el cuerpo firme del guerrero arrimado a su espalda, y Wilder avanzó por la mesa con el taco hasta lanzar un golpe preciso, que a su vez rompió el triángulo de bolas.

Thea notaba los ojos de todos los presentes en la taberna y, aunque casi nunca le preocupaba lo que opinaran los demás de ella, sí se preguntó qué imagen debía de estar dando. Espadachín y aprendiz que se manoseaban en la mesa de billar. ¿Era lo que veían?

Wilder jugó sin prestarles la más mínima atención y metió dos bolas a la vez. Estaba más acostumbrado que ella a ser el centro de todas las miradas.

—¿Necesitas que te lo vuelva a enseñar? —la provocó.

Thea sintió mariposas en el estómago al oír el tono y apretó los muslos. Por todos los dioses, ese hombre… Ya había demostrado que era capaz de hacerla añicos. Tras intentar echar de su cabeza esos pensamientos, aceptó el taco y se inclinó por encima del extremo de la mesa.

Sintió los ojos de Wilder clavados en ella.

—¿Te gusta lo que ves? —exclamó Thea con tono

sorprendentemente grave y seductor.

El deseo oscureció la mirada de Wilder.

—Quiero hacer algo más que ver —medio gruñó. Se puso de nuevo a su lado con la excusa de ayudarla a colocar bien el taco—. Te follaría en esta misma mesa si pudiera.

—Pues hazlo, espadachín —lo retó.

—No sabía que te gustara tener público, princesa.

—Eres lo bastante grande y amenazador para ahuyentarlos.

—Ya lo sé. Pero no lo haré.

Thea se incorporó, tan cerca de él que presentía el calor que irradiaba el cuerpo de su mentor.

—¿Por qué no? —lo desafió.

Wilder bajó la vista hasta sus labios.

—Porque ya estoy demasiado a punto de… —Se interrumpió.

—¿A punto de qué? —insistió.

Thea vio la batalla interna que se llevaba a cabo detrás de esos ojos plateados. Por la mirada que le lanzó, estaba a apenas unos segundos de distancia de arrojarla sobre la mesa y tomarla de improviso, a pesar de los clientes de la taberna. Era lo que ella deseaba que hiciese.

Los juerguistas habían empezado a vaciar las mesas cercanas, como si percibieran que ellos dos estaban a punto de discutir o de follar, o las dos cosas.

—No podemos —murmuró Wilder sobre la suave piel de su cuello. Estuvo a punto de arrancarle un gemido de frustración, olvidada ya la partida de billar.

—¿Por qué? —La pregunta adoptó la forma de una petición jadeante.

—Porque un espadachín no es quién para sentir lo que siento yo por una princesa.

—No soy una princesa.

—Pero es justamente lo que eres.

Thea levantó la barbilla, desafiante, pero no pensaba permitir que ese fuera su punto débil, no en ese momento.

—Pues dime qué es lo que sientes —lo presionó.

La energía que surgía entre ambos era palpable, un flujo que se había formado a su alrededor y que los atraía, tan poderoso que Thea lo notaba en la planta de los pies incluso.

Wilder estaba tan cerca que ella sintió el temblor de contención que le agarrotaba el cuerpo.

—Todo —dijo al fin, y de pronto la besó.

CAPITULO 29

WILDER



Casi le dijo a Althea Zoltaire que la amaba; que ella, la princesa perdida de Delmira, la tormenta viva, era la dueña de su mente, su cuerpo y su alma rota; que su frío y agotado corazón era suyo, si quería cogerlo.

Pero no permitió que esas palabras salieran de su boca.

En cambio, procuró apresarlas en cada beso, en cada caricia, durante el trayecto tambaleante hasta el palacio, enredados como un par de adolescentes, y al cuerno las consecuencias. Se llenó del olor a sal marina y bergamota de ella como si fuese una droga y él, un adicto.

Por los dioses, Wilder percibía la tormenta que crecía dentro de ella. Su propia magia respondía a su llamada con su propio poder. No tenía fin el deseo que sentía por ella, el amor que sentía por ella. Estaba en su sangre, tallado en sus huesos, y le prendía fuego como si fuera un incendio.

Ninguno de los dos estaba borracho, pero, que los dioses se apiadasen de él, le daba la sensación de estarlo; estaba borracho de ella.

Ignoraron a los guardias al cruzar la zona exterior del palacio y al recorrer los pasillos, donde solo se separaron para coger aire antes de volver a perderse en los brazos del otro.

Wilder no podía recordar cuándo se había sentido tan vivo, tan joven y tan libre. Echó de su mente las ideas del deber y las promesas, las expectativas y el honor, y decidió que esa noche iba a vivir, y a vivir con intensidad, con Thea.

Cuando llegaron a sus aposentos, entraron a toda prisa, y Wilder la cogió en brazos, cerró la puerta de una patada y la llevó directa a la cama.

Una cama.

Por mucho que a Wilder le hubiese encantado lo que habían hecho en el bosque Sangriento, en la cueva y frente al espejo del cuarto de baño, se moría por tomarla en una cama, como harían si fueran otra pareja, si no fuesen exactamente quienes eran de verdad.

El vestido de Thea era una red de lazos y botones, y estaba a punto de romperlo por la mitad cuando cayó al suelo sobre sus pies.

No llevaba nada debajo.

El corazón de Wilder se aceleró. Por todos los dioses, era perfecta.

Recorrió las marcas rojizas que le había dejado el corpiño sobre las costillas. Besó la cicatriz donde la habían apuñalado siendo escudera. Sin embargo, ahí fue cuando se terminó su control. Se abalanzó sobre ella y le enredó los dedos entre el pelo, cuyos mechones se escurrían como si fueran de seda. Thea abrió los labios bajo los suyos, se entregó a él y a las embestidas desesperadas de su lengua.

Le agarró la camisa, y Wilder interrumpió el beso para quitársela por encima de la cabeza.

Oyó el suave suspiro que escapó de ella al pasar los ojos por su torso desnudo y tatuado, y por el contorno de su abdomen. Thea le acarició la piel con las uñas, y él siseó al sentirlo; la cogió por la nuca y se apoderó nuevamente de su boca con un beso brutal.

Wilder le mordisqueó el labio inferior, con la fuerza suficiente como para arrancarle un grito ahogado. Thea se esforzó tanto como él y le devolvió el beso con fiereza. Él se deleitó con cada roce de sus labios sobre los suyos y explorándola a conciencia con la lengua.

Nunca se había sentido así. Con nadie más.

Era como si las mismísimas furias hubieran creado cada centímetro de Thea para él.

Le pasó las manos por las curvas, pues quería memorizar cada valle y risco de su bellísimo cuerpo. Thea se arqueó hacia atrás, suplicándole sin palabras que la tocase.

Wilder la besó con ansia y la complació agarrándole los pechos con ambas manos, acariciándole los pezones con los dedos hasta encontrar el punto justo entre el placer y el dolor que la dejaba sin aliento.

En el modo en el que se devoraban había algo que resultaba completamente descarado. Wilder gruñó al sentir su cuerpo y al trasladarla hacia la cama mientras ella jugueteaba con su cinturón y, luego, con los botones de sus pantalones. Le daba la sensación de que llevaba horas erecto; días, incluso, o puede que hasta semanas. Siempre la había deseado. Dioses, ¿acaso no era consciente del efecto que tenía en él? La erección era casi dolorosa.

Profirió un profundo gruñido gutural cuando Thea le liberó la polla y le rodeó el miembro palpitante con los dedos.

Comenzó a masturbarlo arriba y abajo, trazándole con el pulgar círculos en la punta, donde se había acumulado una reveladora humedad. Thea gimió sobre su boca, un sonido que le tensó a él los testículos por lo que se avecinaba.

Wilder le quitó las manos del pecho y las bajó por su vientre hasta situarse entre sus piernas, donde la halló mojada y lista. Cuando la abrió con los dedos, ella gimió, y él estuvo a punto de lanzarla sobre los cojines, pensando únicamente en penetrarla hasta el fondo.

Thea pareció tener la misma idea, pues lo arrastró hasta la cama. Se golpeó las piernas con el extremo del colchón y cayó hacia atrás

llevándoselo consigo.

Wilder la seguiría a cualquier sitio.

Ella separó las piernas para ponerlas a ambos lados del cuerpo del guerrero y su polla la rozó al apoyarse sobre ella.

—Un momento —se interrumpió Wilder. Se puso rígido al darse cuenta de una cosa y maldijo su impetuosidad y su despreocupación —. No hemos hablado de precaución ni de…

—Lo tengo controlado —lo cortó Thea alargando un brazo hasta su erección.

—¿Estás segura? —le preguntó. El aliento le salió en forma de silbido cuando ella se colocó la punta justo en su entrada.

—Confía en mí. —Thea le dedicó una mirada desafiante—. Es lo último que quiero. En serio. Lo tengo controlado.

—Muy bien. —Satisfecho, se inclinó para besarla.

Esta vez, sin embargo, ella vaciló.

—¿No me vas a corregir?

—¿Sobre qué?

—Sobre las posibilidades de que cambie de opinión y de que quiera…

—¿Por qué demonios iba a hacer eso? —Wilder frunció el ceño al apartarse para mirarla a la cara—. Siempre estás muy segura de ti misma, Thea. Es evidente que a estas alturas he aprendido la lección de respetarte.

—Ah. —Le subieron los colores a las mejillas.

Wilder se agachó de nuevo y le rodeó el pezón con la lengua antes de dejarle un camino de besos ardientes por el cuello, y se quedó allí donde el pulso le latía bajo la piel.

—¿Te puedo follar ya? —le murmuró al oído.

Thea se arqueó y frotó su sexo húmedo contra él.

—Sí —jadeó—. Sí.

Wilder se apoyó en las rodillas y la observó. Se le secó la boca al verle los senos enrojecidos y los pezones duros, y luego más abajo, donde separaba las piernas para él, totalmente expuesta. Deslizó un dedo por su sexo, por la humedad que encontró ahí.

—¿Estás preparada? —le preguntó con voz ronca por el deseo.

—Sí. —Thea se contoneó contra su cuerpo en busca de más fricción.

Wilder le cogió las caderas y las ladeó hacia él a la vez que la recolocaba para regresar a su hogar, pero no antes de alzarle las piernas para que colocase los muslos sobre su torso y le rodease los hombros con las rodillas.

Thea abrió muchísimo los ojos.

Y fue entonces cuando Wilder empujó para deslizarse en su interior y presenció cómo ella separaba los labios en un asombrado grito de placer.

Esperó unos instantes a que Thea se adaptase a su tamaño, consciente de que desde ese ángulo llegaba más adentro que nunca…

Su aprendiz echó las caderas hacia él pidiéndole más.

Wilder esbozó lentamente una oscura sonrisa.

—Háblame, princesa —le dijo—. ¿Qué quieres?

—Más fuerte —jadeó tras soltar un grito de impaciencia—. Más rápido. Más duro.

Wilder le sujetó los muslos con fuerza suficiente como para dejarle marcas.

—Sin problema —murmuró sacándosela casi del todo antes de metérsela de golpe una y otra vez, tal como ella quería. Qué prieta estaba, por los dioses; tanto que apenas podía respirar, embargado por una sensación sumamente abrumadora.

Al poco, los gemidos de Thea retumbaron en las paredes, y Wilder apenas consiguió mantener a raya la bestia feroz que vivía en su interior al follarla, con sus pies junto a las orejas y su propio placer aumentando más y más con cada embestida. Devoró la imagen de sus pechos botando y de la mano que iba hacia el sur por su cuerpo hacia su clítoris.

Wilder jamás había visto nada tan bello, nada tan sensual, como a Thea tocándose mientras él la penetraba sin parar.

El deseo lo atravesó como una droga y le dejó la piel al rojo vivo

y el corazón a punto de estallar. Anhelaba aquello, la anhelaba a ella, cuyo calor lo transportaba a un nuevo lugar de locura, donde el éxtasis lo aturdía incluso. Cuando estaba a punto de perder los estribos, la tumbó de costado y la folló desde detrás, arrancándole jadeos irregulares.

Aquellos maravillosos ruidos que emitía Thea le bajaban vibrando por la polla y hasta el pesado saco entre sus piernas para provocarle a él también gemidos de placer desde lo más hondo de la garganta y para impulsar el instinto salvaje y carnal de su interior.

—Joder, Wilder —gritó Thea.

—¿Vas a correrte para mí, Thea? —Apenas reconoció el gruñido con el que habló, oscurecido por la necesidad. La cogió por la parte interna del muslo y le pasó una pierna encima de la suya para separarla con los dedos y buscarle el clítoris para presionarlo.

Con un grito, Thea se sacudió al sentirlo y vio puntitos cuando él se hundió más hondo todavía en su interior.

Se meció para acoger cada una de las severas embestidas de Wilder.

El espadachín le besó el hombro y le pasó los dientes por la piel.

—Wilder, me voy a…

Gritó en medio de la lujuria y estrechó ese miembro que la follaba para llevarla al clímax y absorber cada gota de placer; Wilder le acarició el clítoris en círculos hasta que la notó temblar.

—Te tengo —le susurró sobre el pelo, abrazándola fuerte contra el pecho, cuando a Thea se le escapó un sollozo.

Durante unos segundos, Wilder no oyó nada más que los jadeos de ella. Pero al poco Thea se movió, se sacó la polla dolorida de él, lo tumbó de espaldas y se sentó a horcajadas encima.

—Y yo te tengo a ti —le aseguró mientras le deslizaba las uñas por el pecho y descendía hasta su erección.

Wilder puso los ojos en blanco por el placer.

—Por todos los dioses… —gimió cuando Thea se introdujo todos y cada uno de sus centímetros. El calor se le acumuló en la base de la columna y en las pelotas a medida que ella lo cabalgaba para

provocarle placer tal como acababa de hacer él. Una oscura fiebre de deseo lo embargó, y tuvo que moverse y apoderarse de ella con todo su ser.

En un visto y no visto, Wilder le cogió la espalda y se levantó. La llevó en volandas, apartó de una patada la mesita lateral para llegar sin problemas a la pared y estampó su cuerpo contra el suyo.

Thea soltó un grito cuando su espalda chocó con la fría superficie, y él la atrapó allí para embestir en su húmedo calor mientras ella le enredaba los dedos con el pelo y lo besaba en la boca.

—Thea… —murmuró sobre sus labios, con la esperanza de poder expresar todo lo que pretendía tan solo pronunciando su nombre.

—Déjate ir, Wilder —susurró arañándole ligeramente el cuello con los dientes—. Hazlo.

Y fue lo que hizo.

Wilder estalló y la embistió con la fuerza de su clímax. El orgasmo lo atravesó, una oleada tras otra, y su cuerpo se estremeció ante el de ella, totalmente fuera de control. Las consecuencias de aquella sensación le provocaron hormigueos en todas las extremidades.

Con un jadeo, apoyó la frente sudada sobre la de Thea, sin dejar de inmovilizarla en la pared.

Thea le recorrió el labio inferior con el pulgar.

—Me encanta verte explotar así…

Wilder soltó una exhalación y besó esa boca tan caliente y deliciosa como siempre, que jugaba con el ardor que lo inundaba.

A continuación, la llevó de regreso a la cama.

—Pues más nos vale repetirlo —gruñó.



Wilder había soñado durante mucho tiempo cómo sería despertarse junto a Thea, pasarse la noche entera follándola y luego compartir la

cama con ella y desperezarse rodeándola con los brazos. Había visualizado la alegría y la paz que le proporcionaría. Y fue tal cual se lo había imaginado. Y más incluso. Así pues, se permitió saborear el instante y la soñolienta calma de la mañana para aspirar su aroma y para memorizar las sensaciones que experimentaba al tenerla recostada en su cuerpo y al constatar lo bien que encajaban.

Sabía que no podría disfrutarlo eternamente, por lo que quiso aprovecharlo al máximo.

La atrajo a su pecho y le pasó los brazos alrededor de la cintura y de los pechos; el cabello de Thea le hacía cosquillas en la piel, y el calor que irradiaba lo envolvía.

Thea se movió y se recostó en su cuerpo antes de apretarse más con el brazo de él.

No había nada en todos los mediorreinos tan perfecto como aquello, tan lleno de pura felicidad. No estaba preparado para permitir que irrumpiera la realidad de la mañana, no estaba preparado para hacer frente a lo desvergonzados que habían sido. Seguro que, a esas alturas, ya todo Harenth sabía que el espadachín y la guardiana se acostaban.

Wilder besó el punto sensible entre el cuello y el hombro de Thea, incapaz de creerse por completo que fuera capaz de hacer algo tan íntimo y que le resultase tan natural. Se deleitó con el placer de despertarla poco a poco, con una explosión de orgullo en el pecho al ver cómo ella lo buscaba, incluso dormida.

Thea se giró para mirarlo a los ojos, le acarició el torso con la cara y arrimó el resto de su cuerpo desnudo a su erección, tapada por las sábanas.

—Buenos días —murmuró él sobre su pelo.

Ella le contestó dándole un beso en el esternón y luego uno más abajo. Con un veloz movimiento, Thea se sentó encima de él y se inclinó para besarle el abdomen, con lo que reavivó el deseo de Wilder, que deshilachaba sus pensamientos.

—Tenía otros planes para ti —gruñó el guerrero cuando Thea bajó la mano hasta sus muslos y le sujetó la polla dura con la mano.

—No eres el único que tiene planes —murmuró sin dejar de bajar por su cuerpo. Le apresó la piel en un suave mordisco que le provocó una sacudida en el miembro.

Thea se detuvo ante la cicatriz del costado y acarició con un dedo la pálida marca.

—¿Dónde te la hiciste? —le preguntó con otro beso, por encima del surco en forma de Y que apuntaba hacia su entrepierna.

Wilder respiró hondo y optó por contenerse, aunque se distrajo muchísimo con la cercanía de aquella boca perversa a su erección.

Thea esbozó una sonrisa traviesa, como si supiera exactamente lo que él pensaba. Le propinó un suave y lento golpe con una mano.

—Te he hecho una pregunta, espadachín…

Por los dioses, Wilder estaba sudando.

—En una escaramuza en Naarva —consiguió contestar observando con los ojos muy abiertos cómo ella seguía acariciándolo.

—Tú y tu manía de describirlo todo con gran lujo de detalles —lo reprendió, y ralentizó las caricias hasta adoptar un ritmo de tortura. Era malvada.

—Estaba en una torre de vigilancia —resopló—. Me abalancé sobre unos espectros sombríos —otro descenso torturador y delicioso por su erección— y uno me golpeó. Treinta y dos puntos. —Contuvo un gemido.

La alegría que hacía centellear los ojos de Thea casi bastó para que Wilder quisiera coger el control y tumbarla sobre la cama, pero se quedó paralizado cuando ella se situó del todo entre sus piernas y bajó la boca hasta su cuerpo.

Wilder estuvo a punto de saltar de la cama cuando los labios cálidos y mojados de Thea le rodearon la polla. Con la lengua, le trazó círculos sobre la punta, y el gemido que al fin brotó de él fue profundo, primitivo y estruendoso. Le importaba una mierda quién pudiese oírlo. Entrelazó los dedos con el pelo de ella y observó cómo Thea lo engullía.

—Joder… —murmuró con voz ronca por el deseo, a punto de

poner los ojos en blanco.

Thea lo estimuló con la boca y con la lengua, y movió una mano para sujetarle los testículos hinchados.

«Por las furias sagradas». A Wilder le ardía la sangre, numerosos rayos de placer lo recorrieron con cada caricia de su lengua, un incendio de necesidad que amenazaba con sobrepasarlo. Le apretó el pelo con el puño y ella gimió sobre su polla, provocando una vibración que le reverberó de arriba abajo.

—Thea… —Pronunció su nombre sin saber qué le estaba pidiendo. Aquella cantidad de placer era una locura, y Wilder no sabía si quería estallar en esa boca suya tan talentosa o sacársela para penetrarla hasta el fondo. Iba a tener que decidirse pronto, ya que lo estaba llevando hacia el punto de no retorno.

Thea lo veneró con movimientos largos y libidinosos. Le permitió que le golpease la pared de la garganta, hasta que él estuvo a punto de ver las estrellas.

No, necesitaba tocarla. Y ya.

Se incorporó hasta recostar la espalda en el cabezal de aquella cama tan absurdamente enorme, y Thea se sentó a horcajadas sobre él.

Durante un segundo, se quedó paralizado, recorriéndole con la vista el rostro bello y sonrojado, y también los ojos, fulgurantes por la excitación. Luego pasó hasta sus pechos, también hinchados y enrojecidos, con los pezones duros. Por los dioses, lo que quería hacerle no tenía fin. La besó con una furia salvaje, con la polla rozando la resbaladiza humedad entre sus piernas. Con una sacudida de sus caderas entraría en ella. Con un ligero movimiento…

De repente, la puerta se abrió.

—Uy, mierda —exclamó una voz familiar.

Wilder cogió las sábanas a toda prisa y tapó a Thea con el corazón desbocado.

—¿Qué cojones haces, Torj? —le gritó, incapaz de moverse sin dejar a Thea a la vista.

Torj se los quedó observando boquiabierto antes de recobrarse y

girarse hacia la puerta.

—Mierda, mierda. Lo siento…

—¿Qué pasa? —preguntó una voz tras él, y Wilder gruñó.

—Joder, Torj. Cierra la puerta.

Y, aunque el espadachín rubio se movió, no fue lo bastante rápido.

—No, no…

Thea también soltó una maldición cuando sus amigos Cal y Kipp se asomaron a la habitación.

El agudo grito de horror que profirió Kipp habría sido gracioso si la situación no hubiera resultado tan sumamente vergonzosa.

—Largaos —vociferó Wilder con el cuello teñido de rubor.

—Eh… ¡Nos vemos en el Zorro! —respondió Torj al cerrar la puerta.

A Wilder le ardía la cara, y gruñó mientras enterraba la cara en el cuello de Thea al oír a los tres reírse a carcajadas por el pasillo.

—No podría haber sido peor —masculló.

—Sí podría… —repuso Thea con ligereza, echándose atrás para mirarlo a los ojos. La sábana se deslizó y le dejó al descubierto los hombros.

—¿Cómo exactamente? —quiso saber Wilder.

—Pues… —Por encima de todo, Thea parecía divertida—. Podría haber sido Audra. O el rey. —Soltó una risotada.

Aquel ruido provocó en él un nudo en la garganta y escozor tras los ojos. La estrechó más fuerte.

—Ya no hay vuelta atrás, espadachín —añadió antes de rozarle los labios con los suyos y mover las caderas.

Wilder gruñó. Ni una sola parte de su ser quería salir de la habitación y hablar con Torj. Quería quedarse en la cama con Thea durante toda la mañana, hablando, follando y riendo, abrazados… Pero, por mucho que desease disfrutar de una tranquila y lujuriosa mañana con ella, la realidad había hecho acto de presencia como de costumbre, y no había manera de huir. A fin de cuentas, era un espadachín de los mediorreinos.

—Venga, vistámonos —murmuró. Le puso las manos en la cintura para moverla.

—¿Quién ha dicho que haya terminado contigo? —contestó Thea resistiéndose.

Wilder cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás con la esperanza de que las furias le dieran fuerzas.

—Por todos los dioses, mujer. ¿Intentas matarme o qué?

Thea se rio y le pasó los dedos por la planicie del pecho.

—No es así como lo describiría yo, no.

La erección de Wilder seguía cerca de su cálida entrada, dura y palpitante. ¿Cómo no iba a estarlo con una belleza desnuda como ella encima de él?

—Tendremos que darnos prisa… —acabó diciendo. Le acarició la cintura con las palmas y vio cómo los pechos se alzaban y los duros pezones le suplicaban que los capturase entre los dientes. Wilder se relamió los labios y…

Thea se levantó.

—De hecho, no hay tiempo suficiente para todas las cosas que quiero hacerte… Ni para todas las cosas que quiero que me hagas tú. —Sonrió con descaro—. Vas a tener que esperar.

Wilder abrió la boca al verla caminar desnuda hacia el cuarto de baño, meneando las caderas. La curva de su trasero lo provocó antes de que la puerta se cerrara tras ella.

Dioses, no se había equivocado lo más mínimo.

En efecto, Althea Zoltaire iba a ser su perdición.

CAPITULO 30

THEA



Delante de la puerta de El Zorro Feliz, Thea miró al espadachín que se encontraba a su lado, que estaba de mucho peor humor que de costumbre, y no pudo evitar sonreír.

Wilder contestó arrugando el gesto, lo que hizo que ella ensanchara la sonrisa.

La noche anterior había sido…, lo había sido todo.

Thea todavía notaba sus huellas, como si le hubiera marcado el cuerpo y el alma, y no quería que desaparecieran jamás.

—¿Te estás arrepintiendo? —le preguntó Wilder con una mano en la puerta de la taberna.

Thea suponía la imagen que debieron de haber dado la noche anterior a los clientes del local; y luego, sonrojada, lo que Torj, Cal y Kipp habían visto en su habitación. Sin embargo, el destello de vergüenza se extinguió casi tan rápido como había aparecido. Se dio cuenta de que le traía sin cuidado lo que pensaran los demás.

—Qué va —contestó lanzándole a Wilder una mirada pervertida antes de entrar en la taberna delante de él.

El Zorro Feliz era uno de esos lugares que tenían el mismo aspecto a la luz del día que en plena noche, y por eso a Thea le encantaba.

—… que no has pagado la última cuenta, Kristopher, joder.

—Albert, te aseguro que es…

Kipp estaba discutiendo con el propietario de la taberna y agitaba las manos sin parar. Thea enseguida buscó con la mirada a Cal, que observaba boquiabierto y desconcertado a su amigo. Thea supuso que pensaba lo mismo que ella: ¿cómo diantres había regresado Kipp a El Zorro Feliz para dejar otra cuenta impagada desde la última vez que estuvieron allí los tres juntos? Entre la batalla con los segadores en Delmira, lo a punto que estuvieron de morir en las cuevas inundadas, la prueba de iniciación y su ingreso en las filas de los guardianes de Thezmarr, apenas habían tenido tiempo para respirar, y mucho menos para viajar hasta Harenth a beber hidromiel agrio y meterse en líos. Sin embargo, Kipp parecía ser un experto en esas cuestiones. Thea lo contempló fascinada.

—En serio, Albert, ¡deberías darme las gracias! ¡Mira a todos los clientes que te he traído! —Kipp señaló a Thea y a Wilder.

—Los tienes bien puestos, muchacho —dijo Albert, sin lograr disimular del todo la mezcla de admiración y diversión—. Pero, seas o no el hijo del Zorro, una cuenta es una cuenta, y hay que pagarla. Hoy no te voy a servir nada hasta que…

—Toma —terció Thea. Dio un paso adelante y extrajo la moneda del rey del bolsillo—. ¿Con esto vale, Albert?

—No deberías sacarle las castañas del fuego siempre —repuso el tabernero.

Pero Kipp ya le estaba dando a su amiga un abrazo con entusiasmo.

—Ya sabía yo que me caías bien por algo… —La soltó de inmediato y alzó las manos en gesto de rendición ante el cuerpo colosal de Wilder—. Solo como amiga, te lo aseguro, espadachín.

—¡Kipp! —le siseó Thea. ¿Estaba decidido a tocarles las narices a todos los de su alrededor antes de mediodía?

Albert le devolvió la moneda a Thea y negó con la cabeza, incrédulo.

—Con esto vale.

—Te lo devolveré —le prometió Kipp.

—No, no lo hará —protestó Albert lanzándole una mirada arisca a su amigo.

—No he dicho que se lo devuelva con dinero, ¿a que no, Albert? —Kipp se encogió de hombros, tan feliz—. Thea sabe que se lo devolveré con amabilidad y con… discreción. —La miró meneando las cejas con gesto sugerente.

—Como vayas por ahí, te quedas con tu deuda, Kristopher —replicó con intención.

—Eso no lo harías jamás. —Kipp sonrió y le volvió a pasar un brazo por encima de los hombros—. Además, Albert no hace devoluciones.

A la derecha de Thea, Wilder soltó un suspiro.

—Bertie, me da la sensación de que voy a necesitar algo de cerveza para soportar todo esto.

El tabernero asintió en su dirección con empatía.

—No te va a faltar.

—Te lo agradezco —respondió Wilder dirigiéndose ya hacia el mismo reservado que habían ocupado la noche anterior.

Thea le dio un codazo a Kipp en las costillas y lo siguió, pero se detuvo en seco al llegar al reservado, ya que el banco no estaba solo ocupado por Torj y por Cal…

Unos ojos de color verde grisáceo idénticos a los suyos la miraban.

Era Wren.

Thea se sorprendió.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó, y casi se encogió al ver a su hermana. Wren estaba distinta: un poco demacrada, con profundas ojeras y los labios pálidos y agrietados. El moño de pelo bronceado

estaba medio suelto, con mechones que le caían alrededor de las mejillas y del cuello manchados de suciedad, y que le daban un aspecto un tanto desaliñado. Estaba inclinada sobre una lista de cálculos, con manchas de carboncillo en los dedos.

—Eso mismo llevo tres días preguntándome yo —dijo Wren lanzándole una mirada gélida a Torj.

—Tan solo obedezco las órdenes de Audra. —El Asesino de Osos se encogió de hombros.

—¿Desde cuándo una bibliotecaria da órdenes a un espadachín? —le preguntó Wren.

—¿Desde cuándo una alquimista se queja tantísimo? —contraatacó Torj.

—Tengo trabajo que hacer —protestó Wren—. Trabajo importante. Ese es el problema con los guerreros… Siempre pensáis que vuestras prioridades pasan por delante de las de los demás.

—Como he dicho, estaba…

—Obedeciendo órdenes, sí. Lo has dicho varias veces.

Por lo que parecía, ya habían discutido antes al respecto, pero a Thea le costó creerlo. Wren sonaba igual que ella. Era innegable que estaban cortadas con el mismo patrón, y ese detalle le formó un nudo de dolor en el pecho.

—Al parecer, Audra piensa que corres algún tipo de peligro. —Torj se inclinó hacia su hermana—. Estoy haciendo lo correcto, manteniéndote a salvo.

A Thea se le erizó la piel al oírlo. ¿Había ocurrido algo en la fortaleza? Conocía lo bastante bien a Audra como para saber que la mujer no afirmaría tal cosa a la ligera.

—Ay, por favor. —Wren se limitó a bufar—. Thezmarr es el lugar más seguro de los mediorreinos. Me has traído hasta aquí para torturarme.

Por fortuna, Albert les ahorró una nueva ronda de batalla verbal al deslizar una bandeja de jarras encima de la mesa.

—Gracias a los dioses —exclamó Kipp extendiendo un brazo hacia una.

Pero Wilder se sentó justo delante de él y se acercó toda la bandeja al pecho.

—¿Quién ha dicho que sean para ti?

Thea contuvo una carcajada al ver a Kipp abrir tanto la boca que estuvo a punto de golpear la mesa con la mandíbula.

Wilder no apartó la vista de él mientras apuraba toda una jarra de un trago, que luego dejó vacía delante de su amigo.

—¿Nos vamos a pasar todo el día riñendo o alguien nos va a decir de una vez por qué cojones estáis aquí arruinándome el día?

De no haber sido por la presencia de Wren, que de algún modo la condicionaba, Thea se habría echado a reír.

Torj abrió la boca para hacer un comentario, pero Wilder lo mandó callar fulminándolo con los ojos.

—Ni se te ocurra.

Thea tomó asiento en el reservado al lado de Wilder y esperó. Vio que Cal y Kipp intercambiaban una mirada al verla sentada junto al espadachín.

—¿Y bien? —insistió Wilder.

Torj se apoderó de una de las jarras y bebió un buen trago antes de dejarla encima de la mesa.

—Artos envió un mensaje a Thezmarr para informar de la amenaza. Osiris me ordenó que respondiera a la llamada. Ya nos habíamos marchado cuando nos enteramos de que habíais llegado vosotros. Y supusimos que debíamos seguir adelante para verlo con nuestros propios ojos. Y para ayudaros, si hacía falta.

—Ya nos hemos ocupado —dijo Wilder.

—Eso tengo entendido —repuso Torj con serenidad—. ¿De qué amenaza se trataba?

—De semiespectros —contestó Thea—. Y no son los primeros que vemos.

Cal y Kipp se revolvían en el asiento, una clara señal de que se morían por preguntarle qué había visto y hecho durante sus viajes con el espadachín. En presencia de la Mano de la Muerte, sin embargo, cerraron el pico.

Torj dibujó líneas en la condensación de su jarra.

—¿Ah, sí? —No ocultó el matiz de sorpresa—. ¿Dónde?

Thea miró a Wilder en busca de confirmación de que podía revelarle la información. Sabía que Torj era lo más cercano a un amigo que tenía el espadachín, pero todavía estaba aprendiendo los entresijos de la política entre los guerreros de élite. Él le dedicó un ligero asentimiento de cabeza.

—Encontramos uno capturado por una enredadera plaga a las afueras de Thezmarr —le contó a Torj—. Y en el camino a Delmira encontramos el cadáver de otro semiespectro.

—Semiespectros… —murmuró el espadachín negando con la cabeza—. Yo nunca he visto ninguno con mis propios ojos. Pero Osiris dijo que era con lo que la tirana está reuniendo a su ejército…

—Eso parece —estuvo de acuerdo Wilder.

—Y los que habéis encontrado… ¿Qué eran? ¿Espías?

—Es lo que creemos. —Wilder asintió—. Cuando llegamos a Harenth, el rey Artos había capturado a dos. Uno era un semiespectro, pero el otro… estaba ya muy sumido en el lado de los espectros. A los dos los había infectado un segador.

—¿Los interrogaste? —le preguntó Torj.

—Sí. Los dos eran sirvientes del mal. Cortesía de alguien que se llama a sí mismo «el Príncipe de las Sombras» y de la señora de este, la supuesta Hija de la Oscuridad.

—Quiero ver a esas criaturas. —Torj se puso en pie.

—Me ocupé de ellas. —Wilder negó con la cabeza.

—¿Están muertas? —preguntó Torj sentándose de nuevo. La mesa traqueteó entera.

—Ahora sí.

—Pero el rey…

—El rey quería mi experiencia. Y la ha obtenido —contestó Wilder con aspereza.

—¿Qué habíais ido a hacer a Delmira? —Torj miró a su compañero con curiosidad.

Thea dirigió su mirada hasta Wren al recordar que, al adentrarse

en su supuesta tierra natal, había deseado que su hermana la acompañase y viera las ruinas, los brezos que crecían entre los escombros y el campanario que se alzaba en el centro de todo.

Clavó la mirada en el rostro interrogante de Torj.

—Cazar monstruos —le aseguró—. En las ruinas nos ocupamos de otra enredadera plaga, de un espectro sombrío y de un segador.

Torj apuró la jarra y cogió otra, a pesar de la expresión de incredulidad de Wilder.

—Muy bien. —Se dirigió a Wilder—. ¿Qué plan tenemos ahora? ¿Volver a Thezmarr?

Thea se tensó. No había pensado en lo que ocurriría a continuación. No estaba en absoluto cerca de dominar su magia y, por mucho que por lo visto la precediera su reputación de guerrera, tampoco estaba preparada aún para participar en el Gran Rito.

Torj y Wilder se sumieron en una conversación en voz baja, y Thea se concentró en su hermana.

—No sé cómo lo aguantas —masculló Wren, absolutamente agotada, mirándola con recelo.

—¿Cómo aguanto el que? —le preguntó Thea con el ceño fruncido.

—Vivir y viajar por ahí con una panda de hombres bravucones.

Torj se detuvo a mitad de una frase.

—¿No te gustan los hombres, Elwren?

Para la sorpresa de Thea, su hermana lo miró de arriba abajo.

—No he conocido a ninguno que me guste, espadachín.

—Pues es una lástima —repuso él con ligereza—. ¿Seguro que no necesitas nuestra protección?

Thea no pudo evitar resoplar ni sonreír engreída cuando Wren replicó:

—Me las apaño muy bien sola.

Una parte de Thea esperaba que su hermana le arrojase un montón de ceniza de la viuda al espadachín por arrogante. Así era como se había encargado de Seb Barlowe y de sus secuaces, a los que mandó a pasar varios días en la enfermería.

Wilder también simulaba hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Pasó la vista de Wren a Thea.

—Os parecéis más de lo que creéis.

Thea no supo por qué su reacción instintiva era negarlo, pero las palabras que le dedicó Wilder en las ruinas regresaron a su mente: «La vida es demasiado corta, sobre todo la tuya, como para guardarle rencor a la gente que te quiere».

Por el amor de las furias, cuánto odiaba que el espadachín tuviera razón.

Fue a decirle algo a Wren, aunque no sabía exactamente qué, pero le llamó la atención el hecho de que Cal y Kipp guardaran un silencio inquietante, algo impropio de ellos. Y entonces vio por qué. Siguió las miradas de sus amigos hasta otra mesa, donde estaba sentada una bellísima mujer de pelo negro.

Thea la reconoció al instante. Era Milla, el bellezón del que Kipp siempre hablaba, la mujer con la que se había marchado la última vez que los tres visitaron El Zorro Feliz.

Estaba sentada en los brazos de otro hombre y le metía la lengua hasta la campanilla.

Cal ató cabos al mismo tiempo que ella.

—¿Esa es…?

—No… no pasa nada —tartamudeó Kipp. Se sacó el pañuelo raído del bolsillo y comenzó a tirar de los hilos sueltos—. No éramos… En fin, que no pasa nada. —Un intenso rubor le tiñó las mejillas, y se concentró en los hilos de la cola de zorro bordada.

Cal miró a Thea, impotente. Ella se revolvió en el banco. La tentaba enormemente presentarse delante del reservado de Milla y decirle lo que pensaba…

Kipp le cogió el brazo como si le hubiera leído los pensamientos.

%—De verdad. No está haciendo nada malo. No estábamos juntos. No… oficialmente, vaya.

La rabia de Thea se suavizó, pero no supo qué decir.

Fue Wilder quien encontró la solución. El espadachín deslizó una jarra hacia el joven estratega sin mediar palabra.



El extraño grupo se quedó un rato sentado en El Zorro Feliz, y Thea insistió en que comieran algo.

—¿Cerdo asado? —le preguntó a Kipp mirándolo con complicidad.

Su amigo soltó un profundo suspiro sin soltar la jarra.

—Creo que no estoy de humor.

—¿Ni siquiera para unas cuantas patatas rehogadas? —añadió intentando poner una cara seria—. ¿Ni para un pudín con pegajoso caramelo?

—Depende… —Los ojos de Kipp se desplazaron lentamente hasta los suyos.

—¿De qué?

—De quién pague la cuenta —soltó su amigo sin ambages.

Thea se echó a reír y enseñó la moneda.

—Bueno, si paga el rey, más vale que pidamos unas cuantas cosas más —anunció Wilder.

Todos se quedaron mirándolo.

—¿Qué pasa? —exclamó a la defensiva—. Me muero de hambre, joder.

Torj soltó una estruendosa carcajada antes de pasar la vista de Wilder a Thea.

—Uy, ya me lo imagino, ya.

—Nadie te ha pedido opinión, Asesino de Osos —dijo Wilder bruscamente.

—Una noche larga, ¿eh? —lo pinchó Torj.

—Que las furias se apiaden de mí —masculló Wilder negando con la cabeza.

Pero Thea fue incapaz de contener la sonrisa. Le encantaba que estuvieran todos juntos… Y al ver a Wilder desprevenido gracias a ella, en fin… Notaba mariposas en el estómago.

Comieron y bebieron, hablando sin parar. Thea no dejó de lanzar

miradas a Wren, consciente de que su hermana y ella tenían una conversación pendiente, pero no era el lugar ni el momento. Al final, optó por disfrutar de la normalidad y de la alegría de la comida.

No se había dado cuenta de que Cal y Kipp se llevasen tan bien con Torj, pero supuso que era normal porque pasaban muchísimo tiempo juntos. Torj parecía tratarlos como si fueran sus hermanos pequeños, con alguna que otra palabra seria a modo de figura paterna. Encajaba con ellos.

Thea miró a Kipp, cuyas mejillas estaban coloradas por el alcohol. Por lo visto, se había recuperado muy bien del desengaño amoroso.

—Wren, ¿qué te parece si tú y yo nos damos una oportunidad? —Kipp le dio un codazo a Wren—. Entre nosotros hay algo especial desde que nos conocimos. ¿No te parece?

Thea casi se atragantó con la cerveza, pero Wren se limitó a enarcar una ceja.

—No soy el segundo plato de nadie, Kristopher.

Torj soltó un silbido.

—Albert tiene razón. Los tienes bien puestos, Kipp… Y también puede que te falte algún tornillo aquí. —Se dio golpecitos en la sien.

—No eres el primero en decírmelo. —Kipp suspiró con dramatismo.

—Ni será el último. —Cal rio por la nariz.

—Pero ¿no has oído que se ha referido a que tengo los huevos enormes?

—No creo que quisiera decir eso.

—Es lo que he entendido yo —contestó Kipp encogiéndose de hombros.

—Sueles entender lo que te da la gana —se rio Torj.

Thea estaba tan ocupada intentando que la cerveza no le saliera disparada por la nariz que estuvo a punto de no oír las voces de los hombres que procedían de unas mesas más allá.

—… el gremio está tan desesperado que ahora aceptan a mujeres, ¿no te has enterado?

—Solo porque las muy putas se abren de piernas para los espadachines. —Se oyó una siniestra carcajada—. ¿No estuviste aquí anoche?

Thea sintió cómo Wilder se tensaba a su lado y cómo su propio cuerpo se ponía rígido. Intentó encontrar el remanso de paz del que Audra no dejaba de hablar, pero no halló más que una gélida rabia. No se permitió sonrojarse, ni siquiera cuando sus amigos y su hermana se dieron cuenta de lo que ocurría, ni siquiera cuando aquellas palabras ofensivas y asquerosas interrumpieron el momento agradable que estaban teniendo.

A pesar de lo que hubiera entre Wilder y ella, Thea se había ganado su lugar en Thezmarr, se había ganado el derecho a blandir una espada entre los guardianes de los mediorreinos. Lo sabía.

—… no habrá mamadas que valgan para defender al reino de la tirana que reúne a un ejército de monstruos. No deberían haber aceptado a esa zorra. Nos ha maldecido a todos: ¿Y para qué? Para que los guerreros se sientan mejor pasándose unos a otros a una fulana…

Wilder se movió, pero Thea fue más rápida.

Cogió las estrellas arrojadizas, que al cabo de medio segundo estaban clavadas en la mesa de ese cliente, entre cada uno de sus cinco dedos.

—Vuelve a llamarme zorra —dijo en voz baja, impregnando sus palabras de una clara amenaza al dirigir la daga no al cuello de aquel desgraciado, sino a la suave carne de su entrepierna.

—Tú… —Aterrado, abrió los ojos como platos.

—Yo —repuso sin más. La magia le rugía en las venas, igual que la furia. Le habría gustado acabar con él como había acabado con los lascivos mercenarios del almacén.

Los acompañantes del hombre no se movieron. La miraban no con burla ni con ridículo, sino con temor.

«Deberían tenerme miedo», pensó Thea moviendo el arma ligeramente hasta que el tipo puso una mueca de dolor.

—¿De pronto ya no tienes nada que decir? —le preguntó como si

tal cosa.

Afuera retumbó un trueno, que sacudió las paredes y las ventanas de la taberna.

Thea lo sintió en el pecho.

Le siguió un relámpago que iluminó el tenue local con un vibrante destello. La lluvia comenzó a tamborilear en el techo de hojalata antes de que otro trueno ensordecedor zarandease el suelo.

Thea oyó la llamada en los huesos; su magia cobraba vida en su interior, zumbaba expectante por el caos que iba a desatarse a continuación. Después de respirar hondo por la nariz, arrancó las estrellas arrojadizas de la mesa. Los dedos lascivos de aquel hombre seguían extendidos ante ellos.

Lo fulminó con la mirada y le apartó la daga de la entrepierna, donde se estaba extendiendo una mancha de humedad, y el hedor a pis llenó el aire.

—Vuelve a referirte a mí o a otra mujer en esos términos y… —Le dedicó una sonrisa salvaje y bajó la vista hasta su entrepierna—. Bueno, ya te puedes hacer una idea.

Otro relámpago surcó el cielo exterior, y Thea dio un paso hacia la ventana, olvidados los hombres y sus palabras venenosas. Alzó los ojos hacia el cielo. Unas nubes espesas y oscuras se habían acumulado y bloqueaban el sol, y Harenth volvió a sacudirse cuando más truenos resonaron en lo alto.

Wilder se puso a su lado.

—Thea… —murmuró con un deje de advertencia.

—No soy yo —susurró.

Su espadachín abrió mucho los ojos. Miró a Wren, que seguía sentada en el reservado con los demás, hablando con Kipp en voz baja.

—Entonces…, ¿es una tormenta normal y corriente? —jadeó observando el aguacero.

—No me parece normal. —Thea fue incapaz de explicar la atracción que sentía por el caos del cielo, tan solo que en la tormenta reconocía una parte de sí misma, que la llamaba.

Sin pensarlo, se puso en marcha.

—Thea…

La voz de Wilder sonaba distante y, cuando Thea salió de El Zorro Feliz, cuya puerta se quedó balanceándose a su paso, se desconectó por completo de sí misma, se alejó de los mediorreinos y se sumió en la anarquía de la tempestad.

Sus piernas se movían, pero no sabía hacia dónde. Thea únicamente siguió la atracción de la tormenta, que provocaba una vibración en los reinos y ofrecía una sinfonía de brillante luz blanca y truenos.

El fenómeno le cantaba y quería convencer a su magia para que aflorase, un poder extraño, primitivo y ancestral.

Thea llegó hasta la cima de una pequeña colina, desde donde divisaba las afueras de Hailford, que estaban envueltas en el halo de la tormenta, que traqueteaba con toda la furia de los dioses.

Un rayo partió un árbol.

Y Thea se sumió en una visión.



El Velo se alzaba en el fin del mundo, un muro de niebla impenetrable que abrazaba la tierra antes de extenderse hacia las nubes, como si una parte del cielo se hubiera desplomado. Silenciaba todo lo que hubiese al otro lado y contenía todo lo que había en su interior, un separador de reinos.

Una criatura se encontraba justo delante, alta y orgullosa, con alas membranosas sobresaliéndole de la espalda.

Era una mujer.

Más o menos.

Llevaba el pelo rapado casi al cero, vestía una sencilla armadura de cuero hervido encima del cuerpo esbelto y tenía una mano en la empuñadura de una espada, en la cadera.

Thea estaba allí, observándola asombrada.

Una cicatriz espectacular le cruzaba el ojo derecho, desde encima de la ceja hasta la mitad de la mejilla.

Era Anya.

Era lo más fiero que Thea había visto nunca, lo más aterrador.

Le surgían sombras desde el punto entre las alas y desde la mano que colgaba a un costado. Le dio la espalda al Velo y miró a la unidad de semihumanos y monstruos que había frente a ella.

—Mi gente —exclamó, con una voz potente que se proyectaba hasta los últimos flancos—. Llevamos muchos años luchando largo y tendido.

Una sucesión de asentimientos se propagó por la unidad.

—Pero ahora debemos luchar con más ahínco. Ha llegado la hora de que presentemos batalla, más fuertes que nunca —añadió—. ¿Sabéis qué les han hecho a nuestros hermanos y a nuestras hermanas?

Unos gritos de rabia se alzaron ante ella, y las espadas golpearon los escudos.

Sonaban a tambores de guerra.

De la mujer se derramaban sombras, como serpientes de un nido, y se giró de nuevo hacia el Velo.

—¡Iremos a por ellos! —vociferó lanzando las manos hacia delante, y la oscuridad se plegó a su voluntad.

Unos cables de obsidiana azotaron la niebla a modo de feroz agresión, oleada tras oleada de magia sombría.

El Velo se estremeció…

Antes de romperse por la mitad.

Thea se tambaleó cuando aquel poder zarandeó el suelo. Sin embargo, ya no se encontraba en aquella extraña tierra, ya no observaba como un fantasma de qué modo el mal reencarnado derribaba el escudo que separaba los mediorreinos de la oscuridad del otro lado.

Se encontraba en la misma colina cubierta de hierba a la que había acudido persiguiendo a la tormenta de las afueras de Hailford.

Wren estaba allí y le cogía las manos con la frente apoyada en la de Thea, que estaba húmeda. Alrededor de las dos hermanas, la tormenta había amainado y el sol de la tarde se alzaba alto e implacable de nuevo, como si nada hubiese sucedido. Pero Thea jadeó y contuvo las arcadas, afectada por todo lo que acababa de presenciar, por el poder que sentía en los reinos y la conmoción que todavía le calaba los huesos.

Wren le apretaba tantísimo las manos que le hacía daño.

Y fue entonces cuando Thea miró a su hermana y se fijó en la falta de color de sus mejillas, el temblor de sus dedos y las lágrimas que salían de esos ojos iguales a los suyos.

—Tú también la has visto… —murmuró Thea al darse cuenta.

—La he visto… —Wren tragó saliva y asintió antes de desplomarse encima de Thea—. Es la Hija de la Oscuridad. A mí también se me ha aparecido en sueños.

Thea sujetó a su hermana, con el corazón desbocado, y un hormigueo le recorrió la nuca al darse cuenta de lo que ocurría. Miró por encima de la cabeza de Wren.

Wilder y Torj aguardaban en el borde de la colina, estoicos como siempre.

Sin embargo, Cal y Kipp las observaban a las dos, boquiabiertos.

Sabía que Wren y ella se habían hallado en el corazón de la tormenta y que se habían amarrado a la tempestad de tal forma que ya no era posible negar qué eran.

Portadoras de tormentas.

Y sus amigos acababan de enterarse.

Los espadachines y los guardianes se les acercaron lentamente. Las dos hermanas seguían abrazadas junto a los restos chamuscados de un árbol solitario. En cuanto Thea buscó palabras de consuelo que dirigirle a Wren, un movimiento le llamó la atención.

De repente, un manto de oscuridad bloqueaba el sol.

Franjas de obsidiana cruzaban el cielo, hilos que se enredaban alrededor de las nubes a medida que una gigantesca sombra oscurecía todo Harenth.

—¿Qué cojones es eso? —susurró Cal cuando llegó a su lado.

—Un ejército de oscuridad —se oyó decir Thea, embargada por el pánico.

Wilder entrelazó los dedos con los suyos.

—Y va directo hacia Tver.

CAPITULO 31

WILDER



En media hora habían ensillado sus caballos y Wilder tan solo se detuvo ante las puertas de la ciudad para hablar con los comandantes del ejército de Harenth.

—Decidle al rey y comunicad a Thezmarr que los espadachines Hawthorne y Elderbrock se adelantan a caballo. Enviaremos informes a las fuerzas en camino cuando podamos, ¿queda claro?

—Sí, señor.

—En Notos nos reuniremos con unidades de guardianes de todos los mediorreinos —le dijo al hombre, que parecía desconcertado—. Avisad al rey de que vamos a necesitar todo el apoyo posible. El ejército de Tver es pequeño y está aislado. ¿Tenéis alguna unidad marina apostada en Puerto de los Colonos?

—Sí, señor. Aunque no estarán preparados para zarpar hasta que caiga la noche con la caballería, las provisiones y las armas que…

—¿No podríamos comprar pasaje en un buque mercante y adelantarnos a las fuerzas oficiales? —intervino Kipp—. Si hacemos una parte del trayecto por mar y el viento nos es favorable, llegaremos antes.

—Exacto. —Wilder ya se había puesto en marcha y espoleó a su semental hacia el sur, con Torj a su lado.

—¿Me vas a contar que cojones es lo que ha ocurrido en la colina? —le preguntó su compañero espadachín cuando echaron a galopar.

—Depende de lo que hayas visto —respondió Wilder. El viento se alzó a su alrededor.

—He visto a dos mujeres en el ojo de una tormenta. He visto cómo la tempestad les respondía… Wilder, ¿qué coño era eso?

Wilder miró por encima de su hombro. Thea, Wren, Cal y Kipp cabalgaban unos cuantos metros más atrás, y ninguno de ellos hablaba. Se giró hacia Torj.

—Ya sabes lo que era.

—Las herederas de Delmira… —Torj abrió muchísimo los ojos al atar cabos—. Están vivas.

Wilder asintió con la cabeza.

—¿Y han estado en Thezmarr todo esté tiempo?

—Sí.

—Por todos los dioses, Hawthorne. ¿Cuánto hace que lo sabes? ¿Cuánto hace que se lo ocultas a Osiris? Es alta traición, joder.

—Ya lo sé —dijo él lentamente.

—¿Esa es toda la explicación que me vas a dar? Me lo vas a contar todo ahora mismo. Yo mismo he participado en… —Torj miró alrededor con recelo— en sacar a una de las herederas delmirianas de Thezmarr. Lejos del maestro del gremio, que nos dijo muy explícitamente que se las llevásemos. ¿De qué va esto, Hawthorne?

—No era mi intención que te vieses involucrado…

—Bueno, pues lo estoy. Dime por lo menos que estoy en el bando correcto.

—Todavía no lo sé. —Wilder se armó de valor—. Lo único que sé es que intento proteger a Thea e intento prepararla para el Gran Rito. La necesitamos.

—Estás loco. —Torj negó con la cabeza, incrédulo—. Estas como una puta cabra.

—Es muy probable. —Miró a los ojos a su compañero espadachín —. ¿Vas a contárselo a Osiris?

Torj miró hacia las dos hermanas, y su expresión se suavizó durante unos instantes.

—No —murmuró—. Pero, como todo salga a la luz, voy a negar saber algo.

—Me parece justo —concedió Wilder.

—Y me debes una explicación muchísimo más detallada. Cuando hayamos conseguido la forma de llegar a Tver, espero que me cuentes toda la verdad —le advirtió el Asesino de Osos.

—Dalo por hecho. —La culpa anidó en las entrañas de Wilder.

Torj respiró hondo como si advirtiese que le estaba mintiendo.

—Supongo que confías en Cal y en Kipp, y que pueden enterarse de todo.

Los dos jóvenes guardianes que los seguían aún no habían dicho ni una palabra al respecto. A juzgar por sus rostros pálidos, ambos estaban en *shock*.

—Thea confía en ellos, así que yo también —contestó Wilder—. ¿Es cierto que algo amenazaba a Wren en Thezmarr? —le preguntó.

—Sí. —Torj asintió con semblante serio—. Es obvio que no sabía qué tramaba Audra, pero ahora me da la sensación de que la bibliotecaria estaba al corriente. Me lo podría haber contado.

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—Bueno, pues ya somos tres más… Y, por lo que he visto, el secreto no va a durar mucho. Es imposible ocultar durante mucho tiempo esa clase de poder.

Wilder no contestó porque sabía que Torj llevaba razón. Optó por espolear al caballo para incrementar el ritmo. Ya se encargarían de ello cuando hubieran encontrado un barco. Iban a tener tiempo de sobra.

Cuando alcanzaron el muelle al sureste de Puerto de los Colonos, era última hora de la tarde. Wilder se alejó de los demás para ir a comprar pasajes para ellos y los caballos con destino a Tver. El joven estratega le había leído el pensamiento: podían navegar desde Harenth hasta el siguiente reino en cuestión de días si el viento soplaba a favor y, por todos los dioses, esperaba que fuese así.

La masa negra que había oscurecido el día no daba ningún indicio del tamaño de las fuerzas enemigas. La idea de que ese ejército arrasase las bellas tierras de Tver bastaba para helarle la sangre. Wilder todavía no había tenido la oportunidad de hablar con Thea, pero le daba la sensación de que tanto ella como su hermana habían visto algo en el corazón de la tormenta, algo que él debía saber.

Se dio prisa en obtener los pasajes, aunque tuvo que discutir y regatear para asegurarse de que los caballos permanecían en la cubierta y no encerrados en las abarrotadas estancias inferiores.

Jamás obligaría a ningún semental de Tver, ni a ningún otro caballo, a recluirse en las bodegas.

El capitán rubicundo no estaba impresionado.

—No tenemos previsto zarpar hasta dentro de un par de horas —anunció con brusquedad.

—Zarparemos cuando yo lo diga —contestó Wilder mirando su tótem.

Encontró a los demás donde los había dejado. Nadie hablaba, pero Thea y Wren se miraban con preocupación, como si pudiesen mantener toda una conversación con los ojos, un lenguaje silencioso que solo dominaban las hermanas.

—Embarcaremos en el *Voluntad de las Furias* dentro de treinta minutos —informó a todos—. Junto a las puertas hay mercados, por si necesitáis comprar provisiones. No os alejéis demasiado. Y volved con tiempo suficiente. Si no llegáis a la hora, os quedaréis en tierra.

Quiso irse junto a Thea, pero esta y Wren se dirigieron a toda prisa hacia los puestos, dejando atrás a los jóvenes guardianes más atónitos que nunca.

Wilder se acercó al embarcadero seguido de su caballo. Apoyado en un grueso poste, contempló el puerto y aspiró el aire marino, que le dejó un regusto salado en la lengua. Había sido un idiota al permitirse unos instantes de felicidad en medio del caos. No debería haber olvidado su deber ni su principal objetivo, que era combatir la oscuridad y derrotar a los monstruos. Y, en cambio, se había dejado llevar por Thea y por la alegría que habían compartido. Durante un breve lapso de tiempo había atisbado lo que podría tener si él fuese otra persona, si ella fuese otra persona. Sin preocupaciones en el mundo, los dos solos riendo y follando y disfrutando el uno del otro. Se habría pasado la vida entera conociéndola, conociendo su cuerpo, su mente, su alma… Incluso se había engañado a sí mismo en El Zorro Feliz al fingir que sentarse entre camaradas y disfrutar de su compañía era una posibilidad para él. Hasta se había imaginado un momento en el que pudiera considerarlos amigos suyos. «Amigos». Había huido de esa palabra desde que Talemir abandonó el gremio.

—Oigo tus pensamientos desde aquí, hermano —le dijo Torj, que se acercó para ponerse a su lado y siguió su mirada hacia las aguas color zafiro.

—Hay muchas cosas en las que pensar —respondió.

—Ya supongo.

Wilder cambió de posición sobre el poste. Las espadas que llevaba atadas a la espalda se le clavaban y estaba incómodo.

—Sobre lo que has visto esta mañana…

—¿Qué pasa? —Su compañero espadachín le dedicó una sonrisa, divertido.

—Pues que… —De pronto, Wilder no sabía qué quería decir. ¿Qué había sido un momento de debilidad? ¿Que no volvería a suceder? ¿Que no significaba nada? No tenía energía para mentir y, además, Torj nunca lo creería. El Asesino de Osos había sabido desde el principio que había algo entre Thea y él, y no lo había juzgado.

Wilder inclinó la cabeza hacia el cielo y suspiró hondo mientras intentaba resistir la sensación que le revolvía las entrañas y el nudo de tensión que tenía en el pecho.

—No lo sé —dijo al final.

Torj soltó un murmullo comprensivo.

—Siempre he pensado que te costaría mantener cualquier tipo de relación, pero enterarte de que forma parte de una familia real… En fin, estás jodido, ¿eh?

Wilder soltó una oscura carcajada y se pasó una mano por el rostro cansado.

—¿Esa es tu valoración profesional?

—Más o menos. —Incrédulo, Torj negó con la cabeza—. Por eso fuisteis a Delmira.

—Sí. Se me ocurrió que a lo mejor se desencadenaba un recuerdo, alguna pista acerca de lo que les ocurrió a su hermana y a ella.

—¿Fue así?

—No exactamente.

—¿Sabe que la Hija de la Oscuridad la está buscando? —Torj cambió el peso de un pie al otro.

—No. —La palabra sonó entrecortada y fría.

—¿Y su hermana? —Torj no dudó en insistir.

—Que yo sepa no.

—¿Se lo vas a contar?

—Era mi intención… En algún momento.

—Vaya. —Torj resopló—. ¿Y cómo crees que te irá después de guardar un secreto como ese?

—Estoy acostumbrado a guardar secretos.

—De eso no me cabe ninguna duda, hermano. —Torj le dio un codazo—. Como siempre te digo, llegará el día en el que debas abrirte. Y dejar de nuevo que la gente te conozca, ¿sabes?

—Es lo que estaba haciendo con ella. O, por lo menos, lo que empezaba a hacer.

—No es la única que está aquí, ¿no?

—No siento esas cosas por ti —bromeó Wilder.

Torj se rio.

—Ya sabes a qué me refiero. Talemir no está. Malik es… Malik.

Pero… yo estoy aquí. He estado aquí siempre. Desde antes incluso de que fueses espadachín.

Wilder se pasó una mano por el pelo. El guerrero que estaba a su lado había sido lo más próximo a un amigo que había tenido en los últimos años. Por molesto y desagradable que se mostrase, Torj no lo había abandonado. Wilder a menudo había considerado al Asesino de Osos una mosca cojonera, pero…

—Pues sí —admitió.

—A lo mejor va siendo hora de que salgas de esa coraza.

Wilder vio que Thea y Wren regresaban de los puestos del mercado con varios paquetes en las manos. ¿Qué estarían tramando?

—A lo mejor sí —se oyó decir.

Torj vio cómo Wilder miraba a Thea sin dejar de sonreír.

—¿Quizá ahora comprendes un poco mejor las acciones de Talemir? —murmuró.

—Eso fue distinto —replicó Wilder con brusquedad.

Pero Torj se limitó a levantar una ceja.

—Si hay algo que trasciende el tiempo, la distancia y todo lo demás es el amor.

Dicho esto, volvió con los demás para que sus palabras calaran en Wilder y se instalaran alrededor de su herido corazón.



Ya casi había anochecido cuando el grupo se instaló a bordo del *Voluntad de las Furias*. A pesar de las circunstancias que los habían llevado hasta allí, a pesar de todo lo que les esperaba en Tver, una chispa de alegría brotó dentro de Wilder al ver a Thea en la proa del barco. Su aprendiz miraba con los ojos brillantes y llenos de emoción cómo los marineros lanzaban de vuelta al muelle las cuerdas que amarraban la embarcación y el navío comenzaba a alejarse del puerto, mientras la brisa marina le sacudía la trenza.

Thea lo miró a los ojos desde la otra punta de la cubierta y le sonrió.

Que pudiese sonreír después de todo lo que habían vivido y todo lo que sabía que se avecinaba lo dejó maravillado. Y que le hubiera sonreído a él…

Wilder se dirigió hacia Thea y, cuando ella le tendió los brazos, no se apartó. Se quedó a su espalda y la rodeó por la cintura, estrechándola fuerte para que la viera todo el mundo.

Siempre que estuviera dispuesta a aceptarlo, Althea Zoltaire sería suya. Y le traía sin cuidado quién se enterase.

Quizá ella también debería enterarse.

—¿Estás bien? —le murmuró al oído, y aspiró su olor familiar, lo que le provocó un estallido de calidez en el pecho.

Thea le acarició la piel del antebrazo, puesto que llevaba la camisa arremangada hasta el codo. Era un gesto espontáneo e íntimo a la vez.

—Ahora sí.

—¿Quieres hablar?

—Pronto —musitó sin dejar de observar el agua que se extendía ante ellos—. ¿Cuánto crees que debemos contarles a los demás sobre mí y sobre Wren?

Wilder la apretó un poco más para arrimársela al torso y protegerla contra el frío del viento. Por todos los dioses, no quería soltarla jamás, pero Thea era… Recordó aquellos instantes en la colina, cuando vio que la tormenta atravesaba el cielo y vio a Thea y a su hermana totalmente transportadas mentalmente a otro lugar, a un lugar al que él no podía acceder. Wilder recordó las miradas atónitas de sus amigos y las palabras que Torj le había dirigido en el muelle acerca de la necesidad de abrirse.

—A lo mejor va siendo hora de que se lo cuentes todo.

—¿Todo? —Thea se puso rígida entre sus brazos—. ¿También lo de la piedra del destino?

La mención a la joya maldita le dejó a Wilder un sabor amargo en la boca y un latido de dolor en la boca de la garganta, pero siguió

estrechándola.

—Es tu decisión, y yo te apoyaré hagas lo que hagas —le aseguró—. Pero contéstame a una cosa… ¿No te resulta pesado llevarlo sobre los hombros, sin que nadie te alivie la carga?

—Tú me has ayudado a aliviar la carga.

—Yo solo soy un hombre… —Se dio cuenta de que estaba repitiendo lo que Torj pensaba y, al hacerlo, fue consciente de que era la cruda realidad.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar? —Thea suspiró en sus brazos.

—He reservado un camarote para nosotros. Estará abarrotado, pero nadie más nos oirá.

Thea se giró para mirarlo a la cara y alzó una mano para apoyársela en la mejilla y acariciársela con el pulgar.

—Gracias.

«Dile lo que sientes», le exigió la vocecilla de su cabeza al contemplar esos ojos tormentosos. «Díselo ya».

Sin embargo, las palabras se quedaron atascadas en su garganta y se negaron a formarse sobre su lengua. Si se lo decía, la perdería, tal como había perdido a todo el mundo.

De ahí que Wilder se inclinase hacia delante para pasarle un mechón de pelo detrás de la oreja. Y la besó. La besó profunda y concienzudamente, como si con cada roce de los labios pudiese introducir esas palabras en ella para que estuviera al corriente de sus sentimientos.

El grupo se reunió en el camarote que Wilder había pagado, pero, con dos espadachines entre ellos, la estancia resultó más pequeña aún de lo que había imaginado. Era muy estrecha, con dos literas apoyadas en las paredes. La estructura de la cama crujió cuando Wilder se sentó en el borde de una de las inferiores, y Thea tomó

asiento a su lado.

Torj ocupó el colchón de enfrente, mientras que Cal recostó la espalda en la puerta y Kipp se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Wren estaba junto a él, con los paquetes del mercado ante ella, así como un mortero y un pilón. Las furias sabrían de dónde los había sacado.

Wilder les había dado a Thea y a su hermana unos instantes antes de llamar a los demás y se alegró de que las dos se hubieran reconciliado. Pese a que Thea había intentado ocultarlo, él sabía cuánto le dolía lo que Wren le había hecho y cuánto había echado de menos a la alquimista a lo largo de las semanas que siguieron al descubrimiento.

—A ver —exclamó Kipp mirando alrededor, expectante—. Supongo que alguien nos pondrá al corriente de todo… algún día de estos.

Thea ahogó una carcajada.

—No se por dónde empezar…

Wilder le puso una mano en la rodilla y le dio un ligero apretón.

Todos los presentes se percataron. Obviamente, aquel leve gesto eliminaba cualquier noción de que entre ellos hubiese algo sin importancia.

Pero Wilder no apartó la mano y, aliviado, se relajó un poco cuando Thea puso la suya encima.

Kipp se aclaró la garganta.

—Podrías empezar por la tormenta… —le propuso con tiento.

—Vale —dijo Thea antes de respirar hondo.

Wilder se sintió muy orgulloso de que Thea se lo contase todo. Era una historia desgarradora, salpicada de pena y de desesperación, que arrancó gritos ahogados de sorpresa en los presentes.

Cuando Thea terminó, lo miró a los ojos, cansada pero un poco más animada, y Wilder supo que había hecho lo correcto, independientemente de lo que sucediese más tarde.

Torj se había tumbado en la cama de abajo, con expresión fría en

todo momento, mientras que Cal y Kipp… parecían dos peces perplejos, con los ojos desorbitados y la boca abierta.

Fue Kipp quien al final rompió el silencio de asombro balbuceando algo dirigido a Wren.

—Por todos los dioses, en la vida te habría hablado así de haber sabido que eras una maldita… O sea, de haber sabido que eras una princesa.

—A lo mejor es que no deberías hablarle así a ninguna mujer, idiota. —Wren le lanzó una mirada muy seria.

—Por los dioses, una princesa acaba de llamarme «idiota» —jadeó.

—Te llamaré cosas peores como no pares.

—Sí, majestad —contestó Kipp entusiasmado. Consiguió hacer una torpe reverencia estando sentado en el suelo con las piernas cruzadas.

Tanto Wren como Thea soltaron un gruñido.

—Si vas a insistir con reverencias y demás, dedícaselas a Thea. —Wren la señaló con una mano—. La heredera es ella.

Kipp abrió nuevamente los ojos como platos y se puso en pie para hacerle una reverencia a Thea.

—Mil perdones, majestad.

Torj se rio por la nariz.

—Si quieres respetar el protocolo formal, en realidad sería «alteza», ya que es una princesa —terció para echarle una mano.

Wilder soltó una carcajada.

—Te aseguro que eso no da buenos resultados —dijo mirando a Thea.

—No estás ayudando. —Ella le dio un codazo.

Wilder observó a Cal, que todavía no había pronunciado ni media palabra. El pobre guardián parecía tener problemas para procesarlo todo. Wilder no podía culparlo. Cuando él lo descubrió, se largó durante tres semanas para ir a cazar monstruos.

—¿Cal? —lo llamó Thea.

—Es que no me lo puedo creer… —Su amigo empezó a negar con

la cabeza.

—No voy a decir que la noticia me llenase de una gran alegría tampoco a mí —admitió ella—. Ni a mí ni a nadie, en realidad. —Le dio un golpecito a Wilder con la rodilla, y el espadachín se puso rojo.

Cal parpadeaba lentamente, con los músculos faciales flojos.

—Todo este tiempo… Las cosas que te hemos contado, Thea… Lo que has visto y oído… Eres una princesa.

—Soy tu amiga —le aseguró ella con firmeza—. Y aquí no hay corona ni reino que valgan. Soy una guardiana de los mediorreinos, igual que tú. No tiene por qué cambiar nada.

—Lo que vos digáis, alteza —comentó Kipp desde el suelo.

Thea se giró hacia él, y Wilder se tensó, pues reconocía esa cara…

Pero su aprendiz se relajó al ver el brillo de picardía de los ojos de Kipp.

—Idiota —masculló.

—Esos insultos no son propios de una princesa —protestó.

—Pues es una suerte que no sea una princesa.

—Ahora que lo pienso, a veces sí que eres un poco arrogante e imponente, Thea… —añadió Kipp, pensativo.

Wilder estuvo a punto de darle una patada, pero sabía lo que pretendía el joven, a pesar de ser tan irritante. Le estaba demostrando a Thea que la iba a tratar como antes, y él sabía lo mucho que significaba eso para ella.

Cal, en cambio, estaba aterrado.

—Por todos los dioses…, que me has visto la polla…

—Acabas de pronunciar «polla» delante de una princesa —lo riñó Kipp.

Wilder dirigió su mirada al aprendiz de Torj y habló con un ligero matiz de amenaza.

—¿Y por qué te ha visto la polla, Callahan?

—No de esa forma, lo juro. —Cal se puso colorado—. Es que…, es que… —tartamudeó—. Cuando hay que hacer pis, hay que hacer pis.

Wilder sabía que estaba siendo cruel, pero ver al pobre infeliz avergonzado era sumamente entretenido.

—Y ahora hablas de mear delante de una princesa. —Kipp negó con la cabeza—. ¡De dos princesas! Y pensar que te ha visto sacudirte el pito…

—¡Kipp! Yo no me sacudo nada, jod… jolín —se corrigió, cada vez más sonrojado—. No puedes hablarle de ese modo.

Kipp se cruzó de brazos y se volvió hacia Thea.

—Alteza, ¿puedo hablaros de ese modo?

—Pues claro.

—¿Lo ves? —Se giró hacia Cal—. Debemos ser nosotros mismos casi por orden real.

Cal se llevó las manos a la cara y gruñó.

Wilder no pudo evitar reírse, aunque solo fuese por empatía. Se dirigió hacia Torj.

—¿Siempre son así?

—Sí —contestaron Torj, Thea y Wren al unísono.

Cuando se sumieron de nuevo en una mezcla de cháchara y peleas, Wilder vio que Thea le entregaba la piedra del destino a Wren, que había elaborado una extraña pasta en aquel mortero suyo.

—¿Qué hace? —le preguntó a Thea.

Ella no apartó la vista de su hermana, que estaba untando el jade con una gruesa capa de esa porquería.

—La está tratando con lo mismo que antes…

—¿Te refieres a que está silenciando tu magia?

—Sí.

—Yo ya le he dicho que era una idea estúpida. —Wren lo miró desde el suelo.

—No la puedo controlar, Wren. —A su lado, Thea suspiró—. Ya has visto lo que ha sucedido en Harenth. La tormenta me ha atraído como un cordero al matadero. Me llamaba, y me he sentido unida a su caos. Si no hubieras estado ahí para evitarlo…

Wilder clavó los ojos en los de ella. ¿Era lo que había sucedido?

¿Thea había sucumbido a la influencia del rayo? Sabía muy poco de las estirpes reales, pero seguro que la magia que vivía dentro de su aprendiz era una digna rival de cualquier tormenta normal y corriente, ¿no?

—No puedo permitir que vuelva a ocurrir —prosiguió ella—. No con todo lo que está pasando.

—Con suficiente entrenamiento, tú y yo podríamos haber eliminado el ejército del cielo —le dijo Wren.

—Ya lo sé… —musitó Thea apretándole la mano a Wilder.

Era la primera vez que la oía confesarse sobre su poder y sobre lo mucho que la afectaba. Él mismo lo había presenciado, claro, en los acantilados de Thezmarr y entre las ruinas de Dorinth, cuando uno de sus rayos le quitó de encima a un segador. Pero Thea nunca lo había comentado en voz alta, nunca había admitido lo poderosa que era…

—Ese tipo de magia podría ayudarnos —repuso con amabilidad.

—Si supiera contenerla y controlarla, sí —contestó ella.

—No le has hecho daño a nadie —intentó tranquilizarla—. Me ha salvado… Y dos veces.

—Le hice daño a Wren al entrenar —lo rebatió.

—No es verdad —intervino Wren—. No me pasó nada.

Pero Thea siguió como si no hubiese oído a su hermana.

—Y en cuanto a lo que pasó en las ruinas… No sabía lo que hacía. Tan solo…

—Seguiste tu instinto. Quizá es lo único que debes hacer. —Era consciente de que los demás habían vuelto a guardar silencio y de que escuchaban atónitos al recordar quién estaba entre ellos.

—No quiero arriesgarme. —Thea negó con la cabeza.

Wilder maldijo a Audra para sus adentros y se preguntó si era la metodología de mano dura de la bibliotecaria lo que le había causado ese miedo a Thea.

Wren, sin embargo, parecía aceptar la decisión de su hermana.

—Tiene que pasarse la noche en remojo —le dijo señalando la piedra del destino, que estaba dentro del cuenco—. Debería

funcionar como antes.

—¿Estás segura?

—Todo lo segura que puedo estar —respondió la alquimista.

—¿Hay algo que podamos hacer al respecto? —preguntó Torj asintiendo hacia la piedra del destino que estaba en el mortero antes de posar los ojos en los de Wilder. Su compañero lo entendía, y de pronto era un alivio… Era un alivio que alguien más que el propio Wilder estuviera al tanto de su tormento. No solo había dado con Thea después de tanto tiempo, sino que debía asimilar que no la tendría demasiado a su lado, que estaba atada al destino, aparte de todo lo demás que la agobiaba.

—No —dijo Thea sin rodeos.

—Tiene que haber alguna manera de evitarlo —repuso Kipp con entusiasmo.

—No la hay —le aseguró ella sin ser desagradable—. He leído todos los libros que he encontrado. Mi muerte está tallada en la piedra, tan clara como que ahora mismo estoy delante de vosotros. Ocurrirá así, por mucho que me empeñe en impedirlo. —Se frotó las sienes—. ¿Alguien más tiene alguna noticia trascendental o algún secreto que confesar?

Tan solo la experiencia de Wilder le permitió permanecer quieto y no inmutarse, aunque la inquietud le revolvió las tripas y sintió los ojos de Torj fijos en él.

—Creo que por hoy ya hemos tenido suficientes. —Optó por pasarle un brazo a Thea sobre los hombros.

—Gracias a los dioses —murmuró ella antes de hacer amago de tumbarse de espaldas en la estrecha cama.

—No vas a dormir aquí. —Wilder la detuvo.

—¿Cómo? —Extrañada, frunció el ceño.

—No pensarás que iba a permitir que la heredera perdida de Delmira durmiese con la chusma en esta ratonera, ¿no?

—Eh. —Wren se aclaró la garganta desde el suelo—. ¿Qué pasa con la otra heredera perdida?

—Conque ahora sí eres una princesa. —Torj resopló.

Wren lo fulminó con la mirada y Wilder tuvo que reprimir una risotada.

—Te las arreglarás —le dijo él.

—Pero esta vez cerrad la puerta con llave —terció Torj.

Kipp se partió de risa al oírlo.

Thea se puso en pie.

—Enséñame el camino, espadachín —le dijo con un brillo travieso en los ojos.

Y Wilder se lo enseñó.

CAPITULO 32

THEA



Thea esperaba un camarote similar al que ocupaban sus amigos y, sinceramente, le alegraba tener algo de intimidad con Wilder y no verse obligados a ocultar lo suyo. Pero, cuando Wilder abrió la puerta, estuvo a punto de ahogar un grito.

Si bien era pequeño, era un camarote lujoso. Una alfombra mullida les dio la bienvenida a los pies de una cama lo bastante grande para dos personas, con una bañera de madera situada debajo de la ventana, así como una mesa y una jofaina.

Thea se giró hacia el espadachín, que estaba cerrando la puerta.

—¿Cómo lo has conseguido?

Wilder le dedicó una sonrisa conspiratoria antes de sacarse la moneda del rey del bolsillo y tendérsela.

—He supuesto que, después de lo ocurrido en el palacio, el rey te debía una. O varias, teniendo en cuenta el festín que nos dimos en el Zorro.

Perpleja, Thea aceptó la moneda.

—No sabía que la Mano de la Muerte también era un ladrón.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, princesa. —Wilder le sonrió y la atrajo hacia sí.

A Thea se le aceleró el pulso ante aquella insinuación.

—Pues quizá sea hora de que te conozca mejor…

Wilder le acarició la mandíbula con los nudillos y la sujetó por la barbilla para ladearle la cabeza hacia la suya.

—Puede que tardes un poco.

—Pues más vale que vayas empezando. —Sin apenas aliento, Thea observó esos ojos grises empañados por la lujuria.

Wilder la rodeó con los brazos y estampó los labios contra los suyos para darle un beso fulminante. Thea abrió la boca y las lenguas se rozaron hasta arrancarle un gemido; le sujetó la camisa con el puño y tiró del espadachín hacia delante.

Él le mordió el labio inferior y Thea comenzó a arder. Sintió un destello de dolor antes de que Wilder la besara nuevamente, y un deseo ferviente la atravesó. El olor a cuero y a palisandro del guerrero le envolvía los sentidos y avivaba el fuego que crepitaba en su interior.

Thea le acarició el pecho esculpido con las uñas en una petición silenciosa y él gruñó contra sus labios antes de hacerla sonreír al apartarse para quitarse la camisa.

—¿Era lo que querías? —le preguntó Wilder con la voz ronca por el deseo.

Thea examinó aquel poderoso torso y sintió cómo se le mojaba la ropa interior al reparar en su pecho musculado, en los riscos definidos de su estómago y en las marcas por las que ansiaba pasar la lengua.

—Estamos a medio camino —respondió, con las manos en su cinturón. Ya veía el grueso bulto que formaba su erección en los pantalones.

—De medio camino nada. —Esbozó una sonrisa oscura y deliciosa—. Ni de lejos, princesa.

Un deseo abrasador le palpitaba entre las piernas.

Wilder no malgastó tiempo con los botones de la camisa. Se la quitó por la cabeza sin desabrocharla y la lanzó al suelo. Con ojos voraces, también le arrancó la cinta que le apretaba los pechos, los agarró con las dos manos y los apretó. Thea se arqueó con un leve grito, embargada por un creciente calor.

Cuando él le acarició el pezón con el pulgar y ella contuvo un gimoteo de desesperación, el muy sinvergüenza le dedicó una sonrisa arrogante antes de quitarle los pantalones y la ropa interior.

Thea se quedó desnuda ante él. El pecho le subía y le bajaba con cada una de sus cortas y vacías respiraciones ante lo que se avecinaba.

—¿Has cerrado la puerta con llave? —logró preguntarle.

—Sí. —Wilder se rio. Acto seguido, situó una silla debajo del pomo por si acaso—. Esta vez nadie nos va a interrumpir.

La cogió en brazos y la llevó no hasta la cama, sino hasta la mesa con la jofaina. Allí la dejó y le separó las piernas, y se las puso por encima de los hombros al arrodillarse delante de ella.

Al verla, gimió, y a Thea le dio un vuelco el corazón al sentirse tan sumamente expuesta. Wilder ya le había hecho eso, pero… en aquella postura se sentía más desnuda si cabe.

Cualquier pensamiento que le cruzase la mente se desintegró al sentir la primera caricia de la lengua de él sobre su sexo. Le temblaban las piernas, por más que Wilder le sujetase los muslos.

Thea profirió un sonoro gemido cuando él la saboreó y jugueteó con su clítoris; el placer se desenredaba en las profundidades de su ser. Todo su cuerpo se derritió mientras él la estimulaba con la boca y le introducía un dedo.

—Por los dioses —jadeó ella, sintiendo una gota de sudor bajándole entre los omóplatos.

Inclinó las caderas hacia la cara de él, y Wilder sonrió sobre su piel antes de complacer la tácita petición.

El espadachín metió otro dedo, con el que la masturbó con un ritmo lento y libidinoso, y eso se sumaba a la intensa presión que

había comenzado a aumentar, la misma presión que la estaba haciendo gritar de placer.

—Wilder… —murmuró con los dedos enredados en su pelo para obligarlo a mirarla a la cara—. Yo también quiero saborearte a ti.

Dio la impresión de que él la entendió. Se levantó y dio un paso atrás para quitarse por fin los pantalones y liberar la dura erección. Se arrancó la tela de los tobillos, la cogió en brazos de nuevo y la acercó a la alfombra. Una vez allí, se tumbó de espaldas y la llevó consigo.

—Pon las rodillas a ambos lados de mi cara —le indicó Wilder.

—¿Qué? —Thea no era ninguna mojigata, pero…

—Ya me has oído. —Alargó las manos hacia sus caderas—. Y gírate.

A Thea le martilleaba el corazón sin cesar, igual que el pulso de deseo que le palpitó entre las piernas cuando su mentor la colocó encima de él para que estuviese delante de su erección y la parte más íntima de su cuerpo quedase justo encima del espadachín.

La emoción la recorrió entera al entender la postura, y descendió el cuerpo para entregársele de la forma más deliciosa y vulnerable del mundo, y al mismo tiempo se llevó el glande a la boca. Estaba duro como una piedra, y el sabor salado que sintió en la lengua sacó a la superficie un oscuro frenesí de deseo.

Wilder emitió un grave gruñido sobre su piel, marcado por la necesidad, y la lamió desde debajo, sujetándole la espalda y separándole más las piernas. El gemido que soltó ella quedó amortiguado por la dureza que se deslizaba en su boca. En esa posición, conseguía metérsela más al fondo, y al hacerlo se golpeó la garganta con la punta.

Wilder respondió metiéndole la lengua.

Santas furias, Thea iba a morir de tanto placer.

Ardía por él, con todo el cuerpo en llamas por el deseo y la necesidad y algo más profundo. Era una sensación que no estaba preparada para asimilar. Lo único que estaba dispuesta a asimilar era que hacer aquello con Wilder no se parecía a nada que hubiese

experimentado antes, y que se sentía atada a él más allá del cuerpo. En aquel acto había algo tan íntimo y tan ilícito que comenzó a temblar por el ansia encima del espadachín, que intensificó el placer que se acumulaba en la base de su columna y que comenzó a ascender por todo su cuerpo.

Wilder sustituyó la lengua por esos dedos tan hábiles suyos, se los introdujo mientras le lamía el clítoris y ella lo devoraba entero, con él moviendo ligeramente las caderas.

A ese ritmo, Thea iba a perder la cabeza.

Decidida a verlo explotar, se movió hasta sentarse entre sus muslos, puesto que quería concentrarse únicamente en Wilder antes de desmoronarse.

Thea se la metió entera en la boca, hasta la garganta, para encontrar un ritmo constante.

—Joder —masculló Wilder con los ojos cerrados y los músculos del abdomen en tensión.

La recorrió una oleada de calor entre las piernas, un deseo flamante, al verlo perder el control, y continuó tomándolo entero y sujetándole los testículos con una mano.

Wilder le clavó los dedos en el pelo y se sacudió sin querer al emitir un ruido sordo.

—Si sigues así, me voy a correr.

Thea sonrió y lo sujetó fuerte sin pausar las deliciosas acometidas de su boca.

Wilder apretó su agarre, y se le escapó un profundo gemido, un sonido tan lascivo que Thea prometió grabárselo a fuego en la memoria y hacer cuanto estuviese en su mano para volver a oírlo.

—Thea —murmuró antes de arquear las caderas y tensarse por completo.

Su espadachín gritó al estallar y derramarse en su boca.

Thea se lo tragó todo y tan solo cuando vio que temblaba se la sacó de la boca y lo miró a los ojos.

Wilder tenía los labios separados e intentaba recobrar el aliento, con las mejillas sonrojadas y gotas de sudor salpicándole el

musculoso pecho.

—Que las furias se apiaden de mí —susurró, mirándola embelesado—. Vas a acabar conmigo.

—Se me ocurren peores maneras de morir. —Thea sonrió.

—Moriría siendo feliz… —Wilder alargó los brazos—. Pero todavía no he terminado contigo.

Thea enarcó una ceja. La excitación la embargó al ver que él se había vuelto a empalmar.

—El aguante de un espadachín —le dijo Wilder con una sonrisa maliciosa mientras se incorporaba y se la ponía sobre el regazo.

Cuando superase el Gran Rito, Thea tendría que dar las gracias a las mismísimas furias.

Wilder la recolocó para que se pusiera a horcajadas encima de él, con la espalda sobre su pecho, la erección entre sus piernas y tensando los poderosos muslos debajo de ella.

—Necesito estar dentro de ti —rugió al tiempo que le pasaba una mano por la espalda sudada antes de sujetarle la cadera—. Cabálgame, Thea.

—Sí… —murmuró ella. Se movió para que el miembro se deslizase hasta su entrada. Una vez allí, bajó lo justo para meterse solo la punta antes de ascender de nuevo, jugando con él y también consigo misma.

—Thea… —Su nombre sonó grave y cargado de urgencia.

Por todos los dioses, cuánto adoraba oírle pronunciarlo así. Thea creyó haber sabido lo que era el poder cuando empuñó una espada o una tormenta, pero aquello… aquello hacía que se sintiera como una reina.

Wilder extendió un brazo y le rozó el clítoris con los dedos, con los que recorrió la humedad con un gemido de aprobación. Thea gritó cuando él la tocó y el calor se fue incrementando entre sus muslos. Wilder parecía llenar todo el espacio que la rodeaba. Estaba en todas partes al mismo tiempo, envolviéndola por completo.

—Por los dioses, ¿qué me estás haciendo? —murmuró el guerrero contra su hombro. Su barba le raspó lo suficiente como

para provocar breves estallidos de dolor que se mezclaban con el placer.

Thea no iba a poder aguantar mucho más. Lo necesitaba.

Con un suave movimiento, bajó hasta introducírsela entera.

—Joder —gritó Wilder, arqueándose.

Thea movió las caderas y le permitió que entrase aún más adentro antes de alzarse para volver a estamparse contra él.

Jadeó ante aquella sensación abrumadora. Wilder llenaba cada centímetro de su cuerpo y la estiraba hasta golpear un punto muy hondo que le hacía ver estrellas.

A continuación, comenzó a hacer círculos de nuevo sobre su clítoris para provocarla hasta que sus gemidos fueron cada vez más altos. Thea estaba totalmente desinhibida, le botaban los pechos al subir y bajar, y se estampaba contra la pelvis de él a medida que la espiral de deseo se apoderaba de ella y la liberaba…

Y, de pronto, se vio en el aire.

Wilder se la sacó para darle la vuelta y colocarla de espaldas en la piel mullida de la alfombra. Se situó encima de ella, mirándola con ojos famélicos e intensos bajo la luz tenue del camarote.

—Dime que tú también lo sientes —gruñó al embestirla de nuevo.

Thea lo rodeó con las piernas para que pudiera entrar mejor y atraerlo hasta sus profundidades.

—Yo…

—Necesito oírtelo decir —insistió antes de capturarle el pezón con los dientes.

Thea ahogó un grito. Regresaba a ella la singular mezcla de placer y dolor que parecía la seña de identidad de Wilder.

—También lo siento —jadeó con el corazón desbocado—. Contigo lo siento todo.

No se había dado cuenta de que el espadachín se había estado conteniendo, pero, al oírla, cualquier control que ejerciese sobre sí mismo se esfumó por completo. Wilder le sujetó las muñecas y se las inmovilizó encima de la cabeza para que se arqueara debajo de

él mientras la penetraba con fuerza.

Cada embestida era más brutal que la anterior, pero Thea las acogió ladeando las caderas, suplicando más, aceptando todo lo que él le daba.

Y Wilder se lo dio todo.

Thea lo besó con fervor, enredando la lengua con la suya, y la barba le raspó la mandíbula. Parecían respirar y moverse como uno solo, total y absolutamente unidos.

No fue solo placer lo que le rugió en las venas, sino también su propia magia. Respondía a él como había respondido a la llamada de la tormenta. Thea lo sentía no sólo en el cuerpo, sino también dentro del alma, dentro de cada fibra de su ser, atravesándola como una tempestad indómita.

El poder reconocía otro poder y se amarraban, dos hilos entretejidos que forjaban algo nuevo, algo más fuerte.

Thea se retorció ante su poderoso agarre, desesperada por marcarlo con las uñas, por adueñarse de él de alguna manera visible, pero aún tenía los brazos inmovilizados por encima de la cabeza.

Su mentor no la soltó. De hecho, arremetió con más vigor si cabe.

—Wilder —jadeó. La intensidad de las embestidas estuvo a punto de destrozarla.

El gemido carnal y profundo que le soltó Wilder al oído fue su perdición. La presión que había estado creciendo en su interior se liberó, con su interior aferrándose a él mientras perdía el control. El placer se incrementó cada vez más y, cuando creyó que iba a sumirse en la inconsciencia, alcanzó un nuevo pico, un nuevo nivel de locura.

Y fue entonces cuando superó el punto de no retorno y un orgasmo la golpeó como un rayo clavándose en una ola, que surcó y arrasó con cada parte de su ser hasta hacerla un millón de añicos.

Wilder soltó un grito y se estremeció dentro de ella al estallar también.

El placer siguió y siguió, hasta que Thea estuvo a punto de sollozar por la intensidad.

Sin soltarla, sin salir de su interior, Wilder la miró, y se le escapó una temblorosa exhalación, con los ojos plateados brillando.

—Yo… —Se le rompió la voz por la emoción.

Thea liberó las manos cubiertas de cicatrices y levantó una para apoyársela en la cara.

—Ya lo sé —murmuró, y le dio un beso suave.



Thea no supo cuánto tiempo se quedaron ahí tumbados, abrazados. La intensidad del vínculo que los unía los dejaba sin palabras, expuestos.

Cuando debía de ser ya primera hora de la mañana, Wilder se apartó, se puso algo de ropa y salió del camarote sin decirle nada. Al poco, regresó con dos enormes cubos de agua caliente, que vertió en la bañera como si no pesaran nada. Thea lo observó, tumbada en la alfombra todavía. Si no lo conociese tan bien, pensaría que estaba nervioso.

Wilder metió el codo en el agua y siseó al sentir el calor, así que añadió un cubo de agua fría a la mezcla. También dispuso una mesita junto a la bañera, donde colocó una bandeja de pan y queso, y un vaso de vino para cada uno.

Sin lugar a dudas, Wilder Hawthorne estaba nervioso. Y era por ella.

—Ahora la temperatura debería estar bien —le dijo, y le tendió una mano para ayudarla a levantarse. Eran las primeras palabras que le dirigía desde que…

Con una sonrisa para sus adentros, Thea dejó que la ayudase. La manta que tenía cogida cayó al suelo, formando una especie de charco de tela. Los ojos de Wilder se oscurecieron al verla desnuda, pero la acompañó hasta la bañera y le sujetó la mano cuando entró.

Thea se sumergió en el calor y gimió suavemente a medida que le desaparecía la tensión de los músculos.

—A lo mejor esta vez deberías apuntarte… —se arriesgó a comentar.

—A lo mejor sí. —Wilder la miró.

Thea observó cómo el espadachín se quitaba la ropa y se recogía el pelo en un moño. Se le marcaban los músculos con cada movimiento. Por los dioses, jamás se cansaría de contemplar todos y cada uno de los centímetros de su cuerpo… Bajó la vista hasta su miembro, que le colgaba entre las piernas.

—No te hagas ilusiones, princesa —le advirtió al meterse en la bañera con ella. Ocupó el otro extremo para que estuvieran cara a cara. Confinado en la bañera, parecía más gigantesco aún, con los brazos recostados contra los lados. Puso las piernas largas y musculosas a ambos lados de ella y le recorrió el rostro con la mirada antes de bajarla hasta sus pechos.

—No te hagas ilusiones, espadachín —se rio.

Wilder se recostó en la bañera con una sonrisa de oreja a oreja. Que las furias se apiadaran de ella, aquella sonrisa le derritió el corazón. Thea nunca lo había visto así, no de verdad. Le entraron ganas de disfrutar mucho más de ese momento, pues sabía que no mucha gente conseguía ver a Wilder Hawthorne de esa forma, con la guardia baja. Qué bello era y qué feliz era ella, por los dioses. La alegría pura que le inundaba el pecho era apenas contenible, y el calor que se instaló en su interior amenazó con sobrepasarla. Fue como si el tiempo se hubiera detenido para ellos…

—¿Está mal? —le preguntó en voz baja al darse cuenta de que al este era muy probable que Tver estuviera a merced de la oscuridad y de sus sirvientes, y de que en algún punto había gente muriendo.

—Aprendí hace mucho que hay que disfrutar de los pequeños placeres cuando se puede. —Wilder la había comprendido a la perfección y la miró a los ojos.

—Pero…

—¿Qué puedes hacer desde aquí, Thea? Estamos yendo hacia

Tver para ayudar. Mañana urdiremos una estrategia con Torj y los demás. Pero ahora mismo no podemos hacer nada más. Y, cuando volvamos a pisar tierra firme, ¿quién sabe cuándo tendremos una noche como esta? —Hablaba con sinceridad y amabilidad, pero también con firmeza.

Thea se peleó contra el nudo que le atenazaba el pecho y asintió. Cogió el vaso de vino y bebió un sorbo, agradecida.

—¿Cómo crees que han digerido la noticia los demás? —le preguntó mientras dejaba el vaso de nuevo en la mesa sobre una servilleta. Le daba la impresión de que hacía siglos que había mantenido una conversación con sus amigos sobre herederas y portadoras de tormentas.

—Mejor que yo.

—Es verdad —rio Thea.

Wilder le salpicó un poco de agua, y ella se lo devolvió.

Cuando la bañera se calmó, Thea comenzó a lavarse.

—Pensaba que me preguntarían si iba a reclamar el reino y a recuperar una corona inexistente, ¿sabes?

—En algún sitio estará. Esas cosas siempre consiguen escapar del fuego, por decirlo de algún modo.

Thea intentó visualizar una corona por ahí perdida con su nombre escrito. Fue incapaz.

—Y ya llegarán las preguntas —añadió Wilder mientras trazaba círculos con los dedos en la superficie del agua.

—Ya lo sé.

—¿Qué les dirás?

—Que no es lo que quiero.

Wilder le cogió un pie, se lo puso en el regazo y le masajeó la planta con el pulgar. Thea estuvo a punto de gemir.

—¿Y qué pasa con el deber? —Las palabras de él no la acusaban de nada, no estaban envenenadas por ningún motivo oculto. Se lo preguntaba solo por curiosidad.

—¿Crees que tengo algún deber con un reino que ya no existe?

—Lo que crea yo no importa. ¿Qué crees tú?

Thea apoyó la cabeza en el extremo de la bañera y cerró los ojos mientras Wilder le recorría las zonas más tiernas del pie con los dedos.

—Me pregunto de qué serviría intentar levantar algo de las cenizas e intentar adueñarse de algo que lleva casi treinta años olvidado —admitió. Apenas se había permitido pensar en aquella posibilidad y, al sopesarla en voz alta, se dio cuenta de que no sabía qué hacer con su herencia ni con quién había sido su familia.

Wilder guardó silencio a la espera de que ella lo procesara y reuniera sus temores.

—¿Y si reclamara el trono? —le preguntó en voz baja—. ¿Qué pasaría? ¿Con qué propósito iba a gobernar?

—Pues no sé. —Wilder se encogió de hombros—. ¿Con el de igualar el tablero de juego de los mediorreinos? ¿Con el de cambiar la situación actual? Podrías lograr que readmitieran a las guerreras de Thezmarr… Podrías hacer muchas cosas, Thea.

Thea se revolvió y el agua se meció alrededor de ambos.

—Hablas del deber… ¿Qué me dices del verdadero deber de un gobernante?

—¿A cuál te refieres?

—Al de engendrar un heredero.

Wilder se encogió.

—Yo no quiero ser madre —le aseguró—. Ni ahora ni nunca. —Una vez más, esperó a que él le dijera que cambiaría de opinión, como hacían todas las mujeres al hacerse mayores. En la fortaleza, Thea había oído en innumerables ocasiones aquel sermón condescendiente. Pero ninguna de esas palabras brotó de la boca del espadachín—. ¿Eso me convierte en…?

—Te convierte en la persona que eres. Y eres perfecta así —exclamó.

Escéptica, Thea enarcó una ceja. Todas las discusiones que habían mantenido y todos los momentos tensos que habían compartido pasaron volando ante ella.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre —le aseguró él con una ligera sonrisa—. Fui demasiado terco para verlo.

A Thea se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no se permitió llorar.

—Me gustas así…

—¿Mojado y desnudo? —Wilder movió las cejas y Thea se rio.

—Relajado. Tú… tú también eres perfecto.

Una nube cubrió el semblante de Wilder, tan deprisa que a Thea le dio la impresión de que se la había imaginado.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

El espadachín la observó durante unos instantes con expresión indescifrable.

—Nunca pensé que tendría esto.

Thea esperó y vio cómo fruncía el ceño, con problemas para encontrar las palabras adecuadas.

—Y ahora que lo tengo… —tragó saliva— me da muchísimo miedo.

—¿El qué?

—Perderlo. Perderte.

A Thea se le partió el corazón. Sabía que Wilder había perdido a personas que le importaban y que, aunque en esos instantes no llevase la piedra del destino en el cuello, aquella gema siempre se interpondría entre ambos.

El agua se meció cuando ella se movió para sentarse a horcajadas sobre su regazo.

Incluso en ese momento el deseo se le clavó, y Thea agachó la cabeza para besarlo.

—No me vas a perder hasta que el mismísimo destino se presente para llevárseme. —Movió las caderas hasta situarlo en su entrada—. Te lo prometo, espadachín.

Wilder se adueñó de su boca con brutalidad, enredó las manos en su pelo mojado y la atrajo hacia sí. La penetró, y Thea soltó un grito.

Le pasó los dientes por el cuello al comenzar a moverse en su

interior, llenándola con todo su ser.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, princesa.

Sin embargo, todos los pensamientos habían vaciado la mente de Thea ante la fuerza embriagadora de él, y lo besó lo bastante fuerte como para dejarle marcas, lo bastante fuerte como para fingir que no había oído aquellas palabras.

CAPITULO 33

THEA



Thea se encontraba en la proa del *Voluntad de las Furias* observando las capas blancas del agua, azotadas por el viento. El frío aire de buena mañana le acariciaba la piel, un fuerte contraste con el calor exquisito de haberse pasado toda la noche en los brazos de Wilder, pero le resultó agradable. Necesitaba algo que la sacara del trance en el que la sumía el espadachín, necesitaba tener la cabeza despejada.

El capitán le había dicho que, si las condiciones seguían siendo favorables, tal vez divisaran Tver en el horizonte antes de que se pusiera el sol. Le parecía demasiado pronto. Thea no estaba preparada para abandonar el reconfortante vaivén del mar ni para enfrentarse a la oscuridad que los aguardaba más allá.

—Aquí estás —exclamó Wren detrás de ella.

—Aquí estoy —repitió Thea recibiendo a su hermana con una sonrisa.

Wren pareció relajar todo el cuerpo al situarse a su lado.

—Creo que es la primera vez que me sonríes desde que hiciste la prueba de iniciación.

—Bueno… No nos hemos visto demasiado.

—Porque me has estado evitando.

—Sí. —Thea suspiró.

—Siento mucho habértelo ocultado tanto tiempo. —Wren le dio un golpecito.

—Ya lo sé. —Thea tragó saliva.

—Es que intentaba hacer lo correcto y protegerte.

—Ya lo sé, Wren. —Tocó el brazo de su hermana—. Te perdono.

—¿De veras?

Thea sostuvo su mirada esperanzada y asintió.

—La vida es demasiado corta —replicó repitiendo las palabras de Wilder—. Es demasiado corta para guardarle rencor a la gente que te quiere.

Wren esbozó una triste sonrisa al comprenderlo.

—Toma. —Hurgó en el bolsillo y extrajo la piedra del destino de Thea.

En cuanto el fragmento de jade le golpeó la palma, fue como si alguien le hubiese arrojado una gruesa manta sobre los sentidos. De repente, se sentía descentrada, como si el mundo se hubiera inclinado bajo sus pies y ella fuese incapaz de ver con claridad.

—¿Thea? —la llamó Wren.

—¿El efecto es más fuerte de lo que era? —le preguntó, aferrada a la barandilla del barco para estabilizarse.

—No. —Wren la miró con extrañeza—. La he tratado como he hecho siempre…

Thea frunció el ceño y cogió la piedra del destino entre los dedos para examinarla. El número veintisiete se había oscurecido, pero ya hacía tiempo que ocurría. Enovius iba a por ella, sin prisa pero sin pausa.

—Thea. —Wren la obligó a levantar la vista—. No es que la alquimia sea más fuerte. Eres tú. Por eso lo notas diferente. Nunca

habías tenido que reprimir tantísimo poder.

—Ah.

—¿Cómo te sientes?

—Marcada… Como si me faltara una parte de mí.

—Porque es así. ¿Crees que es por…?

—Wren, por favor —la interrumpió Thea. Supuso que su hermana insistiría, pero Wren pareció comprender que Thea necesitaba hacerlo a su manera, a su ritmo.

Wren optó por apoyar los codos en la barandilla y por mirar hacia el mar zafiro.

—No hemos hablado de ella… —se atrevió a murmurar.

Thea supo a quién se refería.

A la Hija de la Oscuridad. A la mujer alada que había destrozado una parte del Velo. A Anya.

—¿Crees que fue real lo que vimos? —le preguntó Wren.

Thea siguió su mirada hacia el agua. El sol de la mañana se había alzado un poco más.

—Las dos sabemos que lo fue.

—Teman alas, Thea…

—Y yo también estuve a punto de tenerlas —admitió al recordar el dolor lacerante que experimentó cuando las garras del segador le perforaron la carne en el bosque Sangriento—. Podría haber sido uno de ellos, podría haberme visto absorbida por el ejército de oscuridad…

—Pero no fue así.

—No. —Thea respiró hondo—. Pero esa mujer… es la criatura más fiera que he visto nunca. Me da miedo.

—En ese caso, a mí me aterra. —Wren puso una mano sobre la suya.

Thea la interrogó con la mirada.

Su hermana se mordió el labio durante unos segundos.

—Eres la única persona a la que conozco a la que nada le da miedo.

—¿Qué? —se sorprendió Thea—. Me dan miedo muchas cosas,

Wren. Todos los putos días.

—Pues lo ocultas la mar de bien. —Su hermana entrelazó los dedos con los suyos—. Lo superaremos.

Thea respondió dándole un apretón en la mano.



Más tarde, el grupo tomó asiento en la cubierta, alrededor de una mesita. El sol de mediodía se alzaba sobre ellos y los envolvía con su calor a pesar de la brisa marina que los azotaba. Mientras hablaban, Wilder le estaba enseñando a Thea cómo engrasar la armadura para mantenerla en las mejores condiciones.

—A estas alturas, en los mediorreinos todo el mundo estará al corriente ya de la invasión —iba diciendo Torj—. Atacar uno de los tres reinos es un acto de guerra.

—Pero no ha habido ninguna advertencia, ninguna posibilidad de prepararnos —repuso Kipp con las manos posadas sobre el mapa extendido ante ellos—. Con la distancia que hay entre Tver y los otros dos territorios, nadie llegará a tiempo, a excepción de los guardianes que estén apostados cerca de allí. Ningún ejército real…

—No necesitamos a ningún ejército real. Los mejores guerreros están en el gremio —lo cortó Wilder señalando un punto de la armadura de Thea que ella no había untado con aceite—. Solo nos queda esperar que hubiera algunas unidades decentes apostadas en Notos. —Se giró hacia Thea y Wren—. ¿No tenéis idea de a cuántas criaturas ha reunido?

Thea le había hablado de la mujer a la que las dos habían visto y le había contado que Anya había congregado un ejército de monstruos, tal como aseguraban los rumores. Negó con la cabeza y siguió ocupándose de su camisa de cuero.

—No, ¿y quién dice que el ejército al que vimos fuese el único? A lo mejor solo era una parte de sus fuerzas.

—Deberíamos haberle hecho caso a Audra. —Torj soltó un

profundo suspiro—. Con o sin espadachines, necesitamos más acero naarviano.

—¿Vernich se dirigirá hacia Tver? —preguntó Thea.

—Pues claro —contestó Torj—. Pero que llegue o no a tiempo es otra historia.

Kipp juntó las manos delante de él.

—Dependerá de cómo ataquen las fuerzas enemigas. Si se dirigen hacia allí con la intención de aprovecharse del factor sorpresa…

—Todo Tver está jodido —acabó Thea la frase.

—Correcto. Aunque Wren dijo que esa mujer quería algo. No sé qué de unos hermanos y hermanas, ¿no?

Thea rememoró las palabras de la mujer alada… «¡Iremos a por ellos!», había gritado ante una oscuridad que se plegó a su voluntad.

Después de terminar de engrasar la armadura, frunció el ceño y observó a los espadachines.

—¿Cómo averiguamos si el rey Leiko ha hecho prisioneros a semiespectros?

—En cuanto estemos en tierra firme, podemos enviar un cuervo… Aunque puede que lleguemos a Notos antes de que recibamos respuesta —contestó Wílder—. ¿Crees que se trata de una misión de rescate?

—Todo lo que digo es mera especulación. Wren y yo vimos una fracción de un panorama mucho más grande. Lo único que sé a ciencia cierta es que ella cuenta con el poder de los espectros. Y que es capaz de manipular las sombras y lo bastante poderosa como para rasgar el Velo.

Kipp volvió a recorrer las líneas del mapa.

—A ver, supongo que cabe esperar que sea tanto una operación de rescate como un ataque. Eso significa que no actuarán con demasiada fuerza, sino que hay un plan detrás: organización, campamentos… Una vía de escape.

—Si pueden viajar como hicieron para recorrer Harenth, no habrá

manera de seguirlos —terció Wilder.

—No lo sabremos hasta que lleguemos allí —dijo Torj.

Se pasaron varias horas sentados trazando estrategias. Los espadachines y Kipp lideraron el debate. Pero, a medida que se iban preparando para más resultados y posibilidades, Thea sentía menos control. Ya no había vuelta atrás, lo sabía en los huesos. Lo que los estuviese esperando en Tver cambiaría el curso de la historia y alteraría para siempre la vida de todos ellos.

Con aquel extraño manto sobre los sentidos y la fatalidad que se avecinaba, Thea sintió el familiar instinto de encerrarse en sí misma, de alejarse de todos los que la rodeaban y regresar a la calma de su interior, cuyo silencio era más estruendoso que nunca sin el retumbo de la magia en las venas.

Pero Wilder estaba ahí, Wren estaba ahí, sus amigos estaban ahí con ella y no permitirían que se alejase.

Como si hubiera percibido su inquietud, Wilder le rodeó los hombros con un brazo y la arrimó a su costado. Su presencia bastaba para eliminar las ganas de huir.

Al ver el gesto del espadachín, Cal intercambió una mirada con Kipp.

—Todavía no me he acostumbrado del todo.

—Pensaba que pillarlos en pleno polvo ya te habría ayudado a acostumbrarte —se rio Torj.

Thea gruñó y extendió un brazo hacia la petaca que sabía que Wilder llevaba en el bolsillo.

—No fue…

—¿Hace falta que mantengamos esta conversación? —exclamó Wren.

—¿Es demasiado vulgar para vuestras delicadas sensibilidades, alteza? —la pinchó Torj.

Thea prácticamente sintió cómo crecía el malhumor de su hermana.

—Baja la voz —siseó Wren—. Y, para tu información, espadachín, puedo hablar de sexo como cualquier otra persona…

Thea estuvo a punto de arrojar un sorbo de extracto de fuego encima de la mesa.

—Pero es que es mi hermana. Y, a juzgar por los ruidos que anoche oímos retumbando en los pasillos, todos tenemos una idea bastante clara de la situación. —Se giró hacia Kipp y Cal, quienes se encogieron—. Están juntos. Asumidlo y ya.

Para su sorpresa, Wilder profirió una profunda carcajada. Todo su cuerpo se sacudía mientras intentaba recomponerse.

—En los años que hace que conozco a Elderbrock, nunca lo había visto tan perplejo. Y estuve presente cuando se ganó el apodo de Asesino de Osos. —Se secó los ojos—. Gracias, Elwren.

Wren enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—No he dicho que apruebe la situación.

Thea observó a su hermana y reconoció la tormenta que brillaba en sus ojos.

Pero Wilder se limitó a negar con la cabeza, irradiando buen humor.

—Tomo nota.



El resto del día transcurrió de forma similar y, antes de que Thea se diese cuenta, el sol se fue poniendo y Tver apareció en el horizonte. Estaban sentados en la cubierta, con las pertenencias preparadas y los caballos listos, cuando el viento de última hora de la tarde hinchó las velas del barco.

Una punzada de arrepentimiento le atravesó las entrañas. Le había gustado navegar, y había sido imposible que Wilder y ella hubieran exprimido al máximo la posibilidad de tener un camarote privado. Al mirarlo, su deseo se encendió de nuevo. El espadachín se había arremangado la camisa hasta los codos, dejando a la vista los antebrazos musculosos y bronceados. Llevaba el pelo recogido en un moño y la barba recortada siguiendo la línea afilada de su

mandíbula. Estaba tan fiero y guapo como siempre, con el viento azotándole la camisa por detrás y haciéndola ondear ligeramente. Una parte de Thea quiso arrastrarlo hasta el camarote, y que les dieran a todos los demás.

—¿Cuánto habríamos tardado en llegar si hubiésemos ido por tierra? —preguntó Wren al grupo.

Kipp, que por lo visto sabía muchas más cosas sobre los mediorreinos de lo que Thea había supuesto, murmuró durante unos segundos.

—Es difícil precisarlo, pero diría que de tres a cinco días para cruzar la frontera, y luego quedaría una enorme extensión de territorio de Tver antes de acercarnos incluso a Notos.

—¿Y ahora? —terció Thea.

—Dependerá de dónde atraquemos, de qué tiempo haga y del estado de los caballos.

—Pues son un montón de variables…

—Así es la vida, alteza.

Thea le golpeó el brazo.

—Vale, dependiendo de todo eso, ¿cuánto tiempo?

—A ver, dependiendo de…

—¡Me cago en todo, Kipp! —Le dio un puñetazo en el brazo.

—Serías una pésima princesa. Malhablada como un marinero, violenta y…

—Me sorprende que nadie te haya lanzado por la borda aún —comentó con frialdad Torj, que estaba cerca de ellos.

—Yo estoy a punto —le aseguró Thea.

Torj se rio.

—Deberían ser tres días a caballo desde el puerto hasta Tver.

—¿Tanto? —Thea gruñó—. ¿Cómo es posible que no haya una forma más fácil de recorrer los mediorreinos?

—Ahí es donde la magia sombría resultaría de lo más útil —murmuró Wilder, apoyado en la barandilla y observando la orilla.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Cal, que levantó la vista. Había estado pegando plumas a sus flechas.

Durante unos segundos, Wilder puso cara de desear no haber abierto la boca, pero, después de frotarse la nuca, les contestó.

—Como bien sabéis, los espectros saben volar. Los segadores también, manipulando las sombras. Los semiespectros se transportan con el velo de la oscuridad. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Cómo lo hacen? —insistió Cal, con los ojos desorbitados.

—No lo sé exactamente, pero primero están en un lado y, en un momento, en otro, con un remolino negro alrededor.

—¿Cuándo lo has visto? —Torj frunció el ceño.

—Hace años.

Thea se percató de que Wilder hablaba con voz distante, como si no siguiese allí con ellos, sino en otro lugar, en un lugar mucho más oscuro.

—Por todos los dioses, preferiría pasarme una semana en la Torre Escarlata que acabar envuelto por esa magia sombría —afirmó Kipp.

—No, no lo preferirías —exclamaron Wilder y Torj al unísono.

Kipp dio un brinco.

—Era una…

—No hay que hacer bromas sobre la Torre Escarlata —lo avisó Torj—. No quiero volver a oírte jamás decir una estupidez como esa.

Wilder se mostró de acuerdo con un murmullo.

—Ese sitio es la encarnación de todos los horrores imaginables. Cualquiera en su sano juicio preferiría morir que pisar esa isla. —Torj y él intercambiaron una oscura mirada.

—Perdón —musitó Kipp, rojo como un tomate—. ¿Nadie ha vuelto de allí?

—No —contestó Wilder con un deje de desdén.

El grupo guardó un silencio momentáneo. La inesperada tensión era casi palpable.

—¿Cómo estaba Thezmarr antes de que os marcharais? —preguntó Thea a sus amigos para cambiar de tema, con la esperanza de reducir la incomodidad del momento.

—Pues igual que siempre. —Kipp se encogió de hombros, tras haber olvidado al instante la vergüenza que había sentido.

—¿Alguna novedad sobre Seb o Vernich? ¿Seguían ahí?

Cal gruñó, igual que Wilder.

—Otra vez con esas no, Thea —protestó Kipp.

—Tengo un mal presentimiento sobre ellos —argumentó. Y era cierto. Cada vez que pensaba en aquellos dos malnacidos, sentía hormigueos en la piel. Odiaba imaginárselos en Thezmarr, sobre todo sin Torj ni Wilder para pararle los pies al Carnicero. A saber qué castigos habría infligido a escuderos jóvenes e inocentes. Pero también detestaba la idea de que estuvieran vagando por los mediorreinos…—. ¿Y bien?

Cal se pellizcó el puente de la nariz como si el mero hecho de pensar en Seb le provocase dolor físico.

—Seb no se ha presentado en los entrenamientos. De hecho, casi no lo hemos visto. Y es un cambio buenísimo, la verdad.

—¿Se ha saltado los entrenamientos? —Thea abrió mucho los ojos—. Qué raro.

—No lo es siendo aprendiz, Thea —le contó Torj con amabilidad —. Ahora tiene otros deberes. Igual que Cal y que tú. Y Vernich se dirige a Tver para unirse a nosotros en el combate, sin duda. Puede que sea un cabrón, pero sigue siendo un espadachín. Cuando un reino pide ayuda, él acude.

A Thea le dio la impresión de que ya lo había oído cien veces. Sin embargo, nadie más que ella había visto a Vernich y a Seb conspirando ni los había oído susurrar en el pasillo. Era absurdo negar que les guardaba rencor, pero sus sospechas eran mucho más profundas. En la naturaleza del Carnicero y de su aprendiz había algo oscuro. Si sus amigos no querían creerla, allá ellos. Thea se mantendría alerta para protegerlos.

Estaba tan absorta en sus pensamientos de juego sucio y traiciones que pegó un salto cuando algo enorme aterrizó en la barandilla a su lado y una ráfaga de viento le sacudió la trenza.

—Pero ¿qué…?

Era el halcón que Wilder había usado para enviar y recibir correspondencia. Terrence, de pronto recordó el nombre del animal, que no le pegaba mucho. El pájaro llevaba un manuscrito atado a una pata, y una mano tatuada enseguida se alargó hacia él. Thea vio a Wilder coger la misiva y dar un paso atrás, manteniendo el pergamino lejos de su vista.

—¿Qué dice? —preguntó con escalofríos en la piel.

Wilder no levantó la vista del mensaje. Releyó la página una vez, dos veces, antes de arrugarlo con el puño.

—Nada bueno.

Thea redujo la distancia que los separaba, con el corazón repentinamente desbocado.

—Eso no es una respuesta.

—Thea…

—Lo prometimos —dijo lentamente buscando en el rostro de él la franqueza que había atisbado en varias ocasiones, pero supo que el espadachín se estaba cerrando en banda—. Juramos que seríamos sinceros el uno con el otro. Siempre.

—Sí.

Thea se armó de valor al contemplar aquellos ojos plateados. Detrás de ellos advirtió una sombra.

—Sé reconocer cuándo alguien me miente. No esperaba que lo hicieras tú ahora.

El guerrero no lo negó. Una expresión de indiferencia parecía cubrirle los bellos rasgos.

—Cuéntamelo —murmuró—. Lo abordaremos juntos.

Wilder ni siquiera extendió un brazo. Tan solo bajó la vista hacia la piedra del destino que llevaba ella al cuello, y con la que había empezado a jugar, distraída. Thea tenía por costumbre buscar consuelo en la única verdad incontestable que conocía.

—Esa joya no te vuelve invencible —le dijo él en voz baja.

Thea soltó una oscura carcajada, con la que desapareció su buen humor.

—No jodas —le espetó—. Diría que es más bien al contrario, ¿no

crees?

—Thea…

—Me da una ventaja —lo interrumpió—. Me permite tomar riesgos cuando otros no lo harían…

—No te lo permite en absoluto.

—¿Quién eres tú para decirme qué me permite o qué no una piedra del destino? —protestó, con las palabras rezumando rabia. No le había comentado a nadie que el número se había ido oscureciendo a lo largo de los últimos meses, como si indicase el paso del tiempo y el poco que le quedaba con vida…

Buscó con los dedos lo que se había guardado en el bolsillo. Era un pedazo de cuero que había confeccionado con sudor y lágrimas después de estudiar los diseños que había robado de la armería delmiriana. Era un regalo estúpido, elaborado por una muchacha estúpida, para un espadachín que prefería volverse tosco y silencioso antes que compartir sus inquietudes con ella. Thea lo había hecho para ayudarlo a calmar la incomodidad de su armadura chapucera, con la intención de que fuese una protección extra en el lugar donde sabía que era más vulnerable.

Thea lo miró de nuevo a los ojos y le dio una última oportunidad para sincerarse y contarle lo que su amigo de Naarva había descubierto sobre los monstruos y los hombres.

El rostro de Wilder permaneció inescrutable.

Thea, por lo tanto, se metió el retazo de cuero en el fondo del bolsillo y lo dejó ahí.

—Si tan desesperado estás por guardar secretos, quédatelos todos para ti.

Permitió que le ardiera la furia, pues era más fácil de sentir que el dolor que se hallaba al otro lado. Giró sobre los talones y se dirigió hacia la proa del barco, donde se encontraban Cal y Kipp.

—¿Problemas en el paraíso, alteza? —le preguntó Kipp a modo de saludo.

—No empieces —masculló ella mientras se colocaba a su lado y observaba la tierra dorada.

El reino de Harenth lucía verde, formado por frondosas praderas y tierras de labranza; en Tver, en cambio, las colinas y los valles eran dorados y salvajes, tal como vieron desde el barco cuando atracó por fin en el tranquilo puerto.

A Thea le dio un vuelco el corazón al divisar una nube de polvo que se alzaba en el horizonte.

—¿Qué es eso? —jadeó.

—Algo que a lo mejor te anima, de hecho… —Gal le dio un golpecito.

Thea le lanzó una mirada de desconcierto.

—Es una manada de purasangres tverrenses galopando.

—¿Te refieres a la manada de la que los espadachines eligen a sus sementales?

—Exacto.

El calor le embargó el pecho; de pronto, la riña con Wilder desapareció de su mente al imaginarse reclamando a un semental de la manada, con un tótem de espadachina atado al brazo.

Su caballo estaba allí, galopando tras las nubes de polvo.

Lo único que necesitaba Thea era que se celebrara el Gran Rito.

CAPITULO 34

WILDER



Wilder quemó el mensaje de Dratos. No requería respuesta, tan solo contenía una advertencia, y esa advertencia había llegado demasiado tarde. Lanzó una mirada a Thea al desembarcar del *Voluntad de las Furias*. Su aprendiz no le había dirigido la palabra desde que habían discutido. Se le formó un nudo en el estómago al recordarlo. Debería haber sabido que esa burbuja de felicidad iba a estallar. Era incapaz de no joder las cosas; llevaba el suficiente tiempo vivo como para saberlo. Todas las relaciones que había tenido, de amistad o de otro tipo, habían llegado a su fin por culpa de sus propios defectos. Tal, Adrienne, incluso Malik… No podía evitar mantenerse al margen de todo, y al final había acabado arrastrando a Thea a su caos.

En la intimidad de su camarote, con la cabeza entre sus muslos o la polla en su interior, era fácil olvidar quién era Thea para el mundo. Pero, al verla comprobar el estado de la silla de montar en el puerto, con los ojos nublados con interminables tormentas, era imposible negarlo.

Entre ellos se encontraba la heredera de Delmira.

Una princesa. Una futura reina.

Wilder se había permitido fingir lo contrario durante un tiempo, pero… A medida que se dirigían a combatir en el frente interno de un reino dominante, se acabó el fingir.

Condujo a Bollito hacia el muelle y esperó a que su caballo se acostumbrase ahora que volvía a pisar tierra firme. Sin embargo, el semental se revolvió inquieto, relinchando y moviendo el cuello. Wilder le acarició el copete para tranquilizarlo.

—Pensaba que te alegraría regresar a casa —murmuró barriendo con la mirada el puerto, en busca de algún indicio de peligro. Por lo general, Bollito tenía un buen instinto para esas cosas, pero Wilder supuso que los días que habían pasado en alta mar quizá habían confundido los sentidos del animal.

El puerto principal de Tver era la mitad que el de Harenth y no estaba ni por asomo tan concurrido. No había puestos ni mercaderes vendiendo nada, tan solo pescadores y unos cuantos viajeros que querían comprar pasajes para el siguiente barco en zarpar. En Tver la vida era más simple, una vida que Wilder siempre había admirado.

—¿Preparado? —Torj ya había montado en su caballo.

Wilder lo imitó y se agachó para frotarle el cuello a Bollito.

—¿Tenemos provisiones?

—Sí. —Torj asintió—. He enviado a Cal y a Kipp al mercado y les he dicho que se reúnan con nosotros en la entrada norte del pueblo.

Wilder pasó la vista hacia Thea y Wren, que se hallaban junto a las puertas del puerto. Las dos hermanas estaban sentadas en la silla de montar con la espalda erguida, Wren con aspecto de estar algo incómoda, mientras que Thea se posaba con la gracia de un guerrero. Esperó a que percibiera su presencia, a que lo mirase con esos ojos penetrantes que prometían toda clase de tormentas.

Pero Thea no lo miró.

Hizo como si él no estuviese allí.

A Wilder la frialdad que le dedicaba le dolió, pero la vocecilla que hablaba en su cabeza le dijo que quizá fuese lo mejor. Erala misma voz que le había insistido en que la tratara Solo como a su aprendiz.

A lo mejor debería haberle hecho caso.

Pero, por mucho que quisiera, Wilder era incapaz de arrepentirse de uno solo de los minutos que había pasado con ella.

—¿Hawthorne? —lo llamó Torj—. ¿Vamos o qué?

Wilder intentó expulsar a Thea de su cabeza.

—Vamos.

Dejaron atrás el puerto y cruzaron a galope el pueblo de alrededor. Los aldeanos que vieron a Wilder y a Torj se llevaron tres dedos al hombro izquierdo en señal de respeto y agacharon la cabeza al verlos pasar. Wilder se preguntó si habrían visto la masa de sombras desplazándose por el cielo, rumbo a la capital del reino. Se preguntó si sabían qué los aguardaba a él y a sus compañeros, hacia qué mal trotaban.

Pasaron por delante de una taberna escandalosa, con un puñado de clientes borrachos en la calle, todavía con jarras en las manos. Con una punzada de remordimiento, Wilder se percató de lo lejana que parecía de pronto la tarde que habían pasado en El Zorro Feliz. Su vida había contenido tan pocos instantes de alegría que el espacio que los separaba se había alargado hasta formar períodos de tiempo indescifrables. Hasta que conoció a Thea.

Wilder se frotó el esternón, como si aquel gesto fuera a aplacar el dolor que sentía en el pecho.

Pero no.

Se limitó a seguir cabalgando, ya que era lo que siempre había hecho para superar cualquier sufrimiento.

Cal, el aprendiz de Torj, y Kipp, el alborotador, esperaban junto a las puertas del pueblo, con las alforjas llenas hasta los topes.

—¿Seguro que hay suficientes provisiones? —les preguntó Thea al aproximarse.

Kipp puso los ojos en blanco.

—Por si no te has dado cuenta, somos seis. Y dos de los seis con ese cuerpo. —Señaló con la barbilla hacia Wilder y Torj.

—Nosotros cazaremos por el camino —repuso Wilder antes de espolear a su caballo para dejarlos atrás y comenzar a recorrer el

camino principal.

—Más para mí, entonces —oyó replicar al joven estratega.



Wilder condujo al grupo tierra adentro desde el pueblo costero y enseguida echó de menos sentir el fresco aire marino en la piel. Ya llevaban un buen rato cabalgando, siguiendo la extensión de valles dorados que se alzaban ante ellos. Por mucho que había intentado calmar a su semental, el animal seguía inquieto.

Torj se dio cuenta y señaló a su propio caballo.

—Agape también está un poco raro —comentó mirando con recelo las tierras que se sucedían—. ¿Crees que habrá terapanteras?

—Tan al sur de las montañas no. —Wilder negó con la cabeza.

Las terapanteras eran enormes gatos salvajes, depredadores que se rumoreaba que habían llegado a los mediorreinos hacía tiempo a través de una rasgadura del Velo. Se sabía que una manada de esas criaturas cazaba en las montañas al suroeste de Notos, pero, que Wilder supiese, siempre iban a lo suyo, a no ser que alguien las atacase. Tan solo había visto a una de lejos, cuyo pelaje negro y plateado contrastaba enormemente con las montañas doradas. Lo había mirado a los ojos y no había apartado la vista hasta que se dio cuenta de que él no pretendía atacar. Entonces se giró sacudiendo la cola y desapareció por el terreno escarpado.

El semental de Torj relinchó muy fuerte y se detuvo, golpeando la tierra con los cascos.

Wilder frunció el ceño.

—Aquí ocurre algo raro…

Wren soltó un grito cuando su caballo se encabritó.

Thea se abalanzó a toda prisa para tomar las riendas de su hermana.

—¡Agárrate! —exclamó con medio cuerpo fuera de su silla de montar para intentar que el caballo de Wren bajase de nuevo las

patas delanteras.

Al final, Wren logró dejar los pies en los estribos y Thea consiguió que el aterrado animal se postrara, sin soltar las riendas y mirando a su hermana con preocupación. El caballo relinchaba fuerte, con temblores en las patas.

Wilder alzó la vista al cielo, y le dio un vuelco el corazón al ver la sombra que revoloteaba dando vueltas.

—Torj…

—Voy. —Se oyó el crujido de un arco largo y el silbido de una flecha al cruzar el aire.

Un grito atravesó el cielo y un par de alas membranosas batieron de forma incontrolada cuando el proyectil dio en el blanco.

—¡Cal! —gritó Torj—. ¡Te toca!

Su aprendiz ya había cargado una flecha en su propio arco y estaba apuntando. La cuerda del arma se sacudió al disparar, y la flecha salió volando.

Fue el disparo de Cal el que abatió al monstruo, un disparo preciso que se clavó en una de sus alas. La criatura emitió un grito de agonía, que a Wilder le resultó demasiado humano, y se le cayó el alma a los pies al atar cabos.

El monstruo se desplomó en picado hacia ellos y se estrelló en el suelo con un golpe seco. Wilder se encogió.

Las armas de acero sonaron cuando las desenfundaron, y los guerreros y los espadachines de Thezmarr se adelantaron para rodear al monstruo con espadas en la mano.

—Es uno de esos… —jadeó Cal, con los ojos como platos por la incredulidad.

—Un semiespectro —murmuró Thea observando el cuerpo todavía humano y las alas que nacían de la espalda del monstruo.

El semiespectro tenía los ojos cerrados por el dolor. Le caía un reguero de sangre de la comisura de la boca y tenía un ala destrozada.

Wilder lo contempló y contuvo las ganas de agacharse a su lado. Le resultaba familiar.

—Deberíamos interrogarlo —propuso Torj buscando una daga con la mano e inspeccionando el cuerpo de la criatura para saber cuál era el mejor sitio por el que comenzar.

Al oírlo, el semiespectro abrió los ojos y ahogó un grito. Durante unos segundos, irradió fiereza, con venas negras que le surcaban un rostro liso que por lo demás era humano y garras saliéndole de la punta de los dedos.

—Señoritas —dijo Torj—, quizá queráis alejaros para no verlo.

—Yo no pienso irme de aquí —aseveró Thea con rotundidad.

Wren se aclaró la garganta.

—¿Qué vais a hacer? —Era indistinguible el matiz de miedo, o de repulsa, de su voz.

—Interrogar a este bastardo —repuso Torj sin más.

En el suelo, el monstruo retrocedió y retorció el cuerpo destrozado. Gruñó y se atragantó con su propia sangre antes de mirarlos a la cara como un loco. Cuando sus ojos desorbitados se clavaron en los de Wilder, se le iluminó el semblante al reconocerlo.

—Por favor… —gimió.

Y Wilder le hundió la espada en el corazón.

La criatura soltó un último suspiro y miró a Wilder, no con dolor ni con sorpresa, sino con alivio.

—¿Qué cojones haces, Hawthorne? —le gritó Torj dándole un empujón.

Wilder no se movió y siguió observando a la pobre criatura.

—No tenía nada que decirnos.

—Menuda estupidez —le espetó Torj—. Nos podría haber dado información sobre la unidad que se dirige a Tver, nos podría haber dicho…

—No, no podría haberlo hecho.

—¿Cómo lo sabes? ¿Hablas con dos de ellos en Harenth y ahora de pronto eres un puto experto?

—Sí —dijo Wilder al tiempo que arrancaba la espada del cadáver del semiespectro y limpiaba la sangre roja con la hierba.

En todo momento sintió los ojos de Thea clavados en él.

Ella lo había visto encogerse cuando la criatura se estampó contra el suelo. Wilder se preguntó si también habría visto que se habían reconocido…

—¿Creéis que alguien los envía a por nosotros? —preguntó Thea con el ceño fruncido.

—Tiene toda la pinta —contestó Torj, pensativo—. Se dirigía directo hacia nosotros.

—Prendedle fuego —dijo Wilder a nadie en particular. Enfundó la espada y alejó a Bollito del cadáver. Su semental llevaba inquieto desde que habían desembarcado… ¿Tanto tiempo hacía que la criatura los había seguido? ¿Cómo era posible que Wilder no la hubiera visto? ¿Había intentado entregarle algún mensaje? Wilder había estado tan sumido pensando en Thea que había bajado la guardia, y su aguda observación había desaparecido al preocuparse por ella. No era la primera vez…

Se pasó una mano por la cara con un débil gruñido de frustración. Estaba convencido de que Torj no había tenido la última palabra con respecto a él y, además, sabía que Thea tan solo esperaba el momento adecuado para procurar acorralarlo. Sabía que le estaba ocultando cosas. Y, si había algo que supiera de su aprendiz, era que no se rendía con facilidad.

Se adelantó a galope para dejar una distancia necesaria entre los demás y él, con la mente en llamas con todo lo que sabía y lo que no. Se le revolvieron las tripas al ver la gratitud con la que lo había mirado el semiespectro. El monstruo sabía que no iba a sobrevivir, que tenía el cuerpo demasiado maltrecho y sentía un dolor demasiado grande. Wilder no soportó aumentar su sufrimiento antes de que Enovius se lo llevase. Si el espectro hubiese sido rápido, quizá habría podido escapar con vida, y Wilder no estaba seguro de lo que eso habría significado.

El olor agrio a carne quemada le hizo cosquillas en la nariz. Al mirar hacia atrás vio una espesa columna de humo elevándose en el cielo de media tarde. Por lo menos lo habían obedecido.

Wilder esperó en la cima de una cresta a que lo alcanzaran.

Nadie le dirigió la palabra al llegar junto a él. «Es probable que sea lo mejor», intentó convencerse.

—Cabalgaremos hasta que se haga de noche —ordenó.

Aunque Torj era el más experimentado de los dos espadachines, no protestó. Tal vez se veía incapaz de articular palabra después de que Wilder hubiera minado su autoridad.

El grupo cabalgó en silencio durante lo que pareció una eternidad. Por lo general, a Wilder le gustaba el silencio; de hecho, lo prefería. Sin embargo, en los últimos meses, con Thea a su lado, con Torj y con el resto del grupo abriéndose paso lentamente por entre las grietas de su armadura… El silencio no hacía más que recordarle sus fracasos. Y había muchos.

«Malik, Talemir, Thea…». Quizá hasta los mismos mediorreinos… Todo el mundo sufría por su culpa. Cuando el silencio resultó demasiado ensordecedor, se transportó al pasado para revivir todos los momentos en los que había fallado a quienes más quería. Malik estampándose contra las rocas en Islaton, garras perforándole la carne a Talemir e intentando arrancarle el corazón, como le ocurrió a Thea en el bosque Sangriento…

—¡Parad!

La voz urgente de Wren lo arrancó de la espiral de recuerdos, y Wilder casi suspiró aliviado. La alquimista daba brincos en la silla de montar sin un ápice de la elegancia de su hermana.

—¿Qué pasa? —exclamó Thea. Con el ceño fruncido, detuvo a su caballo junto al otro.

—Si necesita aliviarse, ¿por qué no le damos un poco de intimidad? —propuso Wilder empezando a alejarse.

—No necesito aliviarme —le soltó Wren. Se puso de rodillas entre los matojos, hurgó en su zurrón y extrajo un cuchillo.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Torj. El guerrero detuvo a su caballo al lado de la alquimista, que estaba cortando algo en los arbustos, con las mejillas rojas por el esfuerzo.

—Si me dais un minuto, os lo cuento. —Wren le lanzó una mirada de arrogancia.

—No podemos permitirnos un retraso… —comenzó a decir Wilder, pero Thea lo cortó.

—En algún punto del trayecto le daremos las gracias —murmuró viendo trabajar a su hermana.

Los cuatro hombres y Thea esperaron hasta que, al fin, Wren se puso en pie, se sacudió el polvo y los miró con ojos brillantes y apasionados.

—¿Sabéis lo difícil que resulta encontrarlas? —dijo levantando un puñado de malas hierbas horrendas para que los demás las vieran.

—Espero que no pretendas que nos las comamos. —Kipp arrugó la nariz.

—No todo es para comer, idiota. —Thea negó con la cabeza.

—Y sobre todo esto —se rio Wren—. A no ser que quieras explotar en un millón de pedacitos…

—¿Qué es? —A Wilder le dio un vuelco el estómago.

—Eléboro amargo —anunció Wren—. Si se usa correctamente, son flósculos explosivos que pueden usarse…

—En una batalla. —Kipp terminó la frase por ella, ansioso de pronto—. He leído cosas sobre esa planta. Por lo visto, la utilizaron en otro reino para matar a todo un grupo de personas o de cirenas…, ahora no me acuerdo.

—Exacto. —Wren envolvió con cuidado los flósculos con un pedazo de tela y se los guardó en el zurrón—. A lo mejor nos resultan útiles en el futuro. —Le lanzó a Wilder una mirada incisiva.

—Perdona. —El espadachín levantó las manos a modo de rendición.

Todo el mundo se quedó mirándolo boquiabierto. Wilder intentó no pensar en lo que significaba.

El grupo siguió recorriendo los valles de Tver. Wren fue pidiendo que se detuvieran de vez en cuando al divisar algo útil entre el follaje que los rodeaba. Era una maestra alquimista, no cabía ninguna duda. Blandía las tijeras de podar y los guantes con la misma confianza y precisión con la que Thea y él blandían las espadas. A lo largo del trayecto, Wren no solo recogió eléboro

amargo, sino también cola de draco silvestre y bojes plateados, un peligroso surtido de plantas.

—Tengo entendido que la cola de draco silvestre se puede usar para… pasarlo bien —se arriesgó a comentar Cal cuando subieron otra cresta a galope.

Wren y Thea se miraron y rompieron a reír.

—Pues no te cortes, Cal… Wren, dale una hoja —dijo Thea negando con la cabeza hacia su hermana. Era evidente que estaban disfrutando de una broma privada.

—Solo lo comentaba —respondió Cal a la defensiva.

—A mí no me parece que un trayecto con destino a una batalla sea el momento ideal para experimentar con plantas que te hacen pensar que el cielo se está derritiendo —le dijo Wilder.

—¿Qué?

—Esa planta te provoca unas alucinaciones intensas —terció Torj asintiendo con la cabeza.

—Ay, lo que pagaría por ver a unos cuantos espadachines drogados con colas de draco —masculló Thea para su hermana, lo bastante alto para que Wilder la oyera.

—Malik y Talemir no habrían tenido ningún problema en hacer realidad tu deseo —repuso Wilder—. Pero a lo mejor te habrías arrepentido…

Thea arqueó una ceja y se giró en la silla de montar.

—¿Malik? ¿Y Talemir? —Lo miró con la boca abierta. Había olvidado la rabia que sentía por él en un visto y no visto.

—Eran lo peor. —Wilder se rio.

Torj se mostró de acuerdo con un murmullo.

—A Malik le gustaba pensar que era el espadachín más duro de todos, el Rompeescudos… Pero si le dabas unas cuantas hojas de cola de draco acababa riéndose hasta llorar.

—Y eso no era todo. —Wilder ahogó una carcajada.

Los tres guardianes y la alquimista los contemplaban sin creer lo que veían y oían.

—Eh… Olvidad que os lo hemos contado —masculló Torj.

—Ni de coña, vamos —dijo Kipp con una sonrisa.



Finalmente, llegó la noche, y el grupo se detuvo para acampar en uno de los numerosos valles dorados. Wilder vio con una punzada de remordimiento cómo Thea se iba con Cal a cazar al bosque cercano y dejaba que los demás se ocuparan de los caballos y del fuego.

Wilder se marchó a buscar leños más grandes, pero los pasos firmes de Torj lo siguieron.

—¿Me vas a contar a qué ha venido lo de antes con la criatura? —exigió saber el Asesino de Osos al empezar a cargar ramas entre los brazos.

—No —contestó Wilder con aspereza. Le sorprendía que Torj hubiese tardado tanto en sacar el tema.

—¿Crees que no merezco saber qué cojones está pasando?

—No se trata de si lo mereces o no.

—Con lo mucho que odiabas que Talemir te hiciera lo mismo. —Torj soltó una maldición—. Supongo que no hace falta que te lo recuerde, ¿no?

—No, no hace falta. —Wilder suspiró con fuerza.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué, Torj? —Que me lo cuentes. No es una carga que debas llevar tú solo. Llevo más tiempo que tú siendo espadachín…

—No mucho más —le espetó Wilder.

—El suficiente para saber que un solo hombre no puede llevar el mundo a cuestas.

—No te lo voy a contar, Torj. Ahora no.

—Entonces, ¿cuándo? —protestó su compañero—. Porque un ajuste de cuentas espera nuestra llegada, hermano.

—Ya lo sé —confesó Wilder. Recogió otro leño y lo cargó entre los brazos antes de girarse hacia Torj—. Ya sé qué es lo que nos espera, mejor que la mayoría. Hay algunas cosas del pasado, de la

temporada que pasé en Naarva, que me hacen cuestionarme lo que he visto, que me hacen preguntarme si no me estoy equivocando con todo o si no he hecho más que arañar la superficie de la verdad…

—¿Qué verdad?

—Si me equivoco, algo más que una traición.

—¿Y si no te equivocas?

Wilder respiró hondo y miró hacia el campamento, donde Wren y Kipp habían conseguido encender el fuego, cuyas chispas se elevaban hacia el cielo oscuro.

—Pues que los mediorreinos no volverán a ser los mismos.

—Así que cambiarán. —Torj lo observó fijamente—. A veces los cambios son positivos.

—El tiempo lo dirá.

Torj gruñó al oírlo y señaló con la barbilla a Thea y a Cal, que habían salido del bosque con una cabra atada entre ambos.

—Infiero que ya la has cagado con ella, ¿no? —preguntó con los ojos fijos en Thea.

—Más o menos —masculló Wilder.

—Has tardado poco.

—No me jodas.

—¿Lo vas a arreglar? —Torj resopló.

—Si fuese tan sencillo, ya lo habría hecho.

Un ligero puñetazo le golpeó el bíceps.

—Si fuese tan sencillo, no merecería la pena, hermano.

—Vaya, ¿desde cuándo eres tú un experto?

Pero Torj ya no lo estaba escuchando. Otra cosa le había llamado la atención.

La alquimista que estaba avivando el fuego.

Wilder negó con la cabeza.

—Que las furias se apiaden de todos nosotros.

Comieron y bebieron hasta saciarse, hablando en murmullos alrededor del fuego. Wilder temía el momento en el que la conversación se apagase y llegase la hora de retirarse a sus sacos de dormir. Durante varias noches ya se había quedado dormido rodeando a Thea con los brazos y con el mundo alrededor desvaneciéndose. Sin pesadillas, sin recuerdos, tan solo con Thea y con el consuelo de su respiración regular contra el cuerpo y su cabello haciéndole cosquillas en el cuello.

Sin ella no iba a conciliar el sueño. Lo tenía más claro que el agua.

Aun así, cuando Torj extinguió las llamas más grandes y los demás se tumbaron con bostezos sonoros, Wilder optó de nuevo por separarse un poco más del resto. Escuchó cómo se preparaban para dormir y, al final, él también se estiró en su saco, observando a oscuras la infinidad de estrellas que salpicaban el cielo negro.

Se oyeron pasos por el campamento, y de pronto alguien lanzó sin miramientos un saco de dormir a su lado. Wilder no se atrevió a moverse cuando Thea se tumbó junto a él y se hizo un ovillo contra su cuerpo, apoyando la cabeza entre su hombro y su pecho. Estaba caliente gracias al fuego y olía a fuego, pero el contorno de su cuerpo encajaba a la perfección con el suyo, como siempre.

Cuando ya no pudo seguir soportando el silencio, la miró.

—¿Qué haces?

—Dormir.

—¿Aquí?

—¿Dónde iba a dormir si no? —le preguntó ella.

—Es que… pensaba…

—¿Que estaba enfadada contigo? —Thea enarcó una ceja.

—¿No lo estás? —Wilder se armó de valor.

—Muchísimo.

—Y, aun así…

—Y, aun así, aquí estoy. Creía que a estas alturas sabrías que no es tan fácil librarse de mí, espadachín.

La comisura de sus labios se curvó.

—Es que…

—Sigo molesta —le aseguró, categórica—. Y de una forma o de otra te sonsacaré la verdad, créeme. Pero, por ahora…, ¿por qué iba a perder valiosas horas de sueño?

Wilder no pudo contener la débil risotada de alivio que se le escapó.

—Eso, por qué —musitó.

Se quedaron callados durante unos segundos. En presencia de Thea, Wilder respiraba como si fuese una droga que había ansiado. Todas las fibras de su ser querían subirse a su regazo, follársela sin reparos hasta que los dos olvidasen todo lo que los separaba; no solo los secretos, sino la piedra del destino y el mundo en llamas que los rodeaba.

Pero no se movió. En cualquier campamento había un momento que se prestaba a actos secretos de disipación, pero no era ese.

Al cabo de un rato, Thea se recostó sobre él y los cubrió a ambos con la manta.

—Mi lugar está a tu lado —murmuró.

—No podía estar más de acuerdo.

Wilder la estrechó con fuerza con los brazos y no la soltó ni una vez en toda la noche.

CAPITULO 35

THEA



Se levantaron y se pusieron en marcha antes del alba. Al cabalgar hacia Tver, Thea supo que algo había cambiado en ellos. Si bien nadie lo había comentado, aceleraron el paso, como si, cuanto más cerca estuvieran de Notos, más acuciante fuera la urgencia.

Wilder y Torj apenas hablaron durante la mañana. Aunque Thea sabía que su espadachín tendía a sumirse en un silencio huraño, el Asesino de Osos casi siempre hablaba por los codos, por lo que la inquietaba.

Desde que habían salido de Thezmarr había conseguido convencerse, aferrándose a los momentos más felices, de que no había una guerra al final del camino… Pero claro que la había.

Siempre había sido así.

Una visión de la Hija de la Oscuridad y su ejército pasó ante los ojos de Thea, fieros y rebosantes de poder de ónice, preparados para arrojarlo sobre los mediorreinos en forma de una gran ola…

Algo latió en su interior al recordarlo, como si pretendiera responder a una pregunta que todavía no había reunido el valor de formular.

A medida que cabalgaban a galope tendido por los valles, Thea reparó en la tensión en los hombros de Cal, pues se estaban acercando a su tierra natal. La yegua de su amigo avivó el paso lo más cerca de la vanguardia que le permitiría Wilder, y Cal observó el territorio de sus alrededores con ansia, listo para encontrar algún indicio de su hogar.

Cuando ascendieron una colina, sin embargo, Cal detuvo a su caballo con un jadeo. A los pies del alto, en un valle que parecía estar dormido, había un pueblo.

Y había sido quemado hasta los cimientos.

Su amigo profirió un grito ahogado y se precipitó con su caballo, ignorando los gritos de los espadachines a los que dejó atrás.

Thea no pensó en los peligros que pudiera haber en las cenizas. Se limitó a seguirlo.

Oyó a Wilder llamarla por su nombre, pero no pensaba dejar que Cal se enfrentase a aquello a solas. El ruido de los cascos que sonaba tras ella le confirmó que Kipp tampoco estaba dispuesto a permitirlo. De todos modos, los espadachines montaban sementales tverrenses por una razón, y al cabo de unos segundos Torj y Wilder los adelantaron, dos hilos negros contra la tierra dorada, y pusieron rumbo a los escombros que seguían humeando no muy lejos de allí.

Cuando Thea y los demás los alcanzaron, los dos guerreros ya estaban barriendo la zona, espada en mano. Thea saltó de la yegua, desenvainó su arma e inspeccionó el poblado en ruinas. Por las estructuras quemadas que permanecían en pie, pudo averiguar dónde debía de estar la plaza del pueblo y las tiendas de alrededor.

Cal corrió entre las ruinas humeantes, apartó escombros a patadas y se agarró mechones de pelo con los puños al detenerse en las afueras del pueblo, delante de un montón de piedra oscurecida.

Thea se le acercó sin encontrar palabras de consuelo que

ofrecerle.

Su amigo contemplaba el montón de piedras.

—Era nuestro pozo… —dijo con voz distante—. Estamos… estamos encima de nuestra cabaña.

Thea se miró las botas. Bajo sus pies no había más que cenizas.

—Aquí no hay nadie —anunció Wilder con voz desprovista de emoción—. Tampoco restos mortales.

Cal contempló el pueblo arrasado, moviendo los labios, pero sin emitir ningún sonido.

—Estoy intentando decirte que no había nadie aquí cuando sucedió —le dijo el espadachín, cogiendo con firmeza al guardián de los hombros—. Mírame.

Cal lo miró.

—¿Entiendes lo que te digo? —le preguntó Wilder.

—No estaban aquí… —resumió Cal.

—No. No estaban aquí.

—Se marcharon. —Cal parpadeó, aturdido.

—Huyeron, evacuaron el pueblo… No sé qué hicieron, pero fue antes de lo que ocurrió aquí. Torj está buscando algún rastro.

A Cal se le escapó un sollozo, y cayó de rodillas entre los escombros.

Thea se agachó a su lado y lo rodeó con los brazos.

—No pasa nada, Cal —murmuró. Su amigo se hundió a su lado, encorvó los hombros y bajó la cabeza.

Kipp se arrodilló a su lado y le puso una mano en la espalda para consolarlo.

—Ya los has oído. Tu familia, tus hermanas… No estaban aquí cuando ocurrió esta mierda. Y Torj descubrirá lo que les ha pasado, ¿me oyes?

Cal se apartó de Thea y se secó las lágrimas, con el rostro colorado por la vergüenza al mirar hacia Wilder.

—Lo siento…

—Nunca pidas perdón por preocuparte por tu familia —dijo Wilder tendiéndole una mano.

Cal se la estrechó, agradecido, y se puso en pie.

Thea apartó la vista para darle unos instantes y vio a Torj en los límites ennegrecidos del pueblo, con el ceño fruncido. Cuando lo alcanzó, el espadachín señaló varias líneas profundas de la tierra.

—Evacuaron el pueblo. Por lo visto, con tiempo suficiente para llevarse provisiones. ¿Yes esto de aquí? —Recorrió la marca con la punta de la bota—. Es el rastro de un carro de provisiones. Ahí hay otro. Tuvieron tiempo suficiente para recoger lo que pudieron y huir.

—¿Alguien los puso sobre aviso? —dijo Wilder.

—Eso parece. —Torj asintió.

—¿Hacia dónde se dirigieron?

—Hacia Notos.

—¿Cuánto hace?

—Puede que hace unos días…

—Pero las ruinas todavía humean —terció Cal con todo el cuerpo rígido.

—Las ascuas pueden pasarse días calientes —repuso Torj con amabilidad—. En un sitio como este, solo hace falta un poco de viento para prenderles fuego.

Cal sorbió por la nariz.

—Es decir, que escaparon de un ataque para terminar yendo directos a otro.

Thea ahogó un grito, y le entró humo en la garganta.

El Asesino de Osos tan solo agachó la cabeza.

—Lo siento, Cal…

Su aprendiz asintió y pareció recobrarse de nuevo.

—Razón de más para llegar antes.

A Thea le rompía el corazón verlo así, y no pudo evitar mirar a Wren. Su hermana estaba a unos cuantos metros de ellos, hurgando entre las cenizas, tan triste como se sentía la propia Thea. No podía imaginarse cómo sería que se la arrebatasen. Pero fue Wilder quien comprendió al joven.

—Ya habéis oído al guardián —dijo con voz retumbante—. Sigamos hacia delante.



Mientras cabalgaban, Thea no dejó de lanzar miradas a Cal. El ataque del segador en las ruinas, la tortura que había sufrido en el agua de las cuevas de las montañas negras y la prueba de iniciación no lo habían quebrado, pero aquello…

Su amigo tenía los ojos rojos y el rostro pálido, pero la mandíbula apretada llena de determinación. Kipp galopaba en silencio a su lado, y los dos ocupaban la retaguardia de la comitiva, un tanto rezagados del resto. Thea quería ir con ellos y mostrarle su apoyo, pero también comprendió que Cal estaba intentando no derrumbarse. Sabía que, en momentos duros como aquel, a veces ayudaba más no decir nada y contener las palabras de consuelo para que estas no derramasen el vaso de la emoción. Por eso siguió galopando junto a Wilder. El espadachín estaba a su lado, tan callado y estoico como siempre. La había abrazado durante la noche, como si fuese algo valioso que no podía soltar. Thea no lo entendía. A veces era amable y tierno, y, sin embargo… Había un muro entre ellos que no conseguía derribar por mucho que lo intentaba. Por no hablar de lo que había ocurrido el día anterior con el semiespectro… Había visto a Wilder encogerse cuando Torj y Cal abatieron a la criatura del cielo y cómo al monstruo se le iluminaron los ojos al reconocer al espadachín entre los demás.

«¿Esa criatura está viva?», había preguntado cuando vio por primera vez a uno de esos seres, de vuelta en Thezmarr. Y Wilder la había corregido. «Está vivo. Es un hombre».

Thea jamás lo había visto mostrarse misericorde cuando se trataba de criaturas de la oscuridad. Había visto con sus propios ojos lo que los espectros y segadores les habían hecho a Malik y a Talemir. Sabía lo suficiente para deducir que Wilder se culpaba por su sufrimiento y que nunca permitiría que un espectro siguiese vivo y respirando en su presencia ni en la de nadie. ¿Por qué se había mostrado piadoso con aquellas semicriaturas?

—Oigo tus pensamientos desde aquí —le soltó él con brusquedad.

—No tendría que pensar tanto si simplemente me contaras la verdad —dijo.

—Lo dudo —replicó Wilder con un resoplido. A continuación, se giró en la silla de montar y señaló hacia un estrecho valle del norte —. ¿Ves esa fisura? ¿Ves que los árboles allí son más oscuros?

Thea siguió sus señas hasta divisar una porción del lejano valle que se diferenciaba del resto.

—Sí.

Lo oyó respirar hondo.

—El espadachín inmortal del que te hablé en el viaje hacia Delmira… vive justo ahí.

Thea frunció el ceño con un hormigueo de temor en las entrañas.

—Pensaba que ibas a llevarme hasta él cuando hubiese dominado mi magia. Todavía no lo he conseguido.

—No, no lo has conseguido.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas?

—Para que lo sepas, por si acaso.

—¿Por si acaso qué, Wilder? —Escupió las palabras con un repentino nudo de tensión en el pecho. ¿Qué sabía él que ella desconocía?

Wilder no contestó. Qué terco y sinvergüenza era.

Thea soltó un suspiro de frustración.

—¿Y ese guerrero inmortal no luchará con nosotros? ¿No responderá a la petición de ayuda de Tver?

—Ya no es un espadachín en activo. —Wilder negó con la cabeza —. Solo quedamos tres, ¿recuerdas?

—Por poco tiempo —dijo Thea.

—Sí, por poco tiempo.

—Pero, mientras tanto, ¿no hará nada? ¿No nos va a ayudar?

—No.

—Hizo una promesa… —Negó con la cabeza, incapaz de creerlo.

—Todos hacemos promesas, Thea.

—¿Me estás diciendo que no valen nada? —Le martilleó el corazón—. ¿Que la palabra de un espadachín es voluble? ¿Que tu palabra es voluble?

—No he dicho eso.

Thea entrecerró los ojos al contemplar al guerrero, fiero e impasible sobre la silla de montar. Por todos los dioses, en ningún momento pretendió que le importase tanto, pero así era. Wilder la comprendía y, en algún punto del camino, había llegado a formar parte de ella. Pero había vuelto a guardar las distancias, con la mirada al frente. Le dolía verlo así. ¿Cómo no se daba cuenta de lo que le estaba haciendo a ella, a ambos? Thea prefería pelear y follar que aquello.

Wren se puso a su lado y suspiró frustrada, y Thea sintió las primeras gotas de lluvia que caían.

Pasó la vista del cielo gris a su hermana.

—¿Eres tú?

—Sí —dijo Wren entre dientes.

—Oye, ¿te importa? Preferiría no llegar con pintas de rata ahogada.

—Estaba intentando que cayeran encima del Asesino de Osos.

Thea enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Tan bueno es tu control?

—En Thezmarr lo conseguí.

—¿Y ahora?

—Bueno, tú misma lo has señalado: ahora nos está lloviendo encima a todos, ¿no?

Thea estaba segura de haber oído una risa detrás de ellas, pero no se atrevió a mirar para no enfadar más a su hermana.

—¿Todos los espadachines son igual de irritantes? —siseó Wren.

—Sí —contestó Thea sin vacilar.

Su respuesta provocó otra carcajada en Torj.

Wren lo ignoró.

—¿Sabes una cosa? Si te quitaras la piedra del destino, a lo mejor podrías alejar la lluvia.

—Buen intento —contestó Thea—. Ya te dije que no puedo.

—No quieres. Es diferente.

—Semántica, hermana.

Pero a Wren se le escapó un jadeo de asombro al observar detrás de Thea.

—Mira…

Thea se giró hacia el desfiladero.

Allí pastaban unos cien purasangres tverrenses.

Thea se quedó sin aire. Con la cabeza gacha sobre la hierba, el pelaje de los caballos resplandecía bajo el sol y se movía sobre los músculos esbeltos, con crines largas ondeando al viento. Algunos de ellos levantaron la vista hacia el grupo que se había detenido en lo alto de la cresta, alargando el cuello y sacudiendola cola. Pero no echaron a correr, tan solo se quedaron contemplándolos.

Thea jamás había visto nada más majestuoso.

Los dos sementales de los espadachines relincharon suavemente al reconocer a los de su misma raza.

Wilder se situó de nuevo junto a Thea.

—Cuando superes el Gran Rito, vendrás aquí de inmediato —le dijo en voz baja.

«Cuando superes». No «si superas».

—Vendrás directa a apoderarte de tu semental. Los caballos percibirán el Rito en ti. Sentirán la llamada de las furias. No lo olvides.

Thea sostuvo la mirada de esos impactantes ojos grises.

—No lo olvidaré.

Cuanto más avanzaban tierra adentro, más cautivaba a Thea el reino de Tver. En aquel paisaje había una belleza irregular que no se parecía a nada que hubiese presenciado antes. Mientras que Thezmarr era todo líneas duras y frías, Harenth era verde y cuidado,

y Delmira estaba formado por tierra quemada y ruinas, Tver… Las montañas de Tver eran alfombras de oro y salvia, surcadas por extensos valles y hondonadas de ricas texturas. Los ríos eran de un azul cristalino, cubiertos de espuma blanca al atravesar los cañones. Era un paisaje espectacular incluso al recorrerlo a todo galope.

Un día que parecía de otra vida Wilder le había dicho que procedía de un pueblo portuario situado entre Tver y Aveum, y, mientras se empapaba del encanto rústico de la tierra, Thea se dio cuenta de que encajaba con el espadachín.

—Ya falta poco —anunció Torj señalando hacia el horizonte.

Ubicado entre las colinas doradas, se alzaba un castillo de piedra amarillenta. Era Notos, la capital de Tver. La ciudadela estaba rodeada de pueblos y de tierras de labranza, y, que Thea viese, no había riesgo alguno de la inminente devastación que habían esperado encontrar allí. Ni una sola sombra en el cielo, ni un amago de oscuridad por ninguna parte.

Tan solo la caricia de la brisa en un día sin viento.

Thea ojeó los alrededores, de pronto nerviosa y con una mano en la empuñadura de la espada.

Respiró hondo, y el olor acre a pelo quemado le llenó las fosas nasales.

Un grito ensordecedor y unificado llenó el aire.

Y un enjambre de espectros sombríos descendió del cielo.

CAPÍTULO 36

WILDER



Se vieron rodeados por un montón de alas membranosas.

A Wilder el corazón le amenazaba con explotarle en el pecho. A punto de ahogarse con el penetrante olor a pelo quemado, desenfundó las espadas y oyó a los demás hacer lo propio a medida que se acercaban los espectros.

Había demasiados monstruos. Por lo menos una docena, y ellos eran seis.

Wren no sabía pelear. Y dos de los tres guardianes no tenían armas de acero naarviano.

Wilder miró a Torj, que blandía el martillo de guerra en una mano y una espada en la otra. El grupo retrocedió para alejarse de los espectros hasta formar un círculo en el centro de la zona de ataque.

Wren soltó un grito de miedo. Wilder se dio cuenta de que era la única del grupo que todavía no había visto a ningún espectro, pero no había tiempo para compadecerse de ella. Thea se colocó a su lado, con su propia espada dispuesta a atacar y con la daga de acero naarviano de Malik en la otra mano.

Wilder movió ligeramente su semental para ponerse delante del

suyo.

Las criaturas que se dirigían hacia ellos sisearon. Les manaban sombras negras de los cuerpos alargados y fibrosos, así como también de las garras brutales que les remataban la punta de los dedos. No había nada medio humano en esos monstruos. Eran auténticos sirvientes de la oscuridad, el mal reencarnado y decidido a esparcir veneno por el mundo.

—Debemos ir hacia el bosque —murmuró Wilder entre dientes, rezando a las furias por que Thea pudiese oírlo—. A toda prisa. Nos seguirán, pero podremos aprovechar la densidad del bosque para contrarrestarlas.

Oyó a Thea girarse en la silla de montar.

—Di cuándo.

Wilder flexionó los dedos alrededor de la empuñadura de sus espadas.

—Cuándo.

Lideró la carga entre el círculo de espectros, girando las espadas y rebanando para abrir camino a los demás. Torj lo seguía de cerca; con gritos de furia y de rabia, la formación de los espectros se rompió, lo suficiente para que Thea guiase a Wren, Cal y Kipp por la abertura directos hacia el bosque.

La magia sombría azotó a Wilder, pero él bloqueó los latigazos con las enormes espadas y consiguió cortar el cuello de un espectro y cortarle la mano a otro. La oscuridad se arremolinó para curarles las heridas.

—¡Hacia el bosque! —le gritó a Torj.

Los dos espadachines se precipitaron a todo galope. Los cascos de los sementales golpeaban la tierra como si fueran truenos al intentar dejar la mayor distancia posible entre los monstruos y ellos.

Unas espirales de oscuridad se alargaron como serpientes, pero Wilder las cercenó como había hecho con la mano de la criatura, permitiendo que el bosque se cerrara alrededor de Torj y de él. Thea y los demás no andaban demasiado lejos.

—Utilizaremos la estrechez del bosque en su contra —anunció

Wilder cuando los alcanzaron todos, y miró a Thea en busca de alguna herida. Parecía ilesa. Por el momento. Wilder adoptó el frío y tranquilo papel de comandante—. Soltad a los caballos. Acabarían heridos. Cal, utiliza tu arco para inmovilizar a los espectros con flechas como puedas para que Torj y yo los matemos con el acero naarviano. Kipp, tú serás nuestros ojos desde arriba. Nos cubrirás las espaldas en todo momento, ¿queda claro?

—Sí, señor. —Kipp ya se estaba dirigiendo hacia uno de los árboles para buscar la mejor posición.

Todos desmontaron y enviaron a sus caballos a las profundidades del bosque. Wilder se percató de las dudas de Bollito, pero le dio una palmada en la grupa y lo mandó con el resto antes de girarse hacia el grupo.

—Wren, tú escóndete —le indicó—. Nada de magia, ¿entendido?

—Pero…

—Así solo los atraerías —intervino Thea—. Tienes que hacerle caso.

Wilder asintió.

—Dime.

—Tú sé mi sombra y arráncales el corazón a mi paso con la daga. ¿Queda claro?

Thea se dio una palmada en el arma con un fiero brillo en los ojos.

—Clarísimo.

El ruido de una colisión en los árboles cercanos informó a Wilder de que los espectros casi los habían alcanzado.

—¡A vuestros puestos! —vociferó.

Hubo una oleada de movimientos, y al poco los espectros estaban de nuevo ante ellos.

Wilder encontró el lugar profundo y oscuro en su interior donde no conocía el miedo, donde el instinto se encargaba de cada movimiento, donde se transformaba en la Mano de la Muerte. Cuando los monstruos avanzaron, él también lo hizo.

Se acercó a las criaturas de la vanguardia y les cortó tendones

detrás de las piernas y el cuello para que Cal pudiera inmovilizarlos con las flechas y Thea fuese capaz de arrancarles el negro corazón de aquellos tórax tan grotescos. Oyó los aullidos de los monstruos y sintió una punzada de dolor cuando las sombras lo azotaron, pero no se detuvo.

Wilder y sus espadas eran un solo ser.

Se abalanzó de un espectro a otro, sumido en el ritmo de muerte y caos. Tal vez no comprendiera el mundo que lo rodeaba, tal vez no comprendiera cómo procesar toda la rabia que anidaba en su interior, pero aquello lo comprendía a la perfección.

La sangre negra manaba hasta manchar el suelo del bosque.

La ráfaga de una flecha le acarició la mejilla.

Aun así, Wilder no se detuvo. Y no miró atrás.

Prendió fuego a sus espadas y así se enfrentó a la oscuridad, sin que le preocupase la posibilidad de incendiar todo aquel maldito bosque.

—¡Hawthorne, a tu izquierda! —sonó la voz de Kipp desde las alturas.

Wilder se movió sin vacilar y atravesó con la espada izquierda el cuello de un espectro con tanta fuerza que el arma sobresalió por el otro lado. La sangre ardiente le salpicó en la cara y en el pecho, y escupió al suelo el pútrido sabor.

Detrás de él, oía el ruido brutal que hacía Thea al rebanar carne, huesos y tendones para arrancar corazones de las cavidades del pecho.

—¡A tu izquierda otra vez, Hawthorne!

Con las dos armas bloqueó una inminente cuchillada de garras ensangrentadas y luego decapitó al espectro con un corte doble en el cuello. Los nublados ojos azules de la criatura se abrieron mucho, sorprendidos, antes de que la cabeza se despegara del cuerpo. La oscuridad lo envolvió y el inicio de una nueva cabeza comenzó a cobrar forma; era una imagen sumamente repugnante, y daba igual cuántas veces la hubiera presenciado.

Del monstruo manaban sombras, que regeneraban su cuerpo

donde era necesario, hasta que Thea se abalanzó sobre él para mutilarlo.

Wilder no la miró. No podía, o de lo contrario perdería la concentración. Debía enfocarse en la batalla contra aquellos putos monstruos.

Cerca de él oyó el espantoso ruido húmedo que hizo el martillo de Torj al hacer papilla a una criatura…

De pronto, se oyó un grito.

Un grito humano.

Era Wren.

Wilder se giró a tiempo para ver a Kipp saltar de un árbol para abalanzarse sobre la espalda de un espectro. El monstruo rodeaba el cuello de Wren con las garras. La joven alquimista agitaba las manos para intentar liberarse, pateando sin parar…

Wilder se preparó para lanzar la espada, pero la lanza de Torj cruzó el aire y atravesó al espectro de la nuca a la cara. La punta estuvo a punto de clavársele a Wren en la nariz.

El espectro, Wren y Kipp se desplomaron a la vez. El guardián se levantó enseguida para ayudarla. Wren ya se había puesto en pie, casi sin aliento, con el bonito rostro manchado de sangre negra.

Pero unos hilos de poder de ónice surgieron del cuerpo inerte del espectro y rodearon a Wren y a Kipp como si fueran malvadas serpientes. Tanto la alquimista como el guardián abrieron muchísimo los ojos al jadear en busca de aire, mientras la oscuridad los fustigaba.

—¡Wren! —El pánico de Thea fue un cuchillo que se le clavó a él en el corazón.

Wilder ya corría hacia allí, pero la mano de Wren se liberó del agarre de la magia, un solitario destello de piel clara en medio de una masa negra ondulante.

Sonó un trueno.

Wilder sintió cómo el corazón se le constreñía dolorosamente.

—¡Wren, no! —gritó Thea.

Pero Wren ya no podía escucharla.

La segunda heredera desaparecida de Delmira llamó a las tormentas para que cayeran sobre los monstruos.

Un relámpago golpeó el suelo del bosque con un fulgurante resplandor blanco. Wilder sintió la vibración en los huesos. Peinó el bosque en busca de Torj, que aporreaba a un espectro en el suelo con el martillo, mientras otro se dirigía hacia él.

Ya había más de doce monstruos en la refriega. Wilder no sabía si la magia de Wren los había atraído o si las criaturas habían esperado el momento adecuado.

No importaba.

Lo que importaba era que debían poner fin a aquello.

—¡Thea! —chilló Wilder—. Te necesitamos.

Thea saltó para colocarse entre los árboles y los espectros, y ondeó la daga con gesto amenazador al acercarse al monstruo que recibía los golpes fulminantes de Torj. El espadachín se apartó para encargarse de otro y que ella le arrancase el corazón.

Wilder maldijo cuando un latigazo de poder oscuro le golpeó la manga y prendió fuego a su piel por el dolor. Lo ignoró y se dispuso a enfrentarse a otro par de espectros, más grandes que el resto. No eran segadores, pero sin duda eran los líderes. Sisearon y lo rodearon como si fuera su presa.

Era cualquier cosa menos una presa.

Wilder se abalanzó sobre ellos. Sus espadas eran un borrón plateado al desgarrar y atravesar la carne dura y curtida de las criaturas.

Más rayos iluminaron todo el bosque, y los espectros chillaron al unísono, como si celebraran el poder que latía a su alrededor.

Wren gritó, pero Wilder no la veía.

Dirigió su mirada a Thea, que estaba detrás de un espectro enorme, en cuyo pecho había hundido la daga, lejos de su alcance. El monstruo la apartó con un manotazo como si no fuera más que una muñeca de trapo.

Un grito se le atascó a Wilder en la garganta al precipitarse hacia ella cuando se estampó contra un árbol. Sin embargo, Thea

enseguida se levantó y desvió la atención del monstruo que seguía con su daga en el pecho al lugar de donde había procedido el grito de su hermana.

Ni siquiera se fijó en que Wilder se dirigía hacia ella. Estaba totalmente concentrada detrás de una hilera de árboles, apretando la mandíbula y llevándose una mano a la piedra del destino. Se la arrancó del cuello y la lanzó al suelo.

—Ni lo pienses —gruñó. Cuando echó a correr hacia su hermana, en la punta de los dedos le danzaban relámpagos.

—¡Thea! —rugió Wilder.

Toda la calma asesina se había evaporado, y en su lugar tan solo había puro terror. El mismo terror que había sentido al ver al segador despedazarle el pecho a Thea con las garras. Saltó hacia el espectro que había empujado a esta y lo sujetó por la daga que le sobresalía del esternón. Su propio peso le desgarró carne y huesos al arrancarle el acero naarviano del cuerpo, y acto seguido le propinó un par de cuchilladas entrecruzadas que le rasgó la piel y dejó el corazón expuesto.

Wilder no dudó y se lo arrancó.

Y en ese momento un trueno sacudió todo el bosque.

Wilder corrió hacia Thea.

—¡Thea, para! —gritó—. ¡Estás siendo un faro que los atrae, joder!

Pero vio por qué su aprendiz había actuado.

Tanto Wren como Kipp estaban flotando en el aire, rodeados por una masa ondulante de poder de obsidiana. El relámpago de Wren se estaba apagando, como si la oscuridad lo estuviese extinguiendo.

Horrorizado, Wilder presenció cómo Thea se abalanzaba al combate provocando relámpagos en el cielo, que se había abierto, y descargó un aguacero sobre todos ellos.

Unos latigazos de magia sombría fueron a por ella, y Thea les arrojó el rayo con todas sus fuerzas. Lo único que pudo hacer Wilder fue seguir peleando contra los espectros que aparecían en el bosque a su alrededor, con Torj tras él y Cal disparando sus menguantes

provisiones de flechas hacia las alas y las extremidades de los monstruos para permitir a los legendarios guerreros que los asesinaran.

Con toda su fuerza y agilidad, Wilder los cercenó, les arrancó el corazón del pecho y peleó para llegar hasta Thea, que empuñaba rayos en los temblorosos dedos, con una tormenta en los ojos idéntica a la que los rodeaba.

El ataque que había invocado no se parecía a nada que hubiera visto antes. Numerosos relámpagos cayeron sobre la tierra, reduciendo a cenizas los árboles y los espectros sin distinción, sin necesidad de utilizar acero naarviano. El viento azotaba el bosque, arrancaba corteza y hojas a los árboles y golpeaba las sombras que los fustigaban.

El suelo tembló.

Varios rayos de luz cegadora alcanzaron el bosque.

Wilder levantó una mano para taparse los ojos ante aquel poder tan brutal.

De pronto, se hizo un breve silencio en la tormenta, y Wilder parpadeó hasta dejar de ver puntos brillantes. Bajó el brazo y contempló la destrucción que se extendía ante ellos.

Donde antes estaban los espectros más grandes, tan solo quedaban unos corazones chamuscados en la tierra. Wilder soltó un suspiro, incapaz de creer lo que estaba presenciando.

Thea les había quemado el corazón con sus relámpagos.

Los espectros que quedaban batieron las alas y atravesaron las cumbres de los árboles, dejando una lluvia de hojas.

Wren y Kipp fueron liberados. Estaban a gatas en el suelo, con arcadas y la frente cubierta de sudor, ojerosos y pálidos.

Thea se encontraba en el centro, jadeando, todavía con relámpagos adornándole los dedos.

No lo oyó cuando la llamó.

Wilder se le acercó tambaleándose, arrojó las espadas ensangrentadas sobre las hojas del suelo y le sujetó los brazos con suavidad.

—Thea…

La tormenta que hervía en sus ojos amainó al clavarlos en los suyos, como si lo estuviese viendo por primera vez. Soltó una exhalación irregular y su magia se desvaneció.

—Aquí estás —murmuró Wilder.

Aturdida aún, Thea lo miró de arriba abajo y vio la sangre y la suciedad que lo cubría antes de buscar a los demás. Wilder la observó examinar a Wren, a Kipp, a Cal y a Torj uno a uno, indudablemente en busca de heridas, en busca de pruebas de que les había fallado.

Wilder le permitió que comprobase que todos estaban bien, sanos y salvos. Se giró hacia Torj al acercarse con Cal, los dos tan sucios y agotados como él, pero por lo demás ilesos.

—Debemos ir a buscar a los caballos —dijo Wilder con una voz grave que no dejaba margen alguno para discutir—. Nosotros iremos por ahí.

Sin mediar más palabra, cogió la mano de Thea y la arrastró hacia los árboles, lejos de los demás, con un nudo más tenso en el pecho con cada paso que daba. Todo el miedo que había suprimido durante la batalla afloraba a la superficie.

Thea lo siguió sin protestar, y los dos avanzaron entre los árboles. Wilder los guio hacia las profundidades del bosque, hasta que oyó el ruido de un arroyo y luego el rugido de una cascada. A su lado había un manantial, con vapor elevándose del agua cristalina.

Los caballos desaparecidos eran lo último que le ocupaba la mente.

Cuando estuvo seguro de que estaban a solas, se giró para mirarla a los ojos. Las compuertas que habían mantenido todo a raya se abrieron de pronto, y comenzó a gritar.

—¿Cómo has podido ser tan insensata y tan estúpida? ¿Cómo has podido dar tan poco valor a tu propia vida, Thea? —Le dolía el corazón a medida que pronunciaba esas palabras e intentaba que le entrase aire en los pulmones.

Thea pestañeó, extrañada, y eso no hizo sino avivar el fuego de

terror que ardía dentro del espadachín.

—Te he dicho que la piedra del destino no te vuelve invencible. Te he dicho que no te abalances sobre el peligro sin pensarlo. Te he dicho que hay destinos muchísimo peores que la puta muerte. —Repitió todo lo que ya le había comentado, en parte como reprimenda y en parte como súplica. Mientras tanto, la fractura que le surcaba el pecho se fue profundizando.

Thea lo observó, temblando bajo sus manos.

Wilder no apartó los ojos de los de ella. A él también le temblaba mucho el cuerpo.

—Me importa una mierda que seas una escudera, una guardiana, una puñetera portadora de tormentas o una espadachina. No puedes seguir actuando de esta manera. No te lo voy a permitir.

—¿No me lo vas a permitir? —Las primeras palabras que le dirigía eran afiladas como un cuchillo—. ¿Que no me lo vas a permitir?

La tormenta que se arremolinaba en sus ojos regresó y se precipitó sobre él. Pero Wilder no había terminado. No había dejado que la oscuridad se la llevase en el bosque Sangriento y tampoco iba a dejar que su propia oscuridad la consumiera en esos instantes.

—No —gruñó—. No te lo voy a permitir.

Thea dio un paso hacia él para reducir el poco espacio que los separaba y lo miró soltando chispas por los ojos.

—¿Por qué no? —masculló.

Wilder no pudo soportar el incendio en su interior ni un segundo más, no pudo soportar la tensión que le constreñía el corazón y el alma ni un segundo más.

—Porque te quiero, joder —exclamó.

El tiempo se ralentizó hasta detenerse por completo.

«Porque te quiero, joder».

Aquellas bruscas palabras flotaban entre ambos y estrujaron el corazón de Thea con un puño implacable.

Era la única verdad que necesitaba oír.

—¿Me… quieres? —murmuró, con el pecho desgarrándose.

Wilder la miró, cubierto todavía de sangre y de suciedad, con

ojos grises inquebrantables.

—Ya sabes que sí. —Con cuidado, posó la palma de una mano sobre el pecho de ella—. Lo sientes aquí.

Y era cierto.

Thea lo notaba en el corazón y en los huesos.

Y el modo en el que la observaba… Todo lo que sentía Wilder fulguraba en sus ojos, pero no había expectativas, no había ningún peso abrumándola tras haber oído aquellas palabras pronunciadas por él.

Tan solo verdad. Tan solo amor.

Thea le sujetó la tela de la camisa con el puño.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque quiero igual que lucho. Con fuerza, con todo lo que tengo. Y me daba miedo perderlo todo. Me daba miedo perderte a ti.

CAPITULO 37

THEA



El tiempo se ralentizó hasta detenerse por completo.

«Porque te quiero, joder».

Aquellas bruscas palabras flotaban entre ambos y estrujaron el corazón de Thea con un puño implacable.

Era la única verdad que necesitaba oír.

—¿Me… quieres? —murmuró, con el pecho desgarrándose.

Wilder la miró, cubierto todavía de sangre y de suciedad, con ojos grises inquebrantables.

—Ya sabes que sí. —Con cuidado, posó la palma de una mano sobre el pecho de ella—. Lo sientes aquí.

Y era cierto.

Thea lo notaba en el corazón y en los huesos.

Y el modo en el que la observaba… Todo lo que sentía Wilder fulguraba en sus ojos, pero no había expectativas, no había ningún peso abrumándola tras haber oído aquellas palabras pronunciadas

por él.

Tan solo verdad. Tan solo amor.

Thea le sujetó la tela de la camisa con el puño.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque quiero igual que lucho. Con fuerza, con todo lo que tengo. Y me daba miedo perderlo todo. Me daba miedo perderte a ti.

—¿Y ahora?

Wilder estaba inmóvil como una piedra ante ella, como si no pudiera creerse que Thea siguiese ahí y que estuvieran manteniendo aquella conversación.

—¿Ahora? —jadeó. Le rodeó una mano con la suya y se la llevó al pecho para que sintiera cómo le martilleaba el corazón—. Me da pavor.

—¿Eso es lo que significa quererme? —le preguntó Thea con voz ronca—. ¿Algo que te da pavor?

—Creo que eso es lo que significa querer en general —dijo, y le rozó los labios con un levísimo beso—. Pero es más que eso, Thea. Quererte… es ser libre.

Wilder se apoderó de su boca con un beso tierno y exhaustivo que le provocó una oleada de deseo por todo el cuerpo. Pero había algo más, algo debajo del anhelo que se había instalado en las profundidades de su pecho.

Thea se apartó y se secó las lágrimas que le escocían en los ojos.

—Ojalá nos hubiéramos conocido cuando éramos más jóvenes para que hubiésemos tenido más tiempo para estar juntos.

Wilder sonrió al acariciarle la línea de la mandíbula con el pulgar y pareció verle directamente el alma.

—Cuando era más joven, no sabía qué era mirar a una mujer y querer ponerme de rodillas delante de ella —le dijo—. Cuando era más joven, no sabía que una mujer podía hacerme sentir poderoso y desvalido al mismo tiempo. Cuando era más joven, no sabía que una mujer podía traerme de vuelta de la oscuridad.

—¿Una mujer puede hacer todo eso? —Thea suspiró, temblorosa.

—Cualquier mujer no. Solo una. Siempre ha habido solo una.

Wilder la besó, esta vez con más fervor. Le bajó las manos por la espalda y le sujetó el trasero para subírsela encima, mientras ella separaba las piernas y lo rodeaba. Su espadachín la llevó hasta el cercano manantial. No dejó de besarla, ni siquiera cuando entró en el estanque, totalmente vestido.

El agua caliente los envolvió, y ni siquiera entonces se separaron.

Thea no se hartaba de él, no podía besarlo ni aspirar su aroma lo suficientemente rápido. Se debatía entre las ganas de devorarlo y las de querer saborear aquello tan bonito que había entre ambos, con el cuerpo volviéndose líquido bajo las caricias de él.

Wilder estaba tan duro que la presión de su erección le desbocó el corazón al frotarse contra su cuerpo.

Thea enredó los dedos con su pelo y le pasó las uñas por los músculos de la espalda, donde debajo de la camisa el antiguo idioma de las furias rezaba con tinta: «Muerte gloriosa, leyenda inmortal». Era una promesa, un lema con el que vivir.

Thea respondió a cada gesto de su lengua con otros propios, gimiendo contra sus labios.

Wilder los bajó al agua y debajo de la superficie encontró una repisa de piedra. El calor del manantial los engulló, y la ropa sucia de ambos ondeó antes de que Wilder le cogiera el dobladillo de la camisa y se la quitara por la cabeza para lanzarla sobre las rocas que estaban detrás. Luego hizo lo mismo con la suya.

—¿No nos las podríamos haber quitado antes de entrar? —bromeó Thea.

Pero los ojos de Wilder se oscurecieron al verle los pezones duros marcándose en la cinta que le rodeaba el pecho.

—Había que lavar la ropa de todos modos —dijo con aspereza, y le arrancó la cinta.

El aire frío le acarició los senos y los pezones ya doloridos, y Wilder gruñó antes de bajar la cabeza y morder la suave carne de un pecho antes de apresar uno con los dientes.

Thea gritó y frotó la entrepierna contra su miembro por encima de las capas de tela que los separaban. De pronto, Wilder se levantó

del agua, sin soltarla, y se bajó los pantalones, sujetándola como si no pesara nada.

La erección dura como el granito se liberó.

—Quítate los pantalones —le dijo dejándola sentada al fin para que pudiese desnudarse del todo. No tuvo que pedírselo dos veces, pero no apartó los ojos de los de él al despojarse de las últimas capas, y Wilder la imitó.

Cuando se irguió desnudo ante ella, con el agua rodeándole los muslos, Thea lo contempló con la respiración acelerada.

Parecía un dios de la guerra, manchado todavía de sangre y de tierra, con los músculos resplandeciendo mojados, y se le acercó de nuevo.

Thea se mordió el labio y vio cómo la dureza de Wilder se balanceaba al dirigirse hacia ella. Necesitaba sentirla dentro. Lo necesitaba a él. Era imposible no gravitar hacia el espadachín, hacia esos ojos plateados embargados por el placer, hacia ese cuerpo esculpido que centelleaba gracias al agua.

Con un sobresalto, se acordó de la situación en la que se encontraban. Ante todo lo que estaba ocurriendo, sus propias necesidades se le antojaron minúsculas de repente.

—¿Qué pasa con Tver? ¿Qué pasa con…?

—A la mierda todo. En este momento solo existimos tú y yo, Thea. Y tengo la intención de tomarte aquí y ahora, en este manantial, durante todo el tiempo que pueda.

Le rodeó la cintura con una mano, siguiendo sus curvas hasta la espalda; al mismo tiempo, la otra mano se metió entre sus piernas en dirección a su sexo.

—A la mierda todo —masculló Thea con voz ronca por el deseo.

—Sí —murmuró él, estampando los labios sobre los suyos y jugueteando con su clítoris con los dedos—. Separa un poco las piernas, Thea…

Aquellas palabras le mandaron un rayo de excitación.

Ella obedeció. El agua del manantial formaba ondas alrededor de sus cuerpos desnudos. Un breve grito brotó de su garganta cuando

Wilder le introdujo un dedo. La dura erección se le clavó, y la rodeó con una mano para recorrerla de arriba abajo, tomándose su tiempo.

Wilder gruñó sin dejar de besarla, un ruido que provocó una vibración que la atravesó de la cabeza a los pies, y que originó más calor acumulándose entre sus muslos cuando la comenzó a masturbar. No era suficiente… No era en absoluto suficiente para expresar la tormenta que se gestaba en su interior. Thea le soltó la polla para llevar a Wilder a una zona más profunda del manantial, donde el agua le llegaba por las costillas y había un saliente en el que podía sentarse. Fue lo que hizo, rodeando al espadachín con las piernas y arrimándolo hacia sí misma.

—Te necesito —le dijo sin aliento.

—Me tienes —repuso él con voz desgarradora—. Siempre me has tenido.

Thea alargó un brazo y se situó la punta de la polla junto a su entrada.

—¿Eres mío? —le preguntó.

Wilder se tensó cuando ella se la metió. Tenía los ojos vidriosos no por el deseo, sino por un amor profundo e interminable.

—Más allá de los límites de la razón.

—Entonces yo soy tuya. —Se elevó para estamparse de nuevo contra él, esta vez más fuerte, permitiendo que se adentrara hasta el fondo.

—No te he pedido nada a cambio. —Intentó contener un gemido sin conseguirlo cuando Thea se sacudió nuevamente.

—No, no me has pedido nada. —Thea asintió—. Pero soy tuya de todos modos…

Wilder tragó saliva y se quedó paralizado.

—¿Qué me quieres decir, Thea?

La emoción amenazaba con superarla, con ahogar las palabras que llevaba semanas queriendo decir, las palabras que había querido contestarle en cuanto él se lo había dicho.

—Que yo también te quiero —replicó antes de besarlo con dureza.

A Wilder le tembló todo el cuerpo…, y entonces se desató por completo.

Comenzó a embestirla sin miramientos. Thea gritó con un estallido de calor, con el rostro y el pecho sonrojados.

Wilder se hundió más en ella emitiendo un grave rugido de deseo.

Por todos los dioses, Thea no se cansaría nunca de los sonidos que hacía el espadachín ni de las sensaciones que le provocaba en su interior. No era ninguna mojigata, ya se había acostado con otros hombres, pero jamás había sido así. La fuerza de Wilder la absorbía por completo y el deseo que sentía por él era tan insaciable que el resto del mundo y sus amenazas se desvanecieron.

Tan solo quedaron los dos.

Las mismísimas furias los habían hecho el uno para el otro.

Wilder cerró los dedos alrededor de la base del cráneo para agarrarle un puñado de pelo y acercársela más. Unos breves pinchazos de dolor aparecieron y desaparecieron en el acto.

El espadachín la devoró en todo el sentido de la palabra y el agua del manantial salpicaba mientras follaban. Thea se arqueó, desesperada por recibir más y deleitándose con la perfección con la que encajaban sus cuerpos y con cómo Wilder conseguía anclarla al presente en medio de todo el caos.

—Tócate —le ordenó él mientras se apartaba con los ojos de un gris oscuro por el deseo.

Thea bajó la vista hasta su pecho esculpido, hasta el contorno ondulante de su abdomen y la V que señalaba como una flecha hacia el punto en el que se unían.

Con el corazón martilleándole y una emoción corriéndole por los huesos, Thea bajó una mano. Deslizó los dedos por su cuerpo hasta encontrarse el clítoris, rodeando el punto más sensible. Gimió ante aquellas caricias y ante el rayo de placer que la atravesó.

—Que las furias se apiaden de mí —masculló Wilder con voz gutural al contemplarla—. Nunca he visto nada tan hermoso.

Aquellas palabras la envalentonaron, y Thea se permitió echar

atrás la cabeza sin dejar de masturbarse, pasándose la otra mano por el cuerpo hasta agarrarse el pecho y pellizcarse el pezón con los dedos.

—Joder… —Wilder le quitó la mano izquierda de la cadera y se la puso encima del otro seno para imitar sus movimientos—. Podría correrme viéndote.

El placer y el poder se entrelazaron, y Thea a duras penas pudo soportar la presión que crecía en su interior.

—Pues córrete.

—Sin ti no —gruñó, quitándole los dedos del clítoris y poniendo los suyos, como si no aguantara la idea de no tocarla él—. Sin ti nunca.

Cuando sintió la primera caricia de sus dedos, la visión de Thea se volvió blanca.

No existía nada más que Wilder al ascender por la escalera del placer, cada vez más arriba. Por los dioses, no sabía si iba a sobrevivir a aquello, si iba a sobrevivirlo a él.

Todo el cuerpo le suplicaba estallar, y su propio corazón ansiaba perderse en él. No se contuvo y permitió que sus gritos apasionados retumbaran por el manantial y que le cayeran lágrimas por la cara.

Wilder se detuvo dentro de ella con el semblante más suave.

—¿Estás…?

—Estoy bien —murmuró sobre sus labios—. Mejor que bien. Es que… —Le costó encontrar las palabras que describieran el cambio que había ocurrido en las profundidades de su pecho, así que se puso la mano del guerrero sobre la piel para que el corazón le latiera bajo su palma.

—Ya lo sé. —La miró a los ojos al comprender lo que sucedía.

Thea se recompuso y lo besó.

—No pares.

Wilder se apoderó de su boca y le devolvió el beso, y el oscuro frenesí que siempre habían compartido los embargó una vez más.

Su espadachín irradiaba poder y fuerza al moverse dentro de ella, al acariciarle el clítoris, provocándole interminables espirales de

deseo que la elevaron hasta un orgasmo devastador que hizo que le clavase las uñas y lo marcara al proferir un grito que se acercaba a un sollozo.

—Wilder…

—Thea —jadeó él. En ese instante, él también se corrió. Estalló en su interior con un sonoro gemido carnal que le provocó otro estremecimiento de placer sobre la piel. La cadencia de las embestidas se alteró, y se volvieron más largas y más pausadas, como si estuviera intentando exprimir hasta la última gota del placer de ambos.

Wilder jadeó sobre su cuello y le apoyó la frente, al tiempo que los dos intentaban recomponerse.

—Sabía que serías mi perdición, Althea Zoltaire —murmuró.

—Si esta es tu perdición, no está tan mal, ¿no? —le preguntó. Acercó la boca a la suya para darle un beso tierno y suave.

—No. —Wilder sonrió—. No está tan mal, para nada.

CAPÍTULO 38

WILDER



Escurrieron la ropa lo mejor que pudieron y se vistieron en silencio, sin dejar de lanzarse miradas.

Wilder se quedaba sin aliento al ver a Thea.

Era suya.

Y él era suyo.

Todos los hilos que los separaban se habían tensado, y ya no había modo alguno de deshacer lo que habían hecho ni retractarse de lo que habían dicho.

Se habían apoderado el uno del otro.

Regresaron tal como se habían marchado, cogidos de la mano.

Cuando alcanzaron la zona de la batalla, con corazones negros y cadáveres de espectros esparcidos por todos lados, Torj levantó la vista del árbol caído en el que estaba sentado e inspeccionó la ropa mojada de la pareja.

—¿Os habéis caído en un río?

—Algo parecido. —Wilder no pudo evitar reírse.

Thea le soltó la mano cuando su hermana casi la derribó.

—¡Estás bien!

Wilder vio cómo Thea le devolvía el abrazo a Wren. Estaba contento por las dos, contento de que se tuvieran la una a la otra, de que hubieran dejado atrás las diferencias. Sin embargo, cuando Wren le puso de nuevo a Thea la piedra del destino en el cuello, sintió un nudo de inquietud en la tripa.

Torj se levantó con un gruñido.

—Tenemos un castillo al que llegar, si ya habéis terminado de follar como conejos…

A Wilder le bulló la sangre al recordar lo que le había hecho a Thea en el manantial de agua caliente.

—Por ahora sí —le dijo a su amigo.

—Qué insufribles sois, joder. —El Asesino de Osos negó con la cabeza.

—¿Nos vamos de una vez? —preguntó Kipp saliendo de entre los matojos. Cal le pisaba los talones con los caballos—. No aguanto ver tanta porquería. —Con la bota le dio un golpecito al cadáver de un espectro para enfatizar.

—Si por fin habéis encontrado a los caballos, nos vamos de una vez, sí —repuso Torj.

—Intenta encontrar a seis caballos que han salido huyendo de la escena de una masacre de espectros —masculló Kipp.

Torj silbó, y su semental trotó hasta adelantar a los dos guardianes. Wilder hizo lo mismo, y Bollito emergió de los arbustos y se situó a su lado.

—Putos espadachines… —protestó Kipp negando con la cabeza.

Wilder montó sobre su caballo con facilidad saltando desde el estribo. Ojalá hubiera podido quedarse en el manantial con Thea. Ojalá no existiera nada más en el mundo. No obstante, la oscuridad se cernía en el horizonte, y era su deber ir a su encuentro.

Al cabo de unos instantes, lideró la comitiva para salir del bosque en dirección a Tver.

La piedra dorada del castillo de Notos resplandecía bajo los últimos rayos de sol a medida que el astro amarillo se hundía en el horizonte. El cielo estaba teñido por suaves tonos rosados y lilas, bañando de oro las colinas extensas sobre las cuales se asentaba la gran estructura.

No encontraron resistencia ni vieron ningún indicio de magia sombría, pero Wilder sabía que estaba ahí, esperando.

Cuando alcanzaron las puertas, los guardias de las torres de vigilancia les hicieron señas para que entrasen. Las gruesas puertas de madera se abrieron y les permitieron acceder sin problemas al castillo. El emblema real de un caballo piafante adornaba las banderolas que ondeaban al viento.

Wilder guio a los demás por el perímetro exterior del castillo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visitado la capital de Tver, pero no había cambiado nada. La ciudadela se alzaba robusta y práctica como siempre, sin nada de la fanfarria de Harenth ni de la naturaleza despiadada de Thezmarr.

Cuando llegó ante la escalera del castillo, desmontó y entregó las riendas a un mozo de cuadras. Torj hizo lo mismo, y los dos se movieron con un renovado sentido de la urgencia.

Los dos espadachines guiaron a la comitiva hasta el interior del vestíbulo del castillo, rumbo al salón del rey Leiko. Ahí dentro se estaba caliente, con fuegos encendidos en las chimeneas y caballos tallados en piedra alrededor de cada una. Unos ricos tapices pendían de las paredes con los colores de la familia real Stallard, granate y bronce, mientras que unas sólidas mesas de roble ocupaban el salón a lo ancho y unas vigas de madera surcaban el techo abovedado.

—¿Dónde está el resto de vuestro ejército? —exclamó el rey Leiko desde el trono situado encima de una tarima en un rincón de la estancia. Sus palabras emanaban pánico.

Wilder se dirigió hacia él y se detuvo a los pies de la escalinata, donde inclinó ligeramente la cabeza.

—Nos hemos adelantado a las fuerzas thezmarrenses, excelencia —le anunció—. ¿Nadie más ha respondido a la llamada?

—Antes de ayer llegaron varias unidades de guardianes. —El rey Leiko los miró con ojo crítico—. Están apostados a las afueras de la ciudadela. Supongo que desearéis verlos.

—Enseguida, majestad, si es posible —repuso Torj haciendo también una rápida reverencia.

El rey de Tver alargó el cuello e intentó ver detrás de los cuerpos colosales de los espadachines.

—¿Con quién habéis venido?

Wilder se movió para que el rey Leiko viese quién se encontraba tras él.

—Con nuestros aprendices y con una maestra alquimista en ciernes, señor.

El rey gruñó sin molestarse en ocultar su decepción… hasta que posó los ojos en Thea.

—Tú… —murmuró—. Tú eres la chica que salvó a Artos durante el banquete.

Thea dio un paso adelante con la cabeza en alto antes de hacer una torpe reverencia.

—Sí, majestad. Ahora soy la aprendiz del espadachín Hawthorne.

El rey los observó a los dos con curiosidad antes de asentir hacia Thea.

—Si alguien intenta envenenarme, lanza todos los cuchillos que quieras.

—Por supuesto, majestad.

—Muy bien —dijo con voz ronca mientras se levantaba—. Os llevaremos hasta el campamento de guerra.



Había pasado mucho tiempo desde que Wilder había visto un verdadero campamento de guerra, y le gustó menos aún de lo que recordaba. Montados sobre caballos descansados, el rey Leiko y su guardia los acompañaron hasta las afueras de la ciudadela, donde

habían colocado aproximadamente un centenar de tiendas de campaña, que estaban rodeadas por tierra lodosa y apestaban a caballo y a mierda.

Wilder inspeccionó a los guardianes que pasaban por su lado; todos ellos se llevaban tres dedos al hombro en un gesto de respeto hacia él y hacia Torj. Parecían agotados.

—¿Llegaron antes de ayer?

—Sí —respondió el rey Leiko—. Pero, desde el lugar en el que se apostaron hasta llegar aquí, los monstruos los han atacado varias veces. Ya no hay tantos como antes.

—A nosotros también nos han atacado no muy lejos de aquí. —A Wilder se le endureció el estómago.

—¿Dónde apareció esa horripilante tormenta? —quiso saber el comandante del rey.

Wilder vio de reojo a Thea encogerse.

—Sí —contestó él con calma—. Más de una docena, pero nos hemos enfrentado a ellos. Y hemos matado a unos cuantos.

Por lo visto, el rey Leiko no lo oyó. Estaba con la vista dirigida hacia el norte.

Wilder siguió la mirada del monarca. El campamento de guerra estaba situado al pie de la montaña y se extendía hacia la zona donde el terreno se volvía plano. A lo lejos había algún que otro pueblo. Pero no fue eso lo que llamó la atención del espadachín.

Fue el Velo.

Estaban lo bastante cerca de la costa como para ver sin problemas el Velo, que se cernía sobre el mar. Sin embargo, donde Wilder esperaba encontrar un muro blanco de niebla impenetrable, vio una fisura negra: un agujero del que brotaba la oscuridad.

—Hace varios días aparecieron por ahí —murmuró el rey Leiko, con un tono de clara conmoción.

—¿Cuántos eran? —se interesó Torj.

—No pudimos contarlos, no pudimos diferenciar a unos de los otros. Había una gran cantidad de aquella maldita magia rodeándolos…

—¿Eran solo espectros? —insistió Wilder—. ¿O también segadores?

—Eran todas las pesadillas que te puedas imaginar, espadachín —dijo el rey sin apartar los ojos del Velo rasgado.

A Wilder se le heló la sangre.

—¿Atacaron?

—Eso es lo curioso… Se desvanecieron. En cuanto lo cruzaron, se esfumaron.

—¿Y no habéis visto ningún rastro de ellos?

—Ha habido ataques —le explicó el rey—, pero no a la altura de esa fuerza. Sin embargo… Hay una cosa.

—¿El qué? —exigió saber Wilder antes de acordarse de añadir—: Majestad.

El rey Leiko asintió hacia su comandante, que habló con frialdad.

—Una de las unidades del ejército de su majestad ha desaparecido, espadachín Hawthorne.

—¿Ha desaparecido? —repitió Torj.

—Sí, señor —contestó el comandante con voz seria—. Como si se hubiera evaporado.

—Mierda —masculló Wilder.

—Es una buena manera de resumirlo, señor.

—¿Hemos recibido algún mensaje de Osiris? ¿O de las fuerzas de Aveum? —preguntó, barriendo con la mirada el campamento de guerra antes de volver a girarse hacia el Velo. Era un panorama espantoso. El desgarro era como una herida abierta en el muro, que sangraba sombras negras hacia los mediorreinos.

—La reina Reyna nos ha escrito para decirnos que están en camino —contestó el rey Leiko—. No sabemos nada de Osiris.

Wilder intercambió una mirada de preocupación con Torj. Era impropio de Osiris que no mandase ninguna comunicación, pero, con lo que los dos espadachines habían visto por ahí, a saber a qué habían tenido que enfrentarse él y el resto de las fuerzas thezmarrenses.

Tras peinar los alrededores, Wilder suprimió las ganas de sacar la

petaca. No le cabía ninguna duda de que las fuerzas sombrías estaban ahí, pero todavía no había rastro de ataque inminente.

—¿A qué están esperando? —murmuró.

—No voy a decir que me muera de ganas de averiguarlo —replicó Torj entre dientes.

Wilder gruñó para mostrar que estaba de acuerdo.

—¿Majestad? —La voz de Thea irrumpió en sus pensamientos.

Todos se giraron hacia ella, pero Thea no vaciló ante tantas miradas. De hecho, se mantuvo erguida con una mano en la empuñadura de la daga de Malik, que llevaba en el cinturón.

—¿Han venido refugiados? —preguntó—. En un pueblecito al suroeste de aquí hubo un ataque, y daba la sensación de que la gente tal vez huyó en busca de ayuda…

—Pues la verdad es que sí. —El rey Leiko frunció el ceño—. Han instalado un campamento en el puerto más al norte de Notos. Les hemos proporcionado toda la ayuda que hemos podido, pero nuestros recursos ahora mismo son bastante limitados…

—¿Lo has oído? —Thea le sujetó los hombros a Cal—. ¡Están a salvo!

—¿Los conoces, muchacho? —El rey Leiko se dirigió al guardián.

Cal estaba perplejo. Thea tuvo que darle un empujón para que se acordara de hablar.

—Sí, excelencia… Mi familia es de ahí. Al venir hasta aquí, hemos pasado por las ruinas del pueblo.

—En ese caso, te doy permiso para que vayas a visitarlos. —El rey asintió.

—Gracias, señor. —Cal hizo una reverencia.

El monarca comenzó a alejarse; era obvio que tenía otras cuestiones en mente. Cal se giró hacia Torj, pero el espadachín ya le estaba haciendo señas.

—Vete —le dijo sin más.

Cal salió disparado, dejando a Thea y a Kipp observándolo partir.

—¿Deberíamos…?

Torj negó con la cabeza.

—Dejad que los encuentre él primero.

El rey había iniciado el camino de vuelta al castillo, pero su comandante permaneció junto a ellos.

—Su majestad ha dispuesto que prepararan habitaciones. Sabe que debéis de estar cansados de vuestros viajes. Se os servirá una cena ligera después de que hayáis tenido tiempo de lavaros. —Lanzó una elocuente mirada al aspecto sucio de Torj antes de echar a trotar detrás del rey de Tver.

Torj rio por la nariz y se apartó un poco de tierra del pelo.

—No todos hemos tenido la oportunidad de retozar en las aguas termales.

—Ten cuidado, Asesino de Osos —le advirtió Thea—. Empiezas a resultar un cascarrabias.

A pesar de acarrear el peso de los mediorreinos sobre los hombros, Wilder contuvo una carcajada.

Pero su compañero espadachín suspiró con fuerza.

—Tengo tripas de espectro y barro en lugares que no sabía ni que existían, Thea. Tú también sonarías cascarrabias.

—Encantador —resopló Wren al dirigir a su caballo junto al de su hermana.

Torj le guiñó un ojo. Al sonreír, le brillaba el azul hielo de los iris.

—Me alegro de que lo pienses, alteza.

Wren lo fulminó con la mirada. Wilder no necesitó más para poner rumbo al castillo, donde los esperaba un plato caliente y, quizá, una cama que compartir con Thea.



A Wilder le asignaron una habitación que daba al norte con un balcón y una cama pequeña para su «aprendiz», que él enseguida empujó hacia un rincón de la estancia. Se imaginó, con cierta satisfacción, lo horrorizado que se quedaría el rey Leiko si se enterase de que acababa de ofrecerle algo así a una princesa

delmiriana.

Thea se había marchado para asegurarse de que Wren gozaba de la intimidad que había ansiado desde que había abandonado Thezmarr, aunque Wilder no albergaba grandes esperanzas hacia la pobre alquimista. Había terminado agrupada con Torj y los guardianes, si bien Wilder tenía la impresión de que al Asesino de Osos no le importaba lo más mínimo.

Ya había caído la noche para cuando Thea se reunió con él en sus aposentos, y la sonrisa que le dedicó al mirarlo a los ojos desde la otra punta de la habitación hizo que le fallaran las rodillas. En la vida habría soñado con que alguien lo miraría como ella acababa de hacerlo.

Wilder lo repetiría todo, cada maldito segundo de su existencia, para terminar allí, con Thea.

Su aprendiz se le acercó y le rodeó la cintura con los brazos. Aquel sencillo gesto le formó a él un nudo en la garganta al estrecharla, la respuesta más natural del mundo.

—Hay más tiempo de espera del que me imaginaba —musitó contra su pecho.

—¿En una batalla, te refieres?

Thea asintió.

Wilder le dio un beso en la coronilla.

—Es la mitad de un enfrentamiento —le comentó—. Esperas para luchar, esperas para descubrir si saldrás con vida, esperas para descubrir si morirás…

—Qué felicidad. —Thea ahogó una carcajada.

—A pesar de todo… Por primera vez en mi vida, lo soy. —Wilder tragó saliva—. Soy feliz.

—Me alegro —respondió Thea mirándolo a los ojos—. Te mereces serlo.

Wilder no creyó que tuviera razón, pero daba lo mismo. Había algo oscuro titilando detrás de aquellos ojos tan ansiosos. Le pasó un mechón de pelo detrás de la oreja y le alzó la barbilla.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Todo lo que ya sabes —contestó ella esbozando una triste sonrisa—. La oscuridad viene a por todos nosotros y, cuando llegue…, me da que nada volverá a ser lo mismo.

—Quizá no —convino, y reparó en cada devastadora facción de su bello rostro—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Fóllame hasta que salga el sol, Wilder. Hasta que ya no recuerde que se avecina una guerra, que la magia me recorre las venas, ni siquiera mi propio nombre.

A Wilder le hirvió la sangre al oírla.

—Eso está hecho, princesa.

Sin mediar más palabra, la levantó en brazos y la llevó hasta la cama.

E hizo lo que ella le había pedido.



Cuando los primeros rayos del alba rojo sangre hendieron el horizonte, Wilder se encontraba en el balcón, abrazando a Thea. Los dos juntos se enfundaron sus armaduras y contemplaron los pueblos que se veían más abajo y el Velo rasgado que se alzaba sobre el mar. Wilder sabía que ambos necesitaban palabras de consuelo, que lo que se cernía sobre ellos iba a poner a prueba todas y cada una de las fibras de su ser. Y, por más que emergieran victoriosos, todavía tendrían que hacer frente al destino.

—Háblame de Talemir —le pidió Thea con voz esperanzada—, de él y de su esposa.

Wilder la estrechó con fuerza para recostar su espalda en el pecho y le rodeó el torso con un brazo. La luz del sol le iluminaba los mechones dorados, que caían a modo de cascada en la trenza lateral que se había recogido. No hacía mucho tiempo, la simple mención del nombre de su antiguo mentor le habría provocado una oleada de furia. Al fin…, al fin comprendía que su pasado era así, era complicado. Pero podía responderle.

—Al principio lo enviaron a matarla —le contó a Thea, que giró la cabeza para levantar la vista, sorprendida.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por infringir las leyes de los mediorreinos, como cierta persona a la que conozco… —contestó con una ligera sonrisa.

—¿Qué pasó?

—Que ella terminó robándole el corazón.

—¿Y ya está?

Wilder se rio al recordar cómo Drue había intentado batirse en duelo con el espadachín cuando se conocieron.

—No, y ya está no, pero es lo que acabó sucediendo de todos modos.

—¿Y siguen estando juntos? —Wilder oyó el miedo que subyacía a esa pregunta.

—Sí.

—¿Cómo lo sabes, si en todo este tiempo no lo has visto ni has sabido nada de él?

—Porque… ni siquiera el mismísimo Enovius podría separarlos.

No ignoró que Thea levantó una mano para coger la piedra del destino que llevaba debajo de la camisa y que todo su cuerpo se tensó al respirar hondo.

—Espero que en nuestro caso sea igual.

En ese preciso instante, al espadachín le dolió el corazón, que estaba muy sensible después de todo lo que por fin se había permitido sentir y temer. Le cogió una mano.

—Yo también.

Thea se volvió para mirarlo a los ojos. Wilder se inclinó para besarla…, pero, al hacerlo, los cuernos de Notos comenzaron a sonar por toda la ciudadela.

Había llegado un ejército hasta Tver.

Pero era demasiado pronto para saber si eran aliados o enemigos.

CAPITULO 39

THEA



Aliados. Habían llegado sus aliados, y el salón del rey Leiko estaba repleto de movimiento, un hervidero de actividad cuando llegaron el rey Artos de Harenth y la reina Reyna de Aveum, seguidos de cerca por los comandantes de sus respectivos ejércitos. Wilder había ido corriendo a buscar a Torj, por lo que Thea estaba sola en el fondo de la estancia, viendo cómo la locura se desataba ante ella.

El corazón le dio un vuelco al ver a Osiris. El maestro del gremio había traído consigo a los guardianes de Thezmarr.

Pero Osiris no fue el único rostro conocido.

A Thea se le hinchó el pecho al divisar a Audra, Farissa, Sam e Ida entre la multitud, y luego a alguien que no pasaba desapercibido, ni siquiera en aquel mar de guerreros.

Malik, con Dax sentado alerta a sus pies.

Thea tuvo que contener las ganas de ir hacia ellos, pues el heraldo del rey Leiko estaba haciendo sonar una campana desde el

estrado.

—El rey de Tver desea pronunciar un discurso —exclamó, proyectando con maestría la voz hasta todos los rincones del salón.

El alboroto se calmó tan pronto como el rey Leiko subió a la plataforma con rostro serio.

—Gente de los mediorreinos —comenzó—. Aveum nos trae información de lo que se avecina. Los exploradores de la reina Reyna nos advierten de que las fuerzas enemigas se están preparando para dirigirse hacia Notos. Llegarán esta misma noche y utilizarán la protección de la oscuridad a su favor… —Respiró hondo—. Debemos estar preparados. Gobernantes, espadachines, comandantes y maestros: ¿sois tan amables de acompañarme a la sala de guerra?

El heraldo ya los estaba guiando hacia una puerta que los sacaría del salón. Thea vio cómo Wilder desaparecía junto al resto, con una extraña punzada en el pecho.

—Los demás esperaréis instrucciones para los preparativos del asalto —les comunicó el rey Leiko antes de seguir a sus compañeros gobernantes.

Thea se acercó de inmediato a Kipp y a Wren, recostados en la pared, que observaban el gentío.

—¿Dónde está Cal? —preguntó alargando el cuello.

—Intentando convencer a su familia para que se marchen —dijo Kipp en voz baja—. Sospecho que no tardará en correrse la voz hasta los pueblos cercanos… Se dará la orden de huir o acudir al palacio antes de que se ponga el sol.

—¿Y si no? —quiso saber Wren.

—Si no, deberán defenderse por su cuenta. —Thea apretó los puños a los lados.

—Debe de ser una broma… —murmuró Wren observando a las fuerzas con incredulidad.

—Nuestras fuerzas, aunque ahora son más poderosas, no pueden defender el norte y el sur. —Kipp puso una mueca—. El ataque procederá del sur, según los informes. Se dirigen directos hacia el castillo.

—¿Cómo lo sabes?

—Esyllt me lo ha dicho en las puertas. Tengo que reunirme con él después de la reunión del consejo. Vamos a organizar juntos la defensa de Notos.

—En ese caso, ¿no deberías estar allí con ellos? —lo presionó Thea.

—Ya hay demasiada gente en esa habitación —repuso Kipp en voz baja.

Thea se hacía una idea de la cantidad de discusiones que iban a estallar entre esas cuatro paredes.

Kipp le dio un golpecito a Wren.

—Farissa asiste a la reunión —le contó—. Me parece que tus compañeras alquimistas y tú también vais a ser necesarias dentro de poco.

—¿Cómo…? —Thea arrugó la nariz.

Pero Wren le lanzó una mirada desafiante.

—Sabes perfectamente que la alquimia resulta muy útil en una guerra. Farissa aconsejará a ese respecto, y yo haré todo lo que pueda para ayudarla.

Thea asintió. Claro que lo sabía, y era imposible que Wren dejase a las alquimistas sin su asistencia. Justo cuando iba a verbalizarlo, algo llamó su atención.

Era Vernich el Carnicero. El mayor de los espadachines había aparecido por la puerta por la que se habían marchado los demás y le hizo señas a alguien que estaba en el salón.

Era Seb.

A Thea le dio un vuelco el estómago al verlo.

Estaban allí.

El odio que sentía por los dos hervía, igual que sus sospechas. ¿Eran espías? ¿Pretendían destruir las fuerzas de los mediorreinos desde dentro? ¿Vernich había encontrado lo que andaba buscando?

Lo que pensaba debió de quedar más que claro en su semblante, ya que Kipp le dio un codazo.

—¿Qué esperabas, que se quedaran solos en Thezmarr?

—No me gusta… —Thea apretó los dientes.

—Prefiero que canalicen su particular metodología de crueldad con el enemigo que con nosotros —añadió Kipp—. ¿No estás de acuerdo?

Thea se limitó a contestar con un gruñido. Había pensado largo y tendido en Vernich el Carnicero y en el patético patán que hacía de su aprendiz. La única conclusión a la que había llegado una y otra vez era que Vernich era un espadachín caído y que estaba utilizando al malnacido de Seb para que obedeciera sus órdenes.

Pero no dijo nada de aquello delante de Kipp ni de Wren, puesto que Audra la miró a los ojos y echó a caminar hacia ella. Por mucho tiempo que hubiera transcurrido y por muchos monstruos a los que Thea se hubiera enfrentado y a los que hubiese matado, había algo sumamente aterrador en la bibliotecaria.

Cuando los alcanzó, los miró por encima de los anteojos.

—Kristopher, me parece que se requiere tu presencia en la sala de guerra —le dijo a Kipp, y esperó.

Kipp no era idiota, o al menos no lo fue en ese instante. Se puso en marcha y les dedicó a Thea y a Wren una mueca de lástima antes de arrancar a correr por el salón.

—¿Has encontrado algo interesante en Delmira, Althea? —le preguntó Audra en voz baja, pasando la vista de Thea y Wren a la marea de gente que las rodeaba.

—Solo más monstruos y ruinas —respondió Thea—. ¿Sabes algo más de lo que está ocurriendo? —se interesó, con un escalofrío en la piel.

—Sí. Supongo que pronto os enteraréis —les aseguró Audra—. Es lo que nos temíamos antes de que os marcharais de Thezmarr… No se trata únicamente de un ejército de monstruos, sino también de hombres. Hombres de este reino y de los otros, que ansían poder y oscuridad.

—¿Los semiespectros? —saltó Thea.

—No sé nada de semiespectros. —Audra frunció el ceño—. Me refiero a hombres, que se han congregado con un odio común hacia

las cosas buenas. —Se subió las gafas por el puente de la nariz—. Parece que ahora mismo la línea entre hombre y monstruo se ha tornado más difusa que nunca.

Thea abrió la boca para formular más preguntas, pero vio que Esyllt y Kipp salían de la puerta lateral y se encaminaban hacia el estrado.

—Hay que preparar el castillo para el asalto cuanto antes —vociferó Esyllt—. Debemos reforzar todas las entradas y las murallas. Necesitamos todas las flechas y armas de largo alcance que sean posibles. Las catapultas hay que situarlas y prepararlas también. Los soldados menos experimentados estarán a cargo de los fuegos, del aceite caliente y del agua hirviendo. Acudid al comandante que se os haya asignado para que os dé órdenes directas. —Esyllt respiró hondo—. Hemos enviado mensajes a los pueblos. Los aldeanos deben huir de Notos o buscar refugio dentro de las murallas del castillo. Las puertas se cerrarán cuando anochezca, sin excepción.

Thea se tensó. Kipp había estado en lo cierto. Iban a tener que dejar indefensos contra los monstruos a aquellos que no pudieran llegar al castillo, abandonados a la suerte de acabar muertos o algo peor. La mera mención de Esyllt a las armas y a las tácticas que iban a utilizar contra el enemigo le había revuelto las tripas. Thea había leído sobre batallas y guerras, había luchado contra monstruos, pero también iban a enfrentarse a hombres.

Thea se dejó llevar por el nerviosismo de la multitud cuando se fueron gritando órdenes entre los flancos. La separaron de Wren y de Audra, pero más adelante vio a Kipp y a Esyllt liderando el camino hacia el campamento de guerra, y los siguió. Al comenzar a andar, la golpeó el recuerdo de la batalla de entrenamiento que habían practicado con Torj en Thezmarr; recordó que habían marcado a sus enemigos con pintura y no con sangre, que más tarde se rieron…

La advertencia de Torj regresó a su mente. «Cuando estéis en un campo de batalla real, no será tan lujoso. Empezad a tomároslo en serio. La pintura del enemigo supone la muerte. ¿Queréis morir

hoy?».

No, Thea no quería morir ese día ni lo haría. El destino lo había dejado claro. Pero muchos sí fallecerían, algo que le resultó obvio al ver los rostros pálidos que la rodeaban y las tácticas horribles que estaban preparando.

Otra parte del discurso de Torj se reprodujo en su cabeza. «Un verdadero guerrero de Thezmarr es despiadado, sí, pero eficiente, veloz y compasivo. No prolongamos el sufrimiento de nuestros compañeros». Thea se mordió el interior de la mejilla. No sería el caso en la batalla que se avecinaba. Habría muchísimo sufrimiento. Aceite caliente, agua hirviendo, fuego… Todo aquello estaba diseñado para provocar desfiguraciones y agonía.

Con el castillo preso de un espectacular bullicio, Thea recorrió los pasillos y observó a los guardias tverrenses arrimar carcajes llenos de flechas a las paredes. Todavía veía la cabeza de Kipp desde la vanguardia de la muchedumbre, y los siguió a Esyllt y a él desde el castillo hasta el campamento, donde las fuerzas estaban pegando plumas a las flechas y untando las espadas con acelerante de fuego. Los carros se cargaban con provisiones que llevar de vuelta al castillo. Thea vio a Malik trasladando grandes troncos hasta un carruaje, con la parte de atrás de la camisa empapada de sudor.

—Los utilizaremos para fortificar las entradas principales del castillo —anunció Esyllt como si estuviera tachando algo de una lista mental, mientras Kipp asentía con entusiasmo a su lado.

Malik no les prestó atención. El amable gigante se limitó a seguir cargando troncos. El maestro armero parecía preferirlo así.

Pero eso no impidió que Thea se acercara a su amigo.

—Hola, Rompeescudos —lo saludó en voz baja, con cuidado para no sobresaltarlo.

El antiguo espadachín siguió con su tarea, pero su expresión se suavizó al oír su voz.

—No esperaba verte aquí —le dijo Thea mientras cogía unas planchas de madera recién cortadas y las dejaba en el carro—. Debe de haber sido un viaje muy largo para ti.

Thea miró alrededor en busca de Dax y encontró al perro gigantesco tumbado en el suelo, jadeando a la sombra de un árbol cercano.

—Él sí que sabe… —murmuró ella, y Malik emitió un ruido que podría haber sido una carcajada.

Thea se giró hacia su amigo y se preguntó si el exguerrero se habría visto obligado a unirse a las filas o si había querido ir hasta allí. Mordiéndose el labio inferior, esperaba que alguien lo hubiera vigilado durante el trayecto, pero un simple vistazo a sus brazos le bastó para saber que lo habían dejado a su suerte. Decenas de cortecitos le surcaban los antebrazos, demasiado precisos para ser rasguños… No, los habían hecho con un cuchillo.

—Mal… —dijo lentamente apretando los puños a los lados.

Pero el Rompeescudos no levantó la vista de su labor.

—No es muy hablador, ¿verdad, descarriada?

Aquella voz familiar y despreciable prendió fuego a la furia que anidaba en las entrañas de Thea. Agarró con los dedos el mango de la daga que llevaba en la cintura y se giró para enfrentarse a Seb Barlowe, que lucía la misma expresión arrogante de siempre.

—¿A ti qué coño te pasa? —le preguntó—. ¿Cómo has podido tratarlo así? —Señaló hacia los cortes de los brazos de Malik—. Sé que has sido tú.

—No sé de qué me estás hablando. —Pero el brillo de sus ojos afirmaba lo contrario. Seb dio un paso hacia ella con un destello oscuro en la mirada—. Es una desgracia para Thezmarr. No me sorprende que te abrieras de piernas con ese ingenuo bastardo… Sois tal para cual.

Thea no se amilanó ni retrocedió. Se había enfrentado a monstruos más grandes y fuertes que Sebastos Barlowe. Los había mutilado, había acabado con ellos. Seb no era nada. Era menos que nada.

—¿Tantísimo te hirió el ego el puñetazo que te di hace seis años? —le preguntó con una rabia enardecida en el pecho. Sabía que estaban llamando la atención de los demás, pero mantuvo la vista

fija en Seb.

—No hiciste tal cosa —protestó él.

—Decir algo no lo convierte en realidad —respondió con una carcajada—. Y en Thezmarr hay muchísima gente que presenció tu pequeña derrota.

Sebastos comenzó a dar vueltas a su alrededor como si fuera un depredador y ella su presa.

—Voy a hacer que te arrepientas de no haberte quedado en el taller mezclando pociones.

Thea se irguió. No se movió ni un centímetro.

No era la presa de nadie.

Pero no estaba dispuesta a iniciar una pelea con el aprendiz de otro espadachín en las vísperas de una batalla… A no ser que él le pegase primero.

Una sombra enorme se proyectó sobre la hierba dorada y Seb se detuvo.

Wilder apareció de la nada y no se puso al lado de Thea, sino de Malik. El hermano de Wilder se había quedado paralizado, contemplando a los dos aprendices con temblores en las manos. El guerrero no lo consoló ni lo miró. Se limitó a recostarse en el carro, cruzarse de piernas y de brazos, observando a Seb con una promesa de violencia en los ojos plateados.

Thea siguió sin moverse.

—Le estaba dando una lección a tu aprendiz —tuvo las agallas de decir Seb, aunque se dirigió a Wilder con un ligero temblor en la voz.

—Mi aprendiz no necesita que tú le des ninguna lección. —Desenvainó una de sus majestuosas espadas y se la ofreció a Thea —. Quizá va siendo hora de que le enseñes a este imbécil lo que has aprendido.

Seb retrocedió al oírlo, incapaz de ocultar su sorpresa.

¿Cuántas veces había impedido Wilder que se enfrentase a su compañero? ¿Cuántas veces había logrado Seb aprovecharse de la situación?

A Thea le hormigueaban los dedos con las ganas de agarrar el

arma naarviana, de usarla para arrojar a Seb Barlowe al suelo y que no volviese a levantarse. Sin embargo, mirar al sol, que se iba poniendo en el horizonte, le confirmó que la verdadera batalla estaba a la vuelta de la esquina y, fuese o no un gilipollas, Seb era un soldado más de sus filas para enfrentarse a una amenaza mucho mayor.

Thea cuadró los hombros y lentamente apartó la espada de Wilder.

—No la necesito —exclamó alzando los puños.

Un destello de sorpresa y de aprobación brilló en los ojos de Wilder, que enfundó la espada.

Seb respiró hondo. No bajó el arma. De hecho, soltó un grito de rabia, un error de principiante, antes de abalanzarse sobre Thea blandiendo la espada.

Pero Thea había peleado contra oponentes mucho peores que él. Se fundió con el viento, se desdibujó al agacharse y esquivar los poderosos espadazos de Seb. Su compañero no pretendía humillarla, no pretendía ponerla en su sitio.

Pretendía mutilarla. Matarla.

Desarmada por decisión propia, Thea se movió en círculos y giró alrededor de las estocadas audaces de su espada. Era como si estuviera jugando a las alquimistas bailarinas en Thezmarr. No sentía miedo. Nada. Tan solo emoción cuando una cuchillada no la acertaba y Seb se ponía cada vez más rojo con sus esfuerzos en vano.

—Pelea, zorra —gruñó, con los ojos desorbitados por la rabia.

—Como quieras —contestó ella.

Seb no vio venir su puñetazo.

Con un gancho perfecto, estampó los nudillos en el puente de su nariz y oyó un satisfactorio chasquido.

Seb emitió un murmullo incoherente al tambalearse; soltó la espalda y se llevó las manos a la cara, por donde corría la sangre.

Thea lo miró con frialdad.

—Eso no debería impedirte luchar. En la batalla serás necesario.

Escupiendo, Seb se precipitó hacia su espada.

Pero Wilder le dio un puntapié para alejarla.

El espadachín bajó la vista para observar al lamentable guardián y le agarró la camisa con un puño para levantarlo en el aire.

—Cuando hayamos terminado de combatir, me encargaré personalmente de que no vuelvas a pisar Thezmarr —le gruñó—. Tus días en la fortaleza han llegado a su fin.

Las piernas de Seb patearon en el aire y con las manos intentó zafarse del agarre de Wilder.

Pero el guerrero no aflojó.

—Te reto a que le pongas otro dedo encima a mi hermano —dijo con una calma mortal, un duro contraste con la violencia de sus acciones y la amenaza que fulguraba en sus ojos.

—¿Tu hermano…? —Seb titubeó—. No lo sabía…

—Pues ahora ya lo sabes. —Wilder arrojó a Seb por el campamento con toda la fuerza que le habían dado las furias. El guardián se estrelló en el barro con un sonoro chapoteo.

Aquello rompió el silencio que se había instalado en el campamento, y los hombres comenzaron a hablar en susurros. Nadie intentó ayudar a Seb a levantarse.

Thea giró sobre los talones alejándose de allí de regreso al castillo. Ya había visto suficiente.

Wilder se colocó a su lado con un par de rápidas zancadas.

—Lo… lo has hecho muy bien —le dijo con la respiración entrecortada.

—¿Sí?

—Para variar, has controlado tu temperamento.

—Entonces, lo he hecho mejor que tú —bromeó.

—Yo también me estaba controlando. —Wilder resopló.

Una sonrisa tiró de los labios de Thea.

—Le dije que, cuando me enfrentase a él de nuevo, no podría levantarse. Pero he imaginado que matar a uno de nuestros guerreros antes de una batalla seguramente era un error.

—Muy lista.

—Así soy yo, —Thea se frotó los nudillos con el pulgar—. ¿Crees

que Vernich renunciará a él de verdad?

—Más le vale.

Thea suspiró, consciente de que las cosas no eran nunca tan sencillas.

—Seb tiene apoyos en el gremio. Un tío, según nos contó Cal.

—Me importa una mierda. Es como si ya no estuviese.

—Si tú lo dices… —Thea ahogó una carcajada.

Cuando alcanzaron el castillo, Wren estaba esperando a Thea en el salón, con una cara que era mezcla de miedo y emoción, con los ojos clavados en los gobernantes sentados a una mesa en la tarima.

—¿Qué pasa? —le preguntó Thea con inquietud. Por lo general, cuando su hermana ponía esa cara, para ella eran malas noticias.

En efecto, Wren se giró hacia ella con entusiasmo.

—Thea… —dijo entre dientes, observando embelesada a los reyes y reinas—. Si hay algún momento idóneo para anunciar tu identidad…

—Wren… —la avisó Thea. Miró a Wilder en busca de apoyo, pero el espadachín levantó las manos a modo de rendición y dio un paso atrás. Thea lo fulminó con los ojos, pero Wren estaba demasiado alterada como para darse cuenta.

—Si hay algún buen momento para proclamarte la heredera de Delmira, sería ahora. Delante de los gobernantes actuales. Es posible que ya hayan sentido tu… nuestra magia.

—La mía no —dijo con los dientes apretados mientras se tocaba la piedra del destino—. Por favor, no me vengas ahora con esas. Lo último que necesitamos a las puertas de una batalla es añadir otra corona al enfrentamiento.

—Pero Thea…

—Wren, ¿por qué no te proclamas tú heredera? Yo quiero ser espadachina. Es lo que siempre he querido.

—No siempre se trata de lo que queremos, Thea.

—No siempre —contestó—, pero en este caso sí. Y seré espadachina antes de que se me acabe el tiempo.

Wren suspiró.

—Me voy hacia el Velo —murmuró.

Un puño apretó el corazón a Thea.

—¿Que qué?

—Que me voy hacia el Velo. Cuando empiece la batalla y el enemigo esté distraído, a Farissa y a mí nos llevarán en barca hasta el Velo, donde intentaremos reparar el desgarro.

—Ni en sueños —siseó Thea.

Su hermana la miró con la misma rabia que le dedicaba ella.

—Intenta impedírmelo —la desafió Wren.

—Wren, no te han entrenado para combatir. No eres…

—Ya lo sé. Me han entrenado para algo totalmente distinto. Para la alquimia. Arreglar el Velo es alquimia, Thea. Farissa y yo somos las únicas con destreza suficiente para intentarlo.

—Pero…

—Dime una cosa, hermana: ¿por qué tus ambiciones son más importantes y más respetables?

Era la misma discusión que habían mantenido en incontables ocasiones.

—No estoy diciendo que…

—Pues observa cómo me alejo con orgullo. Como hago yo cada vez que vas a matar a un monstruo.

Thea flaqueó y Wren aprovechó la ventaja.

—Durante mucho tiempo has querido recorrer tu propio camino… Déjame a mí recorrer el mío.

—No le falta razón —terció la voz de Wilder.

—¿Ahora sí que te da por hablar? —Thea se giró.

—Todos tenemos un papel que desempeñar. —Wilder se encogió de hombros.

Thea se volvió hacia su hermana y vio un brillo de victoria en sus ojos, aunque no alivió la tensión que le oprimía el pecho. Que Wren se marchase en plena batalla y fuese al único lugar que tal vez fuese aún más peligroso…

—No se si puedo soportarlo —musitó agarrando las manos de su hermana.

—Sí que puedes. —Wren sonrió y le apretó los dedos para reconfortarla—. Y lo conseguirás. —Le guiñó un ojo y dio una palmada al zurrón que colgaba sobre su cintura—. Además… Yo también sé defenderme a mi manera.

Thea se obligó a respirar hondo, consciente de que la decisión ya se había tomado.

—Pues me apiado de quienquiera que se coloque delante de ti, sea hombre o monstruo.

Wren la rodeó con los brazos y Thea la estrechó, enterrando la cara en el cuello de su hermana y armándose de valor para reprimir las lágrimas que amenazaban con salir.

—Ten cuidado —murmuró Wren sobre su cabello antes de apartarse.

—Tú también —le dijo Thea, y vio cómo se marchaba.

Se hizo un breve silencio antes de que Wilder se inclinara hacia ella.

—Quiero enseñarte una cosa —le susurró.

Thea no lo puso en duda. Se limitó a seguir a su espadachín hasta sus aposentos. No se había dado cuenta de que le temblaban las manos ni de que le fallaban las piernas con cada paso.

No se lo comentó a él y se esforzó por esconder los efectos de la inminente batalla. Era una guerrera, una guardiana de Thezmarr. No titubeaba ante un combate.

Wilder la llevó hasta el balcón desde el que aquella misma mañana habían visto el amanecer. Les parecía que había sido hacía siglos. En esos instantes, el sol se acercaba peligrosamente al horizonte y la promesa de una guerra se aproximaba a los mediorreinos. Thea vio espirales de oscuridad bailoteando allá donde el astro amarillo rozaba el mar, donde el Velo se estremecía a lo lejos.

La vista que se alzaba delante de ellos era como una tranquila inhalación antes de que se desatara el caos.

Thea se clavó las uñas en las palmas, pero Wilder la atrajo hacia sí y la envolvió con su calor, un apacible y sólido consuelo. La

estrechó fuerte, arrimándosela al pecho musculoso, y le dio un suave beso en la coronilla. Pero no era la clase de consuelo que Thea necesitaba en esos momentos.

Bajó los brazos en busca de los botones de los pantalones de él y descubrió que ya estaba empalmado.

—¿Qué haces? —murmuró Wilder con el cuerpo en tensión.

Thea se puso de puntillas y le rozó los labios con un beso.

—A punto de enfrentarnos a tanta carnicería, necesito hacer algo que me haga sentirme viva. Necesito…, te necesito a ti.

—¿Quién soy yo para negarte nada? —Sus dedos cálidos y fuertes le sujetaron la barbilla, y clavó los ojos en los suyos—. Soy todo tuyo —le aseguró, con voz grave y reverencial.

Thea lo besó y le recorrió los labios mientras él abría la boca, exuberante y ardiente, con sabor a hogar. Le desabrochó los botones de los pantalones con los dedos y le sujetó la dura y gruesa erección, sacándosela y deleitándolo con firmes caricias.

Wilder gimió contra sus labios, un sonido que le provocó un escalofrío que la atravesó entera.

Thea disfrutaba del modo en el que él le respondía, tan inmediato y tan absorbente.

Le bajó los pantalones, con el corazón desbocado al verlo. Cuánta fuerza, cuánto poder irradiaba.

Wilder le ladeó la cabeza no para besarla, sino para arañarle el cuello con los dientes; le dio un mordisco con la suficiente potencia como para provocarle una breve punzada de dolor, seguida por un lametazo de placer.

El calor se le acumulaba entre las piernas, y sintió cómo se humedecía por el deseo.

—Wilder… —murmuró, agarrándole la polla y acariciándolo rápido.

El frenesí se apoderó de ambos. Él se hartó, le tiró de los pantalones para bajárselos y le dio la vuelta para estamparle la espalda contra su propio pecho y clavarle la punta ardiente de la polla contra su culo desnudo.

—Agárrate a la barandilla —le indicó. Le plantó una mano en la parte baja de la espalda y la inclinó hacia delante.

Estaban al aire libre. Cualquiera podía levantar la mirada y verlos.

Pero a Thea le trajo sin cuidado.

Lo necesitaba dentro de ella. Necesitaba sentir su poder voraz y descarnado embistiéndola. Con un gimoteo, arrimó la espalda al guerrero, ya muy mojada.

—Por todos los dioses, Thea… —masculló, acariciando con la punta el deseo que encontró entre sus piernas.

Seguía semivestida. Le dolían los pechos por el contacto con la camisa, así que los liberó, se los cogió, jugueteó con sus pezones y arqueó la espalda en una clara invitación.

Un gemido sonó tras ella.

—Es lo más erótico que he visto nunca… —La voz de Wilder sonaba ronca por el deseo, y se frotó contra su sexo húmedo.

—Pues haz algo al respecto.

La punta se hizo paso en su entrada, la abrió, la provocó. Wilder aplicó presión, la suficiente para arrancarle un gimoteo, pero no se la introdujo del todo. Por lo visto, había decidido torturarla, deslizándose justo donde ella lo ansiaba, una y otra vez.

A. Thea se le escapó un jadeo, y meneó las caderas, impaciente.

—Tócate —le gruñó Wilder al oído—. Entre las piernas. Ahora.

Movió sus muslos musculosos y Thea bajó la mano del pezón al clítoris para trazar círculos sobre el calor palpitante acumulado. El cuerpo se le tensó ante aquella deliciosa decisión en el preciso instante en el que Wilder la penetraba hasta el fondo con una dura embestida.

Thea gritó cuando él llegó hasta lo más profundo de su ser, agarrándose a la barandilla con la mano que tenía libre.

Wilder le clavó las manos en las caderas, obligándola a retroceder con cada una de sus embestidas. Todo el cuerpo de Thea se llenó de tensión. Intentó separar más las piernas, pero los pantalones hasta las rodillas se lo impedían. Estaba totalmente a merced del espadachín, y aquella realidad le hizo flexionar los dedos

de los pies.

Wilder se la metía con fuerza, tal como ella quería. Cada vez que le hundía la polla, una nueva parte del mundo se esfumaba hasta dejarlos solos en el universo, moviéndose como un solo ser.

El calor le inundó el pecho y le sonrojó la piel cuando la presión comenzó a crecer en la base de su columna, extendiéndose hacia fuera. Wilder gimió con ella, hundiéndose en su interior como si nunca fuera suficiente.

Le cogió una mano y le guio los dedos hacia el clítoris para incrementar el ritmo.

—Joder, te quiero —murmuró desesperado ante su cuello, acariciándola sin misericordia—. Lo nuestro es interminable. Nada hará que deje de quererte.

La cadencia de su respiración se alteró y sus movimientos se volvieron más urgentes; las embestidas los acercaban al clímax, como si con cada acometida le hundiese las palabras hasta lo más profundo.

—Yo también te quiero. —Thea ahogó un grito cuando él le golpeó de nuevo ese punto sensible y le pellizcó el clítoris. Aquella inesperada sensación la aproximó al precipicio del deseo, en dirección al éxtasis absoluto.

Thea se entregó, gimiendo y echándose atrás hacia Wilder, contoneándose a medida que aumentaba el placer, y se olvidó de todo menos del nombre del guerrero, que gritó y gritó cuando le exprimió hasta la última gota del orgasmo.

Wilder estalló y la penetró al alcanzar el mismo placer que ella, derramándose en su interior y chocando contra su espalda, con temblores por todo el cuerpo.

Jadeantes y sensibles por la emoción, se abrazaron y esperaron a que los llamaran para la batalla.

CAPITULO 40

WILDER



Los cuernos de batalla de Tver resonaron por los valles dorados. Bajo la luz menguante, el frente de las fuerzas enemigas ascendió una cresta, directo hacia Notos.

Wilder se armó de valor y besó apasionadamente a Thea antes de atarse las espadas a la espalda.

—Te veo en la muralla —le dijo.

Se reunió con Torj y Vernich en la muralla del sur y examinó el inminente ataque. Todavía había suficiente luz para ver que el enemigo había llegado preparado. Portaban escaleras para ascender las murallas y varios arietes.

—No llevan catapultas —observó Torj.

—No las van a necesitar si los espectros atacan desde el cielo —contestó Wilder—. Debemos replantearnos el plan…

Los otros los miraron con recelo.

—Hawthorne… Es un poco tarde para eso, ¿no? —masculló Vernich negando con la cabeza.

—No. —Wilder se apartó el pelo de la cara y se lo recogió en el moño que lucía en la coronilla—. Deberíamos dividir y conquistar.

—Hemos acordado que atacaríamos como una unidad —protestó Torj.

—Ni los espectros ni los segadores atacarán formando una única unidad. Hay que poder responder desde todos los ángulos posibles. —Miró a Torj—. Una táctica similar que durante el ataque en el bosque. Reúne a una pequeña unidad de los mejores guardianes y a nuestros aprendices. Ellos derribarán a los espectros y nosotros los mataremos. Las fuerzas regulares de Harenth, Tver y Aveum se pueden encargar de los soldados normales y corrientes.

El sonido de los tambores de guerra comenzó a retumbar por el valle, y la masa oscura de soldados se fue aproximando.

—A la mierda —masculló Torj—. Lo haremos a tu manera, Hawthorne.

Vernich al final se mostró de acuerdo con un gruñido y los tres espadachines se separaron. Torj debía liderar a los arqueros y defenderlos de los primeros ataques del cielo, Vernich se ocuparía de la muralla del norte y Wilder daría órdenes desde el sur.

Al recorrer el perímetro y echar un vistazo a los comandantes y a sus unidades, Wilder sintió la magia del rey Artos irradiar de las facciones, que aumentaba la moral de sus propios soldados. Era una táctica tan inteligente como peligrosa, pero a esas alturas no la puso en tela de juicio. Tan solo esperaba que no diera como resultado a guerreros estúpidos que intentaban hacerse los héroes gracias a su recién descubierta valentía. A veces el miedo era necesario.

Tras contemplar la tierra que se extendía ante ellos, supo que no quedaba mucho tiempo para el encontronazo. Si bien el castillo fortificado estaba protegido hacia el oeste por el bosque y las montañas, era lo único que se alzaba entre el enemigo y los pueblos del otro lado.

En las puertas sonaron gritos de piedad. Eran aldeanos que se abalanzaban sobre las maderas reforzadas suplicando que los dejaran entrar. Sin embargo, el plazo había expirado. El sol se había puesto, y les iba a tocar enfrentarse a los monstruos por su cuenta y riesgo.

Era una parte de la guerra a la que Wilder nunca se había acostumbrado: entre el caos, siempre eran los inocentes quienes sufrían más, aquellos que no habían pedido que hubiese un enfrentamiento.

Ya no podía hacer nada por ellos, así que comprobó el estado de las puertas que se habían reforzado. Una oleada de sentimientos encontrados lo inundó nuevamente al ver a Malik allí, ayudando a otro hombre a colocar una última plancha de madera para cubrir el ancho de las puertas secundarias.

Malik no debería estar ahí. Ya había hecho suficiente, ya había sufrido suficiente, y lo que los aguardaba detrás de las gruesas murallas de piedra era algo que Wilder no quería que su hermano se viese obligado a soportar.

«Muerte gloriosa, leyenda inmortal» había sido el lema de Malik.

Wilder no podía entretenerse. Su hermano había tomado una decisión, y le tocaba a él tomar otra.

Corrió hacia el centro de la muralla del sur, donde esperaba su propia unidad de guardianes. Un tercio de ellos consiguieron apostar varias catapultas a lo largo de la muralla, mientras que el resto formaba dos hileras de arqueros preparados.

Thea aguardaba con su propio arco y flecha en las manos.

A Wilder se le aceleró el corazón.

Su aprendiz se había maquillado los ojos con kohl, como hacían las guerreras de los reinos lejanos para una batalla. Su bello rostro mostraba calma y ocultaba la tormenta que arreciaba en su interior.

Pero ahora no podía pensar en ella.

Aceptó el arco largo que le tendió un guardián y contempló lo que pronto se convertiría en el campo de batalla.

El sol se había hundido tras el horizonte, bañando la tierra con un tono azul de medianoche. Las filas enemigas portaban antorchas.

Wilder examinó a su propia legión, lista para atacar. A lo largo de la muralla ardían sus propias antorchas, así como hogueras para prender fuego a las flechas, barriles de aceite y proyectiles…

El ruido de la marcha de sus adversarios se aproximó. El ritmo de

pasos fuertes y el chasquido de las armaduras se parecía cada vez más a tambores de guerra, la promesa de violencia, muerte y sufrimiento.

Wilder se preparó y miró al enemigo.

Siempre había un momento parecido, en el que cogía aire antes de la batalla, la calma antes de la tormenta. El tiempo se detenía cuando los dos bandos esperaban a ver cuál se atrevía a derramar sangre en primer lugar.

Las fuerzas de Wilder lo observaban expectantes. Había llegado el momento de las palabras heroicas y de los gritos unificadores. Cómo odiaba los discursos de guerra. Sin embargo, no eran para él, sino para los hombres, a fin de que se armaran de valor contra el terror que amenazaba con aflojarles la vejiga y provocar su huida.

—Guerreros de Thezmarr, soldados de Tver, Aveum y Harenth, escuchadme. Nos hemos preparado para esto, nos hemos pasado el día en Notos, y llevamos toda la vida formándonos. Hemos cumplido con nuestro trabajo. Hemos soportado el entrenamiento, nos hemos enfrentado a fuerzas de oscuridad… Ahora estamos aquí, y todo lo demás no importa. Ahora es mucho más simple: o nosotros o ellos.

Hizo una pausa para que sus palabras calaran en los presentes, consciente de que tenían el mismo poder que cualquier espada.

—Así que os voy a hacer una pregunta: ¿qué convierte a alguien en un guardián, en un guerrero de los mediorreinos? Yo digo que es saborear la muerte y enfrentarse a ella con firmeza, defender a quienes no pueden defenderse. Un verdadero guerrero es aquel que lucha cuando otros no lo harán. Y aquel que lucha hasta el final.

Wilder respiró hondo, alzó el arco y reparó en el silencio sepulcral que se había instalado entre sus fuerzas.

—La muerte se nos llevará a todos por igual —exclamó—. Ya sea hoy, mañana o dentro de cincuenta años. Preguntaos una cosa: ¿qué significará vuestra muerte?

—¡La Mano de la Muerte nos guía —gritó alguien levantando un arco en la retaguardia de la unidad— hasta el final!

Más arcos se alzaron en solidaridad.

—¡Hasta el final! —repitieron.

Wilder oyó la voz de Thea sonar por encima de la de los demás.

—¡Hasta el final!

Acto seguido, Wilder cargó una flecha en su arco y se giró hacia el expectante enemigo.

—¡Arqueros! —chilló—. ¡Cargad!

Oyó la oleada de movimiento a su alrededor a medida que las flechas se colocaban en los arcos de madera y los guerreros tensaban la cuerda.

—¡Apuntad! —ordenó, tirando de su propia cuerda y apuntando.

Una vez más, oyó cómo obedecían su orden.

—¡Disparad! —gritó.

Un centenar de flechas llovió sobre el frente del enemigo. Muchos cayeron al suelo antes siquiera de haber podido levantar el escudo.

—¡Otra vez! —exclamó Wilder—. Cargad…

Un grito ensordecedor les llegó desde arriba, y Wilder se giró sin dejar de apuntar con el arco. Disparó hacia el primer espectro al que vio revoloteando. El monstruo se sacudió en el cielo, con la flecha clavada en la pierna.

—¡Arqueros! ¡Hacia los espectros! —chilló Wilder mientras disparaba una segunda y tercera flecha hacia su objetivo y se dirigía al lugar donde se desplomaba la criatura. Desenfundó la espada, preparado para hacerse con su corazón.

Thea ya estaba allí, hundiéndole el filo en el pecho y arrancando el órgano negro de la cavidad.

Otro espectro cayó del cielo, y luego otro, abatidos por los guardianes arqueros. Wilder y Thea se apresuraron a cortar carne y huesos. Los hombres vitoreaban al dar en el blanco, pero Wilder sabía que no era más que el principio…

—¡Las escaleras! —sonó la voz de Torj desde cerca—. ¡Detened las escaleras!

La locura se apoderó de las murallas cuando la unidad de Wilder intentó empujar las escaleras del castillo. Los hombres que en un

primer momento eran reacios a usar agua y aceite hirviendo arrojaban cubos sin miramientos, aliviados al oír los gritos de agonía al otro lado.

—¡Arqueros! ¡Mantened la fila! —gritó Torj al tiempo que Wilder cortaba a un soldado enemigo por la mitad, cuyo torso se desplomó sobre el pretil.

Al examinar la muralla, vio que varias escaleras habían conseguido apoyarse en las piedras y que varios atacantes ya habían roto sus defensas.

«Demasiado pronto», pensó Wilder. Era demasiado pronto para que traspasaran sus filas. Le pidió a Torj que liderase a sus arqueros antes de arrojar una lanza a otro espectro del cielo y acabar con él.

No había rastro alguno de la unidad del ejército desaparecida del rey Leiko, como tampoco de ninguno de los segadores rheguld. Esa realidad le revolvió las tripas. Se estaban conteniendo…, pero ¿por qué?

—¡Preparad las catapultas! —ordenó, y vio que Thea derribaba a otro monstruo alado, con la armadura ya manchada de sangre negra y roja. Le sentaba bien.

Los guardianes de Thezmarr acudieron a su llamada, y las catapultas chirriaron cuando les cargaron piedras y pelotas de cuerda empapada en aceite.

—¡Fuego! —gritó Wilder.

Los proyectiles volaron por encima de las murallas y se dirigieron hacia los enemigos, cuyas filas se rompieron por el impacto, cuerpos y tierra volando por todas partes.

—¡Otra vez! —Wilder apartó a tres hombres a quienes les estaba costando cargar un arma para hacerlo él mismo, ayudado por la fuerza de las furias—. ¡Fuego! —Soltó el mecanismo, y la catapulta envió una roca directa hacia el frente rival. Sin embargo, el enemigo se dio prisa en recuperar la formación.

Wilder examinó a sus propias unidades. Los guardianes de Thezmarr hacían gala de fuerza y lanzaban ataques eficientes formando oleadas unificadas. Los soldados de los ejércitos reales, en

cambio, eran caóticos por culpa del miedo. La magia empática del rey Artos se había esfumado, y los hombres lucían claras expresiones de temor.

—¡Las escaleras! —Wilder se abalanzó hacia una que se había estampado en la muralla, con enemigos bajando de los peldaños superiores y blandiendo espadas.

Wilder dio una patada a la escalera y la mandó de vuelta al campo de batalla, aplastando una hilera de soldados. Pero era una de muchas, y el enemigo estaba sobre la muralla. Los guardianes y los soldados reales entablaron combate, y por toda la muralla giraban espadas y la gente gritaba de dolor, con cuerpos cubriendo ya el suelo de piedra.

Wilder acabó con un oponente tras otro sin dejar de contemplar el cielo por si aparecían más espectros o segadores…

Se escuchó un fuerte crujido más abajo.

Wilder corrió al extremo de la muralla y se asomó, donde vio a una unidad de soldados enemigos cargando un ariete, dispuestos a asestar otro golpe a las puertas del castillo.

—¡Torj! —gritó en medio del caos—. ¡Necesitamos arqueros en las puertas!

—Ya lo habéis oído —vociferó Torj señalándolo—. ¡Arqueros, id a las puertas!

Al cabo de unos instantes, Torj estaba a su lado, esa vez arrojando una lanza contra los atacantes. Ensartando a dos hombres a la vez.

—Hacen falta más flechas —anunció.

—¿Todavía no nos han lanzado ninguna descarga? —le preguntó Wilder mientras hundía la espada en la barriga de un hombre.

—Todavía no. —Torj arrojó otra lanza a los hombres que sujetaban el ariete, y sus arqueros les dirigieron una lluvia de flechas. El Asesino de Osos vio que Wilder fruncía el ceño—. ¿Qué pasa?

Wilder arrastró a un atacante para alejarlo de uno de sus soldados y lo empujó por encima de la muralla.

—No hay ni de lejos el número de espectros que esperaba. En el bosque nos atacaron más…

—Es tan solo la primera oleada —se arriesgó a decir Torj.

—Ya. Pero ¿cuántas fuerzas enemigas están conteniéndose…?

Una explosión en el norte le contestó.

Todo el castillo se sacudió bajo sus pies. Unos enormes trozos de piedra salieron volando por los aires desde la retaguardia de la fortaleza.

—Mierda —masculló Wilder.

—¿Acaban de hacer un agujero en nuestra defensa?

—Eso parece. —Wilder le agarró el hombro—. ¿Te animas a liderar las fuerzas?

—Soy un líder nato, hermano.

—Estupendo —contestó, dirigiéndose ya hacia las murallas del norte—. Soldados con espadas y Thea, ¡venid conmigo! —ordenó sin molestarse en ver quién acataba.

Mató a todos los soldados enemigos que pudo mientras corría. Los decapitó, los derribó de la muralla, les cortó los tendones vulnerables y los dejó gritando en el suelo para que otra persona los rematara.

Era la brutalidad propia de una batalla.

Los escalones de piedra resbalaban por la sangre derramada.

—Mierda —masculló al detenerse tan pronto como alcanzó el perímetro del norte.

La muralla había desaparecido. O, por lo menos, la mitad de ella.

Las antorchas y las hogueras iluminaban el polvo que se elevaba en el aire y las masas de escombros que aplastaban a muchísimos hombres, tanto aliados como enemigos. Los atacantes irrumpieron en el patio del castillo a través de la muralla abierta.

Y en el centro vio a Audra, ondeando imponente las dagas en medio de la locura y derribando a enemigos.

—¡Hacia el agujero! —gritó Wilder, que ya estaba bajando las escaleras para defender las murallas interiores de Notos.

El espadachín no pensaba; tan solo se movía en aquel caos

absoluto, acuchillando, cortando y golpeando con las enormes espadas hacia los puntos débiles de las armaduras, los costados y los cuellos expuestos. Gracias a su proeza en el campo de batalla, alentó a las fuerzas que lo seguían y les inspiró valentía, pues luchaban con la Mano de la Muerte.

Wilder ladró órdenes a varios comandantes para que protegieran a los reyes y a la reina, para que se aseguraran de que estaban a salvo a cualquier precio, antes de precipitarse de nuevo hacia la contienda.

Se situó codo con codo con Audra, quien le lanzó una mirada desafiante.

—Dime que vuelva con mis libros, Hawthorne, venga.

Aun sin querer, Wilder se rio, con una risa de loco.

—Ni en sueños —contestó al acuchillar a un oponente—. Me alegro de que estés aquí. A veces olvido que eras una guerrera.

Audra mató a un hombre y luego a otro, provocando chorros de sangre.

—Es imposible olvidar quiénes somos en realidad, espadachín.

Dicho esto, salió disparada hacia otra dirección, dejando a su paso a soldados que suplicaban la muerte.

Wilder negó con la cabeza, asombrado, y siguió ondeando las espadas, guiado por los dones que le habían proporcionado las furias. De reojo vio a Thea luchando con la misma eficiencia y brutalidad que él. La había entrenado bien. Era excepcional, más que excepcional.

Su aprendiz, su guardiana, su amor, no vacilaba, no se contenía al asesinar a un enemigo tras otro, moviéndose como una bailarina mortal en medio del caos, transformándose ella misma en el caos al empuñar la espada y la daga.

Thea lo miró a los ojos en pleno combate con una sonrisa delirante abriéndose paso en su rostro, manchado de sangre. Wilder había estado en lo cierto cuando le dijo tiempo atrás: «Eres guapa así. Y me apuesto lo que quieras a que lo eres todavía más con un acero en las manos y la sangre de tus enemigos esparcida por la

cara».

Se juntaron en el campo de batalla, luchando lado a lado y espalda contra espalda. Los ruidos más lejanos del asalto se desvanecieron hasta que tan solo existían Wilder y Thea, el sonido del acero entre ellos y sus enemigos, los gritos de piedad que se sucedían a su paso. Los atacantes los rodeaban, pero ellos se movían como una sola y poderosa unidad, reduciendo a todo aquel que se interponía en su camino.

De repente, se oyó un grito y el olor a pelo quemado penetró el hedor de la batalla, un sabor que atenazó la garganta de Wilder.

Un segador había aterrizado en medio del patio.

Los escombros cayeron por todas partes y el suelo crujió. Los hombres gritaron cuando los hilos de obsidiana se desenrollaron del extraño cuerpo alargado de la criatura, cuyos cuernos proyectaban sombras bajo la luz de las antorchas. Era el segador más grande que Wilder había visto nunca, digno rival de aquellos que habían herido a Malik y a Tal durante la batalla de Islaton.

Y el monstruo tan solo tenía ojos para Thea. Olfateaba en su dirección como si pudiera advertir quién era en realidad y cuánto poder le recorría las venas.

A Wilder se le desbocó el corazón cuando regresaron a él imágenes de Malik y Talemir, y también de Thea, inerte y herida en el bosque Sangriento.

Respiró con dificultad. ¿Qué estaba pasando? En general, era capaz de mantener a raya las pesadillas provocadas por los monstruos, lo suficiente como para cercenarles la carne curtida, lo suficiente como para acabar con ellos.

La criatura siseó, y de su boca podrida brotó un lenguaje antiguo, palabras que él no comprendió, más allá de que prometían dolor y desesperación. Los ojos nublados y azules del segador se iluminaron al divisar a Thea, la única que le hacía frente, con una daga aferrada en una mano y una espada en la otra, contemplando la oscuridad que salía a borbotones de las garras del segador.

Wilder trastabilló hacia ella, pero el poder de ónice lo azotó y lo

mandó hacia la montaña de cuerpos que se habían acumulado sobre la piedra manchada de sangre.

El segador siguió contemplando fijamente a Thea y profirió un espeluznante siseo de ansia.

Thea no se amilanó. Tan solo hizo girar la espada a modo de invitación.

Wilder se mordió el interior de la mejilla. Podría haberse levantado de un salto, podría haberse abalanzado para situarse entre su aprendiz y el monstruo. Sin embargo, aquella no era su batalla, ya no. Por mucho dolor que le provocase y por mucho que tuviese el nombre de Thea en los labios, agarró la espada debajo de la empuñadura.

—¡Thea! —gritó entre las ruinas.

Y le arrojó la espada de acero naarviano.

Thea levantó una mano, lanzó a un lado su propia espada y atrapó la nueva por el mango. No le tembló el brazo ante el peso del arma, ni siquiera lo miró.

A su alrededor se hizo el silencio, a excepción de los ruidos lejanos del combate que se desarrollaba en el frente del sur. Allí, en el patio del castillo, ni un alma se movió; tan solo el segador, que rodeaba a Thea trazando un círculo.

La aprendiz tampoco se movió. Permitió que el monstruo la rodease, permitió que creyese que era una presa que la oscuridad podía capturar y devorar.

En cuanto la criatura atacó con las garras, Thea se movió con paso ligero. El acero naarviano brilló bajo la luz titilante de las antorchas al deslizar las armas por el aire Con la fuerza de un guerrero experimentado. Aparecieron espirales de oscuridad, extensiones del monstruo que amenazaban con atarle las extremidades y tensarla a fin de prepararla para la masacre, para el sacrificio.

Pero Thea giró y luchó con la fluidez y la elegancia del agua, y con el vigor implacable de un espadachín.

A continuación, golpeó una piedra y prendió fuego a sus armas.

Encolerizado, el segador siseó y se precipitó de nuevo hacia ella con las garras y espirales de magia por delante.

Wilder observó totalmente absorto cómo Thea lanzaba un golpe oblicuo al brazo extendido del monstruo, y la sangre negra y roja se derramaba sobre los adoquines. No se detuvo. Aprovechó la oportunidad y la ventaja que le proporcionaba la criatura sangrando, cuyos hilos de poder retrocedieron unos instantes a causa del dolor. Tras esquivar otro movimiento de las garras, propinó una cuchillada al torso del segador, rajándole las costillas con la daga para provocar que aquel engendro retrocediera tambaleándose con un grito.

Hecho una furia, el monstruo avanzó con sed de venganza.

Pero la cólera de Thea no era para menos. Aún con la piedra del destino al cuello suprimiendo su poder colosal, Wilder vio la tormenta que se gestaba tras sus ojos.

El segador se humedeció los labios como si pudiese paladear la tempestad que vivía en ella. Thea mantuvo la cabeza fría y dio un paso largo y casi relajado al costado con el pie de delante, un ritmo lento que incitaba a la criatura. El gesto añadió impulso al giro experto de caderas con el que levantó la espada gigantesca en un ángulo ascendente para hundírsela al segador entre las costillas.

La oscuridad estalló.

Wilder no rezó a las furias, no imploró a las fuerzas desconocidas de los reinos que protegieran a Thea a medida que las sombras se dispersaban y dejaban a la vista a su aprendiz. El espadachín se limitó a aguantar la respiración y a ver cómo la guerrera bailaba a las puertas de convertirse en una leyenda.

Thea arrancó la espada del torso del segador provocando un chorro de sangre. Se abalanzó sobre el monstruo tambaleante y lo derribó con estrépito entre los escombros y los cadáveres.

A continuación, le rebanó el cuello y le clavó la daga en las profundidades del pecho para cortar las duras capas de carne y huesos.

La criatura se sacudió, atragantándose con su propia sangre.

Pero las extremidades que agitaba se quedaron paralizadas

cuando Thea metió una mano en su torso y le arrancó el corazón del pecho.

Alrededor de Thea la gente estalló en vítores. Los hombres se adelantaron para levantarla y llevarla por las ruinas, era la victoria alentadora que todos necesitaban.

Wilder se tomó unos instantes para contemplar el triunfo de Thea desde lejos para ver la guerrera en la que se había convertido. Hasta que divisó a un conocido halcón dando vueltas en el cielo, y se le cayó el alma a los pies.

En el patio, Thea comenzó a vociferar órdenes a los hombres para que formaran de nuevo las filas y regresaran a la lucha al otro lado de la muralla, donde Vernich lideraba su propia unidad. Todos los soldados le hicieron caso, maravillados y aterrorizados. Wilder aprovechó la oportunidad para escabullirse y siguió a Terrence hacia las alas occidentales del castillo.

Allí vio a Seb, el patético intento de aprendiz de Vernich, empujando a jóvenes escuderos hacia un espectro sombrío para sacrificar las vidas de estos y salvar la suya.

«Puto cobarde».

El espectro chilló al atacar a los soldados menos experimentados con las garras, atravesando carne y huesos.

Wilder se abalanzó hacia delante. Era incapaz de comprender cómo aquel débil malnacido había conseguido superar la prueba de iniciación. Se acercó al monstruo y, con tres cortes, despojó al espectro del negro corazón.

Los pobres escuderos se dispersaron, pero Seb se quedó jadeando, con los ojos desorbitados por el impacto. Wilder sintió un sabor de repulsa en la lengua al observar al guardián, si es que se le podía llamar así.

—Te dije que no volverías a pisar Thezmarr. —Wilder blandió la espada y Seb abrió todavía más los ojos.

Pero un espadazo sería un final demasiado rápido.

Wilder alargó una mano, cogió a Seb del cuello y lo levantó del suelo.

—Nunca he entendido por qué estás en la fortaleza. No se te da mal manejar una espada —murmuró pensativo, apretando lo suficiente para ver cómo al joven se le tensaban los tendones del cuello y le subían los colores—. Pero no tienes valentía ni agallas. —Aplicó más presión. Las patadas de Seb se iban debilitando—. Tu tío está vinculado al gremio, pero tú… ¿qué papel juegas?

Aflojó el agarre y sintió que Seb tragaba saliva.

—¿Y bien?

Seb jadeó en busca de aire y golpeó la mano de Wilder.

—Mi tío…

—¿Tu tío qué?

—Quiere tener ojos en Thezmarr. Quiere que yo… —cogió aire con dificultad— escale posiciones. Y que algún día… sea el maestro del gremio.

Wilder no lo pudo evitar. Soltó una siniestra carcajada antes de volver a apretar con la mano.

—Le haría un favor al mundo si te matase ahora —le soltó Wilder, deleitándose con la desesperación que enrojecía los ojos de aquel imbécil. Se imaginó apretándole la tráquea hasta que la luz le abandonara los ojos y sus pies dejaran de moverse. Era lo que merecía—. Pero no soy yo quien debe darte muerte.

Wilder lo arrojó como si fuera un saco de trigo, y Seb se desmayó en el suelo.

—Imbécil —masculló. Lo dejó ahí al volver a ver a Terrence en lo alto.

La batalla se había extendido hasta las afueras del castillo, pero el enfrentamiento carecía de fuerza y de ánimo; los humanos de ambos bandos estaban agotados. Así era la guerra.

Terrence ascendió hacia las estrellas para guiar a Wilder cada vez más lejos del latido incansable de la contienda, rumbo a un campamento de los márgenes de la ciudad.

Bajo la protección de los árboles y de la oscuridad, a Wilder estuvo a punto de parársele el corazón.

Detrás de la primera hilera de pinos se alzaba una jaula de acero.

Había guardias apostados alrededor. Por lo que parecía, eran algunos de los mejores guerreros de Tver. Wilder apretó los dientes al verlos. Los soldados vigilaban a unos prisioneros en lugar de defender la vida de su propia gente.

El espadachín entrecerró los ojos al atisbar lo que contenían los barrotes de la jaula.

Eran semiespectros.

Había decenas de ellos. Estaban apiñados, ensangrentados y magullados, algunos incapaces de tenerse en pie. A Wilder se le aceleró el corazón al barrer los rostros en busca de uno en particular, uno que conocía tan bien como se conocía a sí mismo. Sin embargo, estaba demasiado oscuro.

Lo único que sabía era que las almas que estaban en la jaula ya habían sido condenadas a la tortura o a la muerte.

A lo lejos sonó un estruendo.

Wilder se giró hacia el campo de batalla con hormigueos en la piel y el corazón en un puño.

La unidad tverrense desaparecida acababa de hacer acto de presencia. Y se había sumado a las filas enemigas.

No quedaba nada de los soldados humanos que habían abandonado su ciudad para protegerla. En su lugar había monstruos mutilados de oscuridad, con espuma en la boca al clavar las garras en los hombres que defendían Notos, los hombres que habían sido sus compañeros.

Al fin, Wilder vio lo que había sabido en lo más hondo de su ser desde que habían puesto un pie en la capital. Las fuerzas del mal habían esperado día y noche a que los ejércitos de los mediorreinos se reuniesen en un solo lugar.

Para exterminarlos a todos.

Los soldados eran presas fáciles, a la espera de que descendiera una oleada de oscuridad.

CAPITULO 41

THEA



El estruendo a lo lejos sacudió la tierra bajo sus pies, haciéndole vibrar los huesos. Thea luchaba en los campos embarrados al norte del castillo, liderando una pequeña unidad entre el caos. Wilder no estaba por ninguna parte, pero Vernich el Carnicero estaba desangrando al ejército enemigo en la vanguardia. Puede que fuese un cabrón de la cabeza a los pies, pero el espadachín se abalanzaba sobre sus oponentes con una ferocidad que ella jamás había presenciado.

Otro estruendo resonó en el campo de batalla, y Thea levantó la vista, con los ojos entornados hacia el cielo oscuro y el mar, intentando divisar el Velo de noche. Pero allí no había más que absoluta negrura, y Wren debía de estar por alguna parte, intentando reparar el desgarro del muro de niebla con Farissa.

Thea bloqueó un golpe a su costado con la espada de Wilder y destripó a su atacante con la daga. ¿Dónde estaba? No era propio

de él alejarse del fragor de la batalla.

Miró a su alrededor. Bajo la luz de varias hogueras y antorchas se desataba la anarquía de la guerra. El aire apestaba a sangre, a vómito y a mierda, y los hombres yacían moribundos entre sus propios excrementos. Los soldados con extremidades mutiladas o con las entrañas medio desparramadas estaban sentados en el barro, temblando y aturdidos mientras alrededor se sucedían los sonidos metálicos del acero.

Otro par de espectros aterrizaron, y Vernich se abalanzó contra ellos.

Thea lo siguió de cerca.

El espadachín tan solo gruñó sorprendido al verla y siguió luchando.

Todas las lecciones que le había enseñado Wilder se apoderaron de ella, y Thea se movió igual que Vernich: como una guerrera, como una espadachina. Juntos alejaron a los espectros de sus compañeros.

Vernich se volvió loco y les despedazó las extremidades. Incluso llegó a morderle el hombro a un espectro que intentaba atacarlo con las garras. El mayor de los espadachines escupió sangre negra al suelo y siguió golpeando…

Hasta que una quietud antinatural envolvió la batalla.

Y Thea comprendió por qué.

Por los uniformes que vestían, daba la impresión de que la fuerza tverrense desaparecida había regresado.

Pero habían cambiado muchísimo.

No eran espectros ni semiespectros, sino una mezcla deformada y mutilada. Tenían el cuerpo retorcido y curtido bajo la armadura. A Thea le recordó a las enredaderas plagas que había visto.

De repente, Wilder apareció entre la legión de los mediorreinos y la unidad de monstruos que avanzaba. Levantó la espada para dar la bienvenida a la violencia del enemigo, una figura solitaria preparada para contrarrestar la fuerza de los oponentes.

—No —jadeó Thea con el corazón constreñido. Se giró hacia sus

propias unidades—. Volved a formar las filas —gritó—. ¡Volved a formar las filas, joder!

Los monstruos se abalanzaron sobre Wilder con un rugido.

Incluso desde lejos Thea pudo ver la espuma que tenían en la boca y el brillo salvaje de sus ojos.

—¡Thea! —exclamó una voz que le resultó familiar—. ¡Thea!

Histérica, miró alrededor y encontró a Kipp corriendo hacia ella.

—¿No deberías estar en la muralla?

—Sí, pero he visto una oportunidad.

—Habla deprisa, Kipp —le exigió al ver cómo el espacio que separaba a su espadachín del enemigo se reducía cada vez más.

—Atráelos hacia nosotros —propuso él sin aliento, señalando a un puñado de caballos inmovilizados por escuderos en los flancos de la batalla—. Y luego lárgate de aquí.

—Kipp, necesito que me des más detalles.

—Confía en mí.

—Kipp…

—No hay tiempo. Llévate a cinco hombres, a diez como mucho, y atráelos hacia aquí, hacia el aire libre. Esyllt y yo nos encargaremos del resto.

Thea respiró hondo y se tragó el nudo de miedo que tenía en la garganta.

—Muy bien. Te haré caso.

Kipp ya se había alejado.

La oleada de monstruos cayó sobre Wilder.

Las palabras de Torj de la batalla de entrenamiento que llevaron a cabo en las Llanuras de Orax regresaron de nuevo hasta su mente: «Ser un verdadero guardián de los mediorreinos no implica odiar al mal que tenéis delante, sino amar las tierras y a la gente que tenéis detrás. Recordad que no hay gloria alguna en no caer, sino en levantaros del caos tras caer».

Thea contuvo el pánico en la boca del estómago al congregar a un pequeño grupo de guerreros para su causa, y montaron sobre los caballos que Kipp le había señalado. Acto seguido, cargaron contra

las criaturas mutiladas.

Unos chillidos guturales llenaron el aire cuando los monstruos advirtieron el ataque, y las bestias enseguida se abalanzaron hacia ellos.

Pero Thea cabalgó directa hacia Wilder.

Era imposible discernir qué sangre era suya y cuál pertenecía al enemigo. El espadachín se subió sobre la yegua y se acomodó en la silla tras ella, rodeándola con el cuerpo, como de costumbre.

—¿Qué pasa? —le preguntó el guerrero.

—Es idea de Kipp. Aguanta —repuso Thea al tiempo que giraba al caballo hacia el caos que se desataba alrededor de su unidad—. ¡Retroceded! —gritó—. ¡Retroceded ya!

Su caballo echó a galopar con los dos encima, levantando barro y dirigiéndose hacia el límite del campo de batalla. Rezó por que los demás la hubiesen seguido.

—¡Ahora! —oyó que exclamaba Kipp.

Thea giró la cabeza y vio a dos enormes caballos de carga trotando a ambos lados del campo de batalla, con una gruesa cadena entre ambos. Avanzaban a toda velocidad hacia el enemigo.

La cadena atravesó a los monstruos como si fuera un cuchillo caliente cortando mantequilla.

Thea reconoció las consecuencias de la alquimia enseguida. Habían aplicado a la cadena algo preparado por Wren, sin duda. El orgullo le hinchó el pecho al pensar en el ingenio de su hermana.

Se sobresaltó cuando cayó una descarga de flechas, que mató a muchos de los soldados de la unidad maldita de Tver.

—Pues no está nada mal —masculló Wilder tras ella.

El orgullo de Thea se incrementó más todavía. Era un gran elogio procedente de un espadachín y, aun en medio de la carnicería, tomó nota mental para comentárselo a Kipp.

Pero la calma no duró demasiado.

Los azotó una potente ráfaga de viento, ante la que Thea tuvo problemas para mantener el control de su caballo. Wilder alargó los brazos y aferró las riendas justo a tiempo para que los dos siguiesen

sobre la silla de montar cuando el pobre animal se encabritó.

Unas sombras cruzaron el campo de batalla.

Por todas partes había hombres de rodillas, gritando. Se estaban enfrentando a sus peores temores, a las pesadillas que los acechaban cuando dormían, y resultaba imposible separar la realidad de los sueños. Thea lo había visto con Wilder en las ruinas de Delmira. Los soldados siguieron chillando, algunos arañándose la cara, otros golpeándose la cabeza contra el suelo con la esperanza de poner fin a la tortura.

Fue entonces cuando tres segadores se adelantaron de la masa negra ondulante que envolvía el centro de todo aquel sufrimiento.

Thea intentó espolear a su yegua con las rodillas y con los muslos, pero el animal no se movía; no era un semental tverrense. Al final, decidió desmontar de un salto y echar a correr hacia el segador que estaba más cerca.

El monstruo se disponía a atacar a un soldado encogido de miedo, con las garras preparadas para perforar armadura y carne, como otro le había hecho a ella tiempo atrás. Había incapacitado a la bestia con su magia, pero no quería arriesgarse a intentarlo de nuevo. ¿Y si arrasaba todo el campo de batalla, además de a todos los allí presentes, hombres y monstruos?

Optó por blandir la enorme espada de Wilder de acero naarviano, y el segador pareció detectar su presencia.

Lentamente, se volvió para mirarla. Olfateó, tal como su semejante había hecho, como si pudiera percibir la magia que le recorría las venas, a pesar de llevar la piedra del destino tratada con alquimia.

—Olfatea tanto como quieras —le dijo entre dientes—. Te destriparé como a tu amigo.

Un latigazo de oscuridad se dirigió hacia ella, pero estaba preparada.

Lo rebanó como si estuviera cercenando una extremidad…

Y de pronto Cal y Kipp saltaron delante de Thea.

—¿Qué coño hacéis? —gritó empujando a sus dos amigos—. Ni

siquiera tenéis armas de acero naarviano.

—Pues danos la tuya —saltó Cal, con los ojos como platos al ver al segador observándolos.

—Eres una princesa de Delmira, Thea. —Kipp se colocó entre el monstruo y ella—. Es nuestro deber protegerte.

—No necesito protección. —Rodeó a sus amigos a tiempo para bloquear el latigazo de otro bucle oscuro—. Y no soy ninguna princesa.

Thea se abalanzó sobre el segador.

El monstruo provocó un estallido de oscuridad que los tiró a todos sobre el barro.

—Ahora no es el momento de estas chorradas —gruñó Wilder, con el corazón de otro segador en el puño. Lo lanzó a un lado y ayudó a Thea a levantarse, con manos resbaladizas por la sangre—. Cal y Kipp, un noble esfuerzo por vuestra parte, pero vuestras fortalezas son otras. La princesa sabe defenderse sola.

Thea podría haberlo besado allí mismo.

—Tiene razón —resopló Torj—. Cal, ve con los arqueros. Hay que reorganizar el grupo. A ver si podéis recuperar flechas de los muertos. Kipp, joder, tú ve con Esyllt. El maestro armero no necesita que nadie te arranque la cabeza.

De no haber sido por el segador que avanzaba hacia ellos, Thea se habría echado a reír al ver a sus dos amigos haciéndole un tímido saludo militar antes de salir disparados hacia el castillo. Tenían muy buenas intenciones, pero erraban al preocuparse por ella.

Se giró para enfrentarse al monstruo y volvió a cuadrar los hombros. ¿Cuántos corazones más iba a tener que arrancar antes de que terminase la batalla? ¿De cuántos se había apoderado Talemir Starling antes de que los mediorreinos lo apodaran el Príncipe de los Corazones?

Un azote de oscuridad voló hacia ella.

Thea lo esquivó, Torj lo partió con la espada y Wilder atacó al segador.

Durante unos segundos, a Thea se le nubló la visión y vio a la

Hija de la Oscuridad, que la fulminaba con la mirada con el ojo sano, contemplándola hasta el alma como si estuviese delante de ella. Una oleada de pena indescifrable la embargó y estuvo a punto de absorberle todo el aire de los pulmones. Thea no entendía qué le causaba esa desazón, tan solo sabía que la experimentaba en lo más hondo del pecho.

La Hija de la Oscuridad desapareció de repente, y Thea se abalanzó sobre el segador. Saltó sobre el cuerpo fibroso del monstruo como un animal enfurecido e ignoró el latigazo de poder de ónice y el dolor que le ardía en la piel expuesta. Se aferró al torso grotesco del segador y olvidó a los espadachines en plena refriega al empuñar la daga y acuchillar una y otra vez al monstruo en el cuello, cuya sangre brotaba como una fuente. Thea sabía que así no lo mataría, pero en esos instantes no quería darle el don de la muerte. Quería que la bestia sufriese, que chillase por culpa del castigo que le infligía.

Torj y Wilder le hicieron cortes en las piernas por detrás, y Thea se desplomó con la criatura sobre la tierra embarrada. Lanzó un corte tras otro al cuerpo ya ensangrentado hasta que el pecho del monstruo se abrió bajo sus manos y pudo rebanar la carne, los músculos y los cartílagos para acceder a la masa negra palpitante que latía en el fondo. Jadeando, se lo arrancó del cuerpo.

Cuando la adrenalina se evaporó, a duras penas se reconoció a sí misma.

Al mirar alrededor, vio a un espectro yendo hacia Wilder, que se había desplazado para ocuparse de otro segador. Thea cogió una lanza de un cadáver cercano y la lanzó con todas sus fuerzas; ensartó a la criatura y la clavó al suelo antes de saltarle encima y arrancarle el corazón también.

Notaba los ojos de los suyos fijos en ella y sabía que debía de parecer un animal salvaje, cubierta de sangre y de vísceras, abalanzándose sobre los monstruos con desenfreno. Le daba igual. Para eso había nacido y, al observar lo que la rodeaba, se dio cuenta de que estaban ganando, por lo menos en el frente del norte.

En cuanto atravesó a otro espectro, en las almenas se alzaron vítores de alegría.

Thea miró alrededor para ver lo que habían conseguido hacer los heroicos Wilder y Torj, pero se dio cuenta de que los dos espadachines la estaban observando a ella.

Los vítores de los guerreros del castillo eran por ella.

Casi negó con la cabeza, sin llegar a creérselo. ¿Pasar de una simple alquimista a eso…? Desde las murallas chillaron algo, pero Thea ni lo captó ni le dio importancia. Se limitó a levantar el brazo cansado con el que sujetaba la espada, y los hombres vitorearon de nuevo.

Wilder llegó hasta ella.

—¿Estás bien? —le preguntó, con los ojos plateados brillantes y alerta al barrer el campo de batalla, mucho más tranquilo ya.

Thea supo que tenía cortes y rasguños en varios sitios, pero la conmoción de lo ocurrido era tan intensa que todavía no sentía nada.

—Sí. ¿Y tú?

—También —respondió. La sujetó por los hombros para mirarla con seriedad—. Tengo que ir hacia la muralla del sur…

—Te acompaño.

—No. —Wilder negó con la cabeza—. Aquí eres más útil. Los hombres te hacen caso. Necesitamos a alguien que defienda esta muralla, y Torj debe ir a supervisar a los arqueros con Cal.

—¿Y Vernich…?

—Está yendo a ver cómo están los gobernantes.

—¿Estás seguro? —El estómago le dio un vuelco.

—¿De lo de Vernich o de dejarte al mando del norte?

—De las dos cosas.

—Segurísimo —murmuró con firmeza y bajó los ojos hasta sus labios.

A Thea se le aceleró el corazón.

—No me puedes besar aquí… —Era casi un desafío.

—Ya lo sé.

Se dispuso a devolverle la espada, pero Wilder la rechazó.

—Te quiero —le dijo.

Con escozor en los ojos, Thea se preguntó si al fin se le estaban pasando los efectos de lo sucedido.

—Yo también te quiero.

Su espadachín echó a caminar hacia el castillo, pero vaciló y se medio giró hacia ella.

—Estás preparada, ¿eh?

—¿Preparada?

—Para el Gran Rito. Cuando sientas la llamada, ve. Déjalo todo y ve. Saldrás de la prueba siendo espadachina. La mejor de todos nosotros.

Thea se quedó boquiabierta.

Para cuando algo parecido a las palabras se formó en su lengua, Wilder ya se había marchado.

Thea se recompuso y respiró hondo, expandiendo los pulmones hasta el máximo. Limpió con la hierba el barro que le manchaba la espada y, pensando a toda prisa, examinó a los hombres que esperaban sus órdenes. Era lógico reformar líneas defensivas a lo largo del perímetro agujereado, y quizá enviar a un puñado de exploradores al sur si encontraba a alguien lo bastante valiente; era lo que haría Kipp.

—Que alguien me dé un catalejo —exclamó.

Para su sorpresa, un escudero le colocó uno en la mano tendida casi al instante. Sin embargo, antes de dar más órdenes, un trueno ensordecedor surcó los aires y un rayo de luz blanca brillante cruzó el cielo.

El Velo se estremeció.

Un segundo rayo apareció e iluminó el enjambre de espectros sombríos que emergían del desgarro reparado a medias del muro de niebla.

—Wren… —A Thea le fallaron las rodillas.

Con temblores en las manos, se llevó el catalejo a los ojos a tiempo para ver otro rayo iluminando la base del Velo, donde una

barca pequeña se mecía en las aguas oscuras y revueltas.

La barca estaba vacía.

Wren había desaparecido.

CAPITULO 42

THEA



Alguien se puso a chillar. Un grito ensordecedor y desgarrador partió la noche.

Thea se dio cuenta de que el grito lo había proferido ella misma.

Y echó a correr, golpeando la tierra con las botas, con la respiración entrecortada y superficial.

Arrojó el catalejo y corrió en la oscuridad, con breves resplandores de la tormenta que anunciaba lo que ya sabía… Estaba demasiado lejos. Wren ya se había ido. Aun así, ella se precipitó hacia el mar, hacia el Velo, pues se negaba a reconocer el puño de pánico que le constreñía el pecho y el repugnante peso del miedo.

El mundo se emborronó. Al principio pensó que estaba corriendo tan deprisa que le caían lágrimas por los ojos y que el viento la azotaba y le quemaba en las mejillas, pero…

No. Eran las sombras, que se arremolinaban a su alrededor.

Unos hilos de poder oscuro la envolvieron y la amarraron con

volutas de obsidiana y con un latido de magia caótica. Thea intentó chillar y se dio cuenta de que estaba cayendo, viajando por el espacio y la distancia, y de que la tierra ya no era sólida bajo sus pies.

Agarró la espada de Wilder y la daga de Malik y cortó las espirales de oscuridad en vano. Aquellas sombras eran susurros, apenas tangibles. Con el corazón desbocado, se prometió a sí misma que, cuando regresara a tierra firme, mataría hasta al último puto monstruo; les arrancaría el asqueroso corazón con los dientes si hacía falta.

La caída duró todo el tiempo del mundo y nada de tiempo, jugueteando con la noción de la realidad de Thea. Cuando al fin cayó al suelo, no sabía cuántas horas o minutos habían transcurrido.

Esperaba respirar el olor agrio a pelo quemado y sentir el latigazo del poder de ónice sobre la piel. En cambio, le llegó el olor a pino. Cogió aire y se puso en pie tambaleándose para mirar alrededor, histérica.

Durante unos segundos, le llamó la atención un halcón familiar, posado en la rama de un árbol. «¿Qué demonios hace Terrence aquí? Se supone que es un aliado…».

No pudo obcecarse con el pájaro. Flexionó los dedos alrededor de las armas. «¿Qué cojones ha pasado? ¿Dónde estoy…?».

Se encontraba en un claro del bosque, pero era imposible saber a cuánta distancia estaba de la batalla. Las sombras la habían absorbido en plena carrera y la habían trasladado hasta allí, dondequiera que estuviera ese lugar.

Era un lugar donde el aquí dejaba de tener importancia.

Una antorcha sobresalía del suelo e iluminaba a tres siluetas que estaban junto a los árboles, observándola.

Era Anya. A la que había visto en su visión: la Hija de la Oscuridad, con las alas plegadas tras de sí. Un general alado estaba a su lado. Y también Wren, inmovilizada entre ambos con ataduras de magia sombría.

La oscuridad brotaba de Anya, y la magia de Wren crepitaba

débilmente, un frágil intento por contrarrestarla. Sus ojos irradiaban disculpas y le imploraron a su hermana que huyese.

Pero Thea estudió a la hija de la Oscuridad. La mujer era aún más fiera en persona, quizá unos cuantos años mayor que ella. La cabeza rapada hacía que los ángulos de su rostro fuesen mucho más duros y hacía resaltar más si cabe la cicatriz irregular que le atravesaba el ojo derecho. Su armadura goteaba sangre y le manchaba las alas plegadas. Tenía las armas enfundadas en el costado, pero, con tanto poder en la punta de los dedos, no parecía que las necesitase.

—¿A qué estás esperando? —le dijo Anya con una voz áspera que le resultó curiosamente familiar—. Ven a buscarla.

El desafío le dio un vuelco al corazón. Ver a Wren atrapada en medio de aquello la ponía enferma, pero alzó la espada y dio un paso hacia su enemiga. Debía de ser una trampa. ¿Por qué si no se habrían llevado a Wren y la habrían atraído hasta ese sitio?

Trampa o no, se encontraban allí, y Thea estaba dispuesta a ponerle fin de una manera u otra. Blandió el arma con gesto amenazador.

Divertida, la mujer soltó un resoplido.

—No, no. Con eso no. —Con un movimiento de muñeca, la oscuridad se abalanzó hacia Thea, más poderosa que cualquiera de los segadores, más poderosa que nada que ella hubiese sentido antes. El latigazo de magia de ónice la desarmó y arrojó tanto su espada como su daga lejos de su alcance. Las armas cayeron al suelo del bosque con un golpe seco—. Tienes un arma mucho más fuerte a tu disposición, ¿verdad, Althea? —añadió la mujer, expectante.

—¿A ti qué más te da? —Thea tragó saliva.

—Me sorprende que tu espadachín no te lo haya contado —contestó la Hija de la Oscuridad.

Con aquel simple comentario, la mujer la informaba de que sabía más cosas de las que Thea era capaz de imaginar. «Tu espadachín».

—Llevo meses buscándoos a tu hermana y a ti —prosiguió la

mujer—. No lo he escondido en ningún momento.

Thea asimiló aquellas palabras e intentó no doblarse bajo el peso de un secreto que le habían ocultado, intentó no mostrar sorpresa.

—Llevo muchísimo tiempo buscándoos. —Tras pronunciar esas últimas palabras, la oscuridad que la rodeaba se intensificó, como si hubiera reunido fuerzas, y se congregó alrededor de Wren.

Un débil grito de terror brotó de los labios de Wren, y Thea no pudo soportarlo más.

Se arrancó del cuello la piedra del destino tratada con alquimia y la lanzó al suelo.

Su magia la inundó como la ola de una marea y amenazó con ahogarla. Llenaba todo su cuerpo, brutal y devastadora, hasta el punto de que se tambaleó bajo su peso.

«¿Soy más poderosa que antes?», se preguntó, distraída, cuando los rayos le recorrieron las venas y crepitaron en la punta de sus dedos.

No sabía qué aspecto tenía para el enemigo, pero la expresión de asombro de Wren fue lo bastante reveladora. Desde donde estaban, notaban el flujo de su magia, presentían la llegada de una inminente tormenta.

Thea observó los rayos de luz que bailaban entre sus dedos y luego a la Hija de la Oscuridad, que sonreía envuelta por sus espirales de sombras.

Thea le lanzó un relámpago a Anya, dirigiéndolo hacia el pecho de aquella zorra.

La oscuridad engulló el brillante rayo de luz blanca.

Pero aquello no la detuvo. Arrojó un relámpago tras otro hacia la mujer y hacia su general; era una distracción, ya que estaba recurriendo a su propio interior para alcanzar el núcleo de su poder. Encontró un hilo, el mismo que llamaba al cielo, no solo a la magia que ya poseía.

Tal vez no tuviera experiencia, tal vez tan solo empuñase un poder en su forma más bruta, pero no tenía por qué ser perfecto. La rabia ya la había guiado en anteriores ocasiones. Y volvería a

hacerlo. Debía liberar a Wren de aquellas ataduras.

El viento se levantó a su alrededor y en el cielo resonó un trueno. El suelo del bosque rugió bajo sus pies a modo de respuesta. Thea sintió la vibración en el pecho, una vibración que daba vida a más magia, una forma de caos reconociendo a otra similar.

La empoderó, la liberó y llevó hasta la superficie la última parte de su ser, la parte que llevaba casi veinticinco años ocultando.

El cielo se partió y la lluvia cayó sobre ellos. El relámpago de Thea surcó los aires y arremetió contra las espirales de obsidiana. No se contuvo.

El enemigo ya sabía quién era ella, quién era Wren, pero no importaba. Ya no. Lo que importaba era el poder que brotaba de Thea, y que se alzaba entre la Hija de la Oscuridad y su hermana. Thea no permitiría que se la arrebatasen.

Lanzó un rayo de luz que sacudió el mundo entero.

Pero en el rostro de Anya no apareció ningún miedo, tan solo una expresión de triunfo cuando la tormenta arreció a su alrededor.

—Ahora ya lo sabemos con seguridad —dijo.

—¿El qué? —gruñó Thea mientras enviaba otro relámpago hacia la cara de esa mujer.

La oscuridad adoptó la forma de un escudo y resistió el embate del rayo.

—Que hace años que la magia de las tormentas pasa de generación en generación en la familia delmiriana —respondió Anya, y miró a su general con complicidad—. Es igual de poderosa en cada una de nosotras.

«Nosotras». Aquella palabra golpeó a Thea como si de un puñetazo se tratara.

El general de Anya asintió y extendió un brazo hacia Wren…

De repente, una flecha llameante voló por los aires.

El semiespectro soltó un grito de dolor y miró hacia abajo, hacia la flecha que le sobresalía del pecho.

Thea se giró. Esperaba ver a Wilder cargando hacia ellos, pero era Cal, con otra flecha ya preparada en su arco.

El general se tambaleó y cogió con las manos el extremo de la flecha.

—Déjala ahí, idiota —maldijo la Hija de la Oscuridad, y empujó a Wren para acercarse al monstruo. Las ataduras que rodeaban a Wren se esfumaron, se desvanecieron en la noche como cenizas llevadas por el viento. Wren se dirigió hacia Thea; no, hacia sus armas.

Otro relámpago crepitó en los dedos de Thea, que apuntó hacia la mujer para lanzarle otro rayo y acabar con ella de una vez por todas.

Sin embargo, Anya pareció presentir sus intenciones.

Levantó la vista, con el brazo del semiespectro alrededor del cuello, y fulminó a Thea con el ojo sano. En ese ojo había algo que le puso a Thea el vello de punta…

Otra flecha llameante voló hacia ella, pero fue engullida por una nube de oscuridad que se arremolinó alrededor de los dos semiespectros. Mientras el poder latía en torno a todos, Anya siguió sosteniéndole la mirada.

—¿No te acuerdas de mí? —le preguntó acercando una mano a algo que Thea no había visto que le colgaba del cuello.

Un collar de flores.

Rozó los pétalos antes ele que unos relámpagos le bailaran en la punta de los dedos.

Thea soltó una exhalación; no se había percatado de que había dado un paso hacia aquel poder familiar que la llamaba.

—Pensaba que ibas a reconocer a tu propia sangre, hermana —exclamó Anya.

«Hermana». El suelo pareció sacudirse bajo sus pies. Aquella palabra atravesó los muros que había erigido a su alrededor y destrozó cualquier noción del pasado resonando con una nota de innegable verdad.

—¿Hermana? —jadeó Thea. Un escalofrío le bajó por la columna. La magia se apagó a su alrededor y la tormenta que se reunía en el cielo se alejó.

Thea dirigió su mirada de Anya a Wren. Las tres se contemplaban unas a otras, como si hubiese relámpagos que quisieran golpear al mismo punto.

Las sombras se volvieron más profundas y comenzaron a dar vueltas, sumidas en la corriente de un vendaval.

—«Ten cuidado con la furia de alguien de Delmira…» —murmuró la Hija de la Oscuridad antes de llevarse a su general y desaparecer en la oscuridad.

Un ligero grito arrancó a Thea de su trance, y se abalanzó hacia Wren, que estaba de rodillas en el barro. Thea se detuvo a su lado, donde enseguida llegó Cal también.

Con escalofríos en toda la piel, observó a su hermana, pálida y temblorosa, calada hasta los huesos. Wren le tendió los brazos. No había rastro de venas ennegrecidas ni de sombras. Los semiespectros no le habían clavado las garras. Wren era la de siempre, pero, como era natural, estaba perpleja. Thea supo que era probable que ella también lo estuviese.

Le pasó un brazo sobre los hombros, necesitaba asegurarse de que Wren estaba allí, de que estaba entera.

Wren comenzó a balbucear con castañeos en los dientes.

—No… Farissa y yo no… Casi habíamos reparado el desgarro, pero al otro lado del Velo había un enjambre de espectros que intentaba cruzarlo con su magia. Farissa se ha caído por la borda de la barca, y sin su ayuda yo no… no he podido contenerlos. —Sorbió por la nariz.

—No es tu culpa —le dijo Thea.

Cal las observaba horrorizado.

—Sí que lo es, Thea… No he podido contenerlos, no he podido arreglar todo el desgarro. Y, cuando lo han atravesado, he usado mi magia. No era mi intención. Recuerdo que Hawthorne dijo que los atraía, pero…

—No te ha quedado más opción, Wren. Te estabas defendiendo.

—Pero eso no lo justifica. Debería haber dejado que me llevasen en lugar de permitir que cruzaran el Velo.

—No. Esa opción no está nunca encima de la mesa, ¿me has oído? —Thea hablaba con rotundidad. La furia latía junto a su magia incontenida—. No pueden llevarte con ellos. No lo harán jamás.

Cal dio un paso atrás con el miedo grabado en su cara.

Pero Wren miró a Thea al asimilar la espantosa verdad.

—Thea… Lo que ha dicho… Lo que te ha llamado…

Aquella palabra se reproducía en su mente, pero no podía verbalizarla, no quería. Optó por repetir otra frase.

—«Ten cuidado con la furia de alguien de Delmira…». —La bilis le ardía en la boca de la garganta—. No se refería a mí —rugió—. Se refería a ella.

Collares de flores sujetos por manos pequeñas.

El susurro de una tormenta en el viento.

—Lo sientes en los huesos, ¿a que sí? —murmuró Wren con voz temblorosa—. Sabes que lo que ha dicho es verdad.

Thea no quería admitirlo, pero conocía a la Hija de la Oscuridad. Conocía a Anya. Y no solo de sus visiones, sino de una vida anterior.

«A LA SOMBRA DE UN REINO CAÍDO, EN PLENA TORMENTA,
UNA HIJA DE LA OSCURIDAD EMPUÑARÁ UNA ESPADA
EN UNA MANO Y CON LA OTRA REGIRÁ LA MUERTE.
CUANDO LOS CIELOS SE OSCUREZCAN,
EN EL FIN DE LOS DÍAS, EL VELO CAERÁ».

La pena y la desesperación del rostro de Wren tiraron del hilo de reconocimiento que había comenzado a desenredarse en el interior de Thea desde que vio por primera vez a la Hija de la Oscuridad.

Y ese ojo intacto, que era de un tono verdoso único, idéntico al suyo y al de Wren.

«¿No te acuerdas de mí?».

Thea se acordaba de ella, sí.

Las unían la sangre y las tormentas.

Fue la magia de Anya la que había atraído a Thea y a Wren fuera de El Zorro Feliz de Harenth. Fue el relámpago de Anya el que las había llamado.

Anya, la Hija de la Oscuridad, la enemiga de todos ellos, era la auténtica heredera de Delmira.

CAPITULO 43

WILDER



A Wilder las consecuencias de una batalla siempre le sabían a ceniza, independientemente del resultado de la contienda. Mientras recorría los campos cubiertos de sangre y oía los gritos de los heridos, el hecho de que las fuerzas de los mediorreinos hubiesen vencido resultó vano. Se habían alzado con una victoria, pero por los pelos, y el precio que debían pagar era muy alto.

Tras el paso de una guerra, siempre aparecía el discordante contraste entre la alegría de los supervivientes y la realidad de los muertos. El hedor intenso y pútrido a muerte, a sangre, mierda y vómitos, se adueñaba del aire; entretanto, los vivos abrían y compartían barriles de cerveza.

Wilder estaba acostumbrado a la sangre, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que había presenciado a gran escala la pérdida de vidas humanas. En lo que respectaba a matar monstruos, siempre había un elemento de disociación. Sin embargo, cuando los compañeros gritaban de agonía y cuando su propia sangre manchaba la tierra, costaba mantener el mismo nivel de distanciamiento, aun siendo un espadachín.

Buscó a Thea con la mirada, pero no había ni rastro de ella. Se le formó un nudo en el pecho al pensar en las últimas palabras que le dirigió y en que no había podido besarla cuando quiso. Se rebeló contra aquel pensamiento. Enseguida la vería y podría hacer mucho más que besarla.

Pero, por el momento, había trabajo que hacer. Con fría eficiencia, se dispuso a acabar con la vida de aquellos que yacían moribundos en el campo de batalla. No había nada que hacer por ellos, y una muerte rápida era un acto de piedad que le regalaría a cualquier compañero suyo.

Las distintas unidades de los mediorreinos se reunieron para quemar a los muertos. Wilder observó las gruesas columnas de humo que se elevaban bajo los tonos dorados del comienzo del alba.

La batalla había durado buena parte de la noche, y un rojo amanecer salía por el horizonte. Habían instalado una tienda médica en el extremo del campamento de guerra, adonde se dirigió para ver si podía ayudar de alguna manera.

Lo alarmó encontrar a Farissa en la tienda. La pobre alquimista estaba medio ahogada, asistida por una preocupadísima Audra. Wilder enarcó una ceja. Nunca había visto a Audra así de inquieta, pero, por lo visto, cuando se trataba de Farissa, estaba dispuesta a hacer una excepción.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras apartaba la lona de la tienda y entraba en el interior abarrotado.

Las dos mujeres lo miraron con cara de sorpresa.

—¿No lo sabes? —repuso Audra, observándolo con seriedad.

Un agujero de temor se abrió dentro de Wilder al oír esas palabras.

—¿Qué ha pasado? —repitió.

Con el ceño fruncido, Audra se apresuró a contarle lo que había ocurrido junto al Velo, que Farissa se había caído de la barca y había dejado a Wren a merced del enjambre de espectros sombríos. A Wilder se le entrecortó la respiración. Había sido él el que había animado a Thea a dejar que su hermana intentase llevar a cabo

aquella locura. Le había dicho que todo el mundo tenía un papel que desempeñar.

—Otra unidad de alquimistas se dirige ya hacia el Velo para intentar reparar el resto —le informó Audra.

Pero en esos instantes a Wilder le traían sin cuidado las demás alquimistas.

—¿Habéis visto a Thea y a Wren? —les preguntó, sin poder quitarse aspereza de la voz.

Audra parpadeó en su dirección.

—En persona no —dijo al fin, y bajó la voz—. Pero sus tormentas han surcado el cielo.

A Wilder casi le fallaron las rodillas.

—Pero…

—Si no te importa, Hawthorne, estoy intentando impedir que Farissa muera. —Dicho esto, la bibliotecaria lo echó de la tienda, cuya lona se desplomó entre ambos.

Wilder dio vueltas por el campamento buscando algún rastro de Thea. No obstante, entre aquel caos no pudo dar con ella. La actitud indiferente de Audra le pedía que no se preocupase. Si hubiese algo que temer, la bibliotecaria sería la primera en comentárselo. De eso estaba convencido.

Siguió buscando por los alrededores. Si bien no pudo encontrar a Thea en persona, su aprendiz estaba ahí, en los relatos de los guerreros supervivientes…

—Debe de haber matado a por lo menos cinco segadores —dijo un hombre sentado junto a una hoguera.

—Yo la he visto arrancar una docena de corazones —terció otro.

—Ha sido implacable. Ha estado a la altura de los espadachines. Lo he visto con mis propios ojos.

El orgullo le hormigueaba el pecho a Wilder. Había visto a Thea en acción, pero era totalmente distinto oír cómo su aprendiz se convertía en una leyenda a ojos de guerreros y guardianes experimentados.

Las conversaciones pasaron a ser susurros antes de que un

espeso manto de silencio reverencial se instalase en el campamento: la mismísima Althea Zoltaire avanzaba entre ellos.

Caminaba con la cabeza alta, los hombros hacia atrás y sangre goteándole de la espada, la espada de él. Estaba cubierta por la suciedad de la batalla, que no hacía sino darle un aspecto más formidable todavía.

Todos los guerreros capaces de levantarse se pusieron en pie, atentos.

Y, para la sorpresa de Wilder, se llevaron tres dedos al hombro izquierdo.

Jamás había presenciado nada parecido.

Thea no era una espadachina, aún no, pero la respetaban como si lo fuese.

Tras ella iban Cal y Wren, los dos afectados y sobrepasados por la situación. Pero Thea… Thea observaba alrededor mientras caminaba, como si ese fuera exactamente el lugar al que pertenecía.

—Allá donde pasea la muerte pasea también Althea Zoltaire —exclamó alguien.

Los murmullos se sucedieron en el campamento. Y no fue hasta que Thea lo miró a los ojos cuando Wilder se fijó en el apodo que le habían puesto…

«La Sombra de la Muerte».

Cuando por fin llegó hasta su lado, Wilder tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no cogerla entre los brazos y estrecharla. Al examinarla, vio que estaba magullada y cansada, con cortes y manchas rojizas en la piel expuesta, donde los espectros habían conseguido golpearla con la oscuridad. Pero también advirtió que una tormenta arreciaba en sus ojos, y estaba dispuesto a apostar cualquier cosa a que, de no ser por la piedra del destino, habría sido imposible ocultar el poder que la recorría de la cabeza a los pies.

—¿Estás bien? —le pregunto él con voz de pronto ronca. Sabía que no iban a poder hablar en privado allí y que eran escasas las posibilidades de regresar al castillo y entrar en su habitación.

Thea asintió, pero con un brillo interrogatorio en los ojos. Wilder sintió un escalofrío en la nuca que le confirmó que sabía algo que él desconocía.

A pesar del evidente cansancio, Thea se unió a las celebraciones del campo de guerra; al parecer, se había dado cuenta de que era su oportunidad de consolidar el respeto que se había granjeado en plena batalla. Bebió, bromeó y se compadeció de los hombres, acompañada enseguida por Cal y Kipp. Wren se fue a interesarse por el estado de Farissa. Wilder seguía sin saber qué había ocurrido después de que la maestra alquimista se cayera por la borda de la barca, sin saber dónde había terminado Wren ni qué había causado las tormentas violentas sobre el bosque.

Wilder se situó en el margen de las festividades y se dio cuenta de que Terrence volvía a revolotear en el cielo. El pájaro le recordó los semiespectros que habían capturado al oeste del castillo y el espantoso destino que los aguardaba a todos. Conocía lo bastante bien a Artos y a los demás gobernantes como para saber que darían ejemplo con aquellas pobres criaturas, independientemente del papel que hubiesen desempeñado en el ataque.

Cerca de él, un barril chirrió cuando vaciaron lo que quedaba de su contenido sobre una jarra gigantesca. Wilder esperó ver a Torj, pero fue Vernich quien se colocó a su lado.

—Vaya con tu aprendiz, Hawthorne —masculló el Carnicero a regañadientes antes de beber un buen trago de cerveza.

—¿Eh?

—Puede que sea un necio, pero no estoy tan ciego como para no detectar a alguien con talento… —Vernich suspiró—. Me ha cubierto las espaldas.

—Le habría cubierto las espaldas a cualquiera.

—Ya me he dado cuenta. —Sus palabras estaban teñidas de un deje de arrepentimiento, aunque el mayor de los espadachines no hizo ninguna alusión a ello. No era su estilo—. En cambio, mi propio aprendiz ha terminado gravemente herido.

—Qué lástima.

—Osiris quiere testigos para que podamos explicarle a su tío lo que ha pasado.

—Dile que ha sido en la batalla. La gente acaba herida —dijo Wilder.

—Es un benefactor secreto del gremio. Va a necesitar más detalles.

Wilder no contestó, sino que siguió la mirada de Vernich, clavada en Thea, que les estaba contando a unos guerreros embelesados un relato heroico que incluía a Cal. Los hombres no tardaron en alzar la copa y brindar por Callaban, la Flecha Llameante.

Con un nudo en el pecho, Wilder se obligó a ponerse en pie y fue a buscar a los gobernantes de los mediorreinos. La guerra no había terminado con el fin de la batalla.



Las celebraciones duraron hasta bien entrada la noche. A Wilder le dio la impresión de que transcurrió una eternidad antes de ver a Thea de nuevo, tambaleándose en pie.

—Debes descansar —le dijo en voz baja, y se acercó para cogerla por si se desplomaba.

Supuso que Thea protestaría, como hacía tan a menudo, pero por lo visto su aprendiz, su amor, había aprendido a aceptar las derrotas. Asintió y lo miró con ojos vidriosos, y Wilder no necesitó más para acompañarla hasta la tienda que había ocupado en el perímetro del campo.

Thea entró a trompicones. La conmoción de aquel día por fin desapareció y la dejó temblorosa y fría. Wilder la siguió al interior de la tienda, que parecía demasiado pequeña con él dentro, pero le trajo sin cuidado. Quería estar cerca de ella, quería pasarse la noche abrazándola. Todavía no habían intercambiado más que unas pocas palabras, pero quizá era lo mejor, habida cuenta de lo que sabía y de lo que tendría que hacer a continuación.

Pero primero iba a permitir que se consolaran.

No hablaron. Tan solo se quitaron la tierra y la sangre del cuerpo y se hicieron un ovillo en el saco de dormir. Wilder la envolvió con el cuerpo, a la espera de que Thea dejara de temblar.

Debió de quedarse dormido en algún momento, ya que se despertó con Thea recorriéndole el contorno de la cara y rozándole los labios con los suyos.

—Te necesito —susurró.

—Soy tuyo. Todas las partes de mi ser te pertenecen —le aseguró. La besó, y Thea separó los labios para permitir que le metiera la lengua, que jugueteó con la suya. Wilder se apartó unos segundos—. Pero dime exactamente qué necesitas, Thea, y te lo daré.

—Recuérdame que estamos vivos. Prométeme que, siempre que estemos juntos, y que nuestros amigos estén a salvo, es lo único que importa de verdad.

Un abismo se abrió paso en el corazón de Wilder al digerir aquellas palabras. En algún lugar de su interior sabía que no solo la batalla la había perturbado. Había algo más, algo que Thea todavía no le había contado. Sin embargo, no iba a presionarla porque lo necesitaba y le había pedido lo que quería.

No le daría consuelo con los labios, sino con el cuerpo. Con el cuerpo sabía que podría reconfortarla.

Rodeados por el resto del campamento, Wilder la desnudó y se desnudó a sí mismo en silencio y le tapó la boca con una mano al mordisquearle un pezón y bajar un dedo hasta su entrepierna.

En la luz azulada del interior de la tienda, vio las magulladuras que marcaban la piel de Thea. Las besó una a una con veneración, por la clavícula y sobre las costillas, y ella se arqueó bajo las caricias.

Wilder exhaló, tembloroso.

«Esta mujer… Mi mujer…». Hacía tiempo que se había enamorado de ella, pero no había llegado a comprender que, cuando se trataba del amor, no ocurría una vez, sino muchas. Se enamoró de Thea con los grandes gestos, al verla matando monstruos y luchando con furia

y haciendo sentidas declaraciones. Pero era en los momentos más tranquilos y pequeños cuando lo sentía en lo más profundo, cuando experimentaba un cambio en el corazón y sabía que se había enamorado de ella más allá de los límites de la razón.

Se le cerró la garganta al asimilarlo. Siempre estaría enamorado de Thea.

Y por eso, en la luz tenue de la tienda, con la respiración de los dos entremezclada y los dedos de ella agarrándole el pelo suavemente, Wilder se sentó y se la subió al regazo, con los muslos de Thea a cada lado de su cuerpo.

La besó larga y lenta y meticulosamente.

Solo se separaron cuando se quedaron sin aire.

Aquellos ojos verde grisáceo observaron los suyos plateados cuando Thea se deslizó por su polla en una lenta tortura.

Esa vez fue ella quien le tapó la boca con una mano para amortiguar su gemido gutural.

La sonrisa que le curvó los labios estuvo a punto de romperlo en mil pedazos.

Y entonces lo besó en la boca al moverse, al mecer las caderas contra las suyas. Wilder acogió las sacudidas desde debajo y subió para penetrarla intentando poner todo lo que sentía en cada embestida.

Thea jadeó cuando lo sintió en lo más profundo de su ser, y Wilder bajó una mano para acariciarle el clítoris en círculos, como tanto le gustaba. Su aprendiz echó la cabeza hacia atrás por el placer, y él le besó los pechos y le rozó los pezones con los dientes.

Thea ardía intensamente por él y Wilder ardía por ella al follarla y al amarla con todo lo que era capaz de darle.

—Wilder —gimió. Era una maldición, una oración, una advertencia.

El sabor de su nombre en los labios de ella sería eternamente su perdición. Cuando la llevó hasta el punto de no retorno y el clímax de Thea alcanzó su cénit, Wilder se lanzó por el precipicio con ella.



Wilder se levantó antes del alba, antes que el resto del mundo. Durante unos segundos, el tiempo se detuvo al contemplar a Thea, al inspeccionar su fiera belleza, suavizada por el sueño. Memorizó cómo las pestañas besaban la parte alta de sus mejillas, memorizó cómo abría un poco los labios y le subía y le bajaba el pecho en un ritmo constante.

Al poco, se vistió en silencio y se enfundó cada prenda de ropa, cada pieza de la armadura.

Miró a Thea una última vez.

—Te quiero —susurró, consciente de que iba a hacer algo y no habría vuelta atrás.

Puso un pie delante del otro y abandonó la tienda mientras aún tenía fuerzas. Las lágrimas le escocían en los ojos, pero siguió caminando.

Fuera donde fuese, llevaría a Thea consigo. Iba a formar parte de él para siempre.

CAPÍTULO 44

THEA



Thea se despertó al oír voces fuera de la tienda. El lado del saco de dormir de Wilder estaba frío.

—Fue él quien cambió de táctica en el último momento. Fue él quien le dijo a Farissa que se llevase a la joven alquimista. —Era Vernich—. Sabía que la mayor iría a por la más joven. Y creó la puta abertura para los monstruos.

—Él jamás… —Ese era Torj.

A Thea le hormigueó la piel, y se dio cuenta de que estaba sujetando la piedra del destino. Cal se la había encontrado en el bosque. Tras incorporarse, dejó de nuevo la piedra entre sus pechos y escuchó la discusión. ¿De quién estaban hablando? ¿Y dónde estaba Wilder? Examinó la tienda bajo la débil luz del alba.

La armadura, las espadas…, todo había desaparecido.

—Dejó a su maldita aprendiz a cargo del perímetro del norte —terció otra voz. Era Esyllt.

—Ella lo tenía controlado.

—En absoluto. La capturaron —contestó Esyllt con un gruñido—. A saber qué les hicieron a ella y a su hermana.

—A lo mejor deberíais interrogar a las jóvenes antes de sacar conclusiones. —La voz de Audra interrumpió la discusión.

Thea apenas respiraba. ¿Qué estaba escuchando exactamente? Clon el mayor sigilo posible comenzó a vestirse, y las palabras siguieron irrumpiendo en la tienda.

—Hay más —murmuró Vernich—. Uno de los comandantes está investigando el ataque que sufrió Sebastos Barlowe…

Thea se quedó quieta. ¿Ataque? No se referían a la pelea que tuvieron antes de la batalla, ¿no? ¿A quién le importaba una absurda riña en medio de todo aquello?

—Hay testigos que afirman que Hawthorne lo atacó en el campo de batalla —continuó diciendo Vernich—. Y que lo estranguló sin ser provocado. Barlowe todavía no ha recuperado la consciencia.

—No. Él no lo haría jamás —le espetó Torj.

Pero Thea estaba harta de escucharlos. Incapaz de seguir soportando el creciente mal presentimiento que le ocupaba las entrañas, se volvió a colocar la armadura. Wilder tenía razón: era una segunda piel ya. Salió de la tienda por detrás y cruzó el campamento de guerra pasando desapercibida. Su antigua vida en Thezmarr la había vuelto una experta en ser invisible cuando le resultaba preciso, y lo utilizó a su favor al pasar entre las tiendas, buscando algún rastro de su espadachín. Necesitaba encontrarlo, y rápido, antes de que las historias sobre él cobrasen vida propia.

Había poco movimiento y ruido, tan solo los gemidos lejanos de los heridos que todavía se aferraban a la vida en la tienda médica.

De repente, se oyó el graznido de un halcón.

La corazonada de Thea se intensificó al verlo. Tras coger un arco y un carcaj de flechas de un carro de armas cercano, cruzó el resto del campamento como una sombra y siguió al ave.

El pájaro la guio hacia los campos manchados de sangre al oeste del castillo, donde los cuervos y los carroñeros ya se estaban dando

un festín con los muertos que todavía no habían sido recuperados para las piras funerarias. Apestaba a muerte y a desesperación, algo muy alejado de la gloria que se había imaginado tiempo atrás.

No vio nada al avanzar al aire libre, con la vista clavada en el ave de presa, que subía y bajaba por el cielo. Nadie la detuvo, ningún guardia ni explorador.

A pesar del dolor que le atenazaba el cuerpo agotado por la batalla, era en el pecho donde sentía una mayor presión. Sabía en los huesos que se trataba del mismo halcón que le había traído mensajes a Wilder desde Naarva, donde en teoría el Velo era más débil. Era también el mismo pájaro que había presenciado cómo Anya, la Hija de la Oscuridad, retenía a Wren con sus ataduras de ónice.

Un sabor amargo le inundó la boca al divisar la hilera de árboles y un agudo latido de dolor se le formó en la garganta.

Ralentizó el paso, con el corazón desbocado.

Enfrente de los árboles, vio a un puñado de soldados de los mediorreinos. Estaban todos inconscientes, atados a los gruesos troncos y amordazados.

Ansiando el peso del acero naarviano de Wilder en las manos, Thea cargó una flecha al arco y se aproximó a los árboles. Cuando alcanzó al guerrero más cercano, vio un tótem de guardián en su brazo y rezó por que supiera quién era ella. Al registrar el suelo del bosque, recogió la hierba que buscaba y se la puso al hombre debajo de la nariz, agitándola para que las hojas desprendieran un olor amargo. Era llantén de hoja ancha, otro truco que había aprendido durante los años dedicados a la alquimia.

Ante su ayuda, el hombre se sobresaltó, y ella tuvo que contenerlo con todas sus fuerzas, agradecida de que para ese primer encuentro estuviese lo suficientemente amordazado. En cuanto el pánico se esfumó y el soldado vio el tótem de guardiana del brazo de Thea, así como el dedo que se había llevado a los labios para pedirle silencio, se quedó quieto.

Thea desenfundó la daga y cortó las cuerdas que lo amarraban al

árbol. En cuanto le liberó las manos, el hombre las alzó hasta la mordaza y se quitó el trozo de tela de la boca con una mueca de asco.

—¿Qué ha pasado aquí? —susurró ella observando el bosque, incapaz de ver nada entre la densidad de los árboles.

—No lo sé exactamente —murmuró—. Nos asignaron que vigiláramos a los prisioneros. Me aposté aquí con la mitad de ellos. —Señaló al resto de los guardianes atados a los árboles—. No recuerdo cómo hemos terminado así.

—¿Qué prisioneros? —le preguntó.

—A los monstruos.

—¿Dónde?

—En el bosque de ahí atrás.

A Thea se le cubrió la piel de escalofríos. Se giró hacia el guerrero.

—Necesito que liberes a uno para que ayude a soltar al resto y que tú eches a correr hacia el castillo. Corre como si te fuera la vida en ello. Trae a los espadachines y a los comandantes.

—¿Tú qué vas a hacer? —quiso saber, pasando la vista de ella a los oscuros árboles.

—Preocúpate por ti. —Fue lo único que respondió Thea antes de adentrarse en el bosque.

No tuvo que alejarse demasiado. Al poco de recorrer unos cuantos metros, la vio.

Una j aula de acero.

Pero no contenía prisioneros, ni monstruos ni nada. Ya no.

Ahogó un grito al ver a decenas de semiespectros esparcidos entre los árboles, recién liberados. Estaban heridos y ensangrentados, y algunos usaban a sus compañeros para mantenerse en pie. Pero ya no los retenían los barrotes de la jaula. Se habían escapado.

Thea clavó la vista en la jaula de acero, cuya puerta estaba abierta.

No se habían escapado.

Alguien los había liberado.

A Thea le martilleó el corazón, con los dedos flexionados en torno al arco, al inspeccionar la escena que se desarrollaba delante de ella. Y luego se le detuvo por completo.

En el centro del bosque se encontraban Anya, la Hija de la Oscuridad; el hombre alado al que Cal había disparado…

Y Wilder Hawthorne.

Sin poder respirar, vio cómo Wilder cortaba las ataduras de un monstruo y lo liberaba, con una expresión de fría calma en el bello rostro.

«No puede ser». Thea parpadeó varias veces, convencida de que estaba alucinando, de que la próxima vez que abriera los ojos vería algo completamente distinto.

Pero la imagen seguía siendo la misma.

Hacía tiempo que pensaba que Vernich era el espadachín caído.

Pero no fue él quien había permitido la entrada de la oscuridad. Era innegable quién había cortado las ataduras de todos aquellos monstruos.

Había sido Wilder.

A Thea le pareció que se le hundía el pecho. Wilder Hawthorne estaba aliado con la Hija de la Oscuridad. Al caer en la cuenta, otras piezas más pequeñas del rompecabezas encajaron entre sí. El halcón de Naarva, donde el Velo era más débil; que le ocultase las novedades; que se encogiera cuando abatieron al semiespectro del cielo; que dijera que la criatura de los acantilados de Thezmarr era un hombre y no un monstruo.

En todo ese tiempo Wilder los había ayudado. En todo ese tiempo le había mentido.

Qué tonta había sido.

Las palabras de Vernich se reprodujeron en su mente. «Fue él quien cambió de táctica en el último momento. Fue él quien le dijo a Farissa que se llevase a la joven alquimista… Y creó la puta abertura para los monstruos».

De no haberlo visto con sus propios ojos, Thea no se lo habría

creído, en especial después de todo lo que habían vivido juntos.

Wilder le había dicho que la quería.

Wilder había conseguido que ella lo quisiera a él.

Y resultaba… resultaba que estaba en el bando del enemigo. Resultaba que era el enemigo.

Wilder había cogido todo lo que Thezmarr defendía, todo lo que intentaban proteger los espadachines, y lo había roto con tanta meticulosidad que ya no era más que polvo llevado por el viento.

Thea esperaba sentir rabia, esperaba un arrebato de violencia, y sabía que todo eso llegaría. Lo que no esperaba era la pena que le golpeó el pecho, y que se manifestó en oleadas de dolor físico.

Alguien había muerto.

El Wilder al que conocía había desaparecido. ¿Había llegado a existir acaso?

A lo lejos sonó una campana de alarma.

Thea puso una mueca y ciñó el arco. Era como si los imbéciles del puto castillo hubieran anunciado su llegada.

—Uno de los guardias debe de haber escapado —les dijo el general alado a Anya y a Wilder—. Tenemos que marcharnos de inmediato.

Ya no tenía la flecha de Cal en el pecho. Se movía como si nunca le hubieran disparado. Thea se estremeció al preguntarse que clase de magia sombría y malvada podía curar una herida como esa.

—Dratos, ve a comprobar el estado de los heridos —le ordenó Anya con voz autoritaria.

«Dratos».

«A menudo me trae mensajes de un explorador de Naarva llamado Dratos…». Las palabras que había pronunciado Wilder eran un puñetazo en el estómago. Había estado tramando aquel plan desde el principio.

Thea sintió el regusto amargo de la bilis al subirle por la garganta. Había sido una tonta.

Se acabó.

Hubo un revuelo de movimiento cuando los monstruos se

prepararon para irse…

Thea apuntó con la flecha hacia los árboles, directa al corazón de Anya. No importaba quién hubiese sido. Anya era la Hija de la Oscuridad, la enemiga que estaba envenenando los mediorreinos. Ningún lazo de sangre ni tormentas la detendría.

—No eres mi hermana… —murmuró al tensar la cuerda…

—Yo que tú no lo haría —exclamó una voz grave que le resultaba familiar, una voz que le rodeaba el corazón con un puño implacable y se lo estrujaba.

Thea dio un brinco y apuntó con el arco a Wilder, que se había colocado delante de ella.

—Tú…

No sabía qué esperar, si que se lo negase, la reconfortase o se mostrara arrepentido. Sin embargo, Wilder no hizo nada de eso al situarse entre el enemigo y ella, bloqueándole el disparo e impidiendo que abatiese a la persona responsable de la podredumbre que se extendía por el mundo.

Detrás de él, las sombras brotaban de los monstruos, algunos ya esfumándose con los hilos de oscuridad.

—No voy a permitir que te salgas con la tuya —le prometió Thea, incapaz de ocultar los temblores de las manos.

A lo lejos, oyó cómo se acercaba la caballería.

—Has soltado al guardia —le dijo Wilder—. Lo has enviado en busca de refuerzos.

—¿Y tú qué? Has soltado a los monstruos. Has…

—Sí —la interrumpió él dando un paso atrás a medida que se intensificaba el ruido que hacían las fuerzas.

Era todo cierto. Lo que había oído era cierto. Lo sabía en los huesos.

—¿Cómo has podido? —Las palabras salieron en forma de susurro. Cuando la fractura se asentó en su corazón, Thea permitió la aparición de la furia, permitió que la rabia la alimentara. Solo alguien que se había adentrado en las profundidades de un corazón era capaz de destrozarlo desde el interior.

—He hecho lo que tenía que hacer, Thea.

—No pronuncies mi nombre —siseó—. No vuelvas a pronunciar mi nombre jamás.

Detrás de él, las fuerzas enemigas se estaban yendo, llenando el bosque de magia sombría.

—Hawthorne —lo llamó Dratos—. Tenemos que marcharnos…

Thea oyó a personas atravesando los matojos del bosque. Las fuerzas de los mediorreinos acababan de llegar.

Fue incapaz de interpretar la expresión del espadachín. Wilder dio otro paso atrás y protegió a los monstruos que estaban a su espalda.

—¿Hawthorne? —exclamó Torj tras ella con voz insegura.

Pero Wilder lucía un rostro frío e indiferente, como si no hubiese traicionado todo lo que defendía, todo lo que había jurado proteger.

Unas sombras violentas lo envolvieron. El bosque estaba vacío, a excepción de Anya y el general alado. Wilder se le acercó y dejó que las sombras lo rodearan, como si no temiera a la oscuridad, como si fueran una parte de él.

Clavó los ojos en los de Thea.

Con una simple mirada brutal, lo que había entre ellos se rompió.

El amor que sentía Thea por Wilder agonizó allí mismo hasta morir, destruyendo todos los momentos que habían compartido, todas las veces que le había acariciado el cuerpo, hasta que ya no quedó nada.

Lo observó con frialdad y atisbo el único lugar donde el guerrero era débil, la armadura que jamás había llegado a la altura de la digna coraza de un espadachín.

Thea disparó la flecha hacia la articulación mal ajustada.

No vio si dio en el blanco, ya que los latigazos de poder de ónice se intensificaron y crearon una masa revuelta alrededor de las tres siluetas enemigas hasta que las ocultó y desaparecieron por completo.

CAPÍTULO 45

THEA



—¿Qué cojones acaba de pasar? —exclamó Torj a su lado mientras observaba la jaula vacía y el claro que los rodeaba, esfumadas ya las últimas volutas de oscuridad.

Thea bajó el arco con temblores en todo el cuerpo.

—Es uno de ellos… —se oyó anunciar—. Los ha ayudado a escapar. Lo he visto.

Torj cerró los ojos con fuerza antes de volver a abrirlos, negando con la cabeza, con incredulidad.

—Yo también…

—¿Qué sucede? —La voz de Osiris atravesó el silencio de perplejidad. Cuando los alcanzó, miró hacia la jaula vacía y las cuerdas que estaban en el suelo del bosque—. ¿Quién ha sido? —exigió saber con el cuello ruborizado.

—Wílder Hawthorne —le respondió Thea. Se le rompió el corazón de nuevo al pronunciar su nombre. No quería volver a decirlo. Por

encima de todo, quería desmoronarse. Quería escabullirse y despertar de aquella pesadilla. Quizá al final descubriera que seguía en el campo de batalla, a merced de la magia oscura de un segador. Ojalá fuese así.

Pero el rugido de rabia que profirió Osiris la despojó de aquella posibilidad.

Estaba ocurriendo. Era real. Wilder había traicionado al gremio, había traicionado a los mediorreinos, la había traicionado a ella.

—Tenemos que controlar la situación —le comentaba Torj al maestro del gremio—. No podemos permitir que se corra la voz, no antes de que podamos gestionarlo.

Las palabras del espadachín los pusieron en marcha y, antes de que Thea se diera cuenta, estaba a su lado, dirigiéndose al castillo y a la sala de guerra.

Al abrirse paso en la estancia, no hubo rastro alguno de la victoria que habían compartido la noche anterior. Una recia mesa de roble dominaba la habitación; los gobernantes de los tres reinos estaban sentados a la cabeza.

—¿Qué significa que nos hayas hecho llamar, Osiris? —exigió saber el rey Artos tan pronto como el maestro del gremio se desplomó en una silla.

Osiris no contestó al instante. A Thea le hormigueó el cuello al ver que el hombre no miraba al rey, sino que la observaba a ella.

—¿Althea? —insistió el rey Artos, con el ceño fruncido por la confusión.

Con el corazón desbocado, Thea se aclaró la garganta y apoyó una mano en la empuñadura de la daga de Malik intentando mantener la cabeza en alto al hablar. Las palabras que tenía en la punta de la lengua amenazaban con destrozarla.

—Wilder Hawthorne ha desertado, majestad.

—¿Desertado? —El rey pestañeó.

—Sí, señor. —Thea respiró hondo—. Ha cometido la más alta de las traiciones posibles y ha soltado a vuestros semiespectros prisioneros, así como a los líderes de los monstruos. Ha huido con

ellos, envuelto en oscuridad, excelencia.

Le daba la sensación de que la voz con la que hablaba era la de una persona desconocida, tranquila e inexpresiva, un fuerte contraste con el caos absoluto que hervía en su interior. Thea no se había fijado en quién más ocupaba aquella estancia, pero sintió todas las miradas clavadas en ella.

De pronto, el mundo se volvió cercano y nítido al revivir con todo lujo de detalles los instantes más íntimos que había compartido con Wilder. Su carcajada y su sonrisa, su nombre pronunciado sobre la piel, las sensaciones que le producía al penetrarla.

Thea se balanceó al tiempo que sentía unas náuseas repentinas. Se obligó a respirar hondo por la nariz y a ignorar la atención de todos los presentes en la sala para concentrarse tan solo en el rey Artos, utilizándolo como un ancla que la aferraba al presente.

Artos conversaba con la reina Reyna y con el rey Leiko. Los tres tenían la misma expresión, una mezcla de horror y miedo.

Finalmente, el rey Artos levantó la vista y se dirigió a Osiris.

—¿Tú mismo has presenciado la traición?

—La ha presenciado Torj Elderbrock, majestad. Yo he llegado hacia el final. Ha sido tal como lo ha descrito la guardiana Zoltaire. Él estaba allí, envuelto por las sombras del enemigo. También ha salido a la luz que atacó al guardián Sebastos Barlowe en el campo de batalla sin que mediara ninguna provocación. —A Osiris le temblaba la voz por la furia. Se le habían puesto los labios blancos. En todos los años que había pasado en Thezmarr, Thea jamás había visto tan enfadado al maestro del gremio.

Fue entonces cuando Seb avanzó cojeando, con un espantoso moratón coloreándole el cuello y los ojos inyectados en sangre.

—Intentó matarme, señor —gruñó con la voz quebrada.

—Si hubiera intentado matarte, estarías muerto —repuso Osiris con frialdad—. Pero los hechos son los que son… Hawthorne ha cometido alta traición. —Pasó la vista a los tres gobernantes—. ¿Tengo vuestro permiso para ocuparme de lo ocurrido?

El rey Artos intercambió una mirada con Reyna y con Leiko. Los

monarcas asintieron con la cabeza, y el rey de Harenth se giró hacia Osiris.

—Sí —contestó.

El maestro del gremio apretó la mandíbula antes de volverse para mirar al resto de los allí reunidos. No fue hasta ese momento cuando Thea barrió los rostros que los rodeaban. Torj y Vernich estaban hombro con hombro, con la furia reflejada en sus caras. Al lado de los espadachines y de Esyllt, Thea vio a Cal y a Kipp. Los dos suavizaron el rostro al mirarla.

Lástima. Le tenían lástima.

Thea no los culpaba. Había sido una estúpida. Se había preocupado por si Vernich y Seb eran los guerreros traidores, a los que iban a tener que perseguir por los reinos. Pero se había equivocado. Se había equivocado totalmente. Había sido el espadachín que se acostaba con ella, el que se había infiltrado en su corazón.

Más caras se la quedaron contemplando: Farissa, Audra, Wren… Todos la observaban como si fuera un objeto frágil, como si estuviese a punto de romperse.

Pero no. Aquel no iba a ser su final.

Iba a convertirse en leyenda a partir de las ruinas.

Osiris se aclaró la garganta antes de dirigirse a toda la estancia.

—Me duele hacer un anuncio como este después de nuestra victoria, pero debo hacerlo… —Pareció armarse de valor—. A partir de hoy mismo, Wilder Hawthorne de Thezmarr es declarado un espadachín caído. Muchos de nosotros hemos presenciado su traición. Hemos visto cómo el poder proporcionado por las furias lo ha corrompido por dentro. Desde ahora, los mediorreinos tienen dos enemigos: las fuerzas de la oscuridad que pretenden aniquilarnos y el exespadachín que hace tiempo juró protegerlos.

Unos murmullos de rabia se alzaron entre los presentes. Thea percibía la cólera en el aire, que caía sobre ella como una oleada.

—Debemos ir a por él —gruñó Yernich—. Debemos acabar con él antes de que…

—Es mío. —Aquellas dos palabras salieron de la boca de Thea sin que las pensara, a duras penas un susurro, pero con la suficiente fuerza y amenaza como para imponer silencio en la sala de guerra.

Fue un eco de lo que se habían dicho en el manantial de agua caliente.

«¿Eres mío?», le había preguntado.

«Más allá de los límites de la razón».

«Entonces yo soy tuya».

Aunque había adquirido un nuevo significado, uno mucho más oscuro y lleno de veneno.

—Es mío —repitió, lo bastante alto para que todos la oyeran y vieran la rabia que se le acumulaba bajo la superficie.

Esperó a que se alzaran gritos de furia, a que los hombres se opusiesen, a que se pusieran en su contra como le había ocurrido en tantas ocasiones.

Sin embargo, una deliberación en silencio pareció inundar a los presentes antes de que Torj y Vernich dieran un paso adelante.

—Si hay alguien capaz de llegar hasta él… —la voz de Vernich era dura como la roca— es ella.

Torj estaba muy serio.

—Conoce sus debilidades mejor que ninguno de nosotros —añadió, y asintió con pesar hacia Thea.

Osiris la miró a los ojos por encima de la mesa con expresión férrea.

—¿Lo quieres? —le preguntó con un siseo—. Es todo tuyo. Ve a capturarlo. Llévalo ante la justicia de Thezmarr. —El maestro del gremio hablaba con tono cortante y frío, afilado por una nueva traición—. Hazlo, Althea Zoltaire, y podrás quedarte con sus espadas.

CAPÍTULO 46

THEA



Thea se encontraba en la habitación que había compartido con Wilder, guardando sus cosas en el zurrón, sumida en un silencio ensordecedor.

Puede que tuviera el corazón hecho añicos, pero juró forjarlo de nuevo utilizando la rabia para sellar las grietas y ser más fuerte que nunca. Intocable. Impenetrable.

«Llévalo ante la justicia de Thezmarr. Hazlo… y podrás quedarte con sus espadas».

Las palabras de Osiris se reproducían en su cabeza y se negaban a permitirle llevar a cabo la tarea sin problemas.

En la cama, la cama que habían compartido, estaba el mapa que Wilder le había dado. Era el mapa en el que estaban marcados los puntos más débiles del Velo, los lugares donde ir a buscar a espadachines caídos.

«Ve a capturarlo».

Era su intención.

Se preguntó brevemente si la flecha que había disparado había dado en el blanco. La piedra del destino se bamboleaba contra su pecho al moverse por la habitación y recoger las provisiones que iba a necesitar. Disponía de poco tiempo antes de abandonar los mediorreinos para siempre, pero estaba decidida a invertirlo bien. Iba a dedicarse a buscar a Wilder Hawthorne. Iba a convertirse en espadachina y a llevarlo ante la justicia.

Sus propios fracasos exigían ser vistos y oídos antes de poder enmendarlos. El arrepentimiento se arremolinaba en sus entrañas como si fuera una serpiente. Había fallado a Thezmarr, había fallado al gremio y había ayudado a un traidor. Thea le había dejado entrar en su mundo, y él había llevado ruina a los mediorreinos y a su corazón. No cedería ni un ápice de debilidad.

Era el final y era también el inicio.

Miró hacia el balcón, los cuervos del aviario fueron liberados. Vio cómo iban a propagar por el mundo la noticia de la traición de Wilder. Los gobernantes y Osiris habían prometido que se correría la voz hasta el último rincón de los mediorreinos y más allá incluso. Se sabría en las casas influyentes de todos los reinos, en cualquiera de los lugares donde el antiguo espadachín podría ir a buscar recursos.

Habían puesto un precio a su cabeza.

Y Thea había jurado capturarlo.

Desde el balcón en el que habían follado, observó las alas negras batir contra el cielo y desaparecer detrás de las nubes, con la mente invadida por pensamientos de guerra. Una guerra que ella había perdido. La más devastadora de todas: una guerra de corazones. Una guerra que tan solo dejaba un oscuro vacío. Una guerra que exigía venganza como único pago, como única recompensa.

El día era radiante y despejado, y el sol se intensificaba sobre las colinas doradas de Tver. El buen tiempo no hizo sino avivar la desgracia de Thea. ¿Cómo era posible que se sintiese tan rota si todavía había tantísima luz en el mundo?

Expulsó aquella idea de la cabeza y se fue a terminar de recoger

sus cosas. Le dolía mover las pertenencias de Wilder al buscar las suyas. Su mentor lo había dejado todo como si solo hubiera ido a una reunión, como si hubiese tenido toda la intención del mundo de regresar con ella.

Cambió de sitio una montaña de ropa suya y oyó un suave golpe sobre la alfombra. Se agachó y recogió uña pesada joya azul. Era el zafiro que había encontrado en la cabaña de Wilder en Thezmarr. La gema por la que nunca se había atrevido a preguntarle. Acarició la superficie con el pulgar, una sencilla acción que le recordó que no había conocido a Wilder, no del todo. Y ya nunca más lo conocería como algo distinto a su enemigo.

Deslumbrada, se quedó contemplando la joya resplandeciente. Y, aunque se dijo que ya no importaba, se la guardó en el bolsillo de todos modos.

Cuando terminó de guardarlo todo en la mochila y repasó la lista de cosas que debía meter, alguien llamó a la puerta.

Era Wren.

La hermana de Thea cerró la puerta al entrar, dejó su zurrón sobre una silla y observó el desastre de la habitación.

—O sea que te vas de verdad, ¿eh? —le preguntó, sin que le sorprendiera lo más mínimo.

—Sí.

Las hermanas no se habían quedado a solas desde que se enfrentaran a la Hija de la Oscuridad en el bosque, desde que descubrieron quién era la mujer en realidad. Aquella revelación flotaba pesada entre ambas.

—No sé qué decir —admitió Thea.

—Yo tampoco —replicó Wren—. Alguien tenía que saberlo… —se arriesgó a añadir.

—Apuesto por Audra —resopló Thea al meter una última camisa en la mochila con más fuerza de la necesaria. «Y por Wilder», añadió para sus adentros.

—Supongo que tienes razón. —Wren suspiró—. No sé qué hacer a partir de ahora, Thea. No se a quién decírselo, a quién preguntar…

—No se lo digas a nadie —le pidió Thea con el corazón solidificado—. Hasta que no sepamos nada más, no confiaremos en nadie.

—¿En nadie?

Thea se rehízo la trenza y miró a su hermana. La traición que acarreaba en su interior era muy reciente.

—Podemos confiar en Cal y en Kipp. Y…, a pesar de su hermano, a Malik le confiaría mi vida. A Torj también.

—En ese caso, yo también confiaré en ellos.

Thea asintió. Le alegraba dejar a Wren con gente que la apoyaría.

—Tú y yo debemos estar unidas —le dijo Wren—. Por lo menos en espíritu y en la causa.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué harás en mi ausencia?

—Mientras estemos aquí, utilizaré la biblioteca de Notos. Se supone que es una de las mejores de los mediorreinos. A lo mejor puedo aprender algo de nuestra enemiga…

—¿Y después?

—Cuando ya no sea necesaria aquí, regresaré a Thezmarr. Cuando sepa todo lo posible sobre… ella, procuraré hacer lo que pueda y prepararme para lo que se avecina. Alquimia, magia, lo que sea.

«Ella…». Su hermana.

Thea asintió de nuevo al comprender la responsabilidad que su hermana estaba asumiendo en nombre de las dos.

—Hay una última cosa que tengo que pedirte, Wren.

—Dime.

Thea se llevó una mano a la piedra del destino. Se la quitó del cuello y se la tendió a la mejor alquimista que conocía.

—Necesito que le retires el tratamiento.

—¿Estás segura? —Wren abrió mucho los ojos y la miró sorprendida.

—No. —Thea la colocó en la mano de su hermana—. Pero necesito todas las armas en mi haber para encontrarlo y derrotarlo.

Wren pareció comprenderlo y rodeó la piedra con los dedos.

—Dalo por hecho.

Para sorpresa de Thea, Wren se acercó al fuego de la chimenea con el trozo de jade y lo lanzó a las llamas. Fascinada, observó cómo las llamaradas se volvían verdes durante unos segundos al quemar la alquimia de la piedra.

Mientras lo contemplaba, sintió cómo la magia se revolvía en su interior, cómo cobraba vida y avivaba la agitación, con más potencia que nunca.

Al cabo de unos instantes, Wren sacó la piedra del destino del fuego y la dejó a un lado para que se enfriara. Se dirigió hacia su bolsa y hurgó en lo que contenía. Extrajo un paquete envuelto en paño y atado con cordel, y se lo tendió a Thea.

—Audra me ha dicho que te lo dé.

Con el ceño fruncido, Thea lo aceptó y le dio la vuelta con las manos.

—¿Qué es?

—Un regalo para ti. Es algo que te ayudará con tu poder cuando estés por ahí. Ahora que existe otra de nosotras, Audra está más decidida que nunca a conseguir que dominemos nuestras tormentas.

Thea se tensó al oír esas palabras, pero decidió no abrir el paquete al instante. Lo guardó con el resto de sus pertenencias y dudó antes de tomar la palabra nuevamente.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Dominar la magia —aclaró con un nudo en el pecho.

Su hermana sonrió.

—No la he dominado en absoluto, Thea, pero cuando logro que funcione…

—¿Sí? —insistió Thea con aleteos en el estómago.

—Me dejo llevar. Intento no controlarla. «Tú eres la tormenta». ¿Qué te dicen tu rayo y tu trueno?

Thea contempló a su hermana. Su magia parecía responder a esas palabras.

—Yo soy la tormenta —repitió con firmeza, y cogió aire sin problemas por primera vez en varios días.



Cuando llegó a los establos, enseguida vio que el semental de Wilder había desaparecido. Era otra puñalada en el corazón saber que había planeado la traición con suficiente antelación como para asegurarse de llevar a su caballo consigo.

Thea se dispuso a ensillar a su yegua. Los mozos se mantuvieron alejados de ella en todo momento.

—La Sombra de la Muerte —los oyó murmurar impresionados.

Thea no se había molestado en despedirse de nadie. No sabía si podría soportar las miradas de lástima, la maldita pregunta que todo el mundo tenía en la punta de la lengua.

«¿Cómo es posible que no lo supiera?».

Se la había hecho una y otra y otra vez.

Apretó los dientes e intentó ignorar el dolor del pecho al montar y salir trotando de los establos hacia las puertas de Notos.

Era la primera vez que cabalgaba sola. Era la primera vez que le asignaban una misión como guardiana de los mediorreinos.

Aquella idea hizo que se sintiera vacía.

Tras consultar el mapa que Wilder le había dejado, decidió su primer destino.

«Ironhelm». Allí había un fortín de guardianes muy cerca del este del Velo, donde habían informado de numerosos desgarros.

Thea cabalgó hasta el final de la ciudadela de Notos y observó las tierras doradas que se extendían ante sí.

—No pensarás irte sin nosotros, ¿verdad? —sonó una voz familiar tras ella.

Cuando se giró, vio a Kipp y a Cal pisándole los talones, con sus respectivos caballos cargados de provisiones y armas atadas a la espalda.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —les preguntó con el ceño fruncido.

—Escribir un puto soneto, alteza —respondió Kipp—. ¿A ti qué te parece?

—Le dije a Wren que os quedaríais con ella. —Thea se revolvió en la silla de montar.

—¿Quién crees que nos ha dicho dónde estarías? —terció Cal.

—Se va a quedar con Malik. —Kipp espoleó a su caballo para ponerse a su lado—. Nos lo ha prometido.

—Y nosotros vamos a ir contigo —añadió Cal.

—¿Y qué pasa con Torj y con tu papel de aprendiz?

Kipp se rio por la nariz.

—Te queremos, Thea, pero no es que no nos guste seguir teniendo los huevos pegados al cuerpo. Hemos obtenido permiso de Osiris, Torj y Esyllt para acompañarte. Asúmelo y punto. No te libras de nosotros.

Thea sintió cómo una pieza diminuta de su corazón regresaba a su lugar, y una débil sonrisa le curvó los labios.

—¿Es así?

—Eso me temo. —Kipp sonrió.

—¿Y tu familia? —Thea se giró hacia Cal—. ¿Están todos bien? ¿Están a salvo?

—Mejor que bien. —Cal sonrió de oreja a oreja—. Mis hermanas me han dicho que, como no te acompañe, me desheredarán. Se les ha metido entre ceja y ceja que cuando crezcan serán guerreras, como tú. A mi madre no le hace mucha gracia la idea.

—No me digas… —A Thea le escocían los ojos.

—Asimílalo, asesina de espectros. —Kipp le dio una palmada en el hombro—. Antes de que hoy se ponga el sol, habrá niñas llamando a las puertas de Thezmarr exigiendo entrar a formar parte de los entrenamientos.

—Estupendo —dijo Thea—. Necesitamos toda la ayuda posible.

—Brindaré por ello —contestó Kipp guiñándole un ojo.

Thea observó a sus amigos y apretó las riendas.

—¿De verdad me vais a ayudar a ir a capturar al espadachín más poderoso de la historia de Thezmarr?

—Exespadachín —la corrigió Cal.

—Pues claro que sí —exclamó Kipp—. Pero eso no significa que no vayamos a pasárnoslo bien por el camino. El Zorro tiene tabernas hermanadas por todos los mediorreinos. —Sonrió—. Bueno… ¿Hacia dónde vamos primero?

El calor le llenó el pecho a Thea momentáneamente.

—Hacia el este —anunció girando a su caballo hacia los valles dorados.

—Hacia el este, entonces. Y te aseguro que El Oso Sonrojado está por ahí —añadió Kipp antes de darle una patada a Cal en la pierna—. El último en llegar a los árboles paga la primera ronda.

—Un momento…

Pero Kipp ya había salido disparado, y Cal lo persiguió con una maldición.

Thea sabía que lo hacían para darle espacio, para permitirle despedirse de lo que creía haber conocido. Los pensamientos protagonizados por el hombre que había significado algo, o todo, la consumían. Ojos plateados clavados en los suyos, el timbre exuberante de su voz al susurrarse secretos en plena noche, su sabor, sus brazos rodeándola.

«Porque te quiero, joder».

Thea pensó que aquellas palabras quedarían impresas para siempre en su alma, pero las expulsó y dejó que se alejaran de ella como sombras transportadas por el viento.

Se armó de valor y se recolocó la armadura. Después de respirar hondo, le dio las gracias en silencio por todo lo que había hecho por ella.

Wilder la había moldeado para que pasase de ser una escudera a ser una guardiana y una verdadera guerrera del reino. A ser una persona digna de acometer el Gran Rito.

Sí, le dio las gracias desde el fondo de su frío y desgraciado corazón.

Él la había convertido en la guerrera que debía ser para acabar con sus enemigos.

Y Wilder Hawthorne se había convertido en uno de ellos.

Con un intenso rayo en las venas y el corazón rebosante de fuego, Thea echó a cabalgar por los mediorreinos. El viento le azotaba la trenza al poner rumbo al este, y sintió el sabor de la venganza en los labios.

Y así comenzó la persecución.

AGRADECIMIENTOS

Cuando se publicó *Sangre y acero*, no sabía qué esperar. Me daba la sensación de que era un gran paso, un gran riesgo… Escribir esta novela también me lo ha parecido: debía subir las apuestas, aumentar los peligros y poner en juego el corazón de los personajes (y el mío propio). Como siempre, claro está, hay varias personas a quienes quiero dar las gracias por ayudarme durante el proceso.

En primer lugar, a Gary, a quien le encanta insistir en las cenas que organizamos que los mejores aspectos de nuestros heroicos espadachines se inspiran en él… Como siempre, quiero darte las gracias por tus opiniones y tu entusiasmo sin fin. En particular, gracias por la lluvia de ideas para rehacer el primer acto conmigo y por ayudarme a gestionar el pánico del último minuto. Gracias por ser la parte más brillante de mi día, todos los días, y por traer vino a casa semana tras semana.

A continuación, gracias a Sacha Black. Tenerte a mi lado durante esta aventura ha sido un honor y una alegría, y no hay nada que haga que adore tanto mi trabajo como las notas hilarantes y sumamente inapropiadas que intercambiamos como autoras de romance.

Gracias a Meg Cowley, que se ha convertido en una buena amiga desde el otro lado del océano. Gracias por el amor que has dedicado a *Sangre y acero*, y por inspirarme con tu energía y tu creatividad.

Gracias a Anne, mi amiga y lectora de hace mucho tiempo. Has

estado conmigo desde los inicios de mi carrera, y te estaré eternamente agradecida por seguir a mi lado. Lo significa todo para mí.

A mis compañeras escritoras Clare Sager, Jenna Moreci y Katlyn Duncan, gracias por vuestra amistad y vuestro apoyo.

Gracias a mi maravilloso equipo, que ha ayudado a correr la voz sobre las Leyendas de Thezmarr por todo el mundo. Os lo agradezco muchísimo.

Gracias a mis mecenas, gracias por formar parte de mi comunidad y por vuestra paciencia infinita cuando desaparezco sumida en un túnel de concentración.

Gracias a Claire Bradshaw, mi editora y vieja amiga. Me alegro mucho de volver a trabajar contigo y te estoy muy agradecida por la magia con la que trabajas mis libros.

Quiero dar las gracias en especial a mi madre, que lleva una buena temporada teniendo el papel de lectora final. Hay gente que se sorprende al enterarse de que lees mis libros más «sexuales», pero a mí me parece que es una pasada.

Por supuesto, quiero dar las gracias al resto del clan Scheuerer de Sídney, que se ponen el *merchandising* único que creé y que persiguen a los médicos locales y a los moteros para que se lean mis libros.

Gracias a mis maravillosos amigos, que me muestran apoyo de numerosas maneras: Eva, Lisy, Aleesha, Ben, Hannah, Natalia, Fay, Erin, Danielle, Phoebe, María, Podge, Joe, Bethany, Annie, Chloe y Nattie.

Gracias en especial a la maravillosa comunidad de lectores de internet, que siguen haciendo correr la voz para promocionar las Leyendas de Thezmarr. No podría hacerlo sin vosotros.

Y, cómo no, por último, y no por ello menos importante, gracias a vosotros, queridos lectores. Os agradezco mucho que estéis aquí y que les deis una oportunidad a Thea y a Wilder. Me muero de ganas de compartir con vosotros la siguiente parte de su aventura.



HELEN SCHEUERER es autora de novelas de fantasía alabadas por sus personajes femeninos fuertes e imperfectos y sus tramas cargadas de acción. Su amor por la escritura la llevó a estudiar escritura creativa y a cursar un máster en Edición. Desde 2018 es autora a tiempo completo y vive en mitad de las montañas de Nueva Zelanda donde se inspira para crear nuevas historias. Sangre y acero es el primer título de la serie Las leyendas de Thezmarr